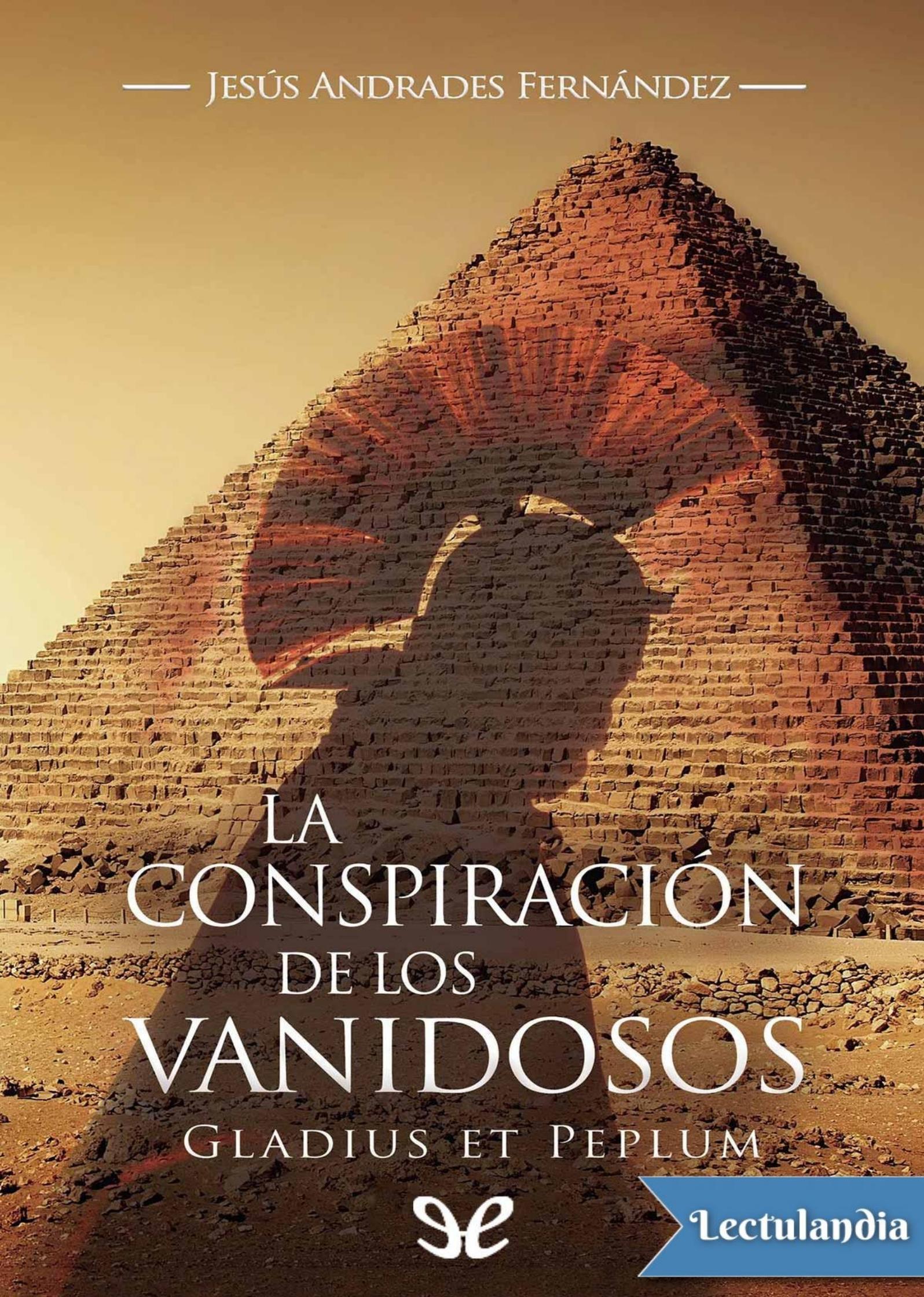


— JESÚS ANDRADES FERNÁNDEZ —



LA  
CONSPIRACIÓN  
DE LOS  
VANIDOSOS  
GLADIUS ET PEPLUM



Lectulandia

Año 53 d. C., un navío cruza el mar Mediterráneo. Sexto Valerio, ahora Prefecto de la considerada mejor cohorte auxiliar del Imperio Romano, se dirige hacia la antigua tierra de los faraones y propiedad privada del César para llevar a cabo una misión administrativa: escoltar a dos senadores.

Un tumulto en Alejandría amenaza la vida de los senadores y, por tanto, la de los hombres encargados de custodiarlos. Valerio será enviado de investigar quiénes han sido los instigadores del levantamiento, localizarlos y acabar con ellos rápidamente. Pero eso solo será la punta del iceberg. Se verán envuelto en una elaborada conjura que podría cambiar el curso de la Historia. Combinando valentía y sagacidad, la unidad de Valerio intentará sobrellevar el trance lo mejor posible. Su camino estará plagado de dificultades, no solo por sus pocos medios, sino también por la tensión social de Alejandría, una climatología adversa y poderosos enemigos a quienes derrotar.

Sexto Valerio recibirá peculiares favores y contará con la audacia de un benefactor. Se encontrará en complejas situaciones, paisajes diversos y gentes distintas, en este accidentado viaje desde Egipto, pasando por Creta hasta llegar a Roma, donde la traición impera en todas partes.

Jesús Andrades Fernández

# **La conspiración de los vanidosos**

**Gladius et peplum - 2**

ePub r1.0

Titivillus 08.11.2019

Título original: *La conspiración de los vanidosos*  
Jesús Andrades Fernández, 2018

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*A las dos mujeres de mi vida: mi madre y Daniela. Porque, no hay hombre que se precie que no valore, admire y adore al menos a una. Y si no la tiene, se la inventa.*

## RELACIÓN DE PERSONAJES

**Adelphos:** *medicus* de origen griego de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Anakletos:** noble armenio de ascendencia griega.

**Andros:** Centurión auxiliar de origen hispano de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Antonino Scaeva:** Centurión de la *Legio XXII Deiotariana*.

**Asael** (también llamado **Azrael**): mercenario judío.

**Ásper:** liberto al servicio de los enemigos de Sexto Valerio.

**Aulo Valerio:** hijo de Sexto Valerio y Lydia.

**Behrooz:** mercenario y hombre de confianza de Vibia.

**Basso:** *Optio* auxiliar de los *velites* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Caio Licinio Muciano:** patricio romano, escritor y general, además de amigo del futuro César Vespasiano.

**Caio Mario:** liberto al servicio de Vibia.

**Claudio** (como se conocerá comúnmente): César de Roma (41 - 54 d. C.).

**Cneo Fabio Sabino** (solo mencionado): Tribuno de la *Legio V Alaudae* caído en combate.

**Córax:** *Optio* auxiliar de origen sirio de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Druso** (solo mencionado): exlegionario de la *Legio V Alaudae* y favorito de Sexto Valerio.

**Demetrio:** soldado de origen griego de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Emilia:** esclava de confianza de Isela.

**Estitio:** soldado de origen galo de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Fortis:** *librarius* auxiliar de origen egipcio.

**Gansa:** marinero romano retirado.

**Gyasi:** «bandido» egipcio.

**Heraklous:** mercader egipcio.

**Isela** (también llamada **Claudia**): segunda mujer de Sexto Valerio.

**Iulio Kopros:** auxiliar de la *classis Alexandrina*.

**Josué:** miembro de la secta religiosa cristiana en *Alexandria*.

**Kismet:** noble armenia, hija de Anakletos.

**Lucio Balbo:** uno de los dos *Praefecti classis Ravennatis* y amigo de Sexto Valerio.

**Lucio Quinctilio:** *Praefectus classis Alexandrina* y amigo de Sexto Valerio.

**Lydia** (solo mencionada): primera esposa de Sexto Valerio. Su origen es oriental.

**Macro** (solo mencionado): legionario de la *Legio V Alaudae* caído en combate y favorito de Sexto Valerio.

**Macro «el joven»:** hijo del anterior, *tesserarius* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Maio Aquinas:** soldado de origen germano de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Marcelo Valerio:** hijo de Sexto Valerio e Isela.

**Marco Ninfidio Celso** (solo mencionado): senador enemistado con Sexto Valerio por motivos aún por esclarecer.

**Mauro** (solo mencionado): liberto de Sexto Valerio y socio de Aulo Valerio. Sus padres eran Ditalkon y Risa, que aparecen en el primer libro.

**Medea:** prostituta.

**Minoo:** amigo de Behrooz.

**Numerio Lupo:** patricio romano.

**Nigilio Prudens:** decurión romano retirado.

**Olofernes:** soldado de origen sirio de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Pericles:** gladiador de origen oriental.

**Publio Catussa Docilis:** respetable miembro de la ciudad de *Ancona*.

**Sekani:** «bandido» egipcio.

**Sexto Valerio «Félix»:** Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* y protagonista de la obra.

**Silvia:** miembro de la clase senatorial, hermana de Cneo Fabio Sabino y esposa del senador Sixto.

**Simeón:** miembro de la secta religiosa cristiana en *Alexandria*.

**Tiberio Claudio Narciso:** liberto del emperador Claudio.

**Tito Calpurnio Avito:** patricio romano.

**Vesper:** segundo al mando de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

**Vibia:** miembro de la clase senatorial con poder e influencia en Egipto.

**Zeth:** mercader de oscuro origen afincado en Creta.

## UNA ESTIMULANTE TRAVESÍA

AZUL. Hasta donde abarcaba la vista, todo el horizonte se extendía como un manto azul en el cielo y el agua. Uno claro por las luces del alba, el otro intenso por su profundidad. Un contraste cromático que daba la sensación de inmensidad, de paz y de eternidad. La belleza del mar Mediterráneo nadie la ponía en duda. Un mar sosegado, conocido y templado. Fuente de alimento para muchos, ya fuera por la pesca, el comercio o el transporte. Navegando por él, cuando el tiempo acompañaba, como era este caso, uno podía sentirse libre y con energías renovadas. El mar insuflaba vida e inyectaba optimismo. Solo el cuerpo ensangrentado de un cadáver que flotaba en el mar enturbiaba la belleza del momento. Eso le ocurría a Isela.

Corría el décimo tercer año del gobierno del César Claudio, año 806 *ab urbe condita*<sup>[1]</sup>, el año de los cónsules Décimo Junio Silano y Quinto Haterio Antonino. Ahora, la germana había adoptado el nombre de Claudia por su matrimonio con Sexto Valerio, aunque en su círculo íntimo pocos la llamaban así. Su pelo rubio suelto ondeaba en el viento grácil, etéreo. Había engordado desde que llegara por primera vez a Roma. Comprensible: una vida más tranquila y cómoda de la que nunca tuvo anteriormente. No obstante, no estaba gruesa, encontrándose en una forma ideal. Más mujer. Sin embargo, nunca pudo evitar mantener sus piernas y brazos bastante tonificados por constitución y años de dura vida. Con una sencilla túnica de lino verde oliva, oteaba el horizonte mientras respiraba profundamente, notando el aire cargado de salitre. Era curioso, cuanto menos, cómo una persona que había sido criada en el continente se había enamorado y habituado al mar. Sonreía. ¡Cuánto había cambiado su vida en los últimos seis años! Y en todo para mejor. Había aprendido latín y normas sociales, vestía como las matronas romanas, se había casado... Había conocido la felicidad, la estabilidad y la comodidad, previamente esquivas. Sin embargo, conservaba el punto aventurero, de peligro y emoción que había tenido en todo momento desde que conoció a Valerio.

En medio sus cábalas, una presencia cálida la abrazó por la espalda besándola con fuerza y pasión en el cuello.

—¿En qué piensa mi guerrera? —le susurró a su oído Valerio, con cariño.

—Lo que ha cambiado todo en los últimos años —expresó en un correcto latín, no exento de un acento marcado que no deseaba ocultar.

—A veces va todo tan deprisa que tenemos que pararnos a pensarlo —sonreía y acariciaba su pelo.

—Aunque ese esclavo casi te detiene para siempre —comentó ella con un atisbo de preocupación.

—Tengo enemigos, lo sabes, por eso me ando con ojo —razonó con visible calma—. Ahora estamos fuera de peligro.

—Sabía que esto ocurriría. No soy ilusa. Soy la esposa del Prefecto auxiliar más famoso de toda Roma —dijo con orgullo.

—No. Eres Isela, la mujer que me acompaña, la que me da fuerzas y felicidad. Mi compañera de fatigas, mi primer oficial en la guerra y mi *domina* en el hogar. La que me completa. Somos uno. Tú y yo.

Tras esto, hubo un intenso beso mostrando los sentimientos que albergaban el uno por el otro. Un simple gesto que demostraba fielmente lo que su bazo señalaba<sup>[2]</sup>. Habían tenido baches por el camino. Pero su relación era fuerte. Consistente. Equilibrada.

—¡Papi! ¡Mami!

La voz de un joven cachorro interrumpió su muestra de cariño, tornando en sonrisa al ver a su joven retoño aparecer andando con torpeza por el barco. Se trataba de Marcelo, su hijo. Un niño con una peculiar mezcla de sus padres: pelo castaño, ojos de color miel y sana constitución. Tenía solo cuatro años y representaba la fusión de dos culturas en una. Una inesperada llegada al mundo que los había unido aún más si cabe. Además, aunque testarudo, su comportamiento, curiosidad y dulzura tenían encandilados no solo a sus padres, sino a muchos de los hombres que mandaba Sexto Valerio.

El padre lo tomó en sus brazos y lo alzó, jugando con él como solía hacer en sus ratos libres. Que no eran muchos.

Desde hacía unos años, le habían asignado una cohorte auxiliar. Con reticencias y problemas en sus inicios, había formado una unidad cohesionada, versátil, maniobrable, fiable y prestigiosa. En un principio no fue así: se trataba de despojos de otras unidades, las que nadie quería. De ahí que su desventaja se convirtiera en una baza a su favor: tenía galos, griegos, nómidas, sirios, algún germano e hispano y, ahora también, reclutas tracios. Aunque seguían las rencillas entre ellos, nada realmente importante como

para preocuparse en exceso. Sus combates contra britanos y dacios habían conseguido dicha unión.

Tras un rato de corta charla, Valerio los dejó para atender sus obligaciones. Se le había asignado una misión administrativa: escoltar a dos patricios a la antigua tierra de los faraones. Como una de las «joyas del César», debían tener permiso expreso del envejecido César Claudio. Desconocía los motivos reales de dicho viaje. Un soldado nunca pregunta. Obedece. No obstante, había cuestiones de relevancia que plantearía en cuanto tuviera una oportunidad.

No había mandado a todos sus hombres para dicha expedición. Algo más de cincuenta auxiliares. El resto de su unidad, al mando de un Centurión de confianza, se había quedado en Mesia para reclutar y entrenar a más voluntarios. No eran todos necesarios, solo los mejores. Había rumores de un posible ataque a los dos ilustres visitantes y era por todos sabido que Egipto tenía revueltas ocasionales. Con ese número, eran más que suficientes para aplacar cualquier intentona. Todos los elegidos para este asunto se habían sentido dichosos por dos motivos:

El principal es que sería un viaje casi de placer a una tierra famosa por sus dones, con un objetivo fácil y sencillo. Disfrutarían de mujeres, vino y comida. Casi unas vacaciones. Mientras que, los que se quedaban, tendrían un duro entrenamiento, patrullas y guardias. Monotonía.

El segundo motivo era que, en la mayoría de estos casos, se asignaba una *vexillatio*<sup>[3]</sup> formada por legionarios, no auxiliares. Eso les daría mayor prestigio y una recompensa extra por los servicios prestados. Con suerte, podrían probar las mieles de aquella antigua tierra y volver incluso con ahorros.

En un *quinquereme*<sup>[4]</sup> de buena manufactura, se deslizaban rumbo a *Alexandria*. Algo apretados, los marineros afirmaban que llegarían al atardecer. Los vientos les favorecían.

Numerio Lupo y Tito Calpurnio Avito eran los dos patricios que precisaban de custodia. Un viejo y un joven. Uno templado y uno impaciente. Uno de nombre discreto y otro de una *gens* con proyección y prestigio<sup>[5]</sup>. Uno de gran experiencia, pero sin transcendencia real. El otro con posibilidades de hacerse un nombre en la Historia. Ahora ambos salían a la cubierta a que les diera el aire fresco del verano. Paseaban altivos y solemnes con sencillas túnicas blancas.

Valerio siempre se había caracterizado por su prudencia. Y seguía teniéndola. No obstante, desde que había entrado en el ordo ecuestre le

costaba menos hablar con sinceridad. Si bien se había ganado más de un enemigo, al contrario de lo que pudiera parecer, había salido muy beneficiado por su claridad, inteligencia y arrojo.

Tras meditar y sopesar a quién de los dos referirse, optó por la vía más diplomática. No había cruzado más de tres frases seguidas con ellos.

—Buenos días, senadores —saludó mirando a ambos, pero empezando a mirar al más mayor.

—Buenos días —contestaron ambos con cierta indiferencia.

—Llegaremos a *Alexandria* según lo previsto.

—Excelente —tomó la palabra Numerio Lupo, el más mayor—. Cuanto antes nos traslademos, antes podremos descansar todos.

—Se hará con presteza —un silencio. Gran oportunidad—. *Dominii*<sup>[6]</sup>, necesito saber a qué peligros concretos podemos enfrentarnos.

—¿No mandas la mejor tropa auxiliar de Occidente? —le espetó Tito Calpurnio Avito con arrogancia sin mirarlo en ningún momento.

—No me adjudicaría tan pretencioso título. Conocer los peligros y al enemigo ayuda a vencerlo o evitar la confrontación. La prudencia y el conocimiento son buenos aliados de la inteligencia y la valentía.

—Nada concreto. —Numerio Lupo cortó rápidamente el innecesario enfrentamiento—. Tenemos negocios que molestan a competidores que podrían aprovechar para atacarnos. Venís por precaución. El César puso mucho énfasis en nuestra protección.

—Es bueno saberlo —procuró mostrarse cordial el Prefecto Valerio—. Aún así, y sin querer meterme donde no me llaman, ¿puedo preguntar el motivo de la visita?

Ambos senadores cruzaron sus miradas y la proyectaron sobre Valerio. Tal vez había sido un error preguntar. Ya estaba dicho, no se podía enmendar. No había sido prudente, pero debía hacerla. El más mayor lo miró divertido.

—Asuntos de interés privado y público —expuso algo agresivo Calpurnio Avito—. Nada que te concierna.

—Bueno Calpurnio, se encarga de nuestra seguridad, es conveniente que esté informado —medió su compañero—. No podemos darte detalles, pero tenemos encomendada una misión diplomática del César. También queremos una recepción con la viuda b, visitar el templo de Serapis y hacer negocios de índole privada.

—Me parece más que suficiente esa información —señaló Valerio con una leve inclinación de cabeza.

—Te indicaremos con un poco de antelación cuáles serán los planes del día siguiente para que proyectes la mejor defensa posible.

—Gratitud.

Breve reverencia, media vuelta y encaminó sus pasos hacia sus cuatro oficiales principales, lugartenientes escogidos meticulosamente y con gran habilidad. La reputación conseguida era, en buena parte, gracias a ellos.

Su mano derecha, su asistente, la persona en la que más confiaba, era Vesper. Ascendido también al ordo ecuestre por él mismo, había sido llamado a que lo acompañase durante sus campañas, dejando la Guardia Pretoriana por una serie de problemas. Después de la aventura de Germania de hacía seis años, Vesper se había vuelto más avisado y calculador. Su destreza con las armas no había menguado un ápice, pero era consciente de que no progresaría mucho más. Había llegado a su techo. Solo quería mantener su *status* de por vida. Dentro de la cohorte auxiliar se había ganado el respeto y temor, a partes iguales, por sus acciones individuales y sus buenas dotes de mando.

La segunda pata de la estructura de Valerio era el Centurión Andros. También lo conocía desde hacía años, participando en Germania, demostrando que su fidelidad era extrema. Cada año más. Lo conoció como simple infante auxiliar. Su ascenso, beneficiado en parte por él mismo, había resultado todo un acierto. Sin bien era agresivo, tosco e inmisericorde con los subordinados, su valentía, disciplina y capacidad de adaptación, lo hacían un líder ejemplar. La mayoría de los auxiliares lo odiaban, pero también lo admiraban.

El *Optio*<sup>[7]</sup> Córax era el tercer pilar de Valerio. De procedencia Siria, había demostrado coraje y determinación desde que el Prefecto lo pusiera bajo su mando. Se trataba de una persona tremendamente pasional y parcial con sus subalternos, aunque bonachón y humilde con sus iguales o superiores. Su candidez, en ocasiones, y sencillez también eran factores positivos. Aunque siempre cumplía, era dado a los excesos, como demostraba una cierta obesidad que no desaparecía ni con el ejercicio físico que suponía el servicio militar.

Por último, y no menos importante, estaba el *Optio Basso*, un número bajo, habilidoso e ingenioso. Lideraba al grupo de arqueros y *velites*<sup>[8]</sup>, creado especialmente para explorar el terreno, atormentar y desgastar a los enemigos. Se había demostrado su letalidad e importancia desde su creación. El propio Valerio los consideraba la élite de su unidad. Realmente, todos formaban parte de la misma maquinaria, pero su labor de continuo acoso y en perpetuo peligro, los hacía ser los mejor preparados.

Los cuatro principales se encontraban en la popa del navío, charlando animosamente mientras comían fruta. Procedentes de lugares bien distintos, había elementos que los hacían tanto diferentes como similares. Había que saber qué escoger. Eligieron el factor común y la concordia. La unión frente a la adversidad. Casi siempre.

Al notar que Valerio se acercaba con parsimonia, callaron. Comprendieron que había nuevas instrucciones.

—Salve, *Milites*<sup>[9]</sup>.

—Salve, Prefecto<sup>[10]</sup>. —contestaron a la vez.

—¿Todo preparado?

—Así es, Prefecto —confirmó Andros.

—¿Y las bestias de carga?

—Como si estuvieran en tierra firme, *domine*. —respondió Córax.

—Mejor que los que estamos aquí —añadió Basso, todavía algo mareado. No se acostumbraba a viajar por agua.

—¿Y la comida?

—¿Qué te preocupa, Valerio? —cuestionó de forma directa Vesper. Como ecuestre, era el único que se permitía dichas confianzas frente a los otros *principalis*.

—Quiero todo listo e impecable cuando lleguemos.

—Prefecto, daremos una buena imagen ante los senadores. Esté seguro de ello —lo intentó tranquilizar Andros.

—No es eso lo que me preocupa —sorprendió a todos el Prefecto hispano—. Tal vez tantos años de luchas en la frontera me han vuelto desconfiado, pero tengo una extraña sensación desde que me monté en esta nave.

—*Domine*, hemos dado una buena ofrenda a Tritón y la misión es sencilla —razonó Basso.

—Más teniendo en cuenta por lo que hemos pasado —se sumó Córax.

—En cualquier caso, nos comportaremos como si estuviéramos en territorio hostil. Como siempre. Hay que minimizar los riesgos —subrayó el comandante de la unidad.

—Así se hará —sentenció Vesper, el asistente.

—Ya me han esbozado parte del plan que tienen en *Alexandria*. —cambió de tercio Valerio—. Os lo contaré y quiero que penséis cómo actuar de la mejor manera posible.

—No conocemos la ciudad —evidenció Basso.

—Precisamente por eso. Cuando caminéis por la ciudad, poned atención y meditaad opciones.

—En ese caso, otearemos con detalle —dijo Vesper.

—Y recordad: ni una palabra a los hombres de todo esto. De momento.

El Prefecto Sexto Valerio abrió el arcón con suavidad y mimo. No tenía ni la más mínima prisa. Se regodeaba en el instante de prepararse como *miles* y volver a la brecha. Lo revisaría todo una vez más.

Dicho arcón de viaje contenía no solo los elementos puramente de los *milites* (casco, armadura, *gladius*<sup>[11]</sup>, etc.), sino todos los enseres que llevaba también consigo, aparte de planos, anotaciones en unas tablillas de cera, media docena de rollos de arte militar e historia, sin contar los recuerdos obtenidos en sus campañas. Botín de guerra.

Sí. Sus campañas en Britania y contra una serie de bandas de dacios habían hecho que medrara enormemente. No solo en el aspecto económico, también en su prestigio personal, en el de su unidad y su orgullo. No obstante, sabía que debía mantener esa reputación. Lo más difícil. Se partiría el alma con tal de lograrlo. Y eso le había causado enemigos. Uno de ellos intentó envenenarlo usando a un esclavo para sus propósitos. Valerio y los suyos, siempre alerta, lo cogieron en el acto, lo interrogaron y, una vez conseguida la información necesaria, lo eliminaron. No era el momento para rencillas personales.

Mirando todo lo que había dentro, no podía dejar de sonreír, complacido. Isela, que se colocó a su lado, lo miraba con intensidad, cautivada por la expresión de su rostro y el brillo de sus ojos. Ciertamente era. Habían tenido malos momentos. Ambos estuvieron a punto de perder la vida en un par de ocasiones, pero las gratificaciones habían sido mucho mayores.

La germana observaba cómo tomaba su *gladius*, forjada especialmente antes de la campaña, y la desenvainaba lentamente hasta la mitad. La había nombrado *Vastator*<sup>[12]</sup> dedicado a alguien a quien admiraba y al que le debía muchas de sus vivencias, conocimientos e incluso su buena fortuna actual. La vaina era sencilla: dorada y parda; La empuñadura de marfil y el pomo de madera con detalles en bronce. Sencilla. No obstante, el metal era lo que más destacaba: forjada por maestros herreros hispanos que llevaban generaciones realizando unas *gladii* excelentes. En medio de la empuñadura, había grabada una frase: «*Fabius in Honorem dei*»<sup>[13]</sup>, por su amigo el difunto Tribuno Cneo Fabio Sabino. Un arma excepcional de precio elevado. Varios enemigos ya la habían probado, con desastrosos resultados para ellos. Valerio llevaba

una sencilla túnica de color gris perla con un *cingulum*<sup>[14]</sup> de donde pendía un *pugio* afalcatado de buena factura a su derecha.

Isela, o Claudia, empezó a notar cómo desde el interior de su cuerpo empezaba a emerger un calor peculiar. Un cosquilleo interior que se personó entre sus piernas. Su deseo se incrementó al observar los brazos tensos de su esposo y la mirada ensimismada sobre la preciada herramienta. Sin querer controlar su estado de excitación, comprobó con rapidez que estaban solos y lo abrazó, besándolo con suavidad. Valerio sorprendido inicialmente, no opuso resistencia alguna. La mano de Isela buscó el miembro viril de su embravecido marido, que se dejó llevar por su pasión y deseos más primitivos. ¿Por qué no lo debía hacer?

Como estaba previsto, el *quinquerreme* avistó el impresionante faro de *Alexandria* antes de la puesta de sol. Se erguía orgullosa como símbolo de las artes y las ciencias que habían definido esa parte del mundo. Por eso no era solo la luz que guiaba a los barcos, lo era también para orientar el conocimiento de los hombres. Una de las cunas de la civilización humana, según le había comentado a sus hombres el propio Prefecto, orgulloso de que fuese parte de Roma.

Era indispensable tener orden para facilitar la descarga y tener mayor campo de visión en la defensa de los senadores. Por poco peligro que hubiese, Valerio no quería relajarse. Quería realizar la operación con presteza y eficiencia.

Una vez echado el amarre a la nave en el enorme *portus regius*<sup>[15]</sup>, empezaron a actuar con una rapidez y disciplina estudiada. Los patricios quedaron sorprendidos por la coordinación de las distintas unidades. Un organismo único, un ente, una bestia que se movía a la par: auxiliares, *velites*, oficiales y hasta los *calones*<sup>[16]</sup>.

Primeramente, un pequeño grupo escogido de auxiliares despejaron la entrada del puerto para ayudar a facilitar la salida de los senadores y escoltarlos hasta su lugar de residencia temporal. Con un muro de escudos alrededor, protegían cada punto, formando un cuadrado con vacío en el centro en el que los dos senadores iban acompañados de Valerio y dos *milites* de confianza. Los *velites* abrían camino y aseguraban que la ruta estuviera despejada.

El resto de auxiliares descargaban todo el material disponible, dejando alguno de escolta. En medio de todos ellos, los *calones* y los esclavos

personales de los senadores, transportaban lo necesario para el campamento de los *militēs* y la comodidad de los anfitriones, incluyendo mulos y caballos. Sabían que precisarían dos viajes para transportarlo todo, por lo que se dio prioridad a todo lo puramente de guerra y de primera necesidad frente a las cosas más superfluas. Además, el atardecer era inminente, debiendo procurar tener lo más elemental cerca y a salvo. El resto llegaría al campamento en la penumbra. Con ellos irían Isela, su hijo y la esclava personal que poseían. Una sencilla idea aunque de difícil ejecución, que se hizo con una exactitud y rapidez superiores, incluso, para cánones romanos. Grandísimo trabajo del Prefecto y sus lugartenientes.

Valerio, que acompañaba a los propios anfitriones de la misión, comandaba el primer grupo mientras Vesper se encargaba del segundo. Confiaba plenamente en él, totalmente cualificado para dicha labor, como había demostrado en pasadas campañas.

Poco antes de salir por la entrada del puerto, manteniendo el paso marcial, se halló ante una agradable sorpresa, totalmente inesperada, al distinguir la unidad por la decoración de los escudos.

—Te parecerá bonito no haber escrito a un viejo amigo.

El Prefecto Valerio dio órdenes para que le hicieran un hueco y dejaran entrar a aquel oficial de aspecto algo desgarbado. Un amigo y aliado del pasado. Se trataba de Lucio Quintilio, quien fue Tribuno *Angusticlavii* en el pasado de la *Legio V Alaudae*. Seis años antes, había hecho todo lo posible por ayudar a su oficial y amigo, Cneo Fabio Sabino, en su campaña en Germania. Sin duda, alguien que había demostrado confianza y lealtad.

Se tomaron, el uno al otro, el antebrazo derecho con una alegre expresión en sus facciones, ante la mirada curiosa y silente de los dos senadores.

—No sabía que estabas aquí destinado —expresó Valerio con sinceridad mientras lo sostenía por los hombros.

—Soy el *Praefectus classis*<sup>[17]</sup> desde hace poco —mostró con orgullo—. Antes fui *Praefectus castrorum*<sup>[18]</sup> en Siria.

—¡Vaya! —comentó con sorpresa—. Has progresado mucho desde la última vez que te vi. Los dioses te sonrén. Y te han devuelto la salud.

—Los destinos más soleados ayudan. ¡Ya estaba cansado de esos inviernos tan largos!

Quintilio poseía un mal endémico. La tisis. Como enfermedad sin un tratamiento efectivo en la época, no se terminaba de restablecer. Apenas había contagiado a nadie más. Algo extraño. Tal vez por ser poco amigo del

contacto físico. A saber. No obstante, su aspecto había mejorado notablemente. Tal vez se hubiera recuperado de forma definitiva.

Valerio se dio cuenta de inmediato que se había dejado llevar por la emoción y había ignorado a sus dos benefactores. Tenía que rectificar de inmediato.

—Disculpad mi efusividad, senadores. Hacía años que no nos veíamos —comentó con tono suave y ligera reverencia—. Les presento a Lucio Quinctilio, un fiel amigo.

Sin mediar palabra, se saludaron cortésmente. Con indiferencia, frialdad y un sutil desprecio mutuo. Los primeros porque Quinctilio era ecuestre y, por tanto, de rango inferior. O quizás tuvieran malas referencias de él en la urbe. El *Praefectus classis*, por su parte, despreciaba a aquellos senadores que no habían seguido una carrera militar digna de mención. Siempre decía que un hombre se curtía en la milicia. Al menos esto fue lo que especuló Valerio al ver la reacción tan fría entre ellos.

—Senadores, si precisáis de cualquier cosa que esté a mi alcance, no dudéis en avisarme. Me encargaré de que su estancia sea lo más cómoda y productiva posible —dijo monótono el *Praefectus classis*.

—Es un detalle por tu parte. Lo tendremos en cuenta —contestó Numerio Lupo con aire distraído.

—Te dejo continuar Valerio —tornó hacia él Quinctilio—. Te veré mañana por la noche en la recepción.

—Así será.

Saludando marcialmente, se despidieron, prosiguiendo cada uno distintos caminos. La obligación ante todo.

Manteniendo la columna, a buen paso, y todos a pie (los senadores querían estirar las piernas tras varios días de travesía), empezaron a cruzar la ciudad en dirección Este, bordeando la costa. Luego, siguiendo la muralla, se dirigieron hacia el Suroeste hasta salir por la puerta *Canope*, que daba a la salida Oeste de la ciudad. Durante su paso, encontraron edificios impresionantes como el museo, el *Caesareum*<sup>[19]</sup>, el teatro, el templo de Poseidón, la famosa biblioteca o el Timonio, la que fue la residencia del triunviro Marco Antonio, usada por este durante poco tiempo. El hispano fue reconociendo cada uno de estos edificios por referencias literarias y de mercaderes a medida que avanzaba con una medio sonrisa en su faz, pudiendo cumplir su deseo de conocer esos elementos, aunque fuese por fuera.

Una vez en el exterior de la muralla, tornaron la vista al Noreste, donde una *domus*<sup>[20]</sup> se alzaba imponente a poca distancia. Su objetivo. Se

encontraba a medio camino entre la puerta y el hipódromo, algo más al Sur. Lo suficientemente cerca de la ciudad, lo suficientemente lejos para tener privacidad. El hogar de Vibia.

El Prefecto había oído rumores sobre ella. Por supuesto, nada concreto. Se decía que era una mujer tremendamente influyente en esa parte del mundo; que había estado casada hasta tres veces con distintos senadores; que era una mujer muy fértil, que había tenido varios hijos, que era madura y hermosa. La curiosidad lo embargaba. ¿Sería verdad su belleza? ¿Y su inteligencia? ¿Y su influencia?

Sin embargo, dichas dudas quedarían ese día en el tintero. Solo los escoltarían hasta la entrada, ya que querían asearse y descansar. Debería esperar al día siguiente: había una fiesta de alto copete a la que vendrían las personalidades más destacadas de *Alexandria*. Tampoco era un problema. Había mucha labor por hacer y lo cierto era que quería descansar. Cercano a los cuarenta y cinco años, vivía una segunda juventud en la que sus energías manaban profusamente ante sus obligaciones. Generalmente le encantaban las labores de su cargo. No obstante, cuando la jornada se estaba acabando, muchos días se dormía profundamente a la primera oportunidad de poder tumbarse en cualquier sitio. Completamente agotado.

Una vez llegados a la puerta, dos guardas personales, quizás solo esclavos armados, se opusieron entre la *domus* y los auxiliares.

El Prefecto avanzó hasta colocarse en vanguardia, seguido de cerca de los dos senadores. En total silencio.

A la espalda de los dos guardianes emergió un hombre de aspecto siniestro e inquietante. Indefectiblemente oriental, tenía la piel morena y los ojos pardos. De baja estatura, complexión atlética y dientes pulidos. Aunque, sin duda, lo que más destacaba eran las numerosas cicatrices que recorrían las zonas visibles de su cuerpo: cara, brazos, piernas y cuello. Había de tamaños variados y tempos diferentes. Algunas pisaban a otras. Su aspecto, en ese sentido, era imponente, aterrador.

Estaba atardeciendo, con luces anaranjadas en el horizonte, convirtiendo el entorno en una gama cromática de colores ocres. La presencia del hombre cicatrizado parecía de otro mundo. Iba ataviado con una ligera *paenula* de color crema, que tapaba todos los arreos de guerra que llevaba. Aunque no los ocultaba: llevaba bastante hierro bajo ella, pudiéndose escuchar el seco tintineo metálico al avanzar.

Sin mediar palabra alguna, se acercó a paso lento, relajado. Miró a los auxiliares, a Valerio, a los senadores. Se tornó a los hombres, que se hicieron

a un lado, mientras él se alejaba en dirección opuesta. Un hombre enigmático. ¿Sería el jefe de la guardia? La eterna curiosidad del Prefecto la compensaba con su paciencia para obtener respuestas. Llegaría el momento oportuno y la persona idónea a la que hacer las preguntas.

Una vez introducidos en el interior, se procedió a la protección del lugar. Dos auxiliares montarían guardia frente al acceso principal mientras otra media docena de auxiliares lo harían patrullando entorno a la *domus*, en dos grupos de tres. Suficientes para evitar cualquier tentativa de ataque.

Por otro lado, con presteza, el agrimensor<sup>[21]</sup> determinado por su oficial eligió una explanada cercana. Ese iba a ser el lugar donde se iba a establecer un campamento base, con un pozo cercano de agua y una ligera elevación del terreno. Se convirtió en el punto de encuentro entre las dos partes en las que se dividió la *vexillatio* de Valerio. Debían proceder con presteza, ya que no quedaba tiempo de sol y sí mucho trabajo que realizar. Todos trabajaban: *calones*, auxiliares y oficiales. Se debía agilizar el proceso todo lo posible.

Antes de que la luz de la luna fuese lo único que iluminara el cielo de Egipto, el perímetro se había asegurado, se había cavado una zanja de medio metro de profundidad y un muro de arena sobre el que se había montado una improvisada empalizada; más bien parecida a una cerca. A la luz de las antorchas, el trabajo proseguiría buen rato después: organizar el espacio, las cuadras, los *contubernii*<sup>[22]</sup>, materiales, alimentos...

El Prefecto, consciente de las limitaciones que había, especificó que para el primer día era suficiente. Lo justo para disuadir a cualquiera de atacar. Por este motivo, al día siguiente, buena parte de los hombres dedicarían la mañana a reforzar las defensas. Quería crear, como siempre hacía desde que accedió al rango ecuestre, un bastión con unas defensas decentes.

Para la *prima vigilia*<sup>[23]</sup>, las gentes del campamento tomaron una cena liviana antes de dormir por primera vez en tierra firme desde que partieran de Ravenna varias jornadas atrás. Todos deseaban descansar para apreciar con la luz de la mañana la famosa belleza y el halo misterioso que recorría aquella tierra tan antigua y mágica.

Ya era tarde, pero se dispusieron a tomar la cena en el *contubernium* principal. Los de siempre: Isela, Valerio, Marcelo, Vesper y la esclava personal, llamada Emilia. En días como ese, agotador, el Prefecto deseaba un ambiente distendido en el que compartían mesa con su sirvienta. Sabía que eso mejoraba la relación y unía lazos. Además, iban a pasar tantos años juntos

que debían conocerse aún más. Sin embargo, casos como estos solían ser ocasionales. Su «libertinaje» y equidad eran limitados, aunque muy superiores a la mayoría de la sociedad.

Acabada la cena, mientras mantenían una conversación informal, un centinela apareció en la puerta.

—Un hombre desea audiencia, *domine*. —indicó el centinela con marcialidad.

—¿Ahora?

—Lleva un rato esperando, Prefecto.

—¿Es *miles*?

—No, *domine*.

—¿Patricio?

—No lo parece, *domine*.

—Dame un instante, cachéalo y hazlo pasar.

Con presteza, Isela y Marcelo se sentaron cerca de él, algo más atrás. Vesper, en pie, a su derecha, quedaba expectante, mientras la esclava proseguía recogiendo todo. Se colocaron para la recepción. Todo tan historiado y pomposo, como gustaba a los romanos.

Al poco, el centinela entró seguido de un hombre de complexión estilizada, ataviado con una *paenula*<sup>[24]</sup> de color amarillento. Se puso frente a Valerio con la cabeza gacha, se inclinó y mostró su rostro.

—Padre —era Aulo Valerio, hijo de Lydia, su primera mujer.

Sexto Valerio abrió los ojos de par en par, se puso en pie y abrazó a su hijo con fuerza, quien correspondió al gesto con cierto desaliento. No se veían desde hacía seis años, brevemente, en *Ancona*<sup>[25]</sup>. Sabía que no era una visita de cortesía. Algo había ocurrido. Pero eso no importaba ahora, su primogénito estaba allí, con buen aspecto y de una pieza.

Aulo se turbó al ver el aspecto de su padre: algo más envejecido, aunque de porte regio y solemne, estaba más delgado y atlético que la última vez que lo vio. Igualmente, tenía nuevas cicatrices visibles, lo que demostraba que las habladurías sobre la dureza de su campaña no eran mentira. Destacaba una muy visible: un corte que iba de la parte superior de la ceja, rodeando el ojo izquierdo, bajando en paralelo a la nariz hasta el borde de la comisura de la boca, dañando sensiblemente el labio. Como un flagrante signo de interrogación invertido. Un recuerdo de muerte, sangre y miedo. A Aulo le espantó cómo la guerra se había hecho visible en la carne de su padre.

Tras medio minuto de abrazo, tomó al hijo de los brazos y lo miró con orgullo.

—Hijo —sonrió con felicidad—. Me da una grata alegría verte con mis propios ojos. Las intensas campañas no me han permitido tener un contacto regular contigo.

—La guerra siempre ocupa demasiado tiempo —justificó con comprensión.

—Ser punta de lanza de las expediciones dificultan aún más eso —no lo soltaba, se aferraba a él como si temiera que desapareciera si lo hiciera—. En tu última misiva me comentaste que la situación en Judea se estaba haciendo insostenible. ¿Por eso estás aquí? ¿Está todo bien? ¿Y Mauro?

—Se ha quedado en Jerusalén.

A Mauro lo recordaba como la viva imagen de sus padres. Combinación perfecta de ambos: la fortaleza y constancia de Ditalkon, la sencillez y serenidad de Risa; la honestidad e impulsividad del padre, la dulzura y resolución de la madre. Un hombre bueno y justo.

—Nadie lamenta la muerte de sus padres más que yo —puntualizó el Prefecto—. Pero deberías saber que murieron en paz y en plenas facultades. Una muerte dulce.

—Es bueno saberlo, padre —expresó inclinando el rostro.

—Han visto cómo todos sus hijos han progresado, viviendo en paz y teniendo hijos a su vez.

—Así ha sido. Mauro les ha dado dos nietos.

—¿Dónde te alojas? —cambió de tercio su padre.

—Estoy hospedado cerca del *Paneum* desde hace días.

—Es hora de que me cuentes por qué estás aquí —tornó su tono poniéndose completamente serio y con mirada inquisitorial.

—Padre, se han sucedido una serie de contratiempos que ha afectado a mi oficio —tornó serio Aulo—. ¿Has oído algo sobre los sucesos de Samaria y Galilea?

—Me han llegado rumores de bandidaje, aunque nada de eso es nuevo.

—Galileos y samaritanos se odian, se han estado lanzando al latrocinio y a la sangre, afectando a las rutas comerciales. Aunque parece que el Pretor de Siria, Cuadrato, ha calmado la situación a base de la sangría de legionarios, la región dista mucho de ser segura.

—Entiendo.

—Ya van muchas cosas desde que me he hecho mayor, como lo que sucedió hace unos años con la avalancha de personas en Jerusalén durante el mandato de Ventidio Cumano por hacer desfilar a su ejército por los falsos rumores, sin contar con que después fue partidista entre los judíos y los

samaritanos; o lo que ocurrió antes con el gobierno de Cuspido Fado, cuando el falso profeta Teudas empezó a congregar demasiada gente a su alrededor. Entre otras muchas situaciones peligrosas. Y eso sin contar el asunto de Armenia...

—De esto último estoy perfectamente informado. El nuevo rey de Armenia se niega a prestar vasallaje a Roma y a pagar tributo. Ha habido muertes y se ha hecho una purga a los partidarios de los romanos.

—Y el César no ha hecho nada al respecto —apostilló Aulo.

—Cuidado hijo. Cuidado —dijo en tono bajo mientras clavaba su mirada sobre él—. No olvides a quién sirvo.

—Padre, esta situación ha hecho que perdamos una ruta excepcional que poseíamos desde hacía algunos años, y que nos daba un enorme caudal de monedas. Una de nuestras rutas más seguras y eficientes. Nuestra última caravana ha llegado de milagro hasta Jerusalén. Eso, unido a la hostilidad de los hebreos...

—Esa situación es endémica.

—Me temo que la crispación está llegando a puntos insospechados, padre —explicó con una cierta nota de pánico en su voz.

—¿A dónde quieres llegar?

—He vendido mis últimas mercancías, la *domus* y entregado mis contactos a otro comerciante judío por un precio razonable con la condición de que sea Mauro su asistente principal, desvinculándole totalmente de mí<sup>[26]</sup>.

—Ese hebreo te habrá estafado —no pudo ocultar su decepción.

—Tal vez, pero ahora tengo dinero y estaba pensando buscar otra forma de ganarme la sal. Buscar nuevos horizontes.

—No tienes nada —concluyó en tono suave—. Las monedas no crean monedas.

—Tienes razón, padre —reconoció Aulo—. Estoy asustado y sin rumbo. Me enteré de que venías a *Alexandria* y vine desde Cesarea hasta aquí para pedir consejo y contactos.

—¿Contactos? ¿Qué contactos? —preguntó sorprendido.

—En Mesia. Quiero iniciar una aventura comercial: esclavos, pieles, miel, ámbar...

—No es una zona muy segura. Y los comerciantes deben adelantarse al *limes*<sup>[27]</sup> para obtener buenos precios y acuerdos.

—He oído de tu hazaña allí —repuso Aulo—. Sin embargo, a más riesgo, mayor recompensa y menor competencia.

—Los dacios están continuamente guerreando. Están en estado de guerra de forma perpetua. Algún día tomarán sus ojos hacia Roma y será antes de lo que crees —expresó Sexto Valerio con preocupación—. Busca otra opción.

—Sé que has estado sirviendo durante años en la región. Como Centurión durante unos años y ahora como Prefecto. —Aulo intentaba ganarse su favor—. Me dejaré asesorar por ti, Padre. Tú conoces el mundo mejor que yo.

La réplica de su hijo no satisfizo a un intranquilo progenitor. Su futuro era inseguro y ningún padre desea eso para su hijo. No saldría nada bueno de ese tipo de aventura comercial. Riesgo excesivo.

Empezó a pasear por la tienda con turbación. Pensando. Mano en la barbilla y expresión taciturna. Su paso era lento, como si tuviera las piernas cargadas por el peso de las dudas de las dos familias que dependían de él. No los dejaría en la estacada. Anduvo así un buen rato, mientras todos lo seguían con la mirada y nadie abría la boca. No querían interrumpir su reflexión. Solo su esclava recogiendo hacía un mínimo ruido. Hasta el pequeño Marcelo estaba dormido en los brazos de su madre. Isela intercambió una mirada dulce con Aulo, que respondió con una sincera sonrisa e inclinando el rostro.

Al cabo de un rato, Valerio padre alzó la testa con brusquedad y sus ojos tomaron un fulgor intenso.

—Creo que tengo una solución que beneficiará a todos —comenzó con una mueca parecida a una sonrisa en su cara, mostrando un perfil irregular en sus labios.

—Soy todo oídos, padre.

—Mi villa en *Tarraco*<sup>[28]</sup> precisa de supervisión. La muerte de Ditalkon ha obligado a utilizar a un liberto, cuanto menos, dudoso, para que regente mis propiedades. Quiero que te encargues de sacarle provecho y rentabilidad.

En ese momento, Isela lanzó una dura mirada a su marido y a Aulo. Una mirada que no presagiaba nada bueno. El joven lo percibió. Su padre no. Apenas se conocían, pero tuvo que reaccionar.

—Pero padre, yo no sé nada de administrar tierras.

—Aprenderás. Debes aprender. Has administrado rutas comerciales.

—Te agradezco la oportunidad que me ofreces, pero debo rechazarla. Quiero formarme mi propio destino.

—Te estoy forjando un destino —sonrió maquiavélicamente—. No quiero legarte mis tierras, quiero formarte en la administración de propiedades y que te relaciones en la urbe con los agentes comerciales para que hagas acuerdos. Indaga e invierte sabiamente. Pronto me licenciarán y volveré. Trabajaremos juntos. En un año o dos, cuando los beneficios empiecen a notarse, te

mandaré como Tribuno *Angusticlavii*<sup>[29]</sup> a alguna *Legio* para que hagas carrera política. Te estoy dando una gran oportunidad.

Aulo lo escuchaba completamente anonadado. Con rapidez, se había elaborado un plan simbiótico y factible. Parecía ser verdad la inteligencia y la visión de su padre. Algunos hablaban de ser un genio. Ahora entendía que podía ser verdad.

—De esta manera obtendrás beneficios, contactos y una oportunidad de progresar —explicó lo que ya era evidente—. Pero previamente tendrás que ganar experiencia en otros menesteres. —prosiguió el Prefecto—. Necesito a alguien de confianza que controle a mis esclavos, libertos y jornaleros libres. Quiero que trabajen con tesón, aunque sin llevarlos a la extenuación. Que estén felices en sus hogares, que no les falte de nada para que rindan bien. Además, alguien con dominio de los números y de las letras que me haga mejorar mi patrimonio y me proponga ideas. ¿Eres el idóneo para ello?

—Cuenta conmigo, si me consideras digno —sus ojos mostraban su emoción y deseo.

—Lo eres. Mi sangre y la de tu madre corren por tus venas. Que así sea. Ahora bebamos para celebrarlo.

Alzaron las copas y todos los presentes brindaron. Incluso Emilia. Valerio los quería partícipes de todo lo relacionado con el ámbito doméstico. Así, se sentían parte de una comunidad. ¿Movimiento estratégico o interés real en ello? Quizás ambas cosas a la vez.

Durante una hora, comentaron los pormenores y cómo proceder con el plan. Trazaron una idea general que tomaría forma en los siguientes días. Tras esto, durante un corto rato después, se tornó a una charla animada entre todos los presentes, hablando de temas más mundanos y personales.

Al inicio de la *secunda vigilia*<sup>[30]</sup>, se dispusieron todos a descansar. Al día siguiente les esperaba una larga jornada.

Al llegar al lecho Valerio, vio como Isela, recostada, tenía una expresión agria. Y quería hablar. Se imaginaba el porqué, así que se adelantó.

—Temes por Marcelo. Es lógico. Pero no voy a abandonar a mi primogénito —explicó Valerio con tono aterciopelado, acariciándole la cara con suavidad y dulzura.

—Es tu hijo y entiendo que quieres su bien —comenzó a decir Isela con tono mesurado—. Pero tu vástago no ha sabido afrontar las dificultades que ha tenido. Ha sido su sino.

—Lo que realmente temes es que se quede con nuestra *domus*. Eso no va a ocurrir.

—Sé que tus intenciones son nobles, pero no puedo evitar desconfiar. Al fin y al cabo, soy una bárbara.

—Cariño, es normal —la besó tímidamente en la mejilla, sin dejar de acariciar su brazo—. Quieres proteger a nuestro hijo y darle un futuro. Sin embargo, es sangre de mi sangre. Se lo debo. He pasado demasiados años lejos de su lado. No puedo dejarlo en la estacada cuando más me necesita. Y deberá esforzarse. Se lo he dado hecho. Si no pone de su parte, la *Legio* siempre será una gran opción de vida.

—No permitirás que nos arrebate nada, ¿verdad?

—No lo hará. Es mi hijo —dijo tumbándose en el lecho y cerrando los ojos.

—Los hijos pueden volverse contra sus padres.

—Solo si se vuelve débil. Pero no será así, ya que yo no lo soy.

La respuesta de su marido la reconfortó. Como siempre, transmitía una seguridad y una tranquilidad que contagiaban. No podía evitar atribularse. No obstante, podía relajarse sabiendo que Valerio todo lo meditaba, que era alguien inteligente e influyente. No era fácil cogerlo desprevenido.

Lo abrazó con fuerza y lo besó. Gratitud extrema. Le había dado en unos años una buena vida que no había conocido hasta entonces. Los dioses le habían sonreído estos últimos años, dándole lo que le parecía negado: un hijo, un compañero, estabilidad, cariño, amor y felicidad.

Poco antes de alzarse el sol, todo el personal empezó a ponerse en movimiento. Una parte se dedicaría a terminar de adecentar el campamento y otra serviría de escolta a los senadores. No había más. Andros, Córax y Basso desde primera hora supervisaban que todo transcurriese en orden y sin altercados. Había mucha ansia entre los hombres por acabar los cometidos. Estaban deseosos de conseguir los permisos para disfrutar de los placeres más mundanos que podía dar la capital del viejo Egipto. Aunque todos sabían que no sería, como mínimo, hasta el día siguiente.

Vesper, Isela y Valerio se levantaron un poco más tarde. No tenían necesidad de hacerlo antes ya que los auxiliares actuaban de forma mecánica. Los engranajes de una maquinaria bien engrasada. Habían sido bien instruidos y podían llevar a cabo las tareas más sencillas sin necesidad de ser dirigidos.

Los senadores no hicieron aparición hasta que se hubo alzado bien el sol. Desde la *domus* de la misteriosa Vibia no hubo ningún contacto hasta que

poco rato antes de salir, un esclavo anunció la intención de los ilustres huéspedes de ir al puerto para encontrarse con gente influyente. Negocios.

Más de la mitad de los hombres se dispusieron como escolta, mientras que otros finalizarían las labores del campamento. Sin embargo, hubo un par de órdenes especiales. La primera, varios hombres de confianza, encabezados por Vesper, rondarían la ciudad de *Alexandria* mezclándose como civiles viendo el estado de la ciudad, su ánimo, puntos conflictivos, calles estrechas y barrios no recomendables. Por otra, Adelphos, el *medicus* de Sexto Valerio, escoltado por un auxiliar, se internaría en la ciudad en busca de todo lo necesario para las futuras campañas. En ese rincón del mundo podría obtener productos a más bajo precio (como el lino de las vendas), de mayor calidad e incluso algunos de difícil localización.

Valerio, por su parte, quedó a la entrada del puerto con sus hombres recibiendo los rayos del sol con fuerza. Hacía un calor infernal y todos sudaban profusamente, cociéndose en sus cotas de mallas y siendo, hasta cierto punto, peligrosa la exposición directa al lucero de la mañana. La brisa del mar no daba el suficiente consuelo. Era inhumano. Ordenó que se resguardaran en la sombra y que dos hombres fueran a por más agua.

El Prefecto sufría las mismas penalidades que sus hombres. Siempre debía ser referencia y ejemplo para los suyos. Así, después podría exigir lo que él mismo podía hacer. Internado en su propio mundo, preparando planes y maquinando estrategias, fue interrumpido, de súbito, por uno de sus hombres.

—Prefecto, se ha distribuido el agua.

—Buen trabajo, joven Macro.

El joven Macro, o Macro «el joven», era el hijo de su homónimo, amigo y subordinado de Valerio que había perecido durante la última campaña antes de poder obtener su *honesta missio*<sup>[31]</sup>. Realmente no se llamaba así, pero todos lo llamaban de esta forma desde que se incorporó. Se parecía peligrosamente a su padre. En lo bueno y en lo malo. Además, aquellos que lo conocieron, lo tenían en gran estima. Macro «el joven» era valiente y decidido, pero también testarudo e intemperante en ocasiones. Probablemente por su juventud. El Prefecto trataba de cambiar eso, con bastante éxito de momento.

—¿Cuánto tardarán, *domine*? —preguntó, impaciente el joven Macro.

—Lo que tarden —resolvió con indiferencia—. Nuestra función es proteger a los senadores. ¿Has quedado con una mujer?

—No.

—Entonces, ¿a qué tanta prisa?

—Hace calor.

—Bienvenido a la vida militar. Conocerás el frío que hiela y el calor que reseca. Esa es nuestra vida.

—Lo sé, *domine*. Pero no me acostumbro a esta temperatura. Esta tierra, aunque fértil, me mataría.

—Tienes mucho que aprender. Llevas poco tiempo sirviendo, joven *tesserarius*<sup>[32]</sup>.

—Pero tengo aptitudes, ¿verdad? —replicó Macro «el joven», quisquilloso.

—Sin duda. Pero no quiero que caigas en los mismos errores que tu padre.

—¿Eran muy amigos él y Druso? —cambió de tercio.

—Mucho.

Macro «el joven» conoció a Druso y estuvo en su funeral. Se hizo cargo de él durante unos meses hasta que se alistó en la cohorte auxiliar de Valerio. Druso había fallecido en paz hacía solo un mes. Tuvo seis años de paz y sosiego en las tierras que el propio César Claudio le había entregado. Su mujer y sus tres hijos pudieron disfrutar plenamente de su padre en sus últimos años. Los más felices.

Igualmente, antes de afrontar la misión encomendada, la hermandad que tenían, encabezada por Valerio, le organizó un funeral apropiado: enmascarados todos, incineraron su cuerpo por la noche, con su familia y amigos próximos (que no vieron en ningún momento sus rostros), honrando, en un corto e intenso ritual, a un excepcional *miles* y una persona honesta. El número III de la hermandad murió por causas naturales mientras dormía plácidamente en su lecho. Una muerte tranquila.

Desde la última vez, había habido varias incorporaciones, además de los que quedaban de la época anterior. Los veteranos seguían siendo Valerio con el número I, Vesper con el número VII y el inteligente Balbo, que seguía una trayectoria imparable, con el número IX. Las nuevas incorporaciones eran el Centurión hispano Andros con el número X, el infante germano-romano Maio Aquinas con el XI, el *Optio* Basso con el XII y Macro «el joven» con el número XIII. El *Optio* sirio Córax estaba propuesto como nueva incorporación. Se haría efectiva al término de la misión, teniendo que pasar el rito de iniciación, como todos antes que él.

—Será alguien difícil de reemplazar —afirmó Macro «el joven».

—Será recordado y honrado. Pero no hay que buscar nunca un sustituto. Cada persona es única y diferente —dijo tajante Valerio.

—¿Por eso no quieres que me parezca a mi padre?

—En lo bueno sí. Pero no adquieras sus malos hábitos.

—Soy sangre de su sangre. Es inevitable.

—No siempre los hijos se parecen a sus padres. No cometas los errores de él —expresó, quitándose su yelmo y secando su sudor con un pañuelo—. Ahora toma a dos hombres y dad una vuelta por el puerto. Aseguraos que todo está en calma.

—Sí, *domine*.

No fue hasta el atardecer cuando volvieron a la *domus* de la matrona Vibia. Los patricios pasaron buena parte de la mañana con negocios, de índole personal, en el puerto y alrededores. Todo con discreción. Hacia la *hora sexta*<sup>[33]</sup>, se trasladaron a los alrededores del templo de *Iupiter Optimus Máximus*, en el centro de la ciudad, para comer algo y refrescarse. Posteriormente se reunieron con más personas de carácter influyente durante la tarde hasta la *hora nona*<sup>[34]</sup>, cuando volvieron. Por la noche tendrían una bacanal<sup>[35]</sup> en casa de Vibia a la que estarían invitados todos los hombres más notables e influyentes de la región. Valerio se sorprendió de que él, Isela y Vesper fueran invitados. Así que tendrían que estar acicalados para la ocasión.

Primeramente, el Prefecto departió órdenes para que un grupo de auxiliares vigilara el exterior de la *domus*. No quería incidentes. Un puñado vigilaría el ya bien organizado campamento, mientras otros se quedarían dormitando dentro y solo unos pocos podrían disfrutar del final de la tarde y la noche libre en Alexandria. En ese día, Andros supervisaría la *domus*, Basso el campamento y Córax saldría de permiso.

Valerio también recibió una detallada información con respecto a qué harían los senadores los próximos tres días. Así, pudo meditar mejor la defensa y la organización. Paralelamente, escuchó los informes de Vesper y sus hombres sobre la ciudad y su estado. Eran alentadores, ya que había numerosas maneras de defender a sus protegidos y evitar emboscadas. Además, los habitantes parecían en calma. Todo marchaba bien *a priori*.

Mucho antes de partir hacia la fiesta de Vibia, un grupo de veinte auxiliares salió con ansia del campamento rumbo a la ciudad. Córax, aunque con su rango de *Optio* tenía más privilegios y podía ir a disfrutar como los demás, también tenía más obligaciones, debiendo controlar que los auxiliares no provocaran ningún problema. Tenían órdenes concretas de volver antes del amanecer y permanecer unidos en cualquier caso o circunstancia. Y lo

cumplieron. Un tiempo al menos. Por la noche, cuando el alcohol, la gula y la lujuria se incrementaron, empezaron a desperdigarse. Aquinas había sido uno de los que había obtenido permiso. Había perdido su rango de *tesserarius* debido a un problema de actitud hacía unos años. Ahora tenía rango de *miles* aunque todavía el Prefecto no había perdido la confianza en él. El germano-romano de ojos pardos y pelo rubio bebía vino con deleite, sin moderación, junto con su amigo Estitio, un galo de pelo moreno y ojos azules. El primero, de buena planta, mientras que el segundo, de corta estatura pero complexión fuerte, se encontraban ambos ya borrachos a altas horas de la noche. Normalmente eran hombres serios y discretos, pero con litros de bebidas fermentadas en sus estómagos, todo cambiaba.

Se encontraban en una *taberna* cercana a la puerta del Sol, al Sur de la ciudad. Un lugar sucio donde gentes de diferentes lares se cobijaban en esta cosmopolita ciudad. A esas altas horas de la madrugada, no era el lugar más recomendable para nadie.

—No voy a beber más o caeré inconsciente —dijo con la lengua estropajosa Estitio.

—¿Y eso por qué? —preguntó Aquinas aún con mayor dificultad.

—Porque quiero penetrar a una ramera.

—Llegada ya esta hora, es un poco tarde.

—No, esa de ahí —balbuceó mientras se levantaba de su *sella* tambaleándose levemente—. Me ha gustado esa muchachita de piel morena.

—Ya hemos fornicado con una esta tarde.

—Quiero otra.

—Vas a perder dinero. No se te va a levantar —empezó a reírse Aquinas.

—¿Cómo que no? ¿Apuestas algo?

—La próxima salida pagas todo.

—Hecho.

Con paso torpe, los vasos en la mano, y expresión ausente, se acercaron al otro lado de la sala, donde un grupo de rameritas flirteaban con tres hombres de negocios, presumiblemente mercaderes foráneos griegos, junto con un egipcio. Estitio, se acercó a la chica en cuestión y le habló en el oído. Le propuso una cantidad y un lugar adonde ir. Tras dudarle un instante, afirmó sutilmente con la cabeza. Uno de los mercaderes tomó al galo por el brazo y le habló en griego. Como no lo entendió, intentó seguir su camino, vanamente, ya que volvió a repetir la frase en latín.

—Esta chica está conmigo —le recriminó.

—Pues ahora está conmigo —respondió Estitio arrogante—. Tanto hablar, tanto hablar...

—No te he dado permiso para llevártela —subió el tono.

—¿Es de tu propiedad? —preguntó en tono jocosos. El alcohol empezaba a disiparse ante el cariz que estaba tomando la situación. Maio Aquinas se estaba despejando aún más rápidamente, tomando agua de un ánfora cercana.

—Está conmigo —repitió con un tono más agresivo.

—Tenéis varias lobas para vosotros. Una menos no la vas a notar.

—Búscate a otra —apretó su brazo el supuesto comerciante.

—¡Quítame tus sucias manos de encima, maldito bastardo! —gritó apartando súbitamente su brazo.

El otro griego se levantó con rapidez y se dirigió hacia él. Una vez cerca, Estitio le propinó una sonora bofetada que lo tumbó bocabajo mientras el tercero ni se movió, contemplando la escena en silencio. El que había iniciado la reyerta puso sus puños en guardia, pero los bajó en cuanto Aquinas mostró su *gladius*, posando su mano en ella. El joven egipcio, que había contemplado la escena en pie, aprovechó que Estitio había bajado la guardia para desenfundar una *sica*<sup>[36]</sup> que portaba. El público, temeroso de formar parte del daño colateral, se movió con rapidez a los extremos opuestos de la *taberna*. Pintaba mal.

Antes de que el enfrentamiento se produjera, un encapuchado, que estaba sentado próximo a ellos, propinó un fuerte puñetazo al egipcio que lo tumbó de espaldas. Se trataba de Córax que, desenvainando su *gladius*, amenazó a los comerciantes.

—Nos dijeron que nada de problemas —apestaba a vino más que los otros dos auxiliares.

—Pero...

—¡Nada! ¡Fuera de mi vista, los dos, antes de que patee vuestro culo de aquí al campamento!

Sin mediar palabra, salieron por la puerta, eso sí, Estitio sin soltar la mano de la prostituta, que había mirado toda la situación con una total indiferencia. Córax se quedó amenazante esperando ver la reacción del egipcio, ya que los griegos se quedaron petrificados. Empujó la *sica* con el pie hacia otro lado.

—Si alguien amenaza a los *milites* de Roma, amenaza a la propia Roma —expresó con tono serio y mirada desafiante—. Ha sido un pequeño incidente y espero que no vuelva ocurrir. Disfrutad de la noche.

Andando de espaldas, arma en mano, tomó la copa que tenía en una mesa cercana, la apuró hasta el final y desapareció de la taberna dejando a dos de

los presentes con el orgullo herido, pero contentos de poder contarlo. Habían insultado al hombre equivocado. Debían tener cuidado la próxima vez.

## ALEGRÍA ARTIFICIAL

NARANJA. Llamaban la atención las túnicas naranjas que portaban todos y cada uno de los esclavos y asalariados de la matrona Vibia. Había elegido dicho color porque era peculiar, poco usado y precisaba de cierto tratamiento<sup>[37]</sup>. Muchos pensaban que ese color no favorecía a nadie y por eso lo usaba como elemento distintivo y propio. Todo el mundo sabía que todo aquel que portase ese color servía a la viuda Vibia.

Valerio, uniformado, aseado y levemente perfumado, esperaba frente a la *domus* con Vesper, igualmente acicalado. Aguardaban a Isela, que se uniría a la pequeña fiesta que se iba a realizar. Toda aquella persona que se consideraba así misma relevante en *Alexandria* quería estar allí. No todos lo consiguieron. No todos eran aptos. Por eso le extrañó que los tres fuesen invitados.

Valerio portaba una túnica de color blanco inmaculado, una pulida coraza anatómica dorada y un *sagum*<sup>[38]</sup> de color añil. Ropas expresamente limpias y pulidas para la ocasión. Destacaban, especialmente, los detalles de la coraza: la loba capitolina en el centro del pecho y delicados motivos geométricos en los dorsales.

Por su parte, Vesper portaba una túnica rojo bermellón, una coraza anatómica plateada a juego con la *gladius* y el *pugio*, que anteriormente había pertenecido a Valerio. A diferencia del Prefecto, también llevaba las grebas<sup>[39]</sup>, a juego con la coraza. Sin perfumar, solo un ligero aroma aceitoso de haberse afeitado. En su caso, esa sí era su coraza de combate, teniendo alguna que otra ligera abolladura. Ambos iban sin los cascos.

Mientras observaban como un esclavo comprobaba y atendía a los invitados que procedían a entrar, Vesper y Valerio mantenían un silencio sepulcral, sin perder de vista todos los detalles: ropa, actitudes, procedencias, aspecto, miradas... Nada faltaba.

—Espero ir bien para la ocasión.

Sonó a su espalda la voz ligeramente grave de Isela. Portaba una hermosa *stola*<sup>[40]</sup> de color azul oscuro sobre la *subucula*<sup>[41]</sup> color blanco nieve. Sobre

ella, una *palla*<sup>[42]</sup> celeste. Para rematar, el *patagium*<sup>[43]</sup> de color crema y ribetes dorados. En cuanto al peinado, nada demasiado estrafalario. Se había rizado el pelo, tomando una parte en una cola. Sin apenas maquillaje, lo justo para tapar «imperfecciones».

—La diosa Afrodita competiría contigo —aduló con sinceridad Valerio besando su mano—. Tu hermosura inundará la *domus*, dejando a todas las mujeres llenas de rencor hacia ti.

—Exageras como siempre —se sonrojó.

—Nunca me crees.

—Me da apuro dejar al pequeño Marcelo en el campamento.

—Tranquila. Está bien vigilado, todo está tranquilo y Emilia cuidará bien de nuestro hijo. Como siempre.

Isela estaba nerviosa. Y se le notaba. La intranquilidad como madre por su hijo, aunque exacerbada, era algo normal. Sin embargo, lo que le aterraba verdaderamente era esa reunión de alta alcurnia. Aunque había estado en otras similares, nunca se habituaba. Apariencia, chismorreos, negocios, búsqueda de favores,... Había que tener cuidado con todo lo que se decía. No gustaba de la hipocresía romana en dichos ambientes. Prefería la rudeza de su Germania natal. Temía, sobre todo, decir o hacer algo que dejara a Valerio en mal lugar. Al fin y al cabo, ella era bárbara y siempre lo sería. No obstante, su marido siempre le decía que eso no podía pasar, que solamente se deshonra uno mismo y que con el amor que le profesaba todo iría bien.

—Relájate, mi guerrera, disfrutemos en lo posible de la velada —repitió su marido lo que le había dicho antes de salir—. Estaremos solo lo necesario y no volveremos a ver a estas personas más en nuestras vidas.

—Por los dioses que así sea.

—Se dice que en la *domus* de Vibia siempre alguien pierde algo y otro lo gana —expresó una voz que se aproximaba por su derecha.

Se trataba de Lucio Quintilio acompañado de dos marineros fuertemente armados. Su apariencia había vuelto a mejorar desde el día anterior. No portaba ningún tipo de impedimenta de guerra. Por el contrario, llevaba una túnica de color verde oliva y una toga *praetexta*<sup>[44]</sup> gris claro. Sobre ella, una cadena de oro con un colgante con el símbolo del águila. Algo discreto.

—Quintilio, te presento a mi mujer, Claudia —introdujo Valerio.

—Una belleza sin par —expresó con una sonrisa e inclinando lateralmente la cabeza.

—He oído hablar mucho de ti —dijo Isela con naturalidad.

—Espero que cosas buenas —bromeó.

—Como no podía ser de otro modo —sonrió la germana.

—¿Esperamos a alguien más? —cambió de tercio.

—No, nos disponíamos a entrar —respondió el Prefecto—. Aunque antes querría saber cosas más concretas sobre Vibia.

—Es una mujer de gran influencia en la ciudad y con amigos en las altas esferas. Ha estado casada hasta tres veces con senadores de cierta trascendencia. Desde que quedó viuda hará unos cinco años, ha decidido pasar sus días aquí, lejos de la gran Urbe.

—¿Por qué usan el color naranja? —preguntó curiosa Isela.

—Querida Claudia, a Vibia le gusta hacerse notar y ser la envidia de todas las mujeres de alcurnia. Durante el último año ha puesto de moda este color. Todo aquel que tenga relación con su *gens* lo lleva para que se sepa su pertenencia. Tiene fama de tratar con indulgencia a aquellos que se ponen a su servicio.

—¿Quién administra sus posesiones? —cuestionó el Prefecto.

—En teoría su hermano, pero... cómo decirlo con suavidad... su mente no se rodea mucho entre los mortales... y quien realmente se encarga de todo es ella.

—Supongo que será una mujer cotizada —reflexionó en voz alta Isela.

—Tiene múltiples pretendientes, pero ella no se deja atar por nadie. Además, a su edad, tiene todavía un atractivo increíble —explicó Quinctilio con mirada sibilina.

—Tengo ganas de conocerla —mostró su curiosidad Valerio.

—Espero que entiendas que no debes ofenderla. Me han llegado a mis oídos historias tuyas de insubordinación.

—La mayoría son exageraciones. Si así fuera, ¿crees que me habrían encargado esta misión?

—No le gustan los *milites*, así que mal empiezas.

—Mira la cicatriz de mi cara. No puedo, ni quiero negar lo que soy.

Y con esta sentencia, avanzaron con decisión hacia el *ostium*<sup>[45]</sup> de la *domus*. Una mujer poderosa podía ser algo muy interesante de ver. Tal vez todo fueran exageraciones, como solía ocurrir en estos casos. Algunos hablaban como si fuera la reina de *Alexandria*, como si tuviera plena jurisdicción sobre gobiernos, acuerdos y operaciones en Egipto. Sexto Valerio quería observar con detenimiento qué se cocía dentro.

Una vez en el *vestibulum*<sup>[46]</sup>, un esclavo pidió que se presentaran para ser anunciados. Sin embargo, un liberto, identificado por el gorro frigio<sup>[47]</sup> pardo, se acercó con expresión seria mirándolos de arriba abajo.

—Disculpad, *dominii*, pero no podéis entrar armados —comentó en tono mesurado y mirada firme, pero no hostil.

—Somos *militēs* y estamos de servicio —respondió de la misma manera el Prefecto—. Tenemos pleno derecho a ir armados.

—Mi *domina* os ruega que depositéis las armas en el *cubiculum*<sup>[48]</sup> de aquí al lado. Serán bien guardadas, te lo garantizo.

Hubo un corto silencio en el cual Valerio analizó mentalmente a quien tenía enfrente. Se trataba de un joven de unos veinticinco años, bajo, pelo moreno y rizado, con inicio de calvicie, ataviado con una túnica de color melocotón, un sencillo *cingulum* y una maleta de cuero que contenía una decena de rollos puesta en forma de bandolera. Lo que más destacaban eran sus ojos de mirada viva, inteligente, aunque algo cándida.

Vesper, por otro lado, valoraba a los guardianes libres o contratados temporalmente que vigilaban la puerta. Estaba seguro que eran profesionales por sus armas, posicionamiento y actitud. Sabían lo que hacían. Si había un enfrentamiento, no sería especialmente fácil derrotarlos. Pero lo haría.

—No quiero ser poco razonable —comenzó a decir Valerio tras la pausa—. Pero me gustaría comentarlo con tu *domina* cuando le sea posible. Puedo esperar fuera.

—Eso no será necesario.

La viuda Vibia fue quien lo dijo. Efectivamente, Quintilio tenía razón. Se trataba de una mujer madura y hermosa. Su edad era indescifrable, pero era evidente que pasaba de los cuarenta. No obstante, eso no restaba un ápice a su belleza natural. Estaba claro que utilizaba cosméticos orientales de altísima calidad, ropajes suntuosos y peinados originales. Ayudaba, pero no lo era todo. Sus virtudes sobrepasaban su apariencia cuidada: una voluptuosa silueta, una hermosura innata en su rostro, una elegancia en su paso, una forma de hablar coqueta y directa, aparte de que se intuía el manejo del arte depurado de la conversación. Encantos naturales y adquiridos.

—No quería ofender, *domina*. —expresó respetuoso, pero no arrepentido en absoluto.

—Prefecto Valerio, supongo que te habían informado de mi animadversión por los uniformes de guerra —sentenció con un tono desafiante—. Me recuerda que ya he dado un hijo a Roma.

—Así lo hizo uno de sus esclavos —respondió cortésmente mostrando una sonrisa y mirándola directamente a los ojos—. Pero estoy aquí, en Egipto, como *miles*, para velar por los senadores, no para hacerle daño.

—Te aseguro que mis guardias están muy cualificados para cualquier tipo de... percance.

—Seguro que es así, pero en el arte de la guerra solo confío en mí y en los hombres que he entrenado y me sirven.

—Supongo que entenderás que el peligro está fuera, en las vías, y no aquí en mi hogar —su tono era como molesto, pero Valerio entendía que le estaba divirtiendo esta situación.

—Y el hecho de que no dejes pasar armas, *domina*, es muy prudente. Pero no quisiera tener un problema con el César porque no estaba debidamente preparado si algo ocurriese.

—En tal caso, no ofendamos al César. Os permitiré que llevéis los *pugii* a cambio de no sacarlo bajo ninguna circunstancia que no sea en defensa de sus *dominii*.

—Así será, *domina*. Tienes nuestra palabra —habló también por Vesper.

Con una leve reverencia que Valerio correspondió, Vibia dio la vuelta y se encaminó a saludar a otros recién llegados. Se había librado de tener un encontronazo, pero estaba seguro de que la viuda volvería a por él. Sus ojos desprendían curiosidad, y una mujer de esa posición y poder no tenía por qué ser discreta.

—¡De buena te has librado! —masculló entre dientes Quintilio, tomándolo del brazo—. Sin duda alguna te has vuelto necio.

—Ha disfrutado de la charla —afirmó Isela con una expresión enigmática.

—Eso pienso yo —añadió su marido.

—¡Ambos estáis locos! ¡Tal vez por eso estáis juntos! —dijo entre divertido y contrariado el viejo amigo de Valerio.

—Si me permite, *domine*, el Prefecto Valerio ha salido de peores —exhortó Vesper.

Quintilio los dejó mientras negaba con la cabeza en busca de un esclavo que le diera vino. La altivez de los *milites* les había impedido ver que la vida civil era más compleja y que no podían ser tan planos. Una afrenta a una importante familia podía tener nefastas consecuencias para el futuro. No conocían a Vibia. Sin embargo, no había ofensa real en su voz. Era cierto. Tal vez esperaba algo así o le gustaba la novedad, aquello que rompiera la monotonía y, de cierta forma, las normas establecidas.

Se sorprendieron de la variedad de gente pudiente que había dentro: mercaderes griegos, ecuestres egipcios, romanos afincados, navegantes orientales, algún potentado bárbaro del Sur que estaba de paso... todos con ropajes opulentos y apariencia digna. Todos hablando de negocios,

chismorreos y otras cuestiones que no les importaban a los tres lo más mínimo. Por esto, se colocaron en una esquina hablando entre ellos y bebiendo con moderación, disfrutando de la música que amenizaba la noche y la decoración del hogar, telas de vivos colores elegidas con sumo gusto. Vesper eligió vino especiado, Valerio, *mulsum*<sup>[49]</sup> e Isela vino con agua.

Al poco de llegar ellos, hicieron acto de presencia los dos senadores, que fueron recibidos con un sonoro aplauso. Estos saludaron con sencillez y se acercaron a Vibia para agradecerle su hospitalidad. A partir de ese momento, en el *atrium* empezaron a acomodarse los más mayores y beber sin moderación alguna mientras una docena de esclavos no dejaba de traer viandas de todo tipo.

Los entrantes fueron de sencilla factura: lentejas con castañas, caracoles, lechugas con puerros y granada, huevos revueltos y trufas.

Como platos fuertes, calabaza con pollo, buey con miel, aves cantoras asadas, albóndigas de almejas o anguilas fritas, todas presentadas con sumo gusto y en una cantidad bien elegida para que no sobrara en demasía. Según la viuda, era de mal gusto tanto exceso.

Como postres, pasteles de semilla de amapola, sésamo y nueces; pasteles de membrillo, queso y manzanas asadas; tartas de miel caliente; y numerosas frutas.

La danza y la música no cesaron casi en ningún momento, intuyendo la lascivia de algún que otro comensal a medida que la jornada avanzaba. Cuando la comida hubo prácticamente terminado, Quintilio se volvió a acercarse a los tres que habían pasado en soledad toda la jornada.

—Prefecto Valerio, quería presentarte al Legado de la *Legio XXII Deiotariana*, Severo —el vino empezaba a hacer mella en él.

—Es un placer, *domine*. —respondió con tino.

—Mi *Legio* está a vuestra disposición para lo que preciséis. El propio *Praefectus* de Egipto me lo ha encomendado.

—Esperaba verlo entre nosotros hoy.

—Así debía ser, pero tenía otros asuntos que atender en el Sur de la provincia. Igualmente, el Legado de la *Legio III Cyrenaica* se encuentra en estos días en *Menfis*. Por eso, serán mis hombres los que apoyarán su protección si es necesario.

—Gratitud, *domine*.

—Permíteme una pregunta —hizo un silencio Severo, haciendo evidente que también estaba bebido—. ¿Es cierto que desobedecisteis las órdenes de

Scapula en Britania hace unos años? Lo conozco, es un hombre que no toleraría la insubordinación.

—Hay medias verdades en esa afirmación —sonrió Valerio al decirlo—. Digamos que no obedecí estrictamente las órdenes, pero sí cumplí el objetivo.

—Es más político de lo que decías, mi noble Quinctilio.

—No está la noche para política y guerra —respondió el interpelado malhumorado—. Tal vez sí para conocer a gente interesante.

—Estamos de acuerdo.

Con paso firme, tras una leve reverencia, fueron directos a las bailarinas, aunque Vibia no permitía ningún libertinaje público en su hogar. Si querían algo, que fueran a algún *cubiculum* cercano con discreción. Las normas de su casa.

Al poco de dejarlos solos, Valerio cruzó de nuevo su mirada con el guardián lleno de cicatrices. Pululaba entre la penumbra con mirada de halcón y sin dejarse ver en exceso. Quería pasar desapercibido. O se avergonzaba de su aspecto. O no le gustaba que le miraran. Tal vez todo a la vez. Durante unos segundos mantuvieron sus ojos clavados el uno en el otro. Ninguno bajaba la mirada, ninguno pestañeaba. Finalmente, el guardián la apartó y se escurrió entre la oscuridad del patio porticado. En ese momento, la anfitriona, con paso relajado y un gesto conciliador en su rostro, se acercó a ellos. Los invitados estaban apreciando una compleja danza propia de Egipto que algunos consideraban casi acrobática y otros sensual. Al ver que los tres invitados del fondo no parecían sorprendidos, ni entusiasmados, los abordó.

—No es la primera vez que veis algo así, ¿verdad?

—No, *domina*. —respondió Valerio con rapidez—. Años sirviendo a Roma en muchas partes hace que no sea fácil sorprendernos.

—Gente de mundo. Como buenos *milites*.

—No siempre ha sido por deber, *domina*. —no pudo evitar el desaire tras el comentario condescendiente.

—Sí, sé que tenéis asuntos privados en Oriente. Me gusta estar informada de todo —explicó ante la confusión de Valerio y Vesper—. Entre mis informantes, está uno de mis propios hijos, al cual conocisteis en Britania.

—Disculpa mi mala memoria, pero no lo recuerdo.

—No hace mucho de aquello, un joven Tribuno que quedó prendado y maravillado de vuestro valor, desparpajo e inventiva. —Vibia sonreía al ver que dirigía la conversación en todo momento. Solo Isela, callada, miraba sin temor a la mujer.

—Creo recordar quién es. —El Prefecto estaba meditabundo. Parecía no tenerlo claro.

—Me escribió una misiva hace años y en ella, la mitad la dedicó al veterano y experimentado Sexto Valerio. Un verdadero romano que había hecho una unidad muy capaz de una banda de desarrapados.

—Su hijo me idealizó, aunque agradezco sus palabras, *domina*.

—También me dijo que evitó que él hiciera una estupidez que podía haberle costado la vida. Por esto estamos en deuda: si necesitáis cualquier cosa, hacédmelo saber. Habladlo con Caio Mario.

—Él te proporciona toda la información ¿verdad? —al preguntar, el Prefecto se dio cuenta de su error. No era asunto suyo. Pero ya estaba hecho.

—Caio Mario es mi liberto y mi hombre de confianza —contestó con calma—. No tiene tiempo para indagaciones.

—Disculpa mi curiosidad. A veces mi lengua se adelanta a mi cerebro —se excusó con una leve reverencia.

—Valerio, eres un fiel servidor de Roma, ¿no? —cambió de tercio—. ¿Qué piensas sobre lo ocurrido en Armenia y el hecho de que el César no haya hecho nada? Me interesa conocer la opinión de un *miles* sobre estos menesteres.

—*Domina*, no soy el más indicado para hablar. Solo soy un sencillo Prefecto auxiliar —se excusó, clavando la mirada en el suelo para que no reconociera lo que podía pensar.

—Y sin embargo posees tu propia valoración de los hechos —exhortó divertida.

—Mis labios no están hechos para la política. La función de todo *miles* es obedecer, no juzgar.

—Hábil respuesta —sonrió Vibia al decirlo—. Eres un lobo con piel de cordero. Hablas de prudencia y de ser un siervo de Roma, que ni piensa ni duda. Sin embargo, creo firmemente que ya está en el camino de la política y ni siquiera quiere darse cuenta... o tal vez eso quieres parecer...

—En el campo de batalla, el enemigo es reconocible —respondió volviendo a alzar la mirada con un leve brillo en los ojos.

—Eres un ejemplar interesante. Volveré a verte. Ahora, es momento de hablar con las mujeres —tornó su mirada a Isela—. Ahora me gustaría que tu esposa, Claudia, me acompañase. Creo que puede satisfacer mi curiosidad y hambre de conocimientos sobre las costumbres de los pueblos germanos.

—Si la *domina* me cree digna —indicó Isela con falsa humildad. Valerio notó que no le gustaba que le pusieran en ese aprieto.

—Sin duda. Si has embriagado a un hombre como el Prefecto Valerio, debes tener muchas cualidades que te destaquen. Me gustan las mujeres fuertes.

Tomándola por el brazo, Vibia condujo Isela a una esquina del *atrium* en dirección a otras mujeres que ya comentaban chismes o intercambiaban opiniones sobre diversos temas. Claudia, Isela para los que la conocían de primeras, lanzó una pequeña mirada de socorro hacia atrás antes de alejarse. Era un protocolo secreto. Dejaría que cumpliera el compromiso social un corto espacio y luego se acercaría para salvarla con la excusa de retirarse a dormir o algún falso pretexto. No gustaba de tanta gente desconocida a su alrededor.

Vesper, que había permanecido en silencio toda la conversación, exasperaba a Valerio ante su mirada helada a los guardias.

—¿Qué ven tus ojos proféticos, Vesper? —dijo con sorna.

—Una docena de guardias. Profesionales. Saben lo que se hacen. En especial ese con tantas cicatrices. Lentos movimientos, discretos, bien armados, riesgos calculados, sosegados...

—¿De qué nos sirve ahora? No estamos en peligro.

—Me extraña que lo digas tú, Valerio. Yo no tengo enemigos...

—Cuidado, amigo, una mala asociación conmigo podría matarte...

—Por eso no bajo la guardia. Y menos rodeado de esta sarta de hipócritas. La política está hecha para cobardes cuyo único Honor es su dinero e influencia.

—Esperemos que nadie te oiga —miró en ambas direcciones al decirlo.

—A nadie le importa las cábalas de alguien prescindible como yo.

—Veamos tu perspicacia. ¿Qué me dices de los senadores?

—Numerio Lupo es un clásico senador. Inteligente, con algo de experiencia militar, moderado en su lenguaje y altivo. Como la mayoría, cuando bebe demasiado, pierde los papeles.

En ese momento, posaron su mirada en el susodicho, ya afectado por el alcohol, que se dejó caer en un *triclinium*<sup>[50]</sup>, acompañado de un bello danzarín a su izquierda y una hermosa danzarina a su derecha. Tras el dato, el asistente prosiguió.

—Por otro lado, Tito Calpurnio Avito es un jovencuelo arrogante y locuaz que solo posee nombre y no cree que precise de mucho más para llegar alto. Sin embargo, creo que, si quisiera, tendría potencial.

—¿Dónde se ha metido? —se cuestionó el Prefecto.

—Hace largo rato que se dirigió a las *cubicula* con una joven.

—Comprueba que está bien y que no hay nadie cerca. Luego intenta relajarte. Te lo has ganado.

—¿A dónde vas?

—Iré a hablar con ese tal Caio Mario de un asunto personal. Utilizaré la ayuda que me ha ofrecido la viuda Vibia.

Cada uno en una dirección diametralmente opuesta, se abrió paso entre la multitud exultante y ruidosa que no dejaba ya nada a la sobriedad y la moderación, aunque había un comportamiento razonablemente decente para lo que se podía esperar.

Entre los ecos de la multitud, el hispano buscaba imperiosamente la silueta del joven liberto. Había pasado toda la noche de un lado a otro, controlando que todos los pormenores de la cena fueran a la perfección. Como buen *atriense*<sup>[51]</sup>, su obligación de velar con celo hasta los más insignificantes detalles de la misma le había dejado exhausto. Lo encontró rápidamente gracias a su fina intuición. Terminado todo, solo quedando servir vino, se había retirado a una esquina en penumbra donde se había sentado en una sencilla *sella* a leer algunos rollos de papiro. Una lucerna daba la luz necesaria para la lectura, solo iluminando su cara, embebida en las letras.

Valerio, dando cortos pasos para que lo viera llegar, caminaba erguido y con gesto relajado y conciliador tras el encontronazo de la entrada. Cuando advirtió su presencia, se puso en pie enseguida con mirada vacía.

—¿Deseas algo, *domine*? —su tono, aunque educado, rozaba la impertinencia.

—No quiero importunarte, joven Caio —comenzó a hablar cordialmente—. Tu *domina* me ha ofrecido su ayuda por... un asunto personal.

—Estoy informado de ello —añadió con rapidez—. No esperaba que lo pidiera tan rápido.

—La vida es corta para perderla con inútiles sutilezas —ambos sonrieron con brevedad.

—¿En qué puedo servirte?

—Seguro que me puedes conseguir un plano de la ciudad. Mañana, frente al mismo, me gustaría que me indicaras todas las zonas peligrosas, dónde se congregan los elementos más reacios a Roma o que provoquen más inestabilidad a la ciudad.

—Eso no será muy difícil, *domine*.

—También dónde está el barrio judío...

—¿Judío? —repitió con suma extrañeza en su rostro—. Así se hará, *domine*.

—Es un asunto personal, Caio Mario.

—No creo que quieran nada de un Prefecto de Roma, *domine*. A menos que sea comerciar —exhortó, monótono.

—Entiendo —tras reflexionar un instante, continuó—. Busco encontrar a miembros de una secta judía.

—¿Los seguidores del nazareno?

—¿Los conoces? —se asombró.

—Sí, llevan ya un tiempo aquí. Son gente pobre, reservada y se dice que niegan la autoridad del César.

—Algo así he oído, también que son numerosos aquí.

—Es una de las mayores comunidades de Oriente, aunque tienen pequeñas divisiones. Puedo indicarle un nombre. Es un tal Simeón que podría ponerle en contacto con la comunidad.

—Hay muchos judíos que se llaman así. Tienes que darme más pistas —replicó malhumorado Valerio.

—*Domine*, en cuanto menciones su nombre, todo el mundo sabrá a quién busca —tomó su maleta e hizo una breve reverencia—. Ahora, si me disculpas, debo atender otros menesteres.

—Hasta mañana entonces, joven Mario.

—Hasta mañana, Prefecto Valerio.

Una sensación de impaciencia invadió al Prefecto. Estaba deseando que fuese el día siguiente para descubrir quién era ese Simeón. ¿Podría ver por fin una comunidad organizada de seguidores del «*Magister*»? Había conocido algunas menores en sus viajes, pero tan diminutas que no satisfacían sus necesidades. Sabía que la comunidad egipcia era de las más antiguas y numerosas. Tendría que ser cauteloso, seguramente serían reticentes con un pagano no judío. Pero debía hacerlo, una deuda con él: el «*Magister*» de Galilea y una deuda con ella: su primera mujer, Lydia.

En sus elucubraciones, se llevó un rato mirando al vacío, quieto, y notó de pronto como la viuda Vibia tenía clavada su mirada en él. Sorprendía su mirada vacía y su extraña sonrisa que contrastaba con el ambiente fatuo y alcoholizado que la rodeaba. Reaccionó. Con paso firme, se acercó mirando distraído a su alrededor tomando suavemente del brazo a Isela, susurrándole al oído:

—¿Deseas que nos vayamos? —sugirió con una mirada dulce.

—Sí, por favor, si te apetece —dijo con alivio en sus ojos.

Dando cortos pasos, con su mujer tomada del brazo, fue acercándose a la anfitriona mientras buscaba a Vesper con la mirada. No lo encontró y tornó su

mirada a Vibia.

—*Domina*, si nos disculpas, nos vamos a retirar ya. Estamos cansados y mañana tendremos un día arduo y largo.

—¿Tan pronto? —fingió sorpresa la viuda—. Los senadores me han confirmado que se quedarán todo el día de mañana en mi *domus*.

—Mi labor como oficial nunca acaba y Claudia quiere ver cómo está nuestro hijo. He quedado plenamente satisfecho con la seguridad que ofrece aquí dentro.

—Me alegra saber que apruebas a mis guardas. Me halaga.

—En cualquier caso, si precisas de ayuda, te la facilitaré.

—Muy considerado. ¿No dejas nunca nada al azar?

—*Domina*, en la vida y en la guerra, somos instrumentos de los dioses, por lo que hay que ser previsores.

—Entonces... Afirmas que no tenemos voluntad —tentaba al Prefecto.

—Estamos condicionados por la voluntad de los dioses... o por la de los hombres. A veces se confunden.

—Espero volver a verte.

—Cuando gustes, *domina*.

Con una breve reverencia, la pareja empezó a caminar hacia el *vestibulum* para recoger la *gladius* de Valerio y salir, previa despedida de Quinctilio. Preparados para partir, Vesper se acercó a ellos con celeridad.

—¿Pensabais iros sin mí?

—¿Están bien los senadores? —priorizó el Prefecto hispano.

—Entregados a los placeres mundanos.

—Elegante forma de decir que están copulando —bromeó Isela.

—Creo que deberías quedarte —retomó la palabra Valerio.

—¿Por qué?

—Podría ser una buena oportunidad para escuchar cosas interesantes sobre la ciudad. Muchos están ya ebrios y sus lenguas se soltarán.

—¿Crees que hablarán algo aquí que pueda interesarnos?

—Nunca sabes cuando algo te puede interesar.

—Además, mañana se espera un día tranquilo y puede que alguna mujer desee compartir contigo algo más que unas pocas palabras —añadió Isela con intención.

Vesper se ruborizó, provocando una breve risa de su superior, que le puso la mano en el hombro y se dispuso a salir de la *domus*. Había muchas cosas que hacer al día siguiente y estaba deseando despertar en él.

Andar por una zona mercantil siempre era agobiante a los ojos del Prefecto. El vocerío de los tenderos, la mezcolanza de olores, la acumulación de personas y mercancías, los ladronzuelos rondando, los mendigos abordándote... Y *Alexandria* era uno de los lugares del Imperio donde la vida comercial tenía más importancia. Por ello, fuente de riqueza, influencias y conocimiento, la ciudad tenía mucha vida. Más de trescientas mil almas vivían en ella, sin contar los esclavos. Había tribus bárbaras más pequeñas. Se trataba de una población totalmente heterogénea: egipcios, latinos, griegos, sirios, libios, nubios, hebreos, indios... Mucha gente se daba cita en la segunda ciudad más poblada del mundo antiguo. Pero eso no quitaba que molestara a Valerio pasear por estos lares si no era necesario.

Había terminado todas sus labores administrativas del día en el campamento. Organizó con precisión las actividades de los sesenta hombres que llevaba consigo, se entrenó con ellos, jugó un rato con su hijo menor y a media mañana, Caio Mario apareció con el plano y con la explicación que requería. Al poco de irse, dio instrucciones a sus principales lugartenientes y salió vestido de civil hacia la ciudad.

Sin escolta, con una buena túnica verde oliva y una toga de color crema, aunque su cicatriz desvelaba que había participado en combates. Solo su *pugio* afalcatado, que llevaba escondido, podía defenderlo ante cualquier eventualidad. Esperaba que no fuera así, llevando solo unas pocas monedas y pendiente a todo lo que le rodeaba.

Primero fue a ver a su hijo Aulo al *hospitium*<sup>[52]</sup> donde pernoctaba y descansaba escribiendo poemas. Una breve visita de cortesía y que buscaba un acercamiento después de años de separación. También tenía que departir de negocios con él. Algunos detalles extra antes de su futura partida. Por otra parte, los recelos iniciales de Isela se evaporaron como el agua de lluvia.

Tras esto, comenzó a preguntar por el tal Simeón en los puestos judíos, infructuosamente: nadie le respondía nada que pudiera serle útil. Se desesperaba ante la negativa de aquellos comerciantes a ayudarle. Notaba en sus ojos que algo sabían. Finalmente, dedujo cuál era el problema. Cercano a un mercader de esencias, alargó una moneda tras preguntar y le indicaron un lugar donde podría encontrarlo. Llegó a una escondida plazuela sin salida donde una pequeña fuente en mal estado y con agua corrompida hacía de centro neurálgico. De planta trapezoidal, en unos veinte pasos se podía recorrer su perímetro. Sorprendentemente, había allí cinco personas: una mujer barriendo la puerta de su hogar, un tornero trabajando a la sombra de su negocio que hacía esquina, un carpintero que descansaba un instante de su

trabajo saliendo por la parte de atrás del mismo y un viejo haciendo una cesta de mimbre con un niño jugando cerca de él. En el único acceso desde la calle, Valerio planteó cuál de ellos podía ser el tal Simeón. Tras una duda inicial, se acercó con paso firme al cestero.

—Disculpa, noble anciano, ¿eres Simeón? —preguntó con cortesía.

—¿Quién lo pregunta? —respondió mostrando sus ojos. Estaba ciego.

—Alguien que quiere algo de él.

—Si deseas algo de él, ¿cómo es que no lo conoces?

—Deseo conocerlo.

—¿Por qué?

—Me han dicho que puede ayudarme.

—Por tu olor, diría que no precisas ayuda. Portas buenas ropas y mi oído me dice que llevas monedas. ¿Qué podrías necesitar tú de alguien como él?

—Información.

—Creo que te equivocas de judío.

—No me equivoco.

—Arrogancia, propia de los romanos.

—¿Te importaría decirme si eres quién busco? —empezó a impacientarse.

—¿Y has pensado que tenía que ser yo, entre todas las personas aquí presentes?

—No podía ser de otro modo.

—Explícame eso.

—Busco a un hombre humilde y sencillo. Tú eres el más pobre entre todos los presentes. Solo un seguidor del Nazareno es así.

El anciano cambió el semblante. De altivo y despreocupado a sorprendido. Paró durante unos segundos su actividad, volviendo a ella poco después. Parecía que afinaba su oído.

—¿Qué deseas realmente?

—Deseo que Simeón me ponga en contacto con los seguidores del Nazareno.

—¿Con qué fin?

—Soy su seguidor.

—¿Y qué deseas hacer con ellos?

—Hablar con aquellos que tienen mis creencias y ayudarlos en la medida de lo posible.

—¿Crees que tienes mucho que ofrecer?

—Eso lo podréis juzgar vosotros.

La seguridad del romano contrastaba con la inquietud del ciego judío. Portaba una sencilla túnica parduzca algo sucia y raída. Tenía una barba gris que se prolongaba ligeramente en la barbilla, alargando su rostro. Su pelo, rizado y ligeramente largo le daba un aspecto desaliñado, pero no olía mal. Parecía estudiadamente descuidado sin serlo. Sus pies descalzos mostraban una gran actividad en su vida. Era más de lo que mostraba aquel hombre. Se esforzaba en parecer algo que no era. Y no era un pobre de solemnidad.

—Así se lo haré saber.

—Simeón, me gustaría conocer a la comunidad hoy.

—Yo no soy Simeón.

—Sí que lo eres. Y te aseguro que mis intenciones son honestas. Empezaré por decirte algo que atraerá a la comunidad: yo conocí al Nazareno en persona.

—Mientes —expresó con duda.

—¿Qué ganaría con ello?

—Eso aún no lo sé.

—Tu vida te ha hecho desconfiado. Pero en tu corazón sabes que no miento y que mis intenciones son honestas. Un hombre sensato reconoce la verdad cuando la oye.

Valerio tenía la cualidad de desconcertar con facilidad cuando hablaba con sinceridad. Estaba acostumbrado a hablar con todo tipo de gentes y cada vez sabía mejor cómo hacerlo. El cerebro era la mejor arma del mundo y la empleaba con astucia. El anciano parecía debatirse sobre qué hacer.

—A la puesta de sol, ve hacia el Sureste de la ciudad. Afuera de la misma encontrarás un viejo molino derruido. Espera allí, apareceré junto al pozo poco después.

—Gratitud, Simeón.

Tras esto, se dio la vuelta para retornar al campamento. Esta gente no había cambiado. En exceso desconfiados. Esperaba conseguir algún progreso por la noche. No pasaría demasiado tiempo en Egipto para poder ganar su confianza. Su atrevimiento había aumentado durante los años, al igual que su fe en el Dios Supremo.

La tarde fue sosegada y transcurrió sin incidentes. Los senadores recibieron a varios mercaderes, funcionarios y ecuestres egipcios en la *domus* de la viuda Vibia, previa acreditación y registro de sus guardianes, no saliendo de la propiedad en todo el día. Esto facilitó la labor de los auxiliares y permitió una

agradable jornada. Aunque sabían que al día siguiente les esperaba un día movido.

Valerio dedicó una parte de la tarde al ejercicio físico, las formaciones y estudiar los destinos facilitados por los patricios romanos para buscar la mejor ruta a realizar con sus *principalis*. Cuando empezó a bajar el sol, organizó los permisos, cedió el mando a Vesper y se empezó a preparar para salir.

—¿Dónde vas? —preguntó Isela a su espalda mientras Valerio se lavaba en una palangana.

—Ya lo sabes —dijo sin parar de lavarse—. Pasaré a ver de nuevo a Aulo y luego a mi reunión con los seguidores del Nazareno.

—Temo que eso se pueda torcer.

—No son gente violenta. No hay peligro. Lo sabes bien.

—Pero llévate la *gladius*, por favor.

—Lo tomarían como un signo de desconfianza y peligro.

—No me importa. Y eso no es todo, por supuesto, un escolta.

—Será demasiado.

—Eres un Prefecto y *Alexandria* es peligrosa para recorrer sus calles solo. No lo haces por ellos, sino por tu *status* y los peligros de las urbes. He oído que aquí les gusta secuestrar gente para que paguen rescate por ellos. No lo permitiré.

—Exageraciones, no deberías creer todo lo que dice la rumorología.

—Sabes también como yo que es verdad. No intentes engañarme. Mejor ser prevenido y malinterpretado, que confiado y estúpido.

—Interesante —expresó con una sonrisa en la cara. Isela pensaba con rapidez—. Está bien —por ti lo haré. Le diré a Macro «el joven» que me acompañe.

—Ya se lo he pedido a Aquinas.

—Tu fiel servidor.

—Sabes que pertenece a dos mundos. Como yo.

Con un apasionado beso se despidieron. Isela tenía una inteligencia viva y estaba aprendiendo las sutilezas en ese submundo que vivía como consorte del oficial de la cohorte auxiliar. No era un papel fácil, pero ella no se arrugaba con facilidad. Tenía a varios auxiliares que eran dignos de confianza y que acataban órdenes como si se las diera el propio Valerio.

Igualmente, Isela tenía su propia reunión paralela. Un *consilium*<sup>[53]</sup>. En cuanto salió por la puerta Valerio, se reunió con su camarilla personal. Todos estaban informados y se personaron allí de inmediato. Se trataba de Emilia, su esclava personal y Adelphos, el *medicus*. Una vez que los dos se personaron

allí, empezó a hablar con calma. La esclava, aparte de ser confidente de Isela y de confianza, solía ser la voz de los *calones* al tratarse de la persona más cercana y con valía probada.

—Antes de empezar, gratitud por asistir. Iré directamente al asunto que nos trae aquí. Mi marido es un hombre honorable y confía en sus *principalis*. Y hace bien, son dignos de la fe depositada en ellos. Vosotros sois los míos. Todos habéis sido beneficiados de una forma u otra por mí, y seguirá siendo así hasta el día que la muerte nos lleve a todos. Ya hemos solventado otros problemas y el motivo que me lleva a estar aquí podéis intuirlo. Ya van dos intentos de asesinato de Valerio en lo que va de año. Quien atenta contra él, atenta contra mí. En el último intento, Vesper averiguó que un miembro de la comitiva intentará el siguiente ataque. Por esto quiero que mantengáis vuestros oídos abiertos.

—Ninguno de los *calones* diría nada en contra del Prefecto en mi presencia —repuso Adelpbos—. Además, es bastante popular. Algunos auxiliares tienen quejas en contra del Prefecto, pero dudo que se atrevieran a tanto.

—Supongo que nuestra *domina* no espera que nos enteremos de forma directa de una conspiración —reflexionó Emilia.

—La *domina* sugiere que mantengamos los oídos abiertos y que veamos más allá de lo evidente —puntualizó Adelpbos.

—Así es —sonrió Isela ante la clarividencia del *medicus* griego—. Es improbable que alguien hable más de la cuenta. Pero podréis ver dónde flaquean y quién puede tener la voluntad abierta a tal... infamia.

—Imagino que hay que buscar sospechosos e investigarlos discretamente —razonó la esclava.

—Saben que el envenenamiento es complicado pero lo más viable, aunque la última vez no sirvió. Sin embargo, pueden intentarlo de otra manera —aportó el griego.

—Y saben que si los cogiéramos estarían muertos. Elegirán un momento y un lugar donde puedan escapar.

—Hay mucho que indagar, y tarde o temprano tendremos algo tangible, *domina*. No te preocupes —consoló Adelpbos.

—Cuando actuamos juntos, todo funciona mejor —expresó Isela con una sonrisa—. Idos, os iré convocando para ver qué avances tenemos. Gratitud, y que la Fortuna nos sonría.

La puesta de sol en *Alexandria* era especialmente hermosa. Una amplia gama de colores degradados embellecían el cielo egipcio que, en contraste con su arena dorada, daban un aspecto mágico y romántico a la tierra de los faraones. El entorno ayudaba a la reflexión del momento para Valerio. Y el joven Maio Aquinas, alerta ante cualquier eventualidad, mantenía un silencio sepulcral por respeto a su superior.

Aquel molino en ruinas le daba mala espina. Tenía la impresión que aquella tierra con dioses extraños albergaba algún tipo de poder bajo sus pies. Aquinas, aunque medio romano, había sido criado en un océano de bosques en la Germania, donde podía hacer introspección y sentirse protegido. Ahora, esa tierra áspera y seca (aunque muy productiva) le parecía castigada por las divinidades. Él la consideraba una tierra maldita con gentes extrañas y una temperatura que le impedía pensar con claridad.

Llevaban allí desde el inicio de la puesta de sol. Ahora, con el cielo anaranjado, el germano-romano se sentía cada vez más tenso.

—¿A quién esperamos, *domine*? —espetó dando cortos paseos alrededor.

—Pronto lo sabrás —respondió el Prefecto con una calma expectante. Miraba embrujado el horizonte, sentado con la espalda pegada al pozo, la barbilla sobre las manos entrelazadas y los codos apoyados en las rodillas, flexionadas cerca del pecho.

—Se retrasan.

—El tiempo no nos pertenece, Aquinas.

Quedaría un rato aún, cuando la mayoría del cielo ya estaba tornando a violeta y las últimas luces se despedían de Egipto. La oscuridad se empezaba a cernir sobre ellos y mientras usaba una yesca el auxiliar para encender una fogata, surgieron de entre la penumbra unas figuras difusas que se crean en la noche, dos bultos que se aproximaban a paso lento. Sin dudarlo, el germano dejó la humeante ascua que estaba soplando para desenvainar su *gladius* apuntando a los recién llegados.

—Veo que no has venido solo —expresó Simeón quitándose la capucha para que le viera la cara. Le acompañaba un chico muy joven de aspecto más hebraico que él. Era su lazarillo.

—*Alexandria* es peligrosa. Y aún más para una persona de mi posición y en la tenebrosidad del crepúsculo —con un gesto, el auxiliar enfundó su arma—. No pretendo alarmar a nadie.

—Deberá esperarte en la puerta del lugar al que vamos.

—Me parece justo.

Aquinas veía con ojos inocentes todo aquello. Para él, la vida era más sencilla que todo eso. No sabía qué se traía entre manos el Prefecto. No obstante, aprendió pronto que había cosas que era mejor no preguntar. Había oído hablar de las creencias de Valerio, pero no las comprendía. Como miembro de la hermandad, callaba lo que muchos no sabían. Sin embargo, debía respetar a Valerio incluso cuando sus capacidades o intereses chocaban con algo así.

Anduvieron un trecho los cuatro hacia el noreste, rodeando la ciudad, hasta llegar a lo que parecía una *domus* egipcia que perteneciera a una familia de cierta entidad, con un voluminoso almacén en malas condiciones justo a su lado. Precisaba de reparaciones y tal vez algo de cal. Y eso que había poca luz. Ya era noche cerrada.

Con una mirada, Maio Aquinas entendió que debía estar alerta. Ahora se quedaría en la puerta completamente solo y debía vigilar su espalda.

Entraron los tres por la puerta principal, accediendo al *vestibulum*, donde un hombre custodiaba la puerta de la siguiente sala. Valerio observó su entorno con la calma que siempre le solía caracterizar: aunque mejor que el almacén exterior, la *domus* requería una serie de arreglos. Sin embargo, no parecía que estuviera abandonada del todo. No había dinero para repararla o el dinero se destinaba a otros menesteres. Simeón, el ciego, lo sacó de su introspección habitual.

—Sé que tú también vas armado —le dijo casi en un susurro y en latín a una decena de pasos de los dos hombres que custodiaban la puerta.

—¿Eso supondría un problema? —expresó el Prefecto con el mismo tono pero estaba empezando a alertarse.

—Eso depende de tus intenciones.

—Te aseguro que son completamente honorables.

—A mí no me debes convencer. A los hermanos sí.

Al frente de la puerta había un hombre fornido y alto. Gracias a un par de pequeñas lámparas de aceite que daban cierta iluminación a la sala, permitían entrever la figura, con recia túnica oscura. Junto a un sencillo cingulo, colgaba una especie de porra tallada en la mano.

—*Simeón, has venido.* —expresó en arameo con monotonía y clavando su mirada en el invitado—. *¿Quién es este?*

—*Salve Josué, he traído a alguien que quiere ingresar en nuestra comunidad.*

—*Es romano.*

—*Soy consciente de ello.*

—*Dudo que entienda lo que somos.*

—*Dejemos que el decano decida.*

—*Y va armado. Se oye un leve tintineo al andar.*

—*Eres sagaz.* —sonrió al decirlo—. *No debes preocuparte por ello. Todos sabemos lo peligrosas que son estas calles.*

—*Como deseas, confiamos en ti. Pero no le quitaré ojo.*

Tras esto, abrió la puerta, accediendo los cuatro a una espaciosa sala. La sala principal de la *domus*. Estaba mejor iluminada por lucernas y había una veintena de hombres sentados en semicírculo en *sellae* hablando en voz baja y gesticulando comedidamente. Una conversación agradable y tranquila.

Simeón avanzó hasta ponerse en el medio del semicírculo, donde se inclinó. El chico que le acompañaba desapareció por la misma puerta lateral en el denso silencio que había estado siempre.

Valerio por su parte, observaba con atención todo lo que ocurría, sin abrir la boca. Y eso que entendía bastante bien el arameo, pero no quería hacerles saber aún este hecho. Se quedó a una distancia prudencial de cinco pasos, con la capucha de su *paenula* puesta en todo momento. Josué, el portero de la porra, se quedó muy cerca, vigilándolo. A pesar de su tamaño, al Prefecto le pareció algo cómico y que verdaderamente no era tan feroz como pretendía aparentar.

Entre los hombres, todos con vestiduras oscuras y sencillas, emergió uno de larga barba blanca, ojos sagaces y semblante pacífico.

—*Seas bienvenido, Simeón.* —su voz sonaba anciana, aunque recia a la par que agradable—. *He aquí al hombre que nos habías mencionado, ¿verdad?*

—*Decano, este hombre vino a mí y tengo la impresión que tiene algo interesante que contarnos.*

—*Veámoslo.* —Simeón se hizo a un lado y el decano cambió al latín manteniendo un tono muy cordial—. *Salve romano, ¿cuál es tu nombre?*

—Sexto Valerio —expresó, avanzando unos pasos hacia donde la luz era más intensa y destapándose la capucha. Un par de los presentes lo miraron, reconociendo quién era de haberlo visto uniformado por las calles.

—*¿A qué te dedicas?*

—Soy el Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. Estoy de servicio temporal en Egipto —un murmullo se extendió entre los otros miembros.

—*¿Qué quiere un miles de nosotros? Somos gentes sencillas y no causamos problemas.*

—No vengo a espiaros, ni a interrogaros, si es lo que sugieres.

—Me tranquiliza. Exponme el motivo de tu visita.

—Sigo al Nazareno desde sus inicios. Deseaba encontrar una comunidad donde poder compartir mis creencias y comprender mejor como acercarme al Dios Supremo —el murmullo iba subiendo cómo una tormenta con gestos indignados y miradas desafiantes.

—¿Vienes armado para ver a tus hermanos? —preguntó, tras un par de gestos de Josué.

—No soy un necio, si me permites —mantenía un tono educado y tranquilo en todo momento—. Mi profesión hace que tenga enemigos y que necesite llevarlas.

—Aquí no tienes enemigos.

—No estaría yo tan seguro de eso —aclaró mirando a todos los presentes, que callaron súbitamente—. Solo es protección.

—Nosotros estamos protegidos por nuestra fe.

—He viajado mucho. He visto mucho. Y mientras haya gente, habrá peligro, algunos debemos mantener nuestras *gladii* prestas para defender a otros.

—O atacar —se atrevió a intervenir otro miembro.

—Si el César lo manda. El mundo está lleno de violencia y hasta que el Dios Supremo imponga justicia, habrá hombres como yo en todos los rincones.

—¿Y cómo, si puede saberse, un pagano empezó a seguir al Nazareno? —cuestionó otro más.

—Todos sois judíos y os cuesta entender que su mensaje era para toda persona dispuesta a escucharle. Esa persona fue mi primera mujer.

—Una mujer influyó para que creyera. Típico de un romano —ironizó un miembro que se encontraba en la esquina del semicírculo. Valerio se estaba irritando por momentos.

—¿En qué comunidad ingresaste? —retomó el decano.

—En una de las primigenias, en la de Jerusalén.

—Mientes —exclamaron algunos.

—No miento, yo lo conocí y estuve muy cerca en su ejecución.

Entonces ya no pudo decir ninguna palabra más. La mayoría de los veinte hombres saltaron de sus *sellae* para increparle. Insultos y calumnias de toda clase en arameo. Algunas fácilmente reconocibles por su sencillez, otras más elaboradas. Solo Simeón y el decano intentaban poner calma. Pero era imposible. Valerio, fuera de estar asustado, estaba sufriendo un ataque

progresivo de rabia y furia interior. Desplazó su mano derecha hacia su cadera izquierda para tomar su *gladius*, notando como Josué agarraba su porra al ver su movimiento y avanzaba hasta estar a un paso corto de él. Sin embargo, sin sacar el arma de su funda, la asió con la izquierda, golpeando bajo sus ropas con el extremo de su funda hacia arriba, en su vientre. Con un rápido movimiento sacó el *gladius*, giró sobre sí mismo, y le dio un golpe seco y rápido en la cara, no muy fuerte, y se volvió a los otros. Los demás, por su parte, quedaron petrificados y algunos empezaron a retroceder aterrados. Los ojos de Valerio estaban insuflados de una ira contenida que transmitía con un intenso brillo que provocó un silencio progresivo en los presentes. Había vuelto a hacerse presente esa mirada llameante. Casi de otro mundo. Empezó a hablar en arameo.

—*Había venido a este lugar con la esperanza de poder hablar sobre el «Magister». Ya he estado en comunidades más reducidas en la zona griega. Había habido situaciones tensas, pero ninguna como esta. Me habían hablado tan bien de aquí... estoy decepcionado. Desprecio, ira, insultos... Deshonráis al Nazareno, a su mensaje y a todos los que de verdad le siguen. Venía con total humildad a buscar comprensión y a ofreceros mi ayuda y consejo, si era requerido. ¿Así me pagáis? ¿No sabéis nada de mí y me juzgáis? Gentes como vosotros provocaron su muerte, no mi gente. ¡Vergüenza sobre vosotros!*

Tras esto, dando pasos atrás sin dejar de encarar a los presentes salió, no sin antes escupir en el suelo. Las manos le temblaban. Le habían entrado unas ganas locas de matar. Pero no estaba bien. La fuerza debía usarse contra el que la desea y se defiende. Si podía elegir.

Al salir por la puerta principal, encontró a Aquinas con la *gladius* en la mano y listo para el combate. Le sonrió y con un gesto, entendió que se fueran por donde había venido. A los pocos pasos, notaron que alguien les seguía sin disimulo. Se trataba de Simeón.

—Espera Valerio, espera —balbuceó jadeante.

—Lamento lo ocurrido y te agradezco tu confianza. No diré a nadie lo acaecido aquí, ni mencionaré la existencia de esta comunidad.

—No venía por eso —cortó con suavidad—. Creo que eres hombre de palabra.

—¿Cómo lo sabes?

—Dones del pasado. Me ha pedido el decano que disculpes a los hermanos y que quiere recibirte en su hogar para hablar.

—¿Cómo sé que no es una trampa o que volverán las ofensas?

—Rebusca en tu bazo, sabes que no miento y que mis intenciones han sido del todo honestas. Mandaremos a alguien a tu campamento.

—Gratitud.

Con una enigmática sonrisa, Valerio se alejó camino al campamento a descansar. Había pasado de la ira a una extraña sensación de satisfacción. Muy rápido. ¿Sería su fe en el Todopoderoso, la gratificación de mostrar su superioridad? ¿O la satisfacción del deber cumplido? Quizás un poco de todo. Una parte de él pensaba que su vanidad estaba oculta pero existía. No sabía si la distinguía o no.

## BENDECIDO POR LOS DIOSES

CELESTE. Así estaba el cielo en la mañana siguiente a las dos reuniones que hubo aquella noche. Se acercaba peligrosamente el mediodía y el calor hacía mella. Los dos senadores primero irían al templo de Mercurio, en el sur de la ciudad, luego al *gymnasium* junto al templo de Serapis y por último, una breve reunión en casa de un ecuestre romano muy cerca, junto a la famosa biblioteca en el norte de la ciudad.

Valerio, tras sus oraciones matutinas y privadas, organizó la expedición con rapidez y trazó el recorrido más seguro, evitando calles estrechas y buscando la forma de llegar menos arriesgada para una emboscada. Precisó a casi todos sus hombres para ello, que recibieron órdenes muy concretas. Solo un puñado se quedaría para vigilar el campamento, las posesiones y, por supuesto, proteger a Isela y Marcelo. Un primer contingente, los hombres de Basso, los *velites*, hicieron una rápida batida en la ciudad, esperándolos en el punto de reunión.

Los hombres de Andros protegerían los flancos y despejarían las calles cercanas para evitar aglomeraciones y curiosos.

Por último, Córax y los suyos escoltarían en todo momento a los senadores formando en cuadrado o rectángulo (según la amplitud de la calle) con vacío en el centro. En ese vacío irían los senadores con unos pocos esclavos y dos elegidos con Vesper. Dichos elegidos eran Macro «el joven» y Maio Aquinas.

Valerio, por su parte, iría en cabeza, solo para analizar la situación. Tenía que valorar los peligros antes de que llegasen. Sus *principalis*<sup>[54]</sup> le habían hecho ver que era un peligro innecesario, pero no podía tomar decisiones rápidas si no preveía posibles ataques.

Así pues, junto con los hombres de Andros, salieron en cabeza y se pusieron en formación en la puerta Canope, al Este de la ciudad. Para evitar el exceso de fatiga, ordenó que todos los hombres esperaran junto a la muralla para que les diera sombra y soportar mejor las altas temperaturas. Se iban a cocer con tanto metal encima.

Cuando llegaron los senadores, no mucho después, Valerio les esperaba con el yelmo en la mano bajo el mismo dintel de la puerta. Con lentitud estudiada, tomó su casco mientras llegaban al mismo paso la escolta y se lo puso con los ojos cerrados mientras susurraba una oración. Se abrochó el cordel que unía los dos protectores de las mejillas y abrió de súbito los ojos al terminar su oración. Miró a izquierda y derecha, poniéndose en marcha de inmediato todos los hombres a paso muy ligero. Como si de un mismo organismo se tratase, los auxiliares se movían con una cadencia casi perfecta. Los senadores lo admiraban al igual que todos los espectadores. Vesper, impassible, decía órdenes de vez en cuando, sin soltar las empuñaduras de sus armas en ningún momento. Tal era su estado de tensión, aunque disfrutaba de ello.

El Prefecto, en cabeza, con su mano izquierda sobre el pomo de *Vastator* y la derecha libre, andaba con paso desenfadado y mirando desafiante a cualquier caminante, egipcio o no, que pasaba por la calle o se asomaba desde su casa. Concentración total y absoluta.

Recorrían el decumano<sup>[55]</sup> de la ciudad, lo suficientemente ancho para no dar ningún problema. Pero al tener que girar en el *Paneum*<sup>[56]</sup> hacia el Sur, se abría una gran explanada llena de gente haciendo negocios y viandantes. El punto más conflictivo en la ida. Por ello, tenía algo pensado, colocándose en el centro del lugar alzando una mano y manteniéndola en esa postura varios segundos.

Los hombres de Andros formaron dos líneas paralelas al cuadrado que hacían de doble protección. Mucha gente se inquietó aunque Valerio avisó con rapidez.

—¡Que nadie se preocupe! ¡Dejen paso a los senadores! ¡No obstaculicen a los *milites* de Roma!

La mayoría hizo caso permitiendo el paso de la escolta de forma razonable. Algunas personas se agitaron, incluyendo el propio Vesper, que desenvainó su *gladius*. La muchedumbre cuchicheaba en lenguas distintas y buscaba con la vista a los senadores. Algunos incluso profirieron imprecaciones ininteligibles. En este punto, Valerio bajó su brazo y del techo de varias edificaciones surgió media docena de arqueros con un gran número de flechas, no solo en el carcaj, sino también en la mano y que dejaron cerca de sus pies. Acucillados, ninguno perdía de vista la plaza ni las posibles órdenes de su superior. El resto de los auxiliares ligeros de Basso abrió un hueco para facilitar el acceso a los hombres de Córax y que se deslizaran hacia el Sur. Por último, y como parte de la orden de bajar el brazo, los

auxiliares de Andros entraron a la plaza por otro lado, desenvainaron sus *gladii* en dirección al centro de la plaza y se pusieron en formación de combate. Todos habían dejado las lanzas. Si la cosa se ponía fea, lo mejor era poder defenderse a corta distancia. En una urbe nunca se sabe el espacio que se tiene disponible para el combate. Formaron con rapidez en dos grupos, ocupando los laterales del espacio abierto, logrando así que nadie pudiera salir si se daba un ataque.

—¡Con calma, dejen paso a los senadores! —gritaba Andros y su subalterno Córax repetía.

Valerio temía una desbandada, pero no se materializó. La gente se quedó clavada en el suelo como una estaca, aunque con miradas de recelo, y hubo algún grito. No pasó a mayores.

Los senadores se miraban con aprobación, habían controlado por completo a la multitud. Además, de haberse producido algún tipo de disturbio, lo habrían sofocado en muy poco tiempo. Y eso que se trataba de poco más de cincuenta hombres en total empleados en la operación. Las maniobras y formaciones realizadas tanto en Egipto como anteriormente daban sus frutos. La movilidad y flexibilidad de esos hombres daban un ratio operativo excelente en cualquier circunstancia.

Casi sin darse cuenta, estaban a las puertas del templo y sin ningún tipo de inconveniente en todo el camino. Había ido todo a la perfección, incluso el mismo Valerio se había sorprendido. Pero no podían bajar la guardia. Una vez dentro del templo, Valerio mandó a los hombres comandados por Andros a la zona del *gymnasium* a descansar en un lugar a la sombra mientras no recibiera otras órdenes por un emisario. Basso y los suyos estarían a un tiro de piedra, de patrulla y luego en algún lugar cercano, descansando a la sombra. Todos tenían terminalmente prohibido beber cualquier cosa que no fuera agua. Córax y sus auxiliares se situaron alrededor del templo en toda parte que no diera el sol de forma directa. El sudor empapaba las ropas de la mayoría de ellos. Hacía un calor espantoso, aunque no mucho peor que el de la tierra natal del Prefecto. Había subido la temperatura este último día. Todavía más.

Valerio paseaba de un lado a otro inspeccionando a inmerso en sus pensamientos. Hasta que Vesper lo abordó.

—Se suponía que debías estar dentro con los senadores —le recriminó Sexto Valerio.

—Los senadores me han dicho que querían intimidad —explicó—. No puedo negarme. He revisado el templo y es seguro. El peligro está fuera.

—Subestimas al enemigo, si lo hay.

—Las multitudes son a veces más peligrosas que un grupo bien armado.

—Pero es fácil dispersarlos si no están dirigidos o motivados. Como ovejas sin pastor. Más aún si se hace una defensa organizada y agresiva.

—Somos pocos si se diera el caso.

—He solicitado al Legado de la *Legio XXII Deiotariana* unas patrullas de apoyo por la ciudad.

—Esperemos que sean suficientes.

—¿Qué te preocupa realmente? No es propio de ti —se acercó un poco más a su asistente para esperar la confidencia.

—No lo sé. Ha sido una sensación en el *Paneum*, no he visto nada, pero he tenido el presentimiento de que se estaba gestando algo. Ha sido extraño.

—Me gusta que estés alerta pero, amigo mío, te preocupas en exceso. Si ha de pasar algo, pasará. Y responderemos con contundencia.

En ese momento, salían unos esclavos de los senadores y entraban otros con autorización. Los romanos se miraron entre ellos, al igual que los senadores.

—Estos senadores tienen muchos intereses aquí —apostilló Vesper.

—Esta tierra es rica, pasa gente importante por aquí y querrán asegurarse cerrar buenos acuerdos o recaudar tributos a clientes<sup>[57]</sup>. Seguro que las otras visitas son para lo mismo.

—¿Por qué no lo hacen en lugares públicos?

—Son senadores y tienen un patrimonio considerable. Estarán tanteando quien puede ofrecerles mejores cosas. Tengo entendido que estos senadores se caracterizan por su habilidad en los negocios. En cualquier caso, eso no nos incumbe.

Entre todos los que pasaron, solo uno llamó su atención. No era por sus ropajes, ni sus rasgos que parecían mediterráneos, ni su porte. Fue un cruce de miradas. Solo fue un segundo, pero, aunque despreocupados sus ojos, le transmitieron a Valerio una intranquilidad inusual en él. Un presentimiento. Quizás Vesper lo había contagiado de su paranoia.

Pasaría cerca de una hora hasta que salieran del templo. Acababan de llegar dos auxiliares con agua de repuesto para sus cantimploras y se pusieron en marcha de forma inmediata. La ruta hacia el *gymnasium* sería algo distinta, callejeando algo más. La función era atraer menos personas y que las calles algo más estrechas dieran algo más de consuelo con la sombra. Aunque esta última razón era menos necesaria en ese momento: el cielo se estaba

encapotando levemente. Tal vez cayeran unas gotas que refrescaran livianamente esa espantosa canícula. Se avisó por dos emisarios que los auxiliares tomaran posiciones. Además, los informes de los legionarios allí establecidos decían que, en las horas centrales del día, cuando el sol estaba más alto, la probabilidad de ataque se reducía por el calor.

El camino se hizo más lento. No habría protección suplementaria hasta que llegaran a cierto punto y Andros estaría con sus hombres en torno al *gymnasium* donde le harían el relevo. Basso debía proteger la última calle completa desde una parte de techumbres que sus hombres podían, más o menos, saltar con agilidad de un edificio a otro, ya que en esa parte estaban bastante pegados. Pero, una vez en el punto de reunión, Vesper y Valerio se dieron cuenta de que no estaban. El emisario se habría retrasado. Sería amonestado sin duda por ello si no tenía una excusa decente. No había espera posible. Debían proseguir la ruta indicada y apretar el paso para arribar cuanto antes. Podía llover y la calina estaba agotando a los hombres. Avanzaron en dos líneas paralelas con los senadores, Valerio, Vesper, Macro «el joven», Maio Aquinas, y los esclavos. Todos en fila. Había bastantes curiosos aun en la calle, mirando el espectáculo callados o haciendo comentarios entre ellos en voz baja. Bastante silencio para estar en una ciudad tan grande<sup>[58]</sup>.

Con en el cielo cada vez más oscuro, los colores grises emergieron por doquier, dominando toda forma siniestra y tornando el ambiente hostil. Pero era la sensación de inminente lluvia de verano. Nada más.

En mitad de la calle, Vesper sintió una especie de punzada en el estómago, otra sensación de que algo no iba bien. Su instinto le decía que un peligro se avecinaba, pero no quería volver a alarmar a Valerio. No deseaba molestar otra vez con un recelo sin ninguna prueba real y tangible. Sin embargo, echó mano a la empuñadura de su *gladius* y empezó a buscar con la mirada el inminente peligro. Y lo vio. Aunque no le dio tiempo a reaccionar.

De una de las *insulae*<sup>[59]</sup>, se arrojaron varias piedras que impactaron muy cerca de los senadores e hiriendo a algunos auxiliares. Acto seguido, de otra casa que estaba en diagonal a la primera, emergieron dos hombres que lanzaron otras tantas piedras hacia el mismo punto. Dos hombres acabaron por los suelos, alcanzados por los objetos tirados.

—¡*Testudo*<sup>[60]</sup>! —gritó Córax con todas sus fuerzas, que estaba en la cabecera de la columna.

Pasado el desconcierto inicial, los auxiliares realizaron los movimientos necesarios con premura, cerrando filas e impidiendo que pasara ningún otro objeto. Juntos todos los escudos como si de una casa de tejas se tratara, uno

de los esclavos y Calpurnio Avito empezaron a gritar, aterrados, una vez superado el bloqueo inicial. Instantes después, arrojaron un recipiente con agua hirviendo, provocando algún hueco en la formación al haber más heridos que aullaban doloridos.

—¡Avanzad hacia el templo, por todos los dioses! ¡Aquí somos un blanco fácil! —se desgañitaba Valerio colocándose en medio de los dos senadores bajo el techo de escudos, comprimidos entre los cuerpos de tantos auxiliares.

Con paso firme y más o menos uniforme, avanzaron con Córax a la cabeza instruyendo con diligencia. Seguían lloviendo piedras de forma casi ininterrumpida. Vesper, por su parte, tras encontrar un hueco para salir de la formación cerrada, fue directo a la primera casa que había empezado con los ataques con sus armas desnudas en las manos. Aquinas y Macro «el joven» se abrieron paso entre empujones a sus compañeros, dirigiéndose a la otra sin necesidad de orden alguna.

Cuando Vesper entró en la *insula*, sediento de sangre, no encontró la puerta especialmente bien atrancada, siendo derribada con facilidad por el siciliano. Avanzó corriendo tras una breve inspección a la planta baja, subiendo directamente a la azotea, donde transcurría toda la acción. Le salió al paso un joven egipcio armado con una copia de una *gladius* quien se abalanzó sobre Vesper con una estocada directa. Como iba a la carrera, le pilló desprevenido. No le acertó pero sí consiguió que perdiera el equilibrio por un segundo, bajando tres escalones. Restablecido, el egipcio volvió a la carga lanzando molinetes para hacer retroceder a su oponente. Pero el romano, con gran habilidad truncó sus intenciones subiendo y tomando la iniciativa. Su agresor, sorprendido, decidió realizar un ataque directo al estómago. Rechazó su ataque con el *pugio* y clavó su principal arma en la garganta. Al extraerla, un reguero de sangre empezó a teñir la escalera. Desde que había entrado, ya no se escuchaba nada que hiciera intuir que seguían arrojando objetos. Temía que se escabulleran entre los dedos. Al llegar a la parte alta, no encontró a nadie, solo algunas piedras amontonadas para ser lanzadas. Miró hacia el Norte, venían por los tejados los hombres de Basso. Al Oeste, nada. Al Sur, dos sombras huyendo. Al Este tres hombres corriendo por los tejados de enfrente de la calle buscando huir. Los arqueros lanzaron una descarga que alcanzó al que iba más retrasado de ellos. Le sacaban demasiada ventaja para poder disparar con precisión. Ese jovenzuelo lo había entretenido demasiado.

Miró hacia abajo, la comitiva había pasado en gran parte, solo unos cuantos *velites* recién llegados bajo el mando de Basso recogían a los heridos.

Le llamó poderosamente la atención a Vesper que las calles habían quedado casi desiertas. La gente temía las represalias aunque algunas mujeres salieron a socorrer a los heridos. A paso ligero, bajó las escaleras mirando al egipcio que había matado. Le escupió antes de irse. Para alguien como Vesper, con mentalidad de guerrero, utilizar estas argucias mostraba una cobardía patente que le repugnaba. Un desprecio absoluto hacia todos los que profesaban esta honorable profesión. A la par que su mente sabía que este incidente ponía de manifiesto que sus temores no eran infundados y de que Valerio y todos sus hombres habían sido ajenos a ello. Hasta hacía unos instantes.

Cuando Vesper, acompañado de Macro «el joven», llegó al templo de Serapis, donde los senadores se habían refugiado, varias decenas de hombres estaban custodiando la entrada con caras desconfiadas y temiendo un posible levantamiento de la población que no se materializaba. Preguntó por Valerio, el cual estaba justo en la entrada dando órdenes a Córax y Andros, y estos a sus hombres. Tenían expresión grave e ira contenida.

—¿... para qué buscarlos? —proseguía Valerio—. Se habrán escondido y no habrá manera de encontrarlos. Al menos por ahora. Nuestra prioridad es asegurar las vidas de los senadores. Esa es nuestra misión.

—¿Órdenes? —dijo pragmático Córax.

—¿Has mandado a algún emisario a ver dónde diablos están los legionarios de la *XXII Deiotariana*? —se lo preguntaba a Andros.

—Sí, hace rato, *domine*.

—Que tus hombres se queden aquí guardando el lugar. Córax, deja a la mitad de tu sección, los más frescos, también aquí hasta que se aclare la situación. Asegúrate de que los heridos sean trasladados de inmediato al campamento. Que los trate Adelpheos sin demora. Y avisa a Basso de que quiero que los suyos se dividan en dos grupos y realicen patrullas para ver cómo está la situación. No hay que correr riesgos innecesarios. No nos moveremos hasta que tengamos apoyo. En cuanto se calme la situación, recuento de hombres y bajas. Yo iré a hablar con los senadores. Adelante.

El tono de Valerio era grave pero tranquilo. Sabía que habían sido pocas bajas y que había sido una emboscada preparada y concreta. Sin embargo, el Prefecto sabía adaptarse bien a las circunstancias. Fueron a cumplir su cometido con visible agitación.

—Vesper, Macro, venid un momento —tomó una pausa dramática mientras se limpiaba el sudor con un sencillo pañuelo—. Informad.

—Creemos que eran siete u ocho. Hemos matado a uno y otro ha resultado herido por nuestros arqueros —empezó a decir Vesper.

—Estaban bien organizados y fue un ataque fugaz —se unió Macro «el joven»—. Cuando pudimos reaccionar estaban ya huyendo. Hemos tenido suerte de cazar alguno.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó el Prefecto.

—Autóctonos, armados con *gladii* y ropas sencillas. Nada destacable a primera vista —continuó el asistente—. He dejado a Aquinas vigilando las puertas de los dos edificios.

—Puede que no sea buena idea —reflexionó Valerio.

—Dudo que quieran volver.

—¿Qué opinión os merece?

—No parece un ataque aislado. Todo estaba planeado. El objetivo eran los senadores —concluyó Vesper.

—Estoy de acuerdo. Y es sintomático que haya desaparecido el emisario que debía avisar a los hombres de Basso —añadió el *tesserarius*.

—Bien ejecutado. Ahora, Macro, ve con Aquinas y coge a otro hombre más. Cortad la calle y que nadie entre ni salga de sus hogares hasta que yo llegue. Ve de inmediato.

—¡A la orden, *domine*!

—Vesper, no te vayas —se acercó a él cuando se quedaron solos bajo el pórtico del templo, bajando la voz—. Ve al campamento, estoy seguro de que no lo habrán atacado, pero confirma que todo está bien y tranquiliza a Isela. Luego busca a Aulo, mi hijo. Podrías empezar por el *hospitium* donde se aloja. Dile que se quede allí y que no salga bajo ninguna circunstancia hasta que yo le indique lo contrario.

—Valerio, ¿no podrías mandar a otro para que hiciera esto? —dudó en tono confidente y amistoso—. En tales circunstancias, puedo serte útil.

—Lo sé, amigo mío. Pero hasta que no se haya asegurado la vida de los senadores no podemos hacer nada. Además, eres el único en el que confío para que vaya solo por la ciudad. Eres demasiado terco para morir acuchillado en una esquina —ambos sonrieron tras esta pausa—. Quítate el casco y ponte una *paenula* sobre el uniforme. Servirá de poco, pero a primera vista despistará. No te demores. Te necesito de vuelta cuanto antes.

—Así se hará.

Cierto era. Vesper era el más digno y profesional para ello. Su confianza ciega en él era lógica, además que la seguridad de las calles distaba mucho de poder ser tomada como un hecho. Tal vez había un complot contra los

senadores o, mucho menos probable, un ataque contra la autoridad de Roma. Los senadores eran una representación viva de dicha autoridad y la arrogancia de los que en ese momento dominaban el mundo conocido, provocando rencor entre aquellos que no poseían tal poder. Las posibilidades podían multiplicarse al ser ricos y tener enemigos y competidores. Aunque pocos se atreverían a realizar un ataque a la maquinaria militar mejor engrasada del momento.

Con estas ideas, el Prefecto se introdujo dentro del templo donde Tito Calpurnio Avito pegaba gritos histéricos a un esclavo que le estaba curando una leve quemadura en el brazo. Le había caído algo del agua hirviendo. Numerio Lupo, por el contrario, callado, paseaba dentro del mismo con los brazos en la espalda con actitud reflexiva.

—¡Al fin aparece! —expresó airado Tito Calpurnio Avito—. ¿Qué ha pasado ahí fuera? ¡Esos harapientos gitanos casi nos matan! ¿Qué seguridad nos estás dando? ¡Ha faltado poco para que nos maten unos vulgares bandidos!

—No han sido unos bandidos —expresó el Prefecto con tono tranquilo pero con evidente ira contenida—. Estaban organizados y sabían nuestra ruta.

—¡Alguno de tus hombres se habrá ido de la lengua en una sucia *taberna* y casi nos matan por ello! —acusó otra vez.

—No tengo la capacidad de prever un ataque así, pero la reacción ha sido coordinada. Habéis escapado con vida, *domine*. —se excusaba pero le molestaba el tono empleado.

—¡Díselo a mi brazo!

—¡Cállate ya, Calpurnio! ¡Te quejas como una mujer! —cortó Numerio Lupo—. Se nota que no has servido en el ejército. Podía haber sido peor. Es superficial. No has vivido escaramuzas y emboscadas. En la *Legio III Augusta*, en África Proconsular, recibí más de una desagradable sorpresa de los bereberes. Y con la *VI Ferrata* con los odiosos judíos. Quizás hayan sido ellos —expresó como para sí mismo, reflexionando.

—Griegos alejandrinos, egipcios y judíos intentan matarse unos a otros y a los romanos a su vez —explicó el Prefecto—. Quizás para nuestra suerte, la comunidad griega es la mayoritaria en esta urbe.

—Las opciones son numerosas...

Numerio Lupo dijo la última frase mientras se sumergía en sus pensamientos, ajeno a todo. Evidentemente no era por el *shock* del ataque. Estaba calmado, meditabundo. Su mente estaba buscando respuestas y ordenando ideas. No miraba a nadie. Parecía casi que hablaba para sí mismo.

No obstante, todo esto cambió cuando entraron Severo, Legado de la *Legio XXII Deiotariana*, y Lucio Quintilio, el *Praefectus Classis*. Venían con paso acelerado y uniforme militar completo, aunque sin los yelmos. Sudorosos, evidenciaban que habían sido ya informados de todo lo acaecido.

—¡Que los dioses nos guarden! ¿Nos traéis refuerzos? —espetó aliviado Calpurnio.

—Así es, *domine*. —expresó en tono cordial Quintilio mirando de reojo a Valerio—. Un grupo de mis mejores marineros y un cohorte de la XXII.

—Además hay patrullas por toda la ciudad para garantizar la estabilidad —añadió Severo con serenidad—. Si queréis, podéis esperar aquí un rato o podemos escoltaros hasta donde gustéis.

—No podemos volver a casa de Vibia —dijo Numerio Lupo—. Es peligroso y es fácil que una turba nos ataque.

—Plantaremos guardias en torno la puerta —expresó firme Valerio—. Día y noche.

—Necesitamos un lugar más defendible —añadió Calpurnio cada vez más relajado y despejado—. Solo la gracia de los dioses ha permitido que saliéramos con vida. —Volvía a exagerar.

—Si los *dominii* quieren, mi residencia está cerca del puerto y casi se podía considerar fortificada —ofreció Quintilio—. Será humilde pero es segura, y si la cosa se pone fea, los barcos estarán ahí.

—Es una gran idea —aceptó Calpurnio.

—Valerio —comenzó a hablar pomposo Numerio Lupo acercándose a él—. Excúsanos ante la viuda Vibia, seguro que lo entenderá. Todos los negocios y personas a atender lo haremos desde la *domus* del *Praefectus Classis*. —le llamó la atención al Prefecto que lo mencionara por su título en vez de por su nombre, síntoma de impersonalidad o para reconocer la importancia de ese cargo—. Mandaremos una misiva al César diciendo que retrasaremos nuestra vuelta por cuestiones de seguridad, sin alarmarlo. Tus hombres se quedarán donde están. Podrán ayudar en la vigilancia. Pero ahora el mando recaerá en la *Legio XXII*. —la desazón e indignación de Valerio iban en aumento, notándolo inmediatamente el senador—. Pero quiero darte otra oportunidad: encuentra a los culpables de este incidente y envíalos al Hades directamente. Recupera nuestra confianza acabando lo que esos indeseables han empezado.

El Prefecto Sexto Valerio entendió que se le había postergado en su misión. Lo tomó con filosofía. No era la primera vez que le ocurría, pero sí la más inmerecida de todas. Aunque él no era persona de lamentarse en demasía.

Tenía una oportunidad y no la dejaría escapar. Vivía de su prestigio y sus hombres lo habían hecho bien. Duro castigo. Esos senadores ingratos y cobardes se tendrían que tragar sus palabras y dudas pronto. Asintió, se cuadró con firmeza y saludó militarmente dando la espalda para salir.

Bajo la columnata de la puerta apreciaba a la disminuida cohorte que había para la protección: apenas unos trescientos hombres. Una mano le tomó reciamente del brazo.

—¿Tan mal lo has hecho para sufrir esta afrenta? —preguntó Quinctilio sin rodeos.

—Están demasiado acostumbrados a su apacible vida en Roma y no saben lo peligroso que resulta vivir en la realidad diaria —afirmó sin pelos en la lengua.

—Tampoco son solo rosas lo que hay en Roma... Aunque no es mi intención quitarte la razón.

—Eso de poco me sirve.

—En mi nuevo hogar estarán seguros. Te lo prometo. Céntrate en no pifiarla otra vez. Confío en ti y te ayudaré en todo lo que sea posible. Eso sí, no les des la satisfacción de fracasar.

Ambos sonrieron y se despidieron con cordialidad. Estaba bien tener a algún aliado. Lucio Quinctilio siempre sabía lo que hacía y era extremadamente inteligente. En cada momento. No obstante, ahora debía reorganizar ideas y hombres e ir a ver a su mujer. Isela estaría histérica. El no saber la volvería loca. Y con razón.

Habían pasado varias horas desde el fatídico ataque y la ciudad estaba en calma. Ni un solo incidente más. Las patrullas romanas ayudaban para que eso así fuera. Desde el primer auxiliar hasta el Prefecto, todos sabían que la probabilidad de otro ataque era tan remota que podían darse por satisfechos. Al menos así «disfrazó» la verdad Valerio de cara a los suyos. Y caló.

Se había organizado bien: un pequeño grupo haría guardia continua en torno a la *domus* de Quinctilio, otra parte mantendría el campamento y los demás esperarían unas órdenes que llegarían de un momento a otro. El desconcierto había desaparecido. Los hombres querían venganza y acción. Un grupo de andrajosos maleantes no ataca a los que han salido vencedores de enfrentamientos con britanos, tracios y getas.

Con las últimas luces del sol, Valerio penetraba junto con su esposa, Córax, Andros y Basso en la enfermería del campamento. Al poco les salió al

paso Adelpfos.

—¿Cómo va todo? —directo al grano el oficial al mando.

—Bastante bien, pese a todo —empezó a decir laxo el *medicus*—. En principio hemos tenido a cinco heridos. Dos ya han recibido el alta, heridas leves. Otro quiero que pernocte hoy aquí para tenerlo controlado, y dos están más graves.

—¿Vivirán?

—No lo sé —señalándolos—. Uno tiene graves quemaduras; llevar puesta la cota de mallas no ayuda; y el otro ha recibido un buen golpe en la cabeza. Están en manos de los dioses. Esperaremos a ver cómo pasan la noche antes de hacer algo más.

—Hay dos bajas más en el listado —apuntó Andros, puntilloso.

—Sí, una es por indigestión desde ayer. Supongo que mañana estará mejor. El otro no está aquí —reportó el *medicus*.

—Es el emisario que no llegó —señaló Basso—. Está desaparecido.

—¿Deberíamos tratarlo como desertor? —cuestionó Córax.

—¿Quién es? —interrogó el Prefecto.

—Olofernes —respondió Basso.

—Algo le ha pasado. Quiero a Macro «el joven», Aquinas y Estitio indagando sobre su paradero. A ver qué obtienen. También habrá una patrulla de siete hombres y un *principalis* que recaben información sobre quién nos ha atacado.

—Tal vez la población se cierre en banda por miedo o por odio hacia los *milites*. —aclaró Andros—. Ya ha ocurrido otras veces.

—Puede ser, pero hay intentarlo. Al final siempre alguien sabe algo y con un poco de dinero habla. Organiza la partida, esta misma noche empezáis. Soborna, extorsiona, amenaza o suplica si hace falta, pero nada de sangre de momento —asintieron con vehemencia.

—¿Y nosotros? —preguntó Basso.

—Organiza otra partida propia, ve y examina el entorno. Piensa qué barrios y zonas serían las idóneas para esconderse y muévete por allí.

—Así se hará.

—Andros y Córax quiero que siempre haya uno de vosotros en el campamento. Y siempre preparados para movilizarnos si se diera el caso. Adelpfos... ¿tienes todo el material que necesitas?

—Casi todo.

—Sal mañana con un escolta y adquiere lo que te haga falta. Prepárate bien porque tendrás trabajo.

—¿Tan pronto?

—Es una premonición.

Cuando todos se fueron a cumplir su cometido, tomando diversas direcciones, Valerio salió por la puerta de la enfermería con aire reflexivo seguido de Isela, que no había abierto la boca en ningún momento. El ataque la había trastornado un poco. Cuando lo vio llegar, lo tuvo un buen rato abrazándolo sin decir nada. Marcelo, su hijo, intuyó que algo pasaba y también se unió y casi lloró por una pena que no comprendía por su edad, pero que en su instinto primitivo le alertó del peligro.

Para Isela no era la primera vez que veía peligrar la vida de su esposo y el padre de su hijo. Sin embargo, se suponía que no estaban en territorio hostil. Llevaba años intentando comprender la cultura romana, quizás porque tenía mentalidad tribal. No obstante, siempre había algo nuevo, y no siempre agradable, como en este caso, que siempre la sorprendía. La inseguridad perpetua. Un *miles* debía ser alguien respetado en su tierra, máxime cuando era alguien con prestigio y honor: los protegía de los enemigos del exterior y del interior. Sabía que muchos abusaban y se convertían en un problema real y continuo, aunque un mal menor en un mundo donde dominaba la violencia y la coacción de los fuertes sobre los débiles. Así lo veía ella. Pero... ¿cómo podía impedir a su marido que ejerciera su profesión sin temer por su seguridad? La guerra le había dado todo: riquezas, fama, posición, una nueva mujer, un hijo y esperanza. Había escogido dicha vida, y no sabía hacer nada mejor. Ella solo podía ayudarle y velar por él en la medida de lo posible.

—No has dicho nada prácticamente desde que he llegado —afirmó con suavidad Valerio mientras tornaba hacia ella.

—¿Qué deseas que diga? —expresó con dulzura.

—Lo que piensas. Lo que sientes.

—Temo por ti, mi amor —lo tomó por el brazo—. Siempre será así. Pero no puedo arrastrarte fuera de esta forma de vida.

—Agradezco tu comprensión. Queda poco para que me licencien. Paciencia, volveremos a nuestra *Villa*.

—También sé que no vas a dejar todo el peso de la investigación en tus hombres.

—¿Por qué no? —preguntó divertido.

—No es porque no confíes en ellos. Es que no eres capaz de mantenerte al margen, además de que siempre intentas ocultar tus verdaderas intenciones. Al menos es lo que me parece que haces desde Britania.

—Nadie puede tener mejor oficial de inteligencia que tú, mi hermosa mujer —expresó, besando su mano y sonriendo, complacido—. Eres mi Centurión sin uniforme.

—Me lo dices siempre.

—Porque es verdad. Eres mi compañera, mi bazo, mi orgullo, mi valor, mi seso y mi esperanza. Eres el motivo por el que luchar. Me has mostrado algo muy importante: un futuro prometedor donde podamos crear la verdadera Roma, una unión de pueblos que se agrupan en torno a la Gran Urbe.

—¿Y qué vas a hacer con respecto al asunto que nos atañe?

Su marido le acarició levemente el perfil mientras sonreía en silencio. Sus ojos estaban clavados sobre los de ella. Un duelo de miradas penetrantes que llegaban hasta el último rincón de su interior. Un delicioso lance donde no había vencedores ni vencidos. Solo dos espíritus con identidad propia y en sintonía.

—Una visita... Y no voy a ir solo...

Vesper, Isela y Valerio se plantaron frente al portón principal de la *Villa* de la viuda Vibia con la noche cerrada. Un viento cortante, junto con livianas gotas esporádicas de lluvia, recorría la explanada frente a ella y erizaba todos los vellos del cuerpo. No era hora de visitas, pero allí estaban, con una misión urgente. Antes de eso, Vesper había traído nuevas sobre la misión que le había encomendado el Prefecto.

Había encontrado a Aulo en el mercado buscando medrar con alguna posible compra. Había gente comentando el ataque relámpago sobre los hombres de su padre. Sin saber qué hacer, pensó que volver al *hospitium* podía ser la opción más sabia. Su mano derecha, al encontrarlo, replanteó la decisión. Si había peligro real contra los romanos o iban a por su hijo, sabrían dónde encontrarlo con rapidez. Por este motivo, lo envió al campamento para que estuviera completamente a salvo. Valerio consideró inteligente la postura tomada por su subalterno.

No hacía mucho que había oscurecido y, aunque era ya una hora algo intempestiva, todavía estaba dentro del decoro. Debían pensar en todo, ya que la viuda Vibia podía emplearlo como argumentación para presentar una queja. Y ya habían tenido una amarga experiencia con sus custodios para atizar aún más el fuego del desprestigio. El Prefecto buscaba soluciones, no conflictos.

Llamó a la puerta con firmeza a la par que hablaba en voz alta.

—¡Abrid las puertas en nombre de Roma!

Sabía que eso alertaría a toda la *domus*, pero quería dar empaque a su presencia y que le recibiera directamente la *domina*. Sin embargo, cuando se abrieron las puertas se encontró a un viejo esclavo acompañado de dos guardas armados. No parecía que estuvieran durmiendo o preparados para ello aún.

—Soy el Prefecto Sexto Valerio de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. Quisiera hablar con la *domina* de la casa.

—Mi *domina* no recibe a nadie a estas horas —explicó el viejo egipcio—. Para pedir audiencia...

—No son asuntos de carácter personal los que me mueven —interrumpió con firmeza—. Me mueve el deber.

—Mi *domina* tiene dicho que no se le moleste a partir de ...

—Esto tiene carácter urgente —volvió a interrumpir, subiendo ligeramente el tono y posando su mano en *Vastator*. Los guardas, sin hacer ningún aspaviento, se alertaron.

—Solo cumple órdenes de mi *domina*. —explicó Caio Mario, que llegaba por el fondo con mirada intranquila—. Por favor, no se lo tengáis en cuenta.

—¿Por qué se niega a tratar conmigo? Es un asunto urgente y oficial.

—Puedo hablar por ella.

—¿No te parece descortés dejar a un Prefecto, a su principal subalterno, y a su esposa en las puertas de su hogar?

—Cierto —dijo el liberto relajando sus facciones y tornando más cordial—. Pasad al patio, pediré que traigan asientos.

El patio porticado a cielo abierto daba protección, incluyendo los diversos fuegos en torno, al frío que emanaba esa tierra durante la noche. No era un frío como en el Norte, pero sí lo suficiente como para necesitar algo de abrigo y una manta de buena factura para dormir plácidamente.

No tardaron mucho en traer las *sellae* y unas bandejas con sencillos vasos rellenos de agua fresca.

—¿Puedo ofrecerles algo más? —preguntó Vibia, una vez sentados todos, que acabada de llegar con una liviana *subucula* y una *palla* blancas. Sencillas, pero delicadas y hermosas. Además dejaban entrever el todavía turgente cuerpo de la viuda.

—No será necesario —aclaró el Prefecto sin inmutarse—. No estaremos más tiempo del preciso.

—Disculpad mi apariencia, me disponía a dormir. Hasta que no entro en mi *cubiculum*, mis esclavos, libertos y asalariados no van al lecho. Habéis

sido afortunados.

—La intromisión será breve. Lamento perturbarla a estas horas —se disculpó—. Imagino que habéis oído lo ocurrido hoy.

—Toda la ciudad lo sabe.

—Me han encomendado la tarea de llevar a cabo las pesquisas y esperaba su colaboración.

Hubo un silencio. Vibia se reclinó sobre un cómodo *triclinium* expresamente traído para ella. Isela comprendió que, de alguna forma, quería seducir o encandilar a su marido. Todos sus movimientos parecían plenamente estudiados y eran casi hipnóticos. A su espalda, apareció otra vez el misterioso jefe de su guardia personal. Bajo la penumbra, se distinguía su llamativo perfil al igual que el gran número de cicatrices de su cuerpo. Vestido con sencillez y armado, lo que más destacaba era un jovencito que estaba tras de él mirando medio oculto, agarrado a su túnica, asustado. ¿Quién sería? No tenía ningún parecido como hijo suyo.

—¿Cómo podría ayudar esta humilde servidora de Roma? —el tono de la viuda se había vuelto coqueto y juguetón.

—*Domina*, por todos es sabido lo bien informada que está en este lugar del mundo —comenzó a hablar Valerio clavando su mirada sobre ella—. Me gustaría que me ayudara a encontrar a los culpables utilizando sus fuentes.

—¿Es una petición formal? ¿Del *Dekanos*<sup>[61]</sup>? ¿O quizás del *Praefectus* de Egipto?

—Directamente de los senadores Numerio Lupo y Tito Calpurnio Avito, contando con el beneplácito de las máximas autoridades de Egipto y la confianza del César.

—Supongo que la gente exagera todo en cuanto se habla de mí... y en este caso, la capacidad de obtener información —un corto silencio mirando a Valerio y su esposa—. La verdad es que me interesan los cotilleos en cuanto puedan servirme para mis transacciones. Y son útiles, pero para vuestros fines no puedo satisfaceros.

—Seguro que podría hacer algo así por mí. Me sugirió que podía pedirle lo que quisiera por la ayuda a su hijo hace unos años.

—Cierto —reflexionó—. Veré que puedo hacer.

—Gratitud.

—A cambio quiero que me respondas a algo —sonrió al decirlo—. ¿Por qué tu mujer está aquí en un asunto oficial?

—Ha sido fundamental durante estos años de guerra y sufrimiento. Nadie ha tenido mejor compañera. Incluso muchos de mis hombres respetan su

figura.

—Interesante... ¿Y cómo es eso?

—Su carácter guerrero y su inteligencia, a la par que su entereza cuando las cosas se tuercen, la han convertido en un símbolo de fortaleza y justicia.

—En un mundo de hombres, una mujer requiere mucho más esfuerzo para hacerse respetar —dijo Vibia mirando a Isela, que afirmó levemente con la cabeza—. Debes ser una gran mujer para que un hombre te tenga en tan alta estima y consideración.

—He intentado ganarme mi puesto, *domina*. —expresó Isela con tono educado, pero mostrando levemente su desagrado.

—Una mujer debe usar todas las herramientas que posee para obtener lo que quiere. Un hombre solo la que domina mejor.

—Si domina alguna —respondió Valerio con cierta sorna.

—Es verdad. ¿Qué te parece esto? Tengo una propuesta. Si queréis mi ayuda, a cambio quiero información.

—*Domina*, no sé qué información desea, pero como *miles* no puedo revelar...

—No te preocupes, mi querido Valerio —interrumpió sonriendo y mirando a su subalterno—. Quiero saber si es cierto lo que he oído sobre ti, Vesper.

—¿Qué has oído sobre mí, *domina*? —expresó sin sobresaltarse aunque visiblemente incómodo.

—Que eres un extraordinario guerrero, que has sido gladiador durante tu juventud y que llevas centenares de vidas segadas por tu propia mano.

—Así es, *domina*. —no le gustó que se centrara en él la conversación.

—Me han dicho que cambiabas continuamente de nombre cuando empezabas a hacerte famoso. ¿Por qué?

—Solo quería el reconocimiento de mi padre, pero, para él, que se vinculara algún gladiador con su linaje era una deshonra.

—Entiendo. Entonces, ¿por qué lo hacías?

—Para demostrar mis dotes guerreras. Luego comprendí que solo se podía demostrar como *miles*.

—Dejaste una vida cómoda para ti, con mujeres, placeres y lujos, por el amor de un padre.

—Por su respeto, *domina*. —aclaró—. Que es mucho más importante.

—Un bazo sin guía.

—Mi guía es el Honor y el placer de vencer a un adversario digno —se arrepintió de aclarar la situación. Hablaba de más.

—Me gustaría saber si eres tan buen guerrero como dices. Mejor que Behrooz —hubo un cruce de miradas entre todos los presentes de la sala—. Espero que algún día salgamos de dudas.

—He dejado ese mundo. Y aún menos si no hay ofensa.

—Sois unos ejemplares interesantes. Empiezo a comprender por qué vuestros nombres empiezan a estar en la boca de la gente —nueva breve pausa—. Hay una última cosa que quiero que hagas por mí, Valerio.

—La *domina* dirá.

—Solo estate quieto, Prefecto —giró su rostro—. Mino, adelante.

Entonces, el chico que estaba tras Behrooz avanzó tímidamente hasta Valerio. Tenía la cabeza gacha y las manos juntas. ¿Qué iba a hacer? Todo aquello era muy extraño, pero Valerio mantuvo una relajación total mientras Isela observaba silente y Vesper se mantenía alerta.

Como si fuese un perro, empezó a olisquear al hispano. Manos, cintura, pecho... Tendría unos doce o trece años como máximo y poseía rasgos persas y algunas cicatrices, posiblemente de maltrato.

Tras un par de minutos, Mino alzó el rostro y lo miró por primera vez a la cara. Valerio, que se dejó hacer sin problemas entre divertido y curioso, le sonrió, acercando su rostro. Entonces el chico le abrazó. Correspondió su abrazo con suavidad. Unos pocos segundos después, se soltaron, volvieron a mirarse a la cara y el chico retornó con Behrooz con una ligera carrera.

—Encantado de conocerte, Mino —inclinó su rostro una vez que vio que volvía a mirarlo. El niño se escondió detrás del hombre cicatrizado—. Una explicación estaría bien, *domina*.

—Mino tiene un peculiar don, sabe leer a las personas —aclaró Vibia con tranquilidad. No había quitado ojo a Valerio casi en ningún momento—. Ahora, si me disculpáis, me gustaría reposar. La jornada ha sido ardua.

—Por supuesto, *domina*. —respondió el Prefecto alzándose, todos a la vez.

En silencio sepulcral, se dirigieron en fila hacia el *ostium* con las cabezas bajas y con sensaciones distintas. Vesper pensaba en cómo se le había degradado como hombre de forma tan directa, aunque no podía negar lo que había sido e igualmente que habría aceptado el reto de enfrentarse al tal Behrooz. Isela pensaba que esa mujer escondía demasiado y que estaba jugando con ellos. Por último, Valerio pensaba que algo se le había escapado de aquella reunión. Y sentía curiosidad por Mino y el hombre misterioso de las cicatrices. Algo no terminaba de encajar.

Caio Mario con paso ligero se puso a su lado y le dijo en voz baja una frase:

—Ve a un burdel cerca del *stadium* llamado «la anguila risueña» y pregunta por una mujer llamada Medea. Allí puede que obtengas lo que deseas.

Tal como le dijo aquello, se dio la vuelta y regresó por donde había venido. No le dio tiempo al Prefecto a replicar. Aunque lo cierto es que no lo iba a hacer. Esa noche parecía que todos en aquella casa tenían prisa. Ya le habían informado de la excentricidad de esa mujer y que tenía peculiares costumbres. Pero no podía alejar de su cabeza la sensación de cómo sus esclavos y libertos miraban con recelo e impaciencia a todos ellos. Se podía saber mucho más de alguien de gran calibre viendo a sus sirvientes que hablando directamente con la persona. Transmitían la miseria, los maltratos, la avaricia, las ambiciones o el abuso de un *domine* confiado. No obstante, no veía nada con nitidez. ¿Qué ocultaban esas paredes?

La noche debía ser su aliada. No podía esperar más. No solo por la impaciencia, no confiaba en nada que se pudiera decir en esa casa. Podía adelantarse alguien y borrar o modificar el rastro a seguir. Si no había ocurrido ya. Era evidente que había una conspiración de algún tipo y no se podía permitir el lujo de cometer errores. Quizás fuese una farsa o una distracción, pero no podía dejar pasar la oportunidad. Así pues, sin esperar a que el sol asomara en el horizonte, decidió que las horas de oscuridad que quedaban podían ocultar su primer paso. Estaba bastante cansado, pero no podía perder el tiempo. Caminando hacia el campamento, todos en un tenso silencio, abrió la boca.

—Voy a ir a ese burdel de inmediato.

—¿Ahora? —preguntó extrañada Isela.

—No quiero perder la pista mientras sean tan recientes los acontecimientos.

—Deberías descansar la mente y el cuerpo, mañana estarás más apto para esta tarea —explicó con sentido.

—Tal vez tengas razón, pero temo que se nos adelanten.

—Es cierto Isela, algo huele a podrido —añadió Vesper—. No confío en esa gente, sin embargo es lo mejor que tenemos ahora. Cuanto antes, mejor. Y no deberíamos dejar esta *domus* sin vigilancia.

—Que así sea —se pararon en la puerta del campamento—. Isela, dile a Andros que mande a un par de hombres de confianza a que la custodien. Pero con discreción. Que no los vean o tendremos que dar explicaciones.

—Deberíais poneros un atuendo más discreto —advirtió la mujer—. Con las corazas y las prendas de *milites* llamareis demasiado la atención.

—Como siempre, querida, tu astucia supera tu belleza. Y es difícil.

## CIUDAD PATAS ARRIBA

AÑIL. «La anguila risueña» que aparecía en el cartel de la entrada de la *taberna* o mancebía poseía dicho color. Era de madera aunque estaba descalichado. Hacía tiempo que había perdido parte de su pintura y por ende, su lustre. Si alguna vez lo tuvo. El edificio estaba medianamente cuidado, aunque había tenido días mejores. Parecía que se trataba del resurgir de un negocio que había ido mal en el pasado. ¿Sería esa Medea quien tuviera buena parte del mérito de la mejora de dicho edificio?

Valerio y Vesper penetraron por el dintel de la puerta con seguridad y sin dirigirse la palabra en todo el recorrido, absortos en sus pensamientos. La imagen que esperaban se cumplió. Un local de buen tamaño con gente de todos los lares. El ruido era intenso, risotadas y gritos de hombres exaltados por los licores, a la par que mujeres que se intentaban ganar el jornal con sonrisas forzadas. Artificioso. Se percibía el olor a mezquindad: sudores, salitre, comida, alcohol, miseria y testosterona por doquier.

Lo cierto era que el interior estaba siendo reformado y no era tan lamentable como otros burdeles que habían visto a lo largo del Imperio. Es más, se intuían pequeñas estancias en la planta baja y más cómodas cuanto más al interior. El negocio prosperaba y buscaba mejores usuarios, sin desdeñar del todo los de menor estrato social. Aumentarlo para todo tipo de clientela.

Paseando entre las mesas donde algunos de los presentes tocaban con lascivia a las prostitutas, que hacían las veces de camareras, observó los obscenos, a la par que sencillos frescos de la pared. Reciente pintura, aún podía percibirse ese ligero aroma a tintes.

Al llegar a la barra, un tabernero, que parecía ser el responsable o uno de ellos, los miró avispadamente mientras tomaba un ánfora de la parte baja de su mostrador. Ligeramente obeso, desdentado y con una peluca morena, su aspecto griego lo delataba. Se acercó hablándoles en un latín vulgar.

—¿Qué puedo ofrecer a los *dominii*? —el aspecto de los dos era sencillo, muy probable *milites* pero de cierto nivel y poder adquisitivo.

—Medea —respondió seco Valerio.

—¿Cómo?

—Me han dicho que es una mujer hermosa y vengo a conocerla. Mi tiempo es importante.

—No sé si estará disponible.

—Averígualo —puso dos ases sobre la mesa—. Y pon dos copas de tu mejor *mulsum* mientras lo haces.

—¿Siempre tratas a así de mal a los taberneros? —preguntó Vesper una vez puestas las copas de vino y en cuanto se hubo marchado.

—Odio a los proxenetas. Venderían a su madre con tal de ganar media moneda más.

—Tu debilidad son las mujeres —se permitía esa sinceridad cuando estaban solos.

—Conozco las tuyas, aunque las ocultes.

—Nos conocemos lo suficiente para saber nuestras deficiencias mutuas.

Sonrió el Prefecto a lo que dijo. Ambos sabían cómo vencer al otro, ya fuera con la palabra, con malas artes, incluso en combate. Vesper y Valerio habían mejorado su instrucción, corregido errores y aprendido mucho el uno del otro. Incluso los puntos débiles.

—Tienes suerte, Medea está libre —exclamó el tabernero—. Tus armas. Deberás dejarlas.

—¿Disculpa? —la mirada de Valerio tornó a ese fulgor casi perdido. Ahora esa mirada que horrorizaba a muchos, solo salía en momentos puntuales. Su carácter se había dulcificado, pero no había desaparecido, no en momentos como ese.

—Confío en que no provocarás ningún...

—Sirvo a Roma, evitamos alborotos, no los provocamos —cortó Valerio apurando su copa de vino—. Iré a verla de inmediato.

—Pero Medea es muy exigente con sus clientes.

—Seguro que puedes convencerla de lo contrario —sacó de la bolsa que tenía colgada en el cinto cinco ases más.

—La tarifa es de cinco denarios<sup>[62]</sup>.

—¡Dioses! ¡Debe copular como Afrodita! —no pudo evitar decir Vesper con sorna.

—Medea es muy reclamada —explicó con orgullo el tabernero. Estaba claro que era el dueño del tugurio que estaba progresando—. Solo algunos privilegiados pueden tocarla.

—Espero que su fama esté a la altura de lo que se exige —pagó el precio establecido y mostró sus armas, amenazante—. se giró hacia Vesper. —Espérame aquí.

—Honor, prudencia y gloria —susurró.

Un gigante nubio le esperaba para indicarle el camino. Tras una cortina bordada, un pasillo seguía a unas habitaciones mejores que las habituales. Para prostitutas de mayor «calidad». Tras pasarlas, siendo solo media docena, previa venia de otro vigilante, accedió ahora solo Valerio a una sala. Aquí el pavimento cambiaba. Mejores frescos y suelo con mosaicos hermosos con motivos mitológicos. Eran más sensuales que eróticos. Cortinas púrpuras, un *triclinium* de buena madera, una mesa con fruta, una jarra de buen vino y dos copas de buena calidad. La sordidez anterior contrastaba con un lujo que buscaba ser refinado. Era evidente que se trataba de envolver a la prostituta en una belleza propia de una princesa oriental. Una jaula dorada.

Valerio permaneció unos segundos frente a la puerta valorando el ambiente. Olía a flores y una leve nota de almizcle. Sentía regocijo y la temperatura era agradable. Incitaba al deleite y no podía bajar la guardia.

—No seas tímido, mi faraón —dijo una voz aterciopelada en un latín bastante correcto. Valerio avanzó y tomó asiento en el *triclinium*. Aún no había cara y cuerpo para esa voz. La acústica del lugar era excelente—. ¿Vas armado? —volvió a hablar aunque aún no se veía.

—En esta ciudad uno debe ir protegido —escanció vino en las dos copas.

—Un romano precavido —había volutas de un etéreo humo perfumado saliendo detrás de las cortinas. Las llamas de las lucernas iluminaban con pericia toda la sala, provocando un ambiente cálido y sugerente.

—¿No te gustan los romanos? —a diferencia de lo que le ocurriría a los otros compradores, Valerio estaba aún más alerta.

—Tengo demasiados amigos romanos para que no me gusten.

En ese momento apareció. Como una ninfa. Llevaba una *subucula* ceñida de color crema con unas finas tiras de cuero colocadas estratégicamente a lo largo de su cuerpo para destacar sus gráciles formas femeninas. Su rostro poseía la mezcla que representaba Egipto: Grecia, Roma y Oriente. Pelo moreno, sedoso y liviano. Casi flotaba en el aire. Frente recia. Cejas delicadas a juego con unos ojos azules de mirada sibilina. La nariz de delicadas formas. Pómulos marcados. Una boca limpia de dientes blancos casi parejos y labios carnosos. Contrastaban con una piel de color caramelo. De figura esbelta, poseía unos senos de un tamaño sugerente sin ser excesivos. Estrecha cintura. Unas caderas que mostraban su género y unas largas y estilizadas piernas.

Una mujer de una belleza equilibrada. Fama merecida. Valerio quedó perplejo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —jugueteó caminando hacia él, contoneándose.

—Siempre he valorado la belleza. En sus múltiples facetas.

—Un poeta —guiñó un ojo mientras tomaba con gracia la copa y bebía un corto sorbo.

—No sabría plasmar lo que veo y lo que siento con palabras.

—Un *miles* entonces.

—¿Y ese cambio? —preguntó Valerio divertido—. ¿No podría ser un mercader, un mercenario, un *sicarii* o un gladiador venido a más?

—¿Hombre duro y sensible? Solo alguien habituado a la guerra y al sufrimiento puede ser así.

—¿Y conoces a muchos habituados a la violencia?

—Hoy en día es fácil —bebió otro sorbito con tranquilidad—. Esa cicatriz tuya tan extravagante... ¿la recibiste en combate?

—Algo así —a Valerio le sorprendió que hiciera una pregunta tan incómoda para muchos. Para él, las cicatrices eran recordatorios, errores que no debía volver a cometer—. Me lo hizo una mujer.

—No me lo digas: ¿una enemiga que derrotaste se convirtió en trofeo? —cuestionó jugueteando.

—Más bien yo era su trofeo...

—Y sin embargo sigues vivo. ¿Escapaste y te vengaste?

—Me rescataron y recibí un duro castigo por su arrogancia.

Medea, por primera vez en toda la conversación sintió una efímera punzada de miedo. Los ojos del Prefecto se volvieron a encender cual llama sobre pasto seco. No obstante, no iba dirigida hacia ella. Miraba al infinito. No era un recuerdo agradable. Y lo había provocado ella misma. Mejor cambiar la conversación. Ahora había averiguado que ese hombre tenía una furia contenida.

—¿Deseas un baño? Te relajará.

—He venido con un propósito, joven Medea. —Valerio clavó entonces su mirada sobre ella—. Necesito que me ayudes.

—Estás en buenas manos...

—Busco información —continuó instándole a sentarse—. Supongo que has oído algo de lo que ha ocurrido hoy.

—Está en boca de toda la ciudad —no negó la evidencia Medea mientras se sentaba con una expresión serena.

—Estoy indagando en busca de toda la información que sea posible. Y alguien me ha referido tu nombre.

—Porque se supone que las ramera oímos de todo ¿verdad?

—Dímelo tú.

—Deberías penetrarme, porque es todo lo que puedo hacer por ti.

Se produjo un tenso silencio entre los dos. Se miraban a los ojos, analizándose el uno al otro. Un combate para indagar lo más profundo a través de sus gestos y movimientos. Él quería saber si decía la verdad. Ella quería demostrar su desconocimiento y firmeza. Valerio más mayor y más aventajado por sus años creyó leer más. Medea no pudo mantenerla por mucho tiempo.

—No te preciso para eso. Solo fornico con las mujeres que me desean. Y para eso tengo a mi esposa. Dame algo que pueda servirme.

—No puedo darte más que mi cuerpo.

—Eso es lo que haces creer a los necios, que son muchos —sonrió al decirlo. Su tono era comprensivo. Conciliador—. Sin embargo, yo sé ver cosas que otros no ven. Y veo con claridad algo: utilizas tu cuerpo, pero conservas tu alma intacta.

—¿A quién le interesa eso?

—A mí. A mi dios. Y más gente habrá, aunque aún no la hayas encontrado. Ayúdame y haré por ti lo que me pidas. Es un intercambio de favores. Solo quiero encontrar a los responsables del ataque a mis hombres — el Prefecto se sinceró para buscar su complicidad mientras tomaba su mano.

—No puedo ayudarte —respondió tras otro corto silencio—. Me gustaría, eres diferente a la mayoría de los que pasan por aquí, pero no puedo.

—No puedes o no quieres.

—Soy una esclava, no tengo voluntad.

—Todos la tenemos. Solo hay que tener valor de escuchar lo que nuestra razón y nuestro interior nos dice.

—Es fácil decirlo cuando se es libre.

—Nadie es libre. Todos servimos a alguien y tenemos obligaciones.

—Los rumores no son algo fiable —la persistencia estaba haciendo efecto.

—Es un comienzo.

—Está bien —se rindió. Ese hombre poseía una extraordinaria cualidad de ser absolutamente eficiente y con una capacidad de convencimiento fuera de lo habitual. Tal vez el tono, la forma, la sonrisa o el compendio de todo—. Algunos dicen que ha sido un grupo de egipcios frustrados con su situación

personal que querían dar una lección a Roma. Otros que es un ajuste de cuentas con los senadores. Y otros...

—¿Sí?

—... que lo han hecho unos profesionales, con una intención todavía no demasiado clara.

—¿Y qué crees tú? Eres perspicaz y esta es tu ciudad.

—¡Oh, mi faraón! Yo no sé nada de estos juegos políticos. Ni me interesan.

—¿Y a quién podría interesarles? —Valerio siguió presionando—. ¿Quién ha dicho estas cosas?

—Gente.

—¿Qué gente?

—No puedo decirte nombres... me pones en un compromiso y grave peligro.

—Un nombre. Solo un nombre y te dejaré en paz. No mencionaré jamás tu colaboración, lo juro por todos los dioses de Roma y de oriente.

—Es peligroso... —otra duda—. Gyasi. Él podría ser tu hombre —adoptó una posición abatida.

—¿Quién es? —el Prefecto se sentó a su lado y posó su mano junto a la de ella.

—Es uno de los pocos egipcios que lidera una absurda resistencia contra Roma, pero en verdad solo son ladrones. Lo encontrarás cerca del templo de Mercurio, en una tienda de telas.

—Gratitud por tu ayuda Medea, no lo olvidaré. Acude a mí si precisas algo. Lo que esté en mi mano, lo haré por ti mientras esté aquí de servicio.

—Así lo haré, Sexto Valerio, Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. —se sorprendió ligeramente al saber todo sobre él—. Te deseo Fortuna en tu empresa.

—Para todos, yo habré estado aquí por tus servicios, no por otra cosa. No seré el último *miles* romano que te visita para estos menesteres.

—No, claro que no.

—Y ten cuidado joven Medea, no dejes que nadie posea tu alma. Ahora sí tomaré un baño. Tengo que hacer tiempo. Si salgo tan pronto, sospecharán.

Se tomó su tiempo para relajarse sin que apenas se dirigieran la palabra. No porque se tuvieran miedo o recelo, era un descanso de su azarosa vida. Un pequeño *impasse* antes de retornar a sus obligaciones. Compartieron el baño caliente, una copa de vino y algo de comer. Ciertamente el cuerpo de aquella joven era hermoso, sugerente, pero no era el momento y quería ser fiel a su

esposa y a sí mismo. Una vez que se hubo relajado y disfrutado del vino y las viandas durante ese breve intermedio, Valerio se despidió con cortesía y se preparó para irse por donde había venido cuando Medea volvió a llamarle.

—¡Mi faraón!

—¿Medea? —se giró levemente.

—Un buen consejo: no confíes en nada, ni en nadie de esta ciudad. Vivirás más. El que piensa y pregunta demasiado no suele quedarse mucho en este mundo.

—He estado en otros lugares que no son muy distintos de aquí en eso. Y sigo vivo.

—Seguramente, pero la confusión y la mentira es el alimento que mueve a esta ciudad.

Con las enigmáticas palabras de la prostituta salió de «la anguila risueña» intentando memorizar e interpretarlas. Desde que había llegado a ese lugar todo le parecía irreal. Pero la hipocresía del mundo romano de las altas esferas era así. No podía ver siempre conspiraciones en todos lados y tampoco podía permitirse el lujo de ser plano, interpretando las cosas en el sentido literal. Creía firmemente que el Dios Supremo a veces le daba señales, ya fuese con sueños o con visiones de su familia o de su primera mujer Lydia. La clave era confiar solo en sí mismo, en su razón, intuición y en su círculo íntimo.

Ya fuera del lugar, acompañado de Vesper, alejados de miradas indiscretas y oídos demasiado abiertos a sus palabras, intercambiaron sus primeras impresiones sin dejar de encaminarse al campamento.

—¿Todo en orden? —questionó en voz baja Valerio.

—Todo en calma —respondió monótono Vesper—. Todo lo normal que se puede esperar de un burdel. ¿Hemos sacado algo en claro?

—Un nombre y la idea que el enmascaramiento reina en esta ciudad.

—Me alegro saber que hemos sacado algo, porque alguien nos sigue.

—¿Hace mucho? —bajó aún más la voz el Prefecto.

—Tenía la impresión de esto antes de llegar al lupanar, pero ahora estoy seguro.

—¿Cuántos?

—Solo he visto a uno. Pero es escurridizo. Tal vez sean más. ¿Lo intentamos despistar?

—No, no. Tomemos un *itinera*<sup>[63]</sup> e intentemos conocer mejor a nuestro perseguidor. O perseguidores.

Ambos con paso firme y marcial se dirigieron hacia la primera *itinera* que encontraron. La estrechez les beneficiaría, si se trataba solo uno, ya que sería más fácil evitar su escape. Si por el contrario eran varios, el combate sería más complicado, pero evitarían que le atacasen más de dos en dos.

El cielo, completamente oscuro y sin luces por ningún lado, salvo la luna que mostraba su contorno azulado en el perfil de los edificios, mostraba que era noche cerrada y que aún quedaban algunas horas para el amanecer. La humedad había aumentado por la cercanía al mar, corriendo una ligera brisa que provocaba que uno se estremeciera si iba con sus brazos o piernas desnudas.

En los alrededores había patrullas por la ciudad después de lo acaecido aquella mañana, pero en ese momento, no se vislumbraba ninguna cerca. Podría ser una ventaja o un inconveniente dependiendo del número de perseguidores.

Durante dos *itineræ* no percibieron nada, parecía haberse escabullido, frustrándose Valerio por no haberle tendido una emboscada antes. Mala suerte. Pecaba de prudencia en ocasiones.

—¿Le habremos perdido la pista? —preguntó el Prefecto sin pararse en ningún momento—. ¿Habrás percibido que sabemos que nos sigue?

—Tal vez —respondió seco su compañero. Estaba aguzando sus sentidos.

Unos pasos más adelante, Vesper se paró en seco y miró hacia atrás. Un segundo después hacia el frente. Su oficial repitió lo que hizo. Justo enfrente de ellos, aparecieron cuatro sombras embutidas en *paenulae*, como ellos. A su retaguardia, otras cuatro. Les habían acorralado.

—Nos hemos dejado atrapar —susurró Valerio—. Esto es lo que querían.

—En tal caso... ¡Peor para ellos! —su rostro en penumbra mostraba ira contenida y deseos ardientes de matar—. ¿De cuántos te puedes encargar?

—De tres a la vez. Si son lentos y torpes —respondió en tono irónico. Empezaron a avanzar con lentitud.

—No nos iremos sin enviar a varios al Hades —sentenció Vesper desenvainando su *gladius* y su *pugio*—. ¡No sabéis a quién os estáis enfrentando! —le gritó con una sonrisa maliciosa.

Valerio y los ocho enemigos repitieron lo mismo que el antiguo *tesserarius* portando todos las *gladii* en posición de combate al estilo de los legionarios. Se acercaban de dos en dos con paso precavido pero sin detenerse, midiendo cada movimiento. Eran profesionales. El Prefecto, que

solo había desenvainado a *Vastator*, buscaba algo que le diera ventaja en el combate. Sabía que no podría con sus cuatro. Sus ojos indagaban e indagaban, hasta que observó una pequeña viga de madera que sostenía lo que parecía una especie de balcón abalaustrado, realizado de forma harto rápida y perecedera. Se intuían con cierta claridad, a pesar de que la luz azulada de la luna, única iluminación destacable, las grietas en las vigas. Los enemigos estaban a pocos pasos y preparados para saltar sobre ellos. La tensión se podía palpar. Eran sombras sin rostros, unos asesinos sin nombres y sin Honor. No habría ni un mínimo remordimiento por matarlos. Valerio desenvainó con su mano izquierda su *pugio* afalcatado, se adelantó cuatro pasos, se impulsó apoyando su pie izquierdo en una gran oquedad de la pared, elevándose ligeramente para golpear fuertemente a la viga con el pomo de su *pugio*, saltando algunas astillas por los aires. Cuando aterrizó en el suelo, le esperaban dos enemigos a los que hizo retroceder con su *gladius* trazando un enorme arco. Y el Prefecto retrocedió dos pasos. La balconada de madera se precipitó sobre ellos un par de segundos después. El combate había empezado.

Por su lado, Vesper agachándose ligeramente comenzó atacando con una sucesión de estocadas y tajos que desconcertaron a los cuatro atacantes. ¿Cómo podía ser tan rápido y certero? En unos pocos segundos, había hecho leves heridas a dos de ellos. Y los estaba dividiendo progresivamente para poder matarlos con mayor facilidad.

Valerio, aprovechando la confusión de la caída de la balastrada, hirió de muerte a uno de ellos y se precipitó al combate con otros dos que salieron a su encuentro de inmediato. Eran rudos los enemigos, actuando de una forma muy mecánica. Pero Valerio tenía una dilatada experiencia en sus años por diversas regiones del mundo.

Vesper contenía a los enemigos y los desconcertaba con trucos: como cuando chocan dos hierros y se contienen, buscando golpear con su pomo en el dedo pulgar del enemigo, desarmándolo. Y así ocurrió, lanzando un potente tajo en la garganta. A otro le había malherido con un buen corte de su *gladius* de forma transversal en su pecho, que hizo que se alejara por donde había venido, tambaleándose. Ahora solo restaba acabar con dos.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Valerio ya había matado a uno y otro se estaba alejando en ese momento herido en su brazo derecho. Pero esto no equilibró la situación, ya que apareció el cuarto, sobrepuesto de los golpes de la balastrada. Le quedaban dos. Sin embargo, para él, su combate le estaba agotando ya que no le dejaban ni un segundo para que tomara el resuello. Era

cuestión de tiempo que tuviera un error. Además, el que se acababa de incorporar era rápido y estaba enfurecido por la treta de Valerio. La situación tornaba desesperada. No encontraba la forma de matarlos juntos, quizás por separado... pero no le dejaban.

Un error de uno de ellos, permitió darle un puntapié en el pecho que lo alejó unos pasos. Así se pudo concentrar en el más profesional. No obstante, como estaba más fresco, no encontró la manera de ganarle la partida, extraviando su *gladius* en un golpe precipitado. Pasando su buen *pugio* afalcatado a la mano derecha, chocaron sus armas y lo empujó hacia la pared. Parecía que ya lo tenía cuando el otro se recompuso de la patada, poniéndose en pie. Estaba perdido.

Entonces un silbido cortó el aire y se desplomó el que estaba a punto de incorporarse. Había recibido el disparo de una flecha a su espalda que sobresalió un poco por encima del ojo izquierdo y que lo había matado en el acto. Los dos combatientes que quedaban miraron hacia el final de la *itiner*: a unos veinte pasos una sombra no muy grande, encapuchada, bajaba su arco y se escabullía con rapidez.

En ese momento, uno de los que pleiteaban con Vesper huyó y el otro fue rápidamente vencido en dos movimientos que le dejó el *pugio* clavado hasta el mango justo por encima de su nuez. Tras esto, se lanzó a la persecución del que había huido.

Valerio, por su parte, después de haberse quedado petrificado unos segundos por la aparición fantasmal del misterioso arquero, reaccionó a la par que su enemigo cruzando el metal exactamente al mismo tiempo. Esta aparición le había redoblado las fuerzas y el breve respiro le azuzó para acabar con él. Y lo consiguió rajándole las entrañas en un hábil movimiento. Su oponente, cayó de rodillas, soltó su arma y se sostuvo el vientre.

—¿Quién te envía? ¡Habla! —ordenó el Prefecto colocando la punta de su hoja en el cuello de su malherido enemigo.

Levantó la cabeza. Ahora veía su rostro. Era un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, con el rostro repleto de arrugas. Sus rasgos lo delataban como romano y su mirada, como alguien orgulloso. Por sus labios apretados corría un ligero hilo de sangre. Temblaba ligeramente. No iba a sobrevivir.

De forma inesperada, tras aguantar la mirada de Valerio unos segundos, precipitó su cuello, haciendo presión con su cuerpo hacia la hoja. Un suicidio. Con desprecio, sacó el *pugio* afalcatado de la garganta posando su pie izquierdo en el pecho del moribundo para facilitar la extracción. Cayó a la fría arena del suelo donde exhalaría su último aliento.

—¿Y bien? —gritó a Vesper que llegaba.

—Ha escapado —contestó observando al suelo cubierto de sangre—. El otro que había malherido ha sucumbido a la herida un poco más arriba, desangrado.

—Han escapado dos, por tanto.

—¿Quién era ese arquero?

—Creo que sé quién ha podido ser...

La luz de una antorcha iluminó el principio del *itiner*a. El sonido metálico delató que se trataban de legionarios. Seguramente una de las patrullas mandadas para mantener el orden en la ciudad tras el incidente de la mañana.

—¡Alto! ¿*Quo vadis*<sup>[64]</sup>? —ordenó un legionario que parecía mandar la patrulla de reconocimiento.

—Soy Sexto Valerio, Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. Este es mi asistente, Vesper. Hemos tenido un mal encuentro haciendo una misión para el *Praefectus* de Egipto.

—Todo se aclarará en el Pretorio —cortó aquel hombre, que no quería saber nada más de lo necesario—. Ahora se encarga de esto la *Legio XXII Deiotariana*. Acompañadme por favor.

Sin mediar palabra limpiaron las hojas de sus armas, las envainaron y prosiguieron su camino hacia el Pretorio. Después de la intensidad del combate, se encontraban tremendamente cansados. Mejor que las aclaraciones duraran poco. Precisaban descansar.

Con el sol despuntando en el alba se levantaron el Prefecto y su segundo, tras un sueño profundo y reparador. Casi a la vez. Quedaba mucho por hacer y el día iba a ser largo.

El tiempo en el Pretorio fue corto. El *Dekanos* se levantó malhumorado, pero cumplió su obligación de escuchar la breve descripción de los hechos, sin mencionar a Medea o su nueva pieza del rompecabezas. Tras esto, los mandó a su campamento.

Desayunando unas gachas con leche y miel junto con Vesper, Valerio puso al corriente de todo a Isela. Por la sala pululaban el joven Marcelo y la esclava Emilia.

—¿Podemos fiarnos de esa mujer? —preguntó Isela una vez que hubo terminado de contarle los sucesos de la noche.

—No tenemos alternativa —contestó el Prefecto—. Y cuanto antes mejor.

—Sería mejor que llevaras más hombres —aconsejó mientras tomaba en brazos a Marcelo con mimo—. No quiero que te acuchillen en esta ciudad desconfiada e hipócrita.

—No es mala idea —dijo Vesper sonriendo después de terminar su ración.

—Manda llamar a los *principalis*. —pidió Valerio mientras apuraba su cuenco—. Emilia, prepárate para afeitarme por favor e Isela atendía a un *miles*.

—Si, *domine*.

—El centinela dice que Lucio Quintilio está esperando ser recibido — anunció Isela con expresión seria.

—Hazlo pasar —se puso de pie para recibirle.

Aunque llevaba puesta su túnica de guerra, estaba con un aspecto informal. No le había dado tiempo a asearse, ni afeitarse, ni vestirse para la ocasión. Igual que Vesper. Solo Isela que se había despertado un par de horas antes estaba presentable. Aún así, a ninguno le importaba demasiado. El *Praefectus Classis* iba vestido con una sencilla túnica amarillenta, con una toga de color blanco grisáceo, aunque de buena factura.

—¡Salve Valerio! —saludó formalmente entrando en la tienda.

—¡Salve Quintilio! —correspondió el gesto llevándose el puño al pecho y alzando el brazo—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Agua? ¿Vino? ¿Leche de cabra?

—No, gracias.

—Toma asiento. ¿En qué puedo ayudarte?

—Al parecer ayer tuviste una noche movidita.

—Sí, ocho legionarios intentaron matarme a Vesper y a mí.

—Lamento oír eso. ¿Cómo sabes que son legionarios?

—Las *Gladii*, las formaciones, los rostros, las raídas *caligae*... todo indicaba que son *milites*. Puede que estuvieran ya fuera de servicio, pero todos sabemos que muchos de ellos se dedican a estos asuntos, una vez acabada la milicia. ¿No estás de acuerdo, Vesper?

—Yo no albergo dudas sobre ello —respaldó su asistente—. El estilo de combate era el romano.

—¿Estáis seguros? —quiso afianzar el *Praefectus classis*.

—Mi hombre es un especialista en esta materia. No albergamos dudas — confirmó rotundo Valerio.

—¿Crees que tiene relación con el incidente contra los senadores? —enlazó de nuevo.

—Puede ser... pero tengo enemigos y puede que no lo sea. En cualquier caso, tengo una pista y la voy a seguir.

—Valerio, me envía el *Praefectus* de Egipto —se sinceró el *Praefectus Classis*—. Tememos que esto derive en un enfrentamiento mayor. Gentiles y judíos, griegos y egipcios quieren matarse entre ellos y queremos evitar darles una excusa. Esta escalada de violencia debe cesar.

—Me ordenaron encontrar a los responsables y matarlos. No he cesado en el empeño ni lo haré —se defendió.

—No te pido eso —aclaró—. Solo que tengas cuidado. *Alexandria* es como un tonel de brea, una chispa y todo saltará por los aires. Es como Jerusalén, has estado allí, sabes que si uno no anda con tiento, puede haber problemas.

—Haré lo que pueda.

—Eso me es suficiente —se levantó al decirlo—. El *Praefectus* de Egipto te lo agradece y se va de nuevo hacia el Sur para inspeccionar cómo están los graneros tras el envío de trigo para Roma. Y supongo que a fornicar con todo lo que vea de paso. —bromeó un instante—. Me ha hecho responsable de la ciudad. Indagaré sobre el asunto de los legionarios. Te informaré cuando haga progresos. En cuanto a ti, haznos a todos un favor y acaba con esto sin hacer ruido y con rapidez.

Con este comentario se despidió saliendo de la tienda. Lucio Quinctilio era más un político que un *miles*. No era fácil la situación que se vivía en la capital de Egipto, pero tampoco la de Valerio. Tenía un objetivo y lo cumpliría. Una ciudad alborotada siempre sería peligrosa. Y saltaría por esto, o por otra cosa. Lo suyo era solo una excusa para acelerar lo que seguramente era inevitable.

Tal como se fue, entraron Andros, Córax y Basso. Saludaron de forma marcial y se colocaron en línea.

—¿Habéis oído las nuevas que tuvimos anoche? —fue al grano el Prefecto.

—Así es, *domine*. —contestó Andros, el de mayor graduación—. Pero también nosotros tenemos nuevas.

—Adelante —se reclinó mientras Emilia preparaba una jofaina con agua tibia para afeitar a su *domine*.

—Hemos descubierto esta mañana el cuerpo sin vida de Olofernes.

—¿Dónde? —dijo sin inmutarse. Era evidente que le había pasado algo y que no volvería con vida.

—En la cloaca<sup>[65]</sup>. —respondió Basso—. Después de comprobar las posibles rutas de escape y determinar las zonas más peligrosas, pensé que si lo habían eliminado puede que estuviera por allí. Lo habían lanzado a uno de sus accesos después de despojarle de todo.

—¿Signos de tortura?

Se miraron los unos a los otros con cierta incredulidad.

—Así es —respondió Córax—. ¿Cómo...?

—Es evidente que por eso sabían la ruta que íbamos a tomar —explicó brevemente con la boca torcida ya que estaba pasándole la hoja de afeitar—. Dadle un digno funeral. Bien ahora quiero que el joven Macro, Aquinas y Estitio estén vestidos de paisano y listos para cualquier eventualidad. Andros quedas al mando del campamento, Basso, que tus hombres descansen. Se lo tienen merecido. Y Córax, tú de patrulla, a ver si averiguas algo.

—¿Dónde iremos, *domine*? —preguntó Córax rascándose el antebrazo izquierdo—. ¿Y los senadores, no los custodiamos?

—No será necesario: los senadores ya tienen escolta. Mejor utilizar a los hombres en otros menesteres —dijo agrio—. Irás a la zona cerca del templo de Mercurio. Tú te quedarás por allí con diez hombres por si preciso de ayuda y por si oyes algo relacionado con los dos ataques. Nada de sobresaltos, mantén a la población calmada. Ya ha habido demasiados incidentes en dos días.

—Así se hará, *domine*.

Reposadamente, pero sin pararse, pudo afeitarse, lavarse en una palangana y ponerse ropas limpias. Ropas de paisano, si bien su cicatriz de la cara siempre lo delataba como alguien relacionado con el mundo de la guerra. Aún así, mejor que ir vestido con toda la impedimenta.

—¿Pensabas salir sin el *pugio* afalcatado? —preguntó Isela mientras se lo mostraba en sus manos.

—Ya me cuesta que no se note que llevo *gladius*. —explicó Valerio tomando una *paenula* de un arcón.

—Te ha salvado la vida anoche.

—Pero ahora voy acompañado.

—Eso no me importa. Si los de la otra noche eran enemigos tuyos, no puedes bajar la guardia ni un solo momento. Llévalo por mí.

—Hazle caso, Valerio —dijo Vesper entrando por la puerta perfectamente preparado—. Claudia nunca se equivoca. Creo que los dioses le hablan.

Se sonrieron el uno al otro. Sin tener una estrecha relación, se respetaban y apreciaban. Eran demasiado distintos en algunas cosas y demasiado

parecidos en otras. Sin embargo, había comprensión mutua y respeto. Con los años, Isela se había hecho más charlatana y Vesper más sarcástico.

—Dos contra uno no vale —bromeó el Prefecto tomando el arma de las manos de Isela y acariciando su rostro.

—Hay un anciano esperando una audiencia —comentó Vesper.

—¿Lo reconoces? —preguntó extrañado.

—No. Aunque no parece peligroso.

—Hazle pasar. ¡Vaya día de audiencias! Ahora sé cómo se siente el César —volvió a bromear.

—¿Debería volver a ir armada? —susurró Isela a su esposo.

—Aún no. Pero quiero que tengas los ojos y los oídos abiertos. Marcelo es ahora tu prioridad. Quiero acabar con esto antes de indagar sobre los ocho asesinos. Hay que recordar que quedan aún dos.

Al poco, Vesper entró precedido por un viejo ciego de ropas raídas. Sabía perfectamente quién era. Ni si quiera se había adecentado mínimamente para la ocasión. No importaba. Estaba claro que Simeón era de esa naturaleza. En el fondo, al Prefecto no le importaban demasiado estos innecesarios protocolos.

—No te esperaba tan pronto —expresó monótono Valerio tomando sus últimas pertenencias—. ¿Agua?

—Sí, por favor. ¿Eso te disgusta? —replicó con una sonrisa Simeón.

—Ni mucho menos. Pero hoy no es buen día. Tengo asuntos urgentes que atender —se acercó al semita.

—Eres un hombre ocupado —señaló tras apurar la copa y devolverla a su esclava.

—El otro día hablaste con el hombre. Hoy está ante ti el Prefecto y tiene obligaciones.

—Sin embargo son la misma persona.

—Cierto, pero forman cada uno las caras de una misma moneda. Y esa moneda es romana.

—No pretendía ofenderte.

—No lo has hecho —aclaró poniendo su mano sobre su hombro—. En cualquier caso, si eres breve, ¿qué puedo hacer por ti?

—Primero decirte que también estoy a tu disposición para lo que precises. En segundo lugar pedirte que esta noche acudas a otra reunión en el mismo lugar y a la misma hora. Por último, suplicar algunas monedas para ayudar a una familia que lo necesita con urgencia y la comunidad no quiere ayudarles.

—Accedo a todo —puso en su mano una docena de ases—. Aunque esta noche llevaré una escolta mayor. Mi seguridad está en peligro.

—Algo he oído. Todos tenemos fantasmas del pasado y un enemigo que nos persigue sin tregua: uno mismo.

—En cierta manera, a ese enemigo lo tengo sometido. Gracias por tu preocupación.

—Gracias a ti Prefecto.

—Pronto me podrás corresponder el gesto.

—Estaré dispuesto a ayudarte en lo que me sea posible —hubo duda en su rostro—. Sin embargo, no sé como gentes sencillas podrían ayudarte.

—Subestimar a las gentes sencillas es el defecto de mis enemigos.

Con estas enigmáticas palabras se despidió del cristiano. La mente del viejo invidente estaba enturbiada en una reflexión filosófica. ¿Podía un hombre ser *miles* y cristiano? ¿Ser generoso y rico? ¿Ser justo y honesto? Valerio lo desconcertaba. Quizás reuniera la eterna dualidad, sin ser nunca ninguna de esas dos cosas. O las dos a la vez.

A la *hora quinta*<sup>[66]</sup>, el Prefecto, Vesper, Macro «el joven», Aquinas y Estitio pululaban por la zona del templo de Mercurio vestidos como paisanos. Algunos de ellos no podían negar de ninguna manera su profesión, pero como iban diseminados, de forma que parecía que no se conocían, se mezclaban con la gente. A excepción de Vesper, que no abandonaba en ningún momento a su oficial y amigo. Cuestión de seguridad tras los sucesos de la noche anterior.

Después de un rápido vistazo por toda la zona, no parecía un lugar más peligroso o tranquilo de lo normal. El ataque del día anterior no había impedido que al día siguiente todo continuase con normalidad, como era evidente. Movimiento progresivo de gente de un lado a otro, comerciando, transportando o solo mirando. También había algún músico practicando, preceptores con sus discípulos filosofando, mendigos mostrando sus miserias y algún pícaro intentando embaucar alguna alma cándida dispuesta a escucharlo. Había sitio para todos en *Alexandria*.

Decidió buscar el negocio de telas que le había dicho Medea, el cual localizó con rapidez. No obstante, una vez que estuvo allí, un presentimiento le dijo que fuese prudente, así que con la mirada buscó otro negocio. Como decía su lema: Honor, Prudencia y Gloria. Justo enfrente, encontró un tenderete de un mercader indio que vendía sencillas alhajas. Se acercaron con paso desenfadado y fingida curiosidad.

—*Romano, escoge una buena joya para una bella dama. No encontrarás joyas más sencillas y a mejor precio.* —expresó en griego el vendedor mostrando su amarillenta dentadura.

—*¿Te gusta que los romanos gobiernen esta tierra?* —preguntó en un decente griego con intención.

—*No me puedo quejar.* —contestó posando sus manos sobre su cinto—. *Para un tendero es fundamental la paz y la seguridad. Y en general eso lo tenemos con Roma. No puedo decir lo mismo de todos los mercaderes. No entienden de negocios.*

—*¿Es el caso de Gyasi?* —el tendero cambió su semblante. Había hablado demasiado y ahora se intuía con claridad que se encontraba en un aprieto. Valerio prosiguió mostrando previamente sus armas—. *Sé que es así. Demuestra que tu lealtad a Roma está fuera de toda duda e indícame dónde está. No te preocupes, no diré a nadie jamás que me has ayudado.*

—*Justo detrás de ti está uno de sus locos seguidores.* —contestó sin mirarlo—. *En la tienda de telas.*

—*Estupendo. Dame ese collar del pequeño escarabajo de lapislázuli, la piedra de Iupiter. Será un buen presente para mi esposa.* —posó un denario como pago por la alhaja y por su ayuda.

—*Hay más dentro del edificio de atrás.* —susurró y se dirigió a otros consumidores.

Después de guardar su compra en el zurrón que tenía fijado en su *cingulum*, dio la vuelta y recorrió la vía hasta la siguiente intersección. Con leves gesticulaciones al resto, le fueron siguiendo y se reunieron un par de esquinas más alejadas, en un *itiner*a, fuera de miradas indiscretas.

—Confirmada, es la casa de Gyasi —comenzó a decir—. Me han dicho que puede haber varias personas en el edificio y seguramente no querrán hablar. Estitio, quiero que vayas por detrás, y si hay algún acceso, entres en cuanto oigas jaleo. Vesper y Aquinas abrirán paso. Si reconocéis a alguno que participara en el ataque, intentad cogerlo vivo. Macro y yo nos quedaremos para tranquilizar a la multitud y por si intenta escapar alguno. No debemos provocar tumultos. Adelante.

De esta manera, cada uno fue a cumplir su cometido en silencio. No era la primera vez para la mayoría de ellos. El miedo y el ansia resurgían, pero el estímulo era patente debido a otras experiencias previas, algunas más desagradables que otras. Solo se podía respirar con tranquilidad, intentar templar los nervios y mantenerse en total tensión, preparado ante cualquier eventualidad.

Con aire distraído, se fueron acercando a la tienda de tejidos, al frente de la cual estaba un joven egipcio que no cruzaba la mirada apenas con Aquinas y Vesper. El aspecto ligeramente nórdico del primero y mediterráneo occidental del segundo delataba que no eran egipcios. Y su forma de vestir era la romana. La xenofobia era el primer rasgo distintivo de que estaban acertando en sus sospechas.

—¿A cuánto vendes este tejido? —cuestionó en un griego aceptable Vesper, que sabía un poco, tomando uno en las manos.

—Eres romano —expresó el joven egipcio en un latín muy irregular—. Mis mercancías no son negociables.

—Quizás podamos hacer otros negocios.

—¿Qué quieres?

—A Gyasi —respondió desafiante, clavando sus ojos verdes en él.

—Aquí no vive nadie con ese nombre —dijo seco—. Pero puedo hacerte precio por el tejido.

—¿Seguro? Podríamos echar un vistazo... —no parpadeaba, con la cabeza ligeramente ladeada e inclinada hacia abajo.

—No podéis pasar —no alzó la voz pero si lo dijo con firmeza.

—No te estoy pidiendo permiso.

Pasaron unos pocos segundos petrificados, mirándose el uno al otro, los cuales se hicieron eternos para Aquinas. Puso su mano instintivamente en su *gladius*. Era evidente la animadversión del joven egipcio por Roma, por los *milites* y, a la postre, estaba mintiendo. Las palabras dieron paso a la acción.

El joven intentó sacar una hachuela que tenía bajo el mostrador, pero Vesper, mago con las armas, clavó con una velocidad asombrosa su *pugio* de forma cejada bajo la mandíbula del supuesto mercader, que cayó al suelo con expresión incrédula y manando sangre a borbotones de su fatal herida. Acto seguido, desenvainaron las *gladii* y entraron con rapidez en el interior del edificio. Paralelamente, la gente alrededor estaba montando un revuelo cada vez mayor que se hacía patente con un rumor que crecía como una tormenta.

—¡Tranquilos! ¡Soy el Prefecto Sexto Valerio! ¡Todo está en orden! ¡Prosigan sus actividades comerciales! —gritó Valerio con los brazos en alto intentando calmar los ánimos.

La heterogénea población, con una nota de pánico inicial, prosiguió progresivamente su vida ordinaria a cierta distancia, salvo algunas personas que curioseaban con la mirada. Macro «el joven» mantenía a la gente ligeramente alejada de la entrada al edificio donde solo se escuchaban ruidos de lucha: gritos, lamentos, golpes y sonidos metálicos. En poco más de un

minuto, un tenso silencio era lo único que salía del interior hasta que Maio Aquinas se asomó con la *gladius* parcialmente ensangrentada. Con un gesto con la cabeza, le indicó a Valerio que accediera al interior. Ya dentro, se encontraba todo completamente revuelto, sus hombres se habían esmerado y obtenido resultados. Se trataba de un hogar sencillo y con una decoración realmente austera. Andando entre manchas de sangre, surcos oscuros en el pavimento de algún líquido, posiblemente de agua o aceite y trozos de alguna vasija rota por el suelo, llegaron hasta la sala principal. También había dos *sicae* una tosca copia de la *gladius* romana y un *pugio* romano. Muy probablemente pudiera ser que este último fuera del fallecido Olofernes. En el *vestibulum* había un egipcio muerto con una estocada en el estómago. En una de las esquinas había otro más con un brutal golpe que se evidenciaba con la desfiguración total de su rostro. Entre los dos fallecidos, se encontraban otro con heridas leves y un moribundo que se retorció en el suelo en el diminuto pasillo que conectaba la sala con la cocina. Sangraba profusamente por la entepierna, intentando contener la herida con las manos vanamente mientras, un enorme tajo en la espalda de forma tangencial a la columna, manaba sin que nada lo impidiera. No le quedaba mucho. Vesper vigilaba al herido.

De la cocina apareció Estitio con la *gladius* empapada de sangre, jadeando. Evidentemente había hecho algún tipo de esfuerzo físico.

—Dos intentaron salir, *domine*. —comenzó a decir—. Al primero le planté mi *gladius* en medio de la cara y el otro ha logrado escapar. He intentado salir tras él, aunque pero ha sido demasiado rápido y no he querido dejar la puerta libre para que no escapara nadie más. Al menos conseguí hacerle una pequeña herida.

—Lo encontrará una patrulla o escapará —respondió laxo Valerio—. No importa ahora. Tenemos a uno para interrogar. Buen trabajo. ¿Estáis todos bien? —asintieron todos mientras observaba a cada uno de sus hombres—. ¿Y ese corte en la cara? —refiriéndose a Estitio.

—Un rasguño leve —afirmó el galo—. Me lo curará en el campamento Adelpfos.

—Bien, veamos a nuestro «amigo».

Varios minutos en silencio precisó para analizarlo en detalle. Estaba herido en su antebrazo derecho y había recibido algunos golpes que le habían roto el labio e inflamado la cara. Todos eran muy jóvenes, egipcios y estaban aterrorizados. Sus ropajes podían indicar un origen campesino. Quizás nacieran y se criaran en el interior, junto al Nilo.

—¿Reconoces alguno, Aquinas?

—Sí, al jovencito que le he hecho una cara nueva —contestó con furia contenida, aunque con una sensación de satisfacción—. El muerto de la esquina todavía tiene la herida de flecha.

—¿Quién de vosotros es o era Gyasi? —preguntó sin obtener respuesta—. Tres han muerto, uno está moribundo y no va a ver ponerse la luz del día. Otro más si contáis el día del ataque. Si no quieres acabar crucificado a la puesta de sol, ayúdanos.

No decía nada, tal vez por terror o por testarudez. Pero el Prefecto sabía que tarde o temprano hablaría. Tenía medios para ello. Los usaría si fuera necesario y obtendría resultados. Prefería que no, ya que sería desagradable. Lo amedrantaría con el aviso, y si no, no le había dejado elección.

Sin embargo, en ese momento, un Centurión acompañado de tres legionarios más entraron en el edificio. Todos se sorprendieron, desconfiando de las posibles intenciones de ellos.

—Muchas gracias, Prefecto —comenzó a decir el Centurión—. Nosotros nos hacemos cargo. Soy el Centurión Antonino Scaeva, de la *Legio XXII Deiotariana*, he sido enviado en nombre de Lucio Quintilio como representante del *Praefectus Classis*. Me hago cargo del prisionero.

—No tenía constancia de nada de eso, Centurión —expresó molesto Valerio.

—Lamento informarte ahora —prosiguió monótono pero educado—. El *Praefectus* agradece y premiará la rapidez con la que han actuado. Ahora este asunto concierne a los legionarios que están aquí establecidos. Nosotros limpiamos nuestros detritos.

—¡No es justo! —interrumpió Aquinas—. ¡Nosotros nos jugamos el pellejo y vosotros os lleváis la gloria!

—¡No lo permitiremos! —se sumó Macro «el joven» interponiéndose entre los legionarios y los prisioneros.

—*Milites*, dejemos los asuntos de Egipto a los legionarios de Egipto —sentenció el Prefecto intentando serenar los ánimos—. Ya recibiremos nuestra recompensa. Dile al *Praefectus* que le esperaré en mi campamento para nuevas instrucciones.

—Así lo haré, *domine*.

Tras hacerse a un lado, el Centurión avanzó con rapidez hasta el prisionero que comenzó a gritar en su lengua, la cual ninguno comprendía. Sin previo aviso, el veterano Centurión Antonino Scaeva lo degolló con su *pugio* con mortal rapidez y la precisión de un cirujano. Todos quedaron

estupefactos, pero solo pudieron callar y salir con mayor confusión de la que habían entrado.

El egipcio creía haberle dado esquinazo al maldito romano que le quería seguir. Se había salvado de la matanza por los pelos. Corría por su vida jadeando como animal sediento. Le ardía el pecho, sin embargo, no bajaba el ritmo por las *itineræ* que se cruzaban. Le iba la vida en ello. Decidió que era hora de salir a una vía y mezclarse con la gente. Desaparecer de *Alexandria*, esa era su prioridad. Si no, acabaría sus últimos días en una cruz. Además, había recibido un pequeño corte en su hombro izquierdo, casi un arañazo, pero si no detenía su alocada carrera, no pararía de manar sangre. Un regalo de Estitio.

Bajando la intensidad de la carrera, fue a meterse en la vía ya a paso ligero cuando, nada más llegar, chocó con algo. O mejor dicho con alguien, que casi ni se inmutó en el golpe. Alguien vestido de hierro que lo alzó de inmediato. Córax. Su cara de esperanza tornó a pavor al verlo. El grueso *Optio*, al verlo, lo agarró de las ropas con su mano izquierda, estrellándole estrepitosamente contra la esquina. Con su mano derecha, sacó una *gladius* de entre las ropas del escurridizo egipcio y la entregó a uno de sus auxiliares. El ahora prisionero estaba petrificado, horrorizado y dolorido por el golpe contra el muro. Parecía que le hubiese embestido un buey. Seguidamente, lo alzó con las dos manos, poniéndolo de puntillas contra el edificio. El semblante de Córax tornó de colérico a burlón, personándose una amplia sonrisa maquiavélica en la que mostró sus desiguales dientes y empezó a reír a carcajadas. Eso aterró aún más al egipcio. Tanto, que se orinó encima. El *Optio* Sirio no paraba de reír, contagiando a sus auxiliares y a algunos civiles que pasaban por allí observando la escena. Una risa diabólica. La risa de la venganza. Entonces arremetió un cabezazo con su yelmo en la testa del pobre desgraciado. Dolor. Negrura. Una última risotada que se deformaba mientras se sumergía en las tinieblas. Nada.

## PLANTEAMIENTOS ERRÁTICOS

BLANCO. Valerio miraba con felicidad la túnica de Marcelo, la blancura representaba su pureza, su inocencia y su indefensión. Aún. Ya se encargaría de que no se mantuviera su alma cándida más adelante. Debía prepararle para la dureza de la vida. Sin embargo, quería disfrutar cuanto más tiempo pudiera de esa inocencia antes de que la perdiera para nunca volver. Ahora, después de haber solucionado la misión encargada, podía dedicarle más tiempo a su hijo, jugando con él, leyéndole y hablándole.

La luminosidad y una ligera bajada de las temperaturas mostraba que la puesta de sol se acercaba inexorablemente. Aunque quedaban como tres o cuatro horas de sol todavía. La energía de Marcelo lo había agotado y le había dado el relevo Estitio, a quien le encantaba chingar a los niños pequeños y que hicieran travesuras. El pequeño Marcelo estaba dando suaves puntapiés al escudo de uno de los centinelas de guardia para distraerlo y salía corriendo para luego repetir la operación en bucle, todo idea del auxiliar galo que reía cada travesura. Se reía tanto que el pequeño apósito de la cara, el regalo del *listim*<sup>[67]</sup> egipcio, se le caería si continuaba riendo así.

Valerio sonreía mientras miraba la escena sentado en la arena, a la sombra, Andros se acercó con una calabaza vaciada y llena de agua. Le ofreció a su oficial al ver como sudaba, el cual tomó con cierta ansia, bebiendo a grandes sorbos.

—Crece deprisa, *domine*. —introdujo el Centurión hispano.

—Demasiado —contestó con la mirada clavada en su hijo tras limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Supongo que nos da una razón más para hacer lo que hacemos.

—¿Y qué hacemos Centurión?

—Protegerlos y servir a Roma para que no lleguen apestosos bárbaros a las puertas de los hogares de nuestras familias. Y dentro de las fronteras, proteger al pueblo de ellos mismos.

—Tienes concubina... ¿Pero tienes hijos?<sup>[68]</sup> —preguntó Valerio con el mismo tono y sin dejar de mirar a su retoño.

—Esperamos el primero para la próxima primavera.

—No sabía nada —por primera vez lo miró—. ¡Enhorabuena! Deberíamos tomarnos una copa por la nueva vida que va a venir.

—Estaría bien.

—Has cambiado, Andros. Y me alegra verlo.

—¿A qué te refieres *domine*?

—Te conozco hace más de siete años. —Valerio comenzó a hacer memoria—. Había oído ya de tu reputación problemática antes de interactuar contigo desde la huida del «puerto de las rocas». Ya entonces me pareciste un grano en el culo. —ambos rieron—. Sin embargo debo decir, en honor a la verdad, que desde entonces has demostrado unas cualidades extraordinarias como líder y una lealtad probada.

—Eso ha sido porque has confiado en mí y has demostrado que no eres un necio —se sinceró el Centurión que se sentó a su lado, aunque a cierta distancia—. Además, después de llegar vivo de cruzar toda la maldita Germania, sería un poco desagradecido si no mostrara un poco de respeto al artífice de todo.

Ambos volvieron a sonreír. No eran íntimos, pero contaban el uno con el otro tanto en el aspecto militar como personal. La experiencia vivida juntos años atrás había afianzado una relación que empezó con roces y desconfianza. Ambos se equivocaron con el otro. Y se alegraron que así fuese.

—Me congratula ver que la vida te sonríe Andros —prosiguió el Prefecto devolviéndole la calabaza—. Si algo te ocurriera, no quiero que te preocupes por tu mujer ni por tu futuro hijo o hija.

—Que los dioses tengan a bien darme un varón. ¡Otra mujer podría volverme loco! —volvió a bromear. Le siguió un corto silencio—. En verdad, *domine*, he venido por otra razón.

—¿Está el campamento organizado por Vesper?

—Así es.

—¿Suministros, guardias, bajas y descansos de los hombres?

—Todo. Con Olofernes, tenemos dos muertos y uno en la enfermería, el del golpe en la cabeza, pero se curará según afirma Adelphos.

—Podría ser peor, dejemos que Vesper se acostumbre a los formalismos.

—Hay algo más —añadió mirando a los ojos a su oficial—. Córax tiene algo que podría interesarle.

—¿Es grave? —cambió su semblante e hizo un gesto a Emilia para que vigilara a Marcelo, que descansaba sentada en una *sella*, medio adormilada. Se alzaron todos.

—Podría serlo. Le espera en la enfermería.

A grandes zancadas se dirigió al punto indicado, seguido de cerca por su Centurión. No sabía qué podía ser, pero cuanto antes lo supiera mejor. Su sorpresa fue máxima cuando encontró un cónclave mayor de lo esperado: el auxiliar herido, Adelphos, Córax, Vesper, Isela y un egipcio encadenado y con la cara ligeramente ensangrentada, a la par que amoratada, sin contar la leve herida del hombro.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con intención mirando a Isela. Su mujer era fundamental en las labores de retaguardia, moral y disciplina. Muchos la veneraban, pero no le gustaba en absoluto que fuera por delante suya en estos menesteres. Pese a todo, lo dijo de forma genérica aunque su mujer, que lo conocía, sabía que iba en especial para ella.

—Tenemos información, *domine*. —respondió Córax poniéndose firme.

—¿Quién es este?

—El egipcio que nos atacó ayer y que se nos escapó esta mañana.

—Buen trabajo —respondió Valerio tras unos segundos de duda.

—Yo mismo lo capturé saliendo de un *itiner*a, lo desarmé y lo traje aquí para interrogarlo.

—¿Y cómo sabías que era uno de ellos?

—Porque tuve un roce con él en un lupanar hace unas noches. Estaba con los que parecían ser griegos, quizás fuesen esclavos, y casi montan una buena con un par de mis hombres. Sabía que ocultaba algo, pero dejé correr el asunto. Cuando me lo encontré a la carrera, herido en el hombro y chocó conmigo, vi en su rostro la culpabilidad.

—Excelente decisión Córax —sonrió complacido—. Me sorprende gratamente que tu intuición te llevase a esa deducción.

—Pero hay más —prosiguió tornando más serio—. Nos ha informado que el trabajo le fue encargado.

Se volvió al egipcio. Era visiblemente joven, no tendría ni veinticinco años. Ligeramente mayor a los que habían encontrado donde Medea le había indicado. Las evidencias mostraban que Córax no se había esmerado demasiado en sonsacarle información. Sus lesiones no revestían de ninguna gravedad. Eso sí, había un fuerte olor a orines.

—Tu nombre —se dirigió a él.

—Gyasi —tenía una voz ligeramente grave y un latín hartamente vulgar.

—¡Ah! Tú eres el famoso Gyasi —replicó con ironía—. Has sido el único que has escapado con vida. Por el momento.

—No quería morir por una causa que no es mía —replicó pero con tono sumiso.

—Si quieres que siga siendo así, solo dependerá de lo que puedas ofrecerme, si un *listim* puede ofrecerme algo, claro está.

—Yo formaba parte de un colectivo muy pequeño que quería acabar con el gobierno de Roma y la influencia griega aquí en *Alexandria*. Aunque los abandoné cuando me di cuenta que solo querían monedas. Así que seguí mi propio camino con un puñado que me siguieron. Semanas después, un liberto me encargó hacer esta... tarea.

—¿Un liberto? ¿De alcurnia?

—Sí. Accedí a hacerlo porque era una suma razonable para empezar una nueva vida y no parecía que hubiera la posibilidad de una trampa. Solo debíamos fingir que matábamos al senador más joven —se sorprendió al escuchar esta última parte—. Hablamos entre nosotros y decidimos hacerlo. Pensábamos que habría menos escolta. No salió bien del todo, los nervios nos traicionaron. Cuando perdimos a uno de los nuestros y las patrullas inundaron la ciudad, entendimos que fuimos unos necios. El liberto nos dijo que nos quedáramos escondidos hasta que pasasen unos días. Pero yo no me fiaba y me escondí en otro lado de la ciudad, en el hogar de un mercader que compartía nuestros ideales, para que no nos pudiera encontrar. Pensábamos irnos en la oscuridad de esta noche en dos grupos, cuando las patrullas estaban menos alerta. Esa es la historia.

—Entiendo... —Valerio procesaba la información en silencio mientras todos le miraban. ¿Sabes el nombre de ese liberto?

—Ásper.

De repente, un escalofrío le recorrió la espalda al Prefecto, Vesper y Andros. No podía ser. El maldito liberto del Legado de la Germania Inferior que había provocado la matanza del Tribuno Cneo Fabio Sabino, el Prefecto Cornelio Prisco, el *Optio* Casio, el *librarius* Luphias o legionarios como Macro padre, Silvano, Fulvio, Nurto, Laico, Saturnino... Tantos nombres... Una venganza que llevaban esperando seis años y que no habían podido culminar. Lucio Balbo, el mejor situado de todos los supervivientes de la epopeya del «puerto de las rocas», había estado intentando darle caza desde entonces. Siempre se le había escurrido entre los dedos.

Perplejos y con ansia se miraron los unos a los otros.

—¿Estás seguro de que ese era su nombre, egipcio? —cuestionó Vesper.

—Mintió en un principio, y no se dejó ver, utilizando intermediarios. Sin embargo yo tengo recursos: lo investigué gracias a uno de mis hombres —

afirmó seguro Gyasi—. Y estoy seguro que están intentando encontrarme para silenciarme. Pensaba que vosotros trabajabais para él.

—¿Qué me puedes decir de los legionarios que nos atacaron la otra noche? —cambió de tercio Valerio.

—No sé de qué me hablas, lo juro por todos los dioses de Egipto —su rostro volvió a sentir pavor—. Esto es un asunto entre romanos y a mí se me ha colocado en medio.

—¿Y qué esperas que te dé a cambio?

—La libertad —respondió más sereno—. Busco empezar una nueva vida en otra parte. Mi odio irracional ha matado a todos mis amigos. Solo quiero vivir en paz. Déjame ir al sur y Roma no volverá a saber nada más de mí. Lo juro por todos los dioses.

—No puedo hacer eso —cortó con rapidez—. Para ellos tú estás fugado o muerto. Te quedarás en este *contubernium* y tu vida te pertenece por el momento. Nadie debe saber que está vivo. Es la única baza que tenemos por el momento. Adelphos, cúrale. Córax, asigna un centinela para él. Día y noche. Que reciba agua y alimento. ¡Y por todos los dioses, que se asee! ¡Apesta!

Salió inmediatamente de allí seguido por su esposa, asistente y el Centurión, dejando hacer a Córax y Adelphos. El auxiliar herido se despertó justo cuando salieron, frunciendo el ceño sorprendido por su presencia allí. Ya fuera, la expresión taciturna del Prefecto provocaba aún más turbación a los presentes.

—Es evidente que todo esto solo ha sido una cortina de humo —concluyó—. Nos falta información. Seguramente Medea sabía algo de esto, pero no creo que podamos volver a acudir a ella. Y no podemos fiarnos de ningún *miles* o cargo político de Egipto.

—Deberíamos informar a los senadores —sugirió Andros.

—Tal vez Numerio Lupo esté al tanto —opinó Vesper.

—¡No tiene sentido! —exhortaba el Centurión.

—Ha dicho que debía fingir un ataque a Calpurnio Avito, ni una mención a él —reflexionaba en voz alta el asistente—. Tal vez, y solo tal vez, lo haya mandado hacer él.

—Puede ser, pero ¿por qué?

—Eso es lo que hay que averiguar —sentenció Valerio—. Estamos solos. Otra vez.

—Es lo habitual —frivolizó Andros con una mueca parecida a una sonrisa—. Pero ¿qué tiene que ver Ásper con todo esto?

—Es el eslabón que conecta todo —analizó Vesper—. Él es la clave para relacionar a los senadores con Gyasi.

—Entonces ¿cuál es el siguiente paso? —enunció de nuevo el Centurión.

—Vesper, Basso y Aquinas vendrán conmigo a ver a los senadores y Lucio Quinctilio. Macro y Estitio saldrán de permiso esta noche contigo, Andros. Intentad averiguar algo. Siempre hay rumores. Por la mañana tendremos algo más. Córax se quedará de guardia.

Todos se retiraron para preparar sus quehaceres. Todos excepto Isela que esperaba quedarse a solas con su marido. Tenía su vista clavada en él. Pensaba que tocaba reprimenda. Cuanto más tardara seguramente sería peor.

—¿Y bien? —dijo Isela cuando se hubo quedado sola.

—Quizás deberías volver a ir armada —contestó acariciándole la cara y yendo en otra dirección.

Las luces de la puesta de sol penetraban por los ventanales en la *domus* de Quinctilio. La dulce brisa que llegaba del mar daba alivio al calor que se había recargado durante el día. Escaso consuelo para los senadores Numerio Lupo y Calpurnio Avito. Desde una primera planta habilitada para utilizarla precisamente para las puestas de sol, se encontraban descansando en los *triclinii*, comiendo fruta fresca y degustando un refrigerio en una balconada. Dos chicas y un chico jóvenes amenizaban la tarde con su belleza desnuda. Todo en un ambiente distendido. Un esclavo anunció la llegada del Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. La noticia fue recibida con frialdad.

—¡Valerio! ¡No esperaba verte vestido así! —abrió la veda Quinctilio extendiendo los brazos en señal de bienvenida.

A diferencia de los dos senadores, ataviados con buenas túnicas de color verde pradera y blanco roto, respectivamente, ambos con decoración geométrica dorada en los bordes inferiores, ellos vestían sencillos ropajes. Basso y Aquinas, las túnicas militares del azul reglamentario establecido por su oficial superior tras la campaña contra los britanos. Muchos oscilaban entre el azul más intenso hasta el celeste, dependiendo del desgaste y el fabricante. Vesper portaba una de mejor calidad de color *beige* con la *paenula* como sus compañeros: color arena. Valerio destacaba más, túnica granate y *paenula* de color vainilla.

El *Praefectus Classis*, en su mención, se refería a que no iban ataviados como *milites*, aunque todos se habían descapuchado y puesto la parte frontal

de sus *paenulae* hacia atrás con el fin de mostrar su *cingulum* con sus herramientas de guerra.

—Debo intentar pasar inadvertido en esta ciudad si quiero obtener más información —respondió el Prefecto.

—Muy sensato —aclaró—. Creo que los senadores deben mostrar gratitud por haber encontrado a los responsables del ataque en solo un día.

—Ha sido una tarea encomiable —reconoció Numerio Lupo—. La reputación de tu unidad ha sido nuevamente reconocida ¿no crees, Calpurnio?

—Así es —secundó distraído—. Aunque nos han informado que uno ha conseguido escapar.

—Las patrullas lo encontrarán o huirá de *Alexandria, domine*. —mintió Valerio con cierta incomodidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que cualquier persona sensata y acorralada haría.

—Ciertamente —acabó con el posible debate Numerio Lupo—. En cualquier caso, nos quedaremos en la *domus* de Lucio Quinctilio para evitar riesgos innecesarios.

—Como deseen los *dominii*. —dijo servilmente Valerio—. Aunque quisiera saber por qué no se nos ha dejado interrogarlos para saber qué motivos les impulsaban para atacarlos.

—Querido Prefecto, *Alexandria* es un lugar donde se debe preservar la paz —explicó con cierta condescendencia Quinctilio—. Roma precisa de las cosechas de aquí y los tributos. Los culpables han sido ajusticiados con rapidez y sus cabezas clavadas en picas en señal de escarnio. Una tortura o crucifixión de los responsables habría provocado alarma y posibles levantamientos. Hay que evitar eso a toda costa. Solo han sido un *listim* y sus satélites que lo habrían hecho por su inadaptación o por pago a algún enemigo de los senadores.

—Y si hubiese un elemento externo... ¿no quieren saber quién es el verdadero instigador?

—Advertí a los senadores que era mejor así —continuaba aclarando mientras un esclavo les ofrecía agua tanto a él como a sus acompañantes—. No estuvieron muy de acuerdo pero lo aceptaron. Igualmente, me informó el Centurión Scaeva que a tus hombres les molestó que el trabajo lo terminasen los legionarios afincados aquí. Pues bien, los representantes de Roma en Egipto son quisquillosos en cuanto a lo que autoridad se refiere. Espero que lo comprendas.

—Sí *domine*. —volvió a la pasividad. No era inteligente insistir más.

—Supongo que habrás venido por la recompensa —añadió Calpurnio, que hizo una señal y un esclavo de confianza le alargó una bolsa con monedas—. El pago por tu eficiencia.

—En realidad venía a preguntar por las pesquisas que se hicieron acerca de los legionarios que me atacaron la noche pasada —añadió el Prefecto con la bolsa en la mano y con flema.

—Te quería decir después —se excusó Quinctilio mostrando con sus ojos que no quería hablarlo frente a los senadores. Ya no había vuelta atrás—. Hay malas noticias. Se trata de legionarios retirados de la *Legio III Cyrenaica*.

—¿Por qué son malas noticias, Quinctilio?

—Porque si fuesen activos podría mandar a un Centurión a indagar, pero ahora no se puede hacer. Además, en la *Legio* están molestos. Todos saben los asuntos que despachan algunas veces estos hombres, pero no gusta que los masacren. Eran apreciados. Es evidente que los contrató algún enemigo tuyo.

—¿Desde Roma? ¿O está aquí? —se mostró incrédulo declinando inicialmente el vaso de agua tendido por un esclavo, sus acompañantes aceptaron la oferta.

—Investígalo por tu cuenta si quieres. Tendrás los días que tarden los senadores en acabar sus quehaceres ¿verdad?

—Ten tus hombres preparados —anunció Numerio Lupo—. Cuando hayamos acabado aquí, nos iremos de inmediato. Nuestra presencia solivianta a *Alexandria* y tenemos otros asuntos que atender en la Urbe.

—Además, no queremos que el César Claudio se moleste por pasar demasiado tiempo aquí —sumó Calpurnio.

—No os robo más tiempo —tomó finalmente su agua, apurándola y lanzando su copa a un esclavo, saludó marcialmente y se dio la vuelta.

Para entonces el sol casi estaba oculto, como todo lo que allí ocurría. No había nada claro, ni concluyente. Todo parecía aún más incierto que antes. Hasta que no se alejaron un pequeño trecho de la casa, Valerio no abrió la boca.

—Confirmado. No dicen toda la verdad. Solo podemos confiar en nosotros mismos —resolvió meditabundo—. Vesper, vuelve y pon el dinero a buen recaudo.

—Envíe a otro. Creo que sería más útil a donde vamos, *domine*. —opinó.

—No hace falta —explicó Valerio inmerso en sus elucubraciones—. Has tenido dos días de mucho ajeteo. Te quiero descansado para lo próximo que venga.

—Sí, Prefecto.

Cada uno tomó una ruta distinta por la ciudad con dos destinos distintos. Todos apretaban el paso aprovechando las últimas luces del sol. Ya había demasiada oscuridad en sus mentes para que también la hubiera frente a sus ojos.

Los senadores se miraban entre ellos sin decirse nada, solo despidieron temporalmente a los esclavos que había para que fuesen a preparar su baño. Había asuntos que tratar ahora que Valerio se había ido. Quinctilio era el que se mostraba más relajado de todos.

—¿Qué no nos has contado? —acusó Numerio Lupo.

—A mí no debéis preguntarme, sino a tu maldito liberto —se defendió con tranquilidad el *Praefectus classis*.

—¿A qué se refiere, Áasper? —preguntó Calpurnio Avito.

De otra sala contigua, apareció el liberto de mirada sibilina, astuto y ambicioso. Ecurridizo y calculador, solo buscaba la fama y el ascenso social. Como el cuervo de la tempestad, estaba allí para solucionar problemas con el tesón de la persona que no ha encontrado aún su lugar en el mundo.

—Lo siento, *domine*. —empezó a decir calmado—. Vi la oportunidad de acabar con él, matando a dos pájaros con una misma piedra.

—¿A qué propósitos sirves? —montó en cólera el más joven de los senadores—. ¿A los míos o a los de...?

—Los caminos de ambos confluyen y ahora sirvo a Calpurnio Avito, pero no es mi *domine*. —cortó—. Recuerde que yo llevo más tiempo aquí que los senadores intentando deshacer entuertos.

—¡En cualquier caso has fracasado y nos has puesto en un aprieto! ¿Y qué más da que sepa lo que está ocurriendo?

—No conoces a ese hombre como yo —apuntó Áasper—. Es imprevisible y peligroso.

—A estas alturas Valerio debe sospechar algo y puede torcer las negociaciones —reflexionó Quinctilio.

—Le das mucha credibilidad —opinó Numerio Lupo.

—La otra vez tuvo ayuda de Fabio Sabino —apuntó Áasper.

—Eso es lo que tú crees —lo miró con suficiencia y desdén el senador—. No ves las cualidades de otros hombres hasta que es demasiado tarde.

—Aunque así fuera, no puede empeorar la situación. Hay que encontrarle como sea —solucionó Calpurnio Avito.

—Quizás. Valerio es una fuente de sorpresas. Puede que consiga adivinar lo que está ocurriendo y hacer una insensatez —articuló *Praefectus Classis*.

—Seamos pragmáticos —indicó Ásper—. Buscamos a la chica. Él, tarde o temprano hará lo mismo. Que la encuentre él y haga el trabajo sucio por nosotros, como pasó con Gyasi.

—Estás jugando en terreno resbaladizo —apuntó el senador más mayor—. Si descubre que lo estamos utilizando...

—Tengo al hombre apropiado —añadió el liberto—. He encontrado a alguien muy efectivo, silencioso y con un motivo poderoso para seguir a Valerio.

—Si es discreto, que haga todo lo necesario para llevar la misión a buen término —expresó distraído Calpurnio Avito.

—Creo que es lo más adecuado —se sumó Numerio Lupo mirando a Quinctilio que se encogió de hombros—. Si falla, tendremos que exterminar a todos sus *milites*. No hace falta ser un genio para ver que le siguen ciegamente.

—Le daré instrucciones —hizo una reverencia y se puso en marcha.

—¡Que no te vean al salir! —ordenó Quinctilio.

—Si, *domine*.

—Y otra cosa —añadió una pausa mientras clavaba su mirada en él—. Como vuelvas a fallar, no volverás a ver la luz del día nunca más. Me has comprometido demasiado.

Una quincena de hombres además de Andros, Macro «el joven» y Estitio habían obtenido permiso después de dos días de confinamiento nocturno. Estos tres, tenían la orden de tener los oídos abiertos para cualquier cosa que pudiera ser útil allá donde fuesen.

El joven Macro, separado de los otros, bebía solo en una esquina en silencio. Sus ojos de color miel se centraron en el fondo de su copa de vino. Consideraba lo que sabía hasta ahora de las confabulaciones desde que había llegado a Egipto y eso le provocaba gran turbación. Su padre murió por ellas. Quería que acabase lo antes posible y volver al primitivismo de las luchas de frontera. Allí todo era mucho más fácil: negociar o luchar.

Inmerso en sus pensamientos, escuchó algo que le podía ser útil. Solo fueron tres palabras las que distinguió: «noche», «legionarios» y «muertos». Suficiente para querer acercarse a ese grupo de hombres que lo estaba comentando en esa sucia *tabernae* donde se encontraban. Buscó con la mirada

a Andros, aunque al verlo decidió dejarlo. Estaba intranquilo, bebiendo y pendiente de evitar problemas de los otros auxiliares que habían salido de permiso. No, mejor tomar a Estitio como apoyo.

Estitio. Se trataba de un galo pequeño y voluntarioso bastante popular. Fanfarrón, torpe con las palabras, despistado, impulsivo con una gran imagen de sí mismo. Era una persona de contrastes: o hablaba poco o por los codos, fría o sensible según para qué. Sin embargo, siempre conseguía sacar una sonrisa cuando estaba de buen humor, tenía de buen corazón, era muy disciplinado, trabajador y el compañero leal que todos quisieran. Cinco temas de conversación eran sus favoritos: caballos, caza, pesca, mujeres y qué haría si fuese rico. De este último tema estaba hablando con algunos mercaderes cilicios quienes lo miraban con ganas de querer suicidarse ya que llevaban media hora escuchando su disertación mientras bebían sin cesar. Macro, tomándolo del brazo, les salvó de una agonía tan grande. Mejor acabar con ese sufrimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Estitio que aún no estaba demasiado afectado por el alcohol, gracias a los dioses—. Estaba charlando con esos «cenizos» tan callados.

—Cilicios.

—Eso mismo.

—He oído algo acerca de los atacantes del Prefecto. Ven conmigo y quédate callado. Déjame hablar a mí. Solo ayúdame si la situación se vuelve violenta.

La mesa donde se dirigían estaba ocupada por cuatro egipcios de origen griego que, por ende, hablaban en dicha lengua. Macro, no muy ducho en ese idioma, entendía palabras y frases sueltas. Lo justo para poder poner el oído. El aspecto de esos hombres era humilde, de edades entre los 20 y los 50 años. Posiblemente tenderos que se apañaban bien en tiempos de bonanza como ese. Evidentemente no eran gentes que desearan nada malo a la autoridad de Roma, les convenía la seguridad y tranquilidad que proporcionaba. No obstante, seguramente habría prejuicios contra los legionarios y auxiliares de Roma porque en ocasiones abusaban de su autoridad provocando situaciones injustas. Por eso, Macro debía proceder con tiento.

—Que la noche os sea propicia —inició Macro tendiendo una ánfora que había pagado previamente de su soldada para invitar a los egipcios—. ¡Que aquellos que proveen a los *militēs* de Roma estén saciados!

Un silencio de desconcierto fue la respuesta a primera instancia. Segundos como horas que provocó el temor al joven *tesserarius* de si había metido la

pata, aunque no dejó que eso se viera en su rostro. Unos pocos segundos después lo vitorearon e hicieron un hueco para los dos. Era innegable su aspecto de legionarios (aunque fuesen auxiliares): *caligae*, *paenulae* militares, el tintineo de las *gladii* y los *pugii*...

—¡Que las bendiciones de Ra y *Iupiter Optimus Máximus* caigan sobre nosotros! —alzó su copa Macro.

—¡Bien romano! —y todos brindaron—. ¿De dónde venís? Es evidente que no lleváis mucho aquí.

—Somos de la *Legio XXII*. Nos han trasladado de la *Legio VIII* hace unos meses como premio por matar bárbaros germanos. Hoy ha sido nuestro primer permiso después de habernos mandado al Nilo para una misión especial.

—Unos verdaderos *milites*. —replicó uno de ellos.

—¿Y qué te parece *Alexandria*? —preguntó el más joven de la reunión.

—Hermosa, antigua, distinta a lo que he visto hasta ahora —explicó Macro. Viendo que varios de ellos ya estaban ebrios, se preparó para empezar las pesquisas—. Aunque peligrosa. Vosotros sois tenderos, buena profesión y sé que no deseáis nada malo de Roma, ¿verdad?

—Claro que no —contestaron a coro.

—He oído algo de un ataque de unos legionarios a otra gente... Aunque no demasiado. Como lugareños, tengo curiosidad ¿qué ha pasado?

—Pues que anoche mataron a varios antiguos legionarios cerca del *Stadium*. —dijo uno de los más mayores y de los que más ebrios estaba—. Algunos dicen que fueron al menos cinco y que los mataron solo dos hombres.

De momento el rumor se acercaba a la realidad. Murieron seis. Podía ser útil lo que dijeran. Debía insistir.

—Los rivales debían estar a la altura. ¿Se sabe quiénes son?

—Otros dos romanos —dijo otro—. De otra unidad. A lo mejor de la tuya.

—¿Y por qué lo harían?

—Hay gente que dice que es por rencillas entre ellos —volvió a tomar la palabra el mayor—. Pero lo que más dice la gente es que fue por un ajuste de cuentas. Que los contrataron para matarlos.

—¿Y quién sería tan estúpido para hacer eso? —preguntó Estitio tras lo cual recibió una mirada fulminante de su compañero.

—Visto que murieron casi todos, eso me pregunto yo —dijo el más joven.

—Sea como fuere, son asuntos de los romanos —expresó el más receloso de todos—. Nosotros somos simples mercaderes.

—¿Y los veteranos matarían a otros *milites* romanos? Es extraño —retomó la conversación el *tesserarius*.

—Si los ves entorno al foro de *Alexandria* entenderás que aceptarán cualquier trabajo a cambio de monedas —intervino el joven.

—No los he visto.

—No son muchos —aclaró de nuevo el viejo—. Tal vez una docena, siempre las mismas caras. La mayoría de vosotros obtiene riquezas y tierras cuando acabáis el servicio. Solo los más miserables y desgraciados acaban allí. —No siempre era verdad.

—Eso no nos ocurrirá a nosotros. Somos excelentes *milites* y esta provincia es maravillosamente hermosa —fanfarroneó falsamente sobre sus cualidades.

Después de esta conversación, tornó a otra más liviana y sencilla. Macro «el joven» esperó pacientemente a que las bebidas fermentadas hicieran más mella en ellos y conseguir más datos. No hizo falta mucho. Una hora después se despidieron y se fueron. Obtuvieron algunas gotas más de información que podría ser útil. Y lo mejor de todo: Estitio no llegó a emborracharse, ni a meter la pata en ningún momento.

En el viejo molino donde fue citado la primera vez encontró a Simeón esperándolo con el jovencito sentado junto una serie de piedras derruidas. Ese día portaba la misma sencilla y vieja túnica de color azafrán. Aunque en esta ocasión estaba limpia y se había aseado. No obstante, sus pies descalzos seguían mostrando su gran actividad.

—Hoy te has retrasado —bromeó el viejo Simeón.

—Deberes de *miles*. —contestó sonriendo—. ¿Dónde vamos?

—Muy cerca. Que tus hombres me sigan.

Tomándole el jovenzuelo del brazo avanzaron hacia abajo a buen paso cuesta abajo en silencio. No llevaban ni diez minutos andando cuando llegaron a una pequeña vivienda de adobe junto al *lacus mareotis*<sup>[69]</sup>. Una vivienda demasiado pequeña para ser de una familia. Parecía ser donde residía Simeón.

—¿Es tu casa? —cuestionó Valerio en la entrada—. ¿No íbamos a ver a tu decano?

—Mi decano prefería que fuese yo el que hablara contigo.

—¿No se digna a hablar con un romano o es que me tiene miedo? —  
expresó entre molesto y divertido.

—No, digamos que yo puedo entenderte mejor.

—¿Y cómo es eso?

—¿Tus hombres vienen con nosotros?

—Podéis esperar aquí —ordenó el Prefecto con tranquilidad a Basso y Aquinas.

—Tenéis agua en ese pequeño pozo. Podéis estar tranquilos. No nos molestará nadie.

Al entrar en el sencillito hogar de Simeón, lo encontró más austero de lo que imaginaba. Sin ninguna clase de decoración y las paredes raídas, pero el ajuar tenía una calidad superior a la de la población media, destacando sobretodo en una especie de bajorrelieves e incisiones realizadas probablemente, por él mismo. Lógico, un ciego no disfruta de la belleza visual, pero sí de una belleza táctil. Igualmente había un mobiliario austero pero de buena factura: dos *sellae*, una pequeña mesa y un *triclinium* más modesto, incluido un arcón también grabado.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Simeón tras despedir al jovencuelo en la puerta—. Toma asiento.

—Solo agua, gracias. ¿Por dónde quieres empezar?

—Supongo que por dónde lo dejaste la otra vez —se sentó con una jarrilla con agua y una copa—. Por la vida y obras del «*Magister*».

Durante largo rato Valerio contó su experiencia con detalle. Desde cómo conoció a su primera mujer, Lydia, en Hispania. Cómo sus pasos lo llevaron a Jerusalén y a alistarse en la *Legio* con un permiso especial, y así su mujer conoció al Nazareno. Cómo le influyó para que lo conociera pocos días antes de ser ajusticiado. Además, le hizo una pormenorizada descripción física. Le comentó como fue uno de los encargados de su Pasión y muerte, sin escatimar detalles. Habló sobre el sufrimiento de los seres queridos, de su entierro y de la probabilidad de su resurrección. También el destino de los legionarios que estaban encargados de su custodia y que desertaron. Tampoco excluyó la honda pena que afectó a su mujer y como renació pudiendo tener a su hijo Aulo y de cómo pereció intentando traer el segundo al mundo. Acabó su disertación con el dolor de su muerte que lo convirtió en una máquina desesperada por matar y morir, hasta que progresivamente abrazó la fe en el «*Magister*». Simeón, desconcertado, escuchaba en silencio, lleno de emoción y entusiasmo, bebiéndose cada una de sus palabras.

—Es una historia increíble —añadió—. Y empezaste a creer en un hombre.

—Nunca sabré con seguridad qué era, pero me gusta creer que era un hijo de Dios —explicaba con emoción contenida—. En cualquier caso, me marcó irremediabilmente para siempre. Una parte de mí venerará a los dioses de mis antepasados y vinculados a los *milites* de Roma. Sin embargo, el dios del «*Magister*» siempre será el último y más importante con el que espero reunirme. Cuando llegue al Elíseo, me estará esperando. Me llevará a mi primera mujer Lydia, junto a mi hijo no nato y todas las personas importantes en mi vida. Frente al Dios Supremo no tendré vergüenza y espero que perdone mis acciones.

—Crees en el Dios del perdón.

—Y del amor.

—Entonces no entiendo que seas *milites*.

—Soy lo que soy. Alguien tiene que serlo. La guerra existe y seguirá existiendo mientras haya hombres ambiciosos. Además no sé hacer otra cosa. Hasta que no seamos juzgados por el Dios Supremo, habrá hombres matando a hombres. Intento ofrecer, en esta profesión, ser lo más ecuánime posible.

—El «*Magister*» nos pide no juzgar. Comprender ya es difícil.

—¿Fuiste *miles* de Roma? —cambió de tercio.

—¿Cómo? —se sorprendió Simeón.

—Tu cuello ancho delata que llevaste un yelmo en tu pasado, la cicatriz que intentas ocultar en la barbilla bajo esa larga barba<sup>[70]</sup> y tu forma de moverte te delatan.

—Muy certero —sonrió ante su capacidad de observación—. Nací cerca de Cesarea, en el seno de una familia judía campesina. Mi familia era muy humilde, necesitando que me buscara la vida. Por tanto, y en contra de las creencias de mi pueblo, me alisté como auxiliar con los gentiles, ocultando mi religión. O mejor dicho, olvidándola. Durante muchos años fui malgastando mi vida en vino y mujeres, hasta que perdí progresivamente la vista y me dieron la *causaria missio*<sup>[71]</sup>. Sin ningún ahorro, acabé vagabundeando sin dirección durante años. Hace ocho años tuve una visión y abracé la fe en el «*Magister*».

—¿Visión?

—Digamos que alguien me indicó un nuevo camino.

—Entonces creo que nos entendemos.

—Demasiado para hacérselo explicar a mis hermanos. No puedo contarles mi pasado: me despreciarían.

—Todos buscamos aceptación. Lo comprendo. Espero que el Dios Supremo perdone nuestras debilidades.

Ambos sonrieron. Había complicidad entre ellos. Quizás por esas vivencias comunes o por ser personas que nunca podrían ser del todo comprendidas por su entorno. No es fácil vivir sin ser entendido. Aunque puede que nadie sea plenamente comprendido, se decían.

—¿En qué podrías ayudar a la comunidad? —retomó la conversación Simeón tras una corta pausa.

—No estoy interesado ya —se sinceró—. En otras comunidades siempre he ofrecido mi ayuda: ya sea con justicia, favores o influencias para ayudar a los más desafortunados en el breve tiempo que pasé. No será aquí. No ayudo a quien me desprecia.

—Eso no es lo que querría el Nazareno.

—No soy él.

—Tu orgullo te perderá.

—Permíteme este defecto. Seguro que el «*Magister*» tampoco lo aprobaría, aunque ayudase. Pero si tú precisas de algo o me pides para otros, haré todo lo que esté en mi mano.

—En este momento no preciso de nada. Gratitud. ¿Y en qué te puedo ayudar?

—Ahora que lo dices, hay algo en lo que puedes ayudarme.

—Me sorprende —se acarició el bigote—. Escuché lo que dijiste el otro día sobre la gente humilde, pero no veo como podemos ser fuertes en esta vida.

—Los poderosos tienden a no valorar el poder de la gente humilde —razonó con intención—. Yo convivo entre los dos mundos: poderosos y pobres. No comprenden el potencial de la gente común.

—Sigo sin entender...

—Pronto lo harás.

Al poco de regresar al campamento, Vesper paseaba bajo la luz de la luna, meditando posibles vías para investigar. Él era hombre de acción y todo esto lo consideraba tedioso, a la par que cobarde. En medio de sus divagaciones, se topó con Emilia saliendo de un *contubernium* del campamento. Su mirada era de estupor y la ocultó con rapidez.

—*Domine*, ha llegado el reparto de trigo esperado —anunció la esclava con voz meliflua.

—¿Cuándo? —preguntó monótono Vesper.

—Al poco de que partierais del campamento.

—¿Alguna otra novedad?

—No, *domine*, eso es todo.

—¿Qué hacías aquí?

—Es suficiente, Emilia, te puedes retirar.

Esa frase la dijo la voz de Isela desde su espalda. Había escuchado toda la conversación e interrumpió en el momento preciso. Con una copa de vino, avanzó sinuosamente hacia él con la mirada clavada en la suya. Vesper por su parte, no movió un músculo. Solo sus ojos, que la miraba con recelo.

—¿La has mandado tú? —comenzó a decir el asistente—. ¿Qué hacía tu esclava a estas horas dentro de un *contubernium*?

—¿Tanto te interesa? —respondió Isela con un tono coqueto.

—Tus juegos no valen conmigo. Lo sabes bien.

—Cotilleos de mujeres.

—No es propio de ti, no me tomes por necio.

—Nada importante —se molestó al ver que sus encantos y tretas no surtían el efecto esperado—. Solo una pequeña orden que le di.

—¿Qué orden es esa?

—No tengo que responder ante ti —sin duda se estaba sintiendo ofendida—. Únicamente respondo ante mi marido.

—Si prefieres, podemos hacerlo así, pero creo que sería mejor que quedara entre nosotros —explicó Vesper buscando entendimiento—. Ya tiene muchos asuntos por delante y yo podría ayudarte.

—Estamos muy cerca del miembro de la comitiva que intentará asesinar a Valerio.

El rostro de Vesper se relajó y le miró con suspicacia. Sabía que Isela solía actuar por libre en algunas cosas. No se trataba de rebeldía, sino de buscar otros caminos para llegar a un fin común. Lo cierto y verdad es que solía ser resolutiva, empleando medios menos ortodoxos de los que ellos aplicaban. Valerio siempre había confiado en su criterio y buen juicio. En el de ambos.

—Supongo que llevas tiempo metida en estas pesquisas —puso palabras a lo evidente. Ella asintió con la cabeza—. Espero que sepas en quién confiar —comenzó a caminar.

—¿Y ya está? —preguntó sorprendida.

Se detuvo, se giró y la miró mostrando un rostro más dulce y un gesto comprensivo.

—Yo también confío en ti. Por eso mismo no te preguntaré nada más. Y si precisas de mi ayuda, siempre sabrás donde encontrarme: a un par de pasos de ti.

Un día completo se sucedió sin que pasara nada extraordinario, tras varios días de ajetreo se agradecía. El calor del día siguiente era insufrible. Cada día parecía que era peor que el anterior. Los auxiliares más norteños se preguntaban si no había otoño en aquel maldito lugar del Imperio.

Por fin tuvieron un día de completa rutina: limpieza de equipo, entrenamiento y merecido descanso. Solo Macro «el joven» marcó la nota discordante durante la jornada. Le contó a Valerio lo que obtuvo en la *tabernae* a mediodía, después de hacer una breve visita por el foro con la función de encuestar a los exlegionarios que allí se apostaban. No eran muchos y tenían aspecto de cualquier cosa antes que de matarifes, salvo uno o quizás dos: viejos, cansados, pobres, lastrados con heridas pasadas o levemente tullidos. Preguntó si echaban de menos a alguien de ellos. No hizo falta mucho para saber que no, nunca contarían con ellos para despachar tal tipo de asuntos tan serios. La opción estaba clara: habían sido legionarios de Egipto todavía en servicio. Para Valerio fue como un jarro de agua fría, pero se confirmaron dos cosas: se habían ocultado cosas y que Quinctilio estaba metido en el asunto. De los senadores todavía albergaba dudas. También era cierto que a la mayoría de los auxiliares todo aquello no les importaba lo más mínimo: ellos recibían órdenes y las ejecutaban. No obstante, para Valerio era distinto: quería saber por qué arriesgaba su vida y la de sus hombres. Olía a nueva conspiración y no gustaba de estar involucrado en algo así. Ya le había ocurrido en Panonia, en Germania y en Britania, no quería que le volviera a ocurrir en Egipto. Y menos si podía ser un chivo expiatorio. Según el parecer del Prefecto, los *milites* de Roma estaban para defender a sus habitantes de agresiones externas (incluyendo ataques preventivos), mantener la paz interna y, en última instancia, defender al legítimo César. Aunque esto último podía plantearse si iba contra el bien de la propia Roma.

Al atardecer, cuando se preparaban la próxima ronda de auxiliares para salir de permiso nocturno con Basso, una visita inesperada llegó al campamento de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. Isela, su esposo, Aulo y Andros estaban dentro de su *contubernium* charlando animosamente con Emilia, que pretendía obtener exención de labores para los *calones* durante el ocaso hasta el alba, ya que estaban empezando a mostrar síntomas

de fatiga ante las peticiones de los auxiliares. Marcelo jugueteaba por la sala con su medio hermano mientras Vesper practicaba esgrima con Macro «el joven» y Aquinas, aparte de otros que también querían mejorar. Terminada la reunión con la aprobación de la demanda, el auxiliar que estaba de guardia en la entrada, accedió cuando salió Emilia por la misma.

—Una mujer espera recepción, *domine*. —anunció formalmente con un acento africano patente.

—¿Ha dicho quién es? —preguntó Valerio mientras entregaba a Andros una tablilla de cera.

—No, *domine*. Pero lleva un rato esperando a que acabase con Emilia.

—Bien. Hazle pasar.

—Me quedaré por si acaso —señaló Andros dando un par de toques con su mano a la *gladius*.

Asintió la pareja con aire distraído. Estaban expectantes. Imaginaban quién podía ser, sentándose en una *sella* Valerio e Isela justo a su lado, con Marcelo en sus rodillas quien estaba empezando a tener sueño. Estaban convencidos que sería la viuda Vibia la que aparecería, aunque ignoraban con qué motivos. Ambos estaban errados: una mujer joven y hermosa ataviada con una *paenula* verde esmeralda. Una vez dentro, se descubrió el rostro bajando su capucha con delicadeza.

—¿Medea? —exclamó sorprendido Sexto Valerio—. ¿A qué debo el Honor?

—No me esperabas ¿verdad? Nadie espera a Medea —sonrió al decirlo y desvió su mirada hacia Isela—. Supongo que esta es tu mujer.

—Sí, te presento a Claudia. Ella es...

—La prostituta a la que visitaste —cortó sin intención de ofender a su esposo, ni a Medea—. Me lo contaste. —Buscaba enseñarle que había comunicación entre la pareja.

—Supongo que este es vuestro hijo.

—Así es, Marcelo. ¿Cómo no estás en «La anguila risueña»? —cortó las formalidades el hispano.

—Una ramera con menstruación no es muy útil, especialmente una de alta clase —espetó con intención a sus interlocutores mientras empezó a caminar por la sala—. Además yo le he dado elegancia al sórdido negocio de mi *domine*. Debe ser razonable dejándome alguna distracción de vez en cuando.

—¿Qué puedo hacer por ti? —se impacientó el Prefecto—. No quiero ser grosero, pero es tarde y necesitamos reposo.

—Me sentía mal —un silencio mientras iba dando vueltas evitando la mirada inquisitiva de la pareja—. Oí que te intentaron matar tras salir de... bueno... ya sabes.

—Es cierto.

—Yo no he tenido nada que ver, si puedes creerme.

—Te creo. No te hubiera dado tiempo a avisar a nadie. Además me seguían antes de entrar —explicó pacientemente mientras posaba su mano con la de su esposa.

—Me alegro que sea así —otra pausa. Parecía que se estaba convenciendo a sí misma—. Tal vez todo esto sea una locura y estoy jugándome mucho, pero quería proporcionarte ayuda otra vez.

—¿Y por qué lo harías? —preguntó Isela empezando a sentirse intrigada.

—¿Eso importa?

—Mucho, me hace desconfiar de tus intenciones —observó que Valerio también asentía. Pudiera ser una trampa.

—Tu marido ha sido el primer hombre que no me ha tratado como un objeto —empezó a decir con vergüenza—. La gente que he conocido siempre han querido fornicarme o sacar beneficio de mí. Ciertamente es que querías información, pero podías haberme obligado de otras maneras, incluyendo la extorsión o la violencia.

—No me gusta forzar a alguien de la que pretendo ayuda o puedo depender —se justificó Valerio con rostro indiferente.

—Y además ofreciéndome algo a cambio —prosiguió sin levantar el rostro—. Nunca ha sido así. Tal vez seas ingenuo o buena persona. Quiero inclinarme por lo segundo. Que seas un *miles* de alta graduación y honrado es una escasísima excepción en el mundo que vivimos...

—Gratitud por tus palabras... Me debo a mi código ético —estaba visiblemente incómodo.

—El hombre que buscas se llama Sekani —cuando lo dijo fue como quien tiene una gran piedra en los brazos encima y lo posa finalmente en el suelo—. Encuéntralo y obtendrás respuestas.

—¿Por qué él y dónde puedo dar con él? —recobró su habitual compostura.

—No lo sé. Nadie lo sabe. La mitad de los legionarios de Egipto lo están buscando. Pero es evidente que todo lo que está pasando en estos días está relacionado con ese hombre.

—No veo qué relación hay entre todo esto —se preguntó a sí mismo alarmado. Ciertamente algo relevante le era esquivo desde que llegó.

—Sexto Valerio, soy prostituta y oigo cosas. Pero si quiero seguir viva, no puedo preguntar más de lo debido —aclaró volviendo a cruzar sus miradas.

—Gratitud. Es más que suficiente. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Según lo que averigües, si haces lo correcto, me habrás hecho un favor y sabré que no me he equivocado contigo.

—¿No decías que sabías nada?

—No soy estúpida, y tengo una idea de qué gente puede estar metida en el asunto. Si las castigas, me habrás devuelto los favores. Hay demasiada injusticia en este mundo.

Asintió Valerio y le hizo otro gesto de agradecimiento mientras mostraba una sencilla sonrisa. Medea dio media vuelta hasta la entrada del *contubernium*, haciendo una parada para una última anotación.

—Eres una mujer afortunada —dirigiéndose a Isela—. Que alguien intente comprenderte y te respete, no es sencillo de encontrar.

—Créeme, lo sé bien —miró a su esposo.

—Mi hijo te acompañará a donde te dirijas —apostilló el marido—. No quiero que te ocurra nada malo.

Se puso la capucha de su *paenula* y salió precipitadamente. Aulo, con diligencia, la acompañó. La pareja se quedó mirándose el uno al otro.

—¿Quieres preguntarme algo? —añadió el marido con cierto aire de desafío.

—Sabes lo que te preguntaría.

—Y sabes la respuesta. Que dudes de mí me ofende —apartó su mirada—. Es hermosa y la tentación existe, nadie puede negar eso, pero te dije que serías la única. Por el amor que te profeso, aparto mis deseos más primitivos. Eso es algo temporal que se desvanece como la bruma en la mañana. Estoy construyendo mi vida contigo.

Hubo otro silencio entre ellos. Cuando fue a levantarse de la *sella*, Isela volvió a tomar la palabra.

—Lamento haberme mostrado celosa —explicó—. Pero ella es joven y yo me estoy marchitando poco a poco con los años.

—No —volvió a mirarla—. Tu belleza no ha menguado. Sigo queriéndote como cuando nos conocimos en los bosques de Germania. Que me acompañes en estos días de incertidumbre y peligro solo hace que me sienta más unido a ti. Pitágoras, un griego, dijo «Escoge una mujer de la cual puedas decir: hubiera podido elegirla más bella, pero no mejor». He hecho una excelente elección contigo y espero que sea recíproco.

Entonces la acarició, la besó y la abrazó. Valerio no era un hombre que destacara por su hermosura sobre otros. Bastante normal. Otras cualidades sobre su físico se imponían y le hacía atractivo a mujeres y hombres. Isela era la compañera ideal para él, y viceversa. El Prefecto era un hombre demasiado fiel a sí mismo y a sus principios para traicionarlos.

En esta situación, abrazados, entró Macro «el joven» sudoroso tras haber terminado su entrenamiento. El *tesserarius*, al percibir que la pareja estaba demasiado enfrascada en su contacto físico, clavó la vista al suelo y tosió levemente.

—*Domine*, disculpa que te moleste, pero Aquinas está fuera. Dice que el judío ciego del otro día está esperando a ser recibido.

—Hoy vienen a verme visitas inesperadas —bromeó el Prefecto colocándose en la postura para recibirlo—. ¡Bienvenido Simeón de Cesarea! —dijo de forma efusiva poniéndose en pie—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Vino? ¿Leche?

—Solo agua, por favor.

En esta ocasión venía solo. En terreno liso se orientaba bien, sin necesidad de su joven acompañante. Isela, sabiendo quien era, lo miró con desconfianza. Sabía que su marido salía con gente humilde por su extraño Dios. Le costaba entender por qué creía en una divinidad de pobres, judíos y esclavos. No obstante, debía ser poderoso para tenerlo tan celoso de su fe. Ella creía en él, y era más que suficiente.

Después de ofrecerle su *sella*, el viejo invidente vació su copa de agua con ansia. Venía de lejos y agotado. Volvió rellenar la copa y vaciarla de golpe.

—¿Más? —indicó Valerio.

—No, es suficiente —se relamió los labios—. El calor es sofocante.

—A tu regreso te prestaré uno de los caballos que me han dejado y te escoltará uno de mis hombres. ¿Por qué no has enviado a otro en tu lugar?

—El favor me lo pediste tú, debo ser yo el portador de las nuevas —paró para tomar aire—. Por ciertas partes de la ciudad se habla de que un tal Sekani anda detrás de todo esto.

—Ya lo sé —indicó orgulloso—. Uno de mis informantes me lo ha confirmado hoy mismo.

—¿Y te ha dicho ese informante dónde está? —cuestionó el ciego mostrando una sonrisa.

—Al parecer ha desaparecido sin dejar rastro, pero no dirías eso si no supieses su paradero —enfaticó con un sonrisa.

—Responderé con lo que tú me dijiste: la gente del común puede oír y ver más cosas que los que están en el palacio. Otra cosa es que no sepa para qué sirve todo esto. Aunque para eso estás tú.

## HOMBRES DE PAJA

AZAFRÁN. Es lo que parecía la arena del desierto de Egipto en su atardecer, un momento en el que da la sensación de que el mundo se para y uno se queda a solas con sus pensamientos. Impresionantemente hermoso. Las tonalidades y la soledad del paisaje incitaban a la melancolía de los que iban a caballo hacia su nuevo destino. Una evocación hacia sus hogares, tan lejos de donde estaban. Dicha gama cromática daba la sensación de confort. Unido a esto, la temperatura por fin era agradable. Habían dejado finalmente de transpirar. Como sus cuerpos se empezaban a regocijar, sus almas se sintieron optimistas y con ganas de culminar su misión. Un halo de esperanza se dibujó en sus ojos.

Junto al infatigable Valerio, cabalgaban Vesper, Macro «el joven», Aquinas y Estitio. Los chicos para todo. La expedición la cerraba Josué, el enorme judío al que había agredido el Prefecto en su reunión con los seguidores del Nazareno. Parecía no guardarle rencor. Una persona callada, apenas había articulado tres palabras desde que salieron de *Alexandria*.

Habían esperado a después del amanecer del día siguiente para partir hacia el Sur, donde el campamento de Sekani estaba asentado, a orillas del Nilo. Simeón de Cesarea, como lo bautizó el Prefecto, le había indicado dónde podía encontrarlo. ¿Cómo lo había hecho aquel ciego en un día lo que decenas, quizás centenares de legionarios y espías no habían logrado? La respuesta era extremadamente sencilla: el común. Sekani era una persona bastante conocida por los pobres ya que los usaba para su beneficio y muchos sabían cómo era su aspecto. Eso sí, la mayoría tenía miedo a hablar con un romano de todo esto, las consecuencias podían ser nefastas. Todos sentían pavor a que les hiciesen daño cualquiera de las dos facciones. Mejor callar. Pero no ocurría esto con un viejo ciego respetado y con una reputación intachable.

Un chico que estaba pescando lo vio salir hacia el Sur hacía unos días y Josué lo confirmó al ser un campesino que le vendía sus excedentes. Igualmente, conocía a la perfección toda aquella zona tranquila y agrícola.

—¿Queda mucho, Josué? —preguntó Valerio poniendo su caballo junto a él.

—Estamos muy cerca —respondió seco y con un fuerte acento—. Detrás de esas colinas.

—¿Estás seguro?

—Es donde yo pondría un campamento, la zona más propicia de los alrededores, ya que no hay mucha población, ni caminos transitados.

—Espero que no tengas un vínculo demasiado poderoso con él.

—Es un pagano que quiere mis frutos a bajo precio y bajo coacción.

—Entonces te quitaré un asiduo molesto —resolvió el jefe de la expedición.

—El «*Magister*» no desearía venganza —mostró con intención.

—Lo sé, mi alma pertenece al Dios Supremo, pero mi deber como hombre es para con Roma —razonó tranquilo—. Todos tenemos vínculos terrenales y obligaciones, nos guste o no.

—Deberíamos desmontar —sugirió Estitio—. O nos escucharán llegar.

La expedición se detuvo, desmontó y procedió a rodear la colina a paso ligero. Junto a una pequeña arboleda ataron los caballos, procediendo a escalar la suave colina a gatas. Había que aprovechar las luces del atardecer, aunque quedaban algunas horas para el anochecer. Lentamente en esa parte, ascendieron en línea afinando el oído por si escuchaban algo. Se percibía la actividad de gente, dialogando y haciendo ruido, quizás preparando algo de comer. Livianos aromas a estofado perfumaron el ambiente. Cuando llegaron a la cima, empezaron a comentar.

—Tres tiendas, dos pequeñas y una de mayor tamaño —indicó Vesper en voz baja el recuento—. Veo tres, cuatro, cinco hombres. Puede que haya más dentro. Matarifes.

—Hay dos mujeres también —señaló Aquinas.

—Tienen mulos y un par de caballos. También veo un carro en la esquina —sumó Estitio—. No muchos podrán escapar.

—Apostaría toda mi soldada a que ese bastardo hijo de Plutón está en la tienda grande del centro —especuló Macro.

—Hay unos cincuenta pasos hasta la tienda más cercana en línea recta —calculó el Prefecto.

—Yo diría que debería haber una docena de personas como mínimo —opinó Estitio.

—¿En qué te basas? —dudó Aquinas.

—Pues en el tamaño de esas tiendas.

—No todos duermen tan hacinados como nosotros —bromeó Macro.

—Hay que medir los riesgos. No quiero sufrir bajas. —Valerio estaba planeando mentalmente cómo hacerlo—. Esperaremos al abrigo de la noche. Entonces Estitio y Aquinas...

En ese momento, se escuchó un ruido de combate a no mucha distancia, tras otra colina aun más suave. No se veía nada. Sonaban bufidos fuertes y choque de metal. Estaba claro que el combate era bastante equilibrado. Sea quien fuere, no era del campamento. Lo malo era que esto puso en alerta a todos los egipcios.

—¡Por todos los dioses! ¿Quién se está peleando? —expresó Aquinas.

—Veo a ocho. Y van armados —informó Vesper.

—¿Qué hacemos, *domine*? —preguntó angustiado Macro «el joven».

—Despidámonos del factor sorpresa —señaló la evidencia Valerio—. Josué, baja y quédate con los caballos. Si gritamos tu nombre tráelos. Si oscurece y no oyes nada, vete lo más rápido que puedas.

—¿Vamos a lanzarnos al ataque a lo loco? —dudó Estitio.

—Si tienes miedo, quédate aquí, sodomita galo —se burló Macro.

El lejano combate parecía haber cesado ya, se veía una polvareda de alguien escapando. No se oía el galopar del equino debido a que los egipcios gritaban entre ellos dándose instrucciones. Al menos, una cosa menos de la que preocuparse. Entonces todos desenvainaron sus *gladii* y algunos sus *pugii* también, abalanzándose cuesta abajo en la colina. Un ataque básico, bajando en abanico con Valerio en el centro algo más retrasado, Vesper y Macro a la derecha, los otros dos auxiliares a la izquierda. Los egipcios confusos, ataviados con lanzas cortas, *gladii* o *sicae* salieron al encuentro. No parecía que tuvieran intención de huir. Iban a plantarles cara. Confiaban en su superioridad numérica.

—¡Macro! ¡Estitio! ¡Que no escape nadie! —gritó el líder cuando se encontraban a medio camino e iban a la carrera.

Los dos mencionados se abrieron más, con intención de envolver el campamento, cortando la retirada. A cada uno le siguió un egipcio. Cuando ya estaban cerca, distinguieron los rostros de sus oponentes. No se trataba de jovencitos inexpertos, sino gente con el rostro marcado por la violencia, con aspecto intimidante. Gente con la que cualquiera evitaría cruzar la mirada en la noche. Pero los auxiliares estaban curtidos y sabían lo que se hacían. El choque no se hizo esperar. Guiados por la intuición y su preparación, dos cayeron heridos de inmediato, enzarzándose en un combate individual Valerio, Vesper y Aquinas. Uno que iba más retrasado, se acercó a Vesper.

Craso error. Con dos certeros movimientos, Valerio hincó a *Vastator* justo por debajo del ombligo de su enemigo, retirándola del interior con un cabezazo sobre su oponente que hizo que se precipitara al suelo. Sin que nadie le cortara el paso, avanzó sin demora hacia la tienda principal. Por el rabillo del ojo, vio como Vesper eliminó a uno de sus oponentes, remató a uno de los heridos y jugueteaba con el que quedaba. Miró hacia el otro lado, viendo como Estitio limpiaba su *gladius* con las ropas de su contrincante muerto. Todo iba bien.

Llegando a la entrada de la tienda, un enemigo con un *gladius* salpicado de sangre, se dirigía a la carrera para matar a Vesper por la espalda, el cual, a su vez, luchaba con otro adversario. Macro, que acababa de degollar a su rival, se plantó frente a él. Mejor así, no podía, ni quería, demorarse.

Al entrar en la tienda, le dio el tiempo justo para que su instinto le hiciera esquivar por los pelos un golpe de una hachuela. Como acto reflejo, le propinó una seca patada con su *caliga* que hizo que su agresor cayera de bruces perdiendo su arma en el camino. No era más que un jovenzuelo con la cara picada, casi un niño, con expresión de pánico. Con clemencia, le apuntó con la punta de su *gladius* y le hizo un gesto con la cabeza para que huyera de inmediato, lo cual ni se lo pensó. Un rápido vistazo. No había más desagradables sorpresas a su alrededor.

La tienda se encontraba cómodamente instalada: coloridos cojines, hermosas telas orientales con decoración vegetal, lucernas con aceites perfumados, bandejas de plata con fruta... A ese Sekani le gustaba vivir de forma refinada. A lo «oriental». En el centro reconoció su figura tal y como le había descrito Simeón: bajo, ligeramente obeso, de espesas cejas, mirada nublada, nariz ancha, labios prominentes y mentón discreto. Agarraba a una mujer con la mano derecha, mientras con la izquierda amenazaba el cuello de su rehén con un *pugio*. La chica no podía hacer gran cosa porque estaba maniatada por detrás.

En el rostro de Valerio, en penumbra, se atisbó una sonrisa malévola. Destacaba sobremanera, gracias al juego de luces y sombras, la cicatriz en forma de interrogación invertida de su rostro, al igual que el brillo de sus ojos. Había vuelto definitivamente la iluminación de su furia dormida. Dormida, que no muerta.

A unos pasos el uno del otro, se observaron unos segundos, petrificados. Ninguno tenía miedo, pero si recelo.

—¡Detente romano! —ordenó Sekani a una distancia razonable de él—. Estoy muy nervioso y puedo matarla.

Ese comentario hizo que se detuviera un momento. La observó minuciosamente. Se trataba de una mujer muy joven, esbelta, con un buen vestido de seda de color índigo y evidente carácter aristocrático. Sus rasgos mostraban una mezcla entre oriente y occidente a partes iguales: piel morena, ojos claros, nariz aguileña, barbilla suave... Hermosa. No obstante, eso no hizo que Valerio renunciase en su avance, el cual hizo con firme determinación.

—¡Ni un paso más o la chica muere! —lanzó el ultimátum el egipcio apretando el *pugio* aún más a la garganta de su rehén. Se detuvo a un par de pasos.

—Vengo por ti, no por ella —aclaró cambiando su *gladius* a su mano izquierda.

Sekani, desconcertado, no supo qué hacer. Valerio, cuando estuvo encima de su enemigo, le arremetió un puñetazo con gran fuerza con su derecha. El golpe hizo que se separara de inmediato de la mujer haciéndole un rasguño en la garganta. Nada serio. Al derribar el egipcio, su *pugio* cayó fuera de alcance. Todavía enfurecido, el romano le arremetió tres puñetazos más en el rostro y una fuerte patada de su *caliga* hasta dejarlo tremendamente dolorido y que no intentase ninguna estupidez más. Acto seguido, tornó a la rehén y le cortó las ligaduras.

—¿Quién eres? —preguntó monótono.

—Soy hija de un comerciante de la Galacia —respondió de forma automática. Tenía un acento oriental muy suave.

—¿Y qué haces aquí?

—Mató a mis escoltas. A todos. Y quería obtener un rescate por mí hace ya más de dos semanas.

—Entiendo... —tenía la mirada clavada en ella. Para Valerio estaba claro que no decía toda la verdad. En ese momento, entró Estitio con una exhalación de nerviosismo—. Está todo en orden aquí. Informa.

—Siete muertos y un herido enemigo, *domine*. —inició el galo—. Por nuestro lado, han herido levemente a Aquinas en el antebrazo. Pero lo más extraño es que fuera hay un tipo con el que Vesper no sabe qué hacer y sigue armado.

—Voy a verlo. Nadie sale de aquí. Amarra al egipcio y cuida de esta mujer —le guiñó un ojo sin que le viera ella. El galo, normalmente no muy espabilado para estas sutilezas, entendió perfectamente que debía vigilarla también.

Nada más salir de la tienda vio los cadáveres diseminados por el suelo formando un semicírculo irregular. La lucha había sido corta y desigual. Sus auxiliares lo habían hecho bien. A la izquierda, Macro «el joven» y Vesper mantenían sus *gladii* en alto a poca distancia de otro hombre armado de rostro conocido. Aquinas, aguantándose la herida, la cual no parecía preocupante, se acercó al Prefecto pero no abrió la boca.

—Aquinas, llama a Josué y ve con Estitio. Macro, ejecuta al herido egipcio que está a tu derecha. No podemos hacer prisioneros. Luego haz una cura a Aquinas. Esperadme dentro de la tienda.

—Han escapado algunos sirvientes hacia el Sureste —apuntó Macro «el joven».

—No importa. Id —esperó unos segundos a que se fueran a realizar su cometido mientras avanzaba a paso cauteloso y observaba con detenimiento la postura de los dos guerreros que tenía enfrente—. ¿Qué haces aquí, Behrooz?

Efectivamente, el mercenario y asalariado de la viuda Vibia era el que estaba con la *gladius* levantada frente a Vesper. Su aspecto, con el juego de luces y sombras del atardecer, hacía que sus múltiples cicatrices por el cuerpo le hicieran parecer un ser de otro mundo. Pero el viejo amigo de Valerio no se amedrentaba por el capricho de la iluminación de la luz del sol, que avanzaba inexorablemente hacia su puesta.

—¿No respondes? —continuó—. Estás en un buen lío. Has cruzado metal con representantes de Roma y aún sigues desafiando su autoridad. Atente a las consecuencias. Baja de inmediato tu *gladius* y no habrá represalias. Supongo que vienes en nombre de tu *domina*, no tendrás severas consecuencias por eso, pero solo si bajas tus armas ahora mismo. Y tú también Vesper.

Ambos relajaron su cuerpo y envainaron sus armas, previa limpieza de la hoja de este último. Un espeso silencio se situó entre ellos durante un minuto. Solo una breve y cálida brisa que movía sus ropas y cabellos mostraba que no se habían convertido en estatuas de sal. Se valoraban los unos a los otros.

—Si prometes guardar silencio y no volver a alzarte en armas contra ningún miembro de mi comitiva te dejaré acompañarnos —ofreció el Prefecto ante la perplejidad de su asistente. Supuso que tenía algo en mente—. ¿Tengo tu palabra?

Levemente asintió. Con paso lento se dirigieron los tres a la tienda. En la puerta de la misma, Josué esperaba con los caballos. Su expresión era de miedo y algo de desasosiego al estar rodeado de tanto muerto. Los judíos

poseían un enorme respeto a los muertos. Los cadáveres debían estar tapados, ya que exhibirlo es considerado deshonoroso, y no se los debían dejar al sol. Pero esto importaba poco a los auxiliares de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

Mientras Macro curaba con brevedad a Aquinas, Estitio había colocado a Sekani sentado en el centro de la tienda, bien amarrado y despierto. Parecía por la expresión de su cara que estaba dolorido. La mujer se encontraba a cuatro pasos de él sin ningún tipo de ligaduras. Al entrar, el egipcio miró con suspicacia al brazo ejecutor de la viuda Vibia.

—Estitio, registra a los egipcios. A ver qué puedes encontrar como botín —mandó Valerio.

—Sí, *domine*. —acató sin rechistar y con satisfacción.

—Bien Sekani, me vas a contar por qué has atacado a romanos y qué motivo te impulsaba.

—Me habéis atacado vosotros —respondió con expresión extraña. Valerio respondió con otro puñetazo directo a la cara.

—Me refiero hace unos días, no tengo tiempo para andar con circunloquios.

—No sé de qué me estás hablando —su rostro mostraba completa ignorancia.

—Así no avanzamos. Puedes acabar crucificado al alba.

—Déjame a mí, Prefecto —aportó Vesper—. Le arrancaré la verdad, como siempre he hecho, entre dolor y agonía.

—Sé que lo harías, sin embargo no tenemos tiempo de que lo tortures —razonó mirando a Behrooz.

—Haré la versión resumida, como ya hice en la Germania hace unos años.

—Aún así, se nos hará de noche y pondrá todo perdido de sangre —continuó alargando la conversación en la que había parte de teatro y de realidad.

—Quiero ayudar, de verdad, pero no sé de qué me habláis —una nota de temor se empezó a vislumbrar en el egipcio—. Os ayudaré en todo lo que pueda.

—Si no sabes nada, ¿por qué tus hombres han salido armados?

—Para defenderme. Además, erais menos.

—¿Y por qué has utilizado a la chica como escudo? —preguntó con intención Valerio.

—Pensaba que estabais buscándola —su tono parecía sincero en todo momento—. Media *Alexandria* está buscándola.

Se miraron los unos a los otros. Estaban buscando a Sekani, pero no era porque hubiese atacado a Valerio y Vesper tras salir de la «anguila risueña». Puede que ese *listim* hedonista no fuese el responsable. No. Le habían indicado ese nombre por otra razón. ¿Sería cosa de Ásper? Todo apuntaba que esa mujer era la clave. Y ella estaba visiblemente tensa. El Prefecto, caminando hacia el prisionero pausadamente, tornó su vista hacia él, desafiante. Cuando estuvo a su lado, se agachó.

—Cuéntame todo lo que sepas sobre ella, sin escatimar detalles —ordenó con un tono bajo.

—Si hablo...

—Ya veremos. Depende de lo que tus labios profieran —cortó raudo.

—Pero eso no...

—¡Habla de una vez o suplicarás que acabe con tu vida, maldito eunuco seboso! —gritó a la par que sus ojos se volvieron a encender como el pedernal sobre leña seca. Todos los presentes se sobresaltaron ante el rugido.

—Sabéis a qué me dedico —sucumbió, no tenía nada que ofrecer—. Entre otras cosas, secuestro y rescate. Es un negocio lucrativo y que no suele dar demasiados problemas.

—Buscar gente rica para devolverlos a cambio de una fuerte suma. ¿Los devuelves intactos?

—Siempre —se ofendió Sekani—. Soy respetable en este negocio. Salvo traición o engaño, es una transacción comercial donde obro de buena fe.

—¿Y si no lo hacen?

—Tengo que recuperar mi inversión, o al menos una parte.

—Sabías que a esta chica la estaban buscando centenares de personas...

—Forma parte de la rutina del negocio. Si no lo hicieran sería extraño. ¿Qué padre, esposo, marido, hermano o hijo no lo haría?

—¿Sabías que todo esto ocurriría?

—Ni de lejos. Busco el mínimo riesgo y el máximo beneficio. La capturé cerca de Hermópolis<sup>[72]</sup>. Un informante me habló de ella: rica, bien vestida y escoltada por tres guardianes. Era una presa demasiado tentadora para dejarla escapar. Ordené a mis mejores hombres que se hicieran con ella y eliminaran a los escoltas. Pese a que fue un ataque por sorpresa, perdí a dos de los míos.

—No esperarás que nos compadezcamos de ti —opinó Vesper desafiante.

—Quería expresar que no fue sencillo. No sabía dónde me estaba metiendo. Ella no me dio referentes de su familia. Finalmente, tras dos días conseguí algo de información sobre ella a través de varios hombres que la buscaban en nombre de la familia: es oriental, se llama Kismet y un lugar

donde podía pedir el rescate. No imaginaba que los *milites* de Roma se iban a movilizar en su búsqueda, lo que dificultó mis movimientos y precisó de una máxima seguridad para que no me encontraran. Tuve que ocultarme y preparar mi viaje. Estaba claro que si pagaban, no podría volver a pisar Egipto. Probablemente tuviera que irme fuera de las fronteras de Roma. Pero ahora eso ya no importa.

Mientras todo esto ocurría, la joven no abrió la boca en ningún momento. Aunque no perdía detalle de la conversación. No gesticulaba. Parecía que tenía estudiado sus gestos y cómo mantener la calma. Al menos ya sabía su nombre.

—Pusieron la ciudad patas arriba para encontrarla, ¿eso no te desalentó? —inquirió el Prefecto.

—En este negocio no hay vuelta atrás. ¿Qué crees que me harían si me capturan? Es evidente que vosotros no vais en nombre de la familia, ni tampoco movilizasteis a legionarios... Solo ese que os acompaña con otros la buscaban —señaló a Behrooz con la cabeza.

—¿Este hombre la buscaba? —no se sorprendió el hispano.

—Si, es el mediador de Vibia, la viuda más cotizada de Egipto. Estuvo en Hermópolis buscándola. A base de intermediarios, contacté con ellos. La operación estaba muy avanzada.

—¿Algo que decir a esto? —cuestionó con tono amenazante a Behrooz.

—No —dijo con los labios apretados el hombre de las cicatrices.

—¿Quién eres para que tanta gente quiera encontrarte? —Valerio tornó a la mujer.

—Ya te lo he dicho, soy hija de un mercader de Cilicia —explicó con la mirada clavada en él.

—Mientes muy mal. Además dijiste Galacia —señaló con astucia—. Apuesto a que no formas parte del Imperio aunque hablas excelentemente latín.

—Gratitud. Tú también —expresó la chica con educación y sorna por partes iguales.

—Debería mataros a los dos. En base práctica, esto no me concierne.

—Quizás —instintivamente posó su mano en la *gladius* el mercenario.

Durante un corto lapso de tiempo meditó las posibilidades de lo que iba a hacer. Técnicamente había cumplido su objetivo: encontrar a los culpables del ataque. Esto era un callejón sin salida y solo suscitaba más preguntas, con toda probabilidad con respuestas de mayor complejidad que seguro llevarían a un cúmulo mayor de problemas. Sin embargo, allí estaba, ya no podía

retroceder. Eso iría en contra de sus principios y ya había abierto la caja de Pandora. Por otro lado, no podía negar lo que había descubierto. Empezó a digerir toda la información recibida, debía darle coherencia a todo. De repente, una afirmación que había quedado en el tintero cruzó su mente.

—Sekani, ¿me quieres decir que solo recibiste la oferta de Vibia?

—¿Cómo? —aquella nueva idea lo desconcertó.

—Sabías que legionarios te buscaban, que no era cosa de la viuda y no podías entregarla sin más. Hace ya mucho que recibiste la primera oferta, según Kismet, hace más de dos semanas que la tienes retenida. Seguro que barajabas otras ofertas.

—Pues... —empezó a dudar otra vez. Su rostro era confuso inicialmente, aunque entendió que no había otro camino que el de la verdad—. Si, había otra oferta. Pero tenía casi cerrada la oferta de Vibia.

—¿Quién pagaba la otra?

—No lo sé.

—No te creo. ¿Tanto miedo te da? —volvió el brillo fulgurante de su mirada—. No deberías temerlos. Deberías temerlos a mí y mis *milites*, que estamos habituados a la sangre y la guerra.

—Hablaba con el intermediario. Se llama Ásper. Es todo, lo juro por todos los dioses de Egipto, de Roma y del Imperio.

—Ahora te creo —afirmó con media sonrisa. Ya tenía lo que quería—. ¿Verdaderamente no te ha hecho nada? —interrogó a la mujer que afirmó rotundamente con la cabeza. Tras esto, desenvainó su *gladius* y cortó las ligaduras del egipcio—. Ya no me eres útil.

—¿Libre? —se mostró escéptico, pero se puso en pie.

—Por mi parte sí. No tengo orden de matarte, ni razones para hacerlo —una corta pausa que aprovechó para enviar una mirada cargada de intención a Behrooz—. Aunque no puedo hablar por otros.

Sin dudarle un instante, el hombre de las cicatrices, desnudó su *pugio* y lo acuchilló sin piedad entre gritos del ejecutado pidiendo piedad del ejecutado. Hasta una quincena de veces mientras los demás observaban la escena sin abrir la boca y sin que nadie hiciera ningún aspaviento. Ni siquiera la mujer. Había saña en su muerte, seguramente ordenada, ya que no parecía que fuese el tipo de persona que se dejara llevar por sus impulsos. Y evidentemente no se trataba de nada personal.

Tinto de sangre, el ejecutor se puso en pie, limpió su arma y la volvió a poner en su funda con calma, colocándose donde se encontraba previamente. Como si nada hubiese pasado.

—Iremos a casa de la viuda Vibia. Todos —comenzó a ordenar el Prefecto—. Esto requiere de una explicación detenida. Vesper, no los pierdas de vista ni un momento. A los dos.

El retorno a *Alexandria* fue organizado con rapidez por el Prefecto Sexto Valerio. El botín se cargó sobre los mulos y en uno de los caballos. Había bastante que recolectar por el lujo con el que Sekani vivía. Sería para la *I<sup>a</sup> Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. El otro caballo fue para Kismet, que demostró, sorprendentemente, una enorme pericia equina. Behrooz traía su propio caballo, oculto tras la colina anterior al campamento, donde había tenido una escaramuza con un individuo desconocido. Lo único que dijo al respecto es que le estaba siguiendo y que se encontraron e intentaron matarse el uno al otro. Finalmente, huyó. No hubo descripción del sujeto. Pero la comitiva ya rumiaba que pudiera ser un enviado de Ásper o de Quinctilio. Quizás sirviera a ambos.

Antes de partir, todo realizado con presteza, quemó el campamento junto con los cuerpos. Había que borrar las huellas de lo que se había perpetrado en aquel lugar. El trayecto recorrido por la comitiva fue en extremo silencioso. No había mucho que decir con unas gentes que no deseaban dar ni una sola explicación. Llegaron a las cercanías de *Alexandria* cuando la oscuridad había llegado a los últimos rincones de la urbe. Se desviaron levemente hacia el campamento antes de dirigirse a la *domus* de la viuda Vibia.

Frente la improvisada base temporal, el Prefecto paró al grupo alzando la mano. Todos bajaron de los caballos, que fueron tomados por un auxiliar, excepto el hebreo que prosiguió en su montura. Ni siquiera Behrooz quiso quedarse con el suyo. Escasos instantes después salieron a recibirles Córax, el *principalis* de guardia. Tras recibir unas instrucciones concisas y rápidas de su superior en voz baja, un par de hombres junto con Aquinas transportaron el botín adentro bajo la suspicaz mirada de Behrooz, Kismet y Josué. Mientras se realizaba la operación, Valerio se acercó a este último.

—Quédate con el caballo, haz buen uso de él. Ten, un pequeño pago por tu ayuda —dijo lanzando con suavidad una bolsa con un puñado de monedas sumándose a la comida del botín—. Dale un buen fin.

—Que Dios te proteja, si te quiere en el más allá, y que nos proteja de ti en la tierra —exhortó Josué con cierto tinte de temor en su voz.

Girando su equino, les dio la espalda sin mirar atrás. A paso ligero avanzaron los demás hacia la *domus* de la viuda Vibia. Cada uno con el

cometido de escoltar a su oficial hacia el interrogatorio que debía sacar de dudas lo que allí estaba ocurriendo desde que habían llegado a *Alexandria*. Macro «el joven», Estitio y Vesper habían recibido miradas con intención del Prefecto. Debían estar atentos a todo. Valerio llamó a la puerta con decisión pese a la intempestiva hora. Debía de haber comenzado la *prima vigilia*. La impaciencia se apoderó de los presentes al tardar en abrir. Hubo una segunda llamada, a la que respondió el viejo esclavo de Vibia que la abrió con la cara desencajada. Al ver a Behrooz manchado de sangre y la compañía que llevaba quedó petrificado.

—Llama a tu *domina*. Debemos hablar con ella con urgencia —el tono empleado por Valerio era casi agresivo. Dudó el esclavo—. ¡Ve! ¡Ahora! —rugió furioso, dando dos pasos atrás asustado el siervo de la viuda.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —preguntó Caio Mario en tono firme desde la distancia, acercándose.

—Queremos ver a tu *domina*, ahora —expresó firme Vesper mientras todos accedían a la *domus*, pero por respeto se quedaron en el *atrium*<sup>[73]</sup> a la espera.

Algo descolocado, intercambió una mirada con el sirio cicatrizado, afirmó con la cabeza y el esclavo se fue con rapidez a su búsqueda. El rostro de aquellos hombres no mostraba ninguna intención de negociar, ser sutil o protocolario. Algo grave debía ser para que estuvieran tan exaltados y fuesen tan atrevidos. Estaba claro que era por esa mujer. Valerio se dio cuenta que Caio Mario la reconoció, ya que lanzó una mirada inquisitiva a Behrooz quien la ignoró por completo.

Un par de minutos después, apareció Vibia con esa belleza madura que le caracterizaba y que llamaba tanto la atención, estudiadamente descuidada. Como si acabase de levantarse del lecho, pero era evidente que no era así. Mino la acompañaba, pegado a su espalda.

—Prefecto Sexto Valerio, no creo que sean las formas de solicitar una audiencia —se mostró altiva. En su rostro se vio cierta confusión al ver a la otra mujer.

—Querida Vibia, se acabó la farsa. He venido a buscar respuestas —sentenció firme con los brazos en jarra—. Aquí tengo a Kismet. —la señaló y volvió a su posición—. He seguido todas las pistas y la he encontrado antes que tu hombre. Sekani ha hablado, mencionando que estás interesada en su rescate. Estoy cansado de esta situación. Quiero respuestas o se la entregaré a Lucio Quinctilio, que sé que también la busca.

—Querido Valerio, si hubieses querido entregársela a él, ya lo habrías hecho —comenzó a decir de forma más calmada—. Pero no confías en ellos y buscas respuestas en mí.

—Pudiera ser, aunque no olvides que este juego, realmente, no va conmigo.

—Quizás sí, especialmente cuando un enemigo tuyo dirige los hilos —el Prefecto alzó la barbilla—. Así es, estoy informada de la presencia de Ásper en Egipto y de sus tretas para acabar con tu vida.

—¡Basta de charla! —gritó una voz a su espalda.

De entre las sombras salió un hombre envuelto en una excelente túnica amarillo verdoso, con un *pugio* pendiendo del lado derecho del *cingulum*, carcaj al otro lado y un arco compuesto en las manos, tensado con una flecha. Estaría entorno a los cuarenta años, con una incipiente calvicie y una estatura media. Destacaban sus brazos, fuertes como robles, su barriga pronunciada, su poderosa constitución y sus ojos grises marcados que brillaban con la luz de una antorcha que llevaba uno de los asalariados de Vibia que había salido junto a él. Tenía una actitud hostil y una expresión furiosa. Vesper tomó a Kismet y le puso su *pugio* en el cuello, amenazante. Behrooz también se puso en posición de combate, armas en mano, al igual que Macro y Estitio.

—¡Calma Anakletos, estás en mi casa, no vas a derramar sangre en mi hogar! —ordenó la *domina*—. Además, atacar a los *milites* nos creará más problemas.

—¡Solo quiero a mi hija! —no movió un músculo.

—Confía en mí, baja tu arco, solucionaré esto —intentó serenar los ánimos—. Solo estás complicando la situación y no vas a obtener beneficio de ello.

—Consígueme a mi hija —pausa y bajó su arco—. Es lo único que te pido.

—Ahora veo el por qué de todo esto —reflexionó Valerio quien con las manos ordenó a Vesper dejar de utilizar a Kismet como escudo humano. Todos relajaron sus músculos.

—Es algo más complicado —explicó Vibia.

—No me muevo por asuntos personales y supongo que es tu caso también. Lo único que me interesa es la vida y devenir de mi gente. Y esta situación es demasiado tediosa y oscura. Quiero dar luz para evitar que los detritos se desparramen sobre nosotros.

—Lo creas o no, estamos igual. Sin embargo, no sé si puedo confiar en ti.

—He traído esta mujer ante ti y no he dañado a Behrooz pese a que ha cruzado hierro con Vesper.

—Lo tomaré como una señal de buena voluntad —inclinó su rostro tras cruzar una corta mirada con su mercenario que afirmó con la cabeza—. ¿Qué deseas saber?

—Lo primero, ¿por qué hay tanta gente dispuesta a matar por esta mujer? ¿Y quiénes son?

—Mereces una respuesta después de traerla sana y salva —lanzó una mirada con intención al invitado de Vibia que poco a poco iba calmándose—. Anakletos y Kismet vienen de Armenia. Son refugiados. Es uno de los principales valedores de Roma allí. Ha perdido sus tierras, su comodidad y a su gente por defender nuestros intereses. Un amigo común los acogió en Capadocia.

Aquí hizo una pequeña pausa. El nuevo rey de Armenia no había reconocido su vasallaje al César Claudio y este no había hecho nada. Este Estado tapón estaba bajo el manto de influencia de los dos grandes imperios del momento: el romano y el parto. El partido parto había tomado el reino masacrando a los otros y Anakletos era afortunado por haber escapado con vida. Sin embargo, estos problemas diplomáticos importaban poco a Valerio y su gente, a menos que fuese para mandarlos a combatir allí. Los ricos justificaban sus vicisitudes con cuestiones de Estado. No obstante, normalmente ocultaban profundos intereses personales. Esa idea abstracta no interesaba a ninguno de los rescatadores de Kismet. El Prefecto continuó.

—¿Y cómo ha acabado aquí y qué tiene ver con lo que está pasando? No veo la relación —explicó.

—Paciencia —instó la *domina* con calma—. Anakletos es un fiel servidor y nuestro amigo común estaba enviando mensajes a Roma para informar que estaba preparado para ponerse a su servicio en el caso de que entraran las *Legii* en Armenia. Sin embargo, algo ocurrió. A las pocas semanas de estar allí, nuestro amigo descubrió que se estaba gestando una conspiración para acabar con la vida del César. Obtuvo una lista incompleta de los instigadores.

—¿Y se lo confió a un bárbaro<sup>[74]</sup>? —desconfió el Prefecto—. Más aún si no quiere intervenir en Armenia.

—Soy leal al César, no a un puñado de senadores ambiciosos —se defendió pasionalmente—. Independientemente que esté de acuerdo con sus decisiones o no.

—No podía confiar en nadie más —volvió a tomar la palabra Vibia—. Es peligroso porque, aunque no son muchos los implicados hasta ahora, tienen

simpatizantes o dubitativos, sin contar con los arribistas. En la lista hay viejos amigos de Escriboniano<sup>[75]</sup>. Ves que esto viene de largo. Por este motivo, únicamente podía contárselo a Anakletos. Por eso lo mandó en un buque mercante aquí conmigo.

—¿Por qué no a Roma? —cuestionó Valerio.

—Demasiado insegura, necesitaba un valedor y un camino seguro para acceder a Narciso, el liberto del César Claudio. Aparte, no había tiempo, los conjurados le pisaban los talones. Además, aquí debía estar seguro.

—¿Qué ocurrió? —Minoos se abrazó a Behrooz que se puso en guardia.

—Mandaron a ese Ásper a encontrarlos. Es astuto, pero no tanto como yo —sonrió al decirlo el armenio—. Mandé al sur de la provincia a Kismet bajo el más estricto secretismo. No contaba con que ese gusano oportunista de Sekani la secuestraría.

—¿Crees que los senadores o Quinctilio están implicados? ¿Están en la lista?

No pudo contestar nadie. A la espalda de Valerio y sus hombres aparecieron un grupo de legionarios de la *Legio XXII Deiotariana*. Unos veinte hombres con sus escudos, su Centurión Antonino Scaeva y los senadores Numerio Lupo y Tito Calpurnio Avito en el centro de ellos. Todos tenían cara de pocos amigos e iban tomando posiciones de combate. A uno y otro lado. El joven Macro, Estitio y Vesper, se pusieron en guardia aunque la confusión reinaba en sus rostros. Estaban en el centro. Lo más aterrador, para los presentes, era que parecía que Minoos sabía lo que iba a ocurrir.

—¡Enhorabuena Valerio! ¡Nos has llevado hasta los fugitivos! —comenzó a decir el joven Calpurnio Avito. Valerio no dijo nada y le clavó la mirada con la cabeza medio ladeada, a la par que apretaba los labios—. El César Claudio reclama vuestra presencia en Roma de inmediato. Garantizamos tu seguridad.

—¿Cómo sé que no sois unos traidores? —se mostró tajante Anakletos.

—¿De qué hablas? —intervino Numerio Lupo—. Roma es tu aliada. El propio César nos ha enviado por ti.

—Eso no es ninguna garantía.

—Deberías venir por las buenas, podemos forzarte —inquirió arrogante el mayor de los senadores.

—No creo que sea necesario —calmó Calpurnio Avito—. El César Claudio quiere escuchar tu informe en Roma de cómo andan las cosas en Armenia. El mismo Procurador de Siria nos informó de tu traslado a Egipto. No debes temer a ningún enemigo armenio. Ya tienes a Kismet y *milites*

romanos te protegerán —lanzó una mirada a Valerio de reconocimiento. Esa última parte iba por él.

—No temo a armenios, ni a partos. Temo a los conspiradores.

—¿Conspiradores? —la cara del senador era verdaderamente de extrañeza.

—Se acabó la charla —zanjó Numerio Lupo posando su mano sobre el hombro de su compañero—. Valerio entrégame a la mujer.

—No. Esto no está claro —tomó a Kismet y la envió con su padre quien la abrazó—. Deberíamos hablar con el *Praefectus* de Egipto para aclarar todo este... embrollo y que él decida.

—No me dejas otra opción.

Ante la sorpresa de todos, Numerio Lupo sacó un *pugio* debajo de su túnica, degollando a Tito Calpurnio Avito que, si antes estaba perplejo con lo que estaba pasando, ahora no podía creer que la vida se le estuviera yendo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué? La incredulidad del joven senador solo era igualada por Vibia y Valerio que sintieron una punzada de horror. No solo por la inesperada muerte, si no por todos los problemas que podían implicar.

—¿Cómo te atreves a derramar sangre en mi propio hogar? —le increpó la viuda con arrogancia. Consciente de su situación, no perdía su porte noble, manteniendo las formalidades sociales de cara a los presentes.

—Este torpe espía del César va de camino al Elíseo —aclaró el senador—. Estos legionarios confirmarán que lo mataste tú, Valerio. Captúralo y diremos que fue Anakletos quien lo hizo. Te recompensaré bien. En cuanto a ti, Vibia... pronto llegará tu hora. No hay piedad con los que traicionan a Roma.

Hubo un espeso silencio en el que Behrooz aprovechó para ir junto a su *domina* con mirada felina, listo para atacar en cuanto fuese necesario. Minoos, por su parte, tenía agarrada la túnica de Behrooz con fuerza, temiendo algo. El charco de sangre se agrandó, tapizando el suelo llegando hasta las *caligae* de algunos de los legionarios de alrededor. Parecía como una metáfora de cómo el asunto entre las personas influyentes acababan afectando a las más sencillas y humildes.

Sexto Valerio reflexionaba a marchas forzadas con ira contenida. Le habían usado para cumplir una misión no encomendada. Lo que había estado persiguiendo eran hombres de paja. Solo mentiras. Una cortina de humo que ocultaba la verdad: la búsqueda de Kismet para llevarlos hasta Anakletos. El ataque en la «anguila risueña» no había tenido nada que ver directamente con la conspiración. Eso ya estaba claro. Con toda seguridad, Ásper había

intentado servir a su *domine* en la sombra y evitar que metiera las narices en esto, pero poco más. Dos problemas solucionados con una misma *gladius*. La complejidad de lo sucedido lo abrumó: había sido otra vez el instrumento de dos facciones. Su reputación como hombre de recursos le había precedido y lo habían utilizado. Ahora no le quedaba otra, debía tomar partido. No le gustaba en absoluto: cualquier decisión que tomara comprometería a su gente y a sí mismo. Otra vez en el centro y sin muchas opciones. Se vio forzado a elegir y lo tuvo claro. Tal vez el Dios Supremo lo castigaba por saltarse su deseo de paz y no estaba de acuerdo con las necesidades vitales de un Imperio regido por hombres ambiciosos.

—No recibo órdenes de un renegado —sentenció tras desenvainar a *Vastator* otra vez.

—¿Renegado? —empezó a reír a carcajadas—. ¿Quieres que hablemos de ese César lleno de taras? ¿De un incapaz? ¿De un cobarde que nunca ha participado en la guerra? ¿De un César que subió al poder por estar escondido tras una cortina? ¿Del que salió huyendo del foro de Roma de una masa voluble y hambrienta hace dos años de forma vergonzosa? ¿Del que se casó con Mesalina, la mujer más deshonrosa de toda Roma? ¿Del que ha dejado Armenia a los partos? ¿Del que ha dejado los puestos de influencia a esclavos y libertos? ¡Está pervirtiendo a Roma con su debilidad!

—Solo quieres un pedazo del poder que se le quite al César —exhortó con vehemencia—. Tu vanidad es lo que falla en tu discurso. No soy un necio, solo me empleas como instrumento para que en el caso de que todo se venga abajo, tengas un chivo expiatorio.

—¿Acaso no merezco ser recompensado por mi lealtad hacia Roma?

—¿Y quién será el nuevo César en tu resurgida Roma?

—Alguien joven, despierto, que escuche los sabios consejos de los más capaces y experimentados.

—Gente como tú, adivino... La gloria de tu discurso se basa en el orgullo. No puedo creer en tus palabras.

—Piénsalo bien, tengo más hombres que tú —dijo sonriendo al ver su resolución. Mínoo se relajó, soltando la túnica de Behrooz.

—Yo no estaría seguro de ello.

Y silbó con fuerza. Al instante, de la puerta surgieron más de cuarenta auxiliares bajo el mando de Andros completamente listos para el combate. Había ordenado a Aquinas que preparara a todos los hombres disponibles. Poco antes de partir hacia la *domus* de Vibia, vieron llegar a los senadores y con perspicacia, esperaron a una distancia prudencial y al amparo de la

oscuridad la señal para actuar. Los legionarios de Scaeva se sorprendieron, pero mantuvieron la formación en todo momento.

Por otro lado, junto a Valerio, Vesper, Macro «el joven» y Estitio, se colocaron Behrooz y media docena de mercenarios, todos con las *gladii* desenvainadas, a la espera de ver que ocurría allí. La viuda, por su parte, guardaba silencio expectante. Dentro y fuera de la *domus* Numerio Lupo con el Centurión Scaeva y los legionarios estaban rodeados.

—¡Estáis locos! ¡Atacar a un patricio! —gritó a pleno pulmón el senador—. ¡Acabareis en cruces si no deponéis las armas!

—¡En formación! —ordenó Andros—. A la espera de órdenes, Prefecto.

—¡Necios! ¡No saldréis vivos de Egipto! ¡Insensatos! —gritaba como si pudiese cambiar las cosas—. ¡Estamos en todas partes! ¡Controlamos el puerto! ¡Tenemos hombres en Roma que os esperan! ¡No hallaréis éxito en vuestra empresa!

—Deponed las armas —ordenó Valerio con firme tono—. Os superamos en número y posición.

—No puedes matarme, ni prenderme —advirtió desafiante—. Suscitará preguntas en Roma y te ajusticiarán.

—Ya las van a hacer por Calpurnio Avito, ¿verdad senador?

—Tenemos el control de Egipto —tiró su *pugio* al suelo con rabia—. Solo ganáis tiempo.

Progresivamente los legionarios fueron soltando sus escudos y *gladii* porque, aunque no recibieron ninguna orden concreta, era evidente el fracaso del conspirador. El último en arrojar sus armas al suelo fue el Centurión Scaeva, con evidentes muestras de contrariedad. Una vez que todos y cada uno se desarmaron, los guardianes de Vibia tomaron cuerdas y empezaron a amarrarlos sin que opusieran resistencia pero sí maldiciendo a todos los de su entorno. Mientras, el senador y el Prefecto auxiliar se mantenían la mirada, despreciándose el uno al otro en silencio. Caio Mario, desconfiado, comprobaba minuciosamente cada nudo aplicado. Sin apartar su vista de él, Valerio chasqueó los dedos para que también amarraran a Numerio Lupo.

—¿Hay algún almacén subterráneo o lugar dónde poder encerrarlos mientras decidimos su suerte? —preguntó a la *domina*, aún devorando con sus ojos a su oponente.

—Así es.

—Deja, al menos, a dos guardias con ellos. Que no les quiten ojo.

Con un gesto sencillo, tres de los guardias acompañaron a los prisioneros, bien atados hacia una escalinata lateral que los llevaría al almacén donde

serían confinados.

—¡Volveremos a vernos pronto! ¡La próxima vez, será la última e imploraréis mi perdón! —amenazaba el noble mientras se lo llevaban a su destino.

Los auxiliares se repartieron por el exterior de la *domus*. Expectantes, con Andros en el *ostium*, listo para cualquier orden del Prefecto. Despejada la puerta, entró a la carrera Isela con una sencilla túnica de color crema y una *gladius* en la mano. A Valerio, que a diferencia de muchos de su género le hubiera parecido una ofensa, le resultó cómica y adorable su preocupación. Se abrazaron brevemente. Se saltaron el protocolo social, aunque eso poco les importaba. Con formas aprendidas, la viuda saludó a la recién llegada y llevó a Valerio, Vesper, Behrooz, Minoos, Caio Mario, Anakletos y Kismet al *peristilium*<sup>[76]</sup> para tomar decisiones. Tras sentarse en diversos *triclinia* y *sellae*, según su rango, empezó la conversación.

—Primero, y ante todo, gratitud Valerio por tu apoyo. Sin él, todo hubiera sido distinto —introdujo la anfitriona tornado una sonrisa gentil—. Es evidente que tenemos un grave problema y debemos tomar una decisión rápida.

—No me las des, no es algo que me haya gustado hacer, he hecho lo mejor para mis auxiliares y siempre seré leal al César —expresó indiferente Valerio jugueteando con la *gladius* que había traído Isela.

—Y gratitud por liberar a Kismet —añadió Anakletos inclinando la cabeza. Correspondió el gesto.

—¿Estaba alguno de los senadores en la lista? —retomó el hispano.

—Solo Numerio Lupo.

—Es evidente que Quinctilio está con ellos, por eso habla de «NOSOTROS», cuenta con él y ha aprovechado ahora que el *Praefectus* de Egipto está fuera para hacerse con el control de *Alexandria*.

—No creas —se mostró discordante Vibia con tono coqueto—. Lucio Quinctilio es un arribista y un jugador, cambiaría de bando si cree que puede obtener mayor ganancia. Seguro que está aliado con Numerio Lupo de momento, pero dudo que se haya metido de lleno en la conspiración. Es listo y en extremo prudente, a la par que relativamente insignificante para pedir demasiado poder en el nuevo orden que quieren crear.

—Aunque así fuera, él tiene el control del puerto y las *Legii*. Ha elegido facción porque le habrán hecho promesas que, con toda seguridad, nosotros no podemos hacerle.

—Cierto querido Valerio, creo que intentar negociar con él sería en extremo delicado e infructuoso. Aunque escapar por tierra no nos da tampoco mucha ventaja.

—*Domina*, si me permites —pidió permiso Caio Mario—. Lucio Quinctilio estará dormido y no despertará hasta el alba.

—¿Cómo tener una certeza sobre eso? —preguntó el armenio mientras acariciaba a su hija en la cabeza sin dejar de abrazarla.

—Sencillo, es un animal de costumbres. No los cambia salvo en puntuales ocasiones como la fiesta de mi *domina*. Siempre va a dormir pronto y no permiten que lo molesten salvo extrema necesidad. Sus esclavos esperarán a que llegue el alba para avisarle de que no han vuelto los senadores.

—Si fuese cierto, eso nos dejaría varias horas de ventaja —reflexionó para sí Valerio—. En menos de una hora podríamos salir de la ciudad. Nuestro problema sería dónde ir y hasta dónde llegaremos si nos persiguen cientos de legionarios.

—Eso no ocurrirá —advirtió la viuda con una sonrisa—. El *Praefectus Classis* actúa siempre solo. No puede disponer de recursos ilimitados y sin explicar al *Praefectus* de Egipto luego por qué ha movilizado tantos hombres. No querrá comprometerse a tal nivel.

—Con que sea una cohorte auxiliar, ya nos quintuplicarán en número, al menos —admitió el Prefecto hispano—. Si además poseen caballería, estaremos en franca desventaja. ¿Y una carta al *Praefectus* de Egipto para explicarle la situación?

—Muy arriesgado, tengo mis dudas de si se ha quitado de en medio a propósito para no tomar ninguna medida que le comprometa —opinó la mujer con una ligera turbación en su voz—. No, estamos solos y no podemos confiar en nadie de aquí.

—La única opción de sobrevivir está fuera de esta provincia entonces.

—Estoy convencida de que solo basta salir fuera de *Alexandria*. Tenéis una buena opción: ir al puerto de *Tamiat*<sup>[77]</sup>.

—Es una distancia considerable —dudó Valerio—. Tardaríamos una semana aproximadamente en llegar y sin la certeza de saber si encontraremos alguna embarcación para llegar a Roma.

—No podéis ir a Roma directamente, ni cruzar hacia otra provincia —aclaró la mujer—. Hay que dar un rodeo. No sabemos en quién se puede confiar. No sabemos hasta qué punto está avanzada la conspiración o cómo de rápido se pueden mover nuestros enemigos.

—¿Alguna sugerencia? —quiso Valerio saber la opinión de los presentes.

—¿Qué tal Ravenna? Allí uno de los *Praefecti Classis* es Lucio Balbo, amigo nuestro y con toda seguridad, no está vinculado al complot —analizó con clarividencia Vesper.

—¿Es de confianza? —cuestionó Anakletos.

—Su amistad hacia nosotros es incondicional y fuera de toda duda posible —ratificó el Prefecto.

—En tal caso tenéis destino —confirmó Vibia—. Os daré algunos caballos y víveres para el camino.

—¿Y qué será de ti? —dijo preocupado Anakletos.

—No pueden hacerme nada. Soy de clase senatorial, influyente y amiga del *Praefectus* de Egipto. Intentaré mediar por vosotros, además alguien tiene que controlar a los prisioneros y daros tiempo. Y soy demasiado «vieja» para huir y sufrir las penalidades de un viaje como ese —bromeó.

—Le hablaré a Claudio de tu lealtad y apoyo, gratitud por toda tu ayuda. He descubierto a una amiga para la eternidad.

—Roma bien merece sacrificios. Ahora toma tus pertenencias con urgencia, no tenemos mucho tiempo —se pusieron todos en pie, listos para realizar los preparativos del viaje. Sin embargo, ella se quedó mirando fijamente a Valerio mientras hacía un gesto con la mano a sus leales servidores para que se quedaran.

—Vesper, encárgate de todo. Rapidez y precisión —ordenó su superior.

—Ahora mismo —comprendió de inmediato.

Alzados, aunque inmóviles, Vibia, Isela, Valerio, Caio Mario y Behrooz y Minoos se miraban unos a otros. Parecía que había mucho que decir entre ellos.

—Quiero que te acompañen Minoos y Behrooz en la expedición —pidió la viuda. Hubo una mirada de perplejidad y confusión—. Viejo amigo, me has servido bien y ya ha llegado la hora de separarnos.

—*Domina* no es lo que habíamos acordado —expresó en tono incrédulo.

—Sí, me dijiste que algún día te irías, pero te lo pido yo como última gracia, cuida de Anakletos y sirve bien a Valerio en esta misión. Te daré la paga de todo un año por ello. Además, no quiero que a Minoos le ocurra nada malo —acarició su cabeza.

El chico, con los ojos llorosos puso una mueca de pena. Ambos se abrazaron durante casi un minuto. Los asistentes sintieron una extraña pena ante la despedida.

—Cuida de Behrooz y sigue siendo tan bueno como siempre has sido —le dijo al chico secándole las lágrimas con la mano—. Valerio, espero que

cuides y recompenses su labor.

—Me vendrá bien la compañía —comentó con tiento.

—Te servirá bien. Resuelve problemas con notable soltura y es sigiloso como un ratón.

—La *domina* es muy amable —corroboró humildemente el oriental con marcialidad.

—¿Fuiste tú quien me ayudaste cuando nos atacaron en la «anguila risueña»? —casi parecía una afirmación del Prefecto.

—Así es. Mi *domina* me ordenó seguir tus pasos y mantenerte con vida.

—Gratitud —indicó el Prefecto inclinando el rostro en señal de respeto—. Pese a la desconfianza y a que se me utilizara para otros menesteres.

—Aprestaos para el viaje —ordenó con suavidad Vibia. Una vez que se hubieron ido, tornó al liberto—. Caio Mario, el más leal entre los leales, tengo una última misión para ti.

—No pienso abandonarte *domina*. —expuso firme—. No en estas circunstancias. He obedecido siempre todas tus órdenes, sin embargo, en esta hora oscura no puedo dejarte atrás.

—Precisamente por eso te necesito más que nunca y aquí conmigo no me sirves. Preciso de tu valor e inteligencia. Sé que podrás hacer lo que te voy a encomendar. El futuro de todos nosotros estará en tus manos.

—No sé si soy el más cualificado para...

—Si no lo consigues tú, nadie lo hará.

—Que la *domina* mande y yo obedeceré —agachó la cabeza en señal de abatimiento. Era evidente que no quería marcharse y exponerla a los peligros que le tendría allí, en *Alexandria*.

—Deberás ir al puerto al amanecer y buscar una embarcación que te lleve a Roma. Te entregaré una misiva que deberás entregar solo a Narciso. A él, y solo a él. En el caso de que no pudieras llegar a Roma, te entregaré otra para que vayas a Ravenna, para que se la des al amigo de Valerio. Intenta que nos ayude y que te proporcione los medios para que puedas llevarle el mensaje a Claudio.

—Haré lo que sea necesario.

—Valerio, me gustaría que le encomendaras a alguien que pudiese ayudarlo, para que no esté solo.

—Tengo a la persona adecuada para ello —sonrió al decirlo.

—Excelente. Toma tus pertenencias y ve despidiéndote de los demás.

Entonces se quedaron solos la viuda, el Prefecto e Isela. Se escrutaban con admiración y temor.

—Eres afortunada querida Claudia, pocos hombres he conocido tan intuitivos y resolutivos —rompió el hielo la *domina*—. Suele ser feudo de las mujeres. Es una pena que no nos podamos conocer mejor. Debes ser una gran mujer para haberlo cautivado así.

—Somos meros juguetes en manos de los dioses —respondió con serenidad—. Hacemos lo que podemos con el tiempo que se nos ha dado. Llegaremos al final, o no llegaremos.

—La resolución le viene de ti. Me alegro verlo —sonrieron.

—Hay algo no acabo de entender, ¿por qué te has metido en todo esto? —preguntó sin tapujos la germana.

—El César me salvó de la matanza de Seiano<sup>[78]</sup> y envió a mis hijos que estaban en Roma a las ricas tierras de Apulia de mi esposo. Yo estaba encinta y no podía viajar. Igualmente, intentó mediar por mi segundo marido, infructuosamente. Le estaré agradecida toda mi vida y le soy leal. Narciso también lo sabe. Vibia no olvida a quien le hace favores.

—Intuyo que la acogida en tu hogar era una prueba de tanteo y para evitar suspicacias contigo —razonó para sí el hispano.

—Certo —le reconoció con afecto—. Vi cómo eran en su vida diaria, buscando sus puntos débiles, a la par que tenía controlados sus movimientos. A los enemigos hay que tenerlos cerca. Por otra parte, Anakletos estaría tranquilo al tener al enemigo, Numerio Lupo, tan cerca. Si hubiera conseguido su objetivo, tendría una última posibilidad de hacerse con Kismet.

—Has pensado en todo —admitió sorprendido.

—Como no podía ser de otra forma. La cabeza está para usarla —bromeó.

—Seguiré sirviendo a Roma donde me lleven los vientos y espero que sea a un lugar donde nadie pueda hacernos daño.

—Has mostrado un talento especial para ser eficaz. Más que yo en mi terreno. Ocultas bien tus capacidades, eso lo noté desde que te vi. Los dioses te tienen reservado planes.

—Llevo escuchando eso toda mi vida, *domina*, pero no me gustan este tipo de situaciones.

—Nadie lo elije, pero desde luego no hubiera encontrado alguien mejor en quien confiar para llevarla a buen término. Que los hados nos sean propicios. Ahora partid, hay mucho que preparar.

—Que la Fortuna te sonría, Vibia —dijo antes de darse la vuelta y partir al campamento. Era una forma de mostrarle confianza.

## URDIENDO LA TELA

VIOLETA. Lo noche acababa y el cielo se lo indicaba a todo el que quisiera verlo, mostrando ese color precediendo la esperanza. Los demonios que habían estado presentes en las cabezas de los implicados en el hogar de la viuda Vibia desaparecían. Habían ganado un buen trecho sin ninguna oposición. Ni siquiera se habían cruzado con nadie. Tal vez llegarían pronto los problemas, pero al menos, la llegada de la mañana daba un hábito de posibilidades de que todo marchase bien.

Llevaban al menos cinco horas de camino, pero el peligro seguía latente en toda la comitiva, aunque la mayoría de los auxiliares no habían recibido explicación alguna. La expedición la componían Valerio, Isela, el pequeño Marcelo, su esclava Emilia, Anakletos, Kismet, Berhooz, Minoos, Vesper, Andros, Córax, Basso, Macro «el joven», Aquinas, Estitio, el *medicus* Adelphos, el prisionero egipcio Gyasi, unos pocos *calones* y unos cincuenta auxiliares más, junto con una decena de mulos y una docena de caballos.

En cuanto llegaron al hogar de Vibia, Basso fue avisado a toda prisa para que retornaran a la base de inmediato, aunque tardó un rato en encontrar a los *milites* que se hallaban dispersos entre diversos tugurios y mancebías, como era evidente. Al regresar todos juntos, encontraron el campamento preparado para salir de inmediato. Unos pocos, en estado evidente de embriaguez, creían que estaban viviendo una pesadilla. Algo le habían puesto en la bebida. Pero no era así. Nadie estaba dispensado, pronto se vieron a sí mismos recogiendo los bártulos para trasladarse.

Por otro lado, Gyasi, el infeliz que aceptó atacar a los hombres de *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*, fue perdonado a cambio de entrar formar parte de la unidad. Una muestra de magnanimidad, dijo el Prefecto. Precisaría de más gente si había confrontación armada. Eso o lo ejecutaba, de todas formas estaría muerto si caía en manos de Numerio Lupo o Ásper. Ese hombre tendría la oportunidad de redimirse aunque nunca podría decirle a ningún compañero que había sido el responsable del ataque en *Alexandria*. No obstante, comenzaron a circular rumores sobre él desde el principio. Gyasi

aceptó de buena gana, tomando túnica, *caligae*, *cingulum*, *gladius* y escudo precisamente del auxiliar que habían matado en el asalto. Sin embargo, le dieron una armadura de cuero muy gastada de otro. Una de las pocas que quedaban. No se había ganado la cota de mallas que fue recibida un veterano y que ya poseían la inmensa mayoría de ellos.

Pocas palabras se cruzaron en la columna, debían avanzar todo lo posible hasta la puesta de sol. Una jornada extenuante pero necesaria. Valerio sabía que debería decir unas palabras de aliento y explicación a sus hombres. Al menos una verdad parcial de lo ocurrido. Se las merecía. Pero esperaría a que llegaran a una parada de descanso al amanecer.

Todos iban a pie, absolutamente todos a excepción del pequeño Marcelo y Mino. No se excluyeron a las mujeres ni a Anakletos. Se compartirían las penurias. Los caballos se emplearon para no cargar demasiado al grupo, utilizando tres carretas para colocar pertenencias. La siguiente jornada se vería. El Prefecto quería mostrar a todos que ni siquiera aquellos extranjeros de alto rango tendrían privilegios. Lo cierto es que no se quejaron, aunque lo maldijeron para sus adentros ante tal incomodidad. Era una demostración de quién mandaría de ahora en adelante ya que sus vidas estaban en sus manos.

Al amanecer, extenuados, ordenó un alto en el lado oriental del lago Idku<sup>[79]</sup> para descansar y reponer fuerzas. Era el momento de hablar de provisiones. La logística sería fundamental, por lo que Vesper había hecho el cómputo de todo lo que poseían. Con lo que les había avituallado el ejército romano de Egipto y Vibia, tendrían alimento para cuatro o cinco días, tal vez más. Sin contar con la opción de comer *buccellati*<sup>[80]</sup> con gran desgana. Sin embargo, el mayor problema provendría de la falta de agua. Allí podrían abastecerse, pero por el intenso calor precisaban de grandes cantidades, no solo para ellos, si no para las bestias. Igual que el forraje, que sería un problema en cuatro días. Debían apretar el paso y hacer el recorrido en ese tiempo o habría que tomar decisiones drásticas, a la par que polémicas.

Mientras todos comían en silencio por el agotamiento, Valerio se subió en un pequeño promontorio y carraspeó. Isela y Vesper se colocaron algo más abajo pero cerca. La imagen de la confianza y el respeto. Junto a ellos, por petición expresa, Anakletos y Kismet. Cuando vio que todos le observaban, sin excepción, inició su disertación.

—¡*Milites* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*! Roma requiere de vuestro esfuerzo, dedicación y sacrificio —gritaba para hacerse oír, solemne—. Os ruego que disculpéis mi prestancia e imposición por esta marcha forzada. Os merecéis una aclaración de lo sucedido. Nos esperan duras

jornadas por delante y peligros. Todo esto se debe a una traición que nos ha impulsado a este viaje precipitado. Estos aliados de Roma están siendo perseguidos por unos enemigos internos que desean desestabilizar al Imperio. —señaló a los armenios—. Me he visto obligado, en contra de mis deseos, a actuar. Sé que es una situación poco apetecible, pero pensad esto: si tenemos éxito, el César nos recompensará como ya lo ha hecho en otras ocasiones — de forma progresiva, empezó a añadir énfasis a sus palabras y a subir el tono de voz—. Nuestro deber es con él. Tenemos su nombre en nuestra cohorte. ¡Hagamos Honor a ese privilegio mostrando por qué somos los mejores auxiliares y mantengamos prestas nuestras *gladii*! ¡No hay lugar para desleales y que los dioses sean testigos de nuestra causa justa y noble!

Irrracionalmente los *milites* se pusieron en pie y empezaron a gritar de júbilo por tal Honor. Solo unos pocos, por inercia y no ser castigados, lo hicieron de mala gana. Luego pasaron a los vítores y al grito de guerra propio.

—¡Honor, prudencia y gloria! ¡Honor, prudencia y gloria! —gritaban a coro.

La cohorte de Valerio se había apoderado del lema de la orden secreta. Habían visto a algunos de sus integrantes hacer el saludo y decir las palabras: desenvainaron sus *gladii*, se llevaron la empuñadura a su corazón; luego, con ese mismo brazo, echaron el codo hacia atrás y por último lo alzaron. Repitieron dicha operación hasta media docena de veces hasta que su oficial se dio la vuelta inclinando el rostro en señal de agradecimiento y respeto. Anakletos, sonriendo, se acercó al Prefecto.

—Veo que la manipulación es una de tus mejores armas —comentó con intención—. No has dicho toda la verdad.

—No la necesitan —replicó con desdén—. Son *milites*, necesitan motivación. Ya tienen dosis de realidad todos los días. Nosotros tenemos un vínculo ideal que también yo cumplo: la promesa de la unión en comunión entorno a Roma.

—Eres un idealista.

—No. Pero he creado un microcosmos aquí donde todos forman parte de una maquinaria bien engrasada y en la que pueden confiar. Yo no abandono a mis hombres y no dejaré que mueran sin que tengan algo en que creer.

—¿Una mentira?

—Mientras yo siga cumpliendo mis promesas y los proteja de la ingratitud de los poderosos, a los cuales no les importa su sacrificio, para ellos todo tendrá sentido. Creamos mentiras para protegernos de la oscura realidad que nos rodea.

—Algo que tú has creado para ellos.

—Toda la campaña depende de ello. Si todos cumplimos, algún día será real para todos. Incluyéndote a ti.

Y con esta respuesta, le dio la espalda y se fue a comer con su esposa, dejando turbado al armenio. Con sus palabras, se sentía ofendido por el insulto gratuito. Sin embargo, su forma de proceder, sincera o no, era efectiva. No podía negar el aura especial que desprendía y casi embrujaba. ¿Creía realmente en lo que decía o todo formaba parte de una teatralidad ensayada? Sea como fuere, ya estaba empezando a caer en su hechizo. Más de lo que le gustaría reconocer.

Con el alba asentado, Caio Mario estaba llegando al puerto acompañado de una persona que no conocía y de la que recelaba ligeramente. Se trataba de Aulo Valerio. Habían abandonado la *domus* de Vibia hacía no mucho tiempo, con los primeros rayos. Había dormido poco al igual que su acompañante que fue despertado para recibir instrucciones de su padre e irse a reposar como invitado en casa de la patricia hasta el amanecer. Para él, sería una oportunidad de probar su valía frente a su progenitor.

Muchos sentimientos se agolparon en el pecho del liberto, negándole un reposo tranquilo: incertidumbre, temor por viajar por mar, recelo por el destino de Vibia... No era un cobarde, se dijo a sí mismo, solo estaba preocupado. Aunque no podía negar que la situación en que le había puesto su *domina* le aterraba. Pero cumpliría como siempre, aunque fuese lo último que hiciera. Por deber, por Honor y por cariño.

Caio Mario examinó a su acompañante minuciosamente: parecía una persona honesta y parecía tener un encanto natural para tratar con la gente y, al menos, un mínimo de educación. Algo más joven que él, tenía una mirada despierta e inteligente. Una promesa.

Sus instrucciones eran claras: ir al *portus regius* y tomar la primera nave disponible en dirección al puerto de Ostia como plan A. Llegar a Roma era completamente prioritario para poner a salvo a su *domina*, y por ende, a Anakletos y toda la comitiva que iba con él. Debía equilibrar la balanza a su favor si todo iba como es debido.

—¿Estás seguro que admitirán pasajeros? —volvió a inquirir Caio Mario mientras recorría el lugar con la mirada y sin detenerse.

—He negociado con él con anterioridad, y por un módico precio seguro que lo hará —contestó con seguridad y paciencia Aulo Valerio—. La

prioridad es encontrar la nave y salir cuanto antes.

—Esperemos que no cierren el puerto.

—No pueden hacerlo.

—Es posible que comprueben a todos los que vayan a embarcar.

—Y seguro que lo harán, más aún sabiendo que iremos por delante de la escolta que nos da la marina.

—¿Qué haremos entonces? ¿Luchar?

—¿Sabes manejar una *gladius*? —preguntó Aulo divertido.

—He sido instruido en los últimos años. ¿Y tú?

—Entrenamiento elemental, no creo que sea rival para un *miles* bien adiestrado. No seremos un grave impedimento para un pequeño grupo de legionarios bien armados.

Antes de partir, ambos habían recibido una buena bolsa para los gastos e imprevistos del viaje al igual que una *gladius* para el liberto. El camino podía estar lleno de peligros. Como no podía llevarla, guardaba un permiso especial dictado por su *domina*, no muy útil en *Alexandria* en esos días. El aspecto de ambos era de jóvenes comerciantes romanos o griegos. No parecían orientales gracias a sus ropajes. Su arma estaba oculta en el poco equipaje que llevaban. Llamaría la atención si pendía de un tahalí a la vista de todos en un puerto.

Llevaban un rato paseando por el *heptastadium*<sup>[81]</sup>, sin saber si encontrarían al hombre que buscaban. Le habían asegurado a Aulo Valerio que un *magister navis*<sup>[82]</sup> al que le faltaba media oreja les acogería. Por una suma de dinero, claro estaba. Caio Mario dio un ligero resbalón con las heces de las gaviotas que provocó las risas de un grupo de marineros. Entonces vio que el capataz que los dirigía le faltaba medio pabellón auditivo. Tras comprobar la estabilidad del liberto, completamente avergonzado y con furia contenida se dirigió directamente a él.

—¿Se te ha perdido algo por aquí? —desafió poniendo las piernas abiertas y los brazos en jarra.

—Soy Aulo, tu *navicularis*<sup>[83]</sup> te advirtió que vendría —replicó con sencillez.

—Cierto, pero me dijo que sería solo una persona.

—Las cosas cambian.

—Entonces doble precio —seguía retando a Aulo. Caio Mario ardía en deseos de clavarle el *pugio* que llevaba oculto en sus costillas debajo de su nuez, como le había enseñado Behrooz.

—¡Es un robo!

—Pues espera a mañana.

—Pagaré lo convenido por mí y la mitad por mi acompañante. Por supuesto, nos iremos de inmediato.

—¿Me estás dando órdenes? —avanzó hasta ponerse tan cerca que el hijo de Sexto Valerio le olía el aliento.

—¿Qué crees que te pasaría si atacaras a un ciudadano romano honrado, amigo de tu *navicularis*? No molestaremos en absoluto —expresó resolutivo.

—De acuerdo —reculó tras meditarlo un instante—. Nos iremos cuando terminemos de cargar la embarcación.

Caio Mario sonrió. Vio que se trataba de un fanfarrón, un gallito que le gustaba mostrarse superior pero que al primer problema rectificaba. Lo que más le gustó es cómo su acompañante mantuvo la calma en todo momento. Ese chico estaba hecho de otra pasta. Quizás fuese útil su presencia.

En este momento, empezaron a entrar marinos militares armados, a paso ligero que se dirigían a los barcos atracados. Un escalofrío recorrió el espinazo de ambos.

—¿Estarán buscándonos? —preguntó Aulo intentando mantener las formas—. ¿Habrán cogido a mi padre o a tu *domina*?

—Muy pronto vamos a saberlo —sentenció el liberto—. No tenemos a dónde ir. Nuestro lugar está aquí.

El amanecer fue muy agradable, la calidez de la luz daba regocijo al cuerpo de Quintilio después de una noche demasiado fresca para su gusto. Con los primeros rayos de sol, se incorporó lentamente de su *triclinium*, se desperezó y bostezó con virulencia para que lo oyesen sus esclavos, una rutina aprendida. Al instante, apareció uno de ellos con una palangana con agua tibia en las manos y con las facciones de estar en pie hacía ya un tiempo. Mientras tomaba sus ropas y su *domine* se despejaba mojándose la cara, Ásper entró con una exhalación de enojo y evidentes síntomas de haber dormitado mal. Le seguía un semita armado con una *gladius* y semblante agrio.

—*Domine*, los senadores Numerio Lupo y Tito Calpurnio Avito no han regresado en la noche.

—¿Y qué? —su tono era calmado.

—Algo ha ocurrido.

—Evidentemente.

—¿Por qué nada se ha hecho?

—Me acabo de enterar por tu boca.

—¿Por qué? ¡Te lo dije a medianoche! —gritó mirando al esclavo personal de Quinctilio.

—Tengo órdenes estrictas de mi *domine* de no molestarle salvo urgencia —mostró su temor el esclavo.

—Tienes esclavos sin iniciativa —refunfuñó al decirlo pero nada más, asumiendo que era inútil.

—No habrán ido muy lejos —comentó pasivamente el *Praefectus Classis*. Tornó a su esclavo—. Avisa al centinela que hace guardia en la puerta. Dile que mande a algunos hombres y que no permita que nadie salga del *portus regius*. —se volvió al liberto—. Ve al cuartel de la *Legio XXII* pidiéndoles que me envíen una fuerte escolta armada de confianza.

—Inmediatamente *domine*. —obedeció con presteza el esclavo.

—¿No voy contigo a la casa de Vibia? —preguntó molesto el liberto.

—De ninguna manera —exhortó desafiante—. ¿Quién te crees que eres? Cuidado Ásper, tu arrogancia te va a costar muy caro.

—Sabes quién es mi *domine*. —lo retó.

—Un inconsciente como tú. ¿Te expondrás a que te vean y acabes en una cruz si todo se tuerce?

Tras dudar un segundo, se volvió a cumplir el cometido. Una vez que se quedó de nuevo solo en el *cubiculum*, tomó un espejo y empezó a acicalarse levemente. No tenía prisa. Quinctilio sabía contemporizar lo hechos y no precipitarse. Al fin y al cabo, no tenía de qué preocuparse. Sabía que la reflexión y la paciencia eran mucho más útiles que la prisa y la precipitación que, comúnmente, llevaban a cometer errores fatales. Había avanzado mucho en poco tiempo por su templanza y sagacidad. No iba a lanzarlo todo por la borda por un par de senadores ambiciosos.

En la *domus*, todos los que quedaron pasaron la noche en blanco, llenos de temor e incertidumbre. No solo la viuda Vibia, sus esclavos y asalariados. No. También Numerio Lupo, el Centurión Antonino Scaeva y cada uno de los legionarios. Ninguno sabía que le depararía la jornada siguiente, qué se encontrarían y cuáles serían las consecuencias de sus actos. Todo estaba en el aire.

Hacía ya un rato que el sol lucía en el horizonte y en el aislado hogar había un silencio casi tétrico, mortecino. Sería aproximadamente la *hora secunda*<sup>[84]</sup>.

Un guarda asalariado que estaba en la parte superior del edificio, bajó a la carrera para avisar de la llegada de una *vexillatio* con paso firme y decidido. Cuando llegaron al dintel, un esclavo le abrió sin necesidad de aporrearla. La *domina* estaba esperándoles en el *atrium*, perfectamente ataviada con vestimenta apropiada para la ocasión: *subucula*, *stola* y *palla* negra. Austera y de luto, ya que justo a su espalda, sobre un lecho mortuario con los pies hacia la entrada, estaba el cuerpo sin vida de Tito Calpurnio Avito. El suelo se había limpiado con minuciosidad. En cuanto al difunto fue preparado según el decoro debido, como no podía ser de otro modo:

Los romanos pensaban que el alma del difunto se escapaba en el último aliento, así el familiar más allegado recogía el último suspiro antes de la muerte. En este caso, fue la propia Vibia. Luego, se pronunció su nombre tres veces para asegurarse de que había fallecido, es lo que se llamaba *conclamatio*. Se lavó y perfumó, vistiéndolo acorde a su nivel social. La ley prohibía los lujos en los funerales, pero permitía decorar al muerto con una corona de laurel y dos monedas sobre sus ojos a la manera griega para pagar a Caronte, el barquero que debía llevarle por la laguna Estigia hasta la otra orilla, en el mundo de los muertos. También Vibia ordenó que realizara una máscara funeraria en cera, que luego serviría para hacer un busto del difunto con el que recordarle. Esto llevo buena parte de la noche bajo la más estricta supervisión de la *domina*.

Al encontrar dicha escena, los legionarios, muchos de ellos supersticiosos, mostraron respeto y no siguieron avanzando hacia dentro. Incluso el propio Quinctilio alzó el pulgar, el índice y el meñique de su mano derecha ante el espectáculo, como señal de respeto y buenos deseos, a la par que ahuyentar los malos espíritus. La mujer, en su sitio, como dama de alcurnia, no se movió en ningún momento. Hacía de anfitriona, como si estuviera recibiendo a los invitados más que como servidores del Imperio. Por su parte, el *Praefectus Classis* avanzó lentamente hasta ella y habló con voz queda.

—¿Qué ha pasado aquí, Vibia?

—No he sido yo —dijo con voz quebrada—. Ni ninguno de los que me sirven. Nunca atacaría a los representantes de Roma y del César. Lo sabes bien.

—¿Pero qué ha ocurrido? —repitió con abatimiento. Todo se estaba complicando.

Con todo detalle y parsimonia, describió la llegada de los senadores, el asesinato de Calpurnio Avito por parte de Numerio Lupo, las amenazas hacia los presentes y la detención gracias a Valerio y sus auxiliares. No tenía

sentido ocultar nada de eso. Lucio Quintilio escuchó todo en silencio y sin mostrar ningún tipo de emoción.

—¿Hacia dónde han ido?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —mintió—. ¿Crees que me lo dirían? Saben que confesaría a la primera oportunidad para evitar cualquier daño.

—¿Y por qué has protegido a Anakletos?

—Recibí estrictas instrucciones desde Siria.

—¿De quién?

—Ya sabes de quien, no me tomes por necia. Lo sabes todo. No podía rechazar nada.

—Eres una mujer sumamente inteligente.

—Yo no sé nada de política, ni he querido participar en ella como bien sabes. Mi interés se basa en la riqueza y los lujos que pueda permitirme. De ahí mis orgías y mis acuerdos comerciales. ¿De qué me sirve involucrarme en la política si no voy a obtener nada?

—¿Qué dirección tomaron? —vio lo estéril que sería presionarla.

—No quise saberlo, pero creo que Sur. Si después viraron al Este o al Oeste, ya no lo sé. Ya tengo mis propios problemas.

—¿Cómo cuáles?

—Como explicar que hace un patricio muerto en mi hogar.

—Y albergar a un secesionista.

—Yo no sé nada de eso. Daré explicaciones al *Praefectus* de Egipto si es lo que deseas.

—Podría ejecutarte por ello.

—No es tu jurisdicción —jugueteeó con él la viuda—. Y si lo hicieras... ¿cómo lo explicarás en Roma a los senadores, a mis amigos y al propio César?, ¿o al propio *Praefectus* de Egipto? Te podría ocasionar quebraderos de cabeza, no avanzar en tu carrera política, el ostracismo o incluso tu propia condena. Es un riesgo elevado para un ecuestre que ha despuntado hace muy poco, ¿no crees?

—O podría encarcelarte temporalmente hasta que todo se aclare.

—Podrías. Pero no lo harás. Todo el mundo en *Alexandria* sabe que no ambiciono nada más que vivir mis últimos días en paz aquí, en mi retiro dorado de la corte. ¿Quieres encarcelar a una pobre viuda desvalida, con un hermano incapaz y que ha sufrido tanto? —esto último lo dijo con una nota de teatralidad. La sociedad romana era muy sensible con las viudas, usando en ocasiones esa pena como arma.

—Liberad a los prisioneros. Deben estar en la bodega —ordenó a los legionarios a su espalda mientras clavaba su vista en ella. Un corto silencio y prosiguió—. Solo busco esclarecer qué está ocurriendo aquí.

—Como todos —expresó con intención. Ninguno de los dos decía la verdad al completo—. Y espero que no te equivoques en la decisión que tomes.

—Igualmente, *domina*. A veces héroes y villanos se confunden.

El mundo de los poderosos estaba regido por la hipocresía y las malas artes. Ir de frente y con la verdad por delante era un suicidio político. Se debía ser más astuto y utilizar argucias. Aunque Vibia había elegido bando, sabía cómo mostrarse forzada, sin contar con la supuesta sumisión de su género. Muchos hombres no la tomaban en serio por ello. Mejor para ella, era un arma letal menospreciarla. En el caso de Quinctilio, que no había tomado una posición totalmente definida, se estaba viendo atrapado y debía tomar medidas para no caer si la situación se inclinaba en su contra. Siempre lo había hecho así y había salido airoso. Tenía un plan y lo cumpliría escrupulosamente. Y su plan era siempre flexible.

En cuanto entró en la sala Numerio Lupo con aspecto cansado y los ojos rojos por haber pasado la noche en vela, apretó los labios y se enderezó para darse dignidad.

—Pagarás por esta afrenta —prometió el senador con voz queda.

—Todo se andará —cortó el *Praefectus Classis*—. De momento se quedará confinada en su *domus*, custodiada por media docena de *milites*. Solo sus esclavos podrán salir a hacer compras en un breve lapso de tiempo cada día hasta que todo se aclare.

—Es mi principal deseo —indicó la viuda. Se despidieron con frialdad y fueron a salir del recinto—. Lucio Quinctilio, ¿qué hay de Tito Calpurnio Avito?

—Numerio Lupo informará a la familia. En cuanto a su cuerpo, se quedará aquí los ocho días correspondientes, como exige el decoro.

Esa fue su primera y pequeña venganza. Muy mezquina y estúpida desde el punto de vista de la mujer. Aquel joven muchacho que había dejado este mundo era imprudente, confiado y arrogante, pero tenía buenas intenciones. Tampoco le importaría velarlo y además, se ganaría el respeto de la *gens* Calpurnia, una de las más importantes e ilustres. Tal vez fuese la intención de Quinctilio pensándolo bien, se dijo. Sí, era demasiado inteligente para dejar cosas al azar. Jugaba a dos bandas.

En cuanto salieron por la *porta* y se cerró tras ellos, Numerio Lupo tomó de la túnica a quien le había sacado de su cautiverio.

—¡Por todos los dioses del averno! ¿Por qué has tardado tanto en venir? —se encaró.

—¿Por qué has matado a Calpurnio? ¡Y suéltame de inmediato!

—Era un espía de Claudio —le soltó con desprecio y prosiguieron caminando—. He llevado esta farsa hasta donde he podido.

—Has complicado las cosas.

—Tendré testigos de que lo ha hecho Valerio o Anakletos, según convenga tanto si sale bien, como si sale mal.

—Si sale mal, poco importará eso.

—Pues para eso tienes que actuar con presteza. Hemos perdido un tiempo muy valioso.

—¿Para quién? —inquirió el ecuestre—. No irán muy lejos. El puerto lo controlo yo. Habrá ido hacia el Este buscando alejarse todo lo posible de *Alexandria*. Se ha llevado a sus hombres así que tenemos tiempo de alcanzarles.

—Manda a todos los legionarios disponibles a que...

—Ni hablar —cortó raudamente—. Eso conllevaría pesquisas por parte del *Praefectus* de Egipto. Mejor que no se meta en estos asuntos: seguramente será leal a Claudio. Debo tantearlo primero. Mandaré una disminuida cohorte auxiliar y los elementos que pueda de caballería para hostigarles.

—¿Será suficiente? No quiero correr más riesgos.

—Deberá serlo —tornó hacia el Centurión—. Scaeva, sé que has pasado una larga noche pero necesito que vayas al *portus regius* y examines las embarcaciones. Mercancías y tripulantes. Puede que intenten hacerles llegar a Claudio algún mensaje.

—Así se hará —tomó la delantera con la mitad de los hombres disponibles que habían llegado en la mañana. Los de la noche los escoltarían e irían al campamento.

—¿Crees que serán tan necios como para intentarlo? —se extrañó el senador.

—Cuando sabes de las necesidades de tu enemigo, se requieren de medidas desesperadas. Utilizarán artimañas, de eso estoy seguro aunque, para serte sincero, no veo probable que lo hayan considerado siquiera. Ahora a mi *domus*. Hay muchos preparativos que realizar.

La situación en el puerto no pintaba demasiado bien para Caio Mario y Aulo Valerio. Seguramente se habían precipitado al intentar partir el mismo día de haber sucedido todos los acontecimientos en el hogar de la viuda. Tal vez deberían haber esperado algo más pero ya era tarde. Lamentarse no serviría de nada. Ahora solo podían mantener el tipo y rezar a todos los dioses para que no fuesen descubiertos y ejecutados o, peor aún, interrogados y torturados. Intentaron quitar esos pensamientos de sus cabezas mientras descansaban sobre un saco bien atado de grano egipcio. Uno de tantos que partían para Roma como era habitual.

Cuando accedió el Centurión Scaeva con varios legionarios, a ambos les dio un vuelco el corazón. Seguro que iban a por ellos. Para Caio Mario fue aún peor: lo reconocía por las ocasiones en que lo había visto; la última, aquella misma noche. Los marinos militares habían bloqueado la salida de barcos por el momento. Seguramente ese oficial sería quien diera permiso a las naves para salir tras el registro de las mismas. ¿Reconocería a alguno de los dos?

—Lo ha mandado a interceptarnos —sentenció Caio Mario—. Estaba por la noche con Numerio Lupo.

—¿Puede reconocerte? —indagó Aulo Valerio.

—Tal vez. Si es observador. Buscará referencias.

—Yo tengo las mías propias. No están vinculadas a las de mi padre.

—Pero tu *nomen*<sup>[85]</sup> puede delatarte...

—Efectivamente... Pero también es bastante común.

—En cuanto vean mi *gladius*...

—Eres nervioso Caio Mario. Mantén la calma. Has pasado demasiado tiempo al amparo de tu *domina*. El truco con los legionarios es mostrarse tranquilo en todo momento. Son como los perros: huelen el miedo y si es así, te morderán. Déjame hablar a mí y aprende para la próxima.

Scaeva y sus secuaces habían registrado las primeras embarcaciones que iban a salir. Ahora iba a la octava, en la que irían los dos perseguidos. Su rostro denotaba cansancio y cierto enfado por la labor encomendada. No estaba para juegos. Le rodeaban una decena de legionarios y otros tantos marinos. La cara de perro domesticado del Centurión estaba marcada por unas oscuras ojeras y una expresión agria.

—¿Cuántas más quedan? —espetó desagradable al marinero a su lado.

—Esta y otras dos más por hoy —resolvió la duda señalando la nave.

—Acabemos de una vez. ¡El *magister navis* que venga aquí de inmediato!  
—gritó posando un pie en el amarradero.

Asomándose por la barandilla de la embarcación, apareció el mencionado destacando siempre la falta de media oreja. Aulo Valerio y Caio Mario se encontraban a unos pocos pasos de la comitiva, aunque ninguno había reparado en ellos, tumbados sobre sacos.

—Aquí estoy —expresó el *magister navis* con aire distraído, mientras los marinos militares registraban con rapidez el interior.

—¿Destino? —comenzó el interrogatorio con formalidad.

—Ostia.

—¿Mercancía?

—Trigo, fruta, cáñamo, conchas, marfil, especias y papiro.

—¿Tripulación?

—Once y dos pasajeros.

—¿Qué pasajeros? —preguntó con intención a lo cual señaló a los dos. Scaeva, con paso firme se acercó a ellos—. ¿Quiénes sois?

—Me llamo Aulo Valerio, estoy estableciendo una ruta comercial desde varios puntos a Roma. El *magister navis* puede confirmarlo, he venido a Egipto desde Fenicia para establecer otra ruta comercial. Me he albergado en la posada «el zafiro del Nilo» que...

—Sé dónde está —cortó con avidez—. Un poco tarde para iniciar una aventura comercial.

—Cerrar acuerdos lleva tiempo. Es el último viaje.

—Sea. ¿Y tú quién eres? —tornó a su acompañante.

—Me llamo Mario... Caio Mario —expresó con flema que intentaba ocultar sus temores.

—¿Y tu *nomen*?

—No tiene —intervino Aulo—. Es un liberto asalariado. Lleva las cuentas.

—Entiendo.

El rostro del Centurión demostraba que no había reconocido a Caio Mario y había perdido todo interés en él. Por el momento se centraba en Aulo Valerio quien sonreía para sus adentros por la sencilla historia que le había contado, que en un principio podía haber sido real. Un hombre como él no se fijaba en esclavos y libertos en una gran *domus* como la de Vibia, apabullado por el lujo y la riqueza. Solo veía ropas vacías que llevaban el peso del trabajo del hogar.

—¿Podemos zarpar, Centurión? Mi *domine* no querrá demoras y el *mare clausum*<sup>[86]</sup> se acerca —preguntó con tiento.

—¿De qué me suena tu cara?

Durante un instante los dos quedaron petrificados y en silencio, aterrorizados por el hecho de ser capturados y fallar en su misión. Nadie dijo nada, nadie se movió. Expectantes. Salvo Caio Mario que disimuladamente pasó su mano al *pugio* que llevaba oculto en su espalda, preparado para clavárselo a Scaeva ante el primer indicio de peligro. La tensión entre todos los presentes era latente hasta que las facciones del interrogador se relajaron.

—¡Ya lo sé! ¡Te vi el otro día con Medea cerca del *Paneum* y ese día estaba libre! Eres un cabrón afortunado por poder contar con su presencia fuera de la mancebía —sonrió socarrón. Todos los demás suspiraron, incluyendo los legionarios, pero estos se desengañaron por tener que seguir buscando a los fugitivos.

—Intentaba tentarla con una oferta para adquirirla para mi *domine*. No la aceptó —mintió Aulo. Su padre le pidió que la acompañara tras darle el nombre de Sekani como responsable de todo.

—Me alegro que todavía sea nuestra. Iros ya y, ¡no intentéis quitarnos a nuestras mujeres!

Con una breve risotada del Centurión y una sencilla reverencia, cada uno fue por su lado a seguir con las tareas encomendadas. El registro terminó pocos minutos después y Scaeva prosiguió en la siguiente nave. Mientras tanto, Caio Mario y Aulo Valerio se sentaron otra vez, casi abatidos por la tensión.

—¿Cómo sabías que no me reconocería? —preguntó intentando templar aún sus nervios.

—Muchos no se fijan en un simple *domesticus* de las *domus*. —explicó sonriendo—. Un hombre tosco y avaricioso como este solo observa lo que le interesa, sin reparar en que todo en el entorno puede ser importante. Además está aún más cansado que nosotros.

Caio Mario asintió meditabundo. Lo había infravalorado, puede que ese joven diese una oportunidad a la misión. Tendría que sacar todos sus recursos y desenterrar la nariz de los rollos, tablillas de cera y papiros para afrontar la primera vez que no estaría bajo la protección de su *domina*.

—¿A qué esperáis *stultissimi*<sup>[87]</sup>? —gritó el *magister navis* desde el interior de la nave—. ¡Vámonos antes de que a los legionarios les dé por retenernos más en el puerto!

Como un resorte, se pusieron en pie y subieron de inmediato. Ni un instante más de lo necesario en Egipto. Segundos después, soltaron amarras y empezaron las operaciones para encauzar la salida del *portus regius*. Estaban

expectantes y deseosos de estar en mar abierto. Podían cambiar de opinión y toda la misión se iría al garete.

Un breve lapso de tiempo después, Ásper entraba montado a caballo, quien no se fiaba de las cualidades del Centurión y fue buscando con la mirada los tripulantes de las embarcaciones. Varios segundos después, posó su mirada en Caio Mario.

—¡Scaeva! ¡Detén ese barco! —gritó señalando al liberto de Vibia—. ¡Que no escapen, por todos los dioses!

El Centurión tardó un par de segundos en reaccionar, tal vez por el cansancio, tal vez por el desprecio que sentía por el liberto o quizás porque estaba irritado por el peligro que un equino corriera por allí. Sobrepuesto, mandó interceptar la nave. Pero ya era tarde, por suerte para Caio Mario y Aulo Valerio. La embarcación estaba embocando hacia la salida al mar.

—¡Manda arqueros! ¡Lanza proyectiles! ¡Mátalos de inmediato! —espetó Ásper con rabia.

—¿Estás seguro de que son ellos, liberto? —dudó Scaeva tragándose su orgullo como podía.

—¡Por supuesto, maldita sea!

—¡Arqueros posicionaos y disparad! —se tornó a él otra vez—. Espero que no te equivoques.

Mientras los escasos arqueros que había disponibles salían a escape bajo los gritos del Centurión y Ásper, el *magister navis* del barco, quien no se había dado cuenta hasta ese momento que los gritos iban por ellos, fue directo hacia Aulo Valerio.

—¡Por los dioses del averno! ¿Qué está ocurriendo aquí? —le increpó casi pegado a su rostro.

—Mejor que no lo sepas, en cualquier caso ya no puedes volver —expresó con flema.

—¡Claro que puedo! ¡No quiero acabar en una cruz!

—Así acabarás si dejas que nos atrapen, o asaeteado si no aceleras de inmediato —clavó su mirada y además, Caio Mario desenvainó su *gladius* de debajo de su equipaje con expresión desafiante—. ¿Crees que te vas a librar dando la vuelta? ¡Has dejado en ridículo a un Centurión!

—¡La Fortuna se mea en mi cara! —gruñó girando sobre sus talones—. ¡Demos velocidad a la nave muchachos!

El *magister navis* entendió que no había nada que pudiera hacer salvo proseguir adelante. Sacaron remos, un recurso añadido, cuatro a cada lado, uno dirigía, ocho remaban y dos encargados del velamen para impulsarse con

más ahínco. Una organización eficaz para intentar darles ventaja contra algún posible pirata del Mediterráneo, una amenaza poco probable desde hacía décadas pero no erradicada.

Sin embargo la alegría no duró mucho. Una descarga de flechas cayó sobre ellos. Solo había seis arqueros, pero cinco de las flechas alcanzaron el interior aunque no acertó a ninguno de sus tripulantes, impactando en los alrededores del morro de la embarcación. Ilesos de momento.

—¡Dadle garbo a los remos, malditos comefalos! —gritó el *magister navis* esputando.

—Al menos no son incendiarias —se consoló Caio Mario ocultándose tras un saco.

—Deberíamos soltar lastre —aconsejó Aulo colocándose tras el mástil.

—¡De eso nada! —enfaticó el *magister navis*—. ¡Si salgo de aquí pobre como una rata y con deudas, prefiero morir!

Otra descarga cayó sobre ellos, en este caso, otras cinco flechas, que tampoco hirieron a nadie de milagro. Pero la distancia a recorrer para estar fuera de alcance estaba cada vez más cerca.

Y otra descarga más, en esta ocasión solo cuatro se internaron en la nave, en la parte trasera, y una impactó sobre Caio Mario, en su gemelo derecho, lo cual le hizo dar un alarido de dolor.

—Mario, aguanta. Sigue a cubierto. Estamos a punto de estar a salvo —le animó el joven Valerio.

De la cuarta descarga, solo dos llegaron a su destino, impactando una en uno de los marineros que remaba. Concretamente en su antebrazo izquierdo. Sin pensarlo un segundo, Aulo Valerio corrió hacia él y lo sustituyó. Al otro remo en paralelo estaba el *magister navis*, sudando profusamente.

—¡Un último esfuerzo! —exhortó el hijo del Prefecto tomando el ritmo acompasado del otro.

En la quinta descarga, solo una impactó en el casco, el resto cayeron mansamente al mar. Ahora sí estaba claro que se encontraban fuera de peligro. Sin embargo, durante algunos minutos más siguieron bogando con fuerza para sacar una mayor distancia. Finalmente el cansancio hizo mella y pararon simultáneamente. Tras recuperar levemente el resuello, el *magister navis* clavó su mirada en Aulo.

—Me encargaré de los heridos... —la respiración todavía era agitada—. Espero una buena explicación y alguna garantía u os lanzaré por la borda.

—No será un problema —explicó el joven Valerio aún agitado aunque mostrando una sonrisa conciliadora.

Ásper soltaba sapos y culebras por la boca mientras maldecía la mala puntería de los arqueros, la falta de iniciativa de Scaeva o su poca atención en el interrogatorio. Todos se habían quedado como estatuas de sal, con cara de bobos sin saber qué hacer. Él, resolutivo como siempre, dejó a un vigía que viera el rumbo que tomaban y salió a galope tendido a la *domus* de Quintilio. Debía informar y aconsejar con rapidez antes que la distancia entre ellos fuera demasiado grande para que se les escurrieran entre los dedos. Dentro del *cubiculum* del antiguo amigo de Valerio también se encontraban su esclavo personal y un semita llamado Asael.

—Ha sido una buena jugada de Valerio, ha aprendido mucho —reconoció calmado el *Praefectus Classis*—. Un doble frente dificulta las cosas. Tenemos que actuar con presteza antes de que sea demasiado tarde.

—Es evidente que les alcanzaremos en el mar si salimos prestos. Y si escapan, con Asael en Roma... —expresó Ásper controlando su ira—... allí conozco una serie de *sicarii* que actuarán de forma efectiva por unas cuantas monedas.

—*Domine*, si me permite, ese no era el acuerdo que teníamos —afirmó el semita—. Yo debía dar caza a Valerio y Vesper.

—Las cosas han tomado un curso distinto y debemos adaptarnos.

—Cierto —cortó Quintilio—. Pero para esta misión se requiere más cerebro que músculo. —Hizo una pausa dramática y sonrió—. Según me has informado, van el liberto de la viuda Vibia y crees que el hijo de Valerio. No son hombres duchos en el uso de las armas pero seguramente gente que usa el seso. En eso, tú eres más útil que Asael que aquí puede resultar más necesario.

—Pero...

—Está decidido —sentenció alzando la mano—. Tomarás un *trirreme* que partirá hacia Ostia de inmediato con una docena de auxiliares de confianza. Tómalo e intercéptalos antes de que informen a alguien de lo sucedido. Sustrae cualquier información que lleven.

—De acuerdo, *domine*.

La expresión taciturna del liberto albergaba resentimiento. En los últimos años se había visto arrastrado por una vorágine de hombres más inteligentes y menos manipulables. La Fortuna le estaba llevando a un destino cada vez más ennegrecido y peligroso. Pero no le quedaba otra. Su ambición le llevaba hasta estos derroteros. Sin embargo, su resolución era firme. Llegaría hasta el final. A menos que el viento cambiara y hubiera una opción mejor. No sería la

primera vez. Pensándolo mejor, alejarse de *Alexandria* y estar más cerca de Roma podría darle ventaja. Sí, sabía darle la vuelta a lo funesto. Era la única forma de sobrevivir en la Roma que todo lo engulle y donde los poderosos utilizaban a los más pobres y humildes para su beneficio propio. Algún día esperaba tener dicho poder.

Una vez que hubo salido, el *Praefectus Classis* tornó hacia el semita.

—Me interesa saber tus motivos para aliarte con Ásper —su tono era tranquilo y reposado, recalcándolo desde una posición reclinada con la manos entrelazadas.

—Un objetivo común —respondió con sencillez.

—¿Y cuál es ese?

—Su *domine* quiere a Sexto Valerio muerto, y yo también a Vesper.

—¿Por qué?

—Un asunto personal.

—Con eso me vale —se satisfizo mostrando una sonrisa—. Espero que tu resolución sea tan firme como tu mano.

—Aún más.

—En tal caso, ya está casi preparada la expedición punitiva. Irás con ellos y te asegurarás que no quede ni uno solo de sus miembros con vida, empezando por Vesper —indicó para complacerle—. Igualmente, deberás traerme cualquier documento que posean y entregármelo solo a mí.

—Así será.

—Si tienes éxito, serás bien recompensado. Ahora ve, dile a Numerio Lupo que te envió yo. Lo encontrarás agrupándose en la puerta Canope.

Con una breve inclinación de cabeza salió raudo. Quintilio percibió con facilidad que, como todos los judíos, porque estaba claro que era uno de ellos, sentía aversión por los romanos. Tenía un objetivo y lo utilizaría para sus fines. Mejor así. Estaba claro que le motivaba la venganza y eso podía llegar a ser más fuerte que la suma de oro más grande pagada. Así pues, la elección era excelente. Y si no, sería desechable como todos.

Asael, al llegar a la puerta Canope, se encontró menos hombres de lo que esperaba en un principio. Numerio Lupo poseía una cohorte auxiliar disminuida, contó a ojo unos 250 hombres, una sección reducida de équites, unos 20, que actuarían como avanzadilla y para acabar, 20 mercenarios mauritanos de infantería ligera que había contratado en última instancia. Estos

últimos, parece ser que iban a tomar una nave de regreso cuando el senador los contrató a bajo precio.

Si bien la diferencia en infantería era casi de cinco a uno, y que Valerio no poseía caballería, a Asael le embargaron las dudas al ver los rostros de aquellos hombres. Muy pocos parecían que hubieran luchado en alguna ocasión. El equipo era ligero y poco cuidado en general. Muchos eran mayores o muy jóvenes. Y todo esto unido a la arrogancia de Numerio Lupo que, montado en un corcel negro y con una *lorica*<sup>[88]</sup> de buena factura, se creía todo un Legado en busca de nuevos territorios que conquistar. Miraba al infinito recordando viejas gestas, seguro, olvidando su cansancio. Solo había reposado otras dos horas. Al menos era buen administrador, los preparativos estaban bien ejecutados y la intendencia organizada. Sin duda esperaba que la superioridad numérica fuese más que suficiente para vencer a su enemigo. Tal vez la egolatría que sufría el senador en ese momento pudiera ser una herramienta útil. Rogaba Yahveh para que así fuese.

Cuando por fin el patricio miró a la cara al semita, hizo un gesto y un Centurión le indicó que fuera con los mercenarios. Asael tenía un mal presentimiento. En cualquier caso, los números les favorecían y llegados a la frontera con otra provincia, el Prefecto tendría aún más dificultades que ellos.

Era la *hora sexta*, pasado el mediodía, en plena hora de calor, la expedición punitiva se ponía en marcha.

Al alba del día siguiente el grupo de Valerio se movilizaba sin queja alguna por parte del personal. Al llegar el ocaso, montaron un sencillo campamento temporal junto a la orilla derecha del primer gran brazo del Nilo y descansaron todos. Muchos estaban exhaustos y cayeron rendidos en los brazos de Morfeo. La caminata había sido prolongada y dura, bordeando los asentamientos de *Canopus* y *Menouthis*. Demasiado cercanos a *Alexandria*, para ser una opción viable y escapar de las garras de los conspiradores. Sin embargo, habían adelantado un trecho suficiente como para saber que no les alcanzarían, con suerte, hasta dentro de dos días si iban a marchas forzadas. Al ser un corto número, el avance era mucho más eficiente y rápido. Seguro que sus perseguidores contaban con caballos y mayor número, pero serían más lentos. No obstante, todo eso no importaba aquella noche. Había que retomar fuerzas para las jornadas que quedaban, arduas y llenas de incertidumbre. Con los mínimos guardas para la noche. Todos consiguieron reposar en paz. Al menos de momento.

Se convirtió en rutina las largas marchas a paso rápido con un sol abrasador sobre ellos, y la seca arena bajo sus pies. Al tercer día de marcha y casi a la mitad del recorrido, Basso, que iba en la retaguardia con sus *velites* fue a la cabeza donde se encontraba el Prefecto. Casi no se departían órdenes, todo el mundo sabía qué hacer. Solo había una preocupación inmediata: encontrar agua. Todos los días gastaban grandes cantidades. Gracias a los dioses, encontraban fuentes donde reabastecerse, sin embargo pronto sería un grave problema. Por otro lado, sus invitados y acompañantes, por el momento no pretendían sociabilizar. Especialmente Berhooz y Minoos. Cada uno estaba inmerso en sus pensamientos sin dejar que nadie entrase en ellos. En la soledad del camino del delta que, aunque había campesinos labrando la tierra, eran completamente ignorados, lo que incitaba al encuentro con sus dudas.

—Prefecto, tenemos compañía —informó el africano con voz monótona.

La expresión impasible de Valerio contrastó con el cruce de miradas con todo su entorno: Vesper, Anakletos y Andros. Luego sonrió.

—Tal y como era de esperar. ¿Los has visto?

—No, parece que es solo la avanzadilla, se ve el polvo que levantan los cascos de los jinetes.

—Pretenderán acosarnos mientras la infantería avanza —opinó Vesper.

—Puede ser —señaló Valerio—. No ralentizaremos nuestra marcha. Es lo que quieren.

—Lo hará —espetó seco Vesper, mostrando lo que era evidente.

—Pues no más de lo necesario —lo dijo con una mirada jactanciosa—. Que los hombres de Córax se unan a los tuyos en la retaguardia Basso. Mientras tanto, los demás seguimos sin descanso. Si quieren guerra, la tendrán. —tornó a Anakletos—. Tú has hecho este camino. ¿Hay algún punto donde poder tender una emboscada? ¿Un molino, una aldea...?

—Hay un paso para cruzar otra de las ramificaciones del río un poco más adelante —afirmó con seguridad—. Y creo que a una jornada, quizás algo más, hay una pequeña aldea junto a otro paso de otro caudal. Luego al final de la siguiente jornada, un poblado junto a un oasis. Un día más y llegamos a nuestro objetivo. Avanzamos rápido, así que no puedo ser más exacto.

—Es lo que necesito oír. Debemos llegar allí —exhortó con vehemencia—. Y lo lograremos. ¡Todavía no saben a quiénes se están enfrentando!

## REFLEJOS EN EL OASIS

GRIS. Como los ojos de Anakletos. El cielo de ese día aparecía triste y melancólico, mostrando que se acercaba inexorablemente el otoño. Sin embargo no parecía que trajera agua. Sería un prodigioso espectáculo ver la lluvia en el desierto, aunque dificultase el avance de la columna. Para muchos supersticiosos, esa gama del gris, un tono parduzco, auguraba un mal presagio. Puede que avisara del advenimiento de algo, reflexionaba en silencio Berhooz. La duda era para quién, para los perseguidores o los perseguidos. A lo mejor ambos. Nadie estaba a salvo de la ira de los dioses cuando se encolerizaban.

Durante la jornada anterior la caballería estuvo hostigando la columna de Valerio sin prácticamente bajas por ambas partes. Dos hombres y un caballo por parte de los atacantes y un auxiliar por los defensores. Nada grave. Sin embargo, tácticamente, la caballería había cumplido su objetivo: retrasar todo lo posible el avance hasta que llegase la infantería al mando de Numerio Lupo. No obstante, Valerio llegado a un vado del Nilo indicado por Anakletos, pudo formar una defensa estática y coherente, rechazando sin bajas a la caballería. Así pudieron pernoctar en el margen derecho pudiendo tener un mínimo de descanso.

Antes del amanecer, habían comenzado el avance, intentando ganar un poco de tiempo. Bajo el manto grisáceo de aquella mañana, una desagradable sorpresa les esperaba: los perseguidores tal vez hubieran descansado un poco en el camino, pero no habían dormido demasiado ya que habían ganado terreno y la caballería aparecía en el horizonte para volver a cumplir su papel. El Prefecto volvió a convocar a sus favoritos, junto a Anakletos, Kismet, Berhooz, Minoos e Isela. Todos caminaban en primera línea, lejos de oídos curiosos e indiscretos.

—Hablando mal y pronto, la situación es un detrito —comenzó a decir sin tapujos Valerio—. Nos queda comida para dos días, puede que tres. En cuanto al agua, para mañana no quedará una gota. Esta parte es salobre y no encontraremos demasiada. Por otro lado, según Anakletos podríamos alcanzar

la aldea al final de la jornada. Pero debemos forzar el avance, los tenemos demasiado pegados a los talones.

—Creo que veremos a la infantería al anochecer si la caballería sigue incordiando —aportó Vesper.

—Mis hombres seguirán protegiendo la retaguardia con los de Basso —expuso Córax.

—Creo que ahora toca que mis hombres releven a los tuyos —sugirió Andros mirando al *optio*. El Prefecto afirmó con la cabeza—. No puedes acaparar todos los méritos —acabó con una sonrisa triste.

—Y dime, ¿en esa aldea venceremos? —preguntó Anakletos.

—Al menos tendremos una posibilidad. Nos superan con toda seguridad varias veces en hombres. Cualquier ventaja que podamos sacar será bienvenida —contestó Isela con coherencia ante la sorpresa de su marido que la miró con intención pues ese no era su cometido.

—Deberíamos intentar avanzar lo más rápido posible. ¿Cómo podemos ayudar? —ofreció Kismet con soltura.

—Paso ligero y nada de perder energías en otra cosa que no sea caminar rápido hasta el siguiente punto —expresó hosco Berhooz. Minoos le indicó que se agachara levemente para decirle algo al oído. Todos aguardaron en silencio. Al poco se incorporó y carraspeó levemente—. No deberíamos perder ni un segundo, vamos a tener malas nuevas muy pronto.

—Espero que no sea así —apuntó Sexto Valerio con extrañeza, mirando a Minoos el cual, con apartó los ojos asustados.

—Necesitaremos a todos los hombres, *domine*, y podrá contar con los *calones* si hace falta —añadió Emilia con tono mesurado.

—Quizás sea necesario —inclinó la cabeza en señal de respeto, aunque fuese una esclava—. Pero todos sabemos que es un arma de doble filo y solo lo haremos si es completamente necesario. Cada uno sabe lo que tiene que hacer...

—Y no dejarnos demorar —interrumpió Basso impaciente, que había pasado todo el tiempo con la vista fija en el horizonte. Como había sonado a insubordinación, se explicó—. *Domine*, espero estar equivocado pero nuestros problemas se multiplican.

—¿A qué te refieres?

—Es un presentimiento —silencio incómodo en el cual intercambió miradas plagadas de dudas con el Prefecto—. Con el debido respeto *domine*, no es de África. Ninguno de los presentes lo es, solo yo. No quiero alarmarlos aún más. Espere a que esté seguro.

Con un gesto de su mano, todos fueron a sus puestos, y escuchaba como se departían órdenes para avanzar más rápido. Se encontraba contrariado, no indignado. Las palabras de Basso y los susurros de Mino le habían alertado. ¿Qué se le escapaba? Un extraño temor se manifestó en su estómago. Observaba con detenimiento su entorno y percibía una singular amenaza. Pero no sabía qué. Llevaba tres días sin atender a sus oraciones. Tal vez fuese el momento. Debía adelantarse a la columna para buscar soledad. Sacó de su zurrón su colgante en el que se apoyaba para rezar cuando su mujer le tomó del brazo.

—Sé que deseas hablar con tu dios y no pretendo ofenderte, pero estoy de acuerdo con Basso.

—¿También te hablan los dioses? —preguntó con algo de sorna.

—En cierta forma.

—Estás muy lejos de tu tierra.

—Quizás. Desde hace un tiempo, he aprendido a ver a las divinidades allá donde voy. No sé si me siguen pero las respeto y atienden mis súplicas. Aquí hay algo que me tiene alarmada. Algo se avecina.

—Cierto. Algo se avecina. Una tempestad.

—¿Lluvia?

—Hay muchos tipos de tempestades —le acarició el rostro al decirlo y luego la asió con firmeza del brazo acercándolo a él, casi susurrándole—. Sea como sea, no se trata de nada bueno. Ve con Marcelo y Emilia, estad preparados para todo. Afrontaremos de cara al infortunio, como siempre hemos hecho.

Todo fue como estaba previsto, sin cambios significativos con respecto al día anterior. Al principio. El viento subió en intensidad de forma progresiva, el cielo parecía amenazar con lluvia, pero no fue así, no tomó finalmente el color panza de burra, que indicaba las inminentes precipitaciones, pero si se mantuvo encapotado durante buena parte de la jornada. Por la tarde empezó a clarear con una pequeña película color crema.

Mientras tanto, seguían las estratagemas por parte de la caballería para incordiar en el avance. Este día, con menos ahínco que el anterior, pero con insistencia.

Los hombres de Córax se colocaron en formación con un cuadrado vacío en el centro, donde iban las bestias de carga. En la cabeza, los elementos más importantes de la comitiva. Dando ejemplo. En una pequeña pausa entre

amagos de ataque, lanzamiento de proyectiles y retiradas de los enemigos, Basso envió uno de sus hombres a la cabeza de la columna.

—¡*Domine, domine!* —intentaba llamar la atención de su oficial el joven africano.

—Adelante *miles*, recupera el resuello primero e informa —expresó comprensivo ofreciéndole agua de su calabaza ahuecada, el cual rechazó con sencillez.

—Me envía el *Optio* Basso... para decirle que sus sospechas se han confirmado... —aún seguía asfixiado.

—¿Qué ocurre?

La expectación recorría el rostro de todos los presentes, desde los aristócratas Anakletos y Kismet, hasta la esclava Emilia. Todos miraban al joven recién llegado con el deseo de saber que ocurría pero con el temor a escucharlo.

—Tendremos una tormenta de arena pronto —dijo lapidario.

Todos quedaron estupefactos. Incluso el gerifalte armenio y su hija. Ninguna clase social en Roma o fuera de ella estaba por encima de la furia de la naturaleza que no entendía de clases sociales, ni de poder, inteligencia o fuerza. Está por encima de todas estas banalidades. Es impune e inmisericorde. Quizás por ello más justa que las sociedades humanas, pero donde los sentimientos no podían tener lugar.

Hubo un murmullo previo al pánico que se iba a apoderar de todos los oyentes. El Prefecto no lo podía permitir. Así que, flemático e inflexible, se giró sobre sus talones hacia todos.

—¡SILENCIO! —rugió con una voz casi de ultratumba. Y tuvo efecto. Acallados todos, tornó hacia el enviado—. ¿Está seguro de eso Basso?

—Así es *domine*. Y yo también, ambos somos de África, puede que no de Egipto, pero sabemos qué ocurre cuando el viento, el cielo y la tierra se comportan así.

—¿En qué dirección vendrá? —añadió pragmático.

—Oeste o Noroeste, en cualquier caso llegará antes a nuestros enemigos —concluyó con seguridad. La frialdad ante el fatalismo de aquel muchacho avergonzó a los presentes.

—¿Y de cuánto tiempo disponemos?

—No demasiado.

—¡Apretad el paso, tenemos que llegar a esa aldea antes de que nos alcance! —gritó a pleno pulmón mirando a todos los presentes—. ¡Y

mantened el orden! ¡Lo último que necesitamos es que cunda el pánico! ¡O llegamos todos o ninguno!

Inmediatamente se subió a uno de los caballos que había y empezó a dar ánimos, órdenes e incluso amenazas a todos mientras un espeso silencio corría entre todas las líneas. Solo las voces de Andros y Basso, que mantenían a raya a la caballería, sobresalían ante la tensa y fingida calma. Solo la disciplina podría mantenerlos con vida. En el fondo todos los presentes lo sabían. No obstante, era extremadamente difícil no dejarse llevar por el pavor irracional.

Ni siquiera se veía en el horizonte el poblado, pero el cielo estaba empezando a tornar a un color más ceniza progresivamente ya que se estaba acercando el ocaso. O puede que por la arena en suspensión. En cualquier caso... ¿Habría escapatoria?

Montado sobre su corcel, Numerio Lupo se secaba el sudor con parsimonia. Sabía que a ese paso, al anochecer estarían encima de Anakletos y caería sobre ellos como un fuerte oleaje. No pensaba dejar a nadie con vida. Ni un solo auxiliar o esclavo. Acabaría de raíz con el problema. Ya percibía en el horizonte la retaguardia continuamente molestanda por sus exploradores. En poco tiempo mandaría a los mauritanos a apoyarlos. No le importaba lo más mínimo la vida de esos mercenarios. Así los auxiliares egipcios, los barrerían sin gran oposición. Fin de pensamientos. Hora de actuar, pensó el patricio. Estaba tan enfrascado en sus elucubraciones que no percibía el peligro inminente que se acercaba.

Con un gesto, avisó a Asael para que se acercase.

—Asael ¿verdad?

—Los romanos me llaman Azrael<sup>[89]</sup>.

—Como gustes —le miró con cierto desconcierto porque sabía su significado. Demasiado pretencioso quizás—. Es el momento de atacar y desgastarlos antes de que llegue la noche. Un golpe moral.

—Deberíamos buscar refugio, los mauritanos y los auxiliares egipcios están murmurando que se acerca una tormenta de arena.

—¡Son solo chismorreos supersticiosos!

—No son chismorreos. Mira el cielo y el extraño viento que hay. Esta gente pertenecen a esta tierra y la conocen. La tormenta es neutral y nos afectará a todos por igual. Quizás acabe con todos si no nos acercamos a la

depresión al Sur de forma inmediata y montamos un campamento. No creo que valga la pena correr el riesgo. De una forma u otra los cogemos.

Durante un instante, el senador se quedó en silencio mirando hacia el Oeste. No tenía buena pinta. Con un poco de suerte dejaría sin víveres y agua a la columna de Valerio. Con mucha suerte, le provocaría bajas haciendo que su ataque fuese más efectivo y fulminante. Pero ahora debía conservar la calma y la cordura. Mejor prevenir. Apretó el puño en la rienda de su equino y tornó al hebreo.

—De acuerdo, vamos inmediatamente a buscar una cresta al abrigo del viento y montad el campamento. No hay tiempo que perder —los centuriones empezaron a dar la órdenes pertinentes—. Mientras tanto, toma una montura y trae de vuelta a los équites ahora mismo.

Sin abrir la boca, ni hacer un mínimo gesto fue a realizar su cometido. A Numerio Lupo no le pasó desapercibido el desaire de ese judío. Seguro que tenía un amargo odio en su interior a todo lo romano. Pero se lo tragaba por un motivo concreto. No le gustaba que la gente humilde se comportara de forma altiva. ¿Qué se habrá creído ese andrajoso bastardo de una ramera borracha? Desde luego, Varo tenía que haber matado a todos y cada uno de los de esa raza<sup>[90]</sup>. Era un *fraus populi*<sup>[91]</sup>, como todos ellos. Cuando todo estuviese arreglado le daría una lección de cómo a Roma había que venerarla o humillarse ante ella.

El viento traía un ligero lamento, parecía como si la tierra se entristeciera por lo que iba a ocurrir. El amilanamiento de los presentes se acrecentó cuando toda la caballería enemiga se retiró de forma desorganizada y a galope tendido. Se habían dado cuenta del peligro.

De forma inmediata, Sexto Valerio dio la orden de apretar aún más el paso, no quedaba mucho. La retaguardia, que había aguantado todos los embistes con serenidad y resolución, ahora casi empujaba a la vanguardia, excitados por el combate y el inminente peligro. Hubo momentos de caos, pero Vesper, Andros, Córax y Basso mantuvieron a raya a todos antes de entrar en el pánico absoluto. En algún caso, no bastó solo con insultos, amenazas y promesas; hubo que agredir de forma ejemplar a aquellos que se mostraban dubitativos.

—¡La aldea! —gritó alguien en la avanzadilla con un hilo de esperanza.

Nada más pasar una ligera cresta se vio. El viento soplaba cada vez más y todos sudaban ríos por su esfuerzo y turbación, pero nadie se quejaba. Reflejo

e instinto de supervivencia. Estaban al borde del histerismo.

—¡Basso toma tus hombres y adelántate! Ve a ver cuanta gente hay allí y pídeles ayuda —se desgañitaba Valerio intentando que todo el mundo entendiera las instrucciones—. ¡Andros y Córax estad atentos para preparar las *contubernia* nada más llegar si no hay espacio para todos! —Llamó a Macro «el joven» con la mano y bajó la voz—. Quédate en la retaguardia y avisa cuando veas que se acerque la tormenta.

En unos pocos minutos todos alcanzaron la pequeña aldea, con casas de adobe formando un círculo irregular. Los habitantes habían metido todo su ganado dentro de los establos y se estaban preparando para encerrarse dentro. Las casi setenta personas no podían ser albergadas en su totalidad. Basso informó que, desde que la vieran, no tendrían más que unos escasos minutos para hacer algo. Algunos hombres empezaron a sacar las *contubernia* mientras otros, con expresión de horror miraban las casas sin saber qué hacer. Estaban al borde del colapso y a un paso de que se dejaran llevar por el miedo y de meterse a golpe de *gladius* sin importar quien se quedaba fuera y moría. Vesper e Isela miraron a Valerio, se debía hacer algo rápido.

—Nunca he vivido esto —respondió dubitativo—. Basso, ¿qué propones?

El nómada de corta estatura, observó su entorno. Y tomó la iniciativa, tornándose a todos los presentes con voz ronca.

—¡Colocad las *contubernia* al abrigo de los edificios! ¡El acceso orientado al Este y bien fijadas al suelo para que no se vuelen! ¡Mujeres y niños a las casas! ¡Animales y toda la carga al establo! ¡Y colocaos un pañuelo entre nariz y boca! ¡Rápido! ¡El tiempo se agota!

Tras un momento de duda, comenzaron a actuar con rapidez y en un silencio inquietante ante la amenaza inmediata que llevaba. El miedo daba alas e iban con más rapidez de lo habitual, en ocasiones con torpeza, en otras con eficiencia. Murmullos de terror. Cielo pardo. Atmósfera asfixiante. Bocas pastosas. Túnicas pegadas a la piel por la continua transpiración debido al desasosiego, a la extenuante marcha y al advenimiento de lo inevitable. Confusión en los sesos. El estímulo movía a la mayoría de los presentes, muchos sin ser siquiera conscientes de lo que hacían, dejándose llevar por la vorágine.

—¡Se acerca! —gritó Macro dando pasos atrás.

—¡Buscad refugio! —gritó Vesper viendo con sorpresa a Valerio quien tomaba a Marcelo en brazos con el izquierdo mientras asía con la mano derecha a Isela, lanzándose a una de las casas sin dar órdenes. Se giró a

Anakletos, Kismet, Berhooz y Minoo—. Id a las casas con Andros y los suyos. ¡Córax y Basso repartíos entre los edificios restantes y las *contubernia*!

—¿Y los esclavos? —preguntó Emilia con intención.

—A las *contubernia*. ¡Ya!

De forma caótica, definitivamente, cada uno intentó meterse en los edificios ante la atónita expresión de los lugareños. No fue tan organizado como se hubiera esperado. Prisa, empujones e insultos. Una vez que se llenaban cada uno de los hogares, expulsaban al resto a base de amenazas e intimidaciones. Corriendo de un lado a otro, *milites* y esclavos buscaban refugio mientras la tormenta se acercaba con una fuerza y una rapidez que empezó a provocar gritos de pánico entre los que aún no habían encontrado dónde meterse. Muchos usaban su *focale*<sup>[92]</sup> para taparse la nariz y boca, a falta de pañuelo.

Vesper, desde el *contubernium* situado más al Oeste, el que estaba menos hacinado, se asomó por última vez para ver cómo iba todo. Observó que al poco de llegar la tormenta plenamente, casi todos habían logrado encontrar refugio. Cuando la capa de arena empezó a rodearlo todo, solo un par de figuras vacilaban, aún sin haber encontrado ningún lugar.

Ahora solo podían esperar y rezar a los dioses para que las *contubernia* aguantaran el embiste. Volvían a estar en manos de la Fortuna. Y no era del agrado de ninguno de los presentes. Perseguidos y perseguidores.

La tormenta no amainó hasta bien entrada la noche, cuando todos ya habían sucumbido al cansancio y a la tensión acumulada, cayendo en un profundo sueño. Se fueron acurrucando donde podían, sin comer ni beber, presa del terror ante el mutismo de los habitantes que vieron sus hogares allanados. Algunos se orinaron incluso donde estaban. El sonido del viento daba la impresión de que el fin del mundo había llegado. Por supuesto, a los que no lo habían vivido jamás, que eran la mayoría.

Con las primeras luces del alba, el primero en despertarse fue Minoo, que a su vez despabiló a Behrooz. Estaban completamente hacinados dentro de la casa unas cuarenta personas, quienes sin luz y en un silencio total habían ido cayendo en los brazos de Morfeo. Ni siquiera había ronquidos.

Una vez que se alzó, de golpe fueron despertándose, pero sin atreverse a hacer prácticamente ningún movimiento, confusos por el sueño y sin saber si el peligro había pasado. Entonces unos golpes en la puerta los pusieron alerta.

—Abrid, por los dioses, ya ha pasado todo —sonaba la voz de Basso.

Intentando retomar la compostura, se fueron alzando y preparando para salir fuera de las casas. De repente, una vez pasado todo, empezaron a sentir cierta vergüenza por el comportamiento del día anterior y su deseo irrefrenable de vivir a toda costa. Comprensible, por una parte, pero que puede llegar a sacar lo peor de cada uno. En este sentido, el más avergonzado era el propio Prefecto, que en el último momento, perdió la compostura por su familia. Intentando retomar la iniciativa y la calma, se abrió camino con su hijo aun en brazos, y su esposa hasta el acceso que estaba siendo abierto por dos auxiliares griegos. Al salir empezó a llamar a los hombres al centro de la aldea, muchos con mal aspecto y aun con terror en sus ojos.

—¡*Milites* de Roma! —comenzó a decir en voz alta—. Ya ha pasado todo. Ha sido una prueba de los dioses que hemos pasado. Espero que todos hayamos aprendido de nuevo la lección: solo obtendremos la victoria ante el infortunio permaneciendo juntos. Quedaos con eso. Ahora, continuemos, no estamos fuera de peligro. Hay un enemigo que no nos dejará escapar impunemente. Recoged bestias y material. ¡Andros! Que se recoja agua del pozo de la aldea.

En un turbador silencio, cada uno de los presentes empezó a prepararse para partir. Incluso los armenios ocultaban su mirada ante Basso y su disposición ante tan terrible evento. Él, revisaba por el suelo por si algo quedaba, ajeno a la turbación que había a su alrededor.

Mientras, los habitantes del lugar se quedaron en silencio en las entradas de sus hogares, preocupados por lo que les pudiera pasar. Behrooz y Minoo se colocaban para salir con tranquilidad. Quizás los únicos junto a los auxiliares africanos y sirios. Por otra parte, Isela y Marcelo, quien ya había bajado de los brazos de su padre, no se separaban del Prefecto. Adelphos se acercó junto con Vesper.

—Estamos listos para partir —concluyó Vesper con suficiencia—. Recoger el agua y partir.

—Supongo que no dejaremos seco el pozo a los lugareños —indicó con intención el *medicus* griego.

—Lo dudo mucho, estará conectado con caudales subterráneos al río. Y si así fuese, somos nosotros o ellos —expresó con intención Valerio—. ¿Ha habido bajas?

—Uno tiene malestar por tragar arena y otro ha fallecido —lo señaló a su espalda, a medio enterrar por la arena.

—Podría haber sido peor.

—Podría —pausa dramática y volvió a su formalismo—. Con esto, la lista definitiva desde que llegamos a Egipto hasta el momento, es de tres muertos y dos que requieren atenciones.

—Encárgate de los vivos, de las almas de los fallecidos que se encarguen los dioses.

Sin esperar ninguna otra palabra se acercó con paso dirigente al habitante que parecía mayor. Los demás, con miedo, se metieron un poco más al interior de sus viviendas, pero este, no se inmutó.

—¿Entiendes latín? —cuestionó con tono conciliador. El egipcio afirmó con la cabeza y con la vista clavada en él—. Bien. Gratitud por tu forzosa hospitalidad. Lamentamos las molestias y nos iremos en cuanto nos aprovisionemos de agua. —le puso una bolsa con un puñado de ases en la mano—. No podemos detenernos. Entierra a este hombre con el decoro debido, por favor. Y gratitud de nuevo.

Con una grave afirmación de cabeza accedió. A la par que esto sucedía, al pobre auxiliar se le despojaba de todo menos de su *subligar*<sup>[93]</sup>. Vesper miraba la situación con una triste sonrisa. Cuando nos vamos nada nos llevamos, solo queda el recuerdo. Como el gran Alejandro Magno quien se dirigió a su enterramiento con los brazos abiertos, sin nada, vacío. Desnudos venimos al mundo y desnudos vamos hacia el Elíseo. En el mejor de los casos.

Habían pasado ya cinco días desde que escaparan de *Alexandria* por los pelos. La ruta establecida casi les había llevado a las costas de Creta, el primer hito de la ruta. No obstante, no había sido un viaje de placer. Tanto el marinero como Caio Mario se estaban restableciendo bien de sus heridas de flechas, pero aun quedaban muchas dudas y recelos entre tripulación y pasajeros. Las explicaciones del joven Aulo Valerio no habían satisfecho en demasía al *magister navis* de la media oreja y a sus hombres, provocando una brecha entre ellos en la que casi ni se dirigían la palabra. La mentira se basaba en un supuesto engaño comercial a alguien poderoso en Egipto quien, usando su influencia, obligó a los legionarios a capturarlos, aunque este hombre no tenía poder más allá de las fronteras, buscando no fomentar la traición de los marinos. El embuste no convenció del todo pero sí fue suficiente para dejarlos en paz temporalmente. Igualmente consiguió que se tomara la ruta de primavera, por Grecia pasando por Creta, en vez de tomar la ruta de verano, bordeando África hasta cruzar hacia Sicilia. Aunque fueran más lentos en

teoría, quizás evitarían la posible persecución tomando una ruta menos transitada a fines del verano.

En esos días, el primogénito del Prefecto estaba meditabundo y el joven liberto de la viuda Vibia, no le quitaba ojo. Quería saber lo que estaba rumiando, pero no se atrevía a hablar con él. Era evidente que las dudas que le asaltaban por la tripulación era lo que le tenía tan pensativo. Sin embargo, no sabía cómo abordarlo sin que el personal sospechase algo. No hizo falta. Aquella tarde se le acercó. Aprovechó un momento en el que el pequeño liberto, situado en la proa de la pequeña embarcación, se encontraba en dirección opuesta de los marineros.

—Caio Mario —empezó a decir el joven Valerio—. No me andaré por las ramas. Tenemos problemas.

—Cierto —expresó intentado parecer lúcido y despejado—. La tripulación no es de fiar.

—Ese es el menor de nuestros problemas. El *magister navis* es un cobarde y nos delatará a la más mínima oportunidad. Sin embargo hay algunas cosas que me preocupan más.

—Muéstrame.

—Con toda seguridad habrán mandado a alguien tras de nosotros. Un *trirreme* o *quinquerreme* que tendrá más hombres y será más rápida que esta nave. Entre hoy por la noche y mañana nos darán caza si siguiéramos por mar.

—¿Estás seguro de ello? Puede que hayan creído que seguimos la ruta de verano —reflexionó el liberto.

—He viajado lo suficiente por este mar para saber que no tenemos nada que hacer. No picarán el anzuelo. —Pausa dramática que hizo que su acompañante se turbara aún más—. Además tenemos otro problema: no llegaremos a Roma antes de dos semanas o más, con el inconveniente del otoño que está a las puertas.

—La navegación es dificultosa, pero no imposible. He oído de barcos que zarpaban incluso en pleno invierno.

—Para trayectos cortos cuando el tiempo acompaña y con un altísimo riesgo asumido —apuntó el hijo del Prefecto.

—Ahora que lo pienso, también esa víbora astuta de Ásper no creo que nos deje escapar con facilidad.

—¿Ásper? ¿El del puerto era Ásper? —se mostró ligeramente rabioso.

—Así es. Lo vi una vez en *Alexandria* cuando estábamos negociando por la liberación de Kismet. Pero es escurridizo y le perdí la pista. ¿Lo conoces?

—Mi padre me ha hablado de él. Mayor motivo para cumplir nuestro cometido. Tenemos que cambiar el plan establecido.

—¿Cómo?

—Empezando por desembarcar y alejarnos todo posible de esta nave. En el puerto tendremos más posibilidades. Le diremos al *magister navis* que necesitamos todos un descanso y que al amanecer partiremos de nuevo. Seguro que nos abandona o nos vende por una baja suma si llegan nuestros perseguidores. Allí en el puerto tendremos más posibilidades.

—¿Y si habla?

—¿Qué les va a decir que no sepan ya? Me preocupa más cómo informaremos a mi padre si volvemos a cambiar de planes y cómo le irá a él. Aunque ahora que lo pienso, también ha calculado los problemas de la navegación otoñal —esa última frase la dijo como para sí mismo.

—¿No crees que se le haya pasado?

—Mi padre no deja nada al azar. Ya me dejó instrucciones —sonrió al decirlo—. Tal vez por eso me dijo que pasáramos por esta isla.

—¿Qué te decían las instrucciones?

—Te informaré debidamente más adelante.

—¿No confías en mí?

—No nos conocemos aún, necesito ver tu grado de compromiso. Si pasamos de esta noche juntos, te habrás ganado mi confianza y te esbozaré el plan.

Con este comentario se alejó de él con parsimonia para hablar con los marineros que no habían dejado de mirarle con recelo y dudas, más aún por haber roto el aparente silencio entre ellos. Había llegado el momento de deshacerse de gente poco dispuesta. Había llegado el momento de actuar y adelantarse a sus enemigos. Como le había enseñado su padre.

El Prefecto Sexto Valerio oteaba el horizonte sobre un pequeño promontorio tras haber dado la orden a su agrimensor de colocar la *groma*<sup>[94]</sup> con el fin de establecer el campamento nocturno. Montado sobre un corcel negro, pretendía que todos le viesan con el porte y el orgullo de un oficial de Roma mientras se acercaba la columna. Pero su cabeza realmente estaba ocupada en otros pensamientos que se entremezclaban. Intentaba priorizar: el enemigo estaba tan cerca que ya casi notaba su aliento.

Quedaba muy poco para que oscureciera y no habían dejado de acosarlos en todo el día. La caballería había puesto especial ahínco en ello. Numerio

Lupo no era un necio e imaginaba cual era su destino. Por su parte, sus hombres habían aguantado bien todos los embistes con un único herido leve por dos de la caballería. No obstante, la *vexillatio* que no cejaba en su empeño de alcanzarles, casi había conseguido su objetivo, forzando la marcha a un punto casi extenuante. Ya se vislumbraba el conjunto total de los enemigos. Pero había alguna esperanza.

Ahora, habían recalado justo a tiempo al poblado del oasis. El último punto del camino antes de llegar a su destino. La última gran oportunidad de Numerio Lupo de acabar con ellos *in extremis*. El lugar estaba bien acondicionado: una superficie de agua que cubría del Norte al Suroeste, cultivos al Noreste con árboles frutales alrededor, con casas y establos de ganado al Este. No sería fácil flanquearlos sin ser descubiertos, partiendo de la base de que la oscuridad estaba llegando.

Por otra parte, el agua se acabó esa misma tarde, aunque la repondrían perfectamente en el oasis junto al poblado allí establecido. En igual situación estaba la comida, sin contar que podían comer *buccellati*, que siempre estaban en reserva. Sonrió. Estaba gestando un malicioso plan que requería de audacia, riesgo y un tanto de locura. Nada nuevo.

Un movimiento le sacó de sus divagaciones: la caballería se replegó con el resto de su unidad. Iban a establecer un campamento al otro lado de la gran superficie de agua que les separaba, evitando el flanqueo, y a poca distancia. ¿Imprudencia o era una declaración de intenciones? Pronto lo sabrían.

Vesper junto a Anakletos, Isela, Kismet, Behrooz y Minoos se acercaron a la montura con interés.

—En poco tiempo tendremos el campamento frente al poblado, Prefecto —expresó marcial Vesper—. Según sus términos.

—¿Cuándo crees que nos atacarán? —preguntó seguidamente Anakletos rumiando un inmediato contraataque.

—Los romanos no somos muy dados a atacar de noche. Demasiada confusión. Y menos con unidades con equipamiento tan similar. Además estarán agotados —comentó sin quitar la vista del horizonte y con una sonrisa hierática en su rostro. Una pausa breve—. No. Esperarán a atacarnos justo antes del alba.

—En tal caso, lo prudente sería que partiéramos durante la noche —afirmó el armenio.

—Eso es lo que esperan y necesitamos un poco de descanso.

—¿No vas a hacer nada?

—No he dicho eso.

—¿Pretendes que atacemos? —el Prefecto se tornó a él con una mirada divertida que hizo que se irritara su protegido—. ¡Nos superan en número!

—Cierto.

—Hay un trecho suficiente entre los dos para que nos vean venir.

—También es correcto.

—¡Y no los sorprenderemos con facilidad!

—Probablemente.

—¡Es un suicidio!

—Nuestros hombres son profesionales y han vivido situaciones como esta hace poco —explicó con paciencia—. Mejor tener pocos y experimentados que muchos y bisoños.

—La clave es el silencio —añadió Vesper intuyendo los planes de su amigo y superior.

—Y el engaño —se sumó Isela conocedora de la mente de su marido.

—Ya has oído a mis lugartenientes —sonrió Valerio señalándoles con ambas manos, luego tornó a una posición relajada—. ¿O acaso crees que una marcha nocturna no evitará que nos masacren? Hemos ganado todo el terreno posible. Habrá lucha en este lugar. Ya está bien de huir de nuestro destino.

—Espero que los dioses nos favorezcan porque no tenemos muchas posibilidades —sucumbió abatido Anakletos.

—Si no lo hacemos, no tendremos ninguna. Nosotros vencemos o morimos. Ellos tienen más opciones.

—Entiendo.

—En cualquier caso, tú no participarás en las operaciones. Y si la situación se tuerce, tendréis caballos listos para partir junto con Isela, mi hijo, Emilia y Minoos —lanzó una vehemente mirada a su mujer para evitar que replicara.

—Como gustes, Prefecto.

—Id al campamento, reposad y comed algo, luego concretaremos la operación. Behrooz, Minoos, quedaos.

Todos se fueron yendo por donde habían venido menos los dos mencionados que se extrañaron que requiriera hablar en privado con ellos.

—Minoos, acércate.

Cruzaron miradas extrañadas, pero el chico avanzó tímidamente hasta él. Desmontó de su cabalgadura y posó suavemente su mano en el hombro. El sirio no quitaba ojo al Prefecto, como una leona protegiendo a su cría.

—Te necesito. Sabes que tengo intenciones honestas ¿verdad? —el muchacho afirmó con la cabeza y con la mirada clavada todo el tiempo en el

suelo—. Espero que puedas confiar en mí, como ahora confío yo en ti. He visto que puedes ver el futuro o al menos intuir el peligro.

—Intuye el peligro —cortó Behrooz evitando que lo presionara—. Pero normalmente puede hacerlo con muy poca anticipación.

—Imagino que no querrás hablar conmigo y no quiero que me digas si va a salir todo bien, los dioses decidirán —ignoró la intromisión de su protector—. No me gusta jugar con la voluntad de las deidades, más aún si eres un instrumento de ellos. No. Tengo una misión mucho más importante para ti.

Por primera vez desde que lo conoció, alzó la vista y lo miró a los ojos, confundido, pero con cierto orgullo. El Hispano prosiguió.

—Si el combate se tuerce, quiero que lo avises cuanto antes para que podáis tener el tiempo extra necesario para escapar y quiero que cuides de todos los presentes. ¿Lo harás por Vibia? ¿Lo harás por mí?

Minoo, no sin satisfacción, afirmó con la cabeza y sonrió mostrando sus dientes irregulares. Con este dulce gesto, mostró por igual su candidez y su bondad.

—¡Buen chico! —le pellizco suavemente la cara cariñosamente—. ¡Eres muy valiente! Tienes mi gratitud. Ya puedes volver con Behrooz. —casi dando saltitos, retornó—. En cuanto a ti, quiero que me demuestres que la confianza que ha depositado Vibia en ti y tus capacidades, no han sido exageradas.

—Yo soy siervo de la muerte. Lucharé con tesón y frenesí —espetó con flema y deseo en sus ojos.

—Quiero tus capacidades, pero también tu contención. Esa será la clave del éxito.

La *popinae*<sup>[95]</sup> olía fatal. La mezcolanza de olores era insufrible para alguien acostumbrado a una *domus* pulcra e impoluta. No es que nunca hubiera estado fuera de ella, pero... ¡Cuántas inmundicias podían apestar juntas! Sudor rancio, vino agrio, mugre, polvo, salitre, pescado pasado... Solo eran algunos de los que podía diferenciar, haciendo un cóctel nauseabundo en su nariz. Algunos se solapaban sobre otros provocando además, que el ambiente estuviera completamente cargado. Horrible. Le sorprendió que el joven Valerio pareciera inmune, mientras él aguantaba con estoicismo las arcadas que le surgían desde lo más profundo de su cuerpo.

Hacía no mucho que habían desembarcado y habían dicho a la tripulación que tenían la noche libre para desahogarse de la tensión de los días pasados,

algo que agradecieron aquellos toscos hombres. No hubo ni la más mínima sospecha. Supuestamente, ellos iban a reposar en el mismo puerto, o al menos le dijeron eso al *magister navis*. Aulo y Mario, esperaron a que todos se fueran para tomar una de las últimas *raedae*<sup>[96]</sup> que llevaban directamente hacia *Gortyna*<sup>[97]</sup>. No había mucho trecho, pero agilizaba el proceso a bajo precio. A fin de comprobar que nadie los seguía y conocer mejor su entorno, dieron un largo paseo durante más de media hora. Finalmente, se dirigieron hacia una taberna que se llamaba «La sirena caprichosa» con un burdo rótulo en griego acompañado de un vulgar y erótico dibujo simulando el pasaje de La Odisea en el que las sirenas tentaban a Ulises y su tripulación, destacando una de ellas con una copa de vino en una mano y otra acariciándose un seno. Dentro, el típico ambiente portuario: alegre, artificioso, decadente, sucio y, algo deprimente.

Prácticamente no se habían dirigido la palabra desde que salieran de la embarcación salvo algunas interjecciones y miradas cómplices sobre puntos concretos del recorrido. En la puerta, tomó del brazo al hijo de Valerio y le habló al oído en tono medio, ya que en el interior, los presentes gritaban de lo lindo.

—¡Bona Dea!, ¿qué hacemos aquí? —preguntó con tono inquieto.

—Mezclarnos, pasar desapercibidos y conseguir información —respondió en un tono mesurado—. ¿Dónde esperabas ir a esta hora?

Era cierto, la noche había caído por completo y solo podían rondar las calles, con el peligro que conllevaba, ir a dormir o a una *taberna*. Caio Mario se estaba llevar y no le gustaba. También la misión se la habían encargado a él y debía volver a tener iniciativa o, al menos, no ser un subordinado.

Con un sutil movimiento, el joven Valerio se deshizo de su brazo y avanzó hasta una mesa en una esquina, que estaba libre, con buena visión de todo el lugar, se hizo con una jarra de vino aguado y se sentó. Viendo como su acompañante permanecía en pie le instó a sentarse, a la par que le escanciaba vino. Accedió y tomó la rudimentaria copa de cerámica.

—¡Por el éxito! —incitó al brindis, bebiendo de un trago y Mario le siguió, poniendo muecas de desagrado.

—¡Repugnante! —mostró su lengua y volviendo a las arcadas.

—¿Esperabas un vino de Falerno o quizás un vino Setino? —bromeó Aulo.

—Veo que el lugar es... una letrina infecta... e imaginaba que su vino no iba a ser mejor. Sabe avinagrado.

—Vienes de una buena familia y no es fácil bajar al inframundo, lo entiendo.

—Tú, sin embargo, pareces bien adaptado.

—Que no te engañe mi juventud. He viajado bastante, frecuentado lugares de todo tipo. Y este es bastante repugnante, lo admito, pero créeme que los he visto peores.

—¿Qué hacemos aquí Valerio? —fue directamente al grano.

—Esperar.

—Es hora que me cuentes qué ocurre, o juro por todos los dioses romanos, griegos y egipcios que nos separamos aquí —junto con sus palabras cerró los puños. Por su parte, el hijo del Prefecto, escanció las copas con una sonrisa cómplice.

—Es justo —empleó un tono conciliador—. Para empezar ten cuidado que no vean tus armas, podría darnos problemas.

—Las llevo perfectamente ocultas tras la *paenula*. Incluso la *gladius* la he fijado bien para evitar que se mueva demasiado e incluso que haga ruido.

—Eso está bien —una pequeña pausa para que pasaran dos griegos que cantaban estrepitosamente camino a la salida—. Mi padre me dio una serie de pautas a seguir.

—¿Cuáles? —interrogó.

—Primero llegar a Creta, a este punto exactamente. Y aquí debía decidir cuál era la mejor opción a seguir, según la circunstancias. Seguro que mi padre pensaría que habría la posibilidad de que aparecieran dificultades en el camino. Sin contar con la meteorología.

—¿No era un plan establecido?

—Dijo que si la situación se ponía grave, que cambiara la ruta hacia Ravenna, donde Lucio Balbo nos atendería con seguridad y donde no habría enemigos como en Roma.

—Lógico.

—Por otra parte, dijo que en su puerto era posible conseguir transporte a donde quisiera, ya que pasaron por aquí antes de llegar a Egipto. También, que si era necesario tenía un amigo aquí.

—¿Cómo se llama?

—Gansa. Me lo describió como un tipo con unos ojos peculiares. Sin embargo me advirtió que lo usara como último recurso.

—¿Por qué?

—Me dijo que era un hombre peligroso y salvaje, que fuera cauto con él.

—Vamos que no es de fiar.

—En este mundo, mi querido Mario, nadie es de fiar.

Con esto, se dio por concluida la conversación. No había mucho más que decir por el momento entre ellos. No eran hombres dados a la conversación banal y a los circunloquios. Había que tantear la situación. El joven Valerio hizo un gesto a una camarera para que se acercase, a la más joven que vio. Quizás demasiado. Había alcanzado la madurez no hacía mucho y seguramente estaría prostituida. En cuanto se puso a su altura, sin mirar a los dos forasteros a los ojos, el antiguo mercader comenzó a hablar en un griego vulgar.

—*Muchacha, ¿trabajas aquí desde hace mucho aquí?*

—*Dos años* —respondió con timidez. No era especialmente bella pero sí poseía una hermosa voz, bastante grave.

—*Suficiente.* —añadió satisfecho Aulo—. *¿Conoces a un buen magister navis?*

—*Aquí hay algunos. Los mejores mercaderes están en torno a la mujer que toca el Hydraulis<sup>[98]</sup>, al fondo.*

—*Bien, bien. ¿Has oído alguna vez el nombre de uno al que llaman Gansa?*

—*No, no me suena.*

—*Tráenos otra jarra de vino, pero por Hermes y Poseidón, uno mejor que esta bazofia.* —posó dos ases en la mesa.

Ambos observaron el entorno con cierto detenimiento buscando quién podía ser el mejor candidato. A pesar de la diferencia de vestimentas, cabellos, piel, ojos o procedencias, todos se parecían: toscas gentes de mar de las que no era fácil descubrir quién podía ser el mejor candidato. Quizás después de acabar con la jarra de vino que trajo la chica conseguirían el valor suficiente para hacer la encuesta. Dialogaron un corto espacio de tiempo debatiendo las mejores opciones. Caio Mario parecía dilucidar bien detalles ocultos en movimientos y vestimentas. Un rasgo interesante a tener en cuenta.

Cuando estaban terminando la segunda jarra, cuatro marinos militares entraron de forma brusca en el negocio. Mostraban sus *gladii* con aire altivo y resuelto. Los dos quedaron expectantes y paralizados. El que era de mayor edad, desenvainó su arma y golpeó con el pomo sobre la barra cuatro veces para silenciar a todo el mundo.

—*¡CALLAOS!* —gritó para aplacar los últimos murmullos en un griego marcado por un fuerte acento—. *Venimos desde Alexandria buscando a dos fugitivos que responden a los nombres de Aulo Valerio y Caio Mario. Son peligrosos y han atracado hace solo unas horas, así que serán caras nuevas*

por aquí. Se ofrece una recompensa de tres denarios por cualquier información.

El corazón les dio un vuelco. Y hubo pánico en sus rostros, pero ninguno se movió. Los marineros miraron a su alrededor y la gente volvió al vino, la música y las mujeres. Los marinos militares, por su parte, comenzaron a interrogar a algunos de los presentes.

—¿Qué haremos ahora? —susurró angustiado Caio Mario.

—Creo que lo mejor es terminarnos el vino, pedir un ánfora y salir de aquí fingiendo que estamos ebrios —organizó con rapidez las ideas el hijo del Prefecto.

Siguiendo el plan preestablecido, terminaron con forzada y tensa parsimonia sus copas de vino, se acercaron a la barra simulando ligeros tumbos, pidieron el ánfora y se fueron encaminando a la puerta cuando uno de los marinos les paró.

—¿Nombre? —dijo en latín parando a Aulo con la mano.

—Tercio Valens, mercader de Tiro para servirle. «*Civis Romanus sum*»<sup>[99]</sup> —espetó con rapidez marcando su acento provinciano todo lo posible—. Este es mi esclavo, Clito.

—¿Vuestra documentación?

—Me he dejado la tablilla de madera en la embarcación, no voy a cargar con ella todo el tiempo —mostró su sonrisa con la mirada perdida perfectamente fingida.

—¿Nombre de la nave?

—*Afrodita*, llegamos en la mañana.

—¿Carga?

—Especias y maderas.

—¿Destino?

—Campania.

—Debería acompañaros a vuestra nave para comprobar que todo es verdad... —Caio Mario, que todo el tiempo había pasado con la vista en el suelo sin abrir la boca, miró de reojo la salida de forma casi imperceptible. Aulo Valerio aguantó la respiración un segundo y contestó.

—¡Claro! Un *miles* de Roma siempre debe cumplir con su obligación, aunque corte la fiesta de un honrado mercader. Espero que tengas forma de llevarnos al puerto. Acompáñanos.

—No será necesario —cortó otro de ellos—. Allí hay otros dos sospechosos.

—Muy bien, continuad.

—Gratitud.

Con un cierto punto de suerte, consiguieron salir temblándoles las piernas de la tensión, cosa que consiguieron encubrir a la perfección con su falsa borrachera. Era evidente que habría mucha gente de paso en un puerto como ese. Más aún con la llegada inminente del otoño, que se acercaba inexorablemente.

Sin dirigirse la palabra, abrieron el ánfora y tomaron un largo trago de camino en la siguiente esquina.

—¡Por muy poco! —por vez primera, el rostro de Aulo estaba blanquecino—. Tal vez no escapemos la próxima.

—Quizás no lo hagamos ahora —puntualizó Caio Mario mirando furtivamente hacia la calle por donde habían venido—. Creo que nos sigue alguien.

—¿Estás seguro? —movió la cabeza en señal de duda—. Debemos mezclarnos con la gente. Demos un paseo. Pongámonos las capuchas de las *paenulae*.

A trompicones entre la gente, se fueron moviendo a buen paso por las vías más concurridas para perderlos. La vida nocturna de aquel puerto sorprendía, pero eran poco más de una docena de calles, debían ser rápidos si querían despistarlos. Si es que realmente les seguía alguien. La mayoría buscaban alcohol y diversión. Y *Gortyna* tenía ambas cosas para el que lo desease.

Haciendo giros entre marineros, campesinos, mercaderes y pícaros cuando podían, disimuladamente, distinguieron dos hombres que los seguían con rostros serios, curtidos y con la vista clavados en ellos. La zona más concurrida se acababa. Pronto llegarían a la zona más residencial y con ello, los problemas. De improviso, Caio Mario tomó a Aulo de un brazo y se escondieron en una *itinera* tras unas ánforas apiladas. Hizo un gesto para que se callase y pasaron las dos figuras sin percatarse del hábil requiebro.

—Ya no nos siguen —afirmó el liberto de Vibia—. Debemos huir de la ciudad y buscar otra población en la que no seamos fugitivos.

Alzándose a la vez, volvieron a la vía con un temporal alivio antes de que hubiese otra complicación. Y la habría pronto. No sería fácil pasar desapercibidos en el final del verano ya que, si bien todavía quedaban un número sustancial de marineros y mercaderes, no había tantos como para desaparecer con tanta facilidad. Debían salir de la isla con rapidez o tarde o temprano los encontrarían.

—¡Alto! —gritó una voz a su espalda tras caminar solo unos pasos del escondite. Se trataba del marino romano que le había interrogado junto con

otro más—. He cambiado de idea. He pensado que sería buena idea que me mostraseis vuestra embarcación que se llamaba...

—«Afrodita» —respondió con rapidez Aulo con el estómago encogido por el terror. Caio Mario, también aterrado, tornó a una postura sumisa con la que podía ocultar mejor sus armas.

—Eso es —se hizo el despistado, evidentemente pretendía ponerlos a prueba. Ambos tenían puestas sus manos en los *gladii* que pendían de un tahalí en el lado derecho—. ¡Vamos!

—¿Ahora? No hay nadie de guardia, deberíamos esperar a mañana que estén los marineros. ¿A dónde vamos a ir?

—¿No has dejado a nadie de guardia? —exhortó incrédulo el marino charlatán con una carcajada—. ¿Y quién vigila la carga?

—Esto... no lo he contado porque no quiero molestar a la tripulación. ¡Tiene mal carácter! —se le agotaban las mentiras.

—Pues creo que la deberías molestar.

—Si insistís...

El joven Valerio, casi temblando dio unos pasos en dirección al puerto, a la izquierda de la mirada inquisitorial de ambos hombres de Ásper. De repente, con gran rapidez, dio un empujón a uno de ellos y una fuerte patada en el estómago al otro ante la expresión atónita de su acompañante.

—¡Corre!

Como si una criatura del inframundo les persiguiera, corrieron tan rápido como sus piernas se lo permitieron, adentrándose en la espesa oscuridad de una ciudad que dormía y permanecía ajena a lo que estaba acaeciendo. Con toda seguridad a nadie le interesaba.

Por su parte, los dos marinos se recompusieron como pudieron con rapidez, y salieron tras ellos con las *gladii* desenvainadas. Daban gritos pidiendo refuerzos y llamando a la autoridad de Roma. Los pocos transeúntes de alrededor miraron de forma impasible lo ocurrido sin prestar demasiada atención, ni darle importancia o satirizando lo acaecido.

Aulo y Mario no estaban en mala forma, pero tampoco estaban muy habituados a tal esfuerzo físico y pronto notaron el cansancio. Sin contar con las punzadas que sentía al correr en la herida del gemelo del liberto que si bien se estaba curando, no había sanado totalmente. Además, la ciudad estaba en ligera cuesta que provocaba más fatiga. En un momento determinado, optaron por entrar en pequeñas *itineræ* irregulares para intentar despistarlos hasta que su agotamiento hizo mella. Decidieron volver a ocultarse tras unas sacas en una *itineræ* que acababa en la puerta de un hogar. Parecía que las

sacas podían contener gran cantidad trapos, por la textura irregular que se vislumbraba de su silueta por la escasa luna que había en esa noche. Agazapados, intentando recuperar el resuello con la mayor rapidez y lo más silentes posible, esperaban que pasaran de largo. Habían sabido reaccionar con presteza, aunque quizás no con cerebro. ¿Los habrían despistado? Se preguntaban. Con unos segundos de diferencia, pasaron las dos figuras por una *itiner*a perpendicular a paso ligero. No se relajaron. Aguzaron el oído sin mover un músculo y traspirando profusamente. Habían refrenado su velocidad considerablemente. Uno volvió sobre sus pasos, intuyendo levemente las pisadas sobre el empedrado.

—¿Creéis que me engaños? ¡Salid de ahí u os saco yo! —ordenó colérico con la respiración agitada y mostrando su arma amenazante.

Aulo Valerio abatido, agachó la cabeza sabiendo que solo les esperaba intentar tirar abajo la puerta buscando una escapatoria inútil o entregarse. Antes de que se alzase, Caio Mario desenvainó su *gladius* con la derecha mientras con la mano izquierda le aguantaba el hombro a su compañero para que se quedase quieto.

—¡Ven tú por nosotros, gusano come falos! —le respondió desafiante a la par que se quedaba acuclillado y ahora, con su mano izquierda libre, tomó el *pugio*.

Con un gruñido, el marino se precipitó rabioso a la completa oscuridad de la *itiner*a, seguro de que su experiencia y corpulencia sería suficiente para matar al pequeño liberto. Creía intuir los contornos.

La oscuridad era casi total. El poco brillo de las estrellas y la escasa luz de la luna no llegaban por la orientación a ese lugar. Una lucha entre tinieblas, más para bestias que para hombres. El hijo del Prefecto solo distinguía, y a duras penas, las siluetas de ambos, una en pie amenazante y otra casi acuclillada.

Se escuchó como una *gladius* rasgaba el aire un par de veces y un sonido de succión y de algo astillado poco después. Justo después un gemido, el desagradable lamento del hierro rasgando la piel y un fortísimo golpe contra el suelo. De inmediato, la afonía de la muerte. No quiso ni moverse, no sabía quien había vencido. Dos segundos después apareció el otro marino, el charlatán que, por vez primera, no abrió la boca mirando un reguero oscuro y denso de sangre que provenía de las sombras.

—¡Ven a buscarme, copulador de cabras! —le instó Caio Mario desde la oscuridad.

El oponente mostró una irregular sonrisa que se intuía entre el juego de luces y sombras que se producía en el *itiner*a perpendicular donde se encontraba, ya que allí si daba un haz de luz el astro nocturno.

Al contrario de lo que esperaba el letrado liberto, empezó a gritar pidiendo ayuda e instando a las gentes que le ayudasen a coger a los dos fugitivos. No pensaba arriesgarse como su imprudente compañero. Caio Mario avanzó unos pasos, ya que la situación así lo requería. Aulo pensó que debía ayudar y buscó a tientas la *gladius* del muerto. Sin embargo, algo sorprendente e inesperado los desconcertó. Un tipo gigante de gran altura tumbó con una vara al marinero dejándolo inconsciente en el acto. Era uno de los dos que les estaban siguiendo al principio. Estaba claro que no iban juntos y esto les provocó mayor confusión en ambos, que quedando petrificados. Su aspecto, por lo que se podía dilucidar, era de gente peligrosa y no dada a mucho diálogo. El otro, más delgado y con aspecto bárbaro, les habló en latín con un fortísimo acento.

—¿Buscáis a Gansa?

—Así es —retomó la palabra Aulo Valerio incorporándose y declinando la búsqueda del arma.

—¿Quién lo busca? —habló el gigante.

—Tenemos amigos en común.

—Gansa no tiene amigos —espetó otra vez el bárbaro.

—Al menos uno sí —se atrevió a decir Caio Mario casi desafiante.

Tras mirarse entre ellos, el bárbaro afirmó con la cabeza sacando de un zurrón dos capuchas.

—¿Qué es eso? —cuestionó Caio Mario alzando sus armas.

—¿Queréis conocer a Gansa? Es el precio de admisión —espetó el gigante con los brazos cruzados, aunque con su vara en la mano—. Y vuestras armas, por supuesto.

Se escuchaban gritos en la lejanía. Serían los marinos buscando a sus dos compañeros. Tras dudar un instante, Valerio y Mario se dieron cuenta que no tenía opción, así que accedieron, entregando las armas y siendo amortajados sin resistencia. Si esa gente no tenía miedo a la autoridad de Roma, sin duda sería aún peor caer en las manos de quien fuese que los perseguía. Simplemente no había nada que pensar, solo dejarse llevar y rezar a todos los dioses. Quizás habían salido de la sartén para caer en las brasas.

La organización de la defensa había sido llevada a cabo con presteza pero no por ello estaba mal planificada, según los medios disponibles. Numerio Lupo mandó que se cavara una zanja defensiva, de dos codos de profundidad por uno de anchura<sup>[100]</sup>, en forma de «U», con las partes alargada en el frente y atrás, y con la parte corta a la derecha, ya que a la izquierda quedaba el oasis. Por otra parte, antes de caer la noche pusieron pequeñas fogatas justo antes del foso defensivo para ampliar la visibilidad unos pasos por delante por si se les ocurría la loca idea de atacar. Y no solo eso, en el campamento de Valerio habían colocado también hogueras donde se distinguían las siluetas de los centinelas, pudiendo observar los movimientos desde la línea más avanzada de ellos. Además, había ordenado a todos dormir con las armas cerca y las *loricae* puestas, para agilizar el proceso. Los hombres estaban exhaustos por la larga marcha, todos menos tres que murieron por la tormenta de arena, y la mayoría cayó en un sueño profundo mientras los que hacían guardia a duras penas se mantenían en pie, sin dejar de bostezar. El senador, tras comprobar que la distancia entre los centinelas era suficiente para tener visible cualquier punto del frente, evitando sorpresas desagradables, se fue también al lecho a reposar unas horas.

No obstante, pese a las precauciones tomadas, había dejado un punto débil: el lado más cercano al oasis no estaba vigilado. El auxiliar que hacía guardia en la parte más al Este, estaba casi dormido de pie, apoyando su escudo en el suelo y la lanza junto a él. Un viejo truco muy útil si no se caía, ya que provocaba un gran escándalo delatando su intentona. El centinela allí apostado no percibió que se acercaron nadando, con estudiada parsimonia para ser lo más sigilosos posible, hasta que ya fue tarde: una flecha atravesó la base de su cuello.

Basso, Berhooz y una decena más de auxiliares atravesaron a nado solo con un *subligar* y fardos de becerro hinchados con aire que al ser impermeables, les permitieron colocar sobre ellos el armamento ligero (*gladii*, *pugii*, arcos, flechas y pequeños escudos redondos).

El ruido que provocó el auxiliar muerto al desplomarse el cuerpo y el equipamiento, no alertó más que al *optio* de guardia que imaginaba que se había quedado dormido y se le había caído el escudo. Se acercó a grandes zancadas y cuando llegó a su altura y vio el cadáver, intentó dar la voz de alarma. Berhooz, con presteza le tapó la boca con la mano derecha mientras lo degolló con la izquierda sin provocar más alboroto que un susurro.

Con ligero siseo fueron a cometer rápidamente su misión: provocar el mayor caos posible, lo que incluía dejar libre a los equinos y bestias de carga,

además de prender fuego al campamento, escapando lo más rápidamente posible los escasos doscientos pasos que aproximadamente separaban los dos campamentos.

Colocándose de forma estratégica y agazapados, cada uno sabía lo que había que hacer: divididos en dos grupos, el primero, dirigido por Basso, se encargó de la cuadra; el otro, comandado por Behrooz por petición del Prefecto, se dispuso a incendiar todo lo que podían y vigilar que toda la operación fuese lo más limpia posible. Todo comenzó realmente, cuando abrieron las cuadras, espantando a los animales. A partir de aquí, comenzó el caos.

Confusos, los auxiliares egipcios se alzaron adormilados, entre gritos de alarma y temor, sorprendidos de que algunas *contubernia* estaban en llamas, alguna flecha ocasional que silbaba en el viento y caballos que corrían desbocados. Inicialmente no hubo ningún tipo de defensa coordinada. Los centuriones, sobrepuestos de la sorpresa inicial, comenzaron a reorganizar el contraataque de forma coherente mientras otros trataban de extinguir los fuegos. Sin embargo, cuando se prepararon para expulsar a los invasores, los hombres de Valerio se replegaron con una rapidez y efectividad que dejó pasmados a egipcios y mauritanos.

Numerio Lupo, con cara soñolienta y ajustándose la coraza, miraba con ojos aspaentados lo que estaba ocurriendo en su campamento. Fue uno de los últimos en salir de su *contubernium* al no estar preparado para el combate. No podía creer el espectáculo que sus cansados ojos le transmitían. Debía ser una alucinación: su campamento completamente patas arriba.

—¡Centurión jefe! —aulló rabioso—. ¡Aquí! ¡Ahora!

—Aquí estoy, *domine*. —llegó casi de inmediato con la respiración acelerada.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un ataque?

—Eso parece, *domine*. Pero ya se han replegado. Solo querían provocar confusión y no dejarnos descansar.

—¡Controla este desastre y contraataca! —estaba furioso y no paraba de esputar.

—Disculpe, *domine*, pero no creo que sea una buena idea. Es lo que esperan, que ataquemos sin orden ni concierto y exhaustos —aconsejó sabiamente—. Además, aún estamos extinguendo los fuegos e intentando recuperar los caballos.

—¡Arregla esto! ¡Y que no nos vuelvan a sorprender! —gruñó y se volvió a ver el alcance del desastre mientras se dirigía a voces a los auxiliares

buscando templar ánimos y proceder con efectividad.

Pese a la confusión, recuperaron buena parte de los rocines y se incendiaron solo una decena de *contubernia*, aunque provocaron casi treinta bajas. Sin embargo, pese a que parecía que el peligro había pasado, sería una larga noche. Debían acabar cuanto antes. Numerio Lupo aceptó que, de momento, el primer asalto lo había ganado su oponente. Pero nada cambiaría que al amanecer, obtendría la victoria total. No permitiría que le humillaran otra vez.

Para el joven auxiliar, nada de esto tenía sentido. Se había enrolado en las filas del ejército romano hacía tres años con el fin de mejorar su vida, como todos los que le acompañaban. Ninguno tenía experiencia real de combate, salvo alguna escaramuza con algún *listim*, en el mejor de los casos. Su trabajo se reducía a desfilar, pasar revista, limpiar su equipamiento, patrullar, hacer control de peajes y hacer reparaciones, en ocasiones, de obras públicas. Hasta esa semana. ¿Qué hacían persiguiendo a otros auxiliares? Aquella noche había puesto de manifiesto que aunque eran menos, sabían lo que hacían. Mucho mejor que ellos, de hecho. Eso sin contar que ese patricio los había agotado en su persecución que incluía una tormenta de arena, una de las más fuertes que había visto. Formaba parte de un asunto de mayor envergadura que no le había sido explicado, y que nunca lo harían y que realmente no le interesaba. Lo que sí tenía claro era que se lo llevaría por delante. No pensaba dejarse matar por un patricio, al que no conocía ni volvería a ver en su vida y que tenía toda su vida en la gran Urbe. Los asuntos de los poderosos se cebaban con los más humildes servidores. Así era y sería siempre. Todos lo tenían asumido pero, al menos, que fuese alguien con un mando efectivo y no por una cruel casualidad.

Al menos lo habían puesto de vigía en la retaguardia y no apagando los fuegos. Aunque eso no quitaba que estuviese casi temblando por la tensión y el miedo. No obstante, intentó relajarse. Sabía que al día siguiente habría sangre. Mucha sangre. Quizás la suya propia. Pero ahora debía templar sus nervios y lo intentó concentrándose en las estrellas. Su padre le había explicado la importancia de ellas: orientarse, entender los tiempos de las cosas y ver las señales de las divinidades. Su belleza era innegable y el cielo esa noche estaba despejado para poder disfrutar de su compañía, solo opacado por el brillo a su espalda de los pocos incendios que aún se resistían.

Sin embargo, a los sonidos de ajetreo que se producían en su campamento, se sumó otro extraño y no reconocible frente a él. Como un rumor sordo y apagado. Concentró su vista en los pocos pasos que la luz le permitía. Parecía como alguien o algo le estuviera acechando. Avanzó un poco más y entornó los ojos para mejorar su limitada visión por la noche. Nada. No se veía nada, pero el peligro estaba allí. O eran su imaginación y su pavor. No, no daría la alarma para quedar en ridículo y exponerse, además, a un castigo. Con lo que había montado en el campamento, lo que faltaba era un falso aviso. No obstante, un extraño movimiento se percibía entre la penumbra: una agitación en bucle. Un desplazamiento continuo y con una forma uniforme que avanzaba firmemente y creciendo. Como la llegada de las olas pero en la arena. Aterrador y bello en cierta forma. El auxiliar quedó completamente hipnotizado, sin mover un músculo. Poco a poco fue dilucidando mejor los contornos. Eran cuadrados de tela avanzando juntos, de color claro. ¡Las fundas protectoras de los escudos! Más de cuarenta hombres siguiendo el mismo paso de forma simultánea sin cascos, ni *loricae*, ni fundas de las *gladii*, ni nada metálico que los delatara. Inteligente. Una maniobra de distracción y caos para el ataque principal que ahora se cernía sobre él. Sonrió con tristeza por su desdicha, ya estaban a menos de cuarenta pasos. Estaba todo perdido. Solo podía hacer una cosa a sus ojos, haciendo caso a lo que sus tripas le dictaban. Arrojó sus armas y se postró con las manos alzadas, implorando para sus adentros que no quisieran pasarlo a cuchillo. Con la cabeza gacha vio como lo circundaban como un río que rodea una piedra y se abalanzaban en perfecta formación para cometer una masacre. Cuando se dio cuenta, ya estaba solo. La fortuna le sonrió: ahora solo le quedaba correr en dirección contraria, llevado por la adrenalina, esperando llegar a *Alexandria* de una pieza y que no lo ejecutaran por desertor. Pero el pánico inmediato pudo sobre el posible castigo posterior y fue lo que hizo sin demora.

## APUESTA SIN RIESGO

NEGRO. No se veía absolutamente nada por culpa de aquella maldita mordaza. Habían percibido aromas como la fragancia de la foresta, del pescado en salazón, del azafrán, de la aceituna por la que era famosa la isla o el fuerte perfume del vino de una bodega. También percibieron la fetidez que daba un espacio cerrado y ese nítido hedor cargado de un almacén. En cuanto a los sonidos, parecía que habían salido del núcleo urbano, pero continuaban por alguna calzada más o menos empedrada. Llevaban una hora o más andando. O quizás no. Había perdido la noción del tiempo y el espacio. Los dirigían a base de pequeños empujones hacia un destino desconocido y a un futuro todavía más incierto. Sin embargo, ninguno de los dos rehenes quisieron darle el placer de ver que estaban espantados por los últimos acontecimientos y por lo que se pudiera avecinar.

Al poco rato, sentaron a Aulo Valerio y a Caio Mario sobre unas *sellae*. El lugar se sentía mínimamente acogedor, con numerosas lucernas que daban buena iluminación. Intuían la presencia de varias personas, pero todos permanecían mudos. Expectantes. Como ellos.

—Creía que iba a ver a Gansa —rompió el mutismo imperante Aulo Valerio que procuraba mantener a raya sus nervios en todo momento.

—Has entendido mal, nadie ve a Gansa. Gansa os verá, os escuchará y decidirá qué hacer con vosotros —explicó autoritario el bárbaro caminando alrededor de ellos.

—Entonces ¿de qué tiene miedo? Estamos desarmados y a vuestra merced —añadió desafiante Caio Mario.

—Le habéis llamado por su antiguo nombre. Nadie lo llama así aquí. ¿Quiénes sois y qué queréis?

—Amortajado no me comunico muy bien —dijo con arrogancia y algo de sorna el hijo del Prefecto.

—Si a Gansa no le gusta lo que tus labios profieran, llevaréis esa mortaja indefinidamente.

—Acepto correr ese riesgo —espetó con un tono divertido.

La curiosidad de Aulo Valerio lo hacía muy inteligente, aunque a veces imprudente en demasía. Caio Mario, ligeramente engreído y desafiante, sabía provocar a sus enemigos y que se dejaran llevar por su ira ciega, lo cual le beneficiaba. De momento, la apuesta de riesgo tuvo efecto. Se escuchó un gruñido de aceptación y les quitaron las mortajas.

Tras unos segundos que precisaron para que su vista se acostumbrara a la luminosidad del lugar, descubrieron que estaban en una especie de despensa subterránea de grandes dimensiones donde había apilados algunos sacos y ánforas con productos variados. Buena cantidad, pero sin ser nada escandaloso. El lugar, aunque no en buenas condiciones, al menos estaba razonablemente limpio. Frente a ellos, había dos hombres sentados frente a un *scriptorium*<sup>[101]</sup> en el que estaban todas las pertenencias de los cautivos, incluyendo el *gladius* y el *pugio* de Caio Mario. Controlando sus movimientos a su espalda estaban los dos captores: el bárbaro y el gigante.

—¿Quiénes sois? —preguntó el de la izquierda.

—Creo que conocéis nuestra identidad —se dirigió al que estaba a la derecha.

—¿Por qué le hablas a él cuando soy yo el que pregunta?

—Porque Gansa es él.

Los rasgos le delataban. El acompañante era de unos cuarenta años, con pinta de bruto, pero sin nada destacable en su rostro salvo su mirada la cual reflejaba un espíritu cruel. Por otra parte, Gansa, tenía de unos sesenta años; pelo grisáceo y con calvicie incipiente; piel oscurecida y agrietada por los años vividos en el mar; muy delgado. Aunque lo que más destacaba eran sus ojos celestes, de mirada viva, una cicatriz de su boca y su desarrollado mentón, que le daba personalidad.

—¿Nos conocemos? —cuestionó con confusión.

—No, pero mi padre te describió fielmente.

—¿Cómo me describió?

—Como un hombre maduro, con una cicatriz peculiar en el rostro y, bueno... —tosió levemente—. En palabras de él, como un bastardo sodomita en el que no es fácil confiar.

Los hombres de la retaguardia avanzaron unos pasos, e incluso uno desenvainó un *pugio*. El rostro de Gansa no articuló ni un gesto salvo una sonrisa hierática a la par que alzaba una mano para evitar que siguiesen avanzando los captores.

—¿Y se puede saber quién es tu padre? —expresó con tono calmado.

—El Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*, Sexto Valerio —contestó con firmeza y acabando con una media sonrisa.

Durante unos segundos un espeso silencio recorrió la habitación. Nadie se movía y la tirantez se palpaba en el aire. Aulo había apostado todo a una dirección y si salía mal, ya no habría regreso posible. Quizás lo retuviese a cambio de un rescate, algo menos habitual que en tiempos pasados, pero evidentemente no erradicado, como ocurrió con Kismet. No obstante, el viejo Gansa, tras mantener el semblante impasible dichos segundos, rompió a reír a carcajadas, contagiando a todos los presentes. Tras un buen rato desahogando tensiones, se puso en pie con una extraña mirada conciliadora.

—Debes tener unos testículos como toda la Galia de grande si vienes aquí de esa manera —sonaba a amenaza recobrándose de la risa.

—No me queda opción. Nos persiguen desde *Alexandria* y necesitamos ayuda —en todo momento, se mostraba sosegado y expeditivo.

—¿Por qué debería dártela? Me han informado que pagan tres denarios solo por información sobre vuestro paradero. Si os entregamos serán más.

—¿Solo quieres el dinero? Me dijeron que eras un fiel servidor de Roma.

—Tú no sirves a Roma —cortó de raíz la acusación. Pausa dramática y continuó—. Además, esos días han quedado atrás.

—Sirvo a mi padre y mi padre sirve a Roma. ¿También has dejado atrás la amistad y el Honor?

—Digamos que tu padre y yo tenemos pertenecemos a mundos distintos, aunque él sabe cómo soy y te advirtió. Debiste escucharle.

—Tal vez yo tenga algo que darte a cambio para hacerte desistir en tus intenciones: tenemos un enemigo común. Quien me persigue es el hombre responsable de todos los males que acaecieron hace seis años. El hombre que casi te mata por cumplir tu promesa de tomar y defender el «Puerto de las Rocas».

Por primera vez, el viejo marinero reculó con una clara manifestación de sorpresa. Su rostro se petrificó y el destello de sus ojos se opacó.

—¿Me estás diciendo que ese escurridizo malnacido, hijo una ramera borracha del Circo está aquí? ¿En mi isla? —gritó con furia.

Asintió gravemente con la cabeza, clavando su vista en él, mostrando su seguridad. Otra ligera pausa, reflexionando y de entre uno de los pliegues de su túnica sacó un pequeño *pugio*, cortando las ataduras de los dos. El que estaba a su lado con expresión cruel, intervino alzándose de inmediato.

—¿Qué haces? ¿Deberíamos decidirlo entre todos! ¡Puede ser un jugoso botín!

—¿Recuerdas nuestro lema: «la venganza es nuestra»? Esto está por encima de las monedas —esclareció sin detenerse.

—Se refiere a nuestros propios asuntos, no los tuyos personales —rugió en tono desafiante.

—Los asuntos personales están por encima de todo, eres tú quien no entiende. ¿De verdad te crees que iba a vender al hijo de un amigo a un enemigo?

—¡No estamos aquí para satisfacer tus caprichos! ¡Aquí no hay sitio para los tiranos! —se acercó a él tomando el *gladius* de Caio Mario, pero sin desenfundarlo. Nadie se movió.

—¿Eso crees? ¿De verdad vas a intentar matarme?

La actitud contenida de Gansa contrastó con la del desafiante que, poco a poco y a regañadientes, posó de nuevo el arma en el *scriptorium*. Continuaba con los labios apretados y con la vista clavada en el líder.

—No ha sido muy inteligente... Una prueba más de que la oportunidad dada ha sido desaprovechada. ¿No creéis... hermanos?

Sin intercambiar una palabra, apresaron al intrigante con firmeza. Este, a su vez, empezó a forcejear y proferir amenazas a los otros dos. Sin embargo, en su rostro, se veía claramente que había entendido el terrible error que había cometido. Los recién liberados callaban y contemplaban la escena con curiosidad.

—No has entendido las normas de la «hermandad» así que quedas expulsado —dijo Gansa dándole la espalda—. Matadlo y entregadlo a la autoridad como el responsable de la muerte del marino de esta noche.

Se lo llevaron a rastras mientras no dejaba de gritar y suplicar por su vida infructuosamente. Caio Mario y Aulo Valerio no salían de su asombro. Estaban intentando asimilar que estaba pasando allí. Todo estaba siendo demasiado confuso para unos hombres cansados que habían pasado tanto temor y dudas hasta hacía muy poco. Gansa creyó, con buen juicio, que precisaba esclarecer la situación.

—Nadie aquí me conoce por Gansa excepto los miembros de la «Hermandad» —comenzó a decir sentándose en una *sella*—. Pero vosotros podéis usarlo. Cuando dejé de combatir con tu padre, me vine a esta isla para pasar el resto de mis días tranquilo en uno pequeño trozo de tierra cerca del mar. Sin embargo, hace dos años oí que había unos indeseables en la isla que no dejaban de incordiar, saqueando y atacando pequeñas poblaciones, ante la pasividad de las autoridades de la Provincia. Un miembro de la élite local vino a verme para que solventase el problema con dos *commilitones*<sup>[102]</sup> que

habían venido conmigo y algunos voluntarios para formar un «patrulla popular». Y acepté.

—¿Os costó lograrlo? —preguntó con interés el hijo de Sexto Valerio.

—Medio año, cuatro muertos por nuestra parte por más del doble por la suya, sin contar a varios cautivos. Durante ese tiempo, mis tierras no me dieron el resultado esperado y vi la oportunidad. Creé la «Hermandad» con algunos que me acompañaron. Incluso di la oportunidad a un par de bandidos supervivientes de probar su valía en ella. Ese que estaba a mi lado no ha pasado la prueba. Mi autoridad no se discute y la ayuda entre hermanos es primordial si la causa es justa.

—¿Qué es la «Hermandad»? —interrogó Caio Mario.

—A comienzos de la campaña contra los salteadores, pensé en esta asociación para evitar futuros problemas. Ya has oído nuestro lema: «la venganza es nuestra». Lo primero es el Honor y lo segundo ganar dinero. Ahora somos los protectores de los alrededores y cobramos una pequeña tasa a la élite y los mercaderes. Además, ya no soy arrendatario, ahora tengo mis propias tierras y me he casado.

—No creo que las autoridades les guste que tengas a forajidos en tus filas... —opinó sensatamente el romano criado en Jerusalén.

—Los resultados es lo que le importa a ese bastardo rechoncho del Procurador, no cómo hago las cosas. Además, solo somos ocho aparte de ciertos voluntarios si la cosa se pone fea. Bueno... siete —sonrió maquiavélicamente ante la mirada displicente de Mario.

—¿Por qué ya no usas tu nombre original? —cuestionó el joven liberto.

—Gansa es una alma errante, alguien en la sombra del que solo pocos saben su aspecto. Alguien que los protege o castiga si no cumplen sus deberes. Nadie lo conoce excepto los que estaban aquí presentes. Es una forma de dar miedo a mis futuros enemigos: temer lo que no se conoce.

—¿Nadie te ha reconocido nunca?

—Desde que llegué usé otro nombre para mi nueva vida. Y los que me conocen, trabajan para mí y deben guardar silencio con este tema o perderán sus vidas. Hasta mi mujer me llama por mi nuevo nombre.

—No me interesa saberlo —añadió Aulo—. ¿Me estabas poniendo a prueba antes?

—¿Tú qué crees? —tornó a una sonrisa conciliadora—. Es muy tarde, id a descansar a la planta superior. Estaréis agotados. Mañana podréis hacerme más preguntas y veremos cómo solventamos vuestro problema.

Subieron a la planta superior tras tomar sus bártulos con sensaciones muy distintas que comentaron en voz baja. Para Caio Mario era sencillo: Gansa no era de fiar, un hombre de varias caras que solo buscaba el interés personal y que les traicionaría si la cosa se ponía fea para él. Parecía bastante inteligente, pero eso no quitaba que fuese otro arribista. Muy peligroso.

La opinión de Aulo Valerio era diametralmente opuesta: aunque no negaba esa faceta, se trataba de un hombre inteligente que sabía cómo hacer las cosas, siempre tomando atajos oscuros, pero aparentemente con una intención honorable en un mundo donde pocos lo son. Tal vez era eso lo que quería mostrar a esos dos hombres que le acompañaban. En cualquier caso, Gansa era mucho más de lo que parecía. Y sí, su padre tenía razón, eso lo hacía peligrosísimo y debía estar en guardia en todo momento.

El humo se disipaba y las primeras luces del alba aparecían con un halo real de esperanza. Por fin, en mucho tiempo. La victoria sobre las huestes de Numerio Lupo había sido total, aunque seguramente no definitiva. Lucio Quinctilio poseía más recursos que ellos y podían volver. Pero el Prefecto dejó esas turbaciones para otro momento. Habían ganado al menos una semana de tiempo, quizás más. Ahora tocaba saborear la audaz victoria.

La treta surtió efecto: habían colocado a algunos *calones* con cascos y lanzas patrullando frente a los fuegos para engañarlos y que creyeran que el campamento estaba en calma. Además, entre los ruidos del incendio y confusión del campamento, y la orden de no llevar nada metálico que pudiese brillar, ni dar chasquidos, junto con la idea de llevar los protectores de los escudos puestos, evitó que fuesen vistos hasta el último momento.

Había sido increíble que los poco más de cuarenta hombres destrozaran a su enemigo con esa relativa facilidad. Tras un vano y fugaz intento de resistencia, la mayoría salió corriendo despavorido hacia el Oeste mientras ellos barrían de Norte a Sur sin encontrar una resistencia fuerte. Habían perdido la iniciativa y las ganas de combatir. Desunidos, sin un mando efectivo y ante la confusión reinante, empezaron a rendirse en masa. El cómputo total: noventa y tres prisioneros, setenta y un muertos y el resto fugados, incluyendo casi todos los mauritanos (cuatro habían muerto). Entre los evadidos de la trampa estuvo Numerio Lupo que se fue vergonzosamente a galope tendido con más de la mitad de los équites en dirección a *Alexandria* cuando vio la batalla perdida, lo que ocurrió muy pronto. A cambio de todo ello, solo tres auxiliares resultaron heridos y dos muertos.

En cuanto el botín, tomaron buena parte de los arreos militares, incluyendo los estandartes, toda su impedimenta y recursos. La comida ya no sería un problema. Lo que sí lo era y grave, era la cantidad de prisioneros. Eran más que todos los *milites* que llevaba el Prefecto. Vigilarlos fue la primera tarea que se les asignó. Con cuerdas que obtuvieron del poblado, se les ató los unos a los otros desarmados, aunque se les trató con cierta dignidad. Mientras estaban siendo maniatados, Valerio les dirigió unas palabras:

—¡*Milites* de Roma! Habéis luchado con bravura por una causa que no era la vuestra y contra vuestros hermanos de armas. No os condeno por ello, habéis cumplido con vuestro deber. Por ello, no sufriréis ningún maltrato ni castigo mientras no volváis a atacarnos. Vuestra guerra contra nosotros ha terminado. Soy el Prefecto Sexto Valerio, fiel servidor de Roma. Habéis formado parte de un complot contra el César y sé que lo desconocíais. Ahora nos acompañareis a *Tamiat* y cuando lleguemos allí, os liberaremos. Podréis volver con todos vuestros estandartes y *signa*, con orgullo. Contad lo que os he dicho en *Alexandria*. Decid a todos que la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* sigue siendo leal a Roma y que no se dejará embaucar por traidores. Que no os inquieten vuestras dudas. La verdad se sabrá, tarde o temprano, y seréis recompensados por vuestro buen juicio.

Unas palabras acertadas que no solo procuraban mantener mansos a los prisioneros, también era una declaración de intenciones. La noche había sido larga y gloriosa. Sin embargo, hubo mucha labor que realizar, desmontando el campamento y agrupando en carretas el botín obtenido. Tras desayunar y descansar un par de horas, prosiguieron la marcha. Cansados pero satisfechos consigo mismos.

Behrooz, tras los sucesos de aquella noche, entendía por qué despertaba tanta admiración. Era un líder resuelto, valiente e imaginativo. Fue a la cabeza de la carga del campamento, ganando su respeto. Otra cualidad que le otorgaba era que sabía hablar a los hombres y a las mujeres.

Mino, que aquella noche cumplió el cometido que le había asignado de quedarse junto a los caballos para huir con el armenio, su hija, Isela, Marcelo y Emilia, se puso cómodo en cuanto los auxiliares ligeros de Basso se lanzaron al oasis para atacar el campamento. Previamente, el resto comandado por Valerio, empezó a rodear el oasis por detrás, utilizando las luces enemigas como guía. El joven semita supo lo que ocurriría y desde la mañana siguiente, fue acercándose poco a poco y con timidez a la familia del

hispano, quien le acogió como uno más de forma totalmente espontánea y natural.

Anakletos, por su parte, estaba completamente anonadado por la hábil y arriesgada maniobra que había realizado. Había oído comentar a alguno de sus hombres que lo apodaban «Félix»<sup>[103]</sup>. Y tenían razón. No obstante, el armenio era un hombre prudente y, aunque había salido todo bien, no gustaba tentar a la Fortuna. En los últimos tiempos, le estaba siendo esquiva.

Kismet acompañó a su padre entre los restos del campamento enemigo. Siempre prudente, no solía abrir la boca frente a los hombres. Pero su pensamiento se centraba en el horror de la guerra y la futilidad de derramar tanta sangre. Un desperdicio inútil de vidas. Ya lo había sido cuando escaparon de su país natal a Capadocia, y de esta a Egipto, luego con su captura y posterior rescate, y de momento, esa escaramuza nocturna. ¿Cuándo acabaría esta locura? Se fijó especialmente en Vesper, que tenía una peculiar mirada de insatisfacción, habiendo participado en la carga de la unidad. Una bestia más que un hombre. Cuando cruzaron sus ojos, el asistente de Valerio notó su condescendencia e incluso repulsión. Luego continuó a lo suyo.

Andros, Córax, Basso, Macro «el joven», Aquinas y Estitio estaban eufóricos por seguir vivos y haber vuelto a salir victoriosos cuando la situación les era desfavorable. Lo había vuelto a hacer: una gran victoria de lo que parecía solo la idea de un necio. Algunos lo consideraban un genio. Aunque a muchos no les gustaba enfrentarse con otros *milites* de Roma. En cierta forma, eran hermanos de armas.

Vesper por su parte, no era tan puritano con estas cuestiones. La sangre es sangre. Como siempre ocurría, el ansia del combate le llevaba a una impaciencia controlada. Pero todo había sido demasiado corto. No había satisfecho lo que era una necesidad ocasional: solo mató a dos enemigos. Tendría que esperar. Pero sabía que no sería mucho.

Gyasi tuvo su primera experiencia de combate real. Su primera oportunidad de redimirse. Fue uno de los dos muertos en combate por el lado de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. La falta de experiencia, entrenamiento e instinto hizo que no pasase del primer combate real al que se enfrentó. La muerte lo tenía en su lista y solo había ganado unos pocos días de marchas sin tregua. A nadie de la *vexillatio* le apenó su muerte. Nadie lo recordaría.

Adelphos, tras ver la carnicería y haber trabajado parte de la noche, consiguió salvar más de una vida y curar a una docena de auxiliares enemigos, sin contar a los propios. Los hombres de Valerio se habían

encargado de hacer pocos heridos y muchos muertos. Sin embargo, aliados o enemigos, los atendió a todos por igual y con la misma ética. Cuando perdiera el mando Valerio, podría decidir si quedarse en la cohorte o seguir curando carnicerías. Aún dudaba sobre su futuro.

Emilia fue recompensada por su *domine* con algunas monedas a repartir con los *calones* por su apoyo y lealtad. Ella se sentía parte de la maquinaria. Un sentimiento de pertenencia que nunca antes tuvo. Ahora, la cohorte, era su cohorte, su hogar. Y nunca nadie tuvo tan buen *domine*, según su punto de vista.

Por último, Isela paseó por el campo de batalla ataviada con buenas ropas de matrona romana: una hermosa *stola* de color verde esmeralda sobre la *subucula* crema. Sobre ella, una *palla* de un amarillo apagado. Como detalle final, el *patagium* de color marfil. Marcelo, en cambio, llevaba una austera túnica azul como la de los *milites*. Pretendía reforzar la posición de su marido con un porte regio, dando dignidad y elegancia por una parte, y por otra, la sencillez en su hijo. Muy hábil y tuvo el efecto deseado. Isela creía firmemente que su marido había sido bendecido por los dioses, pero temía que se agotase algún día. Algo le decía que se estaba acercando. El final del mandato se hacía esperar. Marcelo, con ojos inocentes, no terminaba de entender toda la muerte que le rodeaba después de cada victoria de su padre, aunque sí entendía que algo malo había ocurrido y guardaba silencio.

En el asentamiento, aparte de las cuerdas y agua, compraron un par de carros, algunas bestias de carga y grasa para toda su impedimenta de cuero, que era mucha (calzado, algunas corazas...). Con la moral alta, el estómago lleno, sin que nadie les persiguiese, avanzaban contentos hacia la última jornada de su camino por tierra, cruzando además el último brazo del río. Una etapa acababa, otra empezaba. Quizás la más complicada: obtener una embarcación en *Tamiat* y proseguir su camino. Seguramente lo más difícil. Durante el camino, solo Valerio y Vesper pensaban en ello. Anakletos tenía una preocupación más allá: la llegada del otoño con sus lluvias y temporales.

No podía ser verdad que se le hubiera escurrido entre los dedos. Toda la noche buscando a Aulo Valerio y Caio Mario, sin resultados. O eran muy hábiles y los había subestimado o estaban siendo protegidos y auxiliados por alguien en esa isla. Ásper había recibido el informe de uno de los marinos militares que le habían sido asignados. Le estaba siguiendo la pista a dos sospechosos cuando se revolvieron y les atacaron. Uno acabó muerto y otro

desaparecido hasta aquella mañana. Apareció aturdido en las afueras. Contó que apenas recordaba nada, aunque lo encontraron junto al cadáver del bandido. Sin embargo, a él no le engañaban. Conocía bien los usos de plantas para doblegar personas. En un tiempo, él mismo las había utilizado en el pasado y ese inepto tenía todos la sintomatología de haber sido expuesto a una de esas sustancias: boca pastosa, pupilas contraídas, mucha sed... El vino que le habían forzado a ingerir no ocultaba la verdad.

Lo primero que había hecho, después de mandar a los marineros a empezar la búsqueda en las *tabernae* y *popinae* de la ciudad, era revisar a todo navío del puerto. Muy pronto localizaron la embarcación en la que habían llegado, interrogando al viejo *magister navis* de la media oreja que cantó de lo lindo al ser acorralado por varios auxiliares. Poca información pudo facilitarle.

El siguiente paso sería investigar quién había podido acogerles y protegerles en la isla. Empezaron por toda *pandokeion*<sup>[104]</sup> que hubiera en *Gortyna*. Ni rastro de ellos, como si se los hubiera tragado la tierra. No sería fácil. Sabía que los cretenses no eran gente que se dejaran engatusar y eran muy celosos de sus asuntos, como buenos isleños. No obstante, nadie contaba con la firme resolución de Ásper, que haría lo que fuese necesario por acabar la misión y matar a los dos renegados. Empezó por reunirse con varios miembros de la élite local del lugar. Con hábil manipulación, promesas y monedas que ayudarían con toda seguridad. Mientras tanto, la mitad de los dieciocho auxiliares que finalmente tenía disponibles estaban vigilando el puerto, a la par que la otra mitad hacía de su guardia. En cualquier caso, el tiempo jugaba en contra de ellos, Ásper solo debía impedir su partida y pronto los atraparía.

Finalmente, ese mismo día, tras arduas negociaciones, promesas a los équites locales y el pago de algunas monedas, apareció una pista y un nombre: Gansa. El dinero compra voluntades.

Cuando los últimos rayos de sol despedían el convoy de Valerio, llegaron finalmente a la ansiada *Tamiat*, con gran alegría por parte de todos los integrantes. Una semana habían tardado por las complicaciones. Se podía haber hecho en cinco días, pero lo importante es que ya estaban allí. Desde la fundación de *Alexandria*, realizada por el visionario Alejandro Magno hacía más de 350 años, *Tamiat* poco a poco había empezado a decaer, aunque aún

tenía un puerto lo bastante importante para conseguir una embarcación como para poder salir de Egipto. O varias.

A la entrada del lugar, había una *mansio*<sup>[105]</sup> de buena factura, seguramente por las rutas caravaneras que venían de Arabia. Extrañaba que no hubiera calzada, pero puede que fuera por las condiciones abruptas del terreno y el tipo de comerciantes que solían venir ya estaban acostumbrados a ello.

Al escuchar el paso de más de centenar y medio de almas con animales y carros, el *mansionarius*<sup>[106]</sup> salió de inmediato al oler la posibilidad de aliviar el peso de sus bolsas.

—¡Salve Prefecto! —abordó el propietario con intención tras reconocer el uniforme. De mediana edad, tenía un aspecto norteafricano innegable—. ¿Puedo servirlos de ayuda de alguna manera?

—Necesito las dos mejores *cubicula* que tengas disponibles —indicó formalmente.

—A tu servicio. ¿Posees un salvoconducto?

Valerio sabía perfectamente que sin un salvoconducto tendría que pagar la estancia de todos sus hombres y sería un gasto innecesario e inviable. Además, habría más dificultades en el camino y necesitarían las monedas para ellas. Para empezar, encontrar un medio de transporte. No. Debía utilizar alguna argucia.

—Me temo que es un viaje precipitado y no nos ha sido posible expedirlo antes de salir —explicó con tono tranquilo el Prefecto.

—Entiendo, entonces tendrán que abonar su estancia.

—Eso es una ofensa. Estoy escoltando a un gerifalte que no va a dormir en un *contubernium* ni un día más —se acercó más hablándole como confidencia—. Es un personaje de cierta relevancia que no debe ser reconocido.

—En tal caso, debo saber la identidad para el registro de entrada —añadió formalista.

—No debería de decirlo, pero estoy escoltando a uno de los libertos imperiales más importantes del César Claudio, que está con un encargo secreto que ni yo mismo sé. Espero que guarde el secreto.

—Descuide *domine*, la discreción es parte de mi trabajo. Pero sin salvoconducto tengo que cobrar el estipendio.

—¿Le vale este? —apareció tras ellos Behrooz con un pergamino en sus manos. El aspecto turbador del sirio, junto con su mirada desafiante, provocó un ligero respingo del dirigente del lugar.

—Muy bien —dijo tras ojearlo detenidamente—. Esto le valdrá para dos o tres noches. Si precisan más, deberán abonarlo.

—Todo es negociable ¿verdad? —se acercó un poco más el hombre de las cicatrices, dando su interlocutor, a su vez, un paso atrás.

—Claro, claro. Acompañadme por aquí.

Anakletos, Kismet, Behrooz, Minoo, Isela, Emilia y Marcelo siguieron al *mansionarius* al interior. Por otra parte, Sexto Valerio comenzó a organizar el campamento nocturno.

En las caballerizas, serían acomodados los prisioneros, lo mejor posible y con mantas para el frío nocturno. Buscaba la mayor comodidad para los vencidos tras servirles la misma cena que para sus propios auxiliares. Media decena de guardas serían apostados para su vigilancia y control, al igual que otros diez entorno al campamento que colocaron en una explanada a la izquierda de la *mansio*. Al día siguiente los dejarían partir sin oposición y sin ningún tipo de ataduras.

Antes de volver al *cubiculum* a dormir con su esposa, su hijo, su esclava y Minoo, pasó a ver Behrooz quien, por seguridad, dormiría con los armenios. Se acercó por el sencillo corredor, acompañado por su asistente, y llamó a la puerta. El sirio abrió la puerta, *pugio* en mano, acompañado de cerca por Anakletos.

—Mañana iremos los tres a buscar una embarcación y salir cuanto antes de aquí —espetó Valerio firme—. Si alguno tiene contactos aquí, será el momento de usarlos.

—Las monedas comprar voluntades —replicó Anakletos—. Creo que sería aconsejable que te quedaras aquí organizando la intendencia y mandes a Vesper con nosotros. Adelantemos todo lo que podamos.

—Estoy de acuerdo —miró al tercero en discordia con intención.

—No será fácil conseguir una nave para tantos hombres —aportó Behrooz tranquilo.

—O nos vamos todos, o nadie saldrá de aquí ¿entendido? —advirtió el Prefecto—. Todos mis hombres han arriesgado el cuello por esta causa, que no es la suya, y no pienso dejarles en la estacada.

—Me parece muy noble por tu parte —replicó tranquilo el armenio—. Pero si no es posible, habrá que contemplar otras opciones.

—Dependes de mí y no voy a sacrificarlos en aras de tu ambición. Tenemos tiempo. Si se nos viene encima sin resultados, ya nos lo plantearemos, pero no pienses ni por un momento que voy a dejar a uno solo por ti. Si no fuera por ellos, ahora estarías muerto. Y Kismet también.

—Como digas Prefecto.

El tono del noble armenio no era concluyente y sabía que si tenía la oportunidad, los abandonaría para seguir su camino solo. Su vanidad lo movía y había perdido su posición. Su única baza para recuperarla era la voluntad del César. Y haría todo lo necesario para hacérselo saber y torcerla a favor de sus intereses.

Tras esto, se dio la vuelta y se fue al lecho. Berhooz, intuyendo que faltaba algo, no movió ni un músculo.

—¿Qué era ese pergamino? —preguntó curioso el hispano bajando la voz.

—Me lo entregó mi *domina* antes de salir —explicó con una media sonrisa en los labios—. Me dijo que si algún funcionario ponía alguna pega por algo, que lo mostrase. Lleva el sello de su familia, que es muy conocido.

—No creo que sea suficiente para que nos hayan dado alojamiento gratuito.

—¿Todavía no conoces a Vibia? —por primera vez, mostró una amplia sonrisa—. ¿Crees que hay algo que no tenga pensado y no consiga? ¿Por qué crees que muchos egipcios la llaman «La reina sin corona»? Y no, no puedes ver su contenido. Órdenes de mi *domina*.

Correspondiendo la sonrisa del leal mercenario, afirmó gravemente con la cabeza y se retiró a su *cubiculum* con un reflexión. Personas como ella podían cambiar las cosas, como lo hizo el «*Magister*». El dinero, las amenazas, la violencia... Todas ellas conseguían obtener su propósito, pero sin una cabeza pensante que organizase todo y sin un plan definido, no serviría de nada. El carisma era esencial para lograrlo, igual que una inteligencia que pudiera prever acciones opositoras. Personas como Vibia o el carpintero de Galilea podían cambiar el mundo y mejorarlo, engañándolo incluso desde dentro, ya que no era un sistema perfecto. Pero siempre la ambición de hombres menores y más violentos lograban trincar el buen hacer de personas honestas. Parecía que los dioses jugaban con el destino utilizando a las figuras que menos eran escuchadas: esclavos, pobres, enfermos, mujeres... Rezaba porque algún día esta gente, consiguieran hacerse escuchar. Mientras tanto, había que mantener las *gladii* prestas para evitar que dichos hombres menores no corrompieran toda Roma e infectasen a todos en una vorágine de insensatez e intereses personales. Probablemente una guerra perdida pero que, con el tiempo había comprendido que lo importante no era el resultado del combate, si no el combate en sí.

Bien alzado el sol, Caio Mario y Aulo Valerio se despertaron tras tener un sueño reparador. La verdad es que necesitaban reponer fuerzas para la siguiente jornada. El *cubiculum* en el que habían sido instalados, no tenía más que un par de sencillos lechos, dos lucernas y un solo bacín para los dos. Cuando empezaron a moverse notaron que las tablas del suelo crujían. Era evidente, estaban en la parte superior de un granero, aunque parecían haber olvidado cómo habían llegado allí. Al poco llegó una mujer joven, muy corriente y vulgar, con una palangana con agua para asearse. Tras hacerlo con presteza, salieron con sus ropas de viaje y todas las pertenencias que poseían en sus manos. Eso incluía la *gladius* y el *pugio* del liberto.

Fuera del lugar, les esperaba Gansa con aspecto ligeramente cansado, pero bien limpio y con ropajes nuevos de buena factura aunque con discretos colores. Se veía la intención de mostrar buen gusto y un cierto patrimonio, pero sin querer destacar. Inteligente. Junto a él estaba el bárbaro, estaba vez con unas sencillas ropas, *pugio* ajustado al *cingulum* y un mulo junto a ellos. Rostros serios.

—Espero que hayáis tenido un sueño reparador —empezó Gansa. Por su parte, los otros afirmaron con sus cabezas—. Bien, ese Ásper es un cabrón astuto y ya ha hablado con mis contactos en *Gortyna*. De momento, me ha limitado los movimientos, así que será mejor que os dirigáis a otro lugar.

—¿*Heraklion*? —preguntó Aulo somnoliento.

—Mejor no. Hay que evitar las ciudades, y Ásper lo sabe. Debéis ir a un lugar donde poder ocultaros antes de conseguir un barco con el que salir de aquí.

—¿Y dónde nos dirigimos?

—Hay un hombre que os ayudará. Lo conozco poco, pero por unas monedas y contactos, lo hará. Se llama Zeth, un mercader con pretensiones.

—¿Podemos confiar en él? —dudó Caio Mario.

—Eso deberéis de decidirlo vosotros: es un personaje oscuro que lleva poco en la isla —apuntó monótono Gansa—. Yo solo os indico el camino, me estoy jugando el cuello por vosotros.

—Si no es fiable, ¿no deberíamos buscar otra opción?

—No hay más. Es una isla y aquí toda persona importante se conoce, pronto darán con vosotros y, por tanto, conmigo. En teoría debería estar buscándoos.

—¿No nos puedes ofrecer tú mismo refugio? —comentó sorprendido el hijo de Valerio.

—Han ofrecido una suma sustancial de dinero y no puedo confiar en mis hombres. Solo en este —señaló al bárbaro de su espalda— —y el otro que visteis. Fama, dinero y escapar de una condena si se enteraran de esta traición. Demasiado tentador. No. El único recurso que os puedo ofrecer ahora. Mientras tanto, intentaré provocar toda la confusión que pueda. Tomad el mulo y continuad el camino hasta la última granja. Allí lo encontraréis. Dádselo, él sabrá.

—Gratitud —expresó cordial Aulo.

—Una cosa más: si no fuese de fiar Zeth y os encontrarais desamparados, rodead *Gortyna* virando hacia el Noreste. Allí habrá un camino empedrado que serpentea hacia unos acebuches. Seguidlo hasta que os topéis con una pequeña *domus* rodeada por un murete de piedra rosada. Id al amanecer y solo al amanecer. Cuando veáis un niño, acercaos y decidle en latín «No se puede jugar con la voluntad de los dioses». Recordadlo.

—Así lo haremos —expresó el liberto.

—¡Y no digáis una palabra a nadie con quien os lleve, ni miréis a la cara a nadie!

—Esto es un poco...

—Eso es todo —concluyó Gansa con rotundidad.

—Una última pregunta —solicitó el oriental romano con tono delicado—. ¿Cómo sabremos que es Zeth el que está al final del camino y que no nos encontraremos a alguien?

—No vais a encontraros a nadie. Este lugar está yermo y despoblado.

Con un ligera inclinación de cabeza se fueron cada pareja en direcciones opuestas. De alguna forma, pensaban que se volverían a ver muy pronto, que no había acabado su encuentro. Memorizaron con sumo cuidado el «Plan B» en caso de que todo se torciese. En cierta forma, los dejaba en la estacada dejándole el problema a otro. En cualquier caso, ya le habían avisado que Gansa no era del todo de fiar.

Durante media hora, anduvieron a paso ligero por el polvoriento camino, admirando el triste paisaje circundante. Si bien a su espalda se veían prados llenos de vida, con animales pastando, el camino que se abría frente a ellos era completamente distinto. Un páramo desolado y abrupto que, en otro tiempo no muy lejano, fue una zona de granjas. La especulación, la presencia de *listim* y las malas cosechas habrían arruinado a las pocas familias que trabajaban esas tierras. Una pena. Aulo Valerio se preguntaba si, de alguna manera, algún despiadado hombre con monedas o incluso el propio Gansa habría presionado la situación para obtener algún provecho.

Cuando percibieron con nitidez la última de esas ruinas que en otro tiempo, en un pasado, habían sido hogares felices, vieron una figura espigada que se alzaba de forma destacada, estando quieta como una estatua.

A medida que se acercaban, mejor se definían sus facciones y talla. De unos cuarenta años, moreno de pelo encrespado, tez tostada, casi rojiza y rasgos rústicos. Ojos hundidos y tristes, livianas cejas, nariz aguileña, boca pequeña y cuello ancho. Intentaba mostrar un aire elegante y de alto nivel de forma infructuosa. No tenía la elegancia inherente de aquellos criados en buena cuna, ni el saber estar de los maestros de las letras y los números o los filósofos. Su forma de vestir era pretenciosa y solo engañaría al pueblo llano, y no a todos. Hasta su forma de moverse era estudiada.

—¡Bienvenidos! —dijo en un latín harto imperfecto y con marcado acento—. Venís de una larga caminata y estaréis cansados. Para mi familia es un Honor poderos acoger y ayudar.

—¿Sabéis quiénes somos? —preguntó directo al grano Caio Mario dándole las riendas del mulo.

—Estoy informado que precisáis ayuda —comprobó las alforjas del animal con disimulo.

—En tal caso, Zeth, queremos saber cómo puedes ayudarnos —fue directamente al grano el hijo del Prefecto.

—No os preocupéis, todo está perfectamente pensado.

—No te conozco —el liberto mostró sus armas y dio un paso adelante, mostrando determinación—. No sabemos si podemos confiar en ti. No pienso ir a ninguna parte hasta que nos cuentes tu plan.

—Como gustéis: os llevaré a la casa de unos pescadores al Suroeste de la isla —estuvo a punto de ponerse arrogante, pero los ojos del joven Mario no auguraban que se pudiera negociar—. Durante un par de días descansaréis y una nave mercante os recogerá con una barca al tercer día para llevaros a vuestro destino.

—¿Cuál es tu precio? —retomó la palabra Aulo.

—Ninguno, solo vuestra amistad.

—Supongo que lo que buscarás favores e influencias en un futuro no muy lejano —no se dejó engatusar Caio Mario.

—Solo quiero vuestra confianza y amistad. Todos necesitamos buenos amigos —repitió mostrando sus manos teatralmente.

—¿Y el coste del viaje? —inquirió el hijo del Prefecto, pragmático.

—Eso sí irá a vuestro cargo, pero debéis decirme a dónde queréis ir para informar a la tripulación y los víveres que necesitará para el viaje.

—A Ostia —mintió.

—Perfecto, ahora si sois tan amables de seguirme.

Los dos viajeros intercambiaron miradas cómplices. Una cosa estaba clara: ese tipo era un interesado y un trápala. Parecía que todos en aquella isla no buscaban otra cosa que ganar algo a costa de los de fuera. La última pregunta pretendía ser inocente, pero estaba claro que no lo era. Quizás quisiera un soborno o diese la información a Ásper. Algo no casaba bien en todo aquello, pero no podían hacer otra cosa que dejarse llevar. Tendrían que urdir un plan y sopesar posibilidades, pero lo importante sería hacerlo con tranquilidad y tras un diálogo sosegado entre los dos, lejos de los oídos ambiciosos y codiciosos de Zeth. Por primera vez, estaban de acuerdo en sus pensamientos y planteamientos. Empezaba a carburar la dupla.

La mañana se había alzado con una temperatura muy agradable, ni frío, ni calor. Y cargada de sorpresas. La primera fue al poco del alba. Al comenzar el movimiento en el improvisado campamento romano, un grupo de prisioneros auxiliares pidió una audiencia con el Prefecto Sexto Valerio. Había sido extraño, pero se accedió a ello justo frente a la puerta de la *mansio*. Un auxiliar con innegable aspecto egipcio se acercó. Tendría entorno a 30 años, moreno de pelo rizado, ojos negros, tez morena, pronunciada nariz y boca proporcionada. Tenía cierto hieratismo y un poco de aspecto de cuervo, no obstante con personalidad en su porte y aspecto. No tenía la apariencia del típico *miles* de Roma. Pero mejor no fiarse de las apariencias.

—¡Salve Prefecto Sexto Valerio! —saludó marcialmente clavando sus ojos negros en él—. Gracias por recibirme.

—Salve *miles*. ¿Qué deseas? Os he dado vuestras cantimploras con agua, vuestros *pugii*, comida para tres días y el material de guerra quedará aquí custodiado bajo llave. Solo hemos tomado los arreos que necesitamos y la mitad de vuestro dinero. Creo que he sido bastante benevolente.

—Innegablemente, *domine*. No he venido por eso —su tono era en todo momento cordial, pero sus ojos denotaban inteligencia y sencillez.

—Adelante, habla.

—Hemos estado charlando entre nosotros esta noche sobre numerosas cuestiones. Un grupo hemos decidido... solicitar... la inclusión en tu unidad. Te seré sincero, lo hacemos por dos motivos: primero, queremos evitar un posible castigo a nuestro retorno a *Alexandria* y, segundo, queríamos formar

parte de tan extraordinaria unidad que nos ha derrotado de forma tan aplastante.

—Alimentando mi vanidad no lograrás tu pretensión —expresó con una sonrisa sardónica.

—No se trata de eso —aclaró con rapidez—. Si he decidido servir como *miles* de Roma, quiero estar con los mejores.

—¿Aunque vayamos a una misión suicida?

—Toda misión es, de una forma u otra suicida. Además, esta escaramuza ha demostrado la importancia de estar preparado para todo. No quiero que me vuelva a ocurrir.

—Pongamos que somos los mejores —tentó el hispano—. ¿Qué te hace merecedor de entrar a nuestro lado?

—Danos la oportunidad, *domine*, y lo sabrás. No te decepcionaremos.

El Prefecto calló unos instantes mientras se aguantaban la mirada el uno al otro. La resolución de aquel hombre le gustó. Parecía que era una buena promesa de futuro.

—Acepto de buen grado. Eso sí, deberás mostrarme tu valía y lealtad.

—Así será, *domine*.

—¿Nombre?

—Fortis, *librarius* ahora de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

—¡Hum! Eres *librarius*, ¿y qué te hace pensar que te conservaré en el rango?

—Yo puedo ser el intermediario entre mis hombres y el Centurión Andros. Llevo diez años sirviendo a Roma y soy el único *principalis* que ha accedido a unirse a vosotros.

—¿Cuántos sois?

—Once, incluyéndome a mí.

—Muy bien. Estarás a prueba, como todos los demás, y de momento conservas todos tus privilegios. Además te permito el mando directo de los otros diez. No me decepciones.

—Descuide *domine*, no lo haré, ni ninguno de mis hombres.

Con una breve sonrisa y saludo militar se retiró con aspecto satisfecho. Andros que lo estaba escoltando recibió una mirada con intención y supo lo que había que hacer: entregarles el mejor equipamiento disponible, soltarles un discurso e integrarlos en la unidad. La primera tarea asignada fue ayudar a sus viejos compañeros a abastecerse e instar a que se marcharan lo antes posible.

Valerio paseó por el campamento cavilando sobre la decisión. Unos hombres de más tampoco vendrían mal y su lealtad hacia Numerio Lupo era más que cuestionable. Seguro que Anakletos dudaba de que fuera una buena decisión pero ya estaba tomada. Quizás sirvieran unos hombres extra y, además, había tenido una corazonada con Fortis. Su intuición, normalmente, le llevaba por buenos derroteros. Seguiría así.

El resto de la mañana, seguiría haciendo preparativos para el viaje, debían partir cuanto antes, pues sabía que si Numerio Lupo se apresuraba, en un par de días o menos estaría en *Alexandria*. Como mucho tendrían cuatro días antes de cualquier reacción por parte de Quinctilio. Para Valerio era el verdadero enemigo, ya que su cargo, inteligencia y sus capacidades de administración podían decantar la balanza a su favor.

Pasear por *Tamiat* era completamente distinto a estar en *Alexandria*. De estar en una de las mayores urbes de la antigüedad, llena de gentes de distinta procedencia, labores, lenguas y costumbres; a llegar a este sitio, prácticamente encerrado en sí mismo, daba la impresión de haber cambiado de provincia. No, *Alexandria* era lo extraño en aquel lugar del mundo. No es que en este asentamiento no hubiera extranjeros, si no que eran una minoría. Máxime cuando el verano se agotaba y muchos ya habían partido antes de quedarse inmovilizado por los temporales, la mar embravecida y el inexorable fin del verano.

Vesper, Anakletos, Kismet, Behrooz, el joven Macro y dos *calones* comprendían que la expedición tenía dos objetivos claros: por una parte comprar los productos que fueran necesarios en el mercado local e informarse de cómo conseguir las embarcaciones pertinentes. Igualmente, vendieron una parte del botín obtenido de Sekani para obtener más liquidez. Sacaron un beneficio razonable por buena parte de los objetos. En los que ofrecieron un valor inferior, los conservaron. Habría más oportunidades de venderlos en otros mercados.

Tras hacer las compras en el mercado a cielo abierto que había, mientras Anakletos y Vesper encuestaban a mercaderes sobre con quién debían hablar para obtener una nave, un nombre parecía repetirse: Heraklous.

Macro «el joven» y los *calones* retornaron a la base tras hacerse con todo lo necesario a la par que el resto fueron hacia un punto que le indicaron varios mercaderes. Era un colosal edificio, en comparación con otros de alrededor, en uno de los laterales del *Paneum* donde se encontraba el mercado. Poseía un

estructura extraña, con una *popina* en una esquina, una *caupona*<sup>[107]</sup> en un lateral y buenas caballerizas. Igualmente, poseía altos muros que contendrían con toda seguridad, bellos jardines. Un pastiche de múltiples espacios. No parecía demasiado nuevo pero estaba relativamente bien cuidado y a esa hora, antes del mediodía, no había demasiada gente tomando alguna bebida en la *popina*.

Anakletos quien iba a la cabeza seguido de su hija y los dos romanos, accedió al interior donde encontró a la *copa*, que parecía la encargada del lugar. Una mujer de mediana edad que los esperaba con una sonrisa forzada.

—*Bendiciones, busco a Heraklous.* —preguntó cortésmente el armenio en un griego depurado—. *Vengo a hablar de negocios con él.*

La mujer le señaló el fondo de la estancia donde se percibía el suave aroma de los lirios, las azucenas y una ligera fragancia a mirra. En una hermosísima alfombra de gran tamaño que tapizaba toda la parte final de la estancia, un hombre recostado comía con parsimonia dátiles de un cuenco y tomaba una bebida de color cobrizo mientras no les quitaba ojo. Rozaba los sesenta años, con espesa barba grisácea, ojos pequeños, sibilinos y una delgadez casi cadavérica.

—*Tomad asiento.* —expresó también en griego cordialmente mostrándoles unos cojines que había frente a él en la alfombra—. *¿Qué puedo hacer por vosotros, nobles amigos?*

—*Gratitud. Nos han informado que posees embarcaciones en este puerto.* —dijo Anakletos con serenidad una vez que se hubo sentado el último de sus acompañantes.

—*Os han informado bien. En este momento, tengo fondeadas aquí cuatro naves de diversas envergaduras. ¿Qué tipo de carga sería y a dónde?*

—*Personas y pertrechos. En cuanto al destino no podemos decírtelo.*

—*¿Esclavos?*

—*Libres.*

—*Entiendo, transporte. ¿Cuántos y para cuándo?*

—*Sesenta o setenta personas y si pudiéramos partir en uno o dos días sería excelente. Los víveres requeridos los proporcionamos nosotros. ¿Dispones de lo que necesitamos?*

—*Sí.* —tardó en responder mientras un fulgor de duda aparecía en su mirada—. *Dispongo de tres naves de doble velamen que podían albergar a 30 o 40 personas, aunque su función sea para llevar mercancías y una de mayor calado donde podrían entrar todos. No tenía planeada ninguna salida hasta la primavera, pero todo se puede ver.*

—*Servirá. Expón tu cuota.* —se hizo un esperado silencio mientras el hombre se atusaba la barba.

—*20 000 sesteracios<sup>[108]</sup> cada nave y 10 000 más como garantía. En el caso de la mayor calado, el precio es el mismo: 50 000.*

—*¡Es un robo!* —no pudo contenerse ante la tarifa insultante.

—*¿Robo? Estamos en pleno mes de septiembre, pronto llegarán las aguas y los temporales y la navegación se cerrará hasta marzo. Es un riesgo demasiado alto y los precios suben en consecuencia. Además será difícil encontrar a una tripulación que esté tan loca para iniciar la navegación en esta estación del año. Podéis ir al puerto y preguntar a alguien más, pero nadie estará dispuesto a hacerlo y tampoco disponen de naves de tal calado.*

—*¿No podemos negociarlo?* —intentó serenarse el noble.

—*Venís de Alexandria con un grupo de auxiliares, donde podíais tomar la embarcación que quisierais y con el destino que fuese.* —exhortó tranquilo mostrando que controlaba bien la información local—. *Si no lo habéis hecho es porque no podíais. No me interesan los motivos pero no, no es negociable. Lo aceptáis o lo dejáis. Lamento la inflexibilidad.*

—*Denos un día para pensarlo.* —intervino Vesper justo por la parte de atrás ante la flagrante duda de Anakletos.

—*Claro, un día, ¿por qué no?*

—*Mañana tendrá su respuesta.* —reaccionó con cordialidad el armenio mientras se ponía en pie.

—*Hasta mañana pues.*

Con un amargo sabor de boca salieron y comentaron brevemente lo que había acaecido. La única idea era el uso de la fuerza para obligarlo a entregarles las naves por un precio menos elevado o gratuitamente, ya que no tenían 50 000 sesteracios para pagarle. Por si fuera poco, el sirio lleno de cicatrices tenía la impresión de que alguien les acechaba, una figura encapuchada que de vez en cuando aparecía a cierta distancia. Aún no tenía un rostro o seguridad para alertar al grupo. Mejor mantenerse vigilante y esperar a verla otra vez para asegurarse del posible peligro.

Por la tarde, la incertidumbre que se cernía sobre sus corazones empezó a menguar ante la fuerte determinación de Valerio que había hablado con Behrooz antes de reunirse con todos ellos. Les dio evasivas hasta el crepúsculo dejando preparado un organigrama de todo lo que habían de hacer cada uno de los integrantes mientras estaban acampados, incluyendo un

entrenamiento intensivo o la forma de organizar la partida a los barcos cuando los consiguieran.

En la *hora duodécima*<sup>[109]</sup> fueron convocados a una reunión en el principal *contubernium* Anakletos, Kismet, Behrooz y todos los *principalis* (Vesper, Andros, Córax, Basso y Fortis). Sentada a su lado, Isela mostraba la firmeza y serenidad de una matrona romana que, si bien debía estar en silencio como la costumbre exigía (aunque no siempre era así), reforzaba la autoridad y la fuerza de su marido. Ninguno de los presentes la tenía por una necia que se inmiscuía por aburrimiento en los asuntos de su marido.

—He hablado con Vesper y Behrooz sobre el asunto que nos trae a esta reunión —rompió el hielo el Prefecto—. Me ha contado los pormenores del encuentro con Heraklous y no pienso usar la fuerza para obtener las embarcaciones.

—Pero Prefecto... —protestó el armenio.

—Soy consciente de que no podemos pagar la suma de 50 000 sestercios —prosiguió alzando la mano evitando la réplica—. No obstante, no podemos usar la fuerza en Egipto por dos motivos. El primero es que Egipto es propiedad del César y del pueblo romano y sería tomado como un ataque directo al corazón de Roma, por el que seríamos juzgados y castigados, independientemente de lo noble que fuera nuestra causa. La segunda razón es que perderemos toda legitimidad si actuamos como vulgares *listim*. No, esa no es la solución.

—Entonces ¿qué propones Prefecto? Ese hombre sabe que tenemos una necesidad acuciante, que el tiempo juega en contra y que el riesgo es alto —aportó de nuevo Anakletos.

—Hay otras formas de obtener lo que necesitamos —sonrió maquiavélicamente al decirlo.

—¿Coacción?

—Más o menos. Haremos lo que hace un buen senador o *miles*: buscar las flaquezas del adversario y atacarle por ahí. Behrooz sabe su punto débil.

—Mi *domina* Vibia me informó de los elementos más relevantes de *Tamiat*, sus puntos fuertes y sus debilidades —explicó el sirio con tranquilidad a todos los presentes—. En el caso de Heraklous son las apuestas, como por ejemplo en peleas de gladiadores. Sabemos que ha ido en multitud de ocasiones a Roma, Pompeia o Neapolis a ver los juegos. Ahora tiene en propiedad a un campeón invicto llamado Pericles con el que hace duelos privados por grandes sumas en múltiples puntos de oriente. Hace

tiempo que no ha habido ninguno porque no ha encontrado rivales dignos con los que sacar dinero en las apuestas.

—Usaremos esa debilidad para obtener lo que queremos —resumió el hispano para acabar.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —dudó de nuevo Anakletos.

—Mañana lo veréis. Confiad en mí. Id a reposar, al alba partiremos a hablar con él.

Con un gesto, los dos armenios salieron del *contubernium* con cara de pocos amigos. No gustaban de ese secretismo continuo de Valerio. Se trataba de una condescendencia que se repetía una y otra vez, sin querer explicarse hasta el último momento. Cierto era que se había vuelto más altivo, pero sus hombres sabían que a buen entendedor pocas palabras bastaban. Empezaban a conocer las ideas de su oficial.

Una vez que salieron, entró Minoos colocándose en un lateral del lugar. Al mismo tiempo, el Prefecto hizo un gesto a los *principalis* para que se quedaran. Ellos obedecieron mirándose los unos a otros a la par que su oficial intercambiaba miradas extrañas con todos ellos. Al poco entró Emilia, seguido por Macro «el joven», Maio Aquinas y Estitio. Nadie entendía nada.

—Gracias por permanecer aquí —comenzó a hablar Isela con soltura mientras paseaba lentamente—. Os he convocado por un asunto personal. —la expectación crecía—. Todos sabéis que vuestro Prefecto aquí presente ha sufrido dos intentos de asesinato, sin contar el ataque nocturno de *Alexandria*. Pues bien, en el último, cuando estábamos de camino a Egipto, Vesper le sacó al esclavo una información concreta: un miembro de la comitiva había sido pagado para atentar de nuevo si no salía bien el envenenamiento —hizo una pausa y todos asintieron con la cabeza—. Lo hemos descubierto hace unos días y ha llegado la hora de ajustar cuentas... ¿Verdad?... ¿Aquinas?

Los dos *milites* que estaban junto a él, se desplazaron hacia un lado mirándolo con extrañeza mientras posaban su respectiva mano derecha en el pomo de su *gladius*. El interpelado, con cara de sorpresa y desazón intentó defenderse.

—¿Quién ha dicho semejante infamia? —exhortó con vehemencia—. Llevo con vosotros desde que llegasteis a mi hogar hace más de seis años y he derramado sangre por cada uno de vosotros.

—*Domina*, ¿estás segura de quién es? —cuestionó Estitio dando un paso hacia ella.

—Hemos descubierto un frasco de veneno en sus pertenencias que, Adelphos, el *medicus*, ha confirmado que es el mismo que se empleó en el

*quinquerreme*. ¿Algo que alegar?

Un denso silencio se hizo en la sala. Nadie se movió esperando alguna respuesta del interrogado o una orden del Prefecto, que se mantuvo flemático todo el tiempo.

—Ya lo sabíamos —indicó Valerio ante la sorpresa de todos los presentes—. Bajo tortura, el esclavo me susurró antes de ejecutarlo que era un germano, aunque no le vio la cara, lo notó por el acento. Solo hay dos germanos en la expedición y sabía que el otro no podía ser. No tenía motivos y es demasiado simplón para algo tan planificado y paciente.

—¿Por qué Aquinas? —dijo por primera vez Vesper en tono mesurado. Otro silencio y finalmente habló.

—Me degradasteis en Britania de *tesserarius* a simple *miles* por tomar mi botín.

—No habías recibido orden de matar a nuestros aliados, crucificarlos y violar a sus mujeres —levantó levemente el tono.

—¡Eran britanos y no podíamos confiar en ellos! —también elevó su tono e inmediatamente bajó el rostro ante los ojos fulgurantes de su oficial—. Vengo de Germania, mi gente no soportaría tal deshonra por hacer bien su cometido.

—Estás en Roma, la disciplina hace que seamos los más poderosos de esta parte del mundo y veníamos a quedarnos. No se hacen alianzas con matanzas —explicó con furia contenida. Pausa para templar su rabia y continuó—. ¿Qué te prometieron?

—Una recompensa y hacerme jefe de una tribu aliada de Roma en Germania.

—Suculento premio —indicó con ironía Isela—. ¿Cuándo pensabas hacerlo?

—No lo había decidido, tenía mis dudas, no solo del cuándo y el cómo, si no si hacerlo también.

—Pero tú ofreciste el veneno al esclavo.

—Fui el mensajero, no el ideólogo.

—Eso no te exime de culpa. ¡Has traicionado nuestra confianza! ¡Mi confianza! —la mujer mostraba una cólera contenida que estaba a punto de estallar, incluso dijo una serie de insultos en su lengua materna que solo él pudo comprender. Valerio se alzó y la tomó del brazo.

—Te he dado una oportunidad por ello, para ver si te redimías. Mi esposa se ha adelantado antes de poder ver qué decisión tomabas.

—¿Qué ejemplo darás a tus hombres si no punes a alguien que traiciona a su *domine*? —advirtió Isela con tono sombrío—. No puedes dejarlo sin un castigo ejemplar.

Aún a su pesar, sabía que su esposa tenía razón. Había sido una excelente discípula y pronto le superaría, si no lo había hecho ya. No podía dejar pasar un acción como esta. Recorrió con la mirada la sala, todos mostraban impasividad o asentimiento. Su espíritu, ya influenciado por la piedad del «*Magister*», le impulsaba a no querer ejecutarlo. Quizás una flagelación. Era un asunto personal, no se trataba de un asunto plenamente militar, en cuyo caso actuaría con total severidad. Por esta razón, como seguidor del Nazareno, no quería matar sin fundamento. El perdón era el centro de sus enseñanzas, pero por otro lado estaba su prestigio y la presión de la opinión de los presentes, instigada por su propia mujer. Con toda seguridad, lo había hecho queriendo para que tomase la decisión lógica.

—No, no pienso ejecutarlo. ¡Desarmadle! —ordenó tras una veloz reflexión tras la cual, lo tomaron de los brazos, arrebatándole su *gladius* y su *pugio*.

—Una flagelación no será suficiente, nunca estarás a salvo mientras esté con vida —opinó Isela.

—Cierto, por este motivo le daré la *missio ignominiosa*<sup>[110]</sup> aparte de un castigo físico.

—Insuficiente —insistió su mujer.

—¡La afrenta es hacia mí! ¡Y yo decido su castigo! —lo dijo con firmeza pero sin agresividad aunque sus ojos mostraban su hastío.

Todos fueron saliendo uno tras otro, hasta que quedó el matrimonio junto con Emilia, Marcelo y Mino. Andros, tomó una cuerda que tenía anudada en su *cingulum* y salió en última instancia. Para darle autoridad y respeto, el Prefecto le había dado potestad para hacer algunos castigos en su nombre. Aquinas, por su parte, había aceptado la sentencia resignado y sin abrir la boca, seguramente aliviado.

—Muchas veces te permito intervenir en conversaciones nuestras, aunque no seas un *miles*, pero hoy me has presionado frente a los hombres y no puedo consentírtelo —mostró su disgusto sin gritar.

—Todo lo hago por nosotros, no quiero que ninguna amenaza esté sobre nuestras cabezas. Es la mejor forma de evitar el peligro —replicó Isela con sinceridad.

Entonces, la mirada de Valerio se desvió hacia Mino, que le miraba con los ojos llorosos sin decir nada. Ni falta que hizo. Súbitamente, salió fuera de

la tienda, encontrando a Macro y Estitio aguantando a su compañero germano mientras, a su espalda, Andros lo estrangulaba con la cuerda. Behrooz y Fortis contemplaban la escena imperturbables. Sexto Valerio quedó petrificado ante la expresión del reo: los ojos inyectados en sangre y la lengua fuera de la boca, babeante. Nadie le había obedecido. Así que ahora, por su conciencia y su potestad, desenvainó a *Vastator* e instó con un firme gesto que parara con una expresión cargada de ira. Inmediatamente, Andros lo soltó. Un suspiro agónico mostró que aún estaba con vida.

—¿Por qué no habéis cumplido mi orden? —preguntó con evidente frustración—. ¿Así mostráis respeto a vuestro *domine*?

Nadie respondió. Aunque el veredicto era obvio: sabían que su oficial era resolutivo, pero en algunas ocasiones era demasiado benévolo e indulgente en sus decisiones. Por tanto, hicieron lo que había que hacer. Valerio estaba empezando a encolerizarse en silencio, como todos, mirando desafiante como si de un motín se tratase. Sin embargo, algo que nadie esperaba, ocurrió.

—Tienen razón... —anunció entre estertores Maio Aquinas, recuperando el resuello—. No puedo quedar con vida... no solo por tu prestigio... también porque con esta pena... no me dejas otra... opción... que perseguirte hasta matarte... El Honor lo exige...

Intercambiaron miradas cómplices. Les daba la excusa y al mismo tiempo era casi un acto de piedad. ¿Dónde iría un germano sin blanca y desahuciado por los suyos? Era evidente que la culpa y el arrepentimiento le reconcomía. Sabía que su oficial necesitaría una motivación mayor y continuó.

—Además deseo a Isela... Y era parte del botín de acabar contigo. Sabes que quiero poseerla desde hace tiempo y que podría haber sido más feliz conmigo.

No hizo falta más. Se abalanzó sobre él con rapidez y precisión le hincó *Vastator* en el hígado, con tanta fuerza, que provocó que lo arrancaran de los brazos de Estitio y Macro, acabando encaramado a su oficial con la hoja de su arma tinta de sangre, estando sin *lorica*.

—Ve en paz, hermano. Vas al hogar de tus padres y tienes mi perdón, perdóname tú a mí también —le susurró Valerio con sinceridad.

Unos segundos de agonía, miradas cómplices, sonrisas tristes y desvanecimiento. La rutina de la muerte para ellos. Nadie dijo nada. Simplemente porque no había nada que decir. Solo preparar el funeral de un compañero caído en desgracia. No había odio, ni resentimiento, ni lástima. Solo Fortis, que era nuevo, observaba todo con una mezcla entre admiración y sorpresa, aunque lo ocultó. El Prefecto les había enseñado que cada uno

elegía su destino y que había que afrontarlo con la cabeza alzada. Decía que así, los dioses acogerían a los recién llegados con más ahínco y admiración.

En la mañana siguiente había una importante tarea que llevar a cabo: conseguir los barcos para proseguir el viaje. Los sucesos de la noche anterior, aunque todavía rondaban en las cabezas de todos los que lo habían presenciado, empezaban a difuminarse por el presente. Solo los más íntimos de Aquinas (Macro, Estitio y Andros) y el propio Valerio, turbarían su ánimo durante algún tiempo. Sin embargo, el Prefecto intentaba sacudírselo de su pensamiento ante la inminencia del encuentro. Parecía que entre el matrimonio había habido alguna fricción por lo acaecido.

Mientras el campamento seguía la rutina propia de la vida militar, Anakletos, Kismet, Berhooz, Vesper y el oficial en jefe se dirigieron hacia la *popina* donde habían encontrado a Heraklous. Iban ataviados con ropas de viaje sencillas o sus uniformes militares, mostrando lo que eran: viajeros.

Encontraron el mismo cuadro que el día anterior, con Heraklous recostado tranquilamente sin preocupaciones, aparentemente, y en silencio.

—*¡Ah! ¡Bienvenidos! Os esperaba. Por favor, tomad asiento.* — manifestó en griego, sonriente el egipcio.

—*Gratitud.* —articuló lacónico Anakletos.

—*¿Y cuál es la decisión?*

—*No hay trato.* —anunció Valerio con mesura.

—*Disculpa, ¿quién eres?* —su tono era cordial en todo momento.

—*Soy el Prefecto de la Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita Sexto Valerio. No tenemos suficientes monedas para hacernos cargo de tal pago.*

—*Entiendo, lamento no poder hacer negocios con vosotros.*

—*Pero tengo una contraoferta que te agradará.* —añadió súbitamente con una mirada de suficiencia.

—*Adelante.*

—*He oído que tienes un gladiador en propiedad de valor probado.*

—*Has oído bien.*

—*Quiero ofrecerte un combate con uno de mis hombres. Circulan rumores de que no encuentra rivales de altura para él. Yo puedo solventar esa problemática.*

—*¿Y por qué harías eso?*

—*No me andaré con rodeos. Necesitamos partir de Egipto. Nuestra situación empieza a ser desesperada y precisamos de esas naves.*

—¿Y lo basará todo en una apuesta?

—No tengo elección.

—¿Y quién será quien vele por tus intereses?

—Es una deshonra para mis hombres participar de este espectáculo, así que le propongo a mi asistente.

El egipcio observó a Vesper de arriba abajo en silencio. Aunque en forma, no daba el aspecto de ser una máquina de matar. Además, algunos consideraban al orden ecuestre, unos niños mimados por pertenecer a la nobleza provincial o media. Tendría entorno a 30 años, así que no podía haber ascendido por méritos, pensó con rapidez, pero erraba totalmente, ya que Valerio lo había ascendido no hacía mucho, aunque no sería efectivo hasta que se licenciase en unos meses.

—Debes confiar mucho en tu hombre. —indicó el egipcio tras una pausa donde estudió al siciliano.

—Sabe combatir y no me queda otra opción que emplearlo para este asunto. —sonaba convincente.

—Puede interesarme tu oferta, dame los detalles. —Heraklous picó en el anzuelo.

—Combate a puerta cerrada, solo aquellos que quieran apostar, así será más exclusivo y lucrativo. Además, no quiero que esto se sepa. Yo ofrezco 10 000 sesteracios por mi hombre. Si gano, quiero al menos poder fletar esos barcos.

—Cinco a uno no es un buen margen para obtener ganancias.

—Con las apuestas que hagas, podrás aumentar tus ganancias. Vende el encuentro como un gladiador contra un legionario, será atractivo y mostrará equilibrio.

—Que sean 25 000, dos a uno.

—Sería una apuesta casi sin ventaja para mí y sin riesgo para ti. 12 500 es justo: cuatro a uno.

—18 000.

—15 000 y si vence mi hombre querré suministros para una semana. —el egipcio sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Cuándo?

—¿Cuánto tiempo requieres para prepararlo todo?

—Tres días.

—Dos, si sale bien saldremos al tercero. Si perdemos debemos proseguir hasta otro puerto de inmediato.

—*Sea.* —posaron sus respectivas manos en el antebrazo del otro para cerrar el acuerdo—. *En el crepúsculo de pasado mañana, en casa de Hippalos, un ecuestre de Tamiat. Que vengan solo los aquí presentes, ni uno más.*

—*Así será.*

Todos se alzaron y salieron en silencio por la puerta con paso relajado. Nada más salir, empezaron a susurrar entre ellos hasta que se alejaron lo suficiente de la *popina* para que nadie les pudiera escuchar, entonces Valerio se dio la vuelta y se dirigió a Anakletos.

—Está todo hecho. La trampa está cerrada.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —expresó sus dudas el armenio.

—Vesper, ¿has visto a tu rival?

—Ayer, en la tarde hice una visita al pequeño *ludus*<sup>[111]</sup> improvisado que ha hecho y lo observé con detalle durante un rato corto.

—¿Y bien?

—Es bastante rápido, atlético<sup>[112]</sup> y puede combatir a dos manos. Creo que es zurdo. Es hábil y sabe lo que se hace —pausa dramática—. No obstante, su técnica no es tan depurada como él cree. No será un problema.

—Espero que eso te deje más tranquilo.

Sin mediar más palabra continuó caminando hacia el mercado. Anakletos y Behrooz habían intuido las verdaderas capacidades de Vesper, pero siempre estaba el factor suerte. No parecían contemplarlo. La seguridad de aquellos hombres era contagiosa. Y eso no le gustaba al cauto armenio y al desconfiado sirio.

Al atardecer, todos los auxiliares seguían entrenando. En particular la nueva remesa de egipcios, que debían mostrar que estaban tan en forma como sus nuevos compañeros de armas. La mañana había tenido ejercicios de formación y marcha, mediodía tácticas grupales de ataque y defensa, por la tarde, combates individuales.

Cuando el sol empezaba caer, la mayoría se habían retirado, no así Vesper, que seguía practicando contra Macro y otros dos auxiliares. Notó como alguien le observaba. Era Kismet. Hizo como que no la vio y continuó a lo suyo un rato más. Poco después, agotados, se fueron cada uno por su lado. Sin embargo, ella seguía ahí, con la vista clavada en él. Una extraña mirada

que no sabía descifrar. El experimentado romano se acercó entonces a la mujer con parsimonia.

Lo cierto era que aquel hombre era atractivo, unos cabellos morenos con un hermoso brillo, con sus penetrantes ojos verdes, su cuerpo tonificado y sudoroso, además de ese aire misterioso. Sí, tenía un punto sugerente. A su altura, la joven se ruborizó y miró hacia otro lado.

—¿Hay algo que pueda hacer por la *domina*? —rompió el hielo sin tapujos.

—No, solo observaba tu destreza con las armas —explicó algo ruborizada Kismet.

—Pensaba que no sentías interés por el arte de la guerra —replicó con ligero desconcierto.

—Y no me interesa. Solo las bestias solucionan las cosas mediante las armas.

—¿Ah sí? —el tono de Vesper cambió a condescendiente y divertido.

—Aprecio la técnica, pero estoy cansada de ver violencia en todos lados y como algunos hombres se regocijan de ella.

—Entiendo. Y por eso me desprecias.

—Detesto lo que representas.

—Déjame adivinar. ¿Has vivido toda su vida protegida dentro de un palacio? —no parecía ofendido.

—Buena parte de mi vida, si. ¿Por qué?

—Porque no sabes lo dura y miserable que puede ser la vida fuera de tus muros: asesinatos, robos, violaciones, vejaciones... El mundo es cruel y demasiadas veces es injusto. ¿Estás cansada de ver muerte? Habrá más hasta que te llegue la tuya. Y seguirá habiéndola después. Cuanto antes lo comprendas, antes dejarás de sufrir. Matar o morir, para nosotros todo se reduce a eso.

Se hizo un pequeño silencio entre los dos, la joven armenia aprovechó para intentar retomar la compostura y reflexionar velozmente para poder replicar.

—Marco Tulio Cicerón, dijo una vez, «mi conciencia tiene para mí más peso que la opinión de todo el mundo».

—No todos tienen esa opción, la guerra saca lo mejor o lo peor de cada persona. Deberías empezar a entender estas sencillas reglas de vida como buena matrona ecuestre que eres.

—¡No me quiero endurecer!

—No se trata de endurecerse. Se trata de entender cómo son las cosas.

—Si no fuera por hombres como tú... —no se atrevió a continuar y enmudeció. Por su parte, la cara de Vesper se agrió.

—¿Qué sabes de mí? ¿Con qué derecho me hablas así?

—Lo siento... yo...

—¿Cómo te atreves a valorarme? Eres una noble armenia que has vivido entre lujos y que no has conocido la violencia hasta hace unos meses. Yo no he conocido otra cosa desde que era muy niño. Es fácil juzgar a los verdugos, pero la lucha entre dos hombres con un arma en la mano es verdaderamente justa.

—¿Y si uno va mejor armado o experimentado? —contraatacó.

—Pues que no se enfrente. Siempre está la opción de huir, rendirse o no ir a la guerra. El freno del hombre debe ser su mujer, su razón y su voluntad. No todos hemos nacido o sido entrenados para combatir. Y eso está bien. Hacen falta hombres de paz.

—¿Y por qué combates tú? ¿Por Valerio? ¿Por Roma? Una idea idílica de algo inmaterial.

—Entre otras cosas. Al menos es una causa que él explica de forma que todos los que le sigan, lo entiendan: lucha por su hogar, por sus hombres, por llevar a Roma a todos lados y hacer una comunión entre sus gentes, que se ayuden y apoyen. Quizás nunca sea así, pero es hermoso escucharle decirlo y creerle. Sí, creer en una esperanza, aunque sea vana. Su padre combate por riqueza y poder. Por vanidad. Hombres están muriendo por ella, incluyendo hermanos nuestros. No seas hipócrita, tu vida, y tu vuelta a una buena posición depende de nosotros, de nuestras *gladii*, y la muerte de los que nos quedemos en el camino.

Y sin mirar atrás, Vesper fue a asearse. No estaba enfadado, estaba cansado de los juicios de valor y la filosofía aplicada de aquellos que mejor vivían. El pobre, el olvidado, el enfermo, el esclavo, el campesino o el *miles* no tenían tiempo para pensar. La mayoría de la población. El hambre, la precariedad, los problemas de la vida o la guerra evitaban poder pararse a plantearse estas cosas demasiado. Al menos no en estos tiempos.

Por su parte, Kismet, aunque molesta por el tono empleado hacia ella, le había dado algo en lo que pensar. Aunque no estaba de acuerdo con su idea de la guerra, al menos era la primera vez que alguien le plantaba cara que no fuese su padre. También era la primera vez que le mostraba su opinión a un hombre. Tenía mucho que reflexionar. Pero después de descansar. En ese momento, tenía el orgullo herido y estaba cegada por una extraña rabia. Sin

embargo, no podía evitar sentirse atraída por un hombre tan opuesto a ella. Un realista.

## LA VOLUBILIDAD DE LA FORTUNA

AMATISTA. ¡Qué color tan hermoso y llamativo! Solo alguien de cierto nivel social podía llevar una túnica de tal color, y además, portarla con elegancia. Y así era. Heraklous sabía bien hacerse distinguir, sin excederse. Sobre él, un liviano *himátion*<sup>[113]</sup> verde y un sencillo colgante terminado en un rubí. Aseado y descalzo, intentando mostrar un ligero toque entre asceta y filósofo, se movía como pez en el agua entre sus semejantes, y los que no lo eran tanto. Evidentemente, se trataba de un hombre de mundo, eso estaba claro. Y su mirada sibilina mostraba sin descaro como denostaba a los romanos por ser toscos, vanidosos y vulgares. Tenía la seguridad de controlar todo y jugar con ellos. Por este motivo montó la recepción el día anterior al duelo para presentar a los campeones en su propia casa. Una jugada interesante. Aunque en personas como él, no había un único motivo. Había pedido que ambos se encontrasen por vez primera, cara a cara, solo con el *subligar*. La intencionalidad era, claramente, doble. Por un lado, mostrar el género para promocionar las apuestas entre los interesados en dicho espectáculo, y por otro, ver las cicatrices del cuerpo de Vesper. Este, por su parte, accedió a ello sabiendo que con su posición casi asegurada de ecuestre podía negarse. Mejor favorecer la jugada y mostrar la necesidad de ello. Un pequeño sacrificio. Como no poseía más que un par de cicatrices visibles de su juventud (solo había resultado herido en una ocasión desde que era *miles*), Heraklous intuyó que no tenía muchos combates en su cuerpo. La realidad era bien distinta: su preparación estaba muy por encima de la media.

A la fiesta asistieron Anakletos, Kismet, Vesper, Isela y Valerio. Como guardias en la puerta quedaron Macro y Estitio junto con la nueva incorporación: Fortis. La fiesta, amenizada con música pero sin danza, incluyó alguna comida sencilla, basada en frutos secos, fruta y vino. Varias decenas de personas fueron invitadas para la ocasión, habiendo una cantidad enorme de mercaderes por encima de los escasos ecuestres que acudieron solo para salir de su aburrida rutina. Todos se fijaron, en especial Anakletos, como los comerciantes analizaban a los dos oponentes, especialmente a Vesper,

acercándose a verlo muy de cerca, incluso tocándolo. En un caso en particular, con disimulada lujuria. Era curioso como la sangre despertaba en algunos los apetitos. Todos ellos.

Fue una recepción corta, de tanteo, en la que el anfitrión se mostró cortés y sonriente todo el tiempo. Aunque con cierta distancia de la gente. No bebió ni una gota de vino. Solo ese líquido cobrizo al que parecía adicto. Lúcido y sagaz, parecía analizar todo su entorno, lo que hizo que el armenio se preocupara por si tenía guardado un as en la manga. Valerio se mostraba confiado. No conocían las cualidades de Vesper como él. Nadie que lo hubiese visto en combate en su sano juicio se enfrentaría a él.

Tras cuatro días de cabalgada, después de la ominosa derrota, Numerio Lupo y una decena de équites llegaron a *Alexandria*. Habían realizado solo breves paradas para dejar descansar a sus monturas, sin contar la pernocta, aunque habían tomado una ruta algo más larga por la confusión de la primera noche. Casi habían reventado a los caballos por el esfuerzo.

Lucio Quinctilio, informado de su llegada a su hogar, permitió al senador que se asease y descansara. Pero no lo recibió hasta el día siguiente. Las instrucciones fueron dadas por esclavos. El patricio, completamente enfurecido por la actitud del *Praefectus Classis*, pensaba que debía ser presto en sus decisiones y no punirlo por su fracaso. Ser pragmático. Sin embargo, por mucho que se quejó y amenazó a sus esclavos, no obtuvo audiencia.

Al poco del amanecer, tras un reparador sueño, despertó con Quinctilio uniformado junto al lecho, los brazos cruzados y la expresión seria en su semblante, con la mirada clavada en él.

—Buenos días —dijo monótono—. Espero que hayas descansado.

—¡Bona dea! Ayer no me recibes y hoy me acechas en el lecho. Deja que me asee propiamente —indicó malhumorado.

—Ayer estaba intentando arreglar el fiasco que hiciste cerca de *Tamiat*. —su tono era glacial, casi sin vida—. He interrogado a los équites que vinieron contigo y a tres más que han llegado esta noche. Me han contado lo ocurrido. También debo informarte que, por mis exploradores, parece que otros auxiliares están regresando. Pasaremos semanas recogiendo a los restos diseminados de la unidad y castigando a los que hayan aprovechado para desertar.

—Deberías ordenar una *decimatio*<sup>[114]</sup>. —opinó el senador.

—¿Deberías estar tú incluido en ella? Eres el principal responsable — cambió ligeramente el tono.

—No sé qué habrá llegado a tus oídos pero...

—Eso ya no importa —cortó rápidamente—. Confinaré a los supervivientes, para luego enviarlos discretamente al Sur para que no repercuta más en nuestras vidas y no volveremos a hablar de este lamentable suceso.

—Gratitud.

—He reaccionado con rapidez a lo sucedido —continuó moviéndose hacia un ventanal mirando al horizonte—. El *Praefectus* de Egipto sigue fuera durante algún tiempo y aún tengo margen de maniobra. Es evidente que el objetivo de Valerio es llegar a *Tamiat* y continuar por mar. No puede arriesgarse a seguir la ruta por tierra y le rodeemos por dos frentes.

—Eso opino yo —empezó a asearse en una palangana.

—Allí necesitará varios días para obtener una embarcación y luego seguro que irá hacia Grecia. Dudo que tome la ruta tradicional bordeando África para tornar a Roma.

—Probablemente.

—He movilizado varias naves y estoy buscando en la provincia auxiliares y legionarios de valor probado para ir por mar hacia allá lo antes posible. Seguramente estarán listas para zarpar en cuatro días.

—¿Tanto? —mostró su decepción.

—No entiendes la complejidad del asunto que tenemos entre manos: no tengo jurisdicción sobre tierra, debo utilizar influencias para ello —explicó con ira contenida—. Debo pedir favores, mover hilos y conseguir todo lo necesario para el viaje cuando el *mare clausum* está a la vuelta de la esquina. Algunas unidades vienen de puntos alejados ya que no puedo tomarlas todas de la ciudad sin levantar sospechas del *Praefectus*. Por ello, he tenido que escoger solo centurias sueltas de unidades auxiliares y quizás un manípulo<sup>[115]</sup> de la *Legio XXII Deiotariana*.

—Creía que Severo era tu amigo —inquirió el senador.

—No es un necio y puede olerse algo. No quiero meterlo en este asunto. No es de fiar.

—¿De cuántos hombres dispondremos?

—Los cálculos son estimados, pero supongo que unos 400 o 500 hombres de infantería y la caballería que pueda conseguir. ¿Te será suficiente esta vez para vencerlo?

El tono que empleó era condescendiente y provocativo. No obstante, el patricio se tragó su orgullo a su pesar. Algo de razón tenía para increparle por la aplastante derrota sufrida. Además, era natural que le asaltasen dudas sobre su liderazgo. No dijo nada. Simplemente porque no había nada que decir. Ya le predijo de las capacidades de su oponente y cayó en una emboscada.

—Por tu bien, espero que no vuelva a ocurrir —continuó Quinctilio—. Además te asistirá esta vez el Centurión Antonino Scaeva, que es ducho en estas cuestiones: discreto, experimentado y de fiar. Tú llevarás la organización y él, la táctica, compartiendo opiniones en cuanto a la estrategia.

—¿Crees que voy a perseguirlo por mar? —mostró su escepticismo.

—No te queda otra. No puedes volver con las manos vacías.

—Podría decir a los organizadores que no me distes hombres suficientes, ni preparados. Me creerán por encima de tus palabras.

—Puede, pero a nadie gustará que hayas matado a Calpurnio Avito. Y la viuda Vibia es un excelente testigo. Tu objetividad quedará en entredicho.

—¡Eres un vil gusano! —espetó con rencor.

—No dejo toda mi vida a las Gracias. Soy precavido y no voy a exponer mi cuello por tu necedad. Cada uno tiene su papel en este asunto.

—Que así sea, pero recuerda que si yo caigo, no caeré solo.

—Es posible.

Tras esto, salió de la sala con tranquilidad y los brazos a la espalda, dejando que se preparara su invitado. Su cuerpo parecía totalmente relajado y su expresión mostraba una aparente falta de preocupaciones. Sin embargo, su cabeza ardía llena de maquinaciones. Ocultaba siempre cosas a todo el mundo. Nunca llegó a confiar en nadie plenamente, salvo su padre y, en menor grado, el fallecido Cneo Fabio Sabino. Lo más importante que ocultaba al senador es que había enviado a un espía que le mantenía informado mediante palomas mensajeras, usadas desde tiempo atrás para comunicarse. Otra persona digna de su confianza. Le había contado que estaba intentando conseguir una embarcación, pero que de momento sus esfuerzos parecían inútiles. No obstante, sabía de la obstinación de su oponente y debía ser presto antes de que le tomara la delantera. Quedaba mucho por hacer y le faltaba información. Su espía sabría cómo mantenerse cerca sin llamar mínimamente la atención. Era su mejor baza, ya que le había servido en más de una ocasión, aunque no fuese su *domine*. Pronto tentaría a dicho espía para que se uniese a su lado, ya que requeriría de sus eficaces servicios. La ambición de Lucio Quinctilio no tenía fin.

Las llamas de la hoguera eran hipnóticas. Entretenían sus ojos mientras hacían carburar su cerebro analizando todo lo ocurrido los días atrás y el siguiente paso que dar. En completo silencio y soledad. Aulo Valerio, en una pequeña colina escarpada fuera de la choza donde se alojaba temporalmente se sentía como en el fin del mundo. Solo el rumor de las olas chocando contra el perfil quebrado de un pequeño acantilado cercano le hacía sentir que había algo en movimiento. Ni el viento, ni los árboles, ni las aves, ni otros animales osaban disturbar el discernimiento del hijo del Prefecto.

Era la segunda noche y parecían a salvo. Mucho era suponer que así fuese, por lo que se apostaban por la noche para vigilar si alguien se acercaba por los alrededores. En ese tramo, le tocaba a Caio Mario. La choza que le habían asignado estaba en estado casi de abandono, sucia, con pocos enseres y agujeros en el techo. A eso había que sumar que poseía un pozo que se había secado. Le había dejado medio saco con grano, un ánfora con agua y cuatro piezas de fruta. Desde luego, Zeth no se iba a arruinar con ellos. Se habrían alimentado parcamente esos dos días si el liberto no hubiera tomado alimento para el viaje. En todo caso, los dos jóvenes habían urdido una serie de planes tanto si salía bien, como si no fuese así. Habían explorado la zona, descubriendo una loma cercana, de difícil acceso pero fácil bajada, donde otear tanto de día como de noche. Allí verían a la mañana siguiente si aparecía el interesado cretense.

Pasado el momento de planificación, sus pensamientos se centraron en los recuerdos de su infancia, lo que había oído de su madre y de su padre. Casi unos desconocidos para él, aunque lo sabía todo sobre ellos, paradójicamente. Admiraba a su madre por su curiosidad, inquietud y cultura para ser mujer. De su padre, su valentía, arrojo y su sentido del Honor. La inteligencia de ambos era superior a la mayoría y él llevaba toda la vida esforzándose para irles a la zaga.

Un ruido lo despertó de su aletargamiento de forma súbita, alzándose de inmediato de una *sella*, la única del ruinoso edificio, donde estaba sentado. Jadeando, apareció Caio Mario por su izquierda.

—Viene alguien y llevan hierro encima —informó con el rostro desencajado.

—¿Has visto cuántos y cómo son? —preguntó mientras iba al interior a tomar sus bártulos, preparados para cualquier eventualidad.

—No he visto nada, pero he oído los pasos de varios hombres y como tintineaban sus armas al caminar. *Milites* seguro. Llegaran pronto.

—Pues no son bienvenidos —le lanzó su bolsa—. ¡Larguémonos de aquí!

Con rapidez, bordearon el edificio por donde había venido, saltando un pequeño muro derruido y trotando por la hierba seca que recorría la explanada. Su objetivo, llegar a una arboleda cercana al Noreste de la choza y recorrer un campo pedregoso siguiente alejándolos todo lo posible del camino. Luego seguir unas vaguadas hasta llegar a una encrucijada donde podrían tomar la decisión de adonde ir. Era noche cerrada y quedaban muchas horas para que saliese el sol.

Justo antes de llegar a la arboleda, no muy espaciosa ni frondosa, Caio Mario hizo un gesto para que se tirasen al suelo. Lentamente, reptaban hacia su objetivo. Varios segundos de silencio. No parecía nada. Un minuto. Nada, solo el ligero rumor de la brisa costera sobre los escuálidos algarrobos y unas pocas encinas. A punto de alzarse, emergieron de las sombras cuatro figuras armadas por el camino. La luz de la luna perfilaba los contornos de cascos y escudos de auxiliares que avanzaban con garbo hacia la solitaria choza.

—Parece que no nos han visto —susurró Caio Mario.

—Será mejor que no nos detengamos —añadió en el mismo tono—. Pronto descubrirán que no estamos.

Sin dejarse llevar por la impaciencia, mantuvieron un gateo constante hasta que las figuras desaparecieron por completo y ellos, a su vez, estuvieron protegidos por la presencia de la débil foresta. A partir de ese momento, comenzó una verdadera carrera ligera que culminaría en un pequeño promontorio natural hacia las vaguadas. Allí deberían refrenarse porque el suelo era irregular y su visión, limitada. Al menos por el campo pedregoso, el firme era sólido, evitando caídas o torceduras de tobillos. No podían permitirse algo así. Caio Mario se retrasó levemente ya que empezó a sentir esporádicas punzadas de dolor de la herida de flecha recibida en el gemelo derecho. Tras bordear la mitad del promontorio, Aulo se apoyó para retomar el resuello y esperar a su compañero. De súbito, emergió de la oscuridad un auxiliar con una *gladius* en la mano quien le colocó la punta en el cuello.

—¡Ni un movimiento! —le gritó el *miles*.

El joven romano oriental quedó petrificado. Su fatiga por la carrera desapareció, tornando a pavor de forma paulatina. Para colmo, no iba armado y, aunque así fuese, no tendría nada que hacer con un profesional. No así su compañero: Caio Mario, con una agilidad felina, desenvainó sus armas lanzándose hacia él sin dudar un segundo. El miedo da alas. El auxiliar paró de inmediato el golpe descendente de la hoja de la *gladius*, un error típico de los que no saben usar este arma es atacar así en vez de buscar la estocada. Pero no era el caso del joven liberto de Vibia, que buscó hincar con su mano

izquierda el *pugio* en los testículos de su oponente con el consiguiente alarido de dolor de su objetivo. De inmediato, repuesto de la sorpresa, Aulo intentó hacerse con el arma del enemigo herido, pero no pudo conseguirlo porque dos hombres más salieron desde atrás y empezaron a golpearlo con el mango de sus *gladii*. Caio Mario, aguzó el oído y notó como otras voces venían a su espalda. No había opción. Tenía que huir y dejar en la estacada a su compañero de viaje si no, se vería atrapado entre el frente y por atrás.

Virando hacia la derecha, voló como alma que llevase el diablo en dirección al sendero para aprovechar que era, más o menos firme, pudiendo ser más segura su andadura. Del otro lado del camino le salió al encuentro un auxiliar con el escudo a la defensiva. Completamente fuera de sí, se dejó guiar por el estímulo, procedió a un ataque suicida: aprovechando su velocidad, se lanzó con los dos pies por delante hacia el escudo, provocando que el auxiliar cayera de espaldas sobre un pequeño foso lleno de zarzas. Alzándose a gran velocidad, sin notar el costalazo contra el suelo por la adrenalina, el liberto continuó su carrera sin mirar atrás. Escuchaba gritos lejanos, posiblemente indicaciones que se fueron alejando cada vez más cuando empezó a tomar rutas diversas en las bifurcaciones que se le presentaban. El pecho le ardía, la herida de su gemelo cada vez le dolía más, su cuerpo transpiraba por todos sus poros, le faltaba el aire, pero no por ello dejaba que sus piernas dejaran de esforzarse. Las inclinaciones del terreno tampoco ayudaban. Sabía que si paraba, desfallecería. Cuando notó que su cuerpo estaba al límite, llegando a una arboleda más poblada se dejó caer sobre la mullida hierba. Exhausto. Durante largo rato dejó que su respiración se normalizara y los calambres de todo el cuerpo se terminaran. Sin darse cuenta, pronto el sueño se apoderó de él.

Todo estaba preparado la noche del combate. Anakletos, Kismet, Isela y Minoos esperaban en la estancia rectangular que habían acomodado para el combate. Se habían dispuesto dos docenas de *triclinia* para todos los invitados que quisieran descansar, aunque otros permanecieron en pie, casi todos previa apuesta. Al final, en la parte más estrecha, Heraklous disfrutaba de un plato de fruta, solo para él mientras contemplaba como en el centro un grupo de música amenizaba la espera. Se palpaba en el ambiente, la expectación y las ganas de presenciar lo que sería el clímax de una jornada donde, además, la gente que comía y bebía con moderación, había ido a cerrar acuerdos y favorecer intercambio de favores. Lo habitual en ese tipo de reuniones.

No obstante, en el *atrium* las cosas parecían haberse torcido para el Prefecto. Acompañado de Berhooz, miraban con preocupación a Vesper que tenía el rostro blanco y había vomitado. Se encontraba de rodillas junto a un bacín, sudando a mares. Quizás lo hubieran envenenado o tal vez fueron unas ostras dudosas que cenó la noche anterior, las cuales le pirraban. En cualquier caso, Adelphos estaba muy cerca para atenderle y Berhooz le había dado largas al anfitrión, que le había dicho que tendría solo unos instantes más.

—Perderemos la apuesta si no se encuentra mejor ya —apuntó el sirio monótono.

—Y si no está en condiciones la perderemos de todas formas —aclaró molesto Valerio—. Además no pienso dejar que maten a mi amigo.

—No quería decir eso. Puedo salir en su lugar si es necesario —ofreció inclinando las cejas.

—Sería una excelente opción si no fuera por cómo es este tipo de gente: si acepta y ganas, tu victoria no tendrá validez. Lo considerarán una triquiñuela y un engaño. Intentaré demorar el combate y si no lo acepta, al menos salvaré la vida de mi hombre.

En ese momento, Vesper se alzó, tomó una ánfora llena de agua que había cerca, y se la echó sobre la cabeza. Debía estar gélida. Recobró algo de color.

—Me encuentro mejor. Acabemos de una vez —expresó con forzada firmeza.

—No estás bien —aplacó comprensivo el oficial hispano—. No quiero que te espongas así...

—Te digo que puedo hacerlo, si confías en mí. He recuperado fuerzas y no sé cuánto me van a durar. Es ahora o nunca.

Durante unos segundos se estuvieron mirando a los ojos teniendo un diálogo no verbal entre ellos. Un concienzudo análisis de sus almas, unidas por la guerra y el infortunio. Se conocían bien. De la mejor forma que dos personas podían llegar a hacerlo. Con una breve afirmación con la testa, Vesper tomó su *gladius* y un escudo pequeño y redondo, preparándose para entrar en la sala donde todos esperaban con impaciencia.

Descorrió una cortina y al entrar la luz de la estancia, muy amplia y bien aclimatada por lucernas, le embriagó. El ambiente estaba animado por una serie de giros y lucimientos del famoso Pericles, gustándose a sí mismo con movimientos casi acrobáticos de su cuerpo y arma. La gente aplaudía embelesada. Al siciliano le recordó su juventud como gladiador y cómo le gustaba esas aclamaciones populares vacías de verdadero significado.

Cuando la gente percibió su presencia, empezó a enmudecer expectante. Una vez que el silencio se apoderó de la sala y su contrincante fue consciente de su llegada, comenzó a trotar en dirección a su oponente que se puso en guardia. No habían esperado la orden de Heraklous para comenzar y su discurso inaugural del combate, lo cual le irritó inicialmente, pero ya no importaba. Como hombre pragmático que era, se había demorado demasiado el enfrentamiento. Y no gustaba de perder el tiempo cuando se trataba de negocios.

A mitad de camino, Pericles avanzó unos pasos para que no le cogiera la defensa a pie quieto mientras su oponente iba tomando velocidad. Parte del público empezó a gritar y a vitorear esperando la llegada pronta de la sangre. Un enfrentamiento épico y equilibrado, lo que buscaban.

Cuando estuvo cerca, refrenó su carrera con estudiadas zancadas en zigzag para confundir a su enemigo, dejándole golpear primero tras amagar el ataque. Dicha estocada solo rasgó el aire aunque atinó a alzar levemente su escudo al ver que Vesper le daría por su flanco. Sin embargo, aunque lo hizo de forma adecuada, no contaba con la genialidad de este con las armas: con un liviano arqueo de su cuerpo y un giro de 180° de su *gladius* para evitar el escudo de Pericles, todo perfectamente estudiado, le rasgó justo por encima de la cadera con la punta casi diez centímetros de longitud por medio de profundidad. Una herida ni mucho menos mortal, pero dolorosa. Como acto reflejo, el gladiador se inclinó levemente hacia el punto de aflicción, lo cual fue aprovechado por Vesper quien con un salto con inclinación y utilizando el brazo izquierdo como un potente pistón, golpeó con el borde de su pequeño escudo de madera sobre la parte trasera del cuello de su contrario, partiéndolo indefectiblemente. El choque fue brutal, provocando que decenas de astillas saltaran por los aires y la muerte directa de Pericles quien cayó al suelo con la boca completamente abierta, los ojos en blanco, cara al suelo. La lucha había durado dos segundos. El público quedó completamente enmudecido. Poca gente había visto una muerte tan rápida y de forma tan inquietante, a la par que visual. Completamente inefable.

Por su parte, el siciliano estaba completamente bañado en sudor, respiraba agitadamente y mostraba una furia rabiosa. Dejó caer con estrépito su escudo y caminó vacilante haciendo un círculo por la sala, sondeando a los invitados casi de forma provocativa. No se oía más que su jadeo. Luego se dio la vuelta hacia Heraklous y avanzó hacia él decidido.

Durante un breve lapso de tiempo, el egipcio sintió una nota de recelo ante las facciones contraídas y el cuerpo tenso de aquel veterano. Sin

embargo, se relajó después de que posara, junto a él, la *gladius* manchada de sangre en su punta y se encaminara en silencio hacia la salida del lugar en completo silencio y con la mirada perdida.

En ese momento, una extraña euforia se desató en la sala. Muchos gritaban, otros aplaudían y algunos aún no salían de su asombro después de ver lo ocurrido. Si hubieran parpadeado lentamente, se lo hubieran perdido. De forma vergonzosa, varios hombres y mujeres se lanzaron al suelo donde yacía Pericles para recoger su sangre en frascos. Muchos hechiceros y sanadores hablaban de los poderes de este cotizado fluido de los gladiadores: se usaba para maldiciones, o para evitarlas, filtros de amor, curaciones... Caliente y reciente era lo mejor. Hubo incluso un hombre que bebió directamente de la herida y una mujer se la aplicó en la cara como tratamiento de belleza.

Entre tanto frenesí, Anakletos se mantuvo impassible, como su rango requería, aunque ciertamente había sido impactante. Nunca había visto una muerte tan rápida y estudiada ante un rival digno. Ahora entendía por qué el Prefecto estaba tan tranquilo. Sí. Definitivamente no era un necio y sabía cómo ser resolutivo ante la adversidad. Aquella dupla era temible.

Kismet fue una de las personas que quedó boquiabierto. Empezó a pensar que su talento debía venir directamente de los dioses. Un talento terrible y casi una desgracia para el ser humano. Debía temerlo pero de alguna manera, desató un extraño deseo interior el cual intentó reprimir. ¿Cómo era posible que lo despreciara y deseara a partes iguales?

Isela no dejó de comer con tranquilidad de la bandeja que tenía enfrente, segura del resultado y la duración. Ya había visto la finalización de estas confrontaciones en demasiadas ocasiones. Minoos estaba habituado a la violencia, de una forma u otra, manteniendo la misma actitud que la germana, con la que estaba sentado en el mismo *triclinium*, también degustando frutos secos que devoraba con satisfacción. Igualmente, también supo el resultado desde que vio a Vesper aparecer por la cortina.

Finalmente, Valerio y Berhooz, que presenciaron el suceso desde el final de la sala, algo temerosos por el delicado estado por el que se encontraba el asistente instantes antes, vieron su actuación con cierta carga alojada en su estómago, pero pronto se alivió. Tras esto, y entre tanta agitación del público, avanzaron hasta Heraklous con parsimonia, observando el bochornoso espectáculo que acaecía en la sala con una mezcla de desidia y repugnancia. A medio camino, el Prefecto le habló al Sirio.

—Toma a Vesper y llévalo de inmediato con Adelpnos mientras trato con este indeseable —musitó entre dientes.

Justo antes de llegar a un paso del anfitrión, algunos de los presentes empezaron a discutir ante el posible resultado amañado o un fraude. Curiosamente había habido bastante equilibrio en las apuestas, habiendo sido la ventaja de Pericles solo de tres a uno. Sin embargo, pronto emergieron servidores de Heraklous para evitar más escándalos que se empezaron a serenar los ánimos.

Este, por su parte, asistió a todo lo ocurrido con una mezcla de confusión y decepción. Y se le notaba. Cuando Valerio clavó su mirada en él, notó ese brillo tan propio que lo caracterizaba, un fulgor que parecía que no fuese de este mundo. Entonces, con un ligero respingo, percibió un miedo que no experimentaba desde que era joven. Ni el acercamiento de Vesper con la *gladius* había tenido tal efecto.

—Mi hombre ha sido envenenado —expresó con un tono de ultratumba que resonó en el interior de su cabeza como una piedra chocando entre las paredes de un profundo pozo—. Por tu bien espero que se recupere y no haya sido cosa tuya.

—Yo no...

Alzó la mano y cortó la respuesta dubitativa del amedrentado egipcio. No quería explicaciones o mentiras en ese momento. En su fuero interior estaba deseoso de cortar el gáznate a ese ruin y mezquino usurero.

—Mañana vendré a recoger mis ganancias y quiero todo dispuesto para partir al día siguiente.

Tras esto hizo una señal y sus acompañantes se alzaron prestos y listos para partir. Había sido un espectáculo breve y sugerente que a algunos le despertaron sus instintos. Algunos de los más primarios y salvajes que escondían en su interior. Los más primitivos y ancestrales.

La salida de Vesper había sido una lección de dignidad y orgullo de *miles* y así lo entendió su público. No obstante, solo trataba de aparentar solemnidad ante la vuelta del malestar. En cuanto fue consciente que se encontraba fuera de miradas indiscretas, se arqueó e intentó llegar al exterior lo antes posible por una puerta lateral por la que sabía que nadie le vería. Ni siquiera los sirvientes de Heraklous. Sudaba profusamente de nuevo, se sentía débil y mareado... El aire de esa lugar estaba cargado. Demasiado. Necesitaba salir al exterior de inmediato.

Tras abrir el portalón, se puso de rodillas junto al muro y respiró profundamente, intentando calmar su corazón, que parecía que se iba a salir del pecho. Inspiró y expiró varias veces hasta que sin poder evitarlo, vomitó sobre la húmeda arena de su alrededor. Una, dos, tres y hasta cuatro veces. Hasta que expulsó todo el contenido de su estómago desde que llegó a Egipto. Sus sentidos mejoraban poco a poco, percibiendo un abrevadero a solo unos pocos pasos de él.

Sin dudarlo, se inclinó sobre él hasta el pecho y se sumergió durante varios segundos, hasta que comenzó a notar que precisaba aire en sus pulmones. Parece que eso le devolvió la vida. Se quedó apoyado en sus codos sobre el pilón mientras recobraba paulatinamente sus facultades. Y lo hubiera hecho de no ser porque notó un fuerte golpe en su costado derecho que hizo que cayese de nuevo dentro del agua. Conocía la sensación, le habían dado un tajo a traición, percibiendo el agudo dolor y cómo manaba sutilmente la sangre. Sin embargo, no era muy profundo. Antes de que pudiera reaccionar, un firme brazo le asió y le puso un filo cortante en el cuello. Vesper no se resistió. No tenía nada que hacer. Así que hizo lo único posible: mantener la calma y el pundonor lo mejor posible.

—Quiero que recuerdes que tu vida ya no te pertenece —le dijo una voz con acento hebraico. Casi podía notar en su aliento las especias ingeridas y la pastosidad de una sed incipiente—. Podía haberte matado, y lo haré, pero quiero que antes me contestes a una sencilla pregunta: ¿recuerdas lo que ocurrió en Éfeso hace ocho años?

Vesper no contestó. Apretaba los labios con fuerza e intentaba ver algo de su oponente, pero lo tenía agarrado con firmeza. Ante su negativa a responder, le golpeó con su mano izquierda en el otro costado.

—Te he hecho una pregunta —inquirió con mayor resolución y odio en su voz.

No le daría la satisfacción y tampoco deseaba pensar en ello, concentrado en no mostrar dolor. Así pues, si debía morir, sería sin abrir la boca. Su verdugo, irritado, iba a proceder a seguir con la tortura cuando se escuchó unos pasos que provenían de la casa y se acercaban con presteza. Soltó un bufido, se acercó al oído de Vesper y le susurró.

—Volveré a por ti. Piensa en Éfeso. Recuérdaselo a tu amigo Sexto Valerio también y no olvides que eres mío.

Lo soltó y cuando se fue a girar para ver a su captor, este le dio un corte transversal en la espalda que lo tumbó sobre la arena mientras se alejaba a la carrera sin mirar atrás.

Y así lo encontró Behrooz.

Fortis estaba tremendamente confuso. Córax lo había sacado de su *contubernium*, donde estaba haciendo una puesta a punto de su equipamiento para que comiera con algunos de los miembros más destacados de la *vexillatio*. Todo un Honor que él consideraba que aún no se había merecido.

Junto al fuego, se encontraba Andros, Basso, Macro «el joven», Estitio y dos hombres más. Preparaban lo que parecía ser un cabrito, aderezado con especias y bebían algún tipo de caldo vigorizante. Al verlos llegar, muchos no ocultaron su sorpresa y recelo.

—Muchachos, el Prefecto en persona me ha dicho que le hiciéramos un hueco en nuestro fuego esta noche —empezó a decir Córax con parsimonia—. Dice que se merece una oportunidad.

—¿Aunque haya sido del nuestro enemigo y haya matado a algunos de los nuestros? —expresó con intención Estitio.

—Han sido unas vidas por otras —respondió Andros—. Así es el ejército. Yo mismo fui un *listim* antes de alistarme. Que yo sepa, aquí no hay ninguna vestal.

Todos rieron y parece que se relajó algo el ambiente. Máxime cuando un Centurión y su *Optio* cumplían la voluntad de su *domine* sin replicar. Empezaron a comer comentando chascarrillos ante la mirada curiosa del egipcio.

—Si vives lo suficiente para ganarte nuestra confianza, deberías saber varias cosas de nosotros —dijo Macro—. La primera es sobre Estitio, un galo narcisista que dejó la azada por la *gladius*. Cuidado que no te coja solo, o te hablará de caballos, de sus conquistas amorosas y sus planes de futuro.

—No es verdad —replicó ante las risas de todos—. Más cuidado debería tener con Córax.

—¿Y eso por qué? —respondió el interpelado.

—Un hombre que asciende a Centurión y lo degradan por dejarse engañar, no es de fiar —explicó Estitio.

—Era un britano muy listo.

—Sí, el Platón de los britanos —se mofó Andros. Todos rieron menos Córax que lo soportó con malhumor.

—Pero a quien no debes molestar es a Basso —continuó su alocución Macro—. El más letal de nosotros, una sombra ligera que mata mucho y habla poco.

—Solo hablo cuando hay algo que decir —explicó el africano.

—Demasiado tiempo recorriendo grandes distancias lo hacen el mejor corredor de los nuestros. Tanto a pie como a caballo. Además disfruta bañándose en la sangre de sus enemigos.

—Sin embargo, el más fuerte es Córax. —Basso tomó otro pedazo de carne mientras observaba a los presentes, retomando el hilo de lo que decía—. He visto levantar del suelo a un hombre con cada mano... ¡Y con la cota de malla puesta!

—Eran delgados y me hicieron enfadar —el ambiente distendido proseguía entre risas y chanzas—. En mi pueblo de Siria, desde muy joven, evité que se metieran conmigo y mis amigos gracias a mi fuerza.

—Por eso eras un herrero, era lo único que podías moldear sin romper —añadió Andros mofándose.

—¿Y qué hay de ti, Macro? —se atrevió Fortis.

—Es el niño bonito del Prefecto —opinó Córax con cierta intención—. Aunque creo que es porque es el más listo de los presentes y porque su padre los tenía bien puestos.

—Sin olvidar que soy panonio y tiene cariño a mi región —apuntó.

—Y yo a tu madre —volvió a bromear el sirio.

—¿Y el mejor combatiente? —dio rienda suelta a su curiosidad el egipcio.

—Vesper —contestaron todos a la vez.

—¿Y en formación?

—Probablemente Andros —hubo un silencio hasta que respondió Macro—. Entre otras cosas porque es terco como una mula y disciplinado como una abeja.

—¡Cuidado que no te pique! —sonó a amenaza, habiendo un silencio que pronto se apagó ante la risotada de este. Ante aquel grupo, se permitían ciertas licencias.

—¿Y qué hay de ti? —interrogó el joven Macro.

—No hay mucho que contar. Vengo de una familia humilde y quise mejorar mi estrella. Además al ejército le interesaron mis conocimientos de las letras y los números.

—Siempre viene bien un buen intendente —aportó otro de los auxiliares.

—Cierto, además no me gustan los abusos de los *milites* a la población, que es la mía, y entre mi cohorte era muy común. Con mi trabajo me desvinculaba de ello y procuré que ocurriera lo menos posible.

—Aquí puedes estar tranquilo —exhortó Andros—. El Prefecto no lo permite y castiga con severidad.

—Solo busco abrirme camino en la vida con esfuerzo y serenidad.

—Si es lo que deseas, aquí lo encontrarás... Si vives lo suficiente. Hasta el momento, al menos la mitad de los que iniciamos la aventura hace cinco años han causado baja —explicó Córax.

En ese momento, se escuchó un rumor creciente que venía de su espalda, donde otros auxiliares también comían dos cabritos. Un murmullo que no avecinaba nada bueno, provocando que todos se pusieran paulatinamente de pie, a excepción de Estitio que siguió comiendo como si nada. Basso incluso desenvainó su *gladius* temeroso de alguna eventualidad. Entonces apareció Behrooz sujetando a un Vesper ensangrentado. La escena provocó que todos quedaran absortos por una sencilla razón: nunca hubieran esperado ver así al asistente. El mercenario sirio reaccionó virulentamente.

—¡Llamad a Adelphos y ayudadme a meterlo en la enfermería, imbéciles!  
—gritó con visible enfado.

Recuperados de la sorpresa inicial, Macro «el joven» fue en busca del *medicus* mientras el resto ayudaba al herido, salvo Andros y Basso que esperaron para interrogar al portador. Si estaba vivo era porque había vencido el duelo y algo más había pasado. Debían saberlo de inmediato para tomar las medidas oportunas.

Las tinieblas de la incertidumbre pasaron, al igual que las de la noche, y Caio Mario seguía libre y vivo. Tras descansar unas horas, agotado sobre la mullida hierba, se alzó con las últimas horas de la noche y se orientó para seguir la ruta alternativa que le había ofrecido Gansa. Eso sí, esquivando las patrullas de los auxiliares que todavía merodeaban por la zona buscándolo. No fue fácil, pero el pequeño liberto era escurridizo y sigiloso como un ratón. Aproximadamente había unos ocho buscándole, sin contar con el que había herido de muerte.

Las primeras luces del alba surgieron cuando iba por el sendero intentando recordar exactamente las palabras del viejo pirata. Y las obtuvo del fondo de su memoria: «Rodead *Gortyna* virando hacia el Noreste. Allí habrá un camino empedrado que serpentea hacia unos acebuches. Seguidlo hasta una pequeña *domus* al final de techo rosado. Id al amanecer y solo al amanecer. Cuando veáis un niño, acercaos y decidle en latín: No se puede jugar con la voluntad de los dioses».

Y con las primeras luces avanzó decidido, en guardia por si pudiera seguirle o alguien estuviera esperándolo para una emboscada. Nunca venía de

más ser precavido ante las trabas que pudiera surgir al estar en tierra hostil. Al fin vio, sobre una pequeña colina, el lugar indicado. Sencillo y habitado. Aguardó hasta que en la distancia pudiera ver al niño. No tardó mucho en aparecer con una sencilla túnica de lana, sentándose junto al acceso de la propiedad, un bajo murete de piedra en el que se posó, bostezando.

Durante algunos segundos le observó oculto tras un arbusto, decidiendo si era seguro y si debía ir o no. Finalmente, tras una duda inicial que se disipó ante la desesperada situación en la que se encontraba, se puso en camino con paso resuelto y aspecto desenfadado. El niño lo estudió con curiosidad infantil, inmóvil. Cuando llegó junto a él, le sonrió y pronunció la frase memorizada: «No se puede jugar con la voluntad de los dioses». Tal y como lo dijo, el niño saltó del muro, sin expresión en su rostro, indicándole con un gesto que lo siguiera hasta el hogar. Iba casi corriendo, yendo Caio Mario a paso ligero. Frente a la puerta del hogar, una mujer de unos cuarenta años, mal conservada de cara, pero de silueta hermosa aún, lo aguardaba con los brazos en jarra.

—*¿Quién eres?* —interrogó en griego, inquisitiva, con un duro acento cretense.

Como le había señalado Gansa, ni contestó, ni la miró a los ojos. Durante varios minutos prosiguió su indagación con agresividad apenas disimulada y poniéndose muy cerca de él. Mario, disciplinado, clavó su mirada al suelo y permaneció quieto como una estatua. Le preguntaba su nombre, quién le había mandado, por qué estaba allí, qué quería de ella... El silencio fue la respuesta que obtuvo en todo momento. Tras minutos largos como horas, la mujer desistió y le indicó con un gesto que la siguiera y lo alojó en un almacén subterráneo secreto, bajo una esterilla de esparto. En dicho compartimento, de dos codos de ancho por tres de largo y uno de alto (0,444 metros), ocupado por ánforas cerradas, cestas y sacos con alimentos, especias y a saber qué más, había un lecho, un bacín y una lucerna apagada.

—*Quédate aquí quieto, no enciendas la luz y ni te muevas hasta que te lo diga.* —expresó la mujer refunfuñando.

Sin gesticular, saltó hacia el interior, tumbándose sobre el lecho. Tras esto, la mujer cerró la portezuela, blasfemando para sus adentros. En cualquier caso, aquel sitio tenía una temperatura agradable, la manta estaba razonablemente limpia y no le vendría mal dormir unas horas extra. Esperaba que Gansa no lo dejara allí demasiado tiempo.

Todavía estaba durmiendo cuando la portezuela se abrió de golpe y una potente luz invadió el lugar. Se despertó con un ligero sobresalto. Había perdido la noción del tiempo. Podía haber pasado media hora u ocho y ni se habría enterado. Sin embargo, se despabiló con rapidez. La situación lo requería, posando su mano izquierda en su *pugio* e intentando que sus ojos se acostumbraran lo más rápidamente posible a la luz del lugar. Intuyó que debía ser mediodía por la claridad.

—¡Levántate de una vez tenemos asuntos que tratar! —le indicó una voz tendiéndole la mano para salir.

Reconocía el tono grave de la voz de Gansa. Sin pensarlo demasiado tomó su mano y subió. Tras esto, se puso en marcha hacia fuera de la casa, sentándose en una mesa de tosca madera que estaba cercana a su puerta, sirviendo de una jarra de una tosca cerámica negra dos copas de vino. El liberto seguía examinando todo a su alrededor.

—Para ser una persona influyente vives con austeridad —comentó Caio Mario.

—Es la mejor forma de pasar desapercibido —explicó mirándole inquisitorialmente—. En teoría solo soy un mensajero del todopoderoso y siempre ausente «Gansa».

—Inteligente.

—Parece que Zeth no es de confianza —fue al grano.

—Es un como un leproso: infecta todo lo que toca. Aunque tú también sabías dónde estábamos.

—Lo imaginaba, pero no lo sabía con certeza. Además, ¿para qué te doy cobijo ahora? Deberías empezar a confiar un poco en mí.

—Ya no tengo alternativa.

—Mi gente me ha informado que así es, Zeth ha negociado con Ásper por una mezquina recompensa y os ha entregado. Se cree inteligente y tiene la astucia de una sardina. Pobre imbécil.

—¿Dónde está Aulo Valerio?

—En el puerto de *Gortyna* fuertemente custodiado por auxiliares.

—¿Habría manera de rescatarlo con tus hombres?

—Imposible. La vigilancia es estrecha y organizada, no se puede acercar uno ni a cincuenta pasos del hijo de Valerio. Por otra parte, atacar a la autoridad romana es un principio que no romperé, además mi gente se negaría.

—¿Entonces qué diantres propones?

—Puedo sacarte de la isla esta misma tarde.

—Ese hombre comparte mi camino y aunque estoy incumpliendo mi misión, ha sido quien nos ha mantenido con vida a los dos y se lo debo. Por mi Honor.

—Cuanto tiempo hace que no escucho estas palabras sin que sea verdad —lo dijo con melancolía—. Me has conmovido Caio Mario, hacéis una pareja especial. Me recuerdas a mí en los viejos tiempos. Muy bien, ¡que se joda Ásper! Hay algo que podemos hacer.

—Soy todo oídos.

—En tierra, esa hiena rastrea ha sabido ganarse a los *duunviros*<sup>[116]</sup> y a toda persona influyente de la zona, cortando todos mis posibles movimientos. Se nota que está habituado a moverse en altas esferas de poder.

—Tiene un *domine* poderoso por lo que sé. Ha sido más rápido y hábil.

—Cuesta reconocerlo para un viejo como yo —mostró una rápida sonrisa—. Sin embargo, en el mar, que ha sido mi feudo durante largos años, no tiene ningún poder.

—¿Quieres atacarle por mar? ¿Con barcos?

—No, esa serpiente siempre se ha adelantado a cada uno de mis movimientos y es hora de tomar la iniciativa. Juguemos a lo que hace él: enmascarar la verdad.

—No me gusta cómo suena eso.

—Será arriesgado y mucho. Incluso para mí, pero quiero darle una lección y no nos queda otra opción que hacer una locura. ¿Estás dispuesto?

—Sea.

—Eres valiente joven Mario, toda una promesa si sales con vida de esta.

—Pero asegúrame que te encargarás de esa escoria de Zeth cuando no estemos en la isla.

—Créeme, será un auténtico placer. Debo confesarte algo: desconfiaba de su honestidad así que le encargué vuestra protección en secreto ya que está deseoso de congraciarse con «Gansa» y obtener su favor. Sabía que elegiría buscar beneficio de alguien con mayor autoridad. Le di una oportunidad y nadie falla a «Gansa».

—¡Nos utilizaste! —dijo enfadado y alzándose.

—¡Vamos! ¡No seas tan puritano! ¡Siéntate! Sabes cómo es este mundo: todos buscan algo de todos. Era verdad que no podía confiar en nadie más. Y gracias a los dioses que no lo hice, ya que os habrían traicionado igualmente, pero con más inteligencia.

Se sentó más calmado. Sabía que las cosas eran como eran y por mucho que gruñera, protestara y se enfureciera, nada cambiaría. Solo podía adaptarse

y hacer lo mejor posible. Ese hombre era más de lo que parecía y, aunque siempre barrera para casa, cada vez más le parecía que tenía palabra y algo de Honor. Gansa, tranquilo, tomó su copa y la alzó.

—¡Por la victoria y la muerte de nuestros enemigos!

—¡Que nos bañemos en su sangre! —apuraron la copa de un trago—. Ahora cuéntame los detalles de tu plan.

—Espero que sigas sabiendo templar tus nervios como cuando nos conocimos, porque vamos a necesitar de engaño y contención para que todo vaya según lo planeado.

Por la tarde, Sexto Valerio paseaba por el *atrium* de la *domus* de Heraklous inmerso en sus pensamientos. Había venido solo, repasando la amenaza al *mansionarius* para alargar la estancia de forma gratuita un poco más, aparte de otra estancia para el convaleciente Vesper. Behrooz ayudó, y mucho, a que el dirigente del establecimiento no pusiera demasiadas pegas.

En cuanto a Vesper, los dos tajos recibidos por el desconocido lo dejaron postrado tras perder mucha sangre. No obstante, Adelphos era un buen *medicus* realizando una buena cauterización de sus heridas, unos puntos bien realizados y unas tisanas para el dolor. Aseguraba que en unos días caminaría y en una semana estaría restablecido si no aparecían las fiebres. Al menos parecía que estaba fuera de peligro y había despertado al mediodía tras perder la conciencia cuando le estaba atendiendo Adelphos.

Le había contado que no había visto a su oponente pero le había indicado que recordaran los sucesos de Éfeso de hacía varios años. Recordaba vagamente lo ocurrido. Solo sabía que tenía acento hebreo. De momento, no había nada más que pudiera hacer salvo poner doble guardia mientras se restablecía. Nadie había visto nada y seguramente los egipcios no ayudarían en exceso a sus auxiliares si realizaban pesquisas, ya fuese por recelo u odio en algunos casos. En el fondo estaba más que seguro que volvería a acercarse para acabar su trabajo y que, entonces, despedazaría al cobarde que había intentado matar a su amigo a traición.

Pero lo que más ocupaba su mente eran los asuntos inmediatos a discutir con el mercader egipcio. Esperaba que su voluntad se cumpliera según lo pactado.

En ese momento apareció con una sencilla túnica de color cobre, cinturón dorado y las manos juntas mientras se acercaba a él con expresión conciliadora.

—*¡Bienvenido Sexto Valerio! ¿Puedo ofrecerte algo?*

—*Veneno.*

—*¿Disculpa?*

—*¿Empleaste veneno con Vesper?*

—*Por supuesto que no. Esa es una grave acusación. Soy un hombre de negocios.*

—*Y no te gusta perder, por eso mismo puedes estar dispuesto a todo, incluso amañar un duelo a muerte para que el resultado fuese acorde con tus beneficios.*

—*Nunca jugaría con mi reputación ni con un Prefecto. Demasiado arriesgado.*

—*No tanto como perder una suma de 75 000 sesteracios o más.*

Sexto Valerio clavó su mirada intentando desvelar los pensamientos más oscuros de aquel hombre, sin dejar de provocarle para hacer todo más patente. No obstante, el mercader egipcio era un muro indescifrable en aquella ocasión, mostrándose flemático en todo momento. El Prefecto estaba totalmente seguro de su acusación, pero no tenía más prueba que su interés en debilitar a su asistente. Ni siquiera matarlo. Mejor dejarlo correr, pensó. Igualmente, estaba convencido que no tenía nada que ver con el ataque a traición a su amigo, no tenía sentido hacer eso *a posteriori*, sabiendo que podía tener nefastas consecuencias para él, pero puede que fuese el mismo el que lo envenenó y le atacó. Todo era posible.

Durante estas meditaciones, permanecieron todo el tiempo en silencio hasta que volvió a retomar la palabra en griego.

—*En cualquier caso, todo esto poco importa porque Vesper se está recuperando progresivamente de todas las trabas interpuestas sobre él.*

—*Es una buena noticia.*

—*Vengo a cobrar mis ganancias y a saber cuándo tendré listas mis embarcaciones.*

—*Nuestro acuerdo señalaba suministros para una semana.* —indicó con cierta confusión.

—*Cierto, no me importa el pago en moneda o especie, lo que te sea más cómodo, sin contar con los 15 000 sesteracios entregados en calidad de depósito. Eso sí, si el pago en especie no me satisface, reclamaré más cantidad y calidad o tendremos un serio altercado.*

—*Me encargaré de ello de inmediato. En cuanto a las embarcaciones, estoy reclutando tripulación para una de ellas, ya que lo que tengo es insuficiente para las dos.*

—*Lo que sea, pero lo quiero todo perfecto para mañana.*

—*No será fácil tener las naves cargadas, con tripulación y sin saber si es posible partir por el tiempo.*

—*Tú encárgate que así sea. Revisaré que todo esté de acuerdo con los parámetros establecidos o difundiré que Heraklous es un timador que juega sucio, no cumple sus promesas y no es de fiar. Imagina cómo podría afectar a tus futuros negocios.*

—*Estará todo acorde, hablaré con mi sirviente para que así sea.*

Se inclinó en señal de respeto, girando sobre sus talones para efectuar el pago a su deudor. La reputación para un comerciante lo era todo y, aunque supusiera una gran pérdida o se la hubiese jugado el Prefecto, no podía ponerlo todo en peligro por una rabieta infantil o por su orgullo. Los negocios van siempre por delante.

El sol empezaba a ponerse en una tarde que había sido calurosa. Parecía que el otoño no deseaba llegar. Intervalos de calor y fresco. Ásper casi prefería volver a alguna zona más templada, donde las estaciones del año sí existían. Al menos había dejado de transpirar. Aulo Valerio no llevaba ningún tipo de documento, afirmando tras una buena paliza por parte de sus auxiliares, que tampoco lo poseía el escurridizo Caio Mario. Sopesaba sentado sobre una *sella* que era mejor, si matar o dejar vivo al prisionero a la par que continuar la búsqueda del renegado o dejarlo a la autoridades locales, previo pago por sus servicios. En sus divagaciones, unas voces en el exterior de la *insula* donde se encontraba alojado junto al puerto de *Gortyna*, llamaron su atención. Se asomó a la puerta encontrando a tres hombres que mostraban a Caio Mario amarrado y desarmado. Uno de ellos era «el lugarteniente de Gansa», el que llevaba la voz cantante. Una sonrisa se dibujó en el rostro del sibilino liberto.

—¡Buen trabajo muchachos! —comenzó a decir dando unas ligeras palmadas—. Os merecéis la recompensa por capturar a este enemigo del pueblo romano.

—También mi *domine* quiere que se recuerde siempre la colaboración fervorosa que hacen sus hombres con Roma —expresó Gansa, hablando de sí mismo como si fuese un jefe omnipotente que nunca estuviese.

—Todo reconocimiento será poco —hizo un gesto para que se le diera un pequeño saco con monedas.

—En cualquier caso, como no ha sido fácil, mi *domine* desea que uno de sus hombres lo escolte.

—¿Y eso por qué?

—Quiere entregar el prisionero y que sepa que Gansa es un fiel servidor de los labios de uno de sus propios hombres.

—Un interesante gesto pero vamos a Roma, será un largo viaje.

—Eso no importa a mi *domine*. —insistió Gansa—. Tiene buenos contactos para que vuelva su hombre, además de estas mercancías que deben acompañarle, un pequeño regalo para formalizar nuestra amistad. —mostró una carreta que trajeron con tres ánforas y un saco—. No hay problema en ello ¿verdad?

—Entiendo. Bueno, no quisiéramos ser descorteses, ni desagradecidos. ¿Uno solo?

—Uno solo.

—Preparad la nave —se giró a uno de sus marinos militares—. Nos vamos con las primeras luces del alba. Mantened a los dos prisioneros separados y mandad a los auxiliares que están de patrulla de regreso de inmediato aquí. No perdamos ni un día más. El *mare clausum* se nos viene encima.

Al día siguiente por la noche todo el campamento estaba de celebración. Heraklous cumplió su parte del acuerdo, se habían reclutado algunos marineros extra y acumulado los víveres necesarios, solo restaba cargarla. Y eso sería al amanecer. Se había elegido la nave más grande que parecía más robusta, nueva y en mejores condiciones. Los *milites* estaban contentos porque por fin podrían abandonar la tierra de los faraones, escapar de sus perseguidores y pensar en un futuro más prometedor. Valerio, consciente de la necesidad de aflojar un poco la disciplina por un día podía significar la diferencia entre subir la moral y provocar recelos, compró vino y otras bebidas fermentadas que encontró para satisfacer las necesidades de sus hombres. Incluso permitió que Emilia y los esclavos tomaran algo aparte.

También el Prefecto estaba contento. Vesper mejoraba, había disfrutado de su hijo durante todo el día y por fin podrían dejar atrás un Egipto que le había sido hostil quedando solo en el recuerdo. Solo enturbiaba todo aquello la brecha surgida con Isela por la muerte de Aquinas. Hasta el momento, tomaban distancia el uno del otro, casi sin dirigirse la palabra en privado, aunque mantenían la compostura en público. Cada uno tenía sus motivos para creer en la honorabilidad de sus acciones, quizás ambos tuviesen razón, pero tenían sensaciones distintas. Él sentía que ella lo había forzado a arrebatarse una

vida de forma innecesaria. Tenía una lucha entre su deber y su estímulo, y por otra parte, lo que su conciencia, influenciada de forma paulatina por las enseñanzas del «*Magister*» le dictaba. La tesitura en la que le había puesto le dolía y encolerizaba a partes iguales. Isela, por su parte, no entendía dichos escrúpulos. Lo hacía por su bien y era la única vía posible. Percibía esa lucha interna, pero no podía permitirse la duda; provocaría un precedente muy peligroso y ya tenía demasiados enemigos para permitirse dudar. La pregunta que se hacía era. ¿Cuánto duraría aquello? No había respuesta.

Entretanto, un incidente tuvo lugar esa noche. Una vez que acabaron las bebidas, algunos de los hombres decidieron continuar la fiesta en el poblado mientras otros decidieron acostarse a dormir la mona. Andros, Córax y Macro «el joven» entre ellos, mientras Basso, Fortis y Estitio fueron de los que fueron al lecho en cuanto les fue posible.

*Tamiat* no estaba especialmente acostumbrada a ver a cuarenta *milites* merodeando con ganas de juerga. Por otra parte, solo poseía una *caupona*, y dos *popinae*. A esas horas, solo estaban abiertas las dos *popinae* entre las que se dividieron, casi a partes iguales, los auxiliares. Previniendo que pudiera pasar algo, Córax se fue con un grupo y Andros con otro, yendo Macro también con él. La noche era joven, queriendo aprovechar hasta el último minuto. Muchos no sabrían cuando volverían a tener tiempo libre, comenzando paulatinamente el desmadre.

El grupo de Andros no pasó del beber y cantar, sin contar alguno que precisó de los servicios lascivos de un par de meretrices que rondaban el lugar; el de Córax, más agresivo, inició una serie de peleas entre ellos, que colmó la paciencia del *tabernarius*, que se negó a servir más alcohol. Los *milites*, a su vez, quisieron abusar de su autoridad ya que unido al corte de suministro de diversión, no había más que una meretriz en el establecimiento. Y no demasiado agraciada. Esto llevó a un grupo a asaltar el establecimiento y forzar a las mujeres y empleadas de la *popina*. Evidentemente, Córax hecho un basilisco, intentó evitar el incidente a base de bastonazos, puñetazos y amenazas. Unos pocos, una vez agredidos, entendieron y se largaron. Para otros, menos razonables y embravecidos por la bebida, no fue suficiente. Catorce hombres, actuando como líder el griego Demetrio, se abalanzaron sobre su superior, al cual inmovilizaron y, su cabecilla le soltó un pequeño discurso:

—*Optio*, somos *milites* de Roma y estos perros egipcios no saben cómo tratar a sus *dominii*. Quizás sea el momento de enseñarles quién manda aquí —expresó con una sonrisa sardónica.

—¡Como me hagas daño sabes las consecuencias! ¡Y si no lo haces, te mataré yo mismo! —le gritó furioso e intentando hacer fuerza para quitarse a media docena de encima que le sujetaban.

—Debes dar a los hombres lo que se merecen por sus penalidades. ¿O le dirás a Valerio que no fuiste capaz de asumir el mando? —un silencio donde, por un segundo, vio la duda del sirio—. Eso imaginaba yo.

Y tomando la pata de una *sella* rota por el disturbio, le golpeó en la cabeza, dejándolo inconsciente. Los demás dejaron de hacer fuerza y se alzaron en completo mutismo. Volvió a hablar el griego.

—Ya no nos cortará más la fiesta. —una risotada de los catorce—. ¡Ahora, divirtámonos!, ¡la noche es nuestra!

Con vítores y gritos, se desparramaron por la *popina* como una manada de lobos hambrientos cometiendo todo tipo de tropelías: saqueo, destrucción, violación, humillación, agresión... Lo único que no hicieron fue matar, lo que tal vez hubiera sido más clemente. No había nadie para detenerlos. Tres pobres mujeres y un hombre, sufrieron todo tipo de vejaciones sin que nada pudiese pararlos. Córax, el único allí presente, quedó noqueado hasta poco antes del amanecer, cuando ya se había retirado hasta el último de los auxiliares. Eso sí, cuando toda su brutalidad quedó satisfecha. Aquella no fue una noche que acabase con final feliz.

## LA IRA DE NEPTUNO

MARRÓN. La sobriedad del liberto Ásper era una constante. Cierto era que su túnica era de buena factura y confección, pero deseaba que fuera de este sencillo color. La austeridad la aplicaba a todo: su forma de comer, de beber, de tener relaciones sexuales, de vestir... Parecía que todo lo había guardado para cuando su ambición le llevase al punto de la vida exigido y esperado desde hacía mucho tiempo. No quería adelantarse, pero al menos cumplía con su parte del trato tomando a dos rehenes que agradarían a su *domine* a la par que evitaría, con su cautiverio, que Sexto Valerio y la viuda Vibia tomasen represalias. Una hábil jugada. Todo lo que llevaba esperando más de la mitad de su vida estaba, por primera vez, muy cerca de obtener: el rango ecuestre, la entrada en política, tierras, esclavos, poder y éxito. Sus prisioneros no poseían ningún tipo de escrito legal o documento para mostrar al César o sus libertos. Una audiencia personal era su objetivo y ahora estaban en su poder. Solo debía acabar con la vida de Valerio, y ya tenía a su primogénito, lo cual significaba lo mismo: eliminar todo margen de maniobra de este.

Hacía tres días que habían partido en el *trirreme* en dirección a Ostia. En diez días, quizás menos, podrían estar llegando. Y en dos semanas, estar de nuevo en la Urbe. Si no había imprevistos, antes de acabar el año habría obtenido lo que con tanta obstinación el destino le había negado.

Había sido un acierto haber abierto todos los frentes en Creta. Negociar tanto con ecuestres como correr la voz entre los sujetos de peor calaña. Los posibles aliados que tuvieran Aulo Valerio y Caio Mario se había disipado como la bruma en una mañana de primavera. Durante ese día había estado interrogando al liberto de Vibia sin obtener gran cosa. No se había esmerado tanto como con el hijo del Prefecto ya que no hacía falta. Solo lo hacía por rutina. Esa mañana los juntaría y dejaría que los auxiliares tuvieran que desdoblarse en la vigilancia. Sí, ya había sido suficiente. Servían a los propósitos de su *domine* y, por ende, a los suyos. Y si no, ya sufrirían tormento. ¿Para qué adelantarse al temible final? Que se consolasen el uno al otro y pudieran contemplar el rostro del triunfo y la superioridad de su

intelecto. Ya no le burlarían más. La Fortuna había tornado definitivamente hacia él y los dioses les habían abandonado. Pronto disfrutaría de las mieles de la victoria definitiva y su justa recompensa por ende.

No fue hasta el atardecer, con el suave balanceo del barco por un oleaje suave y un tiempo fresco, pero muy agradable, que pudieron hablar con libertad Caio Mario y Aulo Valerio. Esos factores provocaron que el auxiliar que los custodiaba se amodorrara y cayera presa del sueño, con la boca abierta, mostrando sus desiguales y amarillentos dientes. Debían aligerar, aprovechando su presencia en cubierta. Pronto los trasladarían a la bodega, donde podía haber mayor número de oídos indiscretos.

—Tenemos que hablar —susurró el liberto de la viuda.

—¿Cómo te has dejado atrapar? Tenías que proseguir la misión — también cuchicheó el romano oriental visiblemente molesto.

—No me han atrapado y no te iba a dejar solo en esto.

—Perfecto, nos haremos compañía como rehenes de nuestro enemigo — indicó con sarcasmo.

—Todo forma parte de un plan.

—¿Qué plan puedes tener? —añadió Aulo con ira contenida pero sin dejar de murmurar—. Hay al menos diez auxiliares y otros quince marinos. ¿Cómo acabaremos con ellos y huiremos? ¿O pretendes hacerte con el control de la embarcación los dos solos?

—No estamos solos —señaló con una ligera inclinación del rostro al bárbaro que estaba en la parte opuesta de la nave, observando el horizonte con los codos apoyados en la barandilla.

—Lo reconocí hace tres días: es el hombre de Gansa.

—Nos ayudará a llevar a cabo nuestro plan.

—¿Nuestro?

—Gansa y yo hemos madurado una estratagema para salir airosos de esta.

—Aunque así fuese y nos liberase de estas cadenas —alzó las manos mostrándolas—. ¿Qué posibilidad tenemos?

—Haciendo una auténtica locura —sonrió Caio Mario—. Escúchame con atención porque no podremos volver a hablar de esto. Solo hay una pequeña probabilidad de conseguirlo, pero no teníamos ninguna en Creta. ¿Estás dispuesto?

—A lo que sea con tal de liberarme de las cadenas y de esa babosa infecta.

—Es lo que quería oír.

Al fin a la mar, tras una buena ofrenda a Tritón y esperar un par de días a que pasase una pequeña tormenta de verano. Parecía que todo progresaba adecuadamente. Vesper mejoraba, aunque seguía sin poder levantarse del lecho y con Isela, se mantenía la indiferencia mutua, aunque dolorosa para ambos. El mayor incidente que se produjo en aquellas dos jornadas estaba relacionado con el bochornoso espectáculo y los problemas que dieron algunos de sus hombres en una *popina*. No hizo falta esperar a que la autoridad local le indicara al Prefecto la conducta de sus hombres. Córax lo hizo de inmediato pese a que fuera una deshora para sí mismo que no pudiese controlar a los hombres bajo su supervisión. Y no solo eso, como *Optio* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*, sino que además el grupo de amotinados le noqueasen no mejoraba las cosas. Sin embargo, Córax no iba a dejar que salieran sin el oportuno castigo.

El Prefecto, protocolario, reunió a los más de sesenta hombres (incluyendo la última incorporación de los auxiliares egipcios de Fortis), los *calones*, Emilia, Adelpnos, Isela, Anakletos, Kismet y Behrooz para dar un escarmiento público. Solo dejó fuera a Minoos cuidando del pequeño Marcelo. Los auxiliares se dividieron en tres grupos bien definidos comandados por Andros, Córax y Basso. El resto, en el lado restante que quedaba, formando un cuadrado vacío en el centro. Una vez reunidos todos, Demetrio el cabecilla de la insubordinación, se colocó en primera línea, arrogante y seguro de su posición de fuerza. Valerio comenzó a hablar pausadamente subido a un atril en el centro.

—¡*Milites* de Roma! Os he reunido aquí porque ayer sucedió un grave incidente en una *popina* de *Tamiat* la noche pasada. Ha habido quejas y, como es evidente, debo tomar medidas. Sabéis que soy generoso en la victoria y comprensivo con los pequeños errores. Pero recordáis mi severidad cuando alguno infringe las normas. ¡Córax, señálame los culpables y que formen una línea frente a mí!

No sin satisfacción, paseó con cautela, identificando a todos y a cada uno de los culpables, incluyendo los que se fueron tras ser agredidos por él. Estos intercambiaron algunas palabras, indicando que no habían participado, pero el oficial al mando no quería oírlo. El último elegido fue Demetrio. Con el rostro impasible, una vez que se colocó junto al resto de acusados, abrió la boca sin permiso.

—No puedes ejecutarlos, *domine*. —expresó con sencillez.

—Interesante... ¿y eso por qué? —miró divertido alzando la mano para que no lo matasen allí mismo Córax y Andros.

—Nos persiguen enemigos y necesitas a todos los hombres disponibles. No puedes ejecutar a tantas *gladii* que pueden ser determinantes si vuelve a haber un combate.

—Cierto, en este momento no sería inteligente prescindir de todos —sonrió con vehemencia—. Sin embargo, es mejor en el ejército tener 50 buenos hombres que 100 que no son de fiar. Habéis agredido a un *principalis*, provocado daños y perjuicios a civiles y contradicho una orden directa.

En ese momento, todos los elegidos empezaron a agitarse, mirando a su alrededor, incómodos ante la sentencia de su comandante. Sabían que Valerio podía llegar a ser completamente inflexible. Aunque tampoco se iba a arrugar el líder de la sedición.

—¡No nos vamos a dejar matar como corderos! —retomó la palabra el griego.

—Por eso he dicho que no es inteligente. Hay una opción.

—Te escuchamos.

—Perdonar errores y buscar la fuente del problema es la mejor solución para evitar mayores males. Daréis una parte de vuestro *stipendium*<sup>[117]</sup> por los quebrantos provocados, haréis una mayor ronda en los remos...

—Podríamos negociar...

—¡No he terminado! —gritó por primera vez provocando un estremecimiento en las filas—. Todos los posibles privilegios que pudierais tener desaparecerán y aunque no seréis juzgados *a posteriori*, mucho tendrán que cambiar las cosas para que logréis un ascenso y ventajas.

—El *domine* es generoso. —Demetrio contaba con que en unos meses acababa su mando y todo quedaría en papel mojado. En cuanto a Córax, podía sufrir un accidente. Por eso, mostró servilismo—. Ruego que aceptes nuestras disculpas, pero necesitábamos algo de distracción tras estos días de tensión y dudas...

—¡Aún hay una cosa más! —volvió a interrumpir con intención—. Para acabar y corresponder mi generosidad, ejecutad al instigador del motín.

Un ligero murmullo surgió entre los juzgados que pensaron en la posibilidad de hacerlo ante el cariz de la situación. Demetrio ante la duda de sus compañeros, reaccionó con rapidez.

—¡No lo hagáis! ¡Intenta dividirnos, hacernos débiles! ¿Quién os dice que con vosotros no incumplirá su promesa y seréis los siguientes? —intentó

disuadir a sus compañeros.

—Alguien debe pagar, será uno o todos —reafirmó Valerio inquisitivo. Los hombres, de forma progresiva, clavaron su mirada en él.

—¡Traidores! ¡Prometimos mantenernos unidos! —expresó poniendo la mano en el pomo de su *gladius* al ver que estaba solo.

—No hay acuerdo posible entre leones y hombres.

Con esta última sentencia, Córax, con gran rapidez le golpeó antes de que pudiera dañar a alguien con su arma. Lo noqueó mientras el resto de los acusados lo desarmaban y lo desnudaban para la ejecución. Sabían de la resolución del Prefecto y no debían darle una excusa para que cambiara de opinión, y para peor.

Poco después, lo despertaron y el propio Prefecto le tocó en un hombro alejándose mientras el resto, le golpeaba a bastonazos y con las *caligae*. Estas, al estar claveteadas, hacía que el castigo fuera especialmente doloroso. Demetrio, un hombre recio, aguantó un buen rato, aunque finalmente, dejaron su cuerpo sin vida en el suelo mientras los lugareños, advertidos de la pena que tomaría el oficial al mando, acudieron para ver la justicia aplicada. Al menos, aplacó la ira y se consideró que algo se había hecho al respecto. La justicia de los romanos no siempre se aplicaba de forma adecuada. Quizás nunca se haya hecho, ni nunca se haría.

Poco después, dejaron el cuerpo en el suelo para que fuese utilizado para escarnio público y se hicieron a la mar en el más completo silencio. Ya se había visto y oído demasiado. Además, a muchos no les gustaba demasiado viajar por agua, unido a la superstición, y la inminente llegada de la temporada de lluvias, lo que hacía peligroso soltar amarras.

En este contexto, al poco de alejarse de la costa, Isela se acercó al Prefecto para comentarle algo que llevaba rumiando desde hacía largo rato.

—¿Qué diferencia hay entre Demetrio y Aquinas? ¿Por qué la muerte de uno es lícita y la otra no? —esperó a que estuvieran solos en una parte de la cubierta.

—Buena pregunta —respondió tornándose hacia ella—. Maio Aquinas me ha traicionado como individuo, Demetrio como oficial de Roma y a inocentes.

—Ambos son contra tu persona.

—No es lo mismo. Uno es contra el Prefecto, el que sirve a la Urbe y al César. El otro contra Sexto Valerio, tu marido y padre de Aulo y Marcelo. No se puede considerar éticamente lo mismo.

—Sin embargo, atentaba contra ambos, ya que tú eres la misma persona. Tienes la potestad de castigarlo como Prefecto de la *Iª Cohors Auxiliae*

*Claudia Indomita.*

—Cierto, pero también en mi religión no hay diferencia y eso me provoca turbación. Tiene que haber un sentido para mí.

—Nunca he entendido esa religión tuya, pero uno debe hacer lo que tiene que hacer para sobrevivir y además tienes el poder lícito para hacerlo.

—Sé que para ti ha sido duro, pero debes intentar comprender: no puedo ejecutar a una persona que me desea mal sin darle la oportunidad de redimirse.

—Tu religión es extraña y débil.

—Puede ser, pero he percibido señales.

—¿Otra vez tu otra mujer? —se mostró indignada—. Creía que las visiones habían desaparecido.

—Y así fue. Durante un tiempo —le aclaró volviéndose hacia el horizonte—. No quise decirte nada para no preocuparte.

—¿Cuándo?

—La primera vez que volvió Lydia fue en Britania, cuando estuve cautivo, pero no me dijo nada. La segunda y última fue cuando andaba tan malherido por la Galia.

—¿Qué te dijo allí?

—Con respecto a ti, que se alegraba por haber encontrado a una mujer fuerte e inteligente. Que merecía ser feliz y que te cuidara como lo hice de ella, que tú serías mi amor verdadero.

—¿Solo eso te dijo? —se sintió algo avergonzada por el cumplido.

—Que pronto llegaría el momento de elegir: abrazar la fe y los preceptos del «*Magister*» o vivir bajo las leyes de los hombres.

—¿Y qué piensas sobre ello?

—La verdad es que llevo tiempo dándole vueltas y no sé qué hacer. Este mundo en el que vivimos es demasiado cruel, una bestia que devora todo lo limpio y puro. Intento ser lo más recto que puedo, aunque no siempre lo logro.

—Te exiges demasiado. Creo que no puedes pedir más.

—La lucha entre lo que debo hacer y lo que deseo hacer han de acabar.

—No, querido Sexto —le acarició el rostro—. Debes decidir cuál es el hombre que vas a ser: un romano justo, fuerte y que ayude a otros; o un hombre pacífico y servil que tiene miedo de tomar decisiones importantes.

—¿A cuál amas de los dos? —posó su mano con la de ella.

—Yo amo lo que eres, también con tus imperfecciones que te hacen tan único, como tú me lo dices a mí. Tú debes decidir en lo que te quieres

convertir. Pero debes dejar esa carga que arrastras.

—Cierto, déjame pensar a solas y decidiré sobre todas estas cosas. Con mi decisión te haré saber si debo perdonarte o pedirte que me perdones.

Dando media vuelta, la mujer se alejó con una extraña sonrisa dibujada en la cara. Sabía de las luchas internas de Valerio. Entre lo que creía que debía ser y lo que realmente era. Sabía que las crisis ayudaban al individuo a prosperar. Sabía de las cualidades de su esposo y de cómo se beneficiaban recíprocamente de ellas. Sabía que haría lo correcto. Siempre lo había hecho y, aunque le asaltaran dudas continuas, no hacía más que refrendarle que tenía un carácter comprensivo. Pronto llegaría el momento en el que tendría que aceptar su destino, fuese el que fuese. Y ella le acompañaría. No había vida sin él. Se lo había dado todo y él le había devuelto todo con creces. La guerra y el sufrimiento los había unido aún más. Ni los mismos dioses, fuesen cuales fuesen se interpondrían entre ellos, quizás ni la misma muerte.

Al atardecer de la siguiente jornada llegó Numerio Lupo a la cabeza de sus naves al puerto de *Tamiat*. Desembarcó presto con algunas de sus mejores unidades, esperando encontrar a los fugitivos allí y sorprenderlos en un ataque fugaz. Fue rápidamente informado que le llevaban un día de ventaja. Decidió aprovisionarse y partir antes del alba, ofuscado por la terrible noticia.

La tardanza de aprestar a todas las diversas unidades llegadas con tal fin desquiciaron al senador. Quinctilio, hizo todo lo que podía para mantenerlo en secreto lo que provocó una mayor lentitud de lo esperado. Igualmente las tropas auxiliares esperadas fueron inferiores en número a lo prometido por una serie de negativas de los diferentes Prefectos al no ver claras las órdenes y motivos del *Praefectus Classis*. Al menos sí había habido una buena noticia: dos días antes de partir, unos *numerii*<sup>[118]</sup> muy fiables de Cesarea informaron que estaban aprestados en el puerto a la espera de órdenes. En principio estaban para apoyar la posible insurrección cuando fuese necesario, teniendo incluso las naves dispuestas para ello. También había un contingente de caballería panonia que había servido en Armenia y el Cáucaso en contra de enemigos de ellos como los íberos. Ahora lo usarían para cazar a Sexto Valerio y los suyos.

Seguro que al amanecer también llegarían esas naves que sumarían un buen número de efectivos experimentados de los que dispondría Numerio Lupo. Sumando la centuria de Antonino Scaeva, las centurias auxiliares y los *numerii*, llegarían a más de 400 hombres de infantería y unos 50 de caballería,

sin contar con los marineros. Más de siete a uno con respecto a las tropas enemigas.

Sin saberlo, el espía de Quinctilio, después de informar debidamente, se hizo con un pasaje de la embarcación de Valerio y fue con otros dos mercaderes que, aprovechando el viaje, se dispusieron a partir hacia Creta por unas pocas monedas. Las embarcaciones al mando de Numerio Lupo eran más veloces, solo restaba saber cuánto tardarían en darle alcance, si sería en Creta o antes.

Hasta el atardecer del día siguiente, Sexto Valerio casi no abrió la boca excepto con su hijo. Pero hizo constar a Isela que ya había tomado su decisión y se la haría saber después de «dar ejemplo» dijo.

Al atardecer le tocaba el turno a los hombres castigados por el incidente de *Tamiat*. Los veinte que estaban en el punto de mira del resto de la *vexillatio*. En la bodega, bogando a ritmo normal bajo la supervisión del *contator*, un experimentado marino controlaba el ritmo de los remeros usando un tambor. Para vigilar la operación, estaba Andros. Isela sentada en una *sella* jugueteaba con Marcelo cerca del *contator* siendo casi relajante ver el esfuerzo de aquellos hombres. Como una danza.

En un momento determinado, Córax, Basso, Fortis y Macro «el joven», bajaron con varas en sus manos. De momento, nada fuera de lo normal. Al poco, bajó Valerio en actitud relajada, y tomando otra sencilla *sella*, se sentó cerca de su mujer. Con actitud reflexiva, oteaba al conjunto de los veinte hombres que, acompasadamente, provocaba el movimiento de la nave. Algunos no prevenían nada bueno de la expresión adusta de su oficial. Y no andaban errados. Con parsimonia, mirando a los hombres que iban solo con la túnica remangada hasta la cintura por el esfuerzo, abrió los labios y casi se arranca la piel del tiempo que llevaba sin abrirlos.

—Boga de combate, *contator*.

El *contator*, sin inmutarse, repitió las órdenes y subió el ritmo de la percusión para agilizar la marcha. Un poco más veloz y que requería movimiento más energético. Los *milites* entendieron que se trataba de un castigo extra por lo ocurrido. Había sido demasiado laxo y algunos intuían algo más. Las suposiciones se hicieron realidad. Un par de minutos después, volvió a hablar.

—Boga de ataque.

Se repitió la operación volviendo a subir un grado la velocidad del tambor y, por consiguiente, el ritmo de los remeros. La tensión se notaba en las venas de los brazos y las piernas de los que funcionaban como galeotes, un trabajo infame y agotador. Los supervisores, Andros, Córax, Basso, Macro y Fortis, se tensaron al ver el esfuerzo realizado por los hombres con fiereza. Tenían la orden de evitar que bajase el ritmo bajo ningún pretexto. Los rostros contraídos mostraban el esfuerzo aplicado por lo que, de momento, no precisaban usar la violencia para ello.

—Boga de ariete —el tono empleado por Valerio, por primera vez, mostraba la rabia y también lo dijo en voz alta por un doble motivo: el ruido provocado por los remeros y para que oyeran todos bien su orden, provocando el terror esperado.

Igualmente, el *contator* aumentó la cadencia de la percusión ya a un nivel rapidísimo. Estaba pensado para embestir a otras naves y solo durante un breve lapso de tiempo. Ahora si era una auténtica pesadilla: la velocidad endiablada exigida, unido a los azotes y varazos de los *principalis* hizo que uno de los remeros no quisiera seguir. Los cinco guardianes elegidos, golpeaban y amenazaban sin rastro de piedad, cambiando rápidamente de opinión el galeote. Sudores como ríos, bufidos por doquier, golpes secos, gruñidos y tensión, todo bajo la mirada inquisitiva y una sonrisa cruel del Prefecto, que observaba toda la operación impasiblemente. Segundos como horas, minutos como días. Un par de remeros cayeron agotados, sin reaccionar ni a los enérgicos golpes de Basso y Andros.

—Descanso<sup>[119]</sup>.

Y paró de inmediato el *contator* que provocó que todos dejaran de bogar en bloque. La mayoría se dejaron caer al suelo de madera, completamente agotados. Algunos tosían, otros hiperventilaban, otros intentaban recuperar el resuello. Muchos pensaban que no habían muerto por pura suerte. Los cinco guardas merodeaban con diversos pensamientos en su cabeza. Fortis, Córax y Andros aprobaban el castigo. Al joven Macro le parecía excesivo pero no decía nada. Para Basso, había sido demasiado blando. Pocos segundos de descanso, el Prefecto se alzó y caminó con tranquilidad, previa mirada cómplice con Isela.

—*Milites*, que este sea el último correctivo dependerá solo de vosotros mismos y de vuestras acciones —empezó a decir caminando por la pasarela que los separaban y donde se encontraban los vigilantes elegidos—. Asumid vuestra culpa y la pena impuesta y, recordad, nadie sale impune a la indisciplina.

—Si vamos a morir como Demetrio, que sea de una forma menos cruel — comentó uno de ellos entre sollozos muy cercano a Valerio.

Con un fortísimo revés en el rostro, lo tumbó de espaldas, evitando cualquier otra posible réplica del mismo. Andros saltó sobre él, poniéndole la vara bajo el cuello y alzándole de cara a su oficial.

—Si quisiera matarte, ya estarías muerto —respondió gélido, pero con la mirada en llamas—. Os doy la oportunidad de la redención. ¿Tienes algo más que decir? —Ante el silencio de este, subió la voz—. ¿Y algunos de vosotros? —Otro silencio y miró a Andros—. Ya me imaginaba. En breve tocará el relevo. Dadle unos instantes para que recuperen energía y que mantengan un ritmo lento.

—Así se hará, *domine*.

Con parsimonia se dirigió a la cubierta, con paso resuelto y orgulloso. Formaba parte de la teatralidad con la que pretendía mostrar su valía, su capacidad, firmeza, resolución, falta de escrúpulos con los insubordinados y ser expeditivo cuando fuese necesario. Parte de lo necesario para mantener la disciplina. Quizás pocos le tendrían verdadero aprecio, pero al menos la mayoría lo respetarían y casi todos, le temerían.

Al llegar a la cubierta, la noche casi había cubierto el cielo e Isela le esperaba. Emilia había tomado a Marcelo en brazos y lo llevaba a reposar tras una breve inclinación de la testa, acompañado por un alegre Mino. La pareja intercambió miradas cómplices hasta que llegaron uno cerca al otro, en completa soledad.

—¿Y bien? —abrió la veda Isela.

—He reflexionado durante todo el día sobre la cuestión, al final se me ocurrió algo y ya he dejado de pensar. Estoy cansado de luchar contra lo que soy. Estoy donde debo estar, a medio camino entre mis costumbres y la religión del Nazareno. Quizás llegue el día en que pueda seguir sus pasos, pero ese día no ha llegado aún, ni lo voy a forzar. Por ello, te pido disculpas, hiciste lo que consideraste más justo, aunque no fuese lo que yo deseara.

—No hay nada que disculpar, ambos hicimos lo que consideramos mejor. Has tomado el camino que considerabas correcto. Veamos a donde lleva.

Entonces se fundieron en un apasionado beso que los volvió a aunar. Había diferencias y algunos celos, pero... ¿en qué pareja no surgen? La fortaleza de una relación reside en la comprensión y el salvar juntos las dificultades. Por esto, con esta muestra sincera de afecto, la pareja buscó ensamblar de nuevo lo que se había resquebrajado. No, estaban demasiado

unidos para que acabase por algo así. Unidos serían más fuertes frente a las trabas que les surgieran en su camino. Los dioses serían testigos de ello.

Aquella misma tarde, Vesper, fuera de ya peligro y recuperando el color natural de su piel pero precisando unos días de reposo para su completa mejora, recibió una visita inesperada. Algunos de sus hermanos de armas lo habían ido a ver, pero esta era distinta. Su guardián, el misterioso, a la par que introvertido Behrooz, le indicó que alguien quería mantener una charla con él. Vesper, aburrido por su convalecencia y sin querer ser descortés, imaginaba que sería Valerio quien le vendría a hacer una de sus dos visitas diarias. Erró: se trataba de Isela.

—¿Cómo te encuentras? —expresó con tono conciliador al ver la facha sorpresiva de este.

—Vivo, que no es poco —bromeó mientras se incorporaba.

—Me alegro. Sexto está ocupado y me ha encargado que viniese a verte. Para ser honesta, le he propuesto venir yo misma.

—¿A qué debo tal Honor?

—¿Debe haber un motivo? —se mostró displicente durante unos segundos —. Me preocupa tu salud.

—Ha faltado poco, pero no ha acabado conmigo.

—Ha tenido suerte de escapar de tu ira.

—Algo así, aunque creo que me dais demasiado crédito.

—Todos te hemos visto combatir...

—Pero no soy inmortal. Cometo errores y quizás algún día alguien me mate o muera por otro motivo. Bajé del Olimpo que yo mismo me había creado en Britania en el enfrentamiento del pantano.

—Has nacido para empuñar la *gladius* y morirás con ella en la mano. Los dioses te han reservado para ello. Por eso no podías tener un final tan indigno por lo que eres.

—¿Y qué soy?

—Un luchador, un guerrero.

—Cada día me planteo más que debo dar el siguiente paso en mi vida.

—¿Por qué los hombres os empeñáis en cambiar lo que está bien? —dijo airada la germana—. En mi tierra es una vida honorable y aquí no es muy diferente.

—Todos me ven solo como eso. Y es verdad que lo he sido. Sin embargo, creo que debo dar un nuevo enfoque a mi vida. No me malinterpretes, no me

arrepiento de nada de lo que he vivido ni de lo que soy. Solo es que me hago mayor.

Ambos sonrieron cómplices. Había entendimiento mutuo. Ambos eran salvajes, a su manera, y disciplinados, en otra. Tenían un carácter pasional aunque controlado. Vivían de la emoción y sensaciones que le rodeaban, del deseo perpetuo de obtener gratificación en lo que hacían y en desvelar la curiosidad que les embargaba en cada nuevo lugar al que llegaban. Isela lo transmitía con sonrisas y vivos gestos en el rostro. Vesper se lo guardaba, como prácticamente todo, en una parcela interior de su recóndita alma.

En medio de ese silencio por el comentario, apareció Kismet a la espalda de la matrona, la cual lanzó una mirada cómplice a Vesper, quien mostró una falsa molestia por ello. Se dio la vuelta, saludando con una breve inclinación del rostro y desapareció con paso resuelto.

—¿*Domina*? —expresó a modo de introducción el asistente.

—Solo venía a ver si habías mejorado —dijo con timidez evidente, con la vista clavada en sus pies.

—Estoy mejor. ¿A qué debo dicha preocupación? —desafió levemente Vesper—. Creía que odiabas lo que represento.

—He reflexionado mucho sobre lo que dijiste y en algo tienes razón: la sangre seguirá corriendo mucho después de que la muerte me llegue y no puedo hacer nada para evitarlo. Sin embargo, viendo lo que te ha ocurrido y sin haber podido dejar de escucharte, puede que sea una señal de los dioses para que te plantees dejar la milicia acabado tu servicio.

—¿Quieres salvarme de forma simbólica? —preguntó adivinando su pensamiento.

—Algo así.

—¿Y a qué me puedo dedicar? —le siguió el juego divertido.

—No lo sé, algún oficio podrás aprender, quizás regentar tu propia *domus*, seguro que tendrás una buena *honesto missio*.

—Envejecer contemplando atardeceres en el campo —añadió—. Ya tengo eso en la milicia, pero con el Honor y el placer de matar. —entró en un mutismo con la cabeza inclinada durante unos instantes—. Tendré que pensarlo. Mi servicio acaba en unos meses.

—Hazlo y toma la decisión correcta —se dio la vuelta para irse pero recordó algo y volvió sobre sus pasos—. Me alegra que estés recobrándote para que puedas seguir velando por los intereses de mi padre... y por tanto de los míos.

A mediodía de la quinta jornada de haber partido de *Tamiat*, el Prefecto fue informado por Estitio de que tres embarcaciones de gran envergadura, al menos, les seguían. Puede que se trataran de naves comerciales o de reconocimiento, pero en cualquier caso no estaba de más ser previsores. Sin querer alarmar a todos los presentes, fue hasta la popa del barco, junto al experimentado piloto. Tras otear durante un rato el horizonte, ensimismado en la belleza de un cielo que alternaba nubes de caprichosas formas, se giró lentamente. A su espalda, Andros, Estitio y un serio Anakletos, aguardaban alguna reacción.

—¿De dónde eres, piloto?

—Del Tonto —respondió Estitio en su lugar.

—Del Ponto querrás decir —corrigió Valerio aguantándose la risa y conociendo los problemas con las palabras de su auxiliar.

—Eso mismo —expresó desenfadado.

—No tengo mucha experiencia en el mar pero ¿te parecen *trirremes*?

—Diría que sí, al menos las del frente —expuso con un tosco acento el curtido marino al que le faltaban dos dedos de la mano izquierda.

—¿Hay más de esas tres?

—Se intuye por detrás la silueta de al menos otras dos.

—En tu opinión, ¿crees que nos siguen o toman los vientos como nosotros y van en ruta?

—Nos han divisado y se han colocado en posición de combate. Al menos eso me parece. Además están ganando velocidad. Aunque puedo estar equivocado.

—Este navío es más pesado y lento que las naves de guerra para que podamos ganarles terreno —añadió el armenio con seguridad—. Lo sé porque hubo un tiempo en que luché en el mar Hospitalario<sup>[120]</sup> cuando era más joven. Solo ganaremos tiempo.

—Y tampoco es que podamos hacer una defensa coordinada aquí —opinó Andros.

—No, el combate sería la última opción y sin esperanza —concluyó el jefe de la expedición.

—Hay otro problema.

Todos se giraron hacia el piloto, que era quien había pronunciado esta última frase. Lo miraban con expectación ante el tono impasible del hombre.

—No sé si esos *trirremes* vienen por nosotros o no, pero lo que sí sé es que este viento que nos trae Eolo, significa que se avecina una tormenta. Y de las buenas. Debemos encontrar puerto.

—Al menos será neutral con los dos. Creta no debe estar lejos ¿verdad?  
—cuestionó Sexto Valerio.

—Una jornada, quizás menos.

—Andros, boga de combate en todo momento, releva a los auxiliares cuantas veces sea necesario. Incluso aumenta la velocidad antes del cambio. Emplea a todos los efectivos que tenemos pero quiero una velocidad constante.

—Sí, *domine*. —se fue a toda prisa a la bodega seguido de Estitio.

—Eso no garantizará que lleguemos —sentenció Anakletos—. Deberíamos soltar carga.

—No busco que lleguemos, solo ganar tiempo —se molestó el Prefecto mirándolo con condescendencia—. Y no pienso soltar lastre, lo que tiráramos nos haría falta en unos días ¿qué posibilidades tenemos sin recursos?

—Mejor pasar hambre que estar muertos.

—Lo dices porque no la has pasado nunca —se fue murmurando malhumorado el noble mientras Behrooz observaba toda la escena a unos pasos completamente en silencio. Al reparar en él le dirigió la palabra—. Quédate junto a mi familia y Vesper para que estén seguros ante todo el movimiento que nos espera.

Tras esto se quedó mirando el cielo petrificado durante varios minutos. El piloto no quería molestarlo, y aunque estaba visiblemente preocupado por lo que se avecinaba, había adquirido el fatalismo de aquellas personas acostumbradas a las penurias y jugar con la Fortuna. En ese trance en el que su mente se abstraía de su cuerpo, la cálida presencia de Minoos le devolvió a la realidad. El pequeño nacido en oriente, había pasado los días con su familia, como uno más, sin establecer más relación con el Prefecto que algunas palabras amables y cierto cariño que parecía requerir y que no tuvo inconveniente en dar. Además cuidaba del pequeño Marcelo como si de un hermano mayor se tratara. Sin embargo, en ese momento, se preocupó cuando, con los ojos llorosos, le abrazó. El piloto carraspeó levemente al ver que no se movía de su lado, lo cual le incomodaba. Entonces, como si no pudiese evitarlo, murmuró una palabra incomprensible para el marino y otra frase que sí pudo entender nítidamente.

—¡Qué Cástor y Pólux<sup>[121]</sup> tengan misericordia de nosotros!

Ni los hombres de Valerio, ni los de Numerio Lupo intuyeron al inicio de la travesía, tan placentera los primeros días, que tornaría en un temporal en toda

regla. Con olas de hasta media docena de metros, todos los navíos que surcaban este mar embravecido, trataban por todos los medios mantenerse a flote. Ya no se trataba de seguir la estela de los perseguidores, o mantener al grupo unido, no, cada uno velaba por sí mismo. No se podía hacer otra cosa en las infames condiciones meteorológicas que se encontraban. Los dioses maldecían lo ocurrido, a unos o a otros. Quizás a los dos.

Durante casi dos horas fueron ganando terreno hasta casi intuir los tripulantes que había en cubierta. Sin embargo, cuando parecía que el acercamiento era inevitable, el tiempo empezó a empeorar drásticamente y de forma progresiva. Los marineros experimentados, empezaron a aterrorizarse, conocedores de lo que se avecinaba.

En la cubierta del gran barco mercante, solo estaban unos pocos marinos, Estitio y Fortis, que algo de mar sabían con respecto a los otros auxiliares. El galo más que el egipcio. Vómitos, animales lamentándose estrepitosamente, objetos que no quedaron sujetos fuera de control, gritos, crujidos, agua por doquier... Una locura que afectaba a todos los sentidos, ya que la mayoría no podía ni ver más que imágenes difusas, oler a salitre, saborear bilis, oír el estruendo de su alrededor y notar el frío y la violencia de su alrededor. La naturaleza desatada. Un duelo con el ser humano donde tenía todas las de perder. La noche se hizo larga, eterna, como toda una vida. Ninguno estuvo a salvo de ella, ni Vesper que, todavía débil, entró en una semiinconsciencia intranquila. Basso, que ya de antes estaba mareado, también se desmayó a los primeros envites de importancia. Una locura solo mitigada por el instinto de supervivencia inherente. Solo podían rezar y suplicar a los dioses. Y los que creían, que eran muchos y los que no, se los inventaban. Centenares de personas solo deseaban una cosa: que parase esa locura de una vez y que, como había dicho previamente Valerio, los dioses tuvieran misericordia.

El temporal no afectó a la nave donde viajaban Ásper, Aulo Valerio y Caio Mario, cercanos ya a la costa itálica. Aún. Los vientos del Oeste aunque, eran raros en esa época del año, los favorecieron aligerando la marcha. El piloto indicó que debían buscar un puerto con presteza porque intuía que próximamente se avecinaría tormenta. «Mis huesos me lo susurran» dijo el viejo lobo de mar. La costa se vislumbraba en el horizonte en las últimas horas de sol, pero temiendo posibles escollos ocultos que dañaran el casco de la embarcación y los hiciera zozobrar hicieron que no se acercaran más de lo debido. La prudencia hizo que echaran el ancla hasta las primeras luces

cuando podrían buscar un puerto. Si el mar se embravecía, en unos minutos estarían en la costa en caso de emergencia.

En plena noche cerrada, solo algunos marineros en cubierta comprobaban que todo iba adecuadamente mientras que el resto dormía plácidamente. En la bodega, en la zona apartada para la mercancía, estaban encadenados Aulo Valerio y Caio Mario que dormían custodiados por un auxiliar con cierta edad, amodorrado sobre un poste de madera y la cabeza ladeada hacia un lado. La nave crujía bajo el suave balanceo del mar y, de vez en cuando, el silbido del viento se filtraba por los tablones. Un sonido metálico sobresaltó a los dos cautivos de golpe.

El infiltrado de Gansa, el bárbaro del Norte, había sacado un hilo de acero terminado en una pequeña sujeción para colocar entre los dedos ambas manos, y estaba estrangulando al guarda, a la par que lo estaba degollando indefectiblemente. La víctima, sangrando desde un inicio, solo pudo llevarse las manos al pescuezo y gorjear. Robusto como era, la situación duró más tiempo de lo esperado ante el grosor del cuello del centinela y su negativa a morir. Sin embargo, lo que más espantaba, era la expresión hierática del verdugo. Como si no hiciera esfuerzo, ni su mente estuviera allí. Cuando dejó de moverse, un buen charco de sangre se hallaba bajo él, provocando incluso livianas salpicaduras alrededor. Con rapidez y sin expresión alguna, limpió el hilo en la túnica del fallecido y volvió a colocarlo en torno al cinturón que portaba, a modo de decoración perfectamente camuflado a plena vista. Inmediatamente, tomó la llave de los grilletes y se la entregó a Aulo Valerio. Mientras se liberaban, tomó la *gladius* y el *pugio* del fallecido, quedándose con este último escondiéndolo tras su *paenula*. Parecía que nadie se había dado cuenta de la situación, pero aún así, vigilaba los alrededores.

—No hagáis ruido con esas malditas cadenas —susurró el bárbaro. Una vez que terminaron de quitárselas, se acercó a ellos mirando al liberto de Vibia—. Bien, tus bártulos están en la saca y lo otro ya sabéis dónde. Están marcadas con una «G» en su base. He sobornado a un marinero que ha sido compañero de mi *domine* en el pasado y está preparando un esquite para huir. Os esperaremos en el agua. Si os retrasáis, nos iremos sin vosotros.

—Eso no era parte del plan —puntualizó Caio Mario.

—Mis órdenes eran liberaros y facilitaros la huida. No voy a arriesgarme más. La costa está cerca, si sabéis nadar, tenéis otra opción.

—¿Y en qué dirección? No se verá un detrito con esta oscuridad.

—Lo sabréis cuando veáis dónde falta la barca —le entregó la *gladius* a Aulo y se esfumó como un sigiloso ratón.

La aparición del desconcertante bárbaro había demostrado que esa gente arriesgaba lo justo. Tenía honor y cumplía. Pero siempre en el límite, procurando la supervivencia propia. Como era lógico y de esperar. No se le podía reprochar nada. Debían salvarse solos.

Yendo sin demora hacia el saco, Aulo cortó la soga que lo cerraba y lo abrieron procurando siempre, no armar escándalo. El interior estaba lleno de hierba seca que podía dar a suponer que era cereal para cualquiera que lo cargase. Entre ella, un zurrón, la misiva de la viuda Vibia, una *gladius* y un *pugio* fueron fácilmente localizables y se los calzó el pequeño Mario. La tensión y el miedo estaban presentes, pero el estímulo era más alto que dejarse vencer por ellos, procurando tomar las mejores decisiones y realizar los más sutiles movimientos para no llamar la atención. Luego, cada uno, con dificultad, se hizo con una relativamente pesada ánfora y comenzaron a caminar en dirección a la cubierta. Como era de esperar, la mayoría dormitaba a tales horas de la noche. De momento, todo iba bien, aunque distaban mucho de estar a salvo.

Cuando alcanzaron la sencilla escalinata que subía a la parte superior de la nave, se detuvieron para corroborar la presencia de marineros de la parte superior. Con un breve gesto, Caio Mario posó el ánfora que portaba e indicó que iría a echar un vistazo. A gatas, ascendió intentando que no crujiesen los peldaños bajo su peso. Un par de ellos lo hicieron, pero se asimilaban al chirriar habitual del barco ante los vaivenes de la marea. Asomando solo hasta los ojos, pudo percibir dos marineros despiertos. Uno haciendo guardia y otro entreteniéndose con los cabos mientras no dejaba de bostezar.

Descendió con lentitud y susurrando, explicó al hijo del Prefecto.

—Hay solo dos despiertos. El resto parecen dormidos. Hay que ser rápidos. Pongámonos las capuchas de las *paenulae* y vayamos directos a ellos. Diré que estas vasijas requieren ser atadas aquí en la parte superior por orden de Ásper y los neutralizaremos con rapidez. No vaciles a la hora de dar muerte, o no escaparemos de aquí con vida.

—Estoy preparado.

Colocándose las ropas lo mejor posible, comenzaron a subir la escalera con paso lento ante el peso y el esfuerzo que requería. Una vez los dos en cubierta, los marineros no prestaron demasiada atención a lo que hacían, pareciendo que esto facilitaba las cosas. No obstante, habiéndose alejado unos pocos pasos de la oscuridad que daba el acceso de la bodega, ocho auxiliares con todos los arreos de guerra y las armas en la mano, seguidos por el infatigable Ásper, surgieron de la oscuridad con un par de antorchas para dar

visibilidad. Se posicionaron en semicírculo, mientras que los dos marinos presentes hicieron piña en el otro lado, pero sin hacer nada. Los dos fugitivos, tras una rápida reacción desenvainando también sus armas, quedaron temporalmente petrificados a la espera del siguiente paso.

—¡Soltad las armas! —aulló el influyente liberto—. Habéis matado a un auxiliar y sus compañeros de armas querrán vengarlo si os resistís. Pronto vendrán más de las cubiertas y os superamos en número.

—¡No vamos a consentir ser usados como rehenes! —respondió Caio Mario con vehemencia.

—Ha sido una maniobra hábil, os lo reconozco, y os trataré con más magnanimidad por ello. Sin embargo, si persistís en esta locura nada haré por evitar vuestra muerte. Y Valerio y la viuda Vibia no sabrán de ella hasta que sea demasiado tarde.

—¡Basta de charla! —expresó colérico Aulo alzando el ánfora con fuerza y lanzándola con violencia hacia los auxiliares, impulsado por una cólera exacerbada.

A partir de ese momento, todo se sucedió con gran rapidez. Los *milites* esquivaron con acierto el proyectil que se partió, de tal forma, que el contenido se distribuyó en una parte considerable de la cubierta y derramándose una pequeña cantidad sobre la bodega. Antes de que desearan abalanzarse sobre sus enemigos, mostraron su desconcierto ante el extraño líquido que había en el interior, que tenía un fuerte olor y una textura pastosa.

Sin dudarle un segundo y sin perder tiempo, el hijo de Valerio tomó una lucerna de aceite cercana para iluminar el entorno y la lanzó sobre ellos. Entonces entendieron de lo que se trataba.

—¡Fuego griego<sup>[122]</sup>! ¡Es fuego griego!

Una violenta llamarada apareció extendiéndose por un área lo suficientemente grande como para incendiar tanto la cubierta como tímidamente la bodega entre los gritos horripilantes de dos de los auxiliares a los que les alcanzó de lleno el fuego, al salpicarles el líquido al impactar contra la tarima de madera. Para el resto, el desconcierto y pavor fue la respuesta inicial, en especial de Ásper que retrocedió instintivamente ante el paralizante suceso.

Por otro lado, Caio Mario quiso hacer lo propio en la otra dirección, donde se encontraban los marinos que, perfectamente conocedores del peligroso líquido y sus cualidades, se alejaron todo lo que pudieron dado el peligro que entrañaba. Una vez que tomó el ánfora para lanzarla, uno de los marinos se abalanzó sobre él con la intención de evitarlo. Aunque le dio

tiempo de arrojarla, sus movimientos quedaron limitados al venir uno por un lado y un auxiliar por el otro. Al primero lo ensartó en su *gladius* dejándolo herido de muerte y atravesado de parte a parte por la velocidad que tomó. Al otro lo tumbó de espaldas al tiempo que, también con la rápida celeridad que tomó, le dejó su arma clavada. Empezó a golpearle en la cabeza con el puño cerrado, provocando un agudo pitido en los oídos y un punzante dolor. Uno, dos y hasta tres fuertes golpes le arremetió hasta que notó como un líquido caliente le caía en la nuca y se desplomaba su agresor a su lado.

—¡Arriba Caio Mario, no hay tiempo que perder! —le gritó Aulo.

Pero Caio Mario estaba aturdido, con la vista desenfocada y dolorido. Sin embargo, poco a poco estaba recuperando los sentidos. Empezando por el oído, escuchando gritos y confusas órdenes por todas partes; seguido del olfato, oliendo el humo y la sangre; y el gusto, saboreando la suya propia en la boca.

Al recuperar la vista, observó como Aulo Valerio cortaba el aire en horizontal para mantener a raya a tres auxiliares que le salieron al paso. Al mirar al otro lado, se quedó estupefacto al ver que la otra ánfora no contenía aquel peligroso mejunje, sino que estaba llena hasta arriba de serpientes que se extendieron por todas partes mordiendo a los tripulantes que, o se enfrentaban a decenas de ellas o con las llamas. Tomando aire varias veces, aclarados sus sentidos se puso de rodillas, miró a su alrededor viendo que la borda estaba cerca y no vio ningún esquife. Era obvio que el bárbaro se encontraba al otro lado de la nave. El joven Valerio, no lo suficientemente ducho con las armas, y menos con tres enemigos acechándole, se pegaba a la barandilla. Sin dudarlo, el liberto de Vibia tomando gran impulso, placó a la carrera a su compañero de fatigas, propulsándose ambos hacia el oscuro mar ante la perplejidad de los auxiliares.

—¡Arquero! ¡Abátelos! —gritó un renovado Ásper pero todavía con un terror nunca visto antes en su expresión—. Los demás, tomad las pertenencias de mi camarote y las provisiones que podáis coger en un único viaje. —se giró enérgico a los marinos—. Preparad las barcas, abandonamos la nave. Contra el fuego griego no hay nada que hacer.

—No hay barcas para todos —puntualizó uno de los auxiliares.

—No todos VAN a escapar —fulminó con la mirada al más veterano de ellos que afirmó brevemente con la cabeza. No se requerían más explicaciones.

El arquero disparó su primer dardo sobre los objetivos sin mucha precisión debido a la cercanía de las llamas, el humo y el temor a la muerte.

Los dos fugitivos, recobrados de la sorpresa del contacto con el agua y con el instinto de supervivencia a flor de piel, emergieron y empezaron a nadar en dirección opuesta a la embarcación con rapidez. Gracias a los dioses, ambos sabían nadar. La siguiente flecha cayó cerca pero sin mayores consecuencias. La otra andanada fue tan inocente que ni los alertó.

—¿Dónde está la barca? —preguntó bufando Aulo.

—No lo sé —balbuceó el otro casi sin resuello—. Continua nadando.

Durante unos minutos siguieron nadando sin tregua, menguando en intensidad por el agotamiento progresivo, el peso de las ropas húmedas y las pocas pertenencias que llevaban (incluyendo el *pugio* que se situaba en las costillas de Caio Mario). La *gladius* que portaba Aulo Valerio se le cayó de las manos al embestirlo su compañero para huir del navío.

Pasado ese tiempo, la extenuación, el frío y el miedo se adueñaron de ellos y pararon de avanzar. Solo percibían los contornos de los otros y la flama de la trirreme en llamas. Ya habían llegado al velamen y la mitad estaba ardiendo. Aunque eso importaba ahora poco. Estaban desorientados y solos. Quizás el bárbaro no los esperó y ni siquiera sabían si se dirigían a la costa o no.

—Lo que llevamos pesa demasiado —jadeó Aulo—. Deberíamos soltar lastre.

—Sin lo que tenemos: algo de comida, ropa, monedas... no sobreviviremos ni un día si conseguimos llegar a tierra firme.

Antes de que se enzarzaran en un debate en el que ambas partes tenían razón, sonó el distintivo sonido de una yesca haciendo chispas a poca distancia. Volvió a hacerlo un par de veces más, dejando claro quién era. Sin dudar, hicieron un último esfuerzo para llegar al batel, donde los alzaron y les dieron mantas para resguardarles de las gélidas aguas nocturnas.

—No quería exponerme a que nos asaetaran desde la cubierta como desertores —explicó el bárbaro monótono—. ¡Tomad un remo y vámonos a la costa!

Eran muchos los que apodaban a Sexto Valerio «Félix», el afortunado. Y, hasta el momento, razones no les faltaban. En multitud de ocasiones parecía que la protección de los dioses y su favor le llegaban de forma tan evidente que, hasta los más recelosos de sus hombres, debían admitir que era demasiado inusual. Incluso los contratiempos que había sufrido, que los hubo,

siempre parecía que existían para salir aún más victorioso y alcanzar esa fama de «invencible», o quizás mejor expresado «imbatible».

El temporal fue una locura. Un marino y un auxiliar murieron a causa del mismo. El primero cayó por la borda arrastrado por la corriente, el segundo de un golpe fatal en la cabeza al soltarse una de las cuerdas que aseguraban la mercancía. Casi la mitad aún tenían mareos y la mayoría había vomitado. Por otra parte, la nave había sufrido serios desperfectos: maderas rotas en varios lugares, un par de vías de cierta relevancia, el velamen desgarrado en dos partes y el mástil se estaba resquebrajando. Ni un día duraría si no se tomaban medidas y no más de dos si no fondeaban en algún puerto con urgencia. No podían proseguir la navegación. La embarcación era menos sólida de lo que parecía a primera vista. Pero estaban vivos y la corriente los había desplazado de forma ventajosa.

El viejo piloto al que le faltaban dos dedos de su mano izquierda, le había indicado que lo que se veía en el horizonte parecía ser Creta. Lo único positivo de aquella espantosa tormenta que duró varias horas, es que los había desplazado hacia el Noroeste, acercándoles más a la importante isla del Egeo. Dejando tiempo a sus hombres para reponerse, organizó intervalos cortos y livianos de servicio en los remos para no fatigarlos, pero que la velocidad hacia tierra firme fuera constante.

La costa parecía estar llena de escollos, así que se sugirió descargar buena parte de la tripulación y mercancías para hacer el desembarco más seguro (al estar la quilla menos hundida). Poseían solo dos barcasas para iniciar el desembarco, haciendo turnos, habría que dar, al menos, dos viajes de ida y vuelta. Estaba organizando la partida con sus *principalis* cuando apareció Vesper acomodándose la *lorica* y seguido de cerca por Adelphos con cara de circunstancias. Valerio detuvo su arenga.

—¡Bienvenido Vesper! ¿Estás restablecido? —preguntó con intención.

—Del todo —respondió ligeramente seco.

—¿Es así? —miró a Adelphos.

—Evoluciona muy positivamente. Su cuerpo parece diseñado para que cicatrice sin calenturas, ni malos humores. Además ha recuperado el color. No obstante, y aunque lo niegue, las heridas son delicadas y aún le duelen —reportó profesional el *medicus*.

—Interesante.

—No volveré a ese lecho mugriento —exhortó con incomodidad—. Agradezco los cuidados y la atención, de verdad, pero no pienso estar allí ni una hora más o me volveré loco.

—Te encomendaré una tarea suave —cedió razonable el Prefecto—. Quédate en la nave para hacer los pertinentes arreglos y desembarcar cuanto antes. Fortis te ayudará: ya me ha demostrado que es muy competente. No perdamos tiempo.

A regañadientes, el asistente afirmó con brevedad y se dirigió para organizar los suministros, las bestias y el personal de a bordo. Mientras preparaban las barcas, Isela se acercó a su marido con paso firme.

—¿Alguna tarea para mí, *domine*? —cuestionó con tono coqueto.

—Por supuesto: encárgate con Emilia de todo el personal no militar —explicó sonriendo—. Mantelos calmados y listos para cuando llegue su turno. Que no entorpezcan la labor de los demás, incluidos nuestros protegidos.

—Así se hará.

Le dio un rápido beso y se montó en la barca que ya estaba siendo preparada para salir. A la cabeza de la misma, con una pose enigmática en la cabecera del esquife, oteaba el horizonte indagando el terreno como si fuese hostil. Sabía que si ellos habían sobrevivido, sus perseguidores también. Al menos, algunos de ellos. No debía confiarse ni por un momento de que el peligro hubiera pasado.

El día se alzaba gris, pero tranquilo. Con un viento gélido y cortante, que suspendía minúsculas gotas del agua del mar en el ambiente. Un mar que, si bien no estaba embravecido, tampoco era plácido. No era día para darse un paseo por la playa. La primera oleada de hombres escogidos eran los de Córax, con este a la cabeza. Debían asegurar la playa. Por si acaso. Armados hasta los dientes, se colocaron en posición algunos, mientras otros comenzaban a bajar parte de los suministros. La operación se llevó con gran rapidez y en pocos minutos ya estaban de vuelta a la embarcación principal.

La segunda oleada trajo a los hombres de Basso que tenían las instrucciones de que la mitad siguieran ayudando en las tareas de desembarco, mientras los otros avanzaran para saber en qué punto de la isla se encontraban. La verdad es que estaban desorientados.

Una vez que vio cómo retornaban por segunda vez, el piloto se atrevió a seguir avanzando un poco más hasta la costa. Con un viento del Este, la maniobra no parecía fácil, pero se confió. Vesper, que también provenía de una isla y algo sabía de mar, pero menos que el hombre sin dos dedos, intentó hacerle cambiar de parecer. Fue en vano, su argumento era simple «la nave es lo suficientemente robusta como para aguantar el embiste, pero no para seguir en el agua. De todas formas se va a hundir». La resolución de este convenció al asistente que se jugaba mucho, no solo ante su oficial superior, sino la

pérdida de recursos valiosos y vidas, incluyendo la suya. La experiencia ganó la baza: consiguió que la nave encallara en la misma playa, lo que facilitaría el desembarco.

En el tiempo de completar toda la operación, incluyendo la disposición de toda la comitiva, retornó presto Basso con sus hombres. Todos aguardaron a la charla que se iba a producir. Se colocaron en círculo para recibir a los exploradores Valerio, Vesper, Andros, Córax, Fortis, Adelphos, Behrooz, Isela, Anakletos y Kismet. Esta última estaba siempre allí por orden de su propio padre: quería que conociese hasta el mínimo detalle del mundo de la política y la guerra. Demasiado tiempo en palacio ciega y sorda, le dijo. Quizás algún día faltara y no podía ser un alma cándida en un mundo donde los lobos saben distinguir a los corderos en la oscuridad.

—¿Qué nuevas traes? —interrogó Valerio recibiendo los brazos en jarras pero con expresión amable.

—Estamos al Suroeste de Creta —paró para coger aire—. Hay cerca una aldea de pescadores autóctonos que por una moneda nos han informado.

—¿*Gortyna* queda lejos?

—Me ha mostrado un sendero que dice que conecta directamente con la ciudad. Me han informado que está a unas tres horas a buen paso.

—Buen trabajo Basso, como siempre. Recobra el aliento y tus hombres también —se tornó al resto—. Los dioses han sido misericordiosos con nosotros pero seguimos lejos de estar a salvo. Sin un barco para continuar el camino, estamos condenados a hibernar en Creta sin saber cuántos enemigos han sobrevivido.

—Nosotros no nos hemos hundido de milagro, *domine*, ¿por qué suponemos que ellos han salido con vida? —sembró Andros la duda.

—Precisamente porque si nosotros lo hemos logrado, ellos también pueden haberlo hecho. Al menos una parte. Seguramente sus embarcaciones eran de mejor factura que la nuestra. Además, mejor estar prevenidos ante cualquier eventualidad. Siempre hay que ponerse en lo peor cuando un enemigo aparece.

—Por supuesto, *domine*.

—Según las informaciones de las que dispongo por mis auxiliares cretenses, el centro-oeste de la Isla está más deshabitado que la costa. Debemos dirigirnos allí, cerca del *Lefká Óri*<sup>[123]</sup> y montar un campamento desde el que poder hacernos fuertes mientras algunos hombres viajarán a *Gortyna* con una doble misión: buscar la manera de obtener otra nave y encontrar a Gansa.

—¿Quiénes serán los elegidos, *domine*? —fue directamente al grano Andros.

—Vesper, tú hablas griego, conoces personalmente a Gansa y estuviste en *Gortyna* en una ocasión ¿no es cierto?

—De eso hace tiempo, cuando era legionario, pero sí.

—Irás escoltado por otro hombre de tu elección, a ser posible un buen jinete, además de Adelpnos que adquirirá los productos de una lista de materiales necesarios para la expedición, confeccionada por Fortis. Todos iréis ataviados como civiles. Mejor que se sepa de nuestra llegada lo más tarde posible. Los pasajeros que nos acompañaron se irán con vosotros hasta la ciudad. No sabemos a quién le deben lealtades aquí. Los demás aprestaos para la marcha haced una noche allí y volved con nosotros al alba. ¿Preguntas?

—¿Cómo sabremos dónde has colocado el campamento, *domine*? —preguntó Adelpnos.

—Seguro que Vesper sabe leer las huellas de más de medio centenar de almas y la ruta seguida —contestó con complicidad.

—Por supuesto, *domine*.

—En marcha.

No había sorpresas en sus rostros, todos esperaban una actuación así. Solo restaba ejecutar y rezar a los dioses para que descubrieran la forma de salir de allí antes de que los interceptaran sus perseguidores. No era una isla tan grande como para poder huir eternamente de ellos. Se encontraban en pleno septiembre y el *mare clausum* ya había llegado, aunque podía alargarse ligeramente la navegación hasta noviembre, según las condiciones atmosféricas. No obstante, era innegable que el tiempo jugaba en contra.

A su espalda, apareció Isela montada sobre un caballo y llevando las riendas de otro en la mano. Llevaba unos *braccæ*<sup>[124]</sup> masculinos bajo la túnica de viaje, lo cual podía haber sido un escándalo para cualquier otra mujer, pero no para ella. No era la primera vez que aparecía montando a caballo al estilo de los hombres, no a lo amazona. Isela era una mujer considerada salvaje por su procedencia, respetada por su matrimonio con el Prefecto, aunque también por su fortaleza, su espíritu crítico, sus razonables opiniones (cuando se atrevía a darlas) y su impunidad cuando algo no iba como debía. Su marido, de forma inteligente, permitió e incluso potenció algunos de esos actos «impropios de una mujer» en pos de un apoyo extra en su mandato y un reforzamiento de su posición. Conformaba la imagen de

esposa, madre y *autoritas*. Con una sonrisa, la germana le cedió la riendas de la otra montura y le habló con dulzura.

—Monta sobre el corcel, esposo. Que tus hombres vean a su Prefecto con la frente alta, paseando entre ellos con seguridad y con decisión.

—¿Y tú me acompañas? —bromeó comenzando a prepararse para subir a la grupa.

—Que nos vean como una dupla, una familia, una unión indestructible: el símbolo de la victoria que debemos lograr y la esperanza.

—Como siempre, mi querida guerrera, tus palabras y acciones siguen siendo de una sabiduría innegable —expresó una vez que estuvo sobre el equino—. Como siempre, tu inteligencia bate con dificultad a tu belleza.

Tras este comentario que provocó la sonrisa bobalicona de su mujer, comenzaron a trotar cercanos al grupo expedicionario en paralelo. Ciertamente, mostraba la unión, la esperanza, la familia, el Honor... Todo por lo que luchaban y valía la pena morir. Y vivir. Un símbolo sencillo, pero no alejado de ellos, empezó a dar palabras de aliento a auxiliares a título individual, por su nombre, recordando sus gestas o situaciones mucho más extremas del pasado. Una forma directa de recordarles que se valían por sí mismos para salir de aquella situación. Como siempre lo había hecho desde la formación de la unidad. Sí, Sexto Valerio «Félix» se merecía su apodo y su fama.

## EL JOVEN HERMES

AMARILLO. El sendero y el entorno estaban reseco por las escasas lluvias durante el verano, manteniéndose la tonalidad propia del sur mediterráneo. Las precipitaciones del día anterior habían sido como intentar llenar un ánfora hasta el borde con un solo vaso de agua. Se mezclaba el olor a salitre del mar con los de los diversos árboles y matorrales de la zona, lo que le daba al lugar unos matices suaves y cálidos que le recordaban a su tierra natal: Sicilia. Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro, observando todos los alrededores con nostalgia y regocijo.

A trote ligero, la expedición comenzaba a vislumbrar las afueras de *Gortyna* tras menos de un par de horas sobre los equinos. El asistente, acompañado de Macro «el joven» y *Adelphos* se impacientaba por recorrer sus tortuosas calles. Mientras el *medicus* no tenía demasiada maestría con el jamelgo, Macro mostraba su origen panonio y amor por su amor por dichos animales, siendo uno de los mejores jinetes de toda la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. A su espalda y a una distancia razonable, iban los pocos pasajeros civiles que les habían acompañado en la travesía, sin duda alguna atormentados por no haber podido recalar al final del trayecto por las condiciones meteorológicas. Aunque esa gente ya no eran competencia suya.

La tranquilidad del camino contrastaba con la actividad de la ciudad, donde la gente del campo y del mar se daban cita para vender productos, intercambiar opiniones e intentar prosperar con la razonable seguridad, en comparación con tiempos anteriores, que proporcionaba el César y sus legiones. Al llegar al centro, se separaron indefectiblemente para realizar cada uno la labor encomendada: los *milites* procurar una nave para salir de la isla cuanto antes, a la par que buscar la forma de contactar con Gansa; el *medicus*, por otra parte, procedería a hacerse con varios elementos necesarios para la comitiva y vender los pocos excedentes que aún conservaban del botín del difunto Sekani.

Tras indagar en varias *popinae* y *tabernae* de baja estofa buscando algún piloto que quisiera llevarlos, la respuesta era siempre la misma. Los peores

temores de Vesper y Macro se estaban haciendo realidad. El único dispuesto a hacerse a la mar en esa época del año, pedía una suma que no podían afrontar y quería el pago por adelantado. Ni siquiera un pasaje para Kismet y Anakletos podía ser viable. Solo un elevadísimo precio podía disuadir de los peligros de la mar a los que se atrevieran, que no eran muchos. El asistente se convenció tras cuatro horas de indagaciones en las que le aseguraban que nadie aceptaría menos del precio del ya ofertado. La recompensa tenía que estar a la altura del riesgo. Solo quedaba la baza de Gansa.

Era curioso cómo a todo el que le preguntaba sobre él, hacía como que no conocía a nadie con ese nombre o los miraba con cara extraña. No obstante, a algunos le delataba el pavor de sus ojos. Parecía como que dicho nombre inspiraba un peculiar desasosiego y mutismo. Incluso para los cánones de los isleños. El siciliano lo sabía bien.

Alejándose de la zona más meridional de la ciudad, viendo lo infructuoso de sus indagaciones, se encaminaron hacia el mercado con el fin de encontrarse con su compañero y tomar un descanso. Entonces escucharon una fuerte voz en latín, en contraposición al griego que se hablaba por toda la isla.

—¡Abrid paso a un delegado de Roma!

Una pequeña multitud se agolpaba curiosa para ver la comitiva que se acercaba. Parecían ser varias decenas de legionarios y auxiliares mezclados con un orden aparente, escoltando a un personaje de alcurnia. Evidentemente se trataba de Numerio Lupo, que había sobrevivido a la tormenta como había predicho su Prefecto, aunque no consiguieron ver su figura. No esperaron a que terminara de pasar la comitiva, ni nadie les reconoció al ir con la capucha de las *paenulae* puestas. Dirigiéndose a una de las *itinera*, el joven *tesserarius* la siguió en absoluto mutismo que rompió en cuanto se alejaron del bullicio.

—Hay que salir de la ciudad e informar a Valerio de inmediato —explicó—. Seguro que Numerio Lupo se encamina para hablar tanto con los *duunviro*s como con el Procurador de la provincia para actuar y cerrarnos el paso.

—¿Y nuestra misión? —replicó su compañero panonio—. Seguro que sabe esto, y es mejor llevar a cabo sus órdenes y volver con alguna información. Si no, nuestro viaje habrá sido en vano.

—Buscar a Gansa es como buscar una aguja en un pajar —se tornó para volver por donde había venido.

—Creía que tenías formas de hacer hablar a la gente —indicó con intención, lo que hizo que se parara y clavara su mirada en él.

—Por supuesto, pero Valerio tiene penado que se dañe a la población civil, salvo que me lo haga saber. Máxime en suelo romano. Lo que menos nos conviene ahora es buscarnos mala reputación y un proceso judicial por agredir a un miembro de la comunidad. No le demos excusas a ese fornicador de ovejas de Numerio Lupo para congraciarse con la población del lugar.

—Hablas cada vez más como un político —bromeó ante el cariz de los acontecimientos, lo que hizo que sonriera Vesper—. Pero tampoco pasaría nada si presionáramos a algún griego ebrio y le preguntáramos con más ahínco.

—Cierto, no perdemos nada.

No bromeaban, se trataba de una opción viable y una forma de esquivar la norma establecida. Vesper y Macro no eran personas tan moralmente rectas si el fin justificaba los medios. O por menos incluso. Y estaban desesperados.

Al poco de salir de la *itinera* se encontraron enfrente de una *taberna* en la que, afortunadamente, un autóctono de la zona (por sus ropajes y calzado: *quitón* y *crépida*<sup>[125]</sup>), estaba sentado a un lado de la entrada con la vista nublada y con una pequeña jarra dando cortos tragos, intentando apurar lo poco que le restaba. Seguramente lo habían expulsado pronto por no saber comportarse y por eso allí se veía.

Tomándole de los sobacos, lo llevaron de vuelta al *itinera* para poder interrogarle mejor. Completamente beodo, no entendía lo que ocurría pudiendo solo argumentar unos graznidos incomprensibles y no muy altos.

—¿Qué sabes de Gansa amigo? —preguntó en un griego imperfecto pero comprensible Vesper nada más posarlo en el suelo y acuclillándose junto a él.

—¿Qué? —atinó a decir.

—¿Quién es Gansa? —repitió con corta paciencia— ¿dónde puedo encontrarle?

—*Usufkilokplós*. —balbuceó de forma incomprensible.

—*No tengo tiempo para tonterías*. —sacó su *pugio* de entre sus ropas, posando la punta en el cuello lo que hizo que el hombre diese un respingo y por primera vez se diera cuenta de lo que estaba pasando—. *Habla o te envío directamente al Hades*.

—*Yo no sé nada*. —consiguió expresarse de corrido.

—Perdemos el tiempo con este —apostilló Macro que entendía parcialmente la lengua de Aristóteles y lo hablaba de forma todavía más burda que su acompañante.

—*Algo sabe seguro, lo delatan sus ojos*. —añadió Vesper sin pestañear.

—*Nadie sabe nada.* —parecía que los vapores etílicos desaparecían ante el cariz de la situación—. *Ese hombre es un espíritu y nadie jamás lo ha visto.*

—*Alguien sabrá algo de él.*

—*Tiene gran influencia aquí en Gortyna, pero nadie le ha visto. Puedes encontrar a sus lugartenientes en el pandokeion junto al ninfeo*<sup>[126]</sup>.

—*Gratitud.*

Tras esto, Vesper envainó su *pugio* con parsimonia, sacó una moneda de bronce y la posó en la mano del borracho que la observaba con cara de bobo, poniéndola en exceso cerca de sus retinas. No entendía nada de lo que ocurría aunque poco le importó. Una vez que se irguió el amenazante siciliano, la tensión de su cuerpo desapareció y cayó presa de un sueño profundo. El alcohol auguraba un resaca terrible. Sin embargo, con toda seguridad estaría muy contento de poder pagar otro trago cuando despertase y no recordar con nitidez las caras de aquellos dos personajes que le interrogaron. Quizás fuera a casa del vino. Daría igual, tenía para tomar otra copa.

La llegada al *pandokeion* fue un tanto apresurada. La hora de reunirse con Adelphos se acercaba, no debiendo demorarse mucho para evitar que se preocupase y saliera sin ellos, con el consiguiente peligro que entrañaba.

No fue difícil encontrar el lugar. *Gortyna*, pese a tener un tamaño razonable y unas estructuras dignas de una urbe, no era, ni por asomo, una gran ciudad como *Alexandria* o la propia Roma. En realidad, estas eran algunas de las pocas excepciones que se alejaban de la media de tamaño que, como máximo, tenía varias decenas de miles. Al acceder a su interior, un joven griego, bastante agraciado, le salió al paso.

—¿En qué puedo ayudaros? ¿Quizás un *cubiculum* confortable para pasar la noche? —expresó en un latín aceptable, adivinando por sus ropajes y peinados que eran gentes muy romanizadas. No muchos griegos hablaban latín.

—Buscamos a Gansa. Me han informado que aquí pueden ponerme en contacto con él —indicó sin rodeos Vesper.

—Te han informado mal —aseveró flemático el joven.

—No estamos para juegos, es importante —añadió Macro.

—Yo lo conocí personalmente hace unos años, cuando servimos juntos en el mar tenebroso<sup>[127]</sup>. —puntualizó el siciliano con intención.

—No quiero problemas...

—Ni los deseamos nosotros, nuestras intenciones son honorables.

A la espalda del joven griego, apareció un hombre enorme y fuerte con cara de pocos amigos que se puso tras él con los brazos cruzados. El hermoso zagal, dio dos pasos atrás con una expresión de preocupación.

—No quiero problemas —repitió.

—Tengo el cometido de hablar con Gansa, soy un viejo conocido de él, y tenemos negocios que atender —aclaró calmado el *miles*.

—No está aquí —habló por primera vez el gorila.

—¿Y dónde puedo encontrarlo? —no se amedrentó.

—Es al revés: Gansa os encontrará.

—En tal caso, infórmale que Vesper, el asistente de Sexto Valerio, está aquí y que quiere verlo de inmediato.

Esta frase hizo que relajara sus músculos ligeramente, aunque no se movió de posición, ni cambió su semblante. Se tomó un tiempo intentando escudriñar a los dos tipos que tenía enfrente: leyó perfectamente que eran *militares*, profesionales, discretos y leales. El problema radicaba en saber si su historia era verdad y cuáles eran sus intenciones.

—Haré saber vuestro recado, ¿dónde os puedo localizar?

—No estaremos mucho en la ciudad —aclaró Macro.

—Entonces será difícil.

—Tenemos importantes asuntos que dirimir con él y solo con él —cambió de tercio Vesper—. Estaremos en la *popina* más cercana al teatro a la hora nona. Esperamos que esté allí, si no, mi *domine* sufrirá una enorme decepción. Máxime cuando tenemos un enemigo común.

La barca llegó a la playa balanceándose con suavidad en las mansas aguas del *Mare Superum*<sup>[128]</sup>, con un Aulo Valerio y un Caio Mario ateridos de frío, aunque recomponiéndose progresivamente. Pasaron el corto trayecto en un total y absoluto mutismo, concentrados en bogar y divagando sobre multitud de temas: desde los últimos acontecimientos, a lo que le depararía el futuro, sin olvidar los recuerdos del pasado, o la preocupación por los seres queridos.

En cuanto el esquife embarrancó en la arena, saltaron de inmediato todos los tripulantes y, no sin esfuerzo, lo empujaron para ocultarlo en una arboleda cercana que se vislumbraba a unos pocos pasos. La luna, cuando asomaba entre la veloz nubosidad que anunciaba el inminente temporal, daba poca claridad a una noche sombría. En cualquier caso, una vez que tomaron sus pertenencias del fondo de la nave, se quedaron estáticos mirándose en las tinieblas.

—¿Os dirigís a Roma? —preguntó hosco el bárbaro.

—No —respondió seco Aulo.

—Aquí se separan nuestros caminos. He cumplido mi parte. Me importa un detrito a donde vayáis, pero no nos sigáis u os juro por todos los dioses que os mataré. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino —apuntó Caio Mario con tono sarcástico y añadió—. Gracias.

Dándole la espalda, se paró un instante al oír la palabra. Negó con la cabeza y se fue con el marino, el cual no abrió la boca en ningún momento. Cumpliendo estrictamente su cometido, tal y como se esperaba de él, súbitamente desapareció, como una nube que pasa, descarga su lluvia y prosigue su camino. Importancia suma pese a todo.

Durante algunos segundos extras, ninguno de los dos se movió, esperando que los ruidos de la marcha de sus acompañantes, desaparecieran entre los murmullos de la noche. Incluso un poco más, aguardando si llegaba algún sonido que trajera el mar de sus perseguidores. Por el momento, se veía la luz lejana del *trirreme* en llamas, ya casi hundido. Ante el mutismo del viento, Aulo tomó la palabra.

—Sigamos la línea del mar hacia la derecha, así nos dirigiremos al Norte, con la poca luz de la luna sobre el agua, no nos perderemos y ganaremos algo de terreno.

—Tampoco creo que agotarnos en la noche sea lo mejor —apostilló Caio Mario—. Evitar las principales vías, usando senderos poco transitados y avanzar de día será la clave de llegar de una pieza.

—Quizás no sea lo inteligente, pero creo que deberíamos tomar dichas vías para agilizar el proceso.

—Veámoslo por la mañana tras haber descansado un rato.

—Estoy de acuerdo.

Ásper estaba con un humor de perros. Y no era para menos. De estar a un paso de obtener el rango ecuestre, acabando con la espina clavada que le impidió llegar previamente a estar en el borde del abismo de nuevo por dos sujetos sin formación militar, ni dignos de ser llamados «oponentes». Quizás los había subestimado, pero habían herido gravemente su orgullo y eso no lo toleraba.

Una única barca le habían dejado, y la había cargado con sus pocas pertenencias (pero fundamentales al tener monedas y documentos que podían

allanarle el camino), siete auxiliares supervivientes y cuatro marinos que habían tenido la suerte de salir a tiempo para poder unirse (uno de los cuales moriría poco antes de llegar a su destino por el veneno de una de las sierpes). Al menos otros dos se hundirían con el barco, aparte de los que murieron por las llamas, los venenosos reptiles o la mano de los dos fugitivos. Eso sin contar con la vida de todos los remeros. ¿Cómo se harían con tantos de esos reptiles y los meterían en la vasija? Se preguntó el liberto, pero obvió el pensamiento ante la inminencia de las necesidades actuales.

Una maniobra orquestada desde Creta, era evidente. No importaba quien, porque no iba a dejar que se le escabullera entre los dedos. Por este motivo, se había hecho con la *gladius* que soltó Aulo al ser placado por Mario. Dejaba claro que, si era necesario, los mataría él mismo. No había vuelta atrás y haría lo que fuese necesario para acabar con ellos, completando la misión y los objetivos.

En la embarcación había un continuo rumor entre los escogidos por dejar a los marineros y remeros supervivientes a su suerte. No había agradado ya que podían haber sido ellos. A ese liberto no le importaba nadie y carecía de Honor. Cualquiera cosa con tal de cumplir su cometido, lo que planteaba dudas en si seguirlo o no. Sin embargo, con levantar el tono y con una sabia alocución acalló todas las críticas.

—¡Por todos los dioses, callaos! ¡Sabéis quién es mi *domine*, seréis recompensados por vuestros servicios y el que no, será ejecutado en el acto! ¿Algo más que objetar?

No hizo falta decir nada más. Influencia y dinero, todo lo que se requería para ser alguien en Roma. No se volvió a escuchar una queja.

Era noche cerrada y aún quedaban algunas horas para el alba, aunque se intuía bien la silueta de una población dormida cuando se acercaban. Vieron tenues luces al acercarse a la costa. Pronto averiguarían cuál. El liberto ya se había recompuesto de la conmoción del escape de sus prisioneros y estaba maquinando su siguiente jugada. Para ello, necesitaba a los presentes dispuestos a cumplir su voluntad. La clave estaba en el más veterano de los auxiliares, un egipcio llamado Iulio Kopros<sup>[129]</sup> que destacaba por una irregular mancha de nacimiento sobre el ojo izquierdo, que acataba sumiso toda orden dada por el liberto, previa orden del *Praefectus classis*. Seguramente esperaba algún pago extra por sus servicios, incluyendo quizás un ascenso. También había sido quien había capturado a Aulo Valerio en Creta.

Su plan era simple: llegar a la costa, descansar lo justo hasta el alba, requisar caballos y mandar a algunos hombres a las vías más importantes de los alrededores, incluyendo interrogar a los autóctonos de la zona. Por otra parte, él buscaría un punto intermedio para estar al tanto de todo avance y poner precio a las cabezas para todo aquel interesado en ganar una recompensa, que serían muchos dada la inmensa necesidad de buena parte de la población que, si bien había mejorado con la llegada de Roma, ni mucho menos había desaparecido. Y Ásper contaba con ello.

Ver una pantomima era algo muy apreciado en todos los rincones del vasto Imperio. Los actores, siempre sin pronunciar palabra alguna, solo actuaban, acompañados de una liviana música que interactuaba con las acciones de los personajes en una simbiosis perfecta. Se trataba de una comedia de enredos relacionada con la mitología, donde el humor se unía a las muertes de forma absurda e incluso satírica. El público, de lo más variopinto, disfrutaba en el crepúsculo con esta obra ligera que, si bien obscena, tosca y simplista, ayudaba a evadirse por unos instantes de su realidad cotidiana. Entre el público, se encontraban Vesper, Macro «el joven» y Adelphos, haciendo tiempo para su entrevista. Todos ellos apreciaban este tipo de entretenimiento, apto tanto para gentes sencillas como para gentes de alto nivel sociocultural. Por otra parte, el *medicus* había realizado las compras satisfactoriamente, obteniendo casi todo lo requerido a un precio más que razonable. Su talento en la medicina solo era superado por su capacidad de negociar con los mercaderes y tenderos. Su origen griego también ayudaba considerablemente.

Poco antes de acabar la representación, comenzó a llover, aumentando paulatinamente en intensidad hasta que se vio que se trataba de un aguacero en toda regla. Sin embargo, los espectadores aguantaron estoicamente el final para aplaudir con entusiasmo antes de encaminarse al resguardo de sus hogares o al fuego de alguna *taberna*.

Así pues, los tres se dirigieron al punto acordado, no sin ciertas reticencias por lo que pudiera pasar: la *taberna* más cercana al teatro. En este caso, la elección era una *popina* que no era de las peores. Estaba razonablemente limpia e iluminada, servían un vino decente, tenía unos clientes bastante respetables y unos precios ligeramente caros que propiciaban todo esto.

Se sentaron en una mesa libre que se situaba en un buen punto entre la salida y la barra. Durante el tiempo que se bebieron dos jarras de vino repartidas entre los tres, ninguno hacía otra cosa que enfrascarse en sus

pensamientos, clavando la vista en el oscuro líquido de los burdos vasos de cerámica. El asistente bebía con más moderación frente a sus dos acompañantes, buenos y fieles bebedores. Eso sí, moderados cuando estaban de servicio.

Iban a requerir la tercera jarra, cuando se personó un individuo ataviado con una *paenula* de color índigo que se acercó a ellos con paso cauto. A su espalda, le seguía el gigante con el que se encontraron con anterioridad con cara de pocos amigos. La apariencia concordaba con la esperada del viejo amigo de Sexto Valerio.

—¿Puedo sentarme? —manifestó en un correcto latín, extendiendo las palmas hacia el taburete libre más cercano.

—¿Dónde está Gansa? —indicó agrio el asistente.

—Heme aquí.

—Mientes, lo conozco y, aunque te pareces razonablemente, no picaré en la trampa.

—¡Claro que soy yo! ¿Cómo te atreves a dudar de mi palabra? —se mostró ofendido.

—Es evidente que nos toman por necios. Vámonos.

Al alzarse los tres, el gigante chasqueó fuertemente los dedos y todos los consumidores de la *popina* se alzaron y sacaron armas de debajo de sus ropajes: desde burdas porras talladas de madera, a cuchillos de cocina o rudimentarias hoces. Ciertamente, no parecían gentes dadas al combate, pero había una veintena. Sin duda, Gansa era un hombre peligroso y bien relacionado en estas tierras.

Vesper y Macro, como buenos *milites*, desenvainaron sus armas mecánicamente como reflejo ante la amenaza. Por muy buenos que fuesen empleando las armas, frente a los otros no tendrían posibilidad alguna. Adelphos, por el contrario, no supo cómo reaccionar y quedó con brazos en cruz intentando aplacar a ambas partes e instando al diálogo. Pero era el único que lo hacía. Las gentes de allí, si bien no se movían, tampoco parecían dispuestas a volverse a sus hogares. El siciliano no quitaba ojo al gigante que, con los brazos cruzados, contemplaba la escena. Sabía que ese debía ser su objetivo: acabar con el pastor y se dispersarían las ovejas. Aunque no hizo falta. Un silbido con unas notas características hizo que, de inmediato, toda la concurrencia de gentes armadas volviese a sentarse y a dialogar como si nada hubiera pasado. Los tres foráneos no pudieron evitar mostrarse completamente sorprendidos y fascinados ante la reacción tan específica señal. Con la vista buscaron quién había proferido el silbido que venía de una

de las esquinas de la sala, donde un hombre solitario los aguardaba desde antes de la llegada de los enviados del Prefecto. Ahora no había dudas, se trataba de Gansa que avanzaba con lentitud estudiada. Envainaron sus armas y volvieron a sentarse. El gigante avanzó hasta quedarse a una distancia prudencial de ellos.

—¿A qué ha venido toda esa farsa? —preguntó con suavidad Vesper.

—Sencillo: debía probaros —explicó mientras tomaba asiento y una camarera posaba otra jarra de vino y una copa de mejor cerámica para él—. Hay que ser precavido: tengo enemigos.

—Entiendo, aunque el nombrar a Valerio y tus actividades en el mar tenebroso debería haber sido suficiente.

—¿Te conozco? —evidenció sus dudas.

—Combatimos juntos en el «puerto de las rocas» por entonces yo era *tesserarius* de la *Legio V Alaudae*<sup>[130]</sup>. —explicó con paciencia—. También coincidimos en el Norte de la Galia en una ocasión.

—Cierto —sus ojos celestes manifestaron claramente que finalmente lo había reconocido—. A veces no me es fácil reconocer a los *milites* por culpa de los uniformes, aunque a ti es fácil: «el guerrero perfecto» como te llamó el viejo Valerio.

—Me envía a hablar contigo —cortó con rapidez el halago—. Nuestra situación no es fácil.

—Imagino —interrumpió esta vez el experimentado marinero. Le gustaba llevar la batuta de la conversación—. Habéis sobrevivido a la tormenta. Los dioses siempre le han sonreído. Seguro que además tiene a un creciente número de enemigos pisándoos los talones. Lo sé por su hijo y por Caio Mario, sin contar con la llegada del senador Numerio Lupo.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Macro.

—Como todos los de su clase, ya ha conseguido todo el apoyo del Procurador y no pasará mucho tiempo hasta que el dé más apoyo u hombres.

—¿Cuántos posee? —se unió Adelphos.

—De momento los suyos propios y reconozco mi desconocimiento de su número completo. Por ahora. No hay tropas reseñables en Creta, pero puede convocar una leva o llamar a los veteranos afincados en la isla.

—Eso no me preocupa, serán pocos y mal armados —explicó el asistente—. Me preocupan las posibles repercusiones que tendría enfrentarnos a las autoridades locales y, sobre todo, encontrar una nave en esta época del año. Para eso te necesitamos.

—Siempre este hombre busca un reto imposible que superar —enseñó su sonrisa y dio un largo trago al vino—. El panorama pinta mal, muchachos.

—Dínoslo a nosotros después de todo lo que hemos pasado —ironizó con sorna Adelpfos.

—Y lo que os queda por pasar —añadió con connivencia—. Encontrar una embarcación a estas alturas es una tarea imposible. Ninguna tripulación con un mínimo de seso lo haría.

—Ese no será un problema: tenemos tripulación, en corto número, pero deberá servir —aclaró Macro.

—En tal caso os quedan dos posibles soluciones: robar una de las naves de Numerio Lupo ancladas en el puerto cercano a *Gortyna* o esperar la llegada de refuerzos de Lucio Balbo.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Macro.

—Me informó con detalle Caio Mario antes de partir hacia la península itálica en una nave con Ásper.

—¿Esa sanguijuela sigue con vida aún? —espetó el siciliano.

—Tranquilo, no lo estará por mucho tiempo.

—Los dos planes que propones son muy arriesgados y poco seguros —añadió Adelpfos.

—Cierto, pero no queda otra.

—¿Cómo sabemos que podemos confiar en ti? —dudó el panonio reflejando con palabras las reticencias de los tres.

—Venid conmigo.

Apurando el vino, se alzaron y siguieron al misterioso Gansa por las tortuosas calles de *Gortyna* en un sepulcral silencio. A la cabeza iba el gigante y a su espalda otro encapuchado con antorcha iluminando el camino y alejando a cualquier curioso o mendigo que quisiera molestar. Con paso rápido por la incipiente lluvia los llevó hasta el río cercano. Allí, en la orilla, había una fuente con una platanera.

—Esta platanera no pierde sus hojas en invierno —introdujo Gansa—. Esta planta es así de especial porque aquí tuvo lugar la unión entre Zeus y Europa, de donde salieron sus hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón.

—Hermoso —reconoció con sinceridad el griego Adelpfos que gustaba mucho de la mitología y era un fervoroso creyente.

—¿A qué hemos venido aquí? —dijo impaciente Macro, más pragmático.

—Todo a su tiempo. ¡Ah! ¡La impertinencia e impaciencia de los jóvenes! —indicó con complicidad a sus dos hombres de confianza que sonrieron ante el comentario.

Acto seguido, con la antorcha de uno de los servidores, encendió una pira colocada muy cercana al río, en un sencillo templete dedicado a dichas deidades. La intención era dar calor ante el apaciguamiento progresivo de la lluvia que calaba hasta los huesos y más iluminación. Podría haber dado un ambiente mágico el arrullo del agua, el susurro de los árboles y unos olores que creaban la mezclanza entre el bosque y la tierra de labranza. Pero no fue así, una visión horripilante evitó el posible momento ascético.

Entre las sombras, se vio un hombre terriblemente mutilado. Bueno, lo que antes fue un hombre. Macro dio tal respingo que retrocedió tres pasos, mientras Vesper se sobresaltó y el *medicus* solo hizo un breve movimiento de reacción con la testa, quedando estupefacto. Ninguno de los presentes se rio porque sus reacciones eran comprensibles: le habían amputado ambos brazos desde el codo, las piernas por encima de la rodilla, nariz y orejas. Igualmente le habían cortado la lengua, arrancado los dientes, castrado, quemado el pelo y colocado colgado de un árbol por debajo de los sobacos como si fuese un trozo de carne a secar. Y la cosa no había acabado ahí, solo vestido con harapos, además de que tenía signos evidentes de otros maltratos.

—Lamento que os haya sorprendido —volvió a tomar la palabra el viejo Gansa—. Os presento a Zeth. Zeth, ellos son buenos amigos de Aulo Valerio y Caio Mario.

En ese momento, esa lastimosa masa de carne empezó a gruñir y lloriquear ante la imposibilidad de hablar y contorsionar levemente su cuerpo, lo cual provocaba mayor turbación en los presentes. No a así en Gansa que le siseó con tranquilidad.

—¿Quién es y qué ha hecho para estar así? —articuló Vesper sobrepuesto de la primera impresión.

—Te contaré la historia de Zeth —comenzó a decir con parsimonia. Ya estaba menguando la lluvia—. Zeth es un grieguillo de dudoso origen que llegó a la isla para intentar hacerse un hueco en la sociedad cretense. Cuando le di la oportunidad de ayudarme, a la primera de cambio vendió a Aulo Valerio y Caio Mario a Ásper por unas monedas.

—Vale, es un bastardo hijo de una furcia borracha y le has castigado por ello. ¿Y qué? —añadió Macro.

—El problema de este tipo de elementos sin escrúpulos es que se van haciendo más y más ambiciosos —prosiguió—. En cuanto investigué un poco más en profundidad, encontré que mucha buena y sencilla gente le tenía miedo y odio a partes iguales. Le gusta la buena vida: vino, pretenciosos ropajes, el opio, el juego... Tenía algo de dinero e inventiva para copiar y

robar lo que otros ya habían creado, además de un don para lamer culos de personas de cierta influencia. No obstante, como no era suficiente, asumió que también podía hacerse con el patrimonio de familias respetadas e incluso viudas con falsas promesas de equidad, asociaciones comerciales ficticias y con una falsa humildad. Aspiraba no solo a obtener la ciudadanía romana y sus ventajas, también quiso el rango ecuestre. El problema radica en que, para ello, tuvo que «dar regalos» a personas fuera de la provincia y requirió unas cantidades que no poseía. Decenas de personas quedaron arruinadas ante este elemento.

—Es cierto que debías llevarlo ante la justicia por ello y matar a dos pájaros con una misma piedra, pero ¿qué tiene esto que ver con nosotros? —apostilló Vesper visiblemente irritado.

—Cuando Ásper partió de Creta con los rehenes, no pude hacer gran cosa. No tuve opción, esa sanguijuela sabe moverse bien en todas las esferas, las altas y las bajas, y me cortó toda posibilidad. Es mañoso y efectivo, lo que evitó que lo atrapase y le sodomizara hasta la muerte. Aunque no os preocupéis, ya está todo arreglado.

—Explica eso.

—Aulo y Mario se encargarán de él —cortó—. El asunto es que prometí castigar al culpable del suceso ya que había conseguido suficientes pruebas para incriminarle por malversación de fondos, extorsión, robo...

—Pero este no pudo ser el castigo impuesto por el Procurador —concluyó el *medicus*.

—¿El Procurador? —pegó una carcajada—. No está en la ciudad y aparte, no se metería en este tipo de situaciones: se lo deja a los *duunviros*. Cuanto menos meta las narices en estos asuntos, mejor para él. Solo toma los casos que se le entregan como representantes de la autoridad central. Este era un caso local y de fácil resolución.

—De acuerdo, fueron ellos quienes lo juzgaron con una pena excesiva ¿y qué? —replicó molesto Adelphos ante la condescendencia de su interlocutor.

—Ahí viene el punto importante de por qué estamos aquí —en ese momento, tornó a un tono y posición más sombría—. No fueron ellos quienes decidieron su suerte si no yo.

—¿Por qué? —preguntó Macro sorprendido—. ¿Cómo es eso posible?

—Había pruebas suficientes para condenarlo a la muerte o al exilio. Sin embargo, hay una persona a la que estuvo a punto de matar de hambre y comprarle sus posesiones muy por debajo de su valor si no fuera porque era la prima de mi esposa —su rabia iba *in crescendo*—. Una viuda con dos hijos y

que si no fuera por mí, habría muerto en la indigencia, aunque mi mujer no me lo contó hasta hace unos días, cuando surgió su nombre. Esto es lo que le ocurre a aquellos que meten sus narices en los asuntos de «Gansa» o de sus subalternos. «La venganza es nuestra». Los *duunviro*s no tienen nada que decir cuando se trata de la justicia de «Gansa».

—Has resuelto bien el conflicto, aunque esto sigue dejándonos con la duda de si podemos confiar en ti —razonó Vesper.

—Veo que no lo entiendes: Si a un hombre que casi le hunde la vida a la prima de mi mujer, antes de que fuera mi esposa, y traiciona al hijo de un buen amigo le hago esto, ¿qué no le haría a alguien que me ha provocado personalmente pérdidas humanas y monetarias, aparte de casi la muerte? ¿Crees que no buscaría la forma de vengarme si tuviera la oportunidad? Contad lo que habéis visto a Valerio y que juzgue por sí mismo. Dormid en el *pandokeion* donde me buscasteis. Es de un buen amigo y los gastos corren de mi cuenta. A ver si con un sueño reparador veis con más nitidez si queréis mi ayuda.

—Gratitud —expresó el asistente mientras se ponían marcha.

—¿Y qué va a ser de él? ¿Cuánto tiempo estará así?

La pregunta del *medicus* cayó sobre el viejo marinero retirado como un jarro de agua fría. Se paró en seco y lo miró encolerizado. Mientras él se mantuvo firme en espera de una respuesta, lo que antes fue Zeth miraba con súplica deseando que el fin llegase cuanto antes.

Pese a su reacción inicial, como hombre razonable que solía ser, de inmediato entendió que el griego estaba acostumbrado a sufrir reparando la violencia de otros y convivir con el dolor y la agonía de los olvidados de la guerra. La compasión estaba inmersa en su corazón y no entendía la rabia, ni el ejemplo moralizante que deseaba transmitir a todo el que pretendiese hacerle daño, a él y a los suyos. Su mirada tornó más comprensiva y dulce ante la candidez y profesionalidad del asociado de Sexto Valerio. No podía recriminarle nada a una persona que no podía entender un alma cruel y violenta como la de la gente que le rodeaba. Más aún, Gansa podía llegar a ser sanguinario y sádico, pero para él eran puntos positivos ante cualquier posible oponente que le apareciera en su vida. Por eso, su réplica fue tan mordaz:

—Zeth y la muerte tendrán que retrasar su encuentro hasta que mis designios así lo indiquen.

Esa noche que parecía eterna, Adelphos y Macro fueron directamente a dormir. La lluvia había vuelto a hacer su aparición, siendo más que suficiente todo lo visto y oído en ese día. Para el *medicus* fue complicado conciliar el sueño ante la impactante imagen de Zeth. Para el joven Macro, no fue tan difícil.

El *pandokeion* estaba razonablemente limpio y ordenado para los cánones de gentes habituadas a viajar. Tenían un lecho y las mínimas comodidades que podía uno esperar cuando estaba trasladándose de un sitio a otro. Es más, les dieron un reconfortante caldo de pescado antes de irse a dormir, que no estaba nada mal de sabor y estaba hecho con bastante cariño. No obstante, Vesper no podía dejar de darle vueltas sobre si confiar en Gansa o no. Realmente lo necesitaba y no le gustaba que así fuera. Era un hombre peligroso y que tampoco lo parecía honesto del todo. Sensaciones que no podía explicar ante un racional y confiado Valerio.

Con sus dudas fue a dar un corto paseo bajo la espesa lluvia para después pararse en cualquier *taberna* y tomar una copa de vino, quizás una prostituta para despejar la mente y tomar una decisión clara. No solía recurrir frecuentemente a este tipo de mujeres, pero no estaría de más «distraerse».

Caminando por las desiertas calles de *Gortyna*, le sobrevino la impresión de que alguien le estaba observando. La había tenido en diversos momentos desde su llegada, como cuando visualizaba la pantomima. Después del encuentro en la calles de *Alexandria* y, sobre todo, las heridas sufridas a traición en *Tamiat* por el desconocido, le habían vuelto más cauto. O quizás paranoico, pero mejor así que muerto.

Entró en la primera *taberna* abierta que encontró, en este caso, una de baja estofa, con olor a humedad, prostitutas baratas y ambiente deprimente. No quería gastarse los cuartos en algo mejor, ni tampoco lo necesitaba. Después de pedir una única copa de vino especiado, su favorito, se sentó en una mesa solitaria y tornó a sus pensamientos, hacia lo acaecido la noche del ataque a traición. Éfeso hace ocho años. Se lo comentó a Sexto Valerio de pasada en el barco y no se acordaba, al igual que él. ¿Se habría equivocado de objetivo? Mejor obviarlo de su mente. Apuró su copa, buscó con la mirada a una ramera que le satisficiera, en este caso una joven de pechos delicados, mirada triste, pelo salvaje y feminidad marcada. Acordando un precio, se la llevó aparte para poder disfrutar de sus encantos.

Media hora después, pagando dos ases por los servicios carnales, se vistió y se fue tras una despedida formal. Su mente estaba lista para descansar. Había tomado la decisión porque no tenía otra elección, así que ya visto todo con perspectiva y calma, mejor volver a dormir de inmediato.

La lluvia no había arreciado ni por un instante, y las vías de *Gortyna* eran unos ríos que confluían por el pavimento donde uno debía andar con ojo para no resbalar y tener una mala caída. En una de las *itinae*, algo más ancha de lo normal, por la que andaba para cortar camino y que se encontraba completamente enlodada, concentró toda su atención en evitar pisar en falso y caerse terminando de ponerse empapado y con las ropas sucias de barro.

De entre los edificios apareció una sombra que lo golpeó con fuerza con algo duro, una porra o el pomo de una *gladius*, que le hizo caer de bruces ya que le pilló por completo desprevenido. Atinó a desenvainar la *gladius* con rapidez pero su enemigo, con un ágil movimiento se la quitó de la mano. Vesper respondió con un rápido movimiento con el que lanzó su *paenula*, completamente empapada contra él, lo que le hizo retroceder un paso, a la par que darle un segundo que aprovechó para desenfundar el *pugio*, su última defensa. Sin embargo, ya no atacó, se quedó en posición de combate viendo la ventaja obtenida.

—De nuevo, aquí me tienes.

El agresor que no era, ni más ni menos que Asael. O Azrael para los romanos. Tras haber sobrevivido a la trampa orquestada por Sexto Valerio en *Tamiat*, se quedó en la población esperando su oportunidad para acabar con Vesper y el Prefecto. Dado que le fue imposible conseguirlo, obtuvo un pasaje en la nave, fingiendo ser un viajero más, y lo siguió hasta aquí. Sin cuartel. El siciliano reconoció de inmediato la voz, aunque no dijo nada.

—Espero que esa furcia te haya dejado satisfecho, porque vengo a cobrar lo que me debes de Egipto —su tono era impaciente y confiado. Sabía que las ropas mojadas de su oponente le harían más lento, a la par de su inicial ventaja en arma.

—No sé a qué te referías con Éfeso —repuso monótono y analizando los breves movimientos de su adversario. Azrael soltó algún tipo de blasfemia en su lengua.

—No me creo que no puedas recordar —mostró enojado—. Te ayudaré a hacer memoria: Hace ocho años, el por entonces Centurión Sexto Valerio, fue enviado con algunos hombres destacados como *frumentarii*<sup>[131]</sup> a Grecia durante un par de meses. Entre ellos, tú mismo. Hubo un tumulto entre gentiles y judíos. ¿Recuerdas ya?

—Llevo 16 años sirviendo a Roma y he estado numerosos lugares haciéndolo, incluyendo supresión de rebeliones, guerras, ataques a *listim* y controlando multitudes. No puedo acordarme de todo —mintió el asistente, que recordaba vagamente lo acaecido en ese lugar.

—Seguiré pues —comentó tras un suspiro intentando controlar su rabia—. Tras el tumulto, el Procónsul de Asia Menor decidió que no deseaba tomar un partido serio sobre ninguna de las dos partes, por lo que mandó al Centurión Valerio a indagar las causas. El gobernador determinó que hubo provocación por parte de los judíos y ejecutó a varios miembros para aplacar la situación.

—¿Eso fue por lo que deseas nuestra muerte?

—Estoy explicando por qué vais a morir —puntualizó el semita—. La población quedó aplacada con ello, pero no todos: hubo un griego que tenía intereses particulares y sobornó a Valerio para matar a una familia. Tu amigo, el ahora Prefecto, con dos legionarios más, entre los que te encontrabas tú mismo, exterminaron a los miembros de esa familia. Todos menos a uno que tienes enfrente de ti y desea venganza.

Ahora sí Vesper recordaba el truculento suceso. No fue así realmente. El griego al que se refería tenía contactos poderosos y presionó al Procónsul para, aprovechando la vorágine vengativa entre las facciones, acabar con la familia con la que litigaba por el monopolio del comercio en la ciudad de plantas medicinales, aromáticas y especias de oriente. Es cierto que Valerio y sus *principalis* recibieron una pequeña comisión del soborno, pero solo fueron la mano ejecutora tras un intento de queja formal del actual Prefecto, que fue en vano. ¿Cómo podía discutir la autoridad de un gobernador senatorial un simple Centurión con escrúpulos? Sin opción, Macro (el padre de Macro «el joven») y él mismo cumplieron su cometido: ejecutaron al padre, al primogénito y a la madre (Macro no perdió la oportunidad de violarla antes de ello) y vendieron como esclavos al hijo y la hija menores. La compasión de Valerio, una vez más les llevó a dicha situación. No estuvo presente, seguramente no habría permitido la violación y no habría ejecutado al primogénito, pero la venta de los niños, aunque misericordiosa, dejaba un atisbo de odio que podría alargarse en el tiempo y ser un germen que, finalmente, fructificaría contra los romanos con posterioridad. No eran frecuentes, el miedo y el fatalismo solían estar en las mentes de la población, aunque este era un caso relativamente extraño de que así fuera. Otra posibilidad era que se hiciera un *listim* o un criminal.

Podía explicar lo ocurrido a este hombre, que ya sabría de la muerte de Macro «padre», pero este tipo de personas no estaba dispuesta a escuchar. Tenía un objetivo marcado y no lo cambiaría dijera lo que dijera. La rabia interna, macerada a fuego lento durante los años, le daba una fuerza y, a la par, una convicción que lo hacía un enemigo mucho más temible que tantos y tantos guerreros con los que se había enfrentado a lo largo de su vida. Además, de alguna forma, había aprendido muy bien lo que hacía con las armas.

—Vienes a volcar tu ira sobre nosotros, me parece bien —concluyó con sencillez Vesper.

—¡Oh no! Ya me encargué hace dos años del griego y su familia, no dudes de ello —añadió con satisfacción.

—Solo me queda una pregunta y no sé si tienes alguna que hacerme.

—No tengo nada que preguntar, solo quería ver si os acordabais del suceso y si no, dejarlo en vuestra mente antes de enviaros a vuestro Hades. Pregunta.

—¿Cómo te hiciste con la libertad y cómo es que tienes tal dominio de las armas?

—Nos separaron a mi hermana y a mí, nunca más he sabido de ella. Nuestra caravana fue atacada por unos *listim* y me hicieron uno de ellos. Vieron mi rabia interna y estuve con ellos durante cinco años. Luego, con monedas ahorradas y una *gladius* me dediqué incansablemente a encontraros y mataros. Y aquí estamos.

—Conforme. Entonces, vamos allá.

Colocándose los dos en posición, se miraron a los ojos y se prepararon. Vesper dejó la iniciativa al judío por tener una mejor arma. Se quitó la *paenula* de un movimiento y de forma rápida, lanzó una estocada que desvió el siciliano con su *pugio*, que por poco no hizo blanco. La lluvia seguía cayendo sin cuartel, estando completamente empapado, lo que lo hacía más lento y previsible. El semita estaba mucho menos mojado y era diez años más joven. Quizás más. Se sucedieron numerosos movimientos, ataques y contraataques, donde milagrosamente ninguno sufrió heridas. Un combate completamente equilibrado con un claro dominio técnico. La juventud y velocidad de Asael contrastaba con la depurada técnica del asistente quien, si bien no conseguía tomar la iniciativa, tampoco cometía claramente un error del que se aprovechase su oponente.

Tras casi un minuto y medio de lucha, se separaron para recuperar el resuello y meditar con presteza otra alternativa para acabar con el adversario.

De momento, equilibrio absoluto. De repente, un peculiar siseo seguido del sonido de un golpe seco, cortó el aire. Una flecha había impactado en el muslo derecho del semita quien profirió un alarido de dolor. Velozmente, Vesper le profirió una patada en la mano y lo desarmó. Cuando fue a darle el golpe de gracia con su *pugio*, una voz intervino.

—¡Alto! —ordenó Behrooz con su arco tensado con una flecha apuntando hacia él—. He oído toda la conversación y este hombre merece un combate justo. Un duelo.

—¿Me seguías? —cuestionó mientras dio dos pasos atrás envainando su arma y buscando con la mirada dónde estaba su *gladius*.

—No, le seguía a él —indicó destensando el arco y clavando su mirada en Azrael—. Cuando os dirigisteis a *Gortyna*, reconocí la cara de uno de los viajeros que iba con nosotros en la nave y decidí seguiros.

—¿De qué lo conocías?

—Me enfrenté a él cuando ibais a rescatar a Kismet en el campamento de Sekani. Os siguió desde la casa de la viuda Vibia y yo lo seguí a él. Nunca olvidado un rostro.

—¿Trabajas para Ásper? —se tornó hacia el herido.

—El destino quiso que me cruzara con él, coincidiendo en mis objetivos y me contrató para acabar con vosotros tras comprobar mi valía con la *gladius*. —contestó intentando ocultar el dolor de su herida.

—¿Dónde y cuándo fue eso?

—Hace casi dos años en la propia Roma. Había obtenido una información de que eras pretoriano.

—Entiendo —alzó la vista al cielo, que no dejaba de lagrimear, sintiendo como las gotas surcaban su cara. Luego, miró de reojo al hombre cicatrizado y posó sus ojos sobre Azrael—. Te vienes con nosotros.

Tras esto, le soltó un tremendo puñetazo que lo noqueó de inmediato. El judío sintió como si le hubiera arrollado un buey. Percibió como un breve flogonazo que se extinguió justo antes de hundirse en una tenebrosa oscuridad. Una mezquina, quizás merecida, y pequeña venganza por las heridas sufridas. Tampoco se quejó Behrooz, ya que de un hombre así no te podías fiar. Y menos si había que transportarlo hasta el campamento sin que intentara matarte por el camino.

Al crepúsculo, Aulo Valerio reconoció las afueras del núcleo urbano de *Ancona* después de una jornada agotadora. Seis años atrás, tuvo un encuentro

allí con su padre, más breve, aprovechando la visita para realizar intercambios. Al menos la conocía, estando ya situados y sabiendo que en tres días a pie podían llegar a Ravenna. En esta ocasión, solo pudieron dormirar un par de horas sobre la mullida hierba hasta que salió el sol. Desde entonces comenzaron a caminar y solo pararon en una ocasión para reponer fuerzas. Más aún, se alejaron ligeramente de la costa en la mañana para evitar ser interceptados por los auxiliares de Ásper si les seguían. De momento, ni una señal de peligro, al menos en eso, todo iba bien.

No obstante, la situación comenzaba a ser dramática. Las *buccellati* que le restaban fueron su único alimento, que se acabaron. Sus ropas estaban hechas jirones y les quedaban monedas, pero no tantas como para comprar todo lo necesario: comida, hospedaje, ropas, calzado, quizás un mulo o un caballo, aparte de dejar liquidez para cualquier tipo de imprevisto. Su aspecto era lamentable. Se plantearon vender el *pugio*, única defensa ante cualquier agresión, pero solo sería una medida temporal. Necesitaban dinero y lo necesitaban ya.

Caio Mario dijo que momentos desesperados requerían medidas desesperadas. Se adecentaron todo lo que pudieron justo antes de entrar en la ciudad, lavándose en un río cercano, afeitándose y tomando la única muda que llevaban que estaba algo más decente. Quizás no fuese el movimiento más sensato le dijo, pero no podían personarse frente a Lucio Balbo con esa facha. Nadie le indicaría que unos desarrapados requerían audiencia y todos sus esfuerzos y penalidades hubieran sido en balde.

Caminando por la ciudad con aspecto despistado, se dieron cuenta de que había más gente de lo habitual. El motivo: los grandes juegos romanos que se celebraban en septiembre. Además, ese año tocaban elecciones locales y era un buen momento para que los candidatos se ganaran adeptos a base de «pan y circo». En este caso, juegos gladiatorios menores, una pequeña carrera de bigas y una representación teatral. Eso sin contar con pantomimas, malabaristas y, por supuesto, todo tipo de diversiones mundanas. Para más inri, se trataba de los últimos dos días de fiestas y la gente había entrado en una fase de euforia por exprimir lo que quedaba. Los de las poblaciones rurales de alrededor se habían sumado a la locura. Había que aprovechar la coyuntura.

Dieron un breve paseo entre las engalanadas calles de *Ancona* como unos niños curiosos que observaban con atención las inmediaciones: todas las *tabernae* no podía estar más llenas. Se satisfacían todos los placeres: se llenaban la panza con pan, estofados y queso; vino y otros licores por doquier;

mujeres que vendían sus afeites, mendigos que ocultaban su pobredumbre, proxenetas que negaban sus deseos... Todo se daba lugar en este ambiente donde era obligado pasarlo bien y salir de la rutina de la dura vida ordinaria. No había tiempo para pensar. Ambos paseaban sin parar de curiosear a cada paso que daban. No es que fuera distinto a muchos otros rincones del Imperio, pero por diferentes razones, habían visto pocas: Aulo Valerio por haber vivido la mayor parte de su vida en Jerusalén, donde las festividades religiosas judías eran de otra naturaleza. Alguna había vivido, en especial en Cesarea, pero normalmente en entornos más privados, alejados de la muchedumbre en general. Por otro lado, Caio Mario, como liberto de Vibia, siempre se había mantenido a distancia de este tipo de celebraciones, entre otras cosas, por falta de interés.

Finalmente llegaron a su destino, las termas, que habían sido escogidas por el hijo del Prefecto por un motivo: en días especiales estaban abiertas por la noche y se reunían allí un elenco de personajes de cierta relevancia social. Estas no eran el lugar idílico que la gente creía: a veces el agua era cenagosa porque se cambiaba muy de vez en cuando (incluso llegaban a hacer sus necesidades en ella, teniendo un color y una pestilencia difícilmente olvidable), en ocasiones tampoco eran higiénicas las instalaciones, gente que vendía alimentos pasaba por allí, músicos que practicaban, masajistas que hacían un ruido infernal... En cualquier caso, fueron afortunados. Para las festividades se cambió el agua y la entrada en ese día se hizo exclusiva. Y Aulo Valerio lo sabía. Al llegar a la *porta*, dos hombres que hacían guardia con porras talladas en sus *cingula* le cerraron el paso. A cambio de cinco ases cada uno pudieron pasar.

En la sala de vapor, varios hombres se divertían de otro modo con respecto al exterior. El juego era penado en Roma por los problemas que provocaba, aunque se hacía con una frecuencia alarmante. Por eso, la gente de cierta alcurnia aprovechaba estos días para refugiarse en las termas para poder hacerlo, sin miradas indiscretas.

El joven Valerio y el joven Mario, ya cambiados para tomar los vapores anduvieron prudentemente observando a una decena o más de hombres que jugaban y apostaban sumas sentados en los bancos, usando los dados para probar fortuna. Con una estudiada calma, tras merodear en el entorno, el liberto se acercó a dos hombres de cierta madurez. El primero era parcialmente calvo, de pelo grisáceo y ralo, alto, espigado, con elegantes y gráciles movimientos. El segundo, por contraste, bajo y rechoncho, de cara a juego con su panza, poseía una recortada barba como la que se llevaba

entonces (un friso de parte a parte de la cara, perfilada y sin bigote) y pelos por todas partes. Aulo Valerio no hubiera elegido a dichos hombres, pero en este territorio, mandaba Caio Mario, así que calló.

—Disculpen, ¿me permitís unirme a la partida? —introdujo de forma educada.

—Una partida de cuatro es complicada —respondió el alto con la misma educación.

—Mi amigo no ambiciona participar.

—¿Propones acaso una partida de tres? —dudó con tono cordial el más bajo.

—Si me concedéis la gracia, les sugeriría un cambio de pasatiempo, si toleran mi intromisión —de entre la toalla, única prenda que escondía sus partes impúdicas, sacó la bolsa con las monedas que plata que le quedaban.

—Estamos abiertos a sugerencias —indicó el más alto.

—Excelente —mostró su sonrisa—. ¿Tienen más dados por casualidad y un cubilete para cada uno?

—Traemos varios con el fin de estar a salvo de posibles trampas —señaló echándose para atrás el poco pelo que le quedaba que estaba empapado por la humedad.

—Sabia elección. Hay un tipo de juego en mi tierra que se requiere dos dados por cabeza y un cubilete. En el juego consiste en...

—... la tirada más alta gana y se envida en consecuencia. Si además adivinas lo que tienen tus oponentes, puedes llevarte el superávit de las apuestas. Se conoce perfectamente —indicó sonriendo complaciente rascándose los pelos de la barriga—. ¿De dónde vienes y a qué te dedicas?

—De Egipto, soy agente comercial. ¿Están interesados en jugar?

—¡Claro! ¿Por qué no?

Justo antes de jugar se comprobaron concienzudamente tanto los dados como los cubiletos. Las triquiñuelas en Roma eran tan comunes que toda precaución era poca. Incluso entre gente de alcurnia. Seguramente, los presentes eran ecuestres, mercaderes de cierta entidad o terratenientes. Ninguno parecía que no fuese de la región excepto ellos dos, aunque ninguno de los presentes les miró con desconfianza. El canon pagado en la entrada disuadía a elementos menos «agraciados» de la sociedad.

Aulo Valerio tuvo que hacer esfuerzos para no estrangular con sus propias manos a su acompañante. Durante los primeros quince minutos no hizo más que perder monedas. Y era todo lo que tenían. Visiblemente incómodo, procuró mantenerse ligeramente alejado de él. Sin embargo, parecía que

estaba todo estudiado y en solo dos partidas no consecutivas, recuperó lo perdido con interés. No era aún suficiente. Prosiguió dejando pequeños gastos para mantener el juego y tomando decisiones en todo momento audaces. Parecía que había marcado los cubiletes de forma mágica. A la par, exhibía un florido lenguaje con anécdotas curiosas o divertidas y citas de grandes escritores y poetas grecolatinos que evidenciaba una cultura adquirida por el estudio y una procedencia de buena cuna. Así embelesó a los jugadores que se mostraban complacidos en todo momento. Finalmente, en una jugada soberbia, consiguió una buena cantidad, más de lo que precisaban pero sin ser excesiva para gentes de dinero que pudiesen sentirse estafados. Venció a sus oponentes con un XI, frente al IX y X obtenidos por ellos respectivamente.

—Si no os importa, creo que ha llegado el momento de que me retire — señaló Caio Mario.

—¿No nos vas a dar la oportunidad de una revancha? —sonó casi a súplica por parte del más alto.

—Mi compañero y yo hemos tenido una larga y tediosa odisea para arribar hasta este hermoso paraje. Precisamos de reposo para la siguiente estación de nuestro periplo y no quisiera tomar más de vuestro dinero o perderlo por avaricia. La moderación es la base del estoicismo y estoy de acuerdo con ella.

—Sabias palabras.

—En tal caso, os deseamos salud y buen viaje, Caio Mario —manifestó con cordialidad el más corpulento.

—Gratitud amigos.

Recogiendo sus ganancias, se bañaron con rapidez y se dirigieron prestos al *apodyterium*<sup>[132]</sup> donde la curiosidad le pudo al hijo del Prefecto, que había observado con detenimiento todo lo acaecido.

—¿Cómo lo has hecho? —manifestó con interés.

—Uno nunca juega con sus dados, juega con los de los otros —esclareció mientras se cambiaba—. Se trata de calar a tus adversarios, encontrar en sus rostros una muestra de debilidad. Una vez encontrada, la intuición lo es todo.

—¿Cómo aprendiste todo eso siendo un liberto en la casa de una gran patricia?

—Mi *domina* quiso que aprendiera todo sobre la idiosincrasia de la gente común, sus defectos y virtudes. En el caso del juego, primero aprendí en la *domus*, para luego practicar en las calles de Egipto. Me empezó a gustar demasiado, incluido el riesgo, a la par que Vibia no lo aprobaba. En mis momentos libres, iba a la ciudad y apostaba. Conseguí una buena suma,

ganándome mi libertad a base de pequeñas apuestas. Está claro que todos los que estaban jugando aquí eran gentes de alcurnia, a nivel local, y, jugar en las termas implicaba que nadie puede ocultar un arma. De entre todos, estos dos parecían los más serenos y serios. Cuanto más inteligentes son, más entienden cómo pueden ser las cosas y más fácil les es asumir la derrota.

—Me sorprendes, Mario.

—¿Que haya aprendido todo esto en la calle?

—No, que seas tan calculador.

Sonrieron cómplices y se prepararon para salir, tomar una buena cena y buscar un *hospitium* decente donde pernoctar. Al día siguiente, adquirirían todos los artículos necesarios antes de ponerse en marcha definitivamente hacia Ravenna.

Aulo Valerio tenía encanto natural y don para hablar con la gente en situaciones drásticas, llevándolos a su terreno. Caio Mario en cambio, sabía ver detalles y leer a la gente en situaciones calmadas. La dupla funcionaba y ambos se respetaban. Se podía incluso hablar de admiración recíproca. Había futuro en ellos, si la Fortuna los favorecía.

No tardaron mucho en llegar noticias a *Aternum*<sup>[133]</sup> a un paciente Ásper que sabía bien administrar recursos. Consiguieron hacer noche en una *mansio* donde no precisaron de pagar por su estancia debido a una serie de documentos que traía consigo de su *domine*. Ambos previsores. Tras dormir varias horas que fueron suficientes para recobrar, distribuyó eficientemente los diez hombres que tenía disponibles. Igualmente, gracias a su voluntad de hierro y a sus contactos, consiguió requisar nueve caballos bastante aceptables para la tarea.

Mandó a los tres marineros hacia la vía Flaminia, que cruzaba la península hasta Roma comenzando desde *Ariminum*<sup>[134]</sup>; tres auxiliares hacia la vía Salaria; para acabar, el mismo número de *milites*, a revisar la más cercana, la vía Tiburtina que partía de la misma *Aternum*. Los primeros seis, irían juntos, al ser mayor la probabilidad de encontrar a alguno, separándose en *Castrum Truentinum*<sup>[135]</sup>, donde cada grupo seguiría su destino. El último grupo, solo revisaría los alrededores más cercanos a caballo de la calzada y volvería al atardecer. Todas esas arterias tenían en común que conectaban la costa del *Mare Superum* con la Urbe. Iulio Kopros se quedó con el liberto por si se le ocurría ir hacia el Sur. Ninguna opción que tomaran sería descabellada aunque, eso sí, siempre acabarían usando una calzada: no tenían tiempo que

perder y, con lo montañosa que es la península itálica, no era una buena idea salir de ella, podrían perderse y alargar en demasía el trayecto. Esa región, en especial, aparte de la altura, destacaba por sus bosques y su poca población, siendo muy arriesgado no tomar las calzadas.

Con instrucciones precisas, los exploradores deberían preguntar a los viajeros, incluso pagar un as de plata a quien tuviese una información veraz (disuadiendo con un posible castigo físico al que intentara hacerse «el vivo»). La velocidad y la intuición debían ser sus bazas frente a unos hombres desesperados, les dijo el inteligente Ásper.

A media tarde, llegaron los tres enviados a tomar la vía Tiburtina, donde encontraron en una aldea cercana al trayecto, aunque ya en la falda de la cadena montañosa de los Apeninos, al marino que había desertado y por tanto, ayudado a Aulo Valerio y a Caio Mario. Fue sorprendido in fraganti cuando pretendía hacerse con un mulo en una granja para continuar su viaje. Tras un intento de fuga, fue apaleado sin contemplaciones por los tres expedicionarios, amarrado y llevado a lomos de uno de los equinos de vuelta a *Aternum* para ser interrogado por Ásper, al mismo tiempo que volvían los tres enviados de inspeccionar los alrededores sin ninguna pista concluyente.

El interrogatorio fue breve, no hizo falta presionar en demasía para que hablara esperando que se le perdonara la falta. Comentó como el bárbaro, secuaz de Gansa, le había pagado y prometido un buen trabajo en Creta. Cómo había tomado la barca sin que ninguno de sus compañeros sospechara bajo la excusa de probar si estaba reparada una fuga que tenía y dejarla preparada para el desembarco del día siguiente y de cómo el bárbaro le había abandonado antes de que la luz del alba surgiera en el horizonte. Por supuesto, mencionó como los dos fugitivos se dirigieron al Norte. Después de contar todo el periplo con brevedad, Ásper alzó la mano y reflexionó unos instantes antes de tomar la palabra.

—Se dirigen a Ravenna, allí Lucio Balbo es uno de los *Praefecti classis* y seguro que su plan es pedirle ayuda —concluyó con sagacidad—. Conseguiré unos equinos para Kopros y para mí. A estas alturas deberían haber llegado a *Ancona* o cerca y harán noche allí. Haced los preparativos, comed algo y descansad, saldremos en la noche.

—Sí, *domine*. —replicaron los tres auxiliares.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó Iulio Kopros tomando al rehén por los pelos, el cual miraba implorante al liberto. Este, sin detener su vista en él y enfrascado en sus pensamientos contestó.

—Que sea rápido.

Mientras le rebanaban el pescuezo entre súplicas y gritos, la mente de Ásper atendía otros menesteres. Debía intentar actuar con rapidez y no precisar de más ayuda, o su *domine* podría recriminárselo y no obtener lo prometido. El siguiente punto en su lista mental era planear cómo hacerse con su presa. No, hacerse no. Le habían puesto en ridículo. La compasión se acabó. Había llegado la hora de dar un mensaje a sus enemigos. Un castigo ejemplar sería disuasorio y un golpe hacia los corazones de Valerio y Vibia. La misericordia era para los débiles. Ya se habían burlado suficientemente de él en su vida. En un futuro no muy lejano sería alguien y no iba a permitir que lo empañaran dos gusanos insignificantes. Pronto le llegaría el turno a los otros. Ya había demostrado que la paciencia era una de sus virtudes más destacadas. Y la memoria para viejas ofensas era otra.

Un sueño reparador en un buen lecho después de haber dormido varios días doloridos en un sucio jergón tras una buena tunda, fue recibido como agua de mayo. Tanto es así que Aulo Valerio y Caio Mario se alzaron dos horas después de despuntar el sol. No se lamentaron por ello, sabiendo que el último tramo del viaje sería sin tregua ante la inminencia de la necesidad de Valerio, Anakletos, Isela y los otros. El *hospitium* elegido era el más caro de *Ancona*, con sábanas limpias, bien iluminado y algunos pequeños lujos como enseres para asearse. Tras tomar un desayuno en el mismo lugar, basado en gachas con leche de cabra y miel de flores, salieron a realizar una serie de compras necesarias.

Comenzaron por el calzado, muy deteriorado por el desgaste y el agua del mar. Compraron un *pero*<sup>[136]</sup> y un *calceus*<sup>[137]</sup> cada uno. El primero para el viaje y el segundo para el encuentro con Lucio Balbo. También adquirieron nuevas vestimentas tanto de viaje, como unas más distinguidas. Por otro lado, se hicieron con algunos alimentos e iban a adquirir un par de mulos para ir más rápidos hacia su destino final y quizás una *gladius* si la encontraban de buena factura a buen precio. Todo ello en poco más de hora y media por las concurridas calles de *Ancona*. No era habitual. Si bien es cierto que era una ciudad portuaria de cierta relevancia, el ser el último día de los juegos había atraído más conglomeración de gente de lo habitual. Y los tenderos y mercaderes que eran itinerantes, procuraban vender sus últimas mercancías antes de iniciar la marcha a otro lugar. Así, la bolsa de los dos viajeros menguó considerablemente.

Se ubicaban en la zona ganadera buscando los animales pertinentes para partir poco después de la compra, cuando algo alertó a Caio Mario: tres hombres cubiertos de polvo y con rostros cansados se abrían paso entre la multitud con *gladii* en las manos. Era evidente que eran los auxiliares de Ásper que se había ataviado con ropas civiles y que estaban intentando darles caza. Alguno les habría reconocido entre la multitud. Habían sido rápidos y ellos demasiado confiados, pero no era momento para lamentaciones. Aulo, cuando se dio cuenta de la situación, buscó con la mirada algo con lo que defenderse y tomó una estaca suelta de uno de los puestos temporales integrados en el mercado al aire libre, ocultándola tras su espalda. Su acompañante no hizo nada, manteniéndose tranquilo. Los *milites* se colocaron frente a ellos con aspecto amenazante. La multitud se separó lo suficiente para que fuera seguro, aunque muchos miraban con desdén, fisgoneando.

—Caio Mario, Aulo Valerio. ¡Daos presos! —exclamó uno de ellos con firmeza.

—¿Quién lo ordena? —replicó con vehemencia Aulo Valerio.

—Uno que puede.

—¿Y en nombre de quién? —buscaba que la gente oyera el nombre de su jefe.

—En nombre de Roma —respondió otro.

—Nada hemos hecho —indicó el favorito de Vibia.

—Se os acusa de proteger a un enemigo del César —añadió el tercero.

—¿Y dónde está? ¿Entre mis ropajes quizás? —dijo con sorna a lo que unos pocos miembros del público rieron, enfureciendo a los auxiliares.

—A eso responderéis cuando empecemos el interrogatorio. Deponed vuestras armas.

—*Civis romanus sum*. —exhortaron a la vez—. Y podemos probarlo —indicó luego el hijo de Sexto.

—Eso nada importa, vuestro crimen es grande.

—Presunto crimen —corrigió de nuevo el primogénito del Prefecto—. Hablemos con la autoridad pertinente de la ciudad, a ver qué le parece.

—Si os resistís habrá sangre.

—Cierto, por eso os dejaremos que volváis por donde habéis venido y que no sufráis daño alguno —señaló burlón el joven liberto.

Este último acto de provocación, suscitó más risas y la pérdida de paciencia de dos de los auxiliares que se abalanzaron sobre cada uno de ellos, presa de la furia por dejarles en ridículo frente a la plebe. El que fue directo hacia Aulo, se llevó un buen golpe en el antebrazo al intentar parar el impacto

de la estaca que, al ser más larga que la *gladius*, llegó antes a su objetivo a lo que solo pudo responder alzándolo. Luego, dolorido pero no derrotado, intentó recomponerse, aunque el hijo del Prefecto no se amilanó y le asestó dos trastazos más en la región lumbar y el rostro que lo dejaron postrado en el suelo y a su merced. Al mismo tiempo, el joven Mario desvió la precipitada estocada de su adversario que iba hacia su estómago con su brazo derecho mientras, con vertiginosa agilidad, desenvainaba su *pugio* y se lo clavaba en la tráquea de forma transversal, saliendo la punta por el cogote.

Una vez derrotados ambos enemigos, tomaron las *gladii* de sus oponentes para dirigirse al tercero quien, al ser más prudente, en cuanto vio lo sucedido puso pies en polvorosa. El manumitido iba a perseguirlo cuando, entre las gentes, aparecieron cinco hombres armados con recias varas y con *pugii* pendiendo de sus *cingula*. En ciertos casos, había un cuerpo paramilitar que hacía de policía en las ciudades con una autoridad limitada. Seguramente, con las fiestas, se habrían creado temporalmente o preexistían con otras funciones. En cualquier caso, desistió de continuar aunque les lanzó una mirada desafiante. Su compañero, más prudente, tiró el arma al suelo, pero dio una patada con fuerza con su *pero* en las costillas del auxiliar que intentaba volver a erguirse. De entre los cinco, surgió una figura robusta de rostro familiar, con una *gladius* pendiendo de su *cingulum*. Se trataba del jugador de las termas.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —indagó colocando los brazos en jarra.

—Se puede explicar, en un lugar más tranquilo —sugirió Caio Mario, bajando la recién adquirida *gladius*.

—Entregad vuestras armas y permitiré que vuestra voz sea escuchada en la basílica —dirigiéndose a los cinco guardias—. Que dos lleven el cadáver a la Necrópolis mientras decidimos qué hacer con los demás.

Parecía sincero, así que depositó sus armas y se llevaron a los tres implicados sin muchas quejas por parte de los dos viajeros. El auxiliar apaleado, fue llevado por las axilas al estar todavía dolorido y desorientado. Tal vez la Fortuna no le había dado del todo la espalda. Sin embargo, ambos ordenaban sus ideas lo más rápido posible para poder intentar alegar una buena defensa. Y debían hacerlo de prisa. Quedaba un *miles* suelto y probablemente hubiera más. O lo habría.

La multitud dejó un pasillo a medida que pasaban, observando la situación, musitando palabras entre ellos al paso de la comitiva. Al poco, se presentaron ante la pequeña basílica de la ciudad, donde se cerraban acuerdos comerciales, se realizaban reuniones ciudadanas y se departía justicia. Esto último es lo que buscaba el líder del cortejo, dirigiéndose directamente a la

cabecera del edificio donde se encontraban sentados varios hombres de cierta edad. Uno de ellos, el espigado, parcialmente calvo y de elegantes formas que fue el tercer jugador de la partida de dados. Él fue el primero en hablar ante la directa intromisión de lo que parecía una reunión.

—Nigilio Prudens, ¿qué nos traes aquí? —introdujo con serenidad y juntando las yemas de los dedos.

—Venerable Publio Catussa Docilis, ha habido un incidente en el mercado entre estos dos viajeros y tres hombres, presumiblemente *milites* por sus *gladii, caligae*, el grosor de sus cuellos, la cicatriz bajo la barbilla... De los tres, uno ha muerto, otro ha escapado y el tercero, helo aquí.

—¿Quién inició el tumulto? —interrogó con suma tranquilidad.

—Según me han informado los testigos presenciales, fueron los tres hombres armados.

—¿Es eso cierto? —se dirigió directamente al auxiliar que ya estaba casi recobrado.

—Cumplíamos órdenes de capturar a estos fugitivos —respondió irguiéndose.

—¿Órdenes de quién?

—De... —dudó en hablar, mirando a los otros—. Del *Praefectus Classis Alexandrina*.

—Estás muy lejos de tu jurisdicción —replicó con intención el destacado miembro, recostándose levemente, posando sus manos sobre su estómago.

—Son escurridizos.

—¿De qué se les acusa?

—Traición, por proteger a un enemigo de Roma.

—¿Y dónde está dicho enemigo?

—Eso es lo que queremos saber.

—¿Algún documento que lo acredite? ¿Quizás un bando del mismo *Praefectus* con instrucciones? —negó con la cabeza—. Es una grave acusación sin pruebas concluyentes, ¿qué respondes a eso, Caio Mario?

—Que es una sucia calumnia —se defendió con suficiencia—. Son ellos los que sirven a los enemigos de Roma.

—Creo que esto requiere una explicación completa —se enderezó y alzó la mano cuando el *miles* iba a replicar.

En este momento, Caio Mario contó, sin mucho lujo de detalles como el padre de Aulo descubrió la conspiración para acabar con Anakletos por la lista de traidores que conjuraban contra el César Claudio. También contó el asesinato de Tito Calpurnio Avito, la implicación de Numerio Lupo y Lucio

Quintilio en ella, la persecución sin tregua, la voluntad de hierro de Ásper por capturarles y todas las desventuras sufridas desde *Alexandria*, pasando por Creta, hasta que llegaron a *Ancona*. Lo hizo en un tono heroico, casi épico, con una prosa liviana y una cadencia digna del mejor actor ateniense. Los presentes callaban y escuchaban con interés bebiendo cada palabra pronunciada por Caio Mario que no dejó que el miedo escénico le cortara las alas a la hora de mostrar su informe de la situación.

Por su parte, a Aulo Valerio le pareció todo un acierto y por esta razón, se mantuvo al margen. Contando lo ocurrido, podían ganar posibles aliados, aunque solo fuese para evitar la cólera del César o su favor. También con ello, se protegían a sí mismos. Claro está, que si el juez fallaba a su favor, lo que parecía probable ante la oratoria del joven liberto que tenía encandilado a los oyentes.

Para cerrar su alocución, usó un recurso final para evidenciar que debían tomar partido, evitando que se desentendieran del asunto.

—... Con todo y con esto, Roma sabrá quiénes han sido leales y quiénes han sido los culpables. Y habrá justicia. Nosotros no quisimos meter a nadie en tan deplorable conjura, pero debido a las circunstancias, no nos ha sido posible. Por este motivo, les rogamos, no, les suplicamos, que nos ayuden a llegar a Ravenna para cumplir nuestra misión y contactar con Lucio Balbo para ir al rescate del ecuestre armenio y su escolta para que aclaren todo este embrollo. Gratitud por su paciencia y silencio.

—Elocuentes palabras —volvió a tomar la palabra Publio Catussa Docilis—. Sin embargo, hay un cadáver en mi ciudad y dos personas que se acusan la una a la otra de cosas similares. Todo es muy irregular y poco ético. No tenemos precedentes para fallar en ningún caso.

—Esperaba que fuese el buen juicio el que determinara el fin del proceso, no las leyes consuetudinarias —apuntó mordaz Caio Mario lo que provocó una sonrisa en su interpelado.

—Como ninguno puede mostrar más pruebas ni evidencias que sus testimonios, procederemos de forma cauta —prosiguió con sencillez, alzándose en la cabecera—. El auxiliar será encarcelado por desorden público hasta que se aclare lo sucedido —el *miles* elevó una queja que quedó inmediatamente cortada por una sonora bofetada del peludo y orondo lugarteniente del *duunviro*— Por otro lado, mi buen amigo Nigilio Prudens os escoltará hasta Ravenna donde podréis dar testimonio frente a él de si decís la verdad o no. Que sea el *Praefectus Classis* el que decida.

—Que así sea, gratitud —inclinó el rostro el favorito de Vibia en señal de respeto.

—Lleváoslo al sótano de Timón, el vendedor de escritos, que sea encerrado bajo llave y que sea tratado con dignidad. La *carcer*<sup>[138]</sup> está completamente llena de camorristas por las fiestas —ordenó el lugarteniente de la guardia con firmeza y sin apartar la mirada de su compañero de juegos quien le lanzó una mirada a su vez serena. Entonces tornó a Caio Mario—. Comeremos juntos y luego partiremos. De parte del *duunviro*, os dejaremos un par de mulos para ir con más rapidez.

—Es muy amable y aceptamos con mucho gusto.

El amanecer había sido especialmente hermoso esa mañana. Durante un día y una noche de copiosa lluvia, el agua había calado en la tierra, tornando el paisaje a un verde manzana muy agradable. Igualmente, el olor a tierra aún húmeda con la foresta cercana daban al ambiente un toque hogareño, gentil que transmitía buenas vibraciones. Sin embargo, los problemas mundanos no dejaban que el Prefecto disfrutase plenamente de ello.

Había rezado, como siempre, de cara al sol y en genuflexión, susurrando con los ojos entreabiertos. Igualmente, sus armas fuera de sus fundas con las puntas hacia él para mostrarse «pacífico» frente a su Dios. Cercano a un riachuelo, se lavó la cara y las manos y quería ayunar buena parte del día, por eso iba a proceder a limpiarse los dientes. Con un cepillo de suaves cerdas animales, y utilizando una pasta que había adquirido en su Hispania natal, procedía a la limpieza. Dicha pasta, utilizaba como producto abrasivo que arrancaba los restos de comida, conchas quemadas y trituradas. Se le podía añadir vino, miel o plantas aromáticas para refrescar la boca y combatir el mal aliento. Valerio escogió una que tenía plantas variadas, incluyendo romero y camomila. Como colofón, dicha pasta poseía orina que, por su contenido en amoníaco, blanqueaba los dientes. Mientras procedía a hacerlo, como solía hacer todas las mañanas y algunas noches, su mente repasaba todo lo ocurrido en los últimos dos días.

Había sido cargante tener que montar un campamento el día anterior bajo la lluvia, hacer el foso, poner los «lirios»<sup>[139]</sup> y obtener madera para todo ello. Fue un trabajo duro y agotador donde los hombres de Córax, llevaron un mayor peso como castigo por los sucesos de *Tamiat*. Eso incluía desmontar una parte del armazón de la embarcación para reutilizarlo en la base. No obstante, no hubo quejas, máxime después de sufrir en sus carnes el

correctivo aplicado bogando en la embarcación. La disciplina con frecuencia en el ejército romano era dura y represiva, pero eso, entre otros factores, los convertía en la máquina de matar más efectiva de la época. El *Optio* Córax también estuvo muy satisfecho con la labor realizada, viendo que se podía superar la insubordinación y olvidar los rencores. Era consciente que las rencillas no eran buenas para el normal funcionamiento.

El lugar escogido, tras dudar largo rato, era ideal: una posición sobre una colina, con el riachuelo cercano para abastecerse de agua (donde se encontraba en ese momento rezando), cercano a un bosque, limítrofe a una encrucijada de cañadas y con un sendero próximo. Además, había algunas aldeas no muy lejanas con las que podían negociar para víveres. Esa era la segunda mayor preocupación del Prefecto. La primera era salir de allí, como es evidente. Sabía que, aunque racionara la comida, se acabaría en un mes. Tenían que solventar los problemas con urgencia.

Las noticias traídas por Vesper, Macro «el joven» y Adelphos no eran muy halagüeñas. Gansa, con su habitual pragmatismo, proponía dos opciones igual de malas y arriesgadas. Estaban a la desesperada y con toda probabilidad, no podrían contar con las autoridades locales. Su voz no sería atendida en la Curia, ya se había adelantado Numerio Lupo y un enfrentamiento en campo abierto era la última opción, con escasas expectativas de éxito. Los que sobrevivieran, claro está. Por ello, estaba urdiendo uno de sus locos planes para llevarlo a cabo.

También se resolvió el misterio del atacante de *Tamiat*. Finalmente le vino a la memoria el lamentable suceso de Éfeso. Entendía los motivos de aquel hombre y la ira que contenía. A cambio de un duelo honorable, propuesto por Behrooz, contó lo poco que sabía sobre Ásper y sus secuaces. Muy poco que no supieran: reclutado en la misma Roma, dos nombres propios surgieron. Uno ya conocido, otro, no tanto. Figuras relevantes a las que no podría atacar sin que la cólera de gente poderosa y las autoridades cayeran sobre ellos sin compasión. Tendría que pensar cómo hacerlo más adelante.

El tiempo jugaba en contra de ellos. La misión estaba en el filo de la navaja e imploraba al Dios Supremo que le diese fuerzas para llevar a cabo su cometido de la forma más respetable y efectiva posible. Solo pedía que le guiara y que protegiera a los suyos. En especial a Isela y a sus dos hijos, uno de los cuales, podía estar en las garras de ese monstruo sin alma de Ásper. No esperaba al siguiente movimiento de su adversario. Tenía que tomar la iniciativa y así lo haría. Y todo empezaría ese mismo día.

## LA LIEBRE Y LA TORTUGA

ROJO. Muy pronto corrió la sangre, como era de esperar. Era a lo que habían venido, a matar o a morir. A los dioses le gustaba ese color. Lujuria, muerte y vida. Para una parte de la sociedad, tenía connotaciones positivas al implicar la parte más primitiva y elemental del ser. Para otros, precisamente por la misma razón, el salvajismo, la violencia y el dolor. Dos caras de una misma moneda que, solo depende de quién lo vea y cómo lo vea. La eterna dualidad humana.

Según se había establecido en un pacto honorable, Asael, tendría una oportunidad de venganza con Vesper por los agravios del pasado. Su valedor, el misterioso e impredecible Behrooz, había abogado por él, permitiéndose elegir el lugar y la hora del enfrentamiento. En el mismo momento en el que el Prefecto oraba, salieron hacia su destino sin dirigirse la palabra. No por odio, sino por su estado de concentración. Ambos eran conscientes de que eran adversarios de alta talla y necesitaban todos sus recursos. Cada uno había sido herido recientemente y, aunque las heridas del asistente estaban prácticamente cicatrizadas, la flecha del muslo de Azrael había penetrado en un punto que no dañó el músculo. Al ser más joven, quedaba prácticamente igualada la contienda.

El sector escogido era una amplia explanada yerma, bien alejada del campamento, con fina arena y base firme, evitando que pudieran darse torceduras de tobillos. Igualmente, al ser una llanura, podría abatir con su arco al vencido si intentaba huir. Dejó firmemente claro este punto: el combate era a muerte y no permitiría ninguna ofensa al Honor y los dioses que eran testigos.

Se concedió una última comida juntos, parca y sencilla: pan con sal y agua. Los guerreros debían mostrar respeto y equidad en todo momento, a los ojos de Behrooz. Como solía ocurrir, los combatientes solían tener una corta charla, no por arrepentimiento, sino por conexión y la inminencia de la muerte, pero ante su sorpresa no se dio lugar entre ellos. Clavaron su mirada el uno en el otro, alimentándose con lentitud. Parecía más que se calibraban

todo el tiempo. Ni así bajaban la guardia. Entendía el odio ancestral de Asael, pero en el caso de Vesper, parecía que formaba parte de un ritual que había seguido en más de una ocasión.

Una vez que acabaron, se le dio a cada luchador una *gladius* y un pequeño escudo ligeramente cóncavo, de pie y medio<sup>[140]</sup> de diámetro, empleado por los *velites* de la unidad, colocándose a una decena de pasos el uno del otro, desnudos de cintura para arriba. El sol brillaba, se acercaba inexorable el mediodía. Elegida una posición apropiada para que la luz no los deslumbrara, se quedaron como estatuas los tres. Un viento suave levantaba minúsculas partículas de arena en el ambiente lo que dificultaba la visión mínimamente. Al ser un viento caliente, comenzaron a sudar ligeramente por el cogote. El tenso ambiente provocaba que la respiración fuese dificultosa y la boca se les volviera pastosa. Solo las chicharras ponían una nota de sonido al grave momento, mostrando como el calor se hacía presente en ese lado del mundo. Lo único que demostraba que no estaban muertos aún. Behrooz, completamente cubierto su cuerpo con unos ropajes amarillentos y pardos, tomó la palabra, con su arco en la mano.

—Vesper, Asael.

—Azrael para los romanos —aclaró el semita.

—Vesper, Azrael —repitió—. Estáis aquí por propia voluntad para solventar, de una vez por todas, lo que entre ambas partes se alarga desde hace años. Venís libremente. Quiero un duelo honrado y yo estaré aquí para que así se cumpla. Las normas son sencillas: nadie atacará antes que se dé la señal, no hay cuartel y el fallecido tendrá un enterramiento digno según sus costumbres, que ha establecido previamente conmigo. ¿Preguntas? —ni pestañearon. Tomó una flecha y la colocó en el arco. Esperó unos segundos, hasta que el zumbido de una mosca a su alrededor cesó cuando se posó en su frente—. ¡Empezad!

Sorpresivamente, comenzaron a caminar en direcciones opuestas, hasta conformar un semicírculo cada uno. Un breve paseo en el que querían plantarse cara y ver la disposición del otro. De momento, calma absoluta. De inmediato se colocaron en posición de combate, músculos tensos y piernas ligeramente flexionadas. Avanzaron el uno hacia el otro con firmeza, ya no había vuelta atrás. Ni querían. Sería el final del viaje, el que fuese.

El choque de furias y estilos no se hizo esperar. Se lo tomaron con paciencia durante los primeros compases de la contienda, tanteándose con golpes que solo buscaban ver las reacciones enemigas. Sin embargo, un pequeño descuido de Azrael hizo que su contrincante le provocase un tenue

tajo por debajo del pecho izquierdo. Nada serio, pero primer aviso. Varias gotas se deslizaron por la *gladius* hasta el suelo. La herida supurante, junto con la arena en suspensión, pronto formó una película sobre la piel de ambos gracias al sudor producido la tensión.

Un respiro. No muy largo. Se sabía que la pérdida de sangre, por poca que fuera, debilitaba progresivamente. La segunda parte del combate fue más agresiva, con movimientos más arriesgados y donde los bufidos se entremezclaban con el seco sonido de la madera-metal, o el tintineante chirrido del metal-metal. Otro descanso liviano. Sin avances. Siempre los ojos clavados sobre su antagonista, el odio brotando a borbotones. La presión cerebral les provocaba una euforia que casi llevaba a la locura.

El tercer asalto ya incluía cortos aullidos y movimientos más estudiados y altamente arriesgados. Esta vez, fue Vesper quien recibió un breve tajo en el muslo derecho. Igualmente más escandaloso que profundo.

—Iguales —señaló la evidencia el hebreo mostrando un gesto complacido.

Una sonrisa maquiavélica se dibujó en el rostro del siciliano, el cual cerró los ojos durante unos instantes, que el semita respetó para no atacarle. Percibió con nitidez que su adversario tensaba absolutamente todos los músculos del cuerpo como las cuerdas de una cítara. Tras esa breve pausa, abrió de golpe los ojos y realizó una serie de movimientos rapidísimos y letales que sorprendieron a Azrael. Cuando se dio cuenta, tenía una rodilla hincada en tierra. Tan rápido y extraño le resultó, que se quedó por unos segundos en *shock*, completamente superado por las circunstancias. Su cerebro no percibía dolor, al menos durante esos instantes. Finalmente, su cuerpo reaccionó. Había recibido tres grandes heridas: un profundo corte en la región lumbar, un tajo ligeramente menos hondo en el bajo vientre y lo más doloroso, la mano derecha colgando por la mitad de la muñeca y con una incisión casi perfecta, dejando el hueso casi cercenado en dos. La suerte ya estaba echada.

Sorprendentemente, y aunque el dolor debía de ser intenso, no gritó. Su mirada se nubló y sus fuerzas desaparecerían progresivamente. Su cuerpo empezó a temblar, no le quedaba mucho para que la pérdida de sangre lo dejase inconsciente. Minutos para morir. Sentencia de muerte.

Vesper, sin estarse quieto ni destensar sus músculos, daba breves paseos en semicírculo sin dejar de mirarlo. El odio de sus miradas podía fundir un bloque de hielo. En el caso del asistente, por las heridas sufridas y la incomprensión. Había sido una muerte inútil por querer matar a la mano

ejecutora de un orden superior. Otra muerte sin sentido que los dioses quizás no aprueben.

Se acercó para darle el golpe de gracia cuando, ninguno lo esperaba por su estado, intentó lanzar un golpe con su escudo asido con el brazo izquierdo, ya que la mano derecha ya estaba perdida. Para su desgracia, Vesper no terminaba de bajar la guardia hasta que el oponente no estaba muerto y esquivó el golpe con eficacia usando su propio escudo. Ya había tenido puntuales gestos similares que le costaron algún susto y, en una ocasión, una herida.

Ahora sí, completamente derrotado y sin opción ninguna, Azrael acabó de bruces en el suelo. Como último acto de valor, consiguió erguirse sobre sus rodillas, antes de que le faltaran fuerzas hasta para eso y le maldijo en su lengua materna de forma casi ininteligible. No alargó más la agonía, clavando certeramente su *gladius* en el hígado del semita que, suspirando con fuerza, notó el dolor y el estertor de la muerte. La extrajo con rapidez, trazando una media luna con salpicaduras de sangre en el suelo, lo último que vio antes de irse a la otra vida.

En el silencio de la llanura, los músculos de Vesper, como si no fuesen reales, se destensaron, dejando caer el desconchado escudo y el arma en el suelo, buscando un odre con agua para saciar su incipiente sed. La lucha provocaba una deshidratación terrible. Luego limpiaría su rostro y su herida. Mientras tanto, se dejó caer cerca del cuerpo sin vida de su adversario. No había heroicidad, ni orgullo, ni la arrogancia del vencedor, solo la faz del profesional que cumplía su cometido. Como un alfarero que miraba una sencilla ánfora que se había terminado de secar. Behrooz, maravillado por todo lo visto, con ojos distintos a la mayoría, no pudo su curiosidad y se acercó a él.

—¿Qué ha sido eso que has hecho?

—¿A qué te refieres? —indicó enjuagándose la cara.

—Ese ataque que has realizado tensando hasta la última parte de tu cuerpo. ¿Cómo lo has hecho? Nunca he visto nada igual.

—¿Eso? Un recurso —expuso con tranquilidad—. Lo llamo «la acometida de los dioses» y lo aprendí entre las lecciones de un anciano legionario y un esclavo de mi padre, sin contar con un entrenamiento propio.

—¿Cómo es?

—Básicamente concentras todo tu cuerpo para que se tense y tu mente piense únicamente en tu enemigo. Centrarte en la idea de que no hay nada más entre él y tú, ni viento, ni calor, ni frío, ni luz, ni oscuridad, ni

arrepentimiento, ni odio. Requiere un nivel de concentración máximo y un adiestramiento duro y constante hasta que consigues hacerlo.

—Increíble —no quiso ocultar su admiración—. ¿Por qué no lo usas en cada combate?

—No la tengo tan dominada. La pega es que solo puedo hacerlo un tiempo determinado, que varía según las circunstancias, y que funciona mejor si he entrado previamente en combate. Cuando sus efectos se pasan, el agotamiento es tal que, en ocasiones, no puedo ni mantenerme en pie.

—¿Es lo que empleaste en el enfrentamiento con Pericles, en la casa de Heraklous en *Tamiat*?

—Así es —espetó con sinceridad—. Mi cuerpo estaba tan agitado, que ya era como si estuviera en combate. Por eso pude hacerlo.

—¿Cuánto tiempo necesitas para recuperarte?

—¡Oh! No demasiado. Unos minutos y estaré mejor. Ha sido corto el tiempo que he usado «la embestida de los dioses». Mientras tanto, ya que te he confesado un pequeño secreto, es hora que me cuentes tu historia, ¿no crees?

—Creo que no hay mucho que contar —recló taciturno.

—Yo diría que sí, incluyendo cómo te encontraste con Minoo. Hemos convivido estos días y tienes un código de Honor peculiar y quiero saber de dónde viene. Valerio se fía de su instinto últimamente y requiere menos de las palabras. A mí me está pasando lo contrario, paradójicamente. Quiero oír tu verdad de tus propios labios.

—Sea. Nací en un pequeño poblado muy cercano a Susa<sup>[141]</sup>, siendo el más mayor de dos hermanos y una hermana. En la granja de mis padres, el trabajo era duro y yo soñaba con salir de allí a vivir aventuras. Siendo aún muy joven, con la edad justa para asumir labores importantes en el campo, una partida de mercenarios estaba reclutando voluntarios en los alrededores y me uní a ellos. Mi padre me había enseñado a manejar el arco, por si algún día me tocaba en la leva ir a la guerra. Lo tomé y partí con pocas pertenencias.

—Imagino que no le sentó bien a tu familia —aportó Vesper.

—Perder dos brazos no gusta en ninguna familia de campo.

—¿Volviste?

—Las cosas me fueron bien los primeros tres años: combates cortos, buenos botines de guerra, muchos viajes y pocas preocupaciones. Pasado ese tiempo, cuando estaba hastiado de luchar y de gastarme mi soldada en mujeres, vino y juego, decidí ahorrar y volver a la granja para ayudar a mi

familia. Asaltando una granja de iberos en el Norte<sup>[142]</sup>, los dioses me enviaron una señal que me dijo que debía volver. Y lo hice cinco años después de mi partida.

—¿Qué señal?

—La mirada de un niño ante las llamas de su casa, derramó una voz en mi interior que me dijo que debía volver. Además, aquellos mercenarios, al volverse codiciosos, estaban degenerando sin ningún tipo de Honor en sus actos. Cuando tuve un botín suficiente y una oportunidad, deserté de mi unidad en una escaramuza dudosa.

—A los cinco años volviste, ¿qué ocurrió? ¿La guerra llegó a las puertas de tu hogar? —cuestionó imaginando el final.

—Fue la enfermedad y la miseria —espetó agrio—. Mi padre murió unas semanas antes de llegar y mi hermana en los meses previos, justo antes de que contrajera matrimonio. Mi hermano estaba enfermo y mi madre postrada en un lecho. Ella me llamó traidor, me enseñó las marcas que le había dejado en su cuerpo durante mi gestación y que los dioses nunca me perdonarían el daño que le había hecho a la familia al abandonarlos. Que los había condenado al Hades. Poco después, pereció.

—¿Por eso te has hecho tantas marcas? ¿Por culpabilidad?

—El Honor es lo único que me queda para limpiar la maldición que he creado sobre los míos.

—Entiendo que al quedarte solo...

—No me quedé solo —cortó con avidez—. Mi hermano sobrevivió y conseguí que lo aceptaran para servir en un templo.

—Un piadoso acto, pero eso no significa que estés maldito —intentó razonar el asistente.

—Expío mi culpa en este mundo para que mi familia no esté en el Hades, los dioses así lo quieren y así será.

—¿Y por qué no te quitas la vida, si tan honorable eres? —replicó con intención.

—Porque desean castigarme en vida, un sacrificio para que el resto descasen en paz, como puedes ver en mis carnes.

—A los muertos no les interesan los vivos, ni lo que ha sido de ellos.

—Minoos no piensa igual.

—Es cierto, ¿cómo lo conociste? —indagó curioso.

—Los dos años siguientes, tras intentar arreglar el desaguisado que provoqué, vendí las pobres tierras de la familia y me hice guardián de los caravaneros. Un día, pasando por una *mansio* entre Capadocia y el Ponto, lo

encontré tinto con su propia sangre. Su *domine* le había dado una paliza tremenda y él imploraba que le dejara.

—¿Por qué motivo?

—Era un niño del que no podía sacar provecho: le creía un discapacitado mental.

—¿Qué hiciste al respecto?

—Pagué tres denarios por él y me lo quedé.

—Muy apropiado ¿por qué lo hiciste?

—No lo sé. Quizás quisiera revenderlo más adelante o buscaba compañía o quería alguien de quien cuidar. Nunca lo tuve claro. Unos días después, me di cuenta de su potencial: aparte de comprender varias lenguas, me previno justo a tiempo de una emboscada que nos habían tendido en un bosque cercano, lo cual salvó la vida de muchos. Desde entonces, lo he cuidado como mi más valiosa posesión.

—Como un hijo.

—No me atrevería a decir tanto. Yo le protejo y él a mí. Un intercambio de favores —expresó con un cinismo que no engañaba al siciliano—. En otra ocasión que pasamos por esa misma *mansio*, me imploró que no castigase a su antiguo *domine*, ya que sabía de mis intenciones y le hice caso: solo le partí una pierna. El mundo no está preparado para proteger a almas cándidas y débiles.

—Pero tú lo haces por el recuerdo de tu madre y el sentimiento de culpa.

—Llámalo como quieras. Te lo he dicho, solo creo en el Honor y en la obra de los dioses. Tienes suerte de seguir a Valerio que, si bien no entiendo muchas veces su parecer, parece bendecido por ellos y su Honor es intachable.

—De acuerdo estoy. Por eso sería interesante enfrentarme contigo.

—Puede que algún día nuestros caminos se encuentren y así sea.

Se alzó del suelo y se prepararon para enterrar al difunto antes de volver al campamento base. Sin embargo, antes de realizar la inhumación de Asael, se detuvo junto al cadáver y volvió a hablar.

—Una última pregunta: ¿cómo acabaste al servicio de la viuda Vibia?

—Estando en *Alexandria* me quedé sin trabajo y oí que en la casa de un gran dama requería guardas. Lo tomé como algo temporal, pero esa mujer es extraordinaria y en menos de un año, me convertí en su más destacado guardián. También cuidó de Minoos como si de una madre se tratase, procurando que le enseñaran a leer y escribir en latín y griego. Cuatro años he estado a su servicio.

—Imagino para tenerte tanto tiempo atado...

—No es lo que piensas —aclaró molesto—. Todo lo que hace tiene una razón, es justa y honesta con quien así es. Cualidades que debe tener a quien yo sirva. Acordamos que me iría cuando Minoo fuese capaz de valerse por sí mismo y no me necesitase. Aún no es el momento.

—Entiendo.

Y no volvieron a dirigirse la palabra el uno al otro hasta que llegaron al campamento. Los hombres como ellos, se dicen más con silencios que con palabras. Se entendían a la perfección. Vesper buscó el orgullo de un padre y el Honor de luchar por algo. Behrooz buscaba el perdón por las desgracias familiares con la autolesión hasta que conoció el amor de Minoo y la autoridad de una madre en Vibia quien se comportó como tal e inteligentemente le dio oportunidades de ser quien era sin ser juzgado por lo que había sido. Igualmente, era valorado y respetado por ello. Vibia representaba el amor y el respeto de la madre que quería haber tenido y que perdió por los avatares de la vida. Valerio podía transformarse en la personificación de su padre. Sin embargo, aunque el dolor del asistente había menguado hasta ser una sombra del pasado, el tormento del Sirio era hondo y desconsolado. Seguramente no quisiera saber nada de los placeres terrenales: solo quería complacer a los dioses, al que consideraba su *domine* o *domina* y, pese a que no lo quisiera reconocer, verter sangre. El instinto homicida estaba impregnado en él, aunque fuese solo por la aflicción interna. Eso era lo que los hacía cercanos, cómplices, peligrosos y, temerosos el uno del otro.

La comida fue placentera, basada en un succulento estofado de pescado y moluscos del lugar aderezados con salsas suaves para no matar el sabor del producto base. Ese Nigilio Prudens sabía bien donde alimentarse, eligiendo el mejor *thermopolium*<sup>[143]</sup> de la ciudad de *Ancona*. Ciertamente era que Aulo Valerio y Caio Mario tenían prisa, pero no podían ofender a su escolta, ni a un personaje tan importante en la ciudad como Publio Catussa Docilis, aunque el hijo del Prefecto desconfiaba de él. Pronto se darían cuenta de que sus temores no eran infundados.

Cuando el sol comenzó a caer partieron hacia la primera etapa de un viaje que, si todo iba bien, no duraría ni dos días al paso de los mulos entregados junto al bello equino del escolta. Charlando, habían averiguado que se trataba de un Decurión retirado desde hacía ya algunos años, temeroso de los dioses, que disfrutaba de una vida placentera y del favor del venerable Publio Catussa

Docilis. Nada destacable. Se mostró alegre y de buen humor durante todo el ágape y el primer tramo del camino. Tomando la vía Flaminia, llegó un momento en el que tuvieron que parar para que las bestias descansaran tras casi dos horas a un trote ligero. En un cruce, el guía se volvió a ellos, desenvainó su *gladius* y su rostro tornó serio.

—Ya estamos lejos de *Ancona* y será mejor que hablemos claro. Habréis engañado al viejo Publio, pero no a mí. No me refiero a vuestra historia. No me interesa lo más mínimo. Quiero que se me devuelva mi dinero con intereses por el viaje.

—¿Vas a matar a dos ciudadanos romanos y robarles? —apuntó Caio Mario con el rostro inclinado y una sonrisa falsa. Era consciente de que aunque le habían devuelto su *pugio*, sería insuficiente para un enfrentamiento con un veterano. Pero no dudaría en usarlo si fuese necesario ya que, además, hacía juego con su *gladius*, si se hiciera con ella.

—Soy un hombre razonable: dadme lo que llevéis encima y veremos si os dejo marchar.

—¡No tienes Honor! —espetó Aulo Valerio indignado.

—Serví 25 años en la Legio, ya he tenido suficiente.

—Tranquilo Aulo, es un mal perdedor —continuó provocando el liberto—. No sabe el gran error que está cometiendo.

—No me interesan ni vuestras promesas, ni vuestros contactos —continuó mostrando que no quería más cháchara—. En cuanto a ti, si intentas algo con ese *pugio*, no dudaré en enviarte al Hades.

El hijo del Prefecto era quien llevaba la bolsa del dinero así que avanzó con abatimiento. El antiguo Decurión no quitaba ojo a Caio Mario, al que consideraba el elemento peligroso e inestable. Sin embargo, sabía perfectamente, solo por la forma de colocarse, que estaba con alguien que sabía lo que hacía, por lo que no podía abalanzarse sobre él a menos que tuviese un elemento sorpresa o una distracción. Cuando Aulo estuvo muy cerca, y contra todo pronóstico, le sacudió una potente patada en el pecho a Nigilio Prudens que lo tumbó de espaldas momentáneamente. De un salto, montó sobre su mulo y lo espoleó. El joven liberto, aturdido inicialmente, siguió a su compañero al ver que su oponente se recuperó con gran velocidad.

—¿A dónde vas? —le gritó Caio Mario intentando acercar su bestia a la de su acompañante—. Teniendo un caballo no tardará en cogernos. Así no tenemos ninguna posibilidad.

—Conozco un poco la zona, sígueme.

Solo ganaron unos pocos de segundos ya que el retirado Decurión, se recompuso y tomó su montura. Había elegido bien el momento de exigirles el pago: los tres animales estaban cansados, pero no podrían competir con la velocidad del equino. Sin embargo, al tomar por el sedero casi perpendicular de la vía Flaminia, vislumbraron en la distancia un templete. Ahora podía entender la intencionalidad de Aulo Valerio. Bastante agudo el muchacho. Como la distancia a recorrer era corta, se plantaron frente al edificio en escasos minutos e introduciéndose en su interior les salió al paso un anciano muy delgado, ataviado de una *toga pulla*<sup>[144]</sup>, largas barbas y aspecto desaliñado. Con los brazos extendidos, les habló con tono inquisitivo.

—¿*Quo Vadis*?

—Nos persigue un hombre armado. Quiere robarnos y matarnos. Nos acogemos a la protección de Plutón —respondió acelerado el joven Valerio.

—¿Sois conscientes de que Plutón es el dios del inframundo? —inquirió el sacerdote.

—Por eso creemos que es él quien debe decidir sobre nuestro futuro, no nuestro perseguidor.

—¡Salid de ahí de inmediato u os destriparé y daré de comer a mis cerdos vuestros restos! —amenazó una voz a su espalda.

Tras un cruce de miradas entre los tres, el religioso de mirada sibilina, pasó entre los dos, se descubrió la cabeza y mostró sus palmas extendidas.

—Ve por dónde has venido, ciudadano, en el templo de Plutón, no se derrama sangre.

—Entrégamelos sacerdote y no habrá necesidad de matarlos dentro de él —comentó bajándose de su corcel y con tono amable—. Habrá una donación al templo por tan valiosa ayuda.

—El dinero de un *listim* no es bien recibido por el dios Plutón quien, además, no quiere que nadie le diga que almas van a llegar al Hades. ¿Quieres torcer el designio del dueño y señor del inframundo? ¿Te enfrentarás a su cólera? Si tu respuesta es afirmativa, toma tu arma y penetra.

Echándose a un lado, le instó a pasar con un teatral movimiento. La mirada de desprecio del sacerdote no dejaba lugar a dudas. Nunca había puesto los pies en aquel templo, pero le había confundido con un *listim*, no muy queridos casi en ninguna parte, salvo aquellos que retroalimentaban a su comunidad. De nada serviría explicarle sus motivos, así que envainó su *gladius*, tomó los mulos y se hizo a un lado con la mirada clavada ermitaño, el cual, se la devolvió. Sin embargo, quedó a unos pasos sentado sobre una piedra de gran tamaño, comenzando a silbar unas características notas con

fuerza a intervalos regulares. Tras varios minutos, el sacerdote volvió hacia el interior.

—Mientras aquí estéis, nada malo os ocurrirá —aclaró con sencillez—. No me hago cargo de lo que pueda pasar cuando salgáis.

—Gratitud, nos ha salvado la vida.

Tras esto, se alejó por un acceso lateral. El hijo del Prefecto se puso a observar el entorno. Un templo pequeño, rectangular, sin vanos ni apenas decoración en las escasas pilastras con las que había sido erigido. Las pinturas, de manufactura local, parecían estar realizadas para provocar el pavor. Sin duda era una divinidad terrible: la escultura representaba al dios con un casco de piel de perro, un cetro, junto a un ciprés y con rasgos inflexibles. Como uno de los ocho dioses elegidos en Roma, se trataba de una deidad respetada por su igualdad social: nadie escapaba del inframundo, a todos le llegaba la muerte independientemente de la riqueza, el éxito y todas las obras terrenales. Contemplando la majestuosa obra local, que incitaba a la reflexión sobre la vida y que no parecía ser demasiado antigua, quedó meditabundo. Al poco, Caio Mario, sin querer ser demasiado intrusivo e irrespetuoso en un templo, se acercó y le habló en voz baja.

—Ha sido una buena jugada, pero ahora estamos atrapados y sin transporte —reconoció.

—El crepúsculo está llegando. Al abrigo de la plena oscuridad podemos huir o puedes intentar matarlo. Te dejo la elección a ti, que eres el brazo armado de la expedición.

—No os lo aconsejo —manifestó el sacerdote a sus espaldas, sobresaltándolos. Había vuelto—. Al escabulliros por la noche me refiero. Esta zona es muy escarpada y traicionera. Yo esperaré a las primeras luces del alba. Ese tipo de hombres son pacientes y no dejarán que su presa se escape, pero podéis intentarlo.

—Gratitud. Seguiremos tu consejo.

La oscuridad de la noche había sido absoluta, quizás porque estaba todo el cielo cubierto, sin posibilidad de intuir la presencia de la luna. O puede que fuera un designio divino por lo que estaba acaeciendo. También se levantó un viento desagradable que silbaba entre los pequeños vanos del edificio pétreo. El aislamiento de ese templo no era total, ya que relativamente cerca había una necrópolis, dando a los lugareños motivos para creer en extrañas presencias en los alrededores del mismo.

Pese a todo, los dos durmieron a pierna suelta, alternándose para controlar y vigilar la presencia de Nigilio Prudens quien, a un tiro de piedra, aguardaba y continuaba silbando unas notas peculiares a interludios uniformes. Solo intuían levemente su silueta, pero allí estaba. No le pesaba no dormir. Sin duda, como *miles* retirado, tenía mucho tiempo libre, quizás demasiado, pero seguramente era un profesional de los pies a la cabeza. Cualidades ambas que no beneficiaban a los dos viajeros.

Poco antes de que el cielo comenzara a tornar a azulado, Aulo, que hacía la última guardia, notó que el ex Decurión, había dejado de silbar, lo que hizo que se turbara temiendo las posibles consecuencias de ello. Al poco, alzó a su compañero y contemplaron con estupor lo que la sucia luz de la mañana nublada dejó entrever: la comitiva había crecido en un grupo de ocho individuos. Salir en ese momento, sería un error.

Tampoco antes habían meditado bien el plan: tenía un único acceso al templo. En el interior, existía otra estancia pequeña que servía de *cubiculum* al sacerdote que moraba allí y como sala de las ofrendas. Es cierto que había un vano, pero era muy visible desde la parte frontal donde se encontraban los guardianes y además de pequeño tamaño. Podrían salir con un poco de esfuerzo, pero requeriría un tiempo que beneficiaría a los custodios. No tenían que haber hecho caso al religioso quien, aunque parecía tener buena voluntad, había errado ante la desesperación de los dos muchachos, disminuyendo la posibilidad de salir de esta.

—¿Qué hacemos? —questionó Aulo Valerio casi para sí mismo.

—A mi entender, solo hay dos cosas que podemos hacer: esperar o enfrentarnos a ellos —respondió con firmeza Caio Mario—. Sacerdote, ¿hay alguna forma de pedir ayuda o enviar a alguien a *Ancona*?

—No. Y yo no puedo dejar el templo —espetó seco mientras daba sus primeros pasos tras despertarse.

—¿Y tiene algo que pueda servir para defendernos?

—Creo que puedo prestaros una antorcha y piedras, pero os aconsejaría esperar. Tarde o temprano algún peregrino vendrá y podréis solicitar su ayuda.

—El tiempo no juega a nuestro favor —añadió el romano oriental—. A una jornada de Ravenna y bloqueados. Tampoco podemos negociar con él.

—Es tarde para eso —cortó pragmático el liberto—. Tomaremos la antorcha e intentaremos hacernos con alguna rama de árbol y luchar en el bosque. Tendremos alguna posibilidad con un terreno favorable y cuando el

cansancio les haya hecho mella. Esperemos al mediodía, entonces saldremos y ¡que los dioses tengan misericordia!

—Los dioses no tienen misericordia—sentenció el sacerdote—. Estáis en el templo de Plutón y requiriendo su ayuda para que no se derrame vuestra sangre. Algún alma tendrá que ser entregada para evitar que así sea. Y no tardará mucho en elegir un candidato para ir al Hades.

Algo que no habían previsto sucedió antes de llegar el mediodía. La jornada estaba abriendo, con nubes y claros que daban una temperatura tremendamente agradable. Afuera, no disfrutaba de ella la turba compuesta por ocho hombres, y liderada por Nigilio Prudens, que esperaba con *gladii* y garrotes. Más los segundos que de las primeras. La mayoría parecían ser jóvenes campesinos de los alrededores, robustos y acostumbrados al esfuerzo. Destacaban dos hombres maduros, quizás también veteranos por sus armas. Probablemente tuvieran relaciones clientelares con el antiguo *miles* o algún tipo de vínculo por el que se habían personado allí debido a su silbar casi continuo durante horas. Ese individuo parecía no dejar nada al azar.

No se había acercado el sol al cénit cuando una comitiva formada por seis individuos apareció al trote de rocines. Ásper, Iulio Kopros y cuatro auxiliares más hicieron llegaron. Habían llegado al amanecer a *Ancona*, haciendo un breve descanso en el camino para reposar tanto ellos como las bestias, encontrando al *miles* que consiguió escapar del encontronazo con Caio Mario y Aulo Valerio, el cual le informó de todo lo ocurrido. Con presteza, se dirigieron a una humilde anciana en las afueras, junto a la vía Flaminia que le informó de todo lo ocurrido: la sangre corrida en el mercado, el interrogatorio a los supervivientes, la reclusión del otro auxiliar y la escolta del retirado Decurión de los dos fugitivos hacia Ravenna. Demasiado jugoso para que tales sucesos pasaran desapercibidos. Tras darle un as como recompensa por el informe, prosiguieron su viaje. Casi todos los *milites* no aprobaban dejar atrás a un compañero de armas, pero no dijeron nada conociendo la severidad y la diligencia del liberto ante los avatares de los últimos días. Al llegar a la encrucijada que conducía al camino, coincidiendo con que habían descabalgado de los caballos, Iulio Kopros detectó algo sospechoso en el sendero, que era de tierra y viendo las huellas. Había sido explorador un tiempo y sabía leer e interpretar rastros. Cansados, pero con la inflexible intención de acabar con la misión, se encontraron con el grupo dirigido por Nigilio Prudens.

—¡Salve! —expresó con monotonía Ásper—. Buscamos a dos individuos llamados Aulo Valerio y Caio Mario. Quizás hayan cambiado de nombre, pero podemos describirlos y hay una recompensa...

—No es necesario —cortó con rapidez el licenciado *miles*—. Están dentro del templo, pero nos pertenecen.

—¿Y por qué no los sacáis a rastras?

—Es un lugar sagrado.

—No os preocupéis, mis hombres no tienen tantos prejuicios —se mostró condescendiente, aunque Nigilio Prudens le cortó el paso.

—Tengo asuntos pendientes con esos hombres.

—¿Dinero? Eso se puede arreglar: os dejamos todo lo que lleven encima, pero sus vidas me pertenecen e incluso os daré una compensación extra por ello.

—Interesante.

Una extraña sensación recorrió el espinazo del viejo anconitano. Solo alguien que tiene mucho que perder proponía un acuerdo tan favorable. ¿Y si había tomado hasta ese momento malas decisiones? ¿Y si esos hombres fuesen más de lo que aparentaban, para bien o para mal? Quizás tenía que haberlos dejado ver hasta donde su historia, verdadera o falsa, les llevaba. Ese individuo parecía desesperado y lo cierto es que no pintaba bien. Conocía la ira de los césares y los poderosos. Una mala decisión podía mandarle al exilio o algo peor. Parecía claro que algo se cocía y que le sobrepasaba. Si los entregaba se llevaría una generosa compensación pero ¿y si erraba? El castigo y el desprestigio ante su amigo y valedor Publio Catussa Docilis, significarían el fin de su influencia y el ostracismo a su familia. El dilema le duró varios segundos en los que su mente estaba en ebullición. Sin embargo, Ásper, cansado y deseoso de acabar con toda aquel despropósito, retomó la palabra.

—¡No tengo todo el día! —tomó su jamelgo y lo rodeó. Este último acto parece que devolvió a la realidad a su interpelado.

—¿Cómo sé que no eres un enemigo del César? —le espetó sin moverse, girando solo su cabeza.

Normalmente, Ásper se caracterizaba por su temple, su habilidad con la palabra, la manipulación y, por tanto, el uso de su seso, no de su músculo. Igualmente, no dejaba que sus instintos primitivos le dominaran, pensando siempre en la jugada maestra que le diera mejor resultado y, si esta se torcía, tuviera menos repercusiones. No obstante, quizás fuese el cansancio, el orgullo herido, la tardanza en subir en la escala social, el odio a Valerio, o todo a la vez, le empujó a realizar un acto impulsivo impropio de él.

Sin previo aviso, y sin que absolutamente nadie lo esperara, desenvainó velozmente la *gladius* con la que se había hecho y lanzó un tajo cejado sobre el pecho de Nigilio Prudens quien del golpe, dio varios pasos, cayendo por un terraplén sembrado de árboles que le introdujeron a lo más profundo del bosque.

Sus acompañantes, sorprendidos ante lo acaecido, temieron por seguir su destino y se enzarzaron en una refriega. Los auxiliares, que estaban abajo, junto a sus monturas, se defendieron coordinados y bajo la supervisión del egipcio Iulio Kopros quien, indicaba que los repelieran sin sangre (es decir, sin matarlos). Aunque los autóctonos eran gente dura, no se trataban de *militēs* y los que sí lo habían sido, tenían ya cierta edad. El combate fue de corta duración acabando varios magullados por ambas partes, con heridas leves, y dos locales con heridas algo más feas, aunque no parecían mortales. Tras rendirse, Iulio Kopros les hizo un gesto con la cabeza para que huyeran, lo que hicieron de inmediato llevándose a sus heridos. Ásper, que había contemplado la escena con la mirada encendida, se volvió al veterano.

—Deberías haberlos matados a todos —le espetó irreflexivo. Creía que estaba perdiendo autoridad.

—¿Y qué ocurrirá cuando la noticia se extienda por la región, *domine*? —indicó con clarividencia—. Es mejor dejarlos ir y que den gracias a los dioses por vivir otro día. Un hombre asustado vale más que uno muerto.

—Los muertos no hablan —replicó gélido.

—Pero es de los vivos de quien hay que temer la cólera, de las autoridades locales, y estamos demasiado cerca de Roma para llamar la atención, tan cerca del final.

—Sea —razonó ante la ineficacia de las palabras—. Si te equivocas, serás tú quien responda ante esto.

Con un gesto, tres de los auxiliares fueron directos al templo. Ni la presencia del sacerdote que les advertía los detuvo. Segundos después salieron.

—¡Han escapado! Seguramente aprovechando el combate —avisó uno de ellos.

—No deben andar lejos.

El milagro que necesitaban apareció en el momento apropiado. Desde el primer compás del enfrentamiento, los dos viajeros no dudaron ni por un segundo en salir e introducirse en la espesa foresta para intentar desaparecer y

ganar todo el terreno posible antes de que se dieran cuenta de lo ocurrido. No eran exploradores curtidos pero no les hacía falta que les dijeran que no podía desaprovechar una oportunidad como esa. Tanto es así que los perseguidores ni se percataron de que salieron por la puerta principal a la carrera.

Al poco se dieron cuenta de que el sacerdote tenía razón: la zona, boscosa, escarpada y con un terreno abrupto, era una trampa mortal si no se andaba con cierta cautela a plena luz del día. Un absoluto peligro por la noche. El avance sería más lento de lo esperado. Sin embargo, tenía una ventaja: seguirles el rastro no sería nada fácil y había la posibilidad, no tan remota de escapar de las garras de Ásper.

Subidas y bajadas entre árboles y matorrales, alternados con ciertos claros, daba la impresión de que estuviesen solos en medio de un territorio virgen si no fuera por los gritos, a cierta distancia, de los perseguidores. No obstante, parecía que estaban algo desorientados. Encontraron una cañada, que sugería que viraban al Noroeste, no del todo desviados de su ruta si la seguían con cuidado.

Al rato y sorprendentemente, bordeando una colina, se encontraron de bruces con Nigilio Prudens, con golpes y magulladuras en buena parte del cuerpo, aparte de una herida abierta en el pecho. Sentado sobre una piedra, recobrando el resuello, tenía la mitad de la cara manchada de sangre y un ojo a la funerala. Con el ojo sano, se puso en pie tambaleándose. Caio Mario, instintivamente sacó el *pugio* y Aulo Valerio alzó la antorcha apagada con las dos manos como si tuviera un garrote.

—Ya basta —indicó haciendo un gesto con la mano para apaciguarlos—. Creo que ya he cometido suficientes errores por hoy.

—¿Qué pretendes? —expresó el joven primogénito del Prefecto acatando la petición.

—Parece que los dioses me han castigado por mi vanidad. Ha sido una equivocación exigiros el dinero, peor aún aguardaros en la puerta del templo de Plutón, nefasto llamar a mis *conmilitones* y una absoluta necedad haber intentado negociar con ese cerdo traicionero. No sé si sois lo que decís, pero tenéis la protección de alguna divinidad. Eso es innegable. No me interpondré en el camino de alguien así.

Tomando del cinto la *gladius* con su funda, la extendió hacia Caio Mario, con el mango hacia él. La tomó sin reservas, aunque con confusión en su rostro.

—Te la has ganado —sonrió al decirlo—. Tómalo como un signo de disculpa. No te preocupes, aún tengo otra mejor en mi hogar.

—Podemos buscar alguna granja para que te cuiden —ofreció el liberto procurando ser cabal.

—Hay una cerca en la que conozco a sus moradores, pero puedo ir solo.

—¿Y si te encuentran los que nos siguen?

—Conozco mi tierra mejor que vosotros. ¿Cómo creéis que he llegado aquí? En cualquier caso no es grave, ese liberto pretencioso no sabe usar una *gladius* y la *subarmalis*<sup>[145]</sup> ha parado suficientemente el golpe. La caída por el terraplén ha sido peor. Un par de días de reposo y estaré mejor.

—¿Cuál es la ruta más segura para llegar a Ravenna?

—Continuad la cañada hasta donde se bifurca y seguid el sendero de la derecha. Es intrincado y tardaréis más en llegar, pero es más seguro. También tiene una tosca choza de pastores algo separada donde podréis pernoctar. No estará ocupada aún.

—Gratitud.

—Ahora iros antes de que vuestra buena Fortuna siga eclipsando la mía.

## ACOSO Y DERRIBO

OCRE. Predominaba dicho color en el atardecer que llegaba inexorable, formando en el cielo cretense, un hermoso arrebol. Sexto Valerio no solía ser una persona que destacara por su impulsividad, ni que dejara el destino al azar, pero el tiempo corría en contra y debía tomar una decisión rápida sobre cómo escapar de Creta. El puerto era la única vía y tenía que hacerlo rápido. Eso sí, el campamento que había creado en el interior lo había vaciado, pero dejando toda su estructura intacta y los objetos superfluos, o que no pudieran cargar, en el interior.

El objetivo era hacerse con una embarcación, quemar las restantes, o al menos todas las posibles, y partir de inmediato. El tiempo parecía acompañar tras la inestabilidad meteorológica que había sufrido y solo tendrían una oportunidad.

Sus avanzadillas, siempre en corto número y procurando pasar desapercibidas entre viajeros y lugareños, habían detectado ciertas tropas de Numerio Lupo. Al parecer había conseguido reunir buena parte de los hombres obtenidos en Egipto que se habían dispersado por el temporal. Con un poco de suerte, no todos lo habrían logrado, aunque seguía teniendo más tropas que él. Según las estimaciones del incansable Basso, que había pasado buena parte de la jornada con dos elegidos vestidos de ropas de paisano oteando los alrededores, Numerio Lupo disponía de al menos unos 200 hombres. A esas alturas, recién iniciado octubre, solo dos puertos tendrían barcos de entidad y suficiente calado, el cercano a *Gortyna* y *Heraklion* más al Norte. Y el senador sabía de su desesperación.

Tras una investigación exhaustiva, en la que apenas pudo acercarse al puerto que estaba prácticamente cerrado a todo aquel que no tuviese un permiso especial, el africano concluyó que había al menos 50 hombres en él, aparte de otros 50 en la propia *Gortyna* que llegarían en menos de media hora si se producía una alarma. Una cantidad similar debía estar en *Heraklion*, seguramente con ayuda de otros auxiliares afincados allí o algún tipo de

cuerpo armado. Había un hilo de esperanza. Había sido elegido el lugar, la hora y el modo. Restaba ejecutar.

Todo el personal había sido convocado: absolutamente todos los auxiliares, incluso los pocos que habían causado baja por dolencias menores se habían unido. Visualizaban el objetivo Valerio, Isela, Marcelo, Behrooz, Minoos, Anakletos, Kismet, Emilia y Adelfos. También los ocho marinos y el piloto a quien le faltaban dos dedos estaban allí. Nadie se había quedado atrás. Desde un pequeño promontorio, todos ellos disfrutaban del, quizás con un poco de suerte, último atardecer cretense junto con los *calones* que controlaban bestias y las pertenencias más valiosas. El crepúsculo en esa tierra era tan hermoso como los observados en Egipto, con un cielo azulado que se anaranjaba en los compases previos a la puesta de sol. Una luz distinta al Norte o a otros lugares por donde habían pasado. La belleza de la naturaleza se mostraba distinta en cada parte del mundo que visitaban. ¡Qué variado, gigantesco y bello podía ser todo desde la pupila de un viajero! Sin embargo, en esos días había poco tiempo para el regocijo. La inmensidad de la incertidumbre pesaba como una losa. Aunque no tanto para el Prefecto y su esposa, quienes llevaban tanto vivido.

—No me gusta, demasiado fácil —expuso sus temores Vesper, el único *miles* presente.

—Si no posee muchos hombres, es normal que los tenga que dividir —explicó Anakletos.

—Numerio Lupo ya ha demostrado su estupidez en otra ocasión —puntualizó el Prefecto.

—Algo falla Valerio, créeme.

El hecho de que el siciliano lo llamara tan familiarmente frente a los otros y mostrara sus recelos públicamente tenía la intencionalidad de que lo escuchase y se dejara aconsejar. Posando su mano en el hombro, con tono paternalista y mirada dulce le contestó.

—Míranos, ¿qué otra opción tenemos? Estamos desesperados.

—La última vez que dijiste eso estuviste a punto de morir en Germania y nosotros contigo<sup>[146]</sup>.

—Cierto —sonrió lacónico—. E igualmente tenemos que tomar una decisión arriesgada o nos cercarán y aniquilarán o, aún peor, nos matarán de hambre. Es mejor intentarlo y caer, a morir sin hacer nada.

Vesper tenía una extraña sensación que no podía explicar, como le ocurrió en *Alexandria*. ¿Se le estaría pegando la intuición innegable de Minoos? El informe de Basso había sido bastante exhaustivo y todo parecía tener sentido.

No obstante, los argumentos presentados no tenía réplica posible. Por ello, solo pudo afirmar con la cabeza y posar su mano también en el hombro de su superior. Luego, fue a unirse a las tropas.

Se habían tomado todas las precauciones posibles. Sexto Valerio no solía jugárselo todo a una única carta si no era estrictamente necesario. Aparte de dejar el campamento sólidamente plantado, había dividido las fuerzas con órdenes concretas en tres grupos.

El primero, comandado por el propio Basso estaba descansando cerca del puerto, con un pequeño grupo de hombres seleccionados incluyendo a Macro «el joven», se encontraban dispersados en los alrededores, esperando que, a última hora de la tarde, iniciar el ataque.

El segundo grupo lo comandaba directamente Andros auxiliado por Fortis, quien entraría en el puerto con todo el equipo y preparado para el choque. Estaban tras una cresta, muy cercanos y ocultos a la vista de curiosos.

El tercero, liderado por Vesper y codirigido por Córax, incluyendo a Estitio, se abalanzaría en retaguardia con un doble propósito: ayudar si fuese necesario como tropa de refresco y, si la cosa tornaba mal, ayudar en la retirada. Aguardaban los primeros signos de lucha encubiertos en un bosquecillo a un tiro de piedra.

La intención era que la sorpresa, y la llegada de refuerzos, como si se tratara de olas en una playa, desajustaran toda posible reacción de las tropas allí estacionadas. Parecía que estaban guarecidos en unos sencillos edificios de ladrillos colocados alrededor de la entrada del puerto, donde la mayoría holgazaneaba en la tarde. Eso sí, totalmente ataviados con la impedimenta.

—Todo está preparado. Estad atentos —sugirió el hispano.

—Estamos en manos de los dioses —sentenció Isela.

—Esperemos que los dioses sigan dándonos su favor —replicó Anakletos.

El atardecer de aquellos días de octubre les daba la sensación de estar a solas con la luna. El sugerente sonido del oleaje chocando con la tierra ayudaba y el silencio recorría el puerto sin que nadie lo enturbiara. Aguardaban la puesta de sol. Sin embargo, una pequeña comitiva de borrachos interrumpió el momento, danzando y cantando en una lengua extraña para ellos. Parecían africanos y sirios.

Un *tesserarius* que estaba de guardia, molesto por la interrupción, se acercó a ellos seguido de tres auxiliares con actitud hostil pero sin desnudar las armas.

—El puerto está cerrado, volved vuestros pasos por donde habéis venido —gritó y puso los puños sobre sus caderas.

—Estamos celebrando que es padre, *miles*, no molestamos a nadie —explicó uno de los sirios con la lengua un poco trapajosa.

Comenzaron a mantear a uno de ellos ante la atónita mirada del *tesserarius* que empezó a increparlos ante la indiferencia del grupo. Varios auxiliares, ante el estrépito montado, comenzaron a acercarse entre curiosos y enfadados con una actitud más hostil. No se dieron cuenta de que las *caligae* que portaban los juerguistas les delataban como auxiliares hasta que fue tarde para ellos.

Con una sincronización solo apta para aquellos que han sido bien adiestrados y están acostumbrados a trabajar juntos, iniciaron el ataque sorpresa. Los que estaban más cercanos a la primera línea de enemigos, desenvainaron sus *gladii* y sus *pugii* buscando, sobre todo, el cuello de sus oponentes. En el centro se desplegaron los más alejados que lanzaron flechas y jabalinas a objetivos ligeramente más desplazados una vez que la primera línea cayó, con una precisión mortal. En solo unos pocos segundos, doce auxiliares enemigos estaban muertos o moribundos.

Mientras avanzaban a toda velocidad para aprovechar la sorpresa, por la izquierda llegaba Andros y Fortis con los suyos para apoyarlos al trote y listos para el combate. Sin embargo, la reacción de los adversarios fue errática: unos pocos intentaron hacer frente a los recién llegados siendo arrollados con facilidad mientras Basso y los suyos «limpiaban» los dos edificios adyacentes. Destacó uno de ellos que comenzó a tocar una campana desde el primer momento, y de forma incesante, para dar la alarma. Finalmente fue atravesado por una jabalina. Sin embargo, lo extraño era que el grueso retrocedía hacia el interior del puerto, a la zona de los barcos. Quizás para intentar huir o reorganizarse mejor para la defensa. O eso creyeron.

Una vez eliminado todo enemigo que se opusiera en los primeros pasos, los elegidos de Basso y Andros miraron con estupor que se habían adelantado a su idea: de entre los barcos, decenas de *milites* empezaron a emerger armados y listos para el combate. Y no dejaban de manar. Ellos no llegaban ni a cincuenta, sin contar con la retaguardia. Enzarsarse en un cuerpo a cuerpo solo tendría un resultado: la aniquilación. Durante unos segundos, ambas facciones quedaron petrificadas, reorganizándose.

—¡Por Iuno! ¿De dónde han salido todos esos? —dijo Adelphos mostrando atónito la sorpresa de todos los presentes quienes, ahora, enseñaban todo su cuerpo desde el promontorio.

—Es evidente que nos esperaban —respondió con preocupación el Prefecto.

Pese a la distancia se veía con claridad todo lo ocurrido. Las túnicas azules de sus hombres contrastaban con las blancas y otros tonos crema portadas por sus contrarios. Había que hacer algo y rápido. Con todos los efectivos les superaban, al menos, tres a uno, y tenían el sol de cara. Bueno, los rayos que quedaban. De la ilusión inicial y nervios, pasaron a tener un nudo en el estómago y temer que toda la operación fuese un enorme fiasco que acabase definitivamente con los presentes.

—¡Un caballo! —gritó Valerio a los *calones* súbitamente sin mirar atrás ante la mirada perpleja del resto—. ¡Y mi *falcata* de caballería!

—¿Qué te propones? —interrogó el armenio.

—Tomar todas las monturas que tenemos y cargar con todos los *milites*.

—¡Mirad! —exclamó Kismet señalando a la espalda de los presentes.

Para empeorar la situación, una formación de caballería se vislumbraba en el horizonte, no muy lejana, intuyéndose por la polvareda levantada. Sea como fuere, se podía tratar perfectamente de una treintena o más de monturas, suficientes para arrollarlos y cercarlos por ambas partes. Un cerrojo del que no tendrían escape.

—¡Un caballo he dicho! —repitió con nerviosismo y evidente enojo el hispano.

—¿Pretendes continuar tu idea? ¿Has perdido el juicio? —se atrevió a decir Kismet, asustada por el inminente desastre.

—Valerio, da la orden de retirada. Debemos escapar de aquí —le dijo con dulzura Isela tomándole del brazo y dándole la *falcata* de Ditalkon, el que fuera su más fiel liberto.

—Si masacran a mis hombres, ¿quién nos protegerá de la ira de Numerio Lupo? —razonó velozmente—. Tengo que plantar cara y ganar tiempo para hacer una retirada organizada. No saben que nos atacan por retaguardia. Los marineros también vendrán.

—¿Nosotros? —dudó el hombre a quien le faltaban dos dedos.

—¿Para qué si no os he armado? —advirtió con intención—. Heraklous os dijo que dierais toda la ayuda posible. Y habéis sido bien pagados —aterrados comenzaron a descender llenos de dudas.

—No servirán de mucho —evidenció Adelphos.

—Al menos estorbarán —respondió gélido Valerio ya aprestado para el combate.

—Te acompaño —exhortó Anakletos tomando un equino.

—¡Padre! —gimió Kismet aterrorizada.

—Hija, tengo que ir. Toda mano es poca para lo que nos aguarda. —Isela tomó a la joven por los hombros para consolarla e intentar tranquilizarla.

—¿Estás seguro de lo que haces? —consultó Sexto Valerio.

—No me has visto combatir con el arco y la *gladius*. Entonces no dudarías.

—Así lo espero —la indiferencia del oficial no pasó desapercibida. La situación era tan crítica que ya poco importaba proteger su vida si ninguno quedaba en pie al final de la jornada. Behrooz, siempre en un mutismo introvertido también se preparó—. Adelphos, te dejo al cargo de los demás. Si todo falla, llévalos a *Gortyna* y busca a Gansa para que os proteja.

—Así se hará.

—Minoo... ¿tienes algo que decirme?

El dulce chico le abrazó la pierna entre lágrimas. La sensibilidad de aquel crío le conmovía, inclinándose hacia él y acariciándole mientras su mujer se acercaba con Marcelo en brazos. Minoo le susurró algo al oído. Luego besó a su mujer y a su hijo y se preparó para salir al galope, no sin antes mandar un mensaje claro.

—Cuida de mi familia Minoo, que también es la tuya.

El choque no se hizo esperar. Madera y metal, gritos y bufidos, odio y valor, sangre y orina. Lo normal. El oficio.

La experiencia de la *vexillatio* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* fue determinante en los primeros compases de la lucha al mostrarse completamente superior en cuanto a técnicas de combate, experiencia y lo que viene siendo el acuchillarse los unos a los otros. El arrojo debía ser total ya que, si perdían la iniciativa, los números no les favorecían. No pasó mucho tiempo hasta que el *cornu*<sup>[147]</sup>, tocado por el mismo Prefecto, sonó en la distancia. Se trataba de los acordes específicos que indicaban con claridad la «retirada ordenada». Esto suponía que la vanguardia debía comenzar a ceder progresivamente terreno y ser cubiertos por la retaguardia que, posteriormente, ocuparía su lugar. Igualmente, los hombres de Basso, apoyarían este despliegue, hostigando por los flancos para debilitar al enemigo. Lo habían ensayado decenas de veces en el campamento, quizás cientos, aunque solo lo habían puesto en práctica en una ocasión. Sin embargo, para ser honestos, cuando lo llevaron a cabo era la cohorte al completo. Ahora, con tan corto número, disminuía las posibilidades de éxito.

De una forma homogénea, comenzaron a dar pasos atrás lentamente, bajando ligeramente la intensidad del combate. Los enemigos, confusos en un inicio, empezaron a presionar con más ahínco pero sin romper la formación del todo ya que, aquel que lo hacía, caía herido o muerto en poco tiempo. Ciertamente, los hombres de Sexto Valerio sabían lo que hacían y no tenían por qué precipitarse en acabar con ellos.

Al cabo de unos pocos minutos, los hombres de Vesper y Córax se filtraron en la línea de vanguardia tomando el relevo, llevándose a cabo la operación con limpieza y eficiencia, sin que los oponentes prácticamente se dieran cuenta de lo sucedido. Poco a poco, se alejaban del puerto tomando la vía que los llevaba a *Gortyna*. A su espalda, los cuerpos de los heridos, moribundos y muertos teñían el suelo de rojo y el aire de gemidos o lamentos.

Pronto se dieron cuenta de que algo no iba bien. Especialmente cuando el Prefecto apareció con caballos y la cara desencajada. Aquí surgió el primer atisbo de duda entre sus encorajinados *milites*.

—¡En formación! ¡Mantened la formación!

Se desgañitaba el Prefecto al ver que sus adversarios habían aprovechado dicha vacilación para dar un paso y tomar la iniciativa, lo que costó dos bajas de los suyos y casi el desplome de la formación. Que estuviese entre las líneas y listo para combatir en vez de estar dirigiendo y con los protegidos era una mala señal. Sin vacilar, se volvió a ordenar a algunos de los hombres de Basso, incluyendo al mismo, los mejores jinetes, para que se unieran a él y Anakletos. Mientras tomaban las monturas, continuó dando instrucciones a los demás.

—¡Andros! ¡Que los tuyos tomen lanzas y se unan a nuestra «caballería»! Id donde se encuentran los marineros. ¡El resto aguantad la embestida e id retrocediendo poco a poco! ¡No os dejéis dominar por vuestro miedo! ¡Orden y disciplina! ¡Honor, Prudencia, Gloria!

—¡Honor, Prudencia, Gloria!

Repitieron la frase en varias ocasiones los *milites*, siguiendo las directrices marcadas con un extraño ánimo renovado. Valerio tenía una extraña capacidad para conectar con la gente. Algo fuera de lo habitual en este contexto. Puede ser por ese aura mística, o por predicar con el ejemplo, o por su comprensión y empatía, todo a la vez, u otra cosa que no se pudiese explicar con palabras.

Alejándose a paso ligero un largo trecho, fueron al encuentro de la caballería enemiga, de la que ya se intuía una formación más o menos compacta y nutrida para los defensores que poseía.

—¡Formación contra caballería! —exhortó el Prefecto—. ¡Marineros! ¡Apuñalad a todo el que sobrepase la línea!

—¡En formación! —repitió Andros con más sonoridad.

—¡Caballería! ¡Hostigamiento y evasión! ¡Adelante! —y con esta frase se abalanzaron hacia las líneas enemigas que continuaban su trote hacia ellos.

Contando al hispano, a Basso, a Behrooz y a Anakletos, eran ocho los miembros de «caballería» de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* que se enfrentaban a, por lo que se podía ver, 40 jinetes enemigos. Igualmente, los hombres de Andros no llegaba ni a treinta, contando a los marineros.

La formación contra caballería consistía en que la primera línea apoyaba su escudo de teja sobre el suelo y la segunda lo ponía sobre él en oblicuo asomando las lanzas por la derecha de dicho escudo. Si había una tercera línea o más (que no era el caso), apoyaban a sus compañeros o lanzaban objetos sobre los jinetes. Podía llegar a ser efectiva si templaban para no apartarse cuando los equinos llegasen frente a ellos, lo que podía ser comprensible. Y delirante.

Cuando los improvisados équites se fueron acercando, pudieron ver que se trataba de caballería panonia, considerada la élite de este cuerpo. La única buena noticia es que se vislumbraba que se habían especializado en el choque, teniendo pocas jabalinas, buscando más el contacto directo que el acoso.

—¡Recordad! ¡No busquéis el combate! ¡Solo queremos desorganizarlos! —conminó tomando una jabalina y mostrando sus dientes con furia.

Con un grito de combate, giraron sus monturas 180 grados lanzando los proyectiles que tenían y tomando la retirada. Solo dos fueron alcanzados de lleno por ellos. Más livianos y con sus corceles más descansados, tomaron una ligera ventaja. Behrooz y Anakletos mostraron su pericia en el tiro parto<sup>[148]</sup>, disparando flechas con una notable cadencia y con una precisión letal, destacando sobremanera el armenio.

—¡Nuestro turno muchachos! —rugió Andros cuando ya estaban a una distancia en la que se reconocían las facciones de los enemigos—. ¡Ni un movimiento u os mato yo mismo! ¡Que no se diga que nos faltan testículos! ¡Enseñémosles como luchan los *milites* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*! ¡No lo olvidarán!

—¡Los caballos no chocarán si nos mantenemos unidos! —puntualizó Fortis con un temblor debido a la excitación.

Durante unos segundos los veintitantos locos aguantaron la respiración, notando solo podían oírse su propio corazón que casi se salía del pecho. Un instante en el que la mayoría ni quiso mirar, ocultando sus ojos tras los

escudos de teja y los marineros tras ellos. Apretaron los dientes, cerraron los ojos, tensaron los músculos de piernas y brazos. Aunque no se produjo casi ningún choque.

Varios de la primera línea de los panonios comenzaron a sortearlos como un río cuando rodea una piedra, siguiendo la estela de los pocos elegidos por Valerio para hostigar. Entonces se dio la orden de apertura y avance, en cuanto pasaron los hombres de su propia «caballería». Utilizando sus escudos como arietes unidos a unas lanzadas firmes, se buscaba derribar al jinete, pero sin importar el animal para ello.

La confusión que se creó era indescriptible, había corceles encabritados, heridos retirándose como podían para no ser pisoteados, o *milites* de uno y otro bando acuchillándose sin piedad. El horror y el estímulo se mezclaron en un momento de locura en el que todos se entremezclaron para destrozar a su enemigo. Anakletos y Behrooz no dejaban de asañar sin contemplaciones. Andros, que había sido derribado y perdido su *gladius* que estaba fuera de su alcance, estaba presionado bajo su propio escudo apuñalando con su *pugio* a todo lo que encontraba a su alrededor, ya fuese caballo o jinete. Fortis había sido de los pocos que continuaba erguidos y de una pieza dando instrucciones y alanceando a lo que estuviese cerca. Los marineros, aunque fueron masacrados, se mantuvieron en su puesto tratando torpemente de defenderse con las *gladii* y las lanzas que les habían proporcionado. Mientras tanto, Valerio se abalanzó sobre un jinete al cual le partió la cara en dos con la vieja *falcata* de Ditalkon.

Pese a todo, el combate duró muy poco: buena parte de los équites se dispersaron maltrechos tras su fracaso hacia la retaguardia. Esperarían otra oportunidad. Un grito de júbilo aunó a los supervivientes cuando eliminaron al último rezagado. Aunque no duró demasiado.

—¡Infantería! ¡Llegan más! —gritó un auxiliar.

Los hombres de Vesper lo estaban haciendo bien. Pocas bajas por ambas partes, habiendo más entre sus oponentes y con un repliegue organizado y en orden. Sin fisuras. Habían visto que, pese a su superioridad numérica, la capacidad táctica de aquellos *milites* era extraordinaria y era mejor presionarlos progresivamente. El tiempo jugaba en contra de ellos en cualquier caso.

De nuevo, unas notas de *cornu* sonaron por la espalda. Esta vez el mensaje era claro: «urgencia». Basso tomó el lugar de Vesper en la formación

y se puso tras la línea de sus hombres. Pudo ver que, en la distancia, otro importante contingente de tropas a pie se dirigían hacia ellos, a paso ligero. La trampa estaba preparada. A galope tendido apareció el Prefecto que se detuvo junto a su leal asistente.

—Vienen más tropas de refuerzo —informó monótono—. Nos vamos por el sendero del bosque. Es nuestra única oportunidad. Tenéis que llegar antes de que nos copen. Los supervivientes de Andros y Fortis se están replegando y se llevarán a vuestros heridos. Aligerad el paso u os cercarán.

—Llegaremos —afirmó con seguridad.

—Intentaré retrasarlos todo lo que pueda. ¡*Velites* a mí! ¡Id al promontorio e id abriendo camino!

Desde ese momento, la retirada se hizo más y más agónica. Los auxiliares de Córax que, hasta ese momento habían sido ejemplares, comenzaron a dudar. Habían conseguido desvanecer aquel mísero recuerdo en *Tamiat* y redimirse de su actuación con dignidad. No obstante, quedar expuestos de tal manera, hacía que fuesen perdiendo su sangre fría.

—¡Mantened la formación insensatos! —se desgañitaba el *Optio*—. ¡Mantened el paso o nos exterminarán a todos!

Estaban al borde del colapso. Muchos miraban por el rabillo del ojo como los siete équites improvisados (uno ya había caído) procuraban retrasar la vanguardia, sin demasiado éxito e incluso exponiéndose en demasía. Entonces a Vesper se le ocurrió una idea.

—¡El Prefecto nos está dando tiempo jugándose la vida en ello! ¡Otra vez! ¡Por vosotros! ¡No seáis ingratos y no bajéis los brazos o moriremos todos aquí! —vociferó con toda la fuerza que pudo—. ¡No pienso morir hoy! ¿Y vosotros?

Un bramido colérico surgió entre las líneas. Era cierto que Valerio no se solía exponer habitualmente en los últimos años, pero cuando se requería, y era común, estaba en primera línea. Muchos lo consideraban un favorito de los dioses, otros no tanto. En cualquier caso tenía el respeto de aquellos hombres de procedencias tan dispares y que tenían una lealtad absoluta por su líder.

Sin darse cuenta, ya se encontraban en el arranque del sendero, siendo rápidamente flanqueados por Valerio y los jinetes (otro había caído en el intento de retrasar a los refuerzos), siendo aclamados al pasar. No conseguirían cerrar la trampa, pero en poco minutos se unirían formando una aglomeración de cientos de enemigos, demasiados para ellos. Los iban a triturar.

Al entrar en el lindero del bosque, a un tiro de piedra del cruce del sendero con la vía, las tropas de refresco apretaron el paso y se unieron a las otras. Sin embargo, la noche había hecho aparición, con nubes y claros, siendo la posibilidad de la lucha formal complicada y perjudicial para todos. Los uniformes se parecían y uno se debía guiar por su intuición. Además le habían dejado varios pasos de distancia mientras un Centurión enemigo reorganizaba las líneas para un ataque total. Córax, que se encontraba junto a Vesper, afirmó con la testa, sabiendo que el fin había llegado.

—No queda otra, conservad todo lo que queda de equipo si podéis. Nos hará falta más adelante, pero ahora es el momento de romper líneas y llegar lo antes posible al campamento. Dividíos en pequeños grupos, así será más difícil darnos caza —expuso Vesper con cierta sensatez—. ¡Vosotros conmigo! —señaló a varios auxiliares que tenía cerca.

—¡Que la Fortuna nos sea propicia! —dijo en forma de despedida Córax—. ¡Vosotros a mí!

Estitio se llevó a un tercer grupo mientras unos pocos se fueron por su lado poniendo pies en polvorosa —no hacía falta más instrucciones. La mayoría había memorizado el camino y sabía que tardarían algún tiempo en llegar. Horas quizás. Pero no debían perder tiempo.

A paso ligero, casi a la carrera, se fueron internando más y más, ascendiendo colinas, recorriendo cañadas o cruzando campos. A su espalda, se veían las antorchas que algunos de los enemigos portaban para arrojar algo de luz. Les pisaban los talones. ¿Alguno lo conseguiría?

Era noche cerrada cuando llegaron los primeros elementos al campamento: la avanzadilla formada por el personal civil (Isela, Marcelo, Mino, Emilia, Kismet, Adelphos y los *calones*) junto con unos pocos auxiliares de escolta.

Poco después llegaron los supervivientes del grupo de Andros, incluyendo algún que otro herido. Repitieron el santo y seña: «El Minotauro se ha escapado». De inmediato, el Centurión asumió el mando, profiriendo órdenes con eficacia pese al cansancio. Tomó rápidas directrices como que los *calones* se llevasen a los heridos y ayudaran en lo posible al *medicus*, que todos los *milites* disponibles se dispusieran en la empalizada, por lo que pudiera pasar y que Emilia repartiera agua y alimento a todos. Se lo habían ganado. Igualmente, Fortis ayudó de inmediato a su superior, colocándose como vigía y reorganizando a los hombres de la empalizada.

—¡Nadie dormirá hasta que el último de los nuestros vuelva!

Gritó Andros desde el portalón mostrando una energía que casi contagiaba. Estaban exhaustos, pero no les quedaba otra. Los otros se habían llevado lo peor y todos eran conscientes.

Un rato después aparecieron los seis improvisados équites, con el Prefecto a la cabeza. Nada más cruzar la puerta, bajó del corcel y abrazó a su mujer e hijo, pese a estar manchado parcialmente de sangre ajena.

—Estamos bien, estamos bien —indicó acariciándoles la cara—. Descansad, ya estamos a salvo.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó angustiada Isela—. ¿Por qué sabes que no atacarán el campamento hoy mismo?

—Se han reorganizado antes del ataque decisivo a nuestra retaguardia en el puerto. No lo harán ni hoy, ni mañana. Ellos también estarán agotados. Confía en mí.

La firmeza y convicción del Prefecto era reconfortante, aunque no fuese real. Tras besarlos a los dos y darle un cariñoso pellizco en el moflete a Minoo, que no se separaba de ellos, se fueron a intentar dormir. Este, le sonrió con amargura. ¿Mal augurio? No había tiempo para eso. Por otra parte, seguro que Isela no podría pegar ojo hasta que él se fuese con ella al lecho.

Al mismo tiempo y a poca distancia, Anakletos abrazó también a su hija y se retiró para asearse. No se le podía pedir más. Behrooz tomó las monturas y las llevó a que tomaran agua y descansaran. También estaban agotadas. Basso, con un pequeño corte en su rostro, fue a que le atendiera Adelphos por orden directa del Prefecto. Los otros dos, se quedaron sentados junto a la puerta principal. Una vez que todos se habían dispersado, Sexto Valerio se dirigió a Andros.

—¿Vesper? ¿Córax?

—Solo han llegado un auxiliar de su grupo que ha venido por su cuenta, *domine*.

—Quedan todavía más de una veintena de los nuestros fuera —reflexionó para sí. Se volvió hacia la empalizada, donde estaban los supervivientes del grupo de su Centurión—. ¿Voluntarios para unirse a mis équites?

—Los hombres están extenuados, al igual que las monturas. Dales un respiro —opinó con cierta lógica Behrooz.

—Cierto —alzando aún más la voz—. Creedme, soy el primero que no desea volver fuera. Sin embargo, pensad que podíais haber sido uno de vosotros el que estuviera ahí. De acuerdo, sirio, unos instantes de reposo para

los caballos. Luego saldré aunque sea solo: si puedo ayudar al repliegue de los hombres, lo haré.

—Que así sea, yo te acompañaré —indicó el cicatrizado y enigmático asalariado de Vibia.

—Y esta vez yo también —se sumó el joven Macro.

Un auxiliar más se sumó, formando una pequeña comitiva que saldría después de reponer algo de fuerza y avituallarse.

Unos veinte minutos después partieron, no sin dudas de si habían hecho bien en partir. Quizás provocaran su propia muerte sin conseguir salvar a ninguno más. Tal vez todos los que quedaban ya estaban muertos o capturados. Es posible que su esfuerzo fuese en vano, no obstante, había que intentarlo. Por Honor. Por sus familias. Por lealtad a los suyos.

Una buena noticia: el grupo de Vesper había llegado al completo un momento antes de proceder a la exploración, siendo acogido con alegría y esperanza de que retornaran todos. Reportó con rapidez que se habían distribuido en tres grupos y que algunos habían partido solos. Ellos, por su parte, habían tomado un camino sinuoso y algo alejado de la ruta tomada a la ida, pero sin tener percances. El asistente, no dudó en unirse a la expedición. Quedaban otros dos grupos y no quería abandonarlos.

Con un trote liviano por la vaguada, a poco de salir del campamento, se encontraron con el grupo de Estitio. Habían tenido un mal encuentro con un pequeño contingente superviviente de caballería que estaba patrullando los caminos, matando a uno de los suyos e hiriendo a otro. Sin embargo, no los persiguieron cuando comenzaron a subir por una peña y a lanzarles piedras. Perspicaces.

Quedaba pues, el grupo de Córax, con el cual no se habían cruzado. Si alguno de los que se fueron por su cuenta no regresaba, no podrían hacer nada.

Largo rato estuvieron recorriendo la zona, esperando alguna señal o indicio del grupo. Pero nada, no había nada. Notaban algo en el ambiente que lo había enrarecido. Quizás fuesen impresiones suyas o sugestión por las circunstancias, aunque el aire estaba cargado y las nubes parecían acechantes. Todo esto contrastaba con el silencio de los alrededores. No había ni una gota de brisa, ni el sonido de un animal o el crujido de una rama, lo que ayudaba porque demostraba que no había nadie cerca. Eso sí, provocaba turbación entre los jinetes, que se mostraban agitados.

—El silencio de la muerte —susurró entre dientes Macro «el joven».

Perdieron la noción del tiempo, no sabían si llevaban minutos u horas buscando un rastro que no aparecía. En cualquier caso, no era buena señal. Decidieron dar una última vuelta de reconocimiento por la zona y volver para ver si habían regresado. Había que evitar un mal encuentro y quizás, con un poco de suerte, ya había regresado y estaban dando vueltas para nada.

De repente, un violento murmullo los estremeció. No estaba lejos, quizás detrás de una pequeña garganta que se encontraba a no mucha distancia. Espoleando sus monturas, a medida que se acercaban veían la claridad que ofrecían alguna antorchas. Evidentemente enemigas. Valerio se temía lo peor. Se escuchaba los alaridos entrecortados de Córax con frases como «¡Nadie se rinde!» o «No quieren prisioneros».

A un galope suave, se encontraron con la situación que era de esperar, pero no deseable: una treintena de enemigos tenían acorralados a Córax y a cuatro más. Ya había caído alguno e incluso el propio *Optio*, sangraba por su rostro.

—¡Cargad! —rugió desenvainando la *falcata* el Prefecto.

Los cinco équites voluntarios se lanzaron a voz en grito y abalanzándose sobre ellos. Los enemigos no tuvieron la capacidad inicial para repelerlos. Córax y los suyos, haciendo un esfuerzo supremo, presionaron también para tener una última oportunidad de salir de aquello.

Encajados por dos partes, el choque del metal con otro metal o con la carne no se hizo esperar. Sangre por doquier y gritos, muchos gritos. Se luchaba con frenesí, con locura. Además, la zona tenía una gruesa capa de arena que provocó una nube de polvo en suspensión que agravó la vista y la respiración de los presentes.

El más desbocado era Vesper, que saltó de su caballo como un resorte (no le gustaba en demasía combatir sobre este animal) utilizando su *gladius* y su *pugio* para clavar y dar tajos por doquier, completamente cegado por una lujuria asesina, como un lobo sediento de la sangre de una manada de ovejas.

Se combatía sin pausa, sin misericordia y parecía que podía haber un resultado incierto hasta que, casi la mitad de los oponentes, puso tierra de por medio muy pronto, sin que nadie se lo impidiese. El resto, fueron masacrados. Tintos de sangre, esperaron a que disipase la fina cortina de polvo que, con las antorchas en el suelo, daba una luz amarillenta al entorno y un aspecto a los presentes como salidos de sus peores pesadillas. Sangre y polvareda entremezclados.

De los diez luchadores (cinco a caballo y cinco de a pie), dos no lo habían conseguido, entre ellos el bravo Córax que estaba en las últimas. Bocarriba, en genuflexión y el rostro crispado, había recibido una herida letal en la base del cuello. Aparte de otras heridas menos graves en la sien derecha y en el gemelo izquierdo. Se tapaba el orificio de la garganta con la mano izquierda mientras sacaba una bota que tenía con unas pocas gotas de vino. Sus compañeros lo miraron con extrañeza.

—Mejor el gusto del vino en la boca —consiguió decir entre gárgaras de vino y sangre.

Consiguió sacarles una sonrisa triste, incluyendo él mismo, cerrando poco después los ojos por última vez. Así se despidió un excelente *miles*, con una sonrisa y con paz. Así dejó una impronta y una historia a los que le apreciaban y respetaban. El valor y la serenidad frente a la muerte. Así ganó su lugar en el Elíseo, donde Caronte y Plutón tendrían que reconocer sus cualidades.

El sol se alzó tímido aquel día, como temeroso de ver que su luz mostraba las muertes del día anterior, con una etérea niebla que parecía querer arropar los cuerpos insepultos. Ocultar la barbarie. No obstante, desde la *domus* de una familia local ecuestre, donde se encontraba alojado Numerio Lupo, quien saludaba la mañana con una copa de vino, queso y compotas de frutas para el pan. Se mostraba satisfecho consigo mismo y displicente con su anfitrión con el que charlaba animosamente a pesar de haber dormido poco. Solo la interrupción de un airado Antonino Scaeva nubló ligeramente el humor del senador.

—Bienvenido Antonino, supongo que has cumplido estrictamente las órdenes recibidas —expuso con cordialidad.

—Así ha sido, *domine*. —respondió con tono glacial.

—Excelente. Estarás famélico, por favor aséate y únete a nosotros —sugirió con los brazos abiertos pero con una mirada intencionada.

—Luego, *domine*. —indicó contenido y quedándose firme junto a ellos—. Hay asuntos que tratar sobre los enfrentamientos de la noche.

—La victoria querrás decir.

—Así es, si lo dice el *domine*. —no sonaba desafiante, pero sí descontento.

—Déjanos.

Sin cuestionar nada, el ecuestre cretense se fue con expresión relajada. Solo quería ganar favores, sin querer interesarse mínimamente por los asuntos del patricio. Mejor para todos los implicados. Por su parte, Numerio Lupo tornó a una postura distendida, queriendo mostrar una absoluta confianza.

—Habla con franqueza.

—Recibí órdenes estrictas de mi *domine*, el *Praefectus classis*. —comenzó a exponer de forma directa y sin tapujos—. Debía ser yo quien controlara todo lo referente a la táctica y evitar otro desastre como *Tamiat*.

—Sí, lo sé.

—He seguido tus instrucciones, *domine*, pese a que creo que ha sido un total y absoluto error.

—Entiendo —hizo una pequeña pausa—. Crees que debería haber hecho un ataque total y no haberles dado cuartel en vez de ser prudentes.

—Estaban de rodillas y podíamos haberlos enterrado en el fango.

—Cierto: en plena noche, con la confusión correspondiente, un enemigo en desbandada totalmente acostumbrado a este tipo de combate —dijo sarcástico.

—¡Teníamos la superioridad numérica y los hombres más frescos!

—Igual que yo en *Tamiat*. —replicó con intención el senador.

—Pero esta vez teníamos la iniciativa.

—Y aún así, alguno habría escapado.

—Pocos, muy pocos.

—Quizás, pero olvidas algo importante: no he venido hasta Creta para matar *militēs*. Tienes razón, para ti la táctica, por eso te he dejado la dirección de las operaciones. Pero la estrategia es mía. He venido a matar a Anakletos y a Sexto Valerio. Hubieran escapado en cualquier caso y si fueran un número corto, se difuminarían refugiándose en algún poblado o habrían vagado por alguna ciudad durante mucho tiempo hasta que pudiéramos darles caza. Si le quedan un razonable número de hombres, volverá al bastión para lamerse las heridas. ¿Lo tenemos localizado?

—Sí.

Durante unos segundos, el veterano Centurión quedó en silencio meditando la información recibida. Tenía sentido. La mezcla de respeto, prudencia y anticipación había dejado completamente desarmado al *miles* que no pudo hacer otra cosa que sucumbir ante la brillantez del senador. Había un objetivo demarcado y eso era lo importante, no haciendo falta exterminar a aquellos que lo acompañaban. Finalmente descubrió que no era un necio y no

quería cometer errores de nuevo. Después de dejarle unos segundos para que rumiara sus palabras, el rico romano retomó la palabra.

—¿Has colocado centinelas alrededor?

—Sí, *domine*.

—¿Y enviado unidades para que coloquen fuertes en los accesos clave?

—También, *domine*.

—¿Cuántos hombres habéis cazado?

—No lo sabemos todavía, pero creemos que al menos la mitad ha conseguido volver.

—Esperaba mejores resultados. ¿Y nosotros? ¿Cuántas bajas hemos sufrido?

—Contando a muertos y heridos graves, se calcula que entre setenta y ochenta hombres.

—¿Tantos?

—Como dijo, *domine*, sabían lo que hacían.

—Eso nos deja con unos 350 efectivos, incluyendo los équites. Al menos la diferencia es de seis a uno, sin contar con los reservistas y veteranos, que reclutaremos solo si es necesario.

—Sí, *domine*.

—Utilizaremos una estrategia formal: los sitiaremos hasta que deseen combatir o se queden sin recursos. No es honorable, pero no buscamos fama ni gloria. En cualquier caso, no podemos salir de esta isla en unos meses así que el tiempo será nuestro aliado. Ahora, ¿deseas unirte a mí? —mostró de nuevo la comida.

—Después de asearme, *domine*. —aceptó sonriendo.

—Esperemos que esto sirva para limar asperezas entre nosotros, Centurión.

No se podía negar que Numerio Lupo había actuado con sagacidad y acosar a un enemigo como Sexto Valerio requería mucha entrega, constancia y audacia. Se precipitó una vez, no lo volvería a hacer. Quizás por eso eligió una estrategia tan conservadora. Sabía que un enfrentamiento contra un adversario experimentado y desesperado podía llegar a ser fatal y contraproducente. Quería todas las ventajas ya que, posiblemente, la lección de *Tamiat*, le abrió los ojos y no quería volver a sufrir otro revés. Había ejemplos de la efectividad de su estrategia en la Historia de Roma, como Scipio Emiliano en Numancia. Lo que no sopesó fue que también había ejemplos de fracaso, como Espartaco escapando de la trampa de Craso en el

sur de Italia. Las dudas surgieron: ¿quién daría la lección a quién? ¿Quién lo haría mejor? ¿Quién tendía la trampa? ¿O quién intentaba salir de ella?

## DO UT DES<sup>[149]</sup>

VERDE. En el verde pasto muy cercano a los alrededores, se enterraron los pocos cuerpos de los compañeros caídos tras el apropiado rito para prepararlos, honrarlos y despedirlos para la otra vida. Al menos, el lugar era bello para que reposaran sus restos y los oponentes les habían dejado realizarlo sin la más mínima intromisión. El verdor se debía a la últimas lluvias de la semana anterior que habían humedecido el suelo, además de un verano bastante benigno, aunque algunos lugareños hablaban de que la tierra era fértil y productiva por la sangre derramada en su tierra desde tiempos ancestrales.

No todos pudieron o quisieron asistir. El Prefecto Sexto Valerio no quería mostrar el número de *milites* que poseía y ni que Emilia, los *calones*, Mino, Isela y Marcelo lo presenciaran. Kismet y Anakletos deseaban hacerlo, quizás por un liviano sentimiento de responsabilidad de aquellas muertes o simple curiosidad por cómo realizaban los ritos. Behrooz también asistió por su acuciada religiosidad y ser temeroso de los dioses. De los destacados miembros de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*, se personaron allí Andros, Basso, Fortis, Estitio y, por supuesto, el Prefecto. Vesper quedó de guardia y el joven Macro salió para inspeccionar los alrededores.

El ritual, sencillo y corto por las circunstancias, se basó en el discurso del oficial superior (*laudatio*), caracterizado por la mención del esfuerzo, valor y sacrificio, enalteciendo la memoria de los fallecidos. Luego, sin más dilación, se procedió a la quema de los cuerpos tras poner una moneda en la boca para el barquero del inframundo. Las cenizas las recogerían un par de compañeros y le darían propia sepultura más adelante en un improvisado cementerio a pocos pasos al Este del campamento. No se podía hacer mucho más, ni ninguno lo esperaba. Todos sabían cómo eran las cosas. Incluso los difuntos.

No habían reposado mucho, pero fue reparador debido al cansancio. La tensión ayudaba a que todos estuvieran activos y preparados para cualquier disposición que tuviera el Prefecto quien, de inmediato, organizó un *consilium* con sus *principalis* y los más destacados de la comitiva. A saber:

Isela, Vesper, Andros, Basso, Fortis, Behrooz, Anakletos, Kismet, Adelpnos y Macro que acababa de llegar de la ronda. Emilia, se quedó muy cerca, junto a Mino y a Marcelo que estaba medio adormilado por el poco sueño de la activa noche.

—Amigos, ha sido una dura jornada, pero hay asuntos que tratar —expresó de forma solemne para abrir la reunión—. Antes de nada, gratitud por vuestro esfuerzo colectivo, incluyéndote a ti, Emilia y a los *calones*. —se sonrojó al decirlo—. Todos teníamos que intentar salir de aquí y la jugada salió mal para nuestra desgracia. Para empezar, Fortis, dame el listado de bajas.

—De los 73 combatientes, incluidos los marineros, Behrooz y Anakletos, *domine*, faltan 25 *militas* de los cuales, tenemos confirmados el fallecimiento de 19 de ellos. El resto, capturados o muertos. También aún tenemos 8 heridos en la enfermería —indicó con exactitud el *librarius* con tono marcial.

—Debo informar que esos heridos están controlados, 6 de ellos se incorporarán al servicio en pocos días, los otros están en manos de los dioses —señaló Adelpnos, que tenía la túnica manchada de sangre y aspecto cansado por toda la noche intentando salvar vidas. Sin embargo, se mostraba satisfecho por el trabajo realizado.

—¿Y los marinos?

—Todos muertos o heridos —añadió el egipcio.

—Eso nos deja a 40 hombres aptos para el servicio —calculó con rapidez Valerio—. Como siempre, la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* te debe mucho Adelpnos. Gratitud por tu encomiable labor.

—Si no requieres nada más, *domine*, me iré a reposar.

—Te lo has merecido, he colocado a un centinela por si se requiere tu atención.

Con una inclinación de la testa, se retiró. Había sido el único que no había descansado aún. Indudablemente, todos eran conscientes de la verdadera implicación del griego en su trabajo. Su energía e interés por reparar los cuerpos que la guerra había roto hizo que Valerio lo eligiese entre otras opciones. Los había supuestamente mejor preparados o experimentados. Incluso tenía fama de poco ortodoxo, sin embargo, la vocación de este hombre iba más allá de procurar la vida: también buscaba la comodidad de sus pacientes, la mejor reincorporación a su trabajo e incluso daba rondas para saber cómo se sentían una vez que se habían repuesto. Algunos auxiliares incluso recurrían a él para hablarle de cómo se sentían para curarles de otros males que no afectaban al cuerpo. Él siempre tenía la puerta abierta a todos.

No había nadie en el campamento que no le tuviera en estima y seguro que si no hubiera estado, más habrían muerto. Adelphos había encontrado su hogar entre las rudas gentes de todo el Imperio y se sentía pleno en la realización de su oficio.

—Casi la mitad han causado baja y por supuesto cuenta conmigo si es necesario —retomó el diálogo Anakletos.

—Todas las manos serán pocas —subrayó Isela.

—¿Qué conclusiones sacamos de lo acaecido ayer? —puso a prueba el oficial superior a los presentes.

—Que están bien organizados y dirigidos —puntualizó Vesper.

—Que sabían de nuestras intenciones, *domine*. —se sumó Andros.

—Que su intención es asfixiarnos con la construcción de campamentos en los alrededores —aportó Anakletos.

—Que tenemos pocos hombres para enfrentarnos a ellos —expresó tímidamente Kismet, ya que su padre le exhortaba para que tomara parte de las conversaciones, si tenía la oportunidad. Debía aprender a moverse en el mundo de los hombres ya que él no estaría para siempre.

—Que no tendremos otra oportunidad de tomar el puerto, *domine*. —recalcó Fortis.

—Y que Numerio Lupo no es un necio, quizás un asaltacunas chupador de vergas, pero sabe lo que hace —opinó Basso con seriedad sacando una sonrisa a varios de los presentes.

—Me gustan vuestras reflexiones, especialmente el comentario de Basso —dijo con sorna aunque súbitamente volvió al tono formal—. Pero se os olvida algo: la estrategia de Numerio Lupo es conservadora porque sabe que no puede vencernos directamente.

—*Domine*, poseen al menos 300 hombres, incluyendo a unos 20 équites, están montando varios campamentos colocados en todos los accesos de los alrededores. Nos superan siete u ocho a uno —recalcó Macro «el joven» intentado ser realista.

—Él nos ha ganado estratégicamente: tiene más hombres, recursos y el control de los principales puertos. Espera que nos quedemos aquí y nos muramos de hambre o salgamos a luchar en campo abierto. No entiende que hay otras opciones.

—¿Otras opciones? —se mostró extrañado Anakletos.

—Es hora de hablar a los hombres.

Con gran determinación, se puso en pie y se dirigió con paso firme hacia una pequeña tarima ante la expectación de todos los presentes que, sin

necesidad de ser llamados por el *cornu*, acudían esperando instrucciones, una guía o una orden. Sexto Valerio, con su flema habitual propia de los aristócratas, buena parte aprendida, aunque con un porte elegante innato, se aclaró la voz y comenzó su arenga.

—¡Hijos de Roma! Se me ha planteado una encrucijada: ser fiel al César o traicionarlo. He tomado la decisión que mi conciencia me ha dictado y os he arrastrado con ella. Por ello, os pido disculpas —breve detención—. Pero somos *milites* y estamos para servir a Roma, no para conspirar contra ella. Hemos logrado lo imposible, llegar desde *Alexandria*, pasando por *Tamiat* hasta Creta. Hemos sorteado todas las vicisitudes juntos y los dioses darán buena cuenta de ello cuando llegue el momento. Ahora, el camino se ha torcido y las dificultades son más que evidentes. Algunos de nuestros hermanos han caído. Al menos, la mayoría lo han hecho con Honor, como debe morir un *miles*, con la *gladius* en la mano, afrontando el fatal destino. Por ello, en el momento más peligroso, os conmino a que confiéis nuevamente en mí. Yo no me rendiré y no pienso cejar en el empeño de servir a Roma y de defenderla de enemigos externos e internos. No obstante, y sin que sirva de precedente, si alguno desea tomar sus bártulos y rendirse, no se lo impediré. —los *principalis* se miraron completamente atónitos—. Muy probablemente no harán prisioneros porque sabéis demasiado y sois pocos, pero quien quiera podrá intentarlo esta noche, sin que tenga que soportar la vergüenza frente a nadie —hizo una pausa dramática. No se oía el zumbido de una mosca—. Sin embargo, quien se quede tendrá, no solo la oportunidad de vivir y mi gratitud, sino que si nos mantenemos unidos y seguís mis instrucciones, como habéis hecho, os aseguro que conseguiremos volver de una pieza. Además, se os premiará por ello con una sustancial recompensa del César, la satisfacción de ver a nuestros adversarios humillados y días de permiso cuando volvamos al campamento base. Hemos salido de peores en Britania, en Tracia y en Egipto. Los dioses nos observan, tenemos sus bendiciones y beneplácito, lo sabéis, lo habéis visto con anterioridad. Esta es otra prueba de fe. Retiraos y reflexionad sobre ello.

Sin que nadie dijese nada en ningún momento, fueron a realizar sus quehaceres mientras los *principalis* se quedaban a su espalda con expresión confusa. Solo Isela y Anakletos leyeron bien su discurso: lealtad, prestigio, recompensas mundanas y en la otra vida... o la posibilidad de huir. Lo había metido todo en pocas palabras. Sencillo, marcial y lo que querían oír seguramente los hombres. El armenio, aunque no compartía la forma que tenía de hacer las cosas, no podía negar su fascinación hacia él. Combinaba la

astucia con la audacia. Esperaba que lo que su cabeza maquinaba tuviera éxito porque si no, sus propios hombres buscarían la suya.

Tras estas palabras, paseó delante de todos los miembros del *consilium* mirándoles a los ojos uno por uno.

—Sé lo que hago, que no os turben vuestros pensamientos —habló una vez que terminó de observarlos con detenimiento—. Cuando llega una situación como esta, lo único bueno es que un enemigo te acorrale: no te deja más opción que luchar hasta el final con todos nuestros recursos. Y nuestros recursos son la movilidad y la inventiva.

Algo inesperado ocurrió por la tarde, cuando se estaban haciendo los últimos preparativos para el contraataque. Tras el discurso de su oficial, durante un buen rato los auxiliares callaron, temerosos de que las palabras de este no fueran secundadas por los *principalis* o fuesen una trampa. Estos, por su parte, desmintieron ambas cosas y el campamento volvió a tener una actividad normal. Casi parecía que había devuelto la moral a las escasas tropas que descansaban a esa hora del día. Solo algunos revisaban concienzudamente el equipo.

La sorpresa fue la llegada a las puertas de un solitario hombre encapuchado. Este pidió audiencia con el Prefecto, quien lo recibió acompañado de Vesper, Andros, Isela, Minoo, Behrooz, Anakletos y Kismet. Después de ser cacheado exhaustivamente, sin encontrar ningún objeto que pudiese ser utilizado como arma, se le dejó pasar al *contubernium* principal. Colocados protocolariamente, con Vesper e Isela, en derecha e izquierda de Valerio respectivamente, y el resto en un lateral. Sentados solo el Prefecto y el ecuestre armenio.

—Eres duro de pelar —introdujo Gansa echándose para atrás la capucha de su *paenula* colocado frente a él.

Con un rápido movimiento, se puso en pie y fue directo al recién llegado, con la mirada clavada en él y dura expresión. Se mantuvieron así unos segundos hasta que se abrazaron entre risas. Los presentes respiraron.

—¡Viejo zorro! ¡Estás hecho una birria! —bromeó el hispano.

—Me encantaría decirte lo mismo, pero tienes un aspecto excelente si no fuera por esa cicatriz tuya —indicó con sorna también.

—¿Cómo has llegado hasta aquí sin que te detecten las otras tropas?

—Creo que conozco mejor mi tierra que ellos.

—Cierto —volvió a su asiento tras lo sucedido—. No tengo mucho que ofrecerte, queda poco vino y está racionado.

—Estoy bien, tampoco te lo pediría debido a las circunstancias.

—Lo primero, gratitud por lo de mi hijo y Caio Mario.

—No se merecen, he hecho lo que ha estado en mi mano.

—Ya —aquí el tono se agrió un poco y sus ojos se nublaron—. ¿A qué has venido exactamente?

—No puedo ayudarte mucho —expresó mirando a Isela y volviendo a posar la mirada en él—. Numerio Lupo es un peso pesado y pocos de mis asociados querrán entrometerse en su camino.

—Lo imaginaba. Y tú tampoco —intentó replicar pero alzó el brazo evitándolo—. Los tiempos cambian, y lo entiendo, aunque no lo secundo. Espero que no ocurra lo mismo con la amistad y las lealtades. ¿Qué puedes ofrecerme?

—Para empezar información —se puso casi firme al decirlo—. He conocido brevemente a ese senador. Parece que te tiene cogida la medida y su plan es dejarte aquí hasta que te pudras.

—Dime algo que no sepa.

—Perdió un barco en la travesía y con las bajas que le provocaste le quedan entre 300 y 350 hombres divididos en varios baluartes: dos campamentos que ha colocado al Noreste y que cortan la vía principal; y otros dos fortines en ambos extremos de un sendero, siendo las tropas acantonadas aquí menor número. La opción de tomar un barco queda completamente descartada, por lo que solo te queda esperar la llegada de refuerzos por parte de tu hijo, o la improbable posibilidad de acabar con Numerio Lupo.

—Eso también lo sé.

—También tiene a un puñado de hombres convocando a reservistas y voluntarios por toda la isla en el caso de otro revés.

—Eso no lo sabía, pero lo imaginaba. Es prudente.

—Y temeroso de ti.

—Y hace bien.

—Se ha instalado en *Gortyna* y le auxilia un veterano Centurión llamado Antonino Scaeva que parece que sabe lo que hace.

—Lo conocí brevemente en *Alexandria*. ¿Algo más fuera de lo evidente?

—Puedo conseguir alimento si llegas a *Réthymno*<sup>[150]</sup>.

—Como está la situación, es como si estuviera en la luna.

—En cualquier caso, hay un granero de mi propiedad allí del que puedo darte algo.

—Gratitud, pero lo primero que quiero que hagas es que corras la voz de que, si el viento cambia, las poblaciones de Creta podrán beneficiarse de apoyar al César.

—Si das un golpe sobre la mesa quizás consigas algo de apoyo. Pero en el campo, porque las ciudades dudo que tomen partido por nadie.

—Lo segundo, muestra a Vesper por dónde has venido aquí.

—Es una cañada que lleva al *Lefká Óri* y que luego vira por la costa. Muy poca gente lo conoce.

—Y por último, indícale también las poblaciones o granjas de los alrededores con las que podamos comerciar.

—Por supuesto.

—Perfecto entonces, nos volveremos a ver —fue a retirarse tras una inclinación mientras Valerio le mantenía una mirada que viró a Vesper y luego retornó al primero—. Otra cosa Gansa.

—¿Sí?

—Si me traicionas por el supuesto caballo ganador, por el cual yo no apostaría, no habrá lugar, ni dios, que pueda ocultarte de mi ira.

Al amanecer, Estitio con un puñado de auxiliares habían dejado el campamento base y se dirigían por el sendero que había indicado Gansa. En principio, la cañada parecía que se quedaría como una doble vía de escape para aquellos que quisieran aceptar la generosa oferta manifestada por el Prefecto y la última opción *in extremis* en caso de torcerse todo. Había aclarado que no se moverían. Pese a todo, estaban bien situados y un asalto directo podría tener un resultado dudoso. Numerio Lupo había dejado claro que no quería arriesgarse más de lo necesario.

Parecían ser los únicos que habían decidido recorrer esa senda y con un equipo liviano por lo que pudiera suceder. La desesperación los había llevado a tomar la decisión. No se consideraban héroes, ni pretendían serlo. Solo habían cumplido con su deber.

El sendero era estrecho y con una foresta amenazante. O quizás fuese más benigno y estuviera ocasionado por las primeras luces del alba, sin contar con el peligro que había presente como si estuvieran en tierra hostil, fuera de las fronteras del Imperio. En cierta forma así era. Tampoco tardó demasiado en hacerse real.

La comitiva se paró cuando, entre los destellos amarillentos que se colaban por los troncos de los árboles, se distinguió un grupo de caballería

que parecía esperarlos. Quedaron petrificados.

—Gansa, ramera sarnosa.

Estitio puso palabras a lo que todos pensaban, lanzándose a correr en la dirección opuesta. La reacción no se hizo esperar. Los équites espolearon sus monturas para destrozar a los fugitivos entre gritos de júbilo y órdenes en una lengua extranjera. Eran una veintena, los restos de la primera escaramuza. Los otros corceles que se habían quedado sin jinetes permanecieron en los campamentos principales para hacer funciones de enlace.

La iluminación les jugó una mala pasada, perdiendo a los auxiliares del camino. Pararon su cabalgada y miraron a su alrededor. Entonces, los panonios se dieron cuenta de que habían intentado despistarlos introduciéndose entre la raquítica arboleda. Pronto serían cazados y utilizados como trofeo para desmoralizar aún más los despojos de los hombres de Valerio y resarcirse por los compañeros caídos.

En el *praesidium*<sup>[151]</sup> de la cañada, no mencionado por Gansa, se había apostado a cerca de medio centenar de auxiliares comandados por un Centurión que esperaba la vuelta de la caballería. Se había aprovechado un altiplano para montar una pequeña empalizada sobre tierra prensada con su impedimenta en el interior. Habían recibido instrucciones concretas al atardecer: se esperaba que total o parcialmente, movieran las tropas en aquella dirección. Quizás los équites fuesen suficientes para acabar con ellos o al menos dispersarlos. La llamada de la *buccina*<sup>[152]</sup> no se producía. Sin embargo, se habían oído los lamentos de una refriega en la lejanía. Por lo cual, el Centurión decidió mandar una patrulla de infantería de reconocimiento formada por cinco hombres. Solo para informar. De momento, ni una sola señal.

Bien despuntado el alba, se vislumbró un grupo de monturas entre las sombras brumosas del irregular camino. No podía ser de otro modo, estando ubicados en la falda del *Lefká Óri* que tenía un punto casi onírico en ese momento del año. Además, dicha cañada, conectaba con el sendero y eso era una verdad a medias. Manipulada por Gansa.

Con un avance pausado, se iban acercando portando, algunos de ellos, cabezas amarradas en sus *sellae*. Costumbre bárbara y prohibida en diversas ocasiones por el Imperio pese a que era un signo de respeto de los vencedores sobre los vencidos en multitud de ocasiones. Sin embargo, debido a la naturaleza y secretismo de las operaciones, no serían reprendidos por ello.

—¡Abrid las puertas! —señaló el oficial tras ser informado del retorno de la partida.

Con un breve crujido se abrió la tosca puerta de acceso que dejó paso a la silenciosa comitiva que parecía no tener prisa por entrar, a la par que iban buscando las caballerizas sin mirar ni si quiera al Centurión que aguardaba con los brazos a la espalda y expresión adusta.

—¡Sacos de detritos! ¿A qué esperáis? ¡Informad! —bramó enojado.

El Decurión de la formación descendió de su corcel a poca distancia seguido de otro équite que portaba una de las cabezas en su mano izquierda, completamente deformada y tinta de sangre seca y una *gladius* en la derecha. El Decurión se deshizo de su caso y con sus manos mostró el trofeo que portaba el otro.

—¡Aparta de mí eso, bárbaro infecto! —replicó el Centurión egipcio—. ¿Dónde está el resto?

—No volverán —mientras hablaba el Decurión, el équite pasaba entre los auxiliares que se arremolinaban curiosos por ver la cabeza que llevaba en las manos.

—¿Y la patrulla? ¿Os habéis cruzado con...?

No pudo acabar la frase. El équite lanzó la cabeza a uno de los auxiliares y con gran velocidad, desenvainó su *pugio*, colocándole este y su *gladius* en la boca en ángulo ascendente a dos de ellos. Se trataba, como no, de Vesper. Los auxiliares que habían llegado, eran todos hombres de Valerio que, con rapidez y decisión comenzaron a atacar a centinelas con saña. La artimaña tuvo éxito. Para aumentar la confusión, por el portalón comenzaron a entrar media docena de miembros de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* que habían permanecido cerca esperando dicha oportunidad justo antes de que las cerrasen. Además, los auxiliares enemigos estaban más pendientes de la comitiva que entraba de vigilar el entorno.

La confusión entre los egipcios fue total, sin saber bien cómo distribuirse, a quién atacar o por dónde huir. Vesper, completamente extasiado daba estocadas y tajos muy cerca del recién incorporado Behrooz y Basso. El Centurión enemigo, fue rápidamente herido en su antebrazo derecho y desarmado por Estitio quien además, le arremetió una sonora bofetada que lo dejó postrado bocabajo. El combate no duró más de un par de minutos. Resultado: treinta y siete muertos y solo cuatro prisioneros por ninguna baja de los atacantes. La velocidad, la coordinación y la inmisericordia fueron claves para que los defensores no pudiesen actuar eficazmente.

Se reunieron a los prisioneros, incluyendo al Decurión en el centro todos con las manos en la cabeza y expresión de terror ante las miradas depredadoras de los vencedores. La reacción lógica después de la incertidumbre y muerte del día anterior. Violencia por doquier entre risas burlonas. El asistente tomó la palabra.

—¡Buen trabajo *milites*! ¡Ahora que empiece la recolección del botín! —ordenó con sencillez con la mirada clavada en el Centurión egipcio que se incorporaba.

Gritos de júbilo se sucedieron a la par que empezaron una veintena a revisar los alrededores, los caídos, los sacos apostados en las esquinas... todo lo que pudiesen llevarse con gran alegría y nerviosismo. Habían participado la mitad de los efectivos con gran eficiencia y habría recompensa para todos. Solo Vesper, Behrooz y Basso se quedaron clavados frente a los prisioneros con las armas manchadas de sangre y expresiones que deseaban más.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó el Centurión egipcio intentando descifrar en qué habían fallado.

—Estitio, —lo señaló— —con unos pocos auxiliares arrastró a los panonios a una trampa segura. La noche anterior cavamos una zanja profunda y ancha, con «lirios» y cubierta con una tela revestida, a su vez, con una fina capa de arena. La primera línea de équites cayó sobre ella atravesando a bestias y jinetes. El resto, confusos y desordenados, fueron fáciles de abatir con flechas, jabalinas y lanzas. Solo dejamos vivo al Decurión para llevarnos a vosotros.

—¡Traidor! —espetó con repugnancia aunque el filo de la *gladius* de Behrooz evitó que se precipitara hacia él.

—No tuvo opción, si no, le íbamos a degollar —concluyó Basso—. En cuanto a vuestra patrulla, se chocó de bruces con nosotros y la aniquilamos antes de que pudieran dar la voz de alarma. Nadie vendrá a ayudaros.

—¿Y qué es lo siguiente? —señaló el egipcio con suficiencia, sabiendo que el fin estaba cerca.

—Volved y contadle a Numerio Lupo lo ocurrido —retomó la palabra el siciliano—. Decidle que les ocurre a quien desafía a la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. No olvidéis que no tenemos nada en contra de vosotros, pero quien se cruza en nuestro camino, acaba destruido. Nosotros somos Roma. La verdadera.

—Espera —detuvo Behrooz que con su *pugio* degolló mortalmente al Decurión que cayó de rodillas gorjeando con la sangre y posándose definitivamente en el suelo—. Ahora podéis partir.

Los cuatro, incrédulos, iniciaron la caminata sin apartar la vista de los vencedores. Que a medida que se iban alejando, más rápido eran sus pasos. Esperaban que no cambiasen de opinión. Mientras ponían tierra de por medio a base de zancadas, su angustia contrastaba con el regocijo que se producía en lo que había sido su campamento. En pocos minutos habían pasado de creer en otra pequeña victoria, a ser totalmente humillados por un enemigo atrevido y astuto.

¿Qué sería lo siguiente? Era la pregunta que se hacían a sí mismos aunque no la materializaban con palabras. No querían mostrar debilidad. Después de la intensa jornada anterior, encontraron el debido reposo en la choza sugerida por Nigilio Prudens certeramente. Fue sencillo seguir las indicaciones y parecía que los perseguidores habían perdido el rastro, pudiendo acabar la jornada sin mayores incidentes. Además, como había predicho el viejo Decurión, parecía que desde hacía tiempo nadie la había ocupado. Comieron unas sencillas gachas y un par de piezas de fruta fresca. Igualmente, ninguno hizo guardia. Tal y como estaba ubicado el edificio, en el caso de que los encontraran, no habría forma posible de huir. Por tanto, ¿para qué cortar el tan necesario sueño?

Con las primeras luces del alba, se alzaron para llevar a cabo la que sería la última etapa del viaje. Si todo salía bien. Según les había sugerido, pronto se encontrarían con una intersección que les pondría en ruta directa a Ravenna. Con un poco de suerte, llegarían a mediodía, quizás al atardecer. Y con mucha suerte, esquivarían a Ásper y los auxiliares.

Durante el primer tramo del viaje, no hubo ningún incidente digno de mención. Evitaron la vía principal cuando intuyeron una *mutatio* que estaba en el camino. Evitaron un peligro potencial para tener un mal encontronazo, rodeándola. Poco después, vino la desagradable y esperada sorpresa.

Fue junto al único punto de abastecimiento de agua en un amplia área alrededor ya que los ríos y arroyos cercanos se desviaban de la vía en esa zona, quedando restringido a las *mutationes* y *mansiones* de los alrededores. El pozo que les había señalado un lugareño les permitiría llenar sus odres y refrescarse antes de proseguir. Se encontraba ligeramente desplazado de la ruta principal, a escasos pasos sobre un promontorio. Al subir, Caio Mario y Aulo Valerio se dieron de bruces al llegar a la parte superior con la comitiva. Ásper y los suyos parecían descansar con sus monturas al otro lado del pequeño promontorio. Sorprendidos los unos de los otros, finalmente no

dudaron en desenvainar sus *gladii* y abalanzarse sobre ellos. Demasiado tiempo para esperar un desenlace. Los dos viajeros, que también estaban hastiados de postergar la inevitable confrontación, se prepararon para el asalto. El liberto con su *gladius* y su *pugio*, mientras el romano oriental solo poseía un cayado que había encontrado en la choza.

Uno de los auxiliares, cegado por la ira, no esperó un ataque organizado buscando acabar con el elemento más débil, el hijo del Prefecto. Sin amedrentarse, se adelantó dos pasos y le arremetió un seco bastonazo sobre la mano de su oponente, que buscaba su hígado, desarmándolo, dando un segundo lateral que impactó en el cuello, escuchándose con nitidez la rotura de la nuez, dejándolo en el sitio. Debido a la fuerza aplicada, se partió el cayado y tomó la *gladius* del fallecido. Otro de los auxiliares, siguiendo el estúpido ejemplo de su compañero buscó a Caio Mario quien, elevado sobre la colina, aprovechó su ventaja para hacerle una estocada definitiva con dos movimientos certeros: alejarlo con su principal arma, e hincar su *pugio* en un globo ocular cruzando su brazo izquierdo sobre el derecho.

—¡Entorno a mí, por todos los dioses! ¡Tienen ventaja en el terreno! ¡Atacaremos de forma coordinada! —exclamó con lucidez Iulio Kopros a pocos pasos de sus adversarios.

—Eliminadlos —expuso con tono mesurado Ásper quien había retomado su habitual compostura y estaba situado ligeramente algo más atrás con su arma en la mano.

—No sé qué os ha prometido ese hijo de una ramera barata, pero no saldréis con vida de aquí si persistís —señaló arrogante Caio Mario, insuflado de fuerza tras la muerte de los dos primeros.

—Somos *militēs*, obedecemos, no preguntamos —respondió con sencillez el egipcio.

—Cierto, pero... ¿Estáis seguro que habéis elegido el bando correcto?, ¿podéis confiar en su palabra? ¿Creéis que vuestros actos no tendrán consecuencias? —replanteó la cuestión Aulo.

—La desesperación del animal arrinconado —dijo con sarcasmo Ásper—. ¡Matadlos!

—¿De quién es la desesperación?, ¿nuestra o tuya? Llevas buscando nuestro infortunio desde Egipto, pasando por Grecia y ahora, a las puertas de Roma. Sabes que si llegamos a Ravenna, todas tus mentiras saldrán a la luz y tú y tus secuaces, estaréis completamente a merced del César y de la justicia de Roma. ¡Hasta los dioses están con nosotros! ¡Lo habéis visto durante todo el camino! —replicó con audacia el joven Valerio.

—Si pasáis de aquí. ¡A por ellos!

Entonces, por primera vez, Iulio Kopros dudó y sus otros dos compañeros que quedaban en pie lo percibieron claramente. No avanzaron, nada hicieron esperando la orden del veterano. Ásper, por su parte, cansado de negociar con seres tan inferiores en capacidades, dejó que se lo llevaran los demonios. ¿Por qué unos simples auxiliares, bestias dedicadas solo a matar, que ni siquiera eran ciudadanos romanos, dudaban ante una orden directa no solo de él, sino de su *domine*, el *Praefectus classis*? Los improperios lanzados a los tres provocó que dejaran su posición de combate y se tornaran a él.

Rápidamente, el veterano auxiliar repasó mentalmente: el fiasco en la nave por el Egeo y la falta de interés en salvar a sus tripulantes; la falta de tacto cuando llegaron a la costa del *Mare Superum* de la península itálica, el abandono de su compañero en *Ancona*. No pintaban demasiado bien sus actuaciones. Igualmente, el argumento de estar bajo el manto de alguna o algunas divinidades no parecía demasiado descabellado, repasando todo lo acaecido desde su partida de Egipto. Por otro lado, por vez primera, vio con perspectiva cuál era la misión encargada: matar a unos enviados para informar de un complot contra el César. No olía bien y Iulio Kopros era un hombre pragmático y supersticioso, como la mayoría de las gentes en el gremio.

—¿Qué ofreces? —cuestionó sin rodeos ante el pasmo de Ásper quien, de súbito, dejó de proferir insultos y enmudeció.

—Si lo capturáis, no solo se os perdonará por vuestras acciones previas, si no que seréis recompensados por el *Praefectus classis Ravennatis*.

—¿Qué sois mercenarios? ¿No tenéis Honor? Si dinero queréis, dinero tendréis, 20 denarios a cada uno en cuanto los matéis y otros 50 en Roma — propuso con desprecio y mostrando la bolsa. Los codiciosos auxiliares miraron las monedas con deseo.

—También podréis quedaros con toda la bolsa de Ásper —sugirió sonriendo Caio Mario.

Los tres auxiliares estaban completamente aturcidos, sin saber qué hacer. La tentación por ambas partes era grande. Y ellos estaban en medio. Finalmente ambos clavaron su vista sobre el veterano que afirmando gravemente con la cabeza musitó:

—Atacad.

Finalmente se tornaron a la solución más obvia, seguir el plan preestablecido y matar a los dos fugitivos. Uno para cada uno. No lo esperaban. Se habían confiado en su perorata y habían fallado. Caio Mario, mejor preparado para la confrontación, paró los embistes con soltura, aunque

perdiendo la ventaja de la altura. Aulo Valerio, menos ducho en dichos temas, replicó de forma más ineficaz, desviando el firme estoque que se dirigía a su estómago, de tal forma, que rasgó la piel de su cadera izquierda. Nada grave, pero hizo que cayera de bruces y quedara más expuesto. No obstante, desde el suelo, se defendió mejor, aunque solo conseguía retrasar lo inevitable. Cuando peor lo estaban pasando, Iulio Kopros, que se había mantenido cercano pero sin actuar, atravesó mortalmente, y a la vez, el cuello de los dos auxiliares por la espalda con su *gladius* y su *pugio*. Todos quedaron sobrecogidos.

Extrayendo sus armas, volvió hacia Ásper con paso decidido el cual, tras un fútil primer intento de oponer resistencia, dio la espalda y echó a correr. Vanamente, porque con rapidez fue placado por el egipcio, quien lo desarmó y tomándole de los pelos, lo alzó frente a los que habían sido su presa hasta breves instantes antes.

—Aquí lo tenéis, os lo entrego para que hagáis con él lo que queráis — habló con suficiencia y mirada sibilina.

—¿Cómo podemos fiarnos de ti después de matar a tus compañeros? — puntualizó Caio Mario frente a él.

—No he participado en el combate. Sí, estaba estudiando qué hacer en tal caso, no soy filósofo, ni orador, ni abogado, ni senador. No entiendo de estas cosas, pero que siempre lo mejor es no hacer nada y esperar a que las circunstancias decidan por mí. Así ha sido y así he actuado. He traicionado a Ásper, porque sé que él hubiera hecho lo mismo en mi posición. Soy leal, pero no tanto como para dejarme condenar por una mala decisión.

—Has matado a tus compañeros. ¿Qué lealtad es esa? —recalcó Aulo Valerio mientras se hacía un raudo vendaje para salir del paso.

—Mi lealtad es hacia el *Praefectus classis*, no a ellos. Apenas los conocía. Llegados a este punto, cuando el detrito se desparrama no quiero que me caiga encima. Yo tampoco confío en nadie y quiero llevarme lo máximo. Por ello, os lo entrego a cambio del saco de monedas que lleva encima y volveré sobre mis pasos. Nunca más me volveréis a ver.

—Sea.

—Recordad, si llega el momento, quién os ayudó en última instancia.

No hubo respuesta, solo una breve afirmación de testa. Amarrándole las manos, se prepararon para salir. Sorpresivamente, Iulio Kopros no se quedó ahí: también desvalijó los cadáveres. Avaricioso y ruin, pero les había servido para su causa. Luego, sin mirar atrás, tomó un equino y se fue en dirección opuesta. Menudo elemento.

Aulo Valerio se hizo una cura un tanto más correcta y se armó con una *gladius*, no tanto por que hubiese otro peligro sino como para estar preparado por si el prisionero tramaba algo. Debía ser desconfiado hasta el final.

Ásper definitivamente enmudecido por el vuelco que había dado la situación, reflexionaba sobre dos importantes puntos: el primero era ver los errores que había cometido y segundo, sopesar qué opciones le quedaban para salir airoso de esta. Lo había hecho otras veces y lo podría volver a hacer. Pronto le vino alguna que otra idea.

Por otra parte, Caio Mario montó los cuerpos de los caídos sobre dos caballos para llevarlos frente las puertas de Lucio Balbo. Indudablemente tendría el impacto deseado para ser recibidos. La función, llamar la atención de los guardias para ser recibidos cuanto antes. Una idea un tanto tétrica pero presumiblemente efectiva.

La victoria alcanzada por Vesper y los pocos elegidos había sido total y definitiva a coste cero. Casi setenta enemigos menos y un botín que sería bien recibido por el campamento base: verduras, cereales, animales, vino, armas, herramientas, *contubernia* en buen estado, caballos, monedas y otros objetos de valor. Se despojó de absolutamente todo lo que pudieron transportar en dos viajes, dejando en el fortín solo aquello que estuviese en peores condiciones. No lo quemaron y dejaron los cuerpos de los enemigos amortajados. Querían dejar un mensaje claro para quien los encontraran: no habría piedad con aquellos que lucharan, pero no eran su objetivo e igualmente había respeto.

No obstante, no había que lanzar las campanas al vuelo. Aún quedaban 250-300 hombres a los que enfrentarse. Y eso si no reclutaban más. Todos sabrían que su pequeña victoria no sería suficiente para que se retiraran. Pero al menos, había equilibrado algo la balanza y les había demostrado que todavía podían ser muy peligrosos. Igualmente, la siempre temida caballería, había sido por completo aniquilada y no poseerían la ventaja y la movilidad de ella. Además, dudaban que consiguieran reclutar un cuerpo como ese en una isla que, militarmente hablando, era famosa por su infantería y sus arqueros.

Por otro lado, atacar otros campamentos hubiera sido un suicidio y ni se planteó. Ahora tocaba reorganizarse y planear con tiento la siguiente jugada, meditando las posibilidades. Habían demostrado que, si había una fisura y dividían en demasía las tropas, los hombres de Sexto Valerio abrirían brecha.

Un cálculo inicial destacó que tendrían alimento para cerca de tres meses. Quizás algo más. Pero el invierno sería crudo y habría más dificultad para aprovisionarse. Eso sin contar con la posible réplica de Numerio Lupo, quien sabía que, para mantener la moral y los apoyos, debía hacer algo. Y no tardar demasiado en ello. Por eso, Sexto Valerio aplicó la prudencia tras la victoria. Las órdenes eran claras: tener controlados los otros tres campamentos con vigías; forrajear y explorar los alrededores; y buscar partidarios para su causa.

Para la vigilancia, se encargó el más marcial e indicado para ello: Andros. Para inspeccionar el área y obtener suministros, el incombustible Basso. Para movilizarse por la isla, el siempre efectivo Vesper seguido por su nueva sombra, Behrooz. Y por último, pero no por ello menos importante, Fortis para la mejorar el organigrama de toda la impedimenta. Eso no significaba que lo hiciesen solos, ya que escogieron hombres de confianza para socorrerles en dichas tareas. No obstante, todo eso empezaría al día siguiente. La tarde sería para tener una moderada paz y una celebración por el triunfo parcial logrado. Un pequeño respiro para los suyos.

Por su parte, Sexto Valerio pensaba que había estado demasiado ocupado esos días y que debía pasar más tiempo con su familia y sus protegidos. Unir lazos mientras meditaba con calma el siguiente paso.

Al crepúsculo, y sin ningún movimiento por parte de los enemigos, se abrieron vasijas de vino para todos, incluyendo los seis heridos que mejoraban progresivamente (los otros dos seguían en estado muy grave). Se sacrificaron dos cabezas de ganado porcino para el festín, entregando las vísceras a los dioses a modo de sacrificio por el merecido triunfo y la piedad de mantenerlos vivos.

Se hizo una gran hoguera en el centro de la fortificación ya que, para muchos de sus integrantes, el fuego tenía un significado mágico y era el punto de reunión en las fiestas: los nómadas, los galos, los sirios... Se permitió, incluso, durante una hora, el juego de forma pública. Los *milites* se lamentaron de la falta de mujeres para saciar sus ansias. Solo había tres y eran intocables: Isela, Kismet y Emilia. La esclava, por su parte, era una mujer de carácter fuera de su ámbito doméstico, parando los pies a algún que otro hombre sin necesidad de que sus *dominii* lo hicieran por ella. En medio de la celebración, Andros, se subió sobre uno de los carros que habían empleado para transportar el botín con una copa en la mano.

—¡Por nuestros gloriosos caídos! ¡Y por nuestra confianza ciega en nuestro Prefecto!

—¡Honor, Prudencia, Gloria! —respondieron unísonos una única vez.

Tras esto, con un silencio respetuoso, todos dieron un largo trago recordando a los compañeros sacrificados para que ellos pudieran, primero intentar tomar un barco, y segundo, volver a la base. Quizás se les unieran pronto, el fatalismo era algo que todo *miles* asumía desde que miraba cara a cara a la muerte, ya sea por la *gladius*, enfermedad o por la edad. Por otro lado, el llamamiento ofrecido por Sexto Valerio no fue secundado por nadie. Para muchos sería como abandonar a su familia. El ejército era para muchos algo así. Para otros, simplemente una arriesgada apuesta. Además, no tenían donde ir, al menos no sin la vergüenza inculcada desde años atrás por su oficial. Sin embargo fue un jugada soberbia al mostrarse comprensivo y dar la falsa apariencia de querer ofrecerles la oportunidad, ya que ¿quién iba a ser tan necio como para buscar fortuna solo? Había un par de arqueros que eran cretenses, pero sería una deshonra volver así y sin su paga. Aparte, tendrían que buscarse un oficio y ocultar la lacra de ser un desertor.

Después del silencio, se prosiguió comiendo en un ambiente distendido pero sin excesos. Entre otras cosas, porque tampoco había suficiente viandas para hacerlo. Aún así, fue un agradable momento para relajarse tras los días previos de incertidumbre y actividad continua, y los que quedaban por venir. Al poco de acabar la cena, el Prefecto, Isela, Marcelo, Emilia, Kismet y Anakletos se retiraron para dejar a los *militēs* proseguir. En un corrillo, estaban los *principales* con algún añadido habitual.

—Nos dejan pronto —informó el *tesserarius* Macro «el joven».

—Querrán dejarnos disfrutar a solas —apostilló el *Optio* Basso haciendo un ruido escandaloso chupando huesos.

—Tampoco he visto a Vesper desde hace rato —incluyó el *librarius* Fortis estirándose sobre una manta que tenía tendida en el suelo.

—Creo que lo he visto salir con su nuevo amigo, ese sirio lleno de cicatrices —explicó el Centurión Andros con la vista metida en su vaso de vino.

—¿También le gustan los culos? —preguntó Estitio con una mezcla de sorna e inocencia.

—Creo que sí, aunque siempre lo he visto con mujeres. De todas formas, en mi opinión, esos dos están unidos por su placer por la sangre, no por querer «cabalgarse el uno al otro» —formuló su teoría con garbo el *librarius* egipcio.

—Todos tenemos ese gusto por la sangre —criticó el *Optio* africano.

—Una cosa es nuestra profesión y otra es el placer del combate. Esos dos se pirran por la lucha. En tu caso es bañarte y hacer rituales con la sangre de tus enemigos.

—¡No hay nada más vigorizante que beberla caliente! ¡Te lo diría cualquier anciano de mi tribu!

—¡Sois unos bárbaros! —indicó Estitio con un mueca de asco.

—¡Por eso tenemos el falo más grande!

La broma provocó una risotada enorme entre los presentes, incluyendo el propio auxiliar galo. La ocurrencia hizo que dejaran de lado el tema y se centraran en otro.

—Si salimos de esta, Andros, ¿crees que llegaremos para que puedas ver el nacimiento de tu primogénito? —cuestionó el *tesserarius*.

—Espero y deseo que así sea. En cualquier caso, manteneos firmes para lo que ha de venir. Como la verga de un zagal ante un par de buenas tetas.

—Sí, Centurión —respondieron varios de ellos con la sonrisa en los labios.

—¿Alguien os espera en el campamento aparte de a Andros? —curioseó Fortis.

—Estitio tiene ya una concubina y Basso frecuenta a un joven del pueblo de al lado —respondió con sencillez Macro.

—Entiendo.

—Yo por mi parte, me contento con poder copular con una ramera, quizás que me cedan un caballo e intentar seducir a alguna lugareña que se deje querer.

—No hay nada más importante para vosotros ¿no?

—Vino, dinero y meterla en caliente. ¿Me falta algo? —puntualizó Basso chupándose los dedos llenos de grasa animal.

—Desde luego para vosotros no —se mofó Fortis—. Espero que haya mujeres hermosas y dispuestas allí.

—Todo llega, *librarius*, un poco de paciencia y encontrarás a una que te aguante y te obligue a quitarte esos cuatro pelos que tienes en la barbilla —replicó Estitio con socarronería divertida.

—Dicho esto, me voy a cagar en dirección a los campamentos de esta gente y luego a dormir. Mañana me espera una buena caminata —siguió bromeando Basso, alzándose.

—Deberíamos hacerlo todos, queda mucho por hacer —sentenció Andros después de apurar el vino, siendo seguidos por todos.

Pese a que su paso fue relajado ante la intensidad de las últimas semanas, en plena tarde llegó a Ravenna la extraña comitiva: Aulo Valerio, Caio Mario,

Ásper maniatado y los cuerpos de los auxiliares a lomos de dos de los caballos. Antes de llegar, se acicalaron con sus mejores ropajes, se lavaron en un arroyo cercano y se asearon para tener un aspecto más elegante que abriese puertas y voluntades. Por lo que pudiera pasar. Por fin podrían usar las prendas compradas en *Ancona*.

Su entrada en la ciudad no dejó indiferente a nadie, acompañando a su paso de murmullos y miradas indiscretas, tanto por su comitiva como por sus elegantes vestimentas y su porte. Caio Mario intercambió algunas miradas llenas de intención con alguna que otra mujer del lugar. En algún que otro caso, correspondida. Aulo Valerio se mantenía solemne.

Discurriendo por las tortuosas calles, su intención era llegar cuanto antes al Pretorio. Era fácil, se trataba de uno de los edificios de mejor factura y estaría cerca del famosísimo puerto de la ciudad.

Al llegar a la puerta, dos marineros bien pertrechados que hacían guardia, les cortaron el paso con caras de pocos amigos por la presencia de *milites* muertos junto a ellos. Requería una explicación razonable e inmediata.

—¿Quo vadis? —cuestionó con dureza uno de ellos.

—Somos Aulo Valerio y Caio Mario, venimos desde muy lejos y hemos pasado muchas vicisitudes para tener una recepción con el *Praefectus* Balbo.

—El *Praefectus classis* Lucio Balbo no recibe tan alegremente a nadie, y menos llevando cuerpos insepultos con ellos —espetó igualmente firme el otro.

—Dile que el hijo del Prefecto Sexto Valerio está a sus puertas.

—El *Praefectus classis* Lucio Balbo no está en este momento. Volverá en dos días —explicó de nuevo el primero con marcialidad.

—Volveremos entonces, de momento os entregamos los cuerpos de aquellos que nos intentaron matar precisamente por procurar ver a Lucio Balbo —señaló con intención por la reiteración continua del nombre completo de su oficial—. Cuéntaselo. Le daremos la debida explicación de los hechos cuando tengamos nuestra audiencia.

Esta última frase la dijo Caio Mario con tono sereno y girando su montura tras entregar los jamelgos con los auxiliares. Sin mirar atrás, se fueron a un paso ligero con la intención de encontrar una buena *hospitia*. Habían acabado su periplo que les había llevado a varios puntos y numerosas vicisitudes. Solo restaba encontrarse con el viejo amigo del padre de Aulo Valerio. Esperaba que pudiera ayudarles a ellos y al Prefecto, pese a que eran conscientes de que sería complicado. Pero al menos, castigarían a Ásper, uno de los mayores enemigos de Sexto Valerio y los suyos, una vieja herida sin curar. Igualmente,

también sabían que su esfuerzo no sería en vano: se sabría de la conspiración en ciernes y de las personas que se empeñaron en que prosperara.

Un suceso destacó en una jornada de inusitada tranquilidad, después de lo visto en las últimas semanas. No hubo movimiento de tropas entre los campamentos enemigos, ni pusieron en jaque a ninguno de los hombres que salieron a forrajear. Se quedaron todos dentro de sus fortificaciones. Recelosos y expectantes, vigilándose los unos a los otros, pero sin hacer nada al respecto. Quizás esperaban órdenes, o las mantuvieron a rajatabla. Quizás estaban gestando algún tipo de respuesta que recibiría pronto. Todo y nada podía ocurrir al mismo tiempo. Solo especulaciones.

Ocurrió por la mañana, al poco de amanecer. Vesper y Macro «el joven» habían partido cuando aún no se había alzado el sol, aprovechando los últimos momentos de oscuridad para no ser detectados y seguidos. Behrooz serviría mejor como explorador que como diplomático. Su primera parada era en una población de cierta envergadura en un área que, por otro lado, no estaba especialmente poblada por su carácter abrupto y montañoso. Tenía la ventaja de poder evitar un choque en un combate cuerpo a cuerpo, aunque también se convertía en un engorro a la hora de buscar contactos con autóctonos.

En cualquier caso, como le habían perfectamente indicado los dos arqueros cretenses de su unidad, se dirigieron sorteando las líneas de los enemigos al poblado señalado, cercano a la montaña de *Vrisinas*, conocida por los lugareños por tener un antiquísimo santuario en su cumbre. Dicho pueblo, de solo unas pocas docenas de habitantes, poseía una economía elemental basada en agricultura y ganadería. A su llegada, buena parte de las gentes del lugar que habían iniciado sus labores en el campo circundante dejaron de trabajar mirando con curiosidad y desconfianza a los dos *milit*es, completamente uniformados y con facciones relajadas. Al colocarse en el centro del lugar, Vesper caracoleó su caballo y desmontó. Su compañero, tomó las riendas y se llevó a los equinos a un abrevadero cercano sin necesidad de palabra alguna.

—¡Salve cretenses! ¡Deseo hablar con el cacique de esta comunidad! — habló en un decente griego y con energía, aguardando frente al encalado hogar de mayores dimensiones.

Como era habitual en dichas circunstancias, los habitantes, mirándolos con suspicacia, no contestaron ni se movieron. Es lo que esperaba el asistente. Así que pacientemente, esperó hasta que el interpelado se acercara. Y así fue.

Un hombre joven, delgado, de gran nariz, mala piel y cabellos delicados. Sus ojos negros y profundos mostraban un carácter inflexible que contrastaba con una sonrisa y los brazos abiertos. Iba seguido por dos tipos de fuerte complexión.

—*¡Qué Zeus y Ápate te guarden romano! Soy yo el líder de esta comunidad. ¿Qué podemos hacer por ti?* —dijo intentando parecer inteligente.

—*Venimos en nombre de los partidarios del César Claudio a reclutar voluntarios.* —comenzó su discurso en voz alta para que todos pudieran oírle—. *Todo aquel hombre sano que quiera unirse, será armado, entrenado y bien remunerado por un servicio de pocos meses.* —recalcó la temporalidad, sabedor de la necesidad de brazos en el campo—. *En primavera o antes volveréis a vuestro hogar para el inicio de la siembra.* —progresivamente, las gentes se fueron acercando—. *También venimos a negociar un buen precio por el grano o el ganado que os sobre.*

—*¿Qué hacéis mirando? ¡A trabajar!* —gritó a su espalda otro que parecía ser un capataz, golpeando a la multitud que se congregaba.

—*Hablo para todos los miembros de la comunidad. Pueden descansar un momento para escucharme.* —se impuso Vesper con un tono ligeramente agresivo. El apoderado, dejó de golpearlos ante el odio inyectado en los ojos del siciliano.

—*Podemos hacer negocios y llevaros a algunos de nuestros jóvenes.* —resolvió el líder.

—*¿Eres de Roma?* —preguntó una anciana que salía de uno de los edificios caminando con dificultad. Uno de los escoltas del caudillo intentó ahuyentarla, pero de nuevo un gesto agresivo lo disuadió.

—*Así es, buena mujer.*

—*¿Y tienes autoridad?*

—*La tengo como asistente del Prefecto Sexto Valerio* —mintió. Su autoridad era limitada técnicamente, aunque como oficial del ejército, podía usar dichas prerrogativas en determinadas circunstancias.

—*¡Entonces no te lleves a los hombres y nuestra comida por favor!*

—*¡Calla vieja!*

Una sonora bofetada de uno de los capataces hizo que la mujer perdiera el equilibrio y cayera sobre su trasero. La turba estalló en quejas y reproches incomprensibles para los dos romanos. Los tres vigilantes sacaron las porras talladas y mostraron su *pugii*, preparándose para apalear a todo aquel que se acercara. Incluso a aquel que fuese a socorrer a la pobre mujer. El joven

cacique ni pestañeaba. Vesper, entre ambos bandos, alzó las manos, instando a la tranquilidad sin gestos, solo con una expresión taciturna, los labios apretados y la mirada clavada en el suelo. Progresivamente, las gentes se fueron calmando. Detrás de ellas, Macro observaba todo con preocupación pero sin intervenir.

—*No esperaba encontrar algo así, pero solventemos previamente este pleito.* —chasqueó los dedos y dos chicos ayudaron a alzarse a la pobre mujer —. *Adelante, mujer, cuéntame.*

—*Este hombre nos está matando. Apenas sobrevivimos porque no nos deja suficiente. Vende los mejores animales en Réthymno dejándonos lo mínimo para vivir. Además querrá enviarte a los jóvenes que se han atrevido a quejarse y dos de mi familia. Los han apaleado, para tenernos a todos más atados en corto. Yo soy vieja y no tengo nada que hacer, pero ya he vivido a su padre y al padre de su padre, que eran mejores que él. ¡Avaro! ¡Sinvergüenza!*

—*¡Tenía que haber acabado contigo hace tiempo, vieja mentirosa!* —respondió ofendido el caudillo, contenido por uno de sus guardianes levemente—. *Me estás difamando falsamente.*

—*Veamos qué dice la población.* —sentenció Vesper.

Entre el gentío se empezó a distinguir claramente cómo la inmensa mayoría apoyaba a la «abuela» del poblado. No había consenso absoluto. Sin embargo, rápidamente comprendió por qué: había algunas familias protegidas por el jefe, que a su vez, parecían la de los guardas. Se trataba de una minoría frente a una mayoría que pedía a gritos un cambio, una mejora y justicia. Quizás fuera su única oportunidad en mucho tiempo. O nunca. En silencio, observando con parsimonia todos los detalles, calibraba su decisión. Al poco, volvió a elevar su palma para demandar que volviera la serenidad. Tras una corta pausa, elevó su barbilla y mostró su resolución:

—*En nombre de Sexto Valerio, Prefecto de la Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita, el pueblo ha hablado y considero que eres culpable de los cargos que se te achacan. ¡Macro! ¡Hazle preso!*

Antes de que Macro, al final de todo el gentío, pudiera movilizarse para llevar a cabo las instrucciones encomendadas, el cacique, poco acostumbrado a que le llevaran la contraria y a que su posición social fuese más que suficiente para poder actuar con total arbitrio, tomó una mala decisión. Con una señal conocida por sus capataces, dos de ellos intentaron agredir a Vesper mientras el tercero se acercaba para unirse. No contaban con la destreza del siciliano. Con virtuosismo, aprovechando el movimiento para desenvainar su

*gladius*, golpeó con el pomo en medio de la cara del primer guardián cuando, este se preparaba para asestar un contundente trastazo con una poderosa vara. Con la misma energía con la que subió su brazo para golpear al primero en medio de la cara, dejándolo tumbado de bruces en el suelo, envió un movimiento directo a la femoral del otro mientras que con su brazo izquierdo, detenía el intento de clavarle su *pugio*. El tercero, aterrorizado ante la velocidad y precisión de los movimientos, tiró la porra y levantó los brazos en señal de rendición al tiempo que el joven Macro, que se abrió paso entre la población, le ponía su *gladius* en el gáznate. La multitud, profirió señales de exclamación, que se convirtieron en tímidos vítores tras la sorpresa. Luego, el asistente observó como el bisoño caudillo se arrodillaba en señal de sumisión. No esperaba que actuara de tal forma. Los gritos del herido de muerte aterrorizaron a los presentes, máxime cuando se acercó su familia a socorrerlo entre sollozos. Al otro también se le acercaron aunque solo le había roto la nariz. Vesper reaccionó.

—*Tu desafío a Roma ha provocado esto. Tú eres el único culpable de esta desgracia.* —se giró hacia la anciana—. *Como decana, te dejo al cargo provisional de la administración del lugar. Volveré en varios días, cuando todo se haya calmado y espero que podemos contar con vuestro apoyo.*

Macro soltó al tercero de los guardaespaldas y se dirigió con rapidez a tomar los equinos entre los lamentos de la población quien, de forma bipolar, pasaba de la alegría a la tristeza, de agresividad a la pasividad. Sin embargo, la anciana destacaba entre todas esas personas, calmada, valiente y con serenidad volvió a acercarse a los dos *milites* cuando estaban ya en sus monturas.

—*¿Y qué hacemos con este?* —señaló al líder de la comunidad que aún seguía de rodillas, esperando pasar desapercibido.

Todo el pueblo clavó su mirada sobre él, excepto la familia del recién fallecido, que lloraba su trágica e inútil muerte. La expectación se podía percibir incluso en su piel.

—*Roma no interviene en la ley consuetudinaria de los pueblos que gobierna. Es culpable, pero la pena la aplicareis según vuestra costumbre.*

Después de una duda inicial, los ojos de todos los miembros de la localidad se tornaron hacia su cacique. Este, empezó a balbucear negaciones. De nada sirvieron ya que, la población, los primeros la familia del guardián muerto, se arrojó sobre él quien, entre alaridos, comenzó a ser apaleado con puños, patadas y palos. Sin volver la vista atrás, siguieron su camino. Para ellos, la violencia formaba parte de la cotidianidad de sus vidas y estas cosas

eran inmunes a su sensibilidad. A su modo de ver, se lo había buscado. No se planteaban que hubiera más que indagar o que fuese una decisión tomada a la ligera.

Nunca habían sufrido tanta confusión como aquella noche. Y eso que se había convertido en algo habitual desde que partieran de la casa de la viuda Vibia. En la *hospitia* elegida pudieron disfrutar de una cena decente y un reparador sueño con la certeza de que no había ningún enemigo que pudiera sorprenderlo. Ásper, siempre controlado por los dos, no produjo ningún tipo de problema cuando se le maniató al lecho por la noche, e incluso manteniendo conversaciones triviales con sus captores durante la jornada y, en ocasiones, cuando tenía oportunidad, mostraba los motivos que le habían impulsado a sus acciones. Aulo Valerio y Caio Mario obviaron sus fraudulentas justificaciones y falsa humildad. Durante la siguiente jornada, decidieron dar una corta vuelta por la ciudad, para luego visitar las termas, siempre supervisando a su prisionero quien, en honor a la verdad, no dio ni el más mínimo quebradero de cabeza. Allí pudieron darse un buen masaje, tomar los vapores, comer un dulce de los vendedores locales que pasaban por allí y enterarse de los cotilleos locales que pudieran interesarles. No tomaron los baños porque lo cierto era que el agua no parecía estar especialmente limpia y prefirieron evitarla. ¡A saber la última vez que la cambiaron!

En la tarde, pasaron por el mercado, entre las *tabernae*, con el fin de obtener productos más exclusivos como un perfume para Aulo o pasta dentífrica para Mario. Posteriormente, entraron a una *popina* para embrutecerse con el vino aunque sin pasarse. No podían quitar ojo al astuto prisionero.

Sin embargo, en la noche, cuando los tres dormían (Ásper bien amarrado al lecho), de improviso, un grupo de hombres armados entró en la estancia, los maniataron, los amortajaron y los llevaron a rastras. Actuaron con tal precisión y velocidad que nada pudieron hacer, entre otras cosas, por el profundo sueño en el que estaban sumergidos. Implacables y decididos los arrastraron sin apenas dañarlos por las calles de Ravenna solo pudiendo preguntarse el uno al otro qué habían visto y qué ocurría frente al mutismo de Ásper.

Al rato, los colocaron de rodillas en un firme suelo y le quitaron las capuchas. A los tres les llevó un corto tiempo acostumbrarse a la luz proporcionada por lámparas de aceite. Sus ojos distinguieron una amplia sala,

no muy profusamente decorada (algún sencillo fresco mitológico, cortinas y sobrio mobiliario de buena factura), una discreta *sella* donde un hombre de unos veintitantos años, ataviado con ropas de viaje y aspecto cansado, estaba acompañado de un Centurión y un esclavo. Sus ojos azules manifestaban inteligencia innata y su porte, era majestuoso y bien aprendido.

—¿Quiénes sois? —interrogó con seriedad.

—Él es Aulo Valerio, hijo del Prefecto Sexto Valerio, yo soy Caio Mario, liberto de la casa de Vibia y creo que no hace falta que te diga quién es Ásper.

—Sí, eso me han informado mis hombres. No obstante, ¿cómo sé que decís la verdad?

—Pregunta algo que solo el hijo de Valerio sabría —tomó la palabra en tono cordial—. Lucio Balbo, por lo que tengo entendido, es un gran amigo de mi padre y sabe muchas cosas sobre él.

Posó su mano sobre la barbilla y observó detenidamente a los tres. Su cuerpo se movía como aletargado pero su seso hervía por varios frentes abiertos al mismo tiempo. Sonrió y volvió a tomar la palabra.

—He tomado vuestras tablillas que certifican vuestra ciudadanía romana y vuestro *nomen*, pero quiero estar seguro. Haré tres preguntas y así será definitivo.

—Adelante.

—¿Cómo se llama tu madre y de qué murió?

—Lydia y murió dando a luz a mi hermana.

—Correcto. ¿A qué Dios veneraba?

—Al mismo que mi padre, le llama «*Magister*» de Galilea.

—Cierto. Por último, ¿qué número es tu padre en la comunidad y cual soy yo?

—Aunque no debería saberlo, sé que él es el I y, conociendo los nombres de los integrantes y el tiempo que ha pasado... Creo que el IX.

—Desatadlos menos a ese —refiriéndose a Ásper—. Lamento todo esto, pero era necesario para esclarecerlo todo y no quería soliviantar a las buenas gentes de Ravenna. De ahí la discreta actuación de mis marineros.

—No hay nada que disculpar, *domine*, es comprensible —indicó Caio Mario inclinando la cabeza.

—Ahora contadme los pormenores de lo sucedido, sin escatimar detalles.

Turnándose Aulo Valerio y su compañero de fatigas, relataron secuencialmente todo por lo que habían pasado. Empezaron por la misión inicial asignada de custodiar a los senadores Tito Calpurnio Avito y Numerio Lupo encomendada a la *vexillatio* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

Luego la sucesión de eventos: el atentado en la ciudad, las pesquisas realizadas, la captura e interrogatorio a Gyasi, la toma del campamento de Sekani, los sucesos en la *domus* de la viuda Vibia, el asesinato de Calpurnio Avito, las instrucciones de su padre y la matrona, la fuga en el puerto de *Alexandria*, los problemas en Creta con Ásper, la persecución sin tregua, la traición de Zeth, la arriesgada jugada de Gansa, lo ocurrido en la embarcación y la ayuda del hombre del retirado marino, la llegada a *Ancona*, el enfrentamiento en el mercado, los problemas derivados con el encuentro con Publio Catussa Docilis y Nigilio Prudens, el choque en el templo de Plutón y el combate final con los auxiliares que dejaron en la puerta del Pretorio.

Lucio Balbo escuchaba con atención y sin moverse, queriendo retener toda la información sugerida. Además ambos eran buenos oradores: uno por su personalidad y peculiar voz; el otro por su elaborado lenguaje cuando lo requería y su moderada gesticulación, casi teatral. Durante toda la explicación de los eventos, estuvo completamente extasiado. Tenían madera para asuntos más complejos en el futuro por su resolución, seso y recursos.

Después de haber cerrado todo el periplo, callaron a la espera de ver la decisión del *Praefectus classis*. Tras afirmar durante unos segundos con la testa, se alzó y se dirigió al liberto prisionero.

—Así que tú eres el escurridizo Ásper. Llevo mucho tiempo queriendo que cayeras en mis garras —afirmó con satisfacción y frotándose levemente las manos.

—Soy consciente de ello —resolvió con tranquilidad.

—Imagino que, ahora que la situación se ha revertido, querrás la redención a cambio de información.

—¿Revertido? —alzó la vista con una sibilina sonrisa en sus labios—. ¿Qué se ha revertido? Mis *dominii* son poderosos, más de lo que eres tú. Y tienen contactos, mejores que los tuyos. Has ascendido, mucho, oh Lucio Balbo, pero no lo suficiente para eclipsar a las personas que sirvo. Por otro lado, ¿qué tenéis? La palabra de un renegado armenio, al cual no tenéis con vosotros, y que vendería a su madre con tal de volver a tener influencia en su reino. Igualmente, el no estar en la Urbe no os beneficia. Allí, no eres nadie y nadie quiere escuchar vuestras palabras. Además, he informado de todo lo ocurrido hasta antes de mi captura. Os aseguro que pronto vendrán por mí y os darán un ultimátum: silencio o muerte. No tenéis el control de la situación.

Quedaron estupefactos ante las palabras del ambicioso liberto quien, con una breve disertación, había tumbado todo el plan que tenían desde que salieran de la casa de la viuda Vibia. Parecía que realmente, tenían las de

perder. Sin embargo, Lucio Balbo, el único que no estaba afectado por el discurso del liberto, retomó la voz cantante tornando una mirada fría y una expresión adusta.

—Tu arma es la oratoria y la usas bien —comenzó a decir—. Sin duda tu inteligencia es tu signo distintivo y reconozco tu mérito. —breve pausa—. No obstante, eres un aprendiz con respecto a otros hombres que he conocido durante los años y de los que he podido aprender más en esta guerra dialéctica.

—¿Ah sí? Muéstrame, joven Balbo —retó arrogante.

—Primero sé que sirves a Marco Ninfidio Celso quien está asociado con Publio Suilio<sup>[153]</sup>. —la cara de Ásper tornó a sorpresa—. Sí, llevo mucho tiempo detrás de ti y te he investigado a fondo. Actúas en su nombre, pero estás en la cuerda floja porque le has fallado en un par de ocasiones. Por ello, seguro que no le has avisado porque le habrías demostrado tu incompetencia de nuevo, retirándote su confianza. Y eso en el mejor de los casos. Realmente, no sabes a quién conozco, ni lo que puedo hacer. Te sorprendería. Por eso, no vas a tener ni siquiera la opción a negociar. Pronto llegará el día de tu ejecución, donde nadie te protegerá. Has caído en tu propia red de traiciones y mentiras. ¡Lleváoslo y ponedlo en custodia<sup>[154]</sup>!

Con un firme tirón, lo alzaron del suelo. Ásper, con su perspicaz mirada, no la apartó en ningún momento con una mezcla de ira y arrogancia. Una de esas miradas que no auguran nada bueno. Un amargo rencor que podía manifestarse en venganza si conseguía salir airoso. Su desesperación lo podía convertir en alguien aún más peligroso de lo que ya había sido.

Al poco de perderle de vista, los dos viajeros dieron un paso adelante y se dirigieron al *Praefectus classis* con preocupación.

—¿Es cierto lo que has dicho? —se adelantó Caio Mario.

—En buena parte —expresó con indiferencia—. Sin embargo, Publio Suilio es una buena pieza y podría complicaros la vida.

—¿Qué pasa con mi padre? —se revolvió al escuchar la pregunta lanzada al vuelo.

—Esperemos, por el bien del César y el suyo propia, que llegue sano y salvo.

—Dudo que así sea. Si a nosotros nos han perseguido una nave ¿qué no le habrán mandado a él? Me dijo que si conseguía salir de Egipto, y que lo haría, se dirigiría aquí directamente, parando solo en Creta para reabastecerse. Debería estar ya aquí y, si no está, es porque ha naufragado o está allí.

—Si lo que estás sugiriendo es que me dirija a Creta has perdido el juicio —intuyó las intenciones de Aulo—. Estamos casi en octubre y el *mare clausum* ha llegado.

—Sabemos perfectamente que se puede alargar un mes y medio más —le devolvió la obviedad con inteligencia.

—Cierto, pero depende de lo embravecido del mar, y es bastante impredecible en esta época del año.

—No te tenía por un cobarde.

—No me tomes por necio, por favor. No ofendas mi inteligencia intentando caer en algo tan simplón —pausa con rostro serio—. Igualmente, tu padre es un hombre pragmático y resolutivo. Siempre ha sabido salir airoso de situaciones en las que todo estaba en contra.

—Pero la volubilidad de la Fortuna es un hecho. Y tú deberías saberlo después de lo que le pasó a Cneo Fabio Sabino en el «puerto de las rocas».

—Verdad —hizo memoria inmediata de aquellos sucesos—. La muerte acecha en cada esquina. Estoy cansado. Acabo de volver de inspeccionar la costa dalmática y no he dormido apenas. Mañana, descansados, proseguiremos hablando sobre ello. Debo discutirlo con el otro *Praefectus classis*. Cada uno tiene sus obligaciones y deberes —se dio la vuelta para irse cuando Aulo Valerio espetó una última sentencia.

—Sí, el de mi padre es para con Roma. ¿Y el tuyo?

Después de pararse un breve instante, prosiguió con ese pensamiento rondando su cabeza. Maldito Valerio. Maldito vástago suyo. Su estirpe había heredado la forma de complicarlo todo. Nunca entenderían cómo debían ser las cosas: asumir su función y nunca enredar la situación. No lo hacían por ambición o con el fin de enriquecerse, como la mayoría, sino por un código ético. La moral había muerto en el Imperio, si es que alguna vez la hubo, y esa gente era peligrosa. Aunque quizás la esperanza de que aún quedaba gente como él, hacía que el sacrificio, el combate e incluso la muerte tuviera sentido. Le provocaba una duda que nunca tendría una sencilla respuesta: ser pragmático o idealista, velar por su propia seguridad e interés o ayudar a un viejo amigo, servir al César o dejar que el tiempo y otros decidieran el devenir de las cosas. Su ascenso social al rango ecuestre incluía grandes dosis de cinismo, si quería progresar en su carrera política. Y eso sin contar con los evidentes problemas logísticos.

Un viaje por mar en el mes de octubre no solo era arriesgado, sino incierto por las corrientes de viento. Además, puede que la tripulación se negase a zarpar en tales condiciones. Un motín sería una lacra en su *cursus Honorum*.

Cada uno debía solucionar sus propias problemáticas. Además, ¿debía arriesgar su vida y la de sus hombres sin saber ni siquiera qué había sido de Valerio y los suyos? La respuesta parecía obvia.

## FUEGO Y RABIA

AGUAMARINA. Un tinte extravagante y llamativo. La toga escogida era de bella factura, con excelentes acabados. La admiraba completamente satisfecho. Una buena compra para anunciar la victoria a sus compinches en Roma y mostrarse invicto ante las vicisitudes que habían surgido. Una vez eliminada toda la comitiva, podría inventarse cualquier historia que quisiera. Nadie le contradiría, ni siquiera la influyente viuda Vibia, sabiendo a quiénes se enfrentaban. Numerio Lupo sonreía para sus adentros frente a su recién adquirida compra en la casa del ecuestre que le daba hospedaje cuando un esclavo le indicó la llegada de Antonino Scaeva. Una visita esperada. Al llegar al *cubiculum* donde se hallaba acomodado, el Centurión se puso en posición de firme.

—¡Bienvenido Centurión! Descansa. ¿Qué te parece mi nueva adquisición? Hermosa, ¿verdad? —expresó sonriente.

—¿Por qué no hemos hecho nada aún? —espetó sin tapujos—. Han pasado dos días desde el ataque al *praesidium* de la cañada, más de medio centenar de hombres muertos, la impedimenta robada y el resto, humillados. Y nada se ha hecho.

El rostro del senador se agrió. Intentaba ser amable y ese *miles* se empeñaba en hablarle con tanta diligencia como falta de respeto. ¿Quién se creía que era? Soltó de repente la toga que tenía en sus manos, cayendo sobre una *sella* y se acercó hacia su interpelado con los labios apretados.

—Te empeñas en ser maleducado con tu superior que solo deseaba ser cortés y cercano. Pero veo que no puedo esperar otra cosa de un tosco *miles*. —recalcó condescendiente—. Obviémoslo pues. Para empezar, llámame *domine*.

—Sí, *domine*. —recoló ante el cariz de la situación.

—Y ya que te empeñas sí he tomado disposiciones y por eso te he mandado llamar. Antes de informarte, he creado una leva y tendremos pronto una nueva centuria convocada por los *diôgmitai*<sup>[155]</sup> locales.

—¿Experimentados, *domine*?

—Habrá de todo, imagino, pero podremos equiparlos bien con todo el material que tenemos almacenado de nuestros caídos en nuestro primer enfrentamiento.

—Los hombres tomaron el mejor material, *domine*. —puntualizó procurando no parecer insubordinado o puntilloso. No iba a jug rsela otra vez, la paciencia del patricio podía acabarse y no eran del tipo de gente que olvidara y perdonara.

—En cualquier caso,  ser  suficiente para aprestarlos bien?

—Sin duda alguna, *domine*.

—Excelente. Por otro lado, y antes de contarte mis planes, debo saber si tenemos disponibles aún a nuestros *numerii* de Cesarea.

—Sí, una treintena, *domine*. Y frescos porque no han participado en ningún enfrentamiento.

—Que un hombre de tu confianza vaya con ellos y castigue a las poblaciones sospechosas de apoyar a Valerio y sus secuaces.

—Pero *domine*, eso puede provocar malestar e insurrecciones locales, perdiendo partidarios.

—El miedo es más poderoso que el odio —en este punto, los ojos del patricio mostraron una altivez propia hacia aquellos que no veían lo obvio—. Además, en el improbable caso que así fuese, podríamos echarle la culpa a «bárbaros» orientales que actuaban por su cuenta.

—Inteligente.

—Por algo soy miembro de la aristocracia.  Algo que objetar de momento?

—No, *domine*, a tu disposición.

Numerio Lupo sonrió para sus adentros haciendo una pausa antes de desarrollarle su plan al detalle. Los *milites* estaban para obedecer. Su pensamiento era demasiado plano, sin conocimiento, ni creatividad. Había que dar un capón de vez en cuando para demostrar qu n mandaba en el mundo y por qué. Siempre se podía contar con el servilismo de los hombres.

Tres días habían pasado desde que Vesper había visitado el poblado, había ejercido de juez y sus gentes habían castigado a su caudillo. Valerio había reprendido a su asistente por la decisión tomada all . No tenía que haber juzgado nada, ni tomado partido. No conocía los escollos o la costumbre de la política local y menos actuar tan dramática, directa y tajantemente, sin consultar nada, ni a nadie. Puede que la información que le dieron no fuese

veraz o peor aún, partidista. Tenía que observar las cosas con frialdad, analíticamente, sin dejarse llevar por sus sentimientos de antipatía o impresiones iniciales. Además había que sopesar la decisión con respecto a las posibles consecuencias de la misma. Difícil, pero para ser un buen juez debía abstraerse. El siciliano, tras escuchar la perorata le respondió directo.

—Todo cierto, pero ambos sabemos que si hubieras estado allí, habrías hecho exactamente lo mismo o al menos, algo parecido.

Algo de razón no le faltaba, por ello sonrió. Sin embargo, aunque era imposible saberlo a tiempo pasado, habría intentado ser más comedido a la hora de privar a alguien de vida. Ahora tocaba pagar las consecuencias, fuesen cuales fuesen, ya que puede que la situación provocase que otros miembros destacados de las élites locales o ecuestres retirasen el posible apoyo a su causa. Poco probable, pero sería la excusa perfecta. En cualquier caso, quizás hubiera un sentimiento de simpatía y consiguieran algo. Había que descubrirlo. Por ello mandó a Vesper acompañado esta vez por Basso, Macro «el joven» y Estitio.

Mientras tanto, en el campamento base, Fortis lo había reorganizado con eficacia: distribuyendo el material de forma apropiada, reintegrando a los auxiliares rehabilitados a servicios más leves, sepultando a los dos malheridos que no consiguieron recuperarse, con el decoro debido junto a los otros y mejorando las defensas.

Los *milites* fueron abastecidos de todo lo estaba que en mejores condiciones para el servicio, eso incluía arrancar la pintura de los escudos tomados de los enemigos y repintarlos con los colores y símbolos de su unidad: una cimera de oro (entregada por su sacrificio en Britania) que rodeaba un elefante flanqueado por un laurel con fondo azul. Buena parte del hierro que sobró, se refundió para flechas, jabalinas y venablos. El campamento funcionaba como un reloj, actualizado y mejorado. Valerio no podía estar más orgulloso de su *librarius* a quien, pese a que hubiese demasiada gente organizando, no quería minimizar su encomiable labor.

Por otra parte, las partidas de forrajeo tuvieron un mal encuentro con las tropas enemigas que hacían el mismo cometido. El resultado, dos heridos por su parte a cambio de tres por los oponentes. Desde entonces, las incursiones se limitaron y controlaron. Fría y tácticamente, cada vida era para ellos mucho más vital que para los hombres de Numerio Lupo.

Con todo bien sistematizado, tocaba esperar al siguiente paso, ver cuál era la respuesta de las tropas que estaban apostadas frente a ellos. De momento, no habían cambiado su rutina, salvo aumentar el número de patrullas. Por eso,

había que buscar apoyos. Bien alzado el sol al tercer día, la comitiva encabezada por Vesper, dio un largo rodeo tras las líneas enemigas para dirigirse a ver si la semilla plantada, había dado fruto en el asentamiento cretense cercano a *Vrisinas*. Evitar las patrullas y que le siguieran no era tarea fácil, lo que les llevó un buen rato. Basso, excelente rastreador tanto a pie como a caballo, consiguió hacerla en poco tiempo. Valerio había dado instrucciones de evitar los enfrentamientos a menos que fuese necesario. No quería correr el riesgo de que se agrupasen y se perdiesen vidas. Asimismo, provocar más bajas quizás llevaría a algún tipo de estrategia más agresiva y la pasividad, de momento, les beneficiaba. Prudencia.

Sin embargo, antes de llegar a su destino, cuando quedaba un corto trecho, el africano indicó que bajaran de sus monturas y que guardasen silencio. Había detectado un rastro por el sendero que conducía a la población.

—Infantería ligera. Al menos una veintena a paso rápido —informó marcial el nómada.

—Deberíamos volver sobre nuestros pasos —aconsejó el *tesserarius*.

—De eso nada, veamos qué ocurre —denegó seguro Vesper.

—Querrán abastecerse como nosotros —opinó Estitio.

—¿Tantos y sin carros? Es una columna de reconocimiento o de ataque —contrarrestó Basso.

—Además esta zona no puede aportar tanta cantidad, seguro que tienen gente que los abastezcan desde las ciudades —reflexionó Macro.

—Sea como sea, no es buena señal —indicó el asistente—. Dejemos los caballos amarrados en esa arboleda, fuera cascos y entremos por el Sureste, que recuerdo que tenía más vegetación.

Los tres asintieron, preparándose para actuar de forma mecánica, primero resguardando a los equinos y luego corriendo para llegar lo antes posible sin ser detectados. Marchando como una flecha con buen paso, no parecía que hubiese un alma en los alrededores. Un silencio sepulcral invadía el lugar y los dos lo percibían con nitidez desde la lejanía.

—El silencio de los muertos —musitó entre dientes Basso, como ya se hiciera cuando buscaban a Córax.

Apretaron ligeramente el paso al ver que no había oposición de ningún tipo. Solo el rumor del viento, el sonido de sus propias pisadas y su respiración agitada rompían la quietud. Parecía un páramo. No presagiaba nada bueno. Cuando se encontraban a un tiro de piedra del pueblo, se agacharon y miraron con detenimiento el entorno. Durante unos segundos, aguardaron, alerta y oteando, girando sobre ellos mismos.

—Ni una señal de vida —susurró Estitio.

—Hay alguien, el viento arrastra voces —señaló en el mismo tono el siempre atento Vesper—. ¡Mirad! Un centinela. Cuando lo perdamos de vista, nos dividiremos en dos grupos, Estitio conmigo a la izquierda.

Se miraron vacilantes, aunque no podían negarse. El centinela tenía evidentes rasgos semitas. Armado con una lanza, una *gladius* que pendía de su *cingulum* y sin protecciones, solo un águila pintada sobre su túnica lo definía como miembro del ejército. *Numerii* o mercenarios. Cuando se hubo marchado, actuaron como se les había ordenado, llegando a la espalda de dos casas del poblado. La luz ya había tornado anaranjada ante la inminente puesta de sol, alargando las sombras. Basso, se guio por ellas para degollar sin contemplaciones al centinela, tomándolo con la mano derecha y rasgando su cuello con la otra. El *miles* no le dio tiempo más que a suspirar antes de desvanecerse para siempre.

Con un siseo, todos se movilizaron con las armas en la mano. Se dieron cuenta de que había otro centinela en el otro lado del poblado. Estitio, recibió la orden de acabar con él, solo con que Vesper entrecerrara los ojos, mirándolo. Se colocó entre un carro y un muro, alzándose en el momento justo y atravesó su *gladius* por la boca de su oponente, quien la había abierto para alertar a los suyos. Solo soltó un gruñido gorgoteante casi imperceptible en la distancia. En cuanto ocurrió, de forma mecánica, Macro y Vesper se introdujeron en el edificio más grande, cuyo dueño era el fallecido *domine* del lugar mientras Basso se quedaba de guardián.

Al entrar, el panonio se dio de bruces con un semita, lanzándole un tajo transversal de forma automática en el costado derecho, que lo dejó herido sin opción alguna a defenderse pero lanzando un alarido clamoroso por el dolor. No parecía mortal. Un segundo enemigo hizo su aparición por la derecha con una *gladius* en la mano, aunque fue neutralizado con eficacia por el siciliano, quien le clavó su *gladius* en el estómago y su *pugio* en la sien. Un tercero, con la cabeza vendada, se acercó tambaleándose con una lanza en la mano, aunque la arrojó al suelo al ver a su compañero caer al suelo, muerto. Macro y Estitio echaron un rápido vistazo por el interior de todas las estructuras. No había nadie más. Estitio fue por lo caballos, mientras el resto los llevaron al centro del lugar sin miramientos, sin dejar de hablar en arameo, lengua que ninguno de los presentes comprendía.

—¡Silencio! —bramó Vesper y los dos prisioneros enmudecieron de súbito. Las facciones las tenía completamente tensas—. ¿Alguno habla mi idioma?

—Yo sí, *domine*. —respondió el que tenía el corte en el lado.

—Bien, hablemos claro —hizo una pausa en la que le rebanó el pescuezo al otro tiñendo a ambos de sangre. Tuvo el efecto previsto, provocando que este entendiera que debía colaborar—. ¿Dónde están los habitantes del poblado?

—Junto al camino de *Réthymno*.

Sin mediar palabra, salió a la carrera pese a los intentos de Macro por disuadirle. Corría como alma que llevaba el diablo, con una velocidad que sorprendió incluso a Basso, un portento físico. A los pocos minutos, justo cuando el cansancio le estaba haciendo mella, encontró lo que estaba buscando. Se paró en seco, aproximándose a la distancia final con movimientos errantes y controlando su respiración agitada. A una decena de pasos, se dejó caer de rodillas frente a los cuerpos empalados de los habitantes junto al camino. Completamente desnudos y con evidentes signos de violencia, no se había librado ninguno del atroz castigo, ni por edad, ni por sexo. A tres de ellos le faltaba la cabeza, entre ellos, la decana. Vesper sintió como el corazón le daba un vuelco, y una profunda pena le invadió. Durante un lapso de tiempo quedó petrificado con la vista perdida en un niño que tenía una postura grotesca. Por primera vez sentía culpa por una decisión tomada como oficial. Y no era agradable. Un temblor emergió desde lo más profundo de su ser, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Sin embargo, su dolor y culpa no se materializaron en un llanto desconsolado. El odio tomó su lugar y se manifestó con una horripilante serie de gritos ahogados, más dignos de una bestia, y que transmitían la rabia que le consumía. Entonces llegaron Estitio y Macro montados a caballo, junto con su corcel. Durante unos minutos, los dos *milités* lo observaron en silencio, no tanto por respeto, como por miedo. Estaban más aterrados por su reacción y gestos del asistente que por el desagradable espectáculo de los muertos que tenían enfrente. Con una postración final golpeando con los puños en la tierra, se alzó y giró a sus compañeros. Estos, instintivamente, dieron un par de pasos atrás al ver el rostro del siciliano completamente desencajado y los ojos tremendamente abiertos y enrojecidos.

—Dejad los cuerpos aquí —espetó con una voz de ultratumba tomando la rienda de su caballo, que incluso se encabritó levemente cuando se acercó.

A galope tendido, retornó al poblado seguido por sus secuaces que temían cualquier reacción de su oficial, pero sin atreverse a abrir los labios para contradecirle. Un hombre con tal agitación era extremadamente peligroso e impredecible. Al llegar al punto de partida, el semita se aterrorizó al ver el

aspecto que tenía tras ver su obra, arrastrándose hacia atrás. Por su parte, mientras avanzaba, de su zurrón, Vesper tomó el *caestus*<sup>[156]</sup> con claras intenciones. De nada sirvieron las súplicas, golpeando diferentes partes del cuerpo, aunque controlando que no fuesen golpes letales. Sus subordinados, solo podían contemplar la escena. No querían recibir también. Tras media docena de golpes, se retiró, dejando al semita tumbado, aturdido y ensangrentado. Se quedó agachado muy cerca de él.

—¿Vas a hablar? —afirmó con la mano—. Bien, ¿por qué?

—Recibimos la orden de Numerio Lupo. Todos somos *milites*. —respondió con dificultad todavía tumbado.

—Es evidente que quieren acabar con nuestro apoyo local —aportó prudentemente el joven Macro.

—¿Cuántos eráis? —prosiguió el interrogatorio.

—Veintisiete *numerii* y un legionario que nos dirigía.

—Eso nos deja veintitrés —reflexionó en voz alta el asistente—. ¿A dónde se han dirigido?

—No lo sé —alzó el puño—. ¡No lo sé de verdad! ¡El legionario cogió las cabezas de tres de ellos y las llevaron para enseñarlas en los alrededores como escarmiento a quien os apoya! ¡Por favor no! ¡No!

—¿Y qué hacíais aquí? Es evidente que os movíais con prisa, apenas habéis saqueado —señaló Basso.

—Uno de ellos golpeó a mi compañero y nos quedamos aquí hasta que se sintiera mejor. Debíamos reunirnos con ellos mañana al amanecer en un poblado llamado *Armeni* al Noroeste de aquí. ¡Por favor, basta! ¡Me he rendido! ¡Por favor! ¡Por favor!

Vesper, aparentemente calmado, se puso en pie e indicó a sus compañeros que preparasen las monturas.

—Nos vamos de caza.

—¿Cuatro contra veintitrés? ¡Es un suicidio! —explicó con evidencia Estitio.

—Ni siquiera tú puedes con tantos —añadió Basso.

—Créeme que sí, podremos y lo haremos.

Dándose la vuelta de repente, al notar como unos instantes antes se ponía de rodillas el cautivo, le hincó su *pugio* en medio de la boca de forma cejada. La punta quedó alojada en la lengua, partiendo los incisivos superiores e inferiores. No pudo ni quejarse, paralizado ante lo ocurrido, haciendo aspavientos con los brazos, los ojos como platos, haciendo gárgaras con su

propia sangre y con un agudísimo dolor. Al verlo, los tres compañeros hicieron una mueca de desagrado. El siciliano se volvió a ellos.

—Ni uno saldrá vivo, pero no por los griegos muertos. No. El motivo es que tenemos que lanzar un mensaje en la isla: nadie quedará impune si atacan a nuestros aliados —exhortó con los dientes apretados.

—Eso no quita que nos superen en número. Y en mucho —clarificó Macro «el joven» con cara de desagrado al ver la herida provocada al *numerii*.

—Tranquilos, sabéis que hay formas, trucos. Ya lo hemos hecho anteriormente con éxito. Confiad en mí, es una orden.

Se puso el *caestus* y dándoles la espalda, dio un libre directo al pomo de su *pugio*, aún en la boca del oponente, atravesando la punta la mandíbula y encajándose en el centro de su pescuezo, provocando la caída de lado. Allí se agitó como un pez fuera del agua. Pronto se desangraría. Sus compañeros esperaban la muerte de este, pero no de aquella manera.

—¿Preguntas?

A las afueras de *Armeni*, los semitas gentiles de Cesarea bebían el vino que habían obtenido con las ganancias del botín o del expolio. Un día cansado de tanto moverse exhibiendo las cabezas, castigando y corriendo de un lugar a otro. Sin contar con el resarcimiento de sus ansias con mujeres, hombres o niños, según sus inclinaciones. Todos los que quisieron, ahogaron sus instintos primarios, incluso más de una vez. El legionario fue el único que se abstuvo, tanto del sexo como del vino. No porque no disfrutara de ello, sino porque quería mantenerse despejado para cumplir su cometido con perfección. Quería optar a mejores recompensas, entre la que destacaba un probable ascenso al selecto club de los *principalis* de la *Legio XXII Deiotariana*. En cualquier caso, había procurado llevar a cabo las órdenes a rajatabla: castigar y exhibir los cuerpos, correr la voz por la zona y volver al campamento base. La oscuridad había llegado antes de poder retornar a su base, lo cual estaba previsto, por lo que harían noche en ese lugar. Con sagacidad, eligió establecer a los hombres en las afueras, junto a un molino parcialmente derruido, para evitar roces con los lugareños.

La estructura estaba junto a un riachuelo, en un promontorio con buena visibilidad en casi todas sus caras, a excepción de su parte Este, que estaba plagada de hierbas altas y ortigas. En medio, colocó una enorme fogata que iluminaba los alrededores, asando la carne robada. Consideró oportuno no

poner centinelas. No consideraba probable que ningún miembro de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* pasara por allí. La idea era utilizar el molino para reposar en su interior.

Los más mayores de los *numerii* semitas se retiraron a dormir pronto, mientras los más jóvenes, la mayoría, siguieron bebiendo, sin moderación. No sabrían cuando volverían a tener un día de celebración.

El legionario comió con entusiasmo y cuando se notó saciado, se puso a tallar una pieza de madera, esperando que pasara un rato y mandarlos a dormir. Fue escogido por su veteranía, su entrega y su conocimiento del griego y el arameo, por lo que podría hacer de intermediario, además de liderar al grupo.

Alejada la candela del molino donde todos los que aún proseguían empapándose en alcohol, se mantenían cerca del fuego haciendo bromas y departiendo sobre temas cotidianos, nublados por la intención de desenfrenarse. Hacía ya buen rato que se había puesto el sol y, progresivamente, el tiempo estaba cambiando hacia un viento que presagiaba lluvia inminente. Pronto les diría que se fueran a sus lechos. Sin embargo, unos gritos apagados desconcentraron su labor con el leño. Se tornó al molino, viendo cómo estaban ardiendo en su base. Con el alboroto y la fiesta, ni se habían percatado.

—¡Agua! ¡Coged odres de agua para apagarlo! —ordenó el legionario con gritos en arameo.

Algunos, beodos y con los reflejos retardados, procesaron la información dada con lentitud. Otros, se dirigieron con velocidad al edificio siguiendo al legionario. A medida que se acercaban, percibían con mayor nitidez los desgarradores gritos de desesperación de los compañeros del interior. No se asfixiaban porque el techo del inmueble estaba parcialmente caído, igual que parte de su pared, ventilando lo suficiente para evitarlo. Lo malo era que seguro que notaban el horrendo calor que se estaba acumulando. Había que actuar con rapidez. No obstante, cuando ya estaban a pocos pasos, vieron como el único acceso estaba cerrado a cal y canto, con un carro lleno de heno usado como combustible. Parando en seco, escuchó gritos a su espalda.

Como si de espectros se trataran, cuatro figuras negras, de las que solo se advertían su silueta y el brillo de sus armas, estaban diezmado a los *numerii* quienes, confusos por la situación y la bebida, caían con poca o ninguna oposición.

—¡Entorno a mí! ¡Entorno a mí! —se desgañitaba a la par que desenvainaba su arma.

Para cuando algunos obedecieron su orden, casi la mitad de los que estaban de celebración, habían sucumbido a los feroces ataques de aquellos fantasmas sin ropa y ennegrecidos con hollín. No hubo tiempo para mucho más. Una jabalina lanzada por Basso le impactó sorprendentemente en medio del pecho, lo que provocó que cayese de tal forma, que quedó sentado con una expresión de sorpresa. Los semitas los miraron horrorizados.

—¡A por ellos! —vociferó Estitio, una de las oscuras apariciones, por encima de los gritos de los que se quemaban vivos.

La resistencia fue ineficaz, por torpeza, miedo o haber dejado parte de su armamento atrás, pese a que de súbito, se les disipó el vino de su sangre. Cuando solo quedaban cuatro, tres arrojaron sus arreos al suelo en señal de rendición, hincando la rodilla, mientras que uno puso pies en polvorosa.

—¡Acaba con él! —rugió la voz de Vesper.

Con una explosiva carrera, Macro «el joven» le persiguió, alcanzándole a los pocos pasos y acuchillándole sin piedad entre gritos de desesperación. El sonido de succión al extraer su *pugio* hizo que los rendidos compañeros se estremecieran. La adrenalina del combate los tenía completamente tensos. Los tres prisioneros, aterrados, los miraban en silencio. El negro del carbón, junto con el rojo de la sangre hacía un extraño contraste con el brillo dorado del incendio a sus espaldas, dándoles la impresión de ser seres del inframundo. Los gritos del molino, definitivamente se habían apagado y con ellos, las llamas lo cubrían todo. En la distancia, unas tímidas figuras, que eran sin duda los moradores de *Armeni*, habían acudido para ver qué estaba pasando. Vesper, se dirigió a ellos.

—*¡Habitantes de Armeni! ¡La I<sup>a</sup> Cohors Auxiliae Claudia Indomita ha vengado el asesinato de vuestros vecinos! ¡Esto le ocurre a quien ataca a Roma, a nuestros hombres y a sus aliados! ¡Corred la voz! ¡Decid que nosotros hacemos justicia!*

Sin que hubiera respuesta alguna, como era de esperar, Estitio trajo una cuerda que, con maestría, cortó y los maniató mientras hablaba su superior. Luego, llevándolos a un ancho árbol, preparó nudos corredizos con otra cuerda. Y los ahorcó en presencia de una silente muchedumbre que mantuvo la prudencial distancia y que no reaccionó de forma alguna.

El quejido de la soga tensada alrededor de las gargantas resonó por toda la explanada e hizo que a más de uno se le pusiera la carne de gallina. Además, el contraste del incendio y las cuatro sombras completamente quietas daba como colofón un cuadro que quedó grabado en la retina de todos aquellos que lo presenciaron, sin importar su edad o condición. Una sangrienta lección.

Fue poco antes del mediodía cuando aparecieron los cuatro expedicionarios, todavía cubiertos de hollín y la costra formada por la sangre. Nadie les había impedido el paso y eso que llevaban parte del botín. Probablemente por el aspecto, que dejaría a los centinelas completamente anonadados. En cuanto a este, la mayoría de lo tomado eran alimentos, que a su vez habían saqueado del masacrado pueblo, y algunas armas. Una buena parte, se entregó como presente a los habitantes de *Armeni* a cambio de que cremaran a los semitas en una hoguera común, a la par que dieran digna sepultura y honraran debidamente a los injustamente castigados. Buena idea de Estitio.

Habían hecho noche en aquella población, junto a los cuerpos insepultos de los enemigos abatidos, sin dirigirse palabra alguna. No por enfado o temor por las acciones del asistente. Simplemente no salían palabras para describir o compartir nada. Demasiada violencia en solo unas horas. Incluso para el fetichista de la sangre Basso fue excesivo, al igual que Macro y por descontado Estitio, el que parecía más afectado por ello. Vesper, por su parte, tenía algo distinto. No compartía los pensamientos oscuros de sus subalternos. Además, eligió hacer guardia toda la noche. Mejor no fiarse. Igualmente, hizo un cómputo de los cadáveres, llegando a la conclusión que dos habían conseguido escapar en la confusión de la masacre. Con las primeras luces se pusieron en camino.

Si la llegada de los cuatro jinetes impactó a los centinelas enemigos, no fue muy distinto a los centinelas de su unidad. Vestidos solo con un *subligar*, no había parte de su cuerpo que no estuviera manchada. Sus arreos de guerra estaban en sus caballos y el botín, a lomos de otros dos caballos. Valerio e Isela salieron a recibirlos, no siendo inmunes al efecto de su apariencia. Toda la *vexillatio* que quedaba, los *calones*, Emilia, los armenios, nadie faltó para ver el dantesco espectáculo. Enmudecidos, descabalaron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó protocolario el Prefecto.

—Venganza, solo eso. Basso te informará. Voy a dormir, no he descansado nada en absoluto.

Sin mirar a nadie se dirigió directamente a su *contubernium* donde se dejó caer sobre su jergón sin ni siquiera limpiarse. Inmediatamente se quedó dormido, completamente agotado.

Basso relató todo lo acontecido frente a la multitud que se agolpaba sin entrar en demasiado detalle en lo más escabroso de la historia. Una vez finalizada, el Prefecto asintió con la cabeza y les dirigió unas breves palabras.

—Bien ejecutado, ha sido una decisión inteligente. Ya no tendremos partidarios para nuestra causa, pero a ellos también les resultará más difícil lograrlo. Ahora limpiaos y tomaros el día de descanso. Mañana volvéis a la rutina.

Solo unas horas después, el siciliano se despertó de súbito con una extraña pesadilla. Una que recordaría. Había recobrado fuerzas y estaba hambriento. Pero primero debía quitarse toda esa mugre en el arroyo cercano a la base. Requeriría de tiempo y jabón. Este último, lo consiguió Adelpfos en *Gortyna* y pudo compartir uno con él.

Estaba comenzando a llover, subiendo en intensidad y no apetecía estar al raso. Todos se refugiaban y aguardaban a que llegara la noche para tomar algo caliente e irse al lecho con el estimulante rumor de la caída del aguacero.

Realizó su concienzudo aseo, primero en las frías aguas del río, luego calentándola del mismo para terminar más embriagado bajo unas telas impermeables en las que también encendió una pequeña hoguera. No temía en absoluto un ataque sorpresivo de alguna patrulla enemiga. No con la lluvia. Posteriormente se vistió con ropajes limpios, bebió una infusión de hierbas también calentada en el fuego, disfrutando con la iridiscencia creada en los alrededores. Posteriormente recogió los bártulos y se dirigió a comer. Al entrar al campamento, paladeando una manzana para abrir boca, Kismet le salió al paso.

—Vesper, ¿podemos hablar? —expresó con tono suave.

—Si es lo que deseas.

Ambos se dirigieron a una esquina del bastión, donde estaban fuera de oídos indiscretos, pero no de miradas. Behrooz hacía las veces de carabina a una distancia prudencial, cuando no lo hacía su padre. Durante unos instantes, permanecieron en silencio, mirándose a los ojos sin abrir la boca, él con una enigmática sonrisa hasta que la muchacha lo hizo.

—Yo solo quería preguntarte si estás mejor.

—¿Por qué debería estar mal? A mí no me han torturado, violado y empalado, *domina*. —espetó con tono indiferente pero cordial.

—Pero sufres, lo veo...

—¡Pobre chiquilla! Este mundo te va a devorar.

—¿Crees que soy débil?

—No, es por tu bondad, pero debes endurecerte. Este mundo está hecho de depredadores.

—Pero hasta a un depredador como tú le afectan los acontecimientos.

—Estás errando en tu juicio —pausa dramática—. Lo que ves no es sufrimiento. Cierto es que murieron por una decisión mía y eso me ha afectado. Especialmente los niños. Yo mismo he participado en ese tipo de masacres pero... ¿por qué hacerles eso? No había motivos suficientes para tanta brutalidad: nadie nos iba a apoyar en cualquier caso. Sin embargo, no es dolor lo que ves. Eso ha despertado algo en mí que hacía muchos años que lo tenía controlado. Una furia, una bestia, un instinto animal que desea sangre. Mucha más.

A medida que hablaba, mirando hacia un lado, su tono fue volviéndose más y más cargado de rabia, contrayéndose sus facciones como las de un desquiciado. Kismet comenzó a asustarse, sin saber bien cómo reaccionar ante las palabras de su interpelado. Un silencio corto y retomó la compostura.

—Tranquila, estás más a salvo de ella —dijo al mirarla y ver su rostro de pavor—. Solo mato a rivales dignos o aquel que me amenaza con una arma en la mano.

—No temo por mí, sino por ti. No quiero que te consumas por la amargura y la desesperación —explicó la chica.

—Es tarde, llevo esa cólera dentro desde que era un niño.

—Nunca es tarde, la redención es posible, nuestras creencias indican que...

—Por favor, religión no —interrumpió—. Los dioses no interfieren en las vidas de los mortales salvo para castigarlos. No creo en su bondad, he visto lo que nos dejan hacer a los mortales o la furia desatada por la naturaleza.

—Nosotros cargamos y creamos esa maldad de la que hablas.

—Vuelve tu idealismo —bromeó para quitarle hierro a la seria conversación.

—Tal vez, aunque prometo mantenerlo a raya. No obstante, debo intentar cambiar algo, si no, no tendría sentido procurar un mundo mejor.

—Busca a otro candidato. Uno que merezca la redención y la necesite.

—¿Acaso tú no la mereces? —lo miró con intensidad.

—Quizás, pero no la quiero, aunque el sentimiento es bien recibido. Pero creo que algo te nubla el juicio: he visto cómo me miras y te digo que no soy lo que buscas. Incluso en el caso hipotético de que pudiéramos por nuestra condición social, soy una mala elección. Eres hermosa, aprecio tu compañía y espero que consigas tus propósitos y los de tu padre.

—¿Es una despedida? —comentó ruborizada.

—Ni mucho menos, siempre estaré encantado de servirte como aliado y amigo. Mi *gladius* es tuya. Y en estos tiempos, no es algo que despreciar. Ahora voy a comer algo, devoraría un elefante.

Con una leve caricia en la mejilla, un gesto amable, la rodeó y se puso en marcha hacia la improvisada alacena creada por Fortis dispuesto a saquearla. Ella quedó confusa pero no triste, no tenía claro lo que sentía, pero las palabras de Vesper la reconfortaron. Al final, él le dio paz a ella y no a la inversa. Le procuró amistad y apoyo. De súbito, a medio camino, el siciliano recordó algo y se volteó hacia ella:

—Un buen consejo: Aléjate de los hombres como yo. Pronto tu padre te buscará un marido. Que escoja sabiamente un esposo justo y honesto que te cuide y respete, no alguien envenenado por el deseo de muerte o corrompido por la ambición o el odio.

No fue la única conversación profunda entre elementos de la comitiva. Con la noche encaminada, Anakletos, bajo una carpa que le protegía de la incesante lluvia, observaba con detenimiento el entrenamiento que Vesper ejercía junto a Behrooz y Macro «el joven» muy cercanos a una gran candela que les daba calor y visión. Los tres tenían una gran maestría con las armas. De los mejores que había visto en su vida. Temibles si tuviera que enfrentarse a ellos. Esperaba que no fuera así jamás. Los dioses a veces jugaban malas pasadas y los que habían sido amigos, tornaban a enemigos por los devenires, la política o las rencillas.

Con una copa de buena cerámica local con decoración en rojo y negro, bebía vino con agua con parsimonia sentado en una tosca *sella*, junto a una improvisada mesa sobre la que apoyaba un plato con aceitunas y pan, y una jarra sin empezar con más delicioso vino del lugar, cortesía del expolio del campamento de la cañada. Le cortó la visión un empapado Valerio que había salido con ropas civiles y sin *paenula*. Posicionándose junto a él, se sentó en otra *sella*.

—Llevo buscándote desde hace largo rato —empezó a decir con tiento al tiempo que su protegido le escanciaba de la jarra.

—Estaba aquí, viendo la exhibición de las destrezas de tus hombres —explicó el armenio con calma.

—Imagino que en tu tierra habrá excelentes guerreros también.

—Indudablemente pero, francamente, he conocido pocos con el dominio de las armas como tu asistente o Behrooz.

—Creo que estamos ante dos portentos, y son excepcionales, aunque nadie es inmune al acero.

—Cierto. ¿Qué deseabas?

—Solo saber dónde estabas y tener otra charla.

—Mi hija se ha ido a dormir, así que podemos hablar de lo que quieras.

—En tal caso, ¿qué fue de tu mujer? —espetó sin rodeos.

—Murió dando luz a mi segundo hijo, hace ya muchos años.

—Igual que mi primera mujer —resolvió con una sonrisa triste.

—El infortunio nos une en este aspecto. Me volví a casar, pero mi segunda esposa era tan estéril como una piedra. No renuncié a ella por este motivo. Soy un hombre de palabra.

—¿Qué fue de tu mujer?

—También falleció hace un par de años de fiebres. Fue una buena esposa. Sin embargo, si me preguntas por mi descendencia, tengo dos varones bastardos esperándome en armenia. Uno lo he reconocido como segundo, y acaudilla mis huestes a la espera de mi regreso, y otro es un niño aún.

—No dejas nada al azar. Por eso veo que estás preparando a tu hija y no me cuadra.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—Ella sabe algo. No creo que solo la cuides tanto por ser tu hija. ¿Qué papel tiene en esta historia?

—Sagaz —respondió con una leve risita—. Por resumir, es ella quien sabe la lista de traidores.

—¿Cómo es eso?

—Se la entregó nuestro enlace porque yo estaba ebrio esa noche. Además, tiene una memoria prodigiosa y, aunque me hizo una copia en mi lengua que llevo encima, ella tiene cada nombre grabado a fuego. Si algo me pasara, ella tendrá la prueba y el recurso para volver a reclamar lo que es nuestro.

—Repito: lo tienes todo bien atado. ¿Por qué haces todo esto?

—Sabes que mi lealtad a Roma es tan férrea como la tuya, además de querer volver a mis tierras y derechos que, por otra parte, he perdido por dicha lealtad.

—Hay algo más.

—Soy descendiente de los diádocos<sup>[157]</sup> y mi reputación está en juego. No puedo permitir que mi herencia desaparezca de la noche a la mañana.

—¿Cuál de ellos? —apuró su copa y se sirvió otra.

—Menandro, el cual nos transmitió el lema «discreción hasta prevalecer». Y en eso estoy.

—Hay más, podrías ser alguien importante en Siria, con riquezas y protegido por Roma de por vida. Con Honor y riquezas para ti y tus descendientes. Eres una persona pragmática, no me creo que sea lo único.

—Inteligente —sonrió con complicidad—. Hay otro motivo aparte de esta vomitiva conspiración. No voy a vivir para siempre y mi hija todavía no está preparada para ser una exiliada de lujo. Un senador depurado con buena oratoria podría provocar su ruina en el Senado o frente al César. Quería obtener el favor de un poderoso y esta conspiración ha sido la llave para ello y demostrar mi devoción hacia Claudio. Si no es posible iniciar un conflicto contra los partos, al menos, que sea protegida y honrada tras mi muerte.

—Cuidado, Anakletos, la amistad con los césares es efímera y Roma es un foco de conjuras y búsqueda de favores, donde un día estás en la cima y otro puedes caer —respondió sin tapujos.

—Y aún así la sirves.

—Sirvo a los romanos, a todos ellos, y al líder que los representa.

—¿Crees que la corte armenia es distinta? La ambición no pertenece solo a vuestro pueblo.

—Pero son mis hombres los que sangran y mueren por tu ambición. Espero que tampoco lo olvides.

—No olvidaré nada de lo sucedido aquí, tienes mi palabra. Y mi hija tampoco.

En ese momento, Isela apareció por un lateral completamente cubierta de tal manera que solo se le veía el rostro y se le intuían los pies.

—¿Interrumpo algo? —expresó con amable gesto en la cara.

—No, ya proseguiremos en otro momento —indicó Valerio alzándose y llevándose la copa.

Tomándole de la mano, Isela lo llevó a una esquina del campamento, caminando con rapidez entre los charcos que se acumulaban en el empapado suelo.

—¿Dónde vamos con la que está cayendo? ¿Está todo bien? —curioseó el marido con cierta preocupación.

—Aquí estaremos bien —se paró bajo unas tablas que hacían de pasarela para los vigilantes del muro.

—¿Qué ocurre? ¿Algo malo?

—No, bueno sí... es complicado.

—Debemos confiar el uno en el otro, así hemos salido de todas las escollos que nos ha puesto la vida —dijo con dulzura mientras le acariciaba la

barbilla y mostrando su más dulce sonrisa. Ella por su parte, tomó aire e inspiró antes de retomar la palabra.

—Quizás no sea la mejor de las circunstancias, y no es lo que esperábamos en este momento pero... estoy encinta.

El Prefecto quedó petrificado, sin expresión alguna en su rostro o cuerpo. Como si se hubiera congelado durante varios segundos en los que el corazón le dio un vuelco. Sin duda, con la amenaza de las tropas tan cercanas, era algo que le aterrorizaba.

—¿Estás segura de ello? —atinó a decir con firmeza.

—Completamente —empezó a preocuparse ante su falta de gesticulación.

—Sea como sea, es una buena noticia —lo dijo sonriendo de repente, abrazándola con fuerza y besándola en la cara—. No dejemos que lo que tenemos alrededor nos afecte. Otra vida germina en tu interior y eso es maravilloso.

—Temía que te preocupara.

—Y lo hace. Es tu función, preocuparme —bromeó—. Reconozco que no he podido dedicarte mucho tiempo últimamente.

—No te preocupes lo más mínimo. Hay cosas más acuciantes.

—Si salimos de esta, en unos meses se acabará el mandato y lo tendremos en Hispania. En nuestro hogar.

—Rezo a los dioses para que así sea.

—Espero que sea una hija.

—¿No quieres otro varón? —preguntó extrañada sabiendo la problemática de la dote y su poca presencia en la vida pública.

—Quiero a una hija que salga con la belleza e inteligencia de su madre, pero que se vuelva más sofisticada y requiera cariño continuo de su padre, al que se le caerá la baba con ella —bromeó de nuevo.

—Nunca dejas de sorprenderme —le tomó de las manos.

—Ahora sí me he cansado de luchas de poder y de muerte. Ha llegado el momento de centrarme en mi familia y nada mejor que una hija para querer paz. No quiero volver a ofrecer a un hijo a la guerra.

—Tú eres un guerrero y llevan tu sangre.

—Por eso mi amor, con dos es más que suficiente. Además, creo que ya estoy perdiendo los favores de la diosa Fortuna.

Y con un intenso beso cerraron la conversación. No querían que nadie interrumpiera su felicidad. Aunque solo fuera por unos breves momentos, les pertenecía. Su amor era inmarchitable. Para Valerio habría algo más que debía rogar al Dios Supremo: proteger a su mujer con más ahínco por la

nueva vida que se abría camino entre tanta muerte. Ofrecería la suya si fuese necesario.

Las precipitaciones no cesaron al día siguiente, aunque si descendió la cantidad con respecto a la noche, cuando apretó. La vida seguía, con agua o sin ella, en el bastión sin mucha novedad salvo que desde las primeras tenues luces del alba, había un emisario civil que solicitó en la puerta una audiencia con Valerio, el cual tuvo que asearse con rapidez para vestirse y recibirlo dignamente seguido de la germana y Anakletos que también había visto cómo Estitio informaba, mientras su hijo y Minoos dormían plácidamente.

El sujeto en cuestión, alto y corpulento, mostraba un aspecto relajado e iba desarmado. No mostraba ni el más mínimo atisbo de estar abrumado por el peligro que entrañaba de encontrarse allí. Muy cercano al dintel de la puerta, bajo una carpa empapada de agua, con sonoridad y firmeza comenzó a hablar.

—¡Salve Valerio! He sido enviado por Gansa. —Estitio desenvainó su *gladius* al oír su nombre—. Se alegra de tu bienestar y victorias.

Se abrió el portalón y salió una pequeña comitiva bajo la lluvia, con arqueros junto a la puerta controlando tanto al emisario como a los alrededores.

—Déjate de formalismos y ve al grano —interrumpió Isela sin tiento.

—Gansa quiere ofrecerte su ayuda en esta hora con noticias y consejo.

—No queremos su ayuda —volvió a decir la esposa del Prefecto.

—¡No he venido a discutir con una mujer! —replicó ofendido.

—Cuidado, estás hablando con mi esposa —sentenció desenvainando su *pugio* afalcatado, única arma que había tomado, poniéndoselo en el cuello.

—¿Le pertenece tu lengua? Quizás entonces debería hablar con ella —provocó el robusto griego.

—Quizás. O quizás debería rebanarte el pescuezo y lanzar tu cabeza ladera abajo para mostrar el precio de la traición.

—Podrías, pero sería un error.

—No sería el primero —retiró su *pugio*—. Suelta tu veneno y vete.

—Gansa me envía a decirte que el tiempo se te agota, debes partir de inmediato o te coparán y aniquilarán. Debes ganar todo el tiempo que sea posible si quieres una posibilidad. Igualmente, mantiene su oferta de su almacén en *Réthymno*. Además, añade que si llegas allí, habrá partidarios que se unan a tu causa.

—¿Eso es todo?

—Así es.

—Dile que agradezco sus consejos y que se guarde de volver a darlos. Ya veremos lo que nos depara el destino. La vez anterior, sabía que Gansa era Gansa, y que intentaba manipularme para sus propios fines, por lo que lo usé para obtener los míos. Ya basta. Vete, antes de que reconsidere cortarte la cabeza.

Con un gesto de cortesía, se puso su capucha y volvió por donde había venido. El Prefecto observó cómo se alejaba en el horizonte mientras su mujer y el protegido lo miraban a él.

—¿Y si dice la verdad? —Isela puso palabras a los pensamientos de los dos.

—Con Gansa todo es posible —manifestó Sexto Valerio con indiferencia.

—Está jugando a dos bandas —ordenaba sus ideas Anakletos—. Seguramente estará tanteando cual bando obtendrá la victoria y puede sacar mayor beneficio.

—Efectivamente. Lo ha estado haciendo desde el principio —aclaró el hispano.

—Sin embargo, eso no quita que sigamos teniendo la duda de si lo que dice sea verdad —puntualizó su esposa.

—Y siempre la habrá. Puede que ahora quiera ayudarnos para dar equilibrio y buscar otras formas de sacar provecho de la situación o, por el contrario, darnos el golpe de gracia.

—Por eso, no vas a hacer nada —recapituló el armenio.

—Así es.

—Esperemos por todos los dioses que no te equivoques en tu decisión —exhortó Isela con un liviano desafío.

—La certeza no existe, movernos sin ser detectados es prácticamente imposible. Y con estas lluvias todavía menos. Nos cazarían como a conejos.

—Por eso reza a tu dios para que no estés errado.

Había pasado una semana desde que atacaran el bastión de la cañada y, desde el día anterior, la lluvia había cesado definitivamente, con un clima suave, cálido y con una brisa agradecida. No acompañaba a lo que los ojos de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* vieron cuando despertaron esa mañana, lo que provocó que se diera la voz de alarma: las tropas enemigas estaban adelantado su posición considerablemente, preparándose para realizar lo que

parecía a todas luces ser un asedio formal a su campamento. Una sensación generalizada de derrotismo se personó en la mayoría de los *milites* ante la visión de lo que iba a ser el principio del fin. Todos sabían cómo acabaría un asedio, de una forma u otra. El sueño de poder escapar con vida había terminado.

El Prefecto aguardaba en silencio intentando ordenar sus ideas ante los turbados rostros de los presentes. Mucho había tardado en hacer lo más lógico, lo que él hubiera hecho de estar en la posición de Numerio Lupo. Tenía que pensar cómo solventar lo que estaba acaeciendo. Y tenía algunas ideas. No obstante, y para su sorpresa, alguien tomó la delantera y les habló a los hombres. Hacía falta moral en ese momento, no un análisis concienzudo.

—¡Vamos mujercitas! ¡Hemos sufrido situaciones similares! ¡Y ya hemos enviado al Hades a muchos de ellos! ¿Ahora os cagáis de miedo? —exhortó desde la muralla a pleno pulmón Andros al ver los oscuros rostros a su alrededor.

Tuvo el efecto deseado, la mayoría sintió vergüenza, comprensible por otra parte, y rieron levemente ante la ocurrencia de su Centurión. No contento solo con esto, retomó la palabra.

—Solo tenéis que hacer lo que hay que hacer y todo saldrá bien. Convivimos con la muerte y la Fortuna, y esta le sonrío al Prefecto.

—¡Sexto Valerio «Félix»! —se escuchó desde una esquina.

—¡Honor, Prudencia, Gloria! —replicó otro desde la esquina opuesta.

—¡Honor, Prudencia, Gloria! —repitieron a una voz los *milites*.

Lo repitieron varias veces cada vez con voz más grave y uniéndose Anakletos y Kismet, Behrooz y Minoos, Isela y Marcerlo, Adelphos y Emilia, los *calones* y solo faltaban los animales allí presentes.

Los gritos de desafío, valentía, temor y arrogancia fueron oídos hasta por el último de los legionarios y auxiliares en el lado opuesto quienes transportaban todo lo necesario para finalizar de una vez por todas, el conflicto.

Ninguno lo reconocería pero aquel clamor que escucharon con total nitidez desde las filas enemigas hizo que, durante unos breves instantes, se estremecieran.

## IN EXTREMIS

BEIGE. Con una *paenula* de tal color llegó al atardecer Numerio Lupo. Un color propio de una prenda de viaje a su entender. Elegante, pero discreto. Montado sobre un corcel pardo, pretendía pasar medianamente desapercibido y ver cómo se desarrollaban las operaciones. Ya bastaba de dejar a Antonino Scaeva el desarrollo de las mismas. Hasta el momento, había sido casi un desastre tras otro. No es que fuese por su culpa, pero le fallaba la estrategia contra un enemigo bien dirigido y con una tropa fogueada. Además, quería estar en el momento en que pusiera de rodillas al arrogante Sexto Valerio y conseguir, al menos, que no fuese desaprobado por los principales miembros de la conspiración. No olvidaba que, aunque actuó con sentido, había fallado en más de una ocasión por el arrojo y osadía del maldito hispano. Una pena que tuviera que morir. Podía haber sido un elemento útil más adelante.

Cuando llegó a la zona de conflicto, escoltado por dos legionarios que también iban con una *paenula* sobre sus *loricae*, se encontró como se montaban los campamentos a una distancia no muy grande y se estaban cavando un serie de zanjas protectoras alrededor para iniciar el asedio como si de una población se tratase. Quedaba mucho por hacer, pero al menos se estaba gestando la operación. Todo iba según lo previsto, con los 300 hombres movilizándose para realizar labores con orden y bastante eficacia. Había llegado la comitiva de reservistas, una nueva centuria hecha solo de elementos locales. Y puede que llegaran más en un futuro no muy lejano si fuese necesario, pese a que no había resultado fácil reclutarla.

—*Domine*. —llamó la atención desde su espalda Antonino Scaeva.

—Centurión, ¿cómo van los preparativos? —expresó bajando la capucha y con porte majestuoso.

—Como estaba previsto. Esperamos a que el terreno se drenase un poco por las lluvias y no entorpeciera nuestra labor. Hoy las condiciones son óptimas.

—¿Ha llegado todo el material?

—Ayer llegó, *domine*.

—¿Alguna respuesta de los sitiados?

—Nada significativo.

—Aposta centinelas, seguramente intentarán realizar una salida para entorpecer nuestras acciones.

—Contamos con ello. Seguramente esperarán al abrigo de la oscuridad, *domine*.

—Medidas severas de seguridad, Scaeva. Revisa personalmente las líneas cada hora. Ya sabemos que con Sexto Valerio, si hay una fisura en el desarrollo, la encontrará y nos volverá a dejar en evidencia.

—Así se hará, *domine*.

—Te dejo al cargo del bastión de la zona occidental, yo me centraré en el oriental.

—A sus órdenes, *domine*.

La amenaza de un asedio no era algo nuevo para ellos, especialmente para Valerio, Andros y Vesper, que ya lo sufrieron en el «puertos de las rocas» hacía ya seis años, además de una situación similar en Britania unos años atrás para otros muchos. Sin embargo, la sensación de que se estuviera cerrando una trampa de la que sería difícil salir, provocaba turbación a todo aquel que lo viera.

El Prefecto e Isela caminando entre los hombres, les dirigieron palabras de aliento y bromas tales como: es la única forma que tienen de vencernos, no sabemos quién asedia a quién, no tienen suficientes hombres para hacer un asalto directo o ellos tienen más miedo de nosotros que nosotros de ellos. En general, surtió efecto y al menos mantuvo la moral.

En cierto momento, encontró a Vesper, Basso, Anakletos, Kismet y Behrooz charlando en una esquina mientras afilaban sus armas. La pareja se dirigió hacia ellos.

—¿Qué se conspira aquí? —cuestionó ante el mutismo por su llegada.

—Valerio, creo conveniente hacer algo —sugirió Anakletos con tiento.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A intentar romper el cerco.

—¿Y a dónde nos dirigimos exactamente? —razonó con paciencia—. Ya lo he pensado. Podríamos jugar al ratón y al gato, moviéndonos de un lugar a otro y participando en escaramuzas continuas, perdiendo progresivamente alimentos y *milites* por el camino. En poco tiempo, y eso con un poco de suerte, quedaríamos tan pocos y estaríamos tan agotados que nos aniquilarían

sin opción alguna o empezarían las deserciones. Y digo en el mejor de los casos, porque si nos cogen con toda la impedimenta huyendo, nos masacrarían.

—Si nos quedamos, nos masacrarán de todas formas.

—Es posible, pero al menos tendremos una posibilidad. No es fácil mantener un cerco así sin que se desmoronen las líneas. Tienen que extenderlas y se volverán vulnerables.

—Arriesgado, *domine*. —apuntó Basso.

—Hay que jugárselo el todo por el todo, llegados en este punto. Y tengo ideas, aunque estoy abierto a sugerencias.

—¿Qué tramas?

—Nada que no hayamos hecho antes.

Rodear por completo un asentamiento, aunque solo sea un pequeño reducto como en este caso, requiere mucho trabajo y esfuerzo. Para empezar, cavar ese duro y seco suelo que se estaba formando en los alrededores con la *dolabra*<sup>[158]</sup> era fatigoso, además de que se requería mucho esfuerzo para avanzar. Igualmente, había que cortar una parte de los árboles cercanos para la empalizada superior y los «lirios». El último paso sería compactar la tierra sacada de la zanja para formar un firme muro de tierra. Pese a que había más de doscientos hombres trabajando por turnos, la extensión era grande y les llevaría al menos dos días acabarla. Al menos, los campamentos se habían establecido para el mediodía. Se había decidido montar dos únicos baluartes, al Norte y al Sur, queriendo construir cuatro torres a intervalos regulares entre ellos. Eso serían al menos otros dos días. Cerrar completamente la trampa, en total, les llevaría cinco jornadas de penoso trabajo. Sin embargo, el tiempo jugaba a su favor, al contrario que para la comitiva que protegía a los armenios.

En esta ocasión, aprendiendo de sus errores, el senador se mantuvo activo, organizando los puntos principales de vigilancia, supervisando las obras y atendiendo a los detalles. Dentro de cada *patricio*, había un ingeniero. Nadie mejor que él para llevar a cabo la dirección.

Cuando se estaban iniciando las obras para conectar los dos fortines, todavía con el sol en el zenit, por uno de los accesos un grupo de veinte hombres armados salieron del campamento de Valerio. Inmediatamente, sonó el *cornu* en señal de aviso desde el otro lado y en poco tiempo, medio centenar de auxiliares se colocaron cercanos para repeler cualquier intento de

quebrar las defensas que se estaban gestando. Aunque no se movieron. Desde su propio bastión, el Prefecto, Vesper y Anakletos observaban todo el proceso.

—Rápida reacción, están alerta —comentó el armenio.

—No será fácil sorprenderlos —inquirió el siciliano.

—No desesperéis, el día no ha hecho más que empezar —afirmó tajante el hispano—. Que mantengan la formación junto a la puerta mientras los demás continúan los trabajos. Luego que vuelvan al interior.

La operación de salir, formar, esperar y volver a introducirse se produjo una y otra vez. A intervalos regulares. Cinco, diez, veinte veces cada una de ellas con la misma réplica de los *milites* egipcios del otro lado. Todos creían que su funcionalidad era solo retardar las acciones hasta la caída de la noche. Entonces, al amparo de la oscuridad, como sería lógico, tal vez intentarían algo. Paulatinamente, y con sentido, la tropa empezó a sentirse hastiada de los amagos, formando cada vez con más lentitud y desidia. ¿Cómo se lanzarían al ataque con un puñado de hombres y a plena luz del día? No les funcionaría. Valerio parecía más pendiente del cielo que de lo que ocurría. Incluso a Vesper le pareció que oraba para sus adentros. Las horas pasaron lentas. Hasta que empezó a llegar el ocaso. Lo que esperaba el hispano.

La luz del cielo empezó a tornarse anaranjada, fuerte, como el estertor final del astro rey cuando no quiere ocultarse incluso ya iniciado el otoño. Con una sonrisa se giró hacia el interior.

—El momento ha llegado —expresó en voz alta pero sin gritar. Había expectación en el interior.

Volvieron a salir los hombres comandados por Andros. Otra vez. La rutina se repitió por ambas partes, aunque con un ligero giro de tuerca. Una vez fuera, junto a la puerta, los egipcios notaron que detrás de ellos había una luminosidad especial y comenzaron a murmurar. Al mismo tiempo, desde el otro postigo que se abrió de golpe, salió la misma luz y también en respuesta, se dispuso otro grupo de *milites* apostados tras el toque de *cornu*. Por primera vez, el senador, el cual había perdido interés de dirigir la tropa de vigilancia desde hacía un par de horas, al escuchar que se habían abierto ambos postigos, se preocupó sabiendo que algo ocurría, dirigiéndose en persona, montado en su rocín, a su línea frente al portón que acababa de abrirse.

La tropa igualmente, bajó la guardia y empezó a intentar ver más allá. Andros y los suyos, por su parte, no movían ni un músculo. Concentrados, firmes y sin mostrar el más mínimo interés por resplandor a su espalda.

—¡Ahora!

Se oyó un fuerte grito desde el muro. Con una precisión milimétrica, la formación de Andros se dividió en dos, dando cada uno cinco pasos, unos a la derecha, otros a la izquierda. Y en ese momento, la tropa de Numerio Lupo vio lo que se le avecinaba: unas bolas fuego.

Fortis junto con otros tres *milites* que lo estuvieron ayudando durante varias horas, se encargó de crearlas a base de paja entrelazada. Justo después, y en diagonal, también lanzaron dos toneles por cada lado rellenos de una mezcla de paja seca, cal, trozos sobrantes de metal de la fragua y cerámica quebrada. No del todo sellados, darían una desagradable sorpresa muy pronto.

Los oponentes, sobrepuestos a la impresión inicial, procuraron intuir la ruta de los objetos rodantes y evitarlos entre gritos de alerta o espanto. La mayoría lo consiguieron, pero se provocó un caos total, apelonándose unidades mientras otras partes ardían, objetos que salían despedidos y aullidos de dolor de los heridos. Numerio Lupo no creía lo que veían sus ojos. En pocos instantes, todo el trabajo realizado durante la tarde se convertiría en cenizas.

Por otra parte, por el sector comandado por Antonino Scaeva, bajó un grupo selecto: Vesper, Macro «el joven», Behrooz, Basso y sus *velites* (los cinco que quedaban), todos con armaduras livianas de cuero, escudos redondos, arcos, flechas, jabalinas y *gladii*, con la intención de seguir alargando la confusión todo lo posible. El Centurión que estaba en el lado atacado, con él mismo a la cabeza, reagrupó a unos pocos para expulsarlos de allí mientras, vociferando, trataba de que otros apagaran los incendios y volvieran a tapar las aberturas. Evidentemente, Vesper y los demás evitaban luchar directamente con ellos, dividiéndose en abanico y atacando por doquier pareciendo que eran el doble de los que eran. Valerio estaba satisfecho, todo iba según lo previsto, si conseguían desarticular hasta tal punto de necesitar apoyo, mandaría a los expectantes *milites* de Andros. Sin embargo, vio a un acelerado Mino que ruidosamente agitaba la escala para llamar su atención. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Moviendo los labios, en voz baja le dijo algo que no llegó a escuchar con los ruidos de alrededor. Pese a todo estaba turbado por su aparición. No presagiaba nada bueno. Leyendo sus labios atinó a entender algo como «fuego en el cielo».

Una corriente silbante pasó muy cerca del lugar donde se ubicaba Sexto Valerio quien atinó que a encogerse levemente: desde las líneas de Numerio Lupo se enviaron dos piedras, presumiblemente lanzadas por un *onagro*. Habían fabricado dos catapultas. Una impactó en la base de la empalizada. Tiro corto. La otra cayó en el interior, impactando en la esquina donde se

habían instalado las letrinas provisionales. De inmediato, una decena de flechas, cayeron a su interior. Nadie en el bastión esperaba algo así, impactando unas en un pequeño granero y otras sobre un par de *contubernia* entre bramidos de dolor entre algunos de los presentes. Minoos desapareció sin dejar rastro antes de que las saetas se manifestaran.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! ¡Todos a cubierto! ¡Vesper! ¡Andros! ¡Volved adentro de inmediato! —se desgañitaba el hispano desde la muralla y a la carrera en busca de su familia.

Segundos después, otra lluvia de flechas incendiarias comenzó a caer impunemente al interior.

—¡Fortis! ¿Vienen de vuelta? —preguntó sin detener su carrera.

—¡Ya vienen! —contestó bajo el dintel de la puerta, con una rodilla en tierra y oteando el cielo para saber si moverse en caso de acercarse cualquier peligroso objeto hiriente.

—Cierra el postigo tras de ti y ponte a salvo.

Prosiguió su carrera entre la gente que buscaba sin guía dónde refugiarse. Tuvo suerte, no le impactó ningún proyectil. Por el rabillo del ojo, vio cómo Isela, Marcelo, Minoos y Emilia estaban pegados a la empalizada por donde llegaban las flechas y las rocas. El lugar más «seguro». Giró la testa al escuchar como crujían los goznes al cerrarse el portalón tras Vesper, y volvió a tomar la palabra.

—¡Todos a la empalizada del Este! ¡Vamos!

Se escuchó el tronar de las rocas al llegar. Una impactó en la parte superior de la empalizada, proyectando decenas de astillas por los aires y otra chocó directamente en medio del campamento, rodando y llevándose por delante todo lo que encontró hasta la parte opuesta. El propio Valerio tuvo que lanzarse a la izquierda para esquivarla.

—¡Venga, venga, vamos!

Instantes después, los silbidos de las flechas rasgaron el ambiente mientras una decena de personas se dirigía al muro. Una de ellas le cayó en su pie izquierdo, a pocos pasos de su objetivo junto a su familia, profiriendo un alarido de dolor mientras caía al suelo. Al menos se había apagado su fuego.

—¡Que nadie se mueva! —consiguió dar la orden pese al dolor cuando vio a su esposa que iba a salir a ayudarlo y a un par de auxiliares.

Arrastrándose, llegó junto a ellos mientras otra andanada caía sobre en el interior causando pequeños incendios por doquier. Desde allí, dolorido vio los estragos que estaban produciendo: podía ver tres cuerpos inertes en el suelo, ganado que habían escapado y corría asustado por el interior, comida que se

perdía fruto de la violencia. Había perdido la iniciativa con algo que podía haber previsto. La pena y la culpa le reconcomieron por dentro, afectándole más que la fecha alojada en su pie. Ahora había caído en el mismo error que Numerio Lupo anteriormente: subestimar sus capacidades.

El ataque duró casi una hora, que fue lo que tardó en caer la noche y que la fatiga hiciese mella en los arqueros y servidores. Además, la maquinaria era demasiado nueva y los tendones que se habían usado para la torsión indicaban que precisaba de una pausa. Al menos los diez *diôgmitai*, o policía de Creta destinados a tal fin así lo acreditaban, aunque quizás solo estuviesen cansados. Numerio Lupo estaba satisfecho así que accedió. Tras saber el número de bajas que le había provocado, casi una cuarentena, sonreía maquiavélico al ver los esfuerzos por terminar de apagar los focos que aún quedaban en el interior. Junto con el golpe moral, estaban las pérdidas que habrían tenido. No solo en cuanto a materiales y hombres, también en alimentos. Eso los habría dejado vistos para sentencia. Era más que probable que se lo pensarán dos veces antes de volver a intentar atacarles.

Por otro lado, había conseguido restablecer los trabajos, terminando, al menos parcialmente la línea de foso y una pequeña parte de la empalizada. Esa noche, todos dormirían con las armaduras y toda la impedimenta lista por si acaso. Pero no habría más lanzamientos de proyectiles. No hasta que tuviera todo el cerco montado. No quería agotar a los suyos quienes, si en el día de hoy estaban extenuados, no quería pensar cómo estarían los de Valerio.

Un error total de juicio. Así se lo hizo saber a sus *principalis* mientras terminaban de afanarse en remendar los últimos destrozos causados por ese incesante ataque.

Al menos, calcularon los tempos entre flechas y piedras para ir adelantando trabajo, apagando fuegos protegiéndose con sus escudos en grupos mixtos, que incluyeron a Emilia y sus *calones*. Una arriesgada, pero inteligente idea de Vesper quien se hizo fuerte tomando las riendas ante la baja del Prefecto.

La pérdidas materiales habían sido considerables: dos tercios de las *contubernia* habían sido dañadas o totalmente destruidas (aunque había otras de reserva que se podían utilizar), la mitad de los animales había perecido (pero se resolvió comerlos en ese día y ponerlos a secar el resto), buena parte

del grano se quemó, sin contar con otros objetos que se dañaron como el menaje, armamento, resinas, cuerdas... Al menos parte de la enfermería y el *contubernium* principal se habían librado milagrosamente. Lo acumulado en aquella semana y media perdido en solo una hora. Por no hablar de las propias barreras creadas para detener el asalto: si bien estaban aún en pie, habían sufrido serios desperfectos. En especial, la cara Este, que había quedado desmochada en buena parte.

Por otro lado, las pérdidas humanas habían sido relativamente pocas para lo que podían haber sido. No obstante, debido a su corto número, cada pérdida era vital. De los 46 combatientes (incluidos el Prefecto, Anakletos y Behrooz) que había disponibles, 7 murieron (2 de ellos fueron los últimos marineros supervivientes) junto a uno de los *calones*. Con leves heridas acabaron Estitio (quemaduras leves en su espalda), Valerio (que tuvo suerte y su herida fue en el borde del pie, incómoda, pero relativamente fácil de curar), el propio Adelphos (que recibió una astilla en la cara que él mismo se extrajo y curó) y un auxiliar que recibió una saeta en el hombro la cual, la cota de malla evitó que hubiera perforado demasiado, junto con un roce con su casco. Podía haber sido peor, se consolaron entre la mórbida afonía que adolecía el ahora escuálido baluarte.

En plena noche, el Prefecto decidió que debía decir unas palabras. Por ello, se subió cojeando a una humeante tarima. Todos los supervivientes estaban presentes: Isela, Marcelo, Vesper, Anakletos, Kismet, Andros, Basso, Fortis, Estitio, Macro, Behrooz, Minoos, Adelphos, Emilia, el resto de auxiliares e incluso los *calones*. Todos con rostros serios y evidentes signos de fatiga. El comandante, se aclaró la garganta antes de comenzar su perorata.

—¡*Conmilitones!* ¡Hermanos de armas! Lo primero, pedir disculpas por lo acontecido. Debía haberlo intuido y haber tomado una mejor decisión — pausa—. Gracias por vuestra labor. A todos. —miró a Emilia, que afirmó con la testa—. Pero no hay tiempo para las lamentaciones. Hay decisiones que tomar. Fortis me ha informado del estado de nuestra fortaleza y no aguantaremos un asedio así que habrá que hacer algo. Lo primero, todos dormiremos, no habrá centinelas. Quiero a todos descansados.

—Quizás decidan atacarnos esta noche, *domine*. —sugirió Andros.

—Lo dudo. Igual que nosotros, ellos están agotados también. El hecho de que no hayan iniciado otro lanzamiento de proyectiles durante la noche es porque Numerio Lupo piensa en cercarnos lo antes posible. Quiere reservar fuerzas y ver nuestro siguiente movimiento.

—¿Y cuál es ese? —cuestionó Anakletos con impaciencia.

—Yo no sé vosotros, pero me he cansado de huir. La carne de los animales nos dará energía y será un festín. Propongo salir con todo, con nuestras armaduras resplandecientes y nuestro coraje intacto antes de que terminen de encerrarnos y solo esperemos el lento agotamiento o nuestra destrucción sin lugar a la réplica. Sé las dudas que hay en vuestros corazones, pero no os equivoquéis, no debemos esperar más. Ya les hemos vencido en dos ocasiones y en una, casi podríamos considerarlo un empate.

—¡Nos superan en número! —expresó uno de los auxiliares.

—Sí, seis o siete a uno. No digo que sea fácil, pero tendremos la oportunidad de quebrantar su moral. ¿O acaso no creéis que no recuerdan las matanzas a las que les hemos sometido?

—¿Y si tienen más tropas de reserva? —dudó otro.

—No tiene más —respondió tajante—. Ha traído todos sus efectivos: casi trescientos hombres, de los que quedarán ya menos disponibles después de nuestra treta, sus dos *onagros*, toda su impedimenta y su estrategia para demostrarnos su poder. Es su última baza. ¿O acaso no pensáis que si estuvieran tan seguros de su número no emplearían una táctica tan cobarde para enfrentarse a nosotros con tanta diferencia de tropas? Sabéis que los romanos preferimos el asalto directo, sin vacilar, mostrando valor. Si conseguimos doblegar su ánimo, se dispersarán como ovejas o si matamos al pastor, Numerio Lupo, no tendrán motivo para seguir luchando.

—Es arriesgado lo que pides, *domine*. —indicó Basso.

—¿Y qué no lo es cuando se sirve a las Águilas? —empezó a arengarlos—. Los dioses han favorecido todo el tiempo nuestra causa. ¿Es que no lo veis? Cada vez que nos enfrentamos a ellos, cara a cara, la victoria está de nuestro lado. La muerte nos acecha en todo momento, aceptadla en vuestro corazón. No pienso dejar que me cacen aquí, en esta ratonera. Valor tenéis, lo habéis demostrado, y sabéis lo que hay que hacer, si bajáis los brazos y dejáis que vuestro desasosiego os domine, habréis sucumbido ya ante ese senador, ante vuestros antepasados, ante vuestro orgullo, Roma y los dioses mismos. Yo no me doblegaré: le plantaré cara para que cuando llegue a la laguna Estigia, el barquero me reconozca y pueda decir «este es digno». ¿Quién me acompaña?

Sin saber muy bien cómo, todos rugieron como uno solo, incluso los *calones*, el pequeño Marcelo o Adelphos, exaltados por las palabras de Sexto Valerio. No solo por su contenido. La forma de decirlo, acompañado de una rabia controlada y unos movimientos sutiles los habían encandilado. Su herida en el pie lo había vuelto heroico y daba la sensación que necesitaba todo *miles*

desde el principio de los tiempos: la imagen del sufrimiento que alcanza todos los objetivos de forma épica.

Ni él mismo se creyó cuando vio a todos vitoreando. Asintió mientras apretaba los labios conmovido por el seguimiento unánime de la masa ante tan indeseado momento. Alzó los brazos para llevar a la calma.

—Disfrutad de esta noche, gastad el poco vino que queda y... ¡que se preparen esos cobardes, sea cual sea el resultado, no escaparán de nuestra furia! ¡No habrá sitio para ellos en el Elíseo!

Volvieron a gritar enardecidos. Muchos consideraban, incluso en tales circunstancias, que su Prefecto tenía algún tipo de conexión mística con el más allá. Sus extraños ritos, su inagotable buena estrella, la fuerza de su esposa, la vivacidad de su hijo, sus palabras... Todo lo hacía inclinarse hacia ellos como favorito de las deidades. Prueba de su fidelidad, empezaron a desenvainar sus *gladii* y hacer el saludo de la comunidad: se llevaron la empuñadura a su corazón; luego, con ese mismo brazo, echaron el codo hacia atrás y por último lo alzaron. Repitieron dicha operación hasta cinco veces, momento en que su oficial envainó su arma y juntó las palmas de las manos en señal de agradecimiento y respeto. Instantes después se dio la vuelta, chasqueando los dedos para indicar a sus *principalis* que le siguieran a su *contubernium*.

—Tú también, Emilia. Y trae a los *calones*.

Sorprendida inicialmente, cumplió el cometido y se unió al grupo habitual del *consilium*, que aguardaba en silencio la llegada de los esclavos, sin ocultar su extrañeza.

—Esta situación no es agradable para ninguno de nosotros —comenzó a decir todavía en pie—. Por eso tengo una propuesta para vosotros.

—A tu disposición, *domine*. —respondió con sumisión la esclava de confianza.

—No, Emilia, es una decisión importante y quiero que la toméis individualmente —pausa para que los esclavos pusieran atención y habló para todos—. Os doy una sencilla elección: podéis quedaros mañana en el campamento con vuestras labores habituales o uniros a nuestro ataque. —La duda se dibujó con claridad en sus facciones—. Sé que pensáis que será una muerte segura, y que podéis seguir sirviendo a los vencedores, sean cuales sean. Pero si son ellos, tampoco tendrán miramientos con vosotros. Os ofrezco algo: os entregaré casco, armadura de cuero ligera, un *pugio* y una larga lanza y jabalinas. Luchad con nosotros y os manumitiré a todos, con la única condición que deberéis servir en la *Iª Cohors Auxiliae Claudia*

*Indomita*, descontando los años que habéis servido como *calones* de vuestro futuro servicio. Creo que es una buena oferta. Sois parte indispensable de la comitiva y quería daros una oportunidad. Pensadlo un instante y responded con sinceridad.

Los *calones* se miraron de reojo para ver las reacciones de sus compañeros. Solo eran cuatro, no cambiarían mucho el combate, pero Valerio quería integrarlos a todos, no solo para tener más manos, sino para unificar a todo el baluarte. Una unión que les hiciera fuertes y les diera esperanza. Tras un corto mutismo, el mayor tomó la palabra.

—Yo no tengo nada que perder, *domine*. He servido como uno de los *calones* de varias unidades desde hace diez años y estaba intentando ahorrar para mi libertad —indicó mirándole directamente a los ojos.

—Muy noble por tu parte, te reconoceré cada año una vez que los identifique en las numerosas unidades que hayas pertenecido.

—Gratitud, *domine*.

Los otros tres, sin esperar mucho se sumaron con más o menos entusiasmo. La idea de la batalla, los aterrizzaba por una parte, sin embargo, la tentación de la libertad era demasiada para dejarla escapar. Sin contar con el miedo a ser acuchillados sin piedad después de que los masacraran.

—Esperad fuera un instante, desde este momento seréis auxiliares bajo prueba —comentó ceremonioso el Prefecto—. Os sugiero que empleéis el tiempo para orar a vuestros dioses antes de que Vesper os dé las instrucciones de lo que deberéis hacer. —Fueron saliendo uno tras otro, quedando solo Emilia que, intuitivamente, no había abierto la boca—. Tú no vas con ellos.

—Lo imaginaba, *domine*. No pertenezco al ejército.

—Necesito que escoltes y auxilies a Anakletos, Kismet, Behrooz, Minoos, Adelphos, mi mujer y a mi hijo cuando escapen.

—¿Cómo? —preguntó confuso Anakletos.

—Una última opción para vosotros y mi familia: cuando salgamos, ellos enviarán hasta el último *miles* para acabar con nosotros. Tomaréis los caballos y mulos que quedan y os escaparéis cuando el combate llegue al cénit.

—¿Y qué será de ti, *domine*? —tomó la palabra Kismet, mirando a Vesper.

—¿Qué clase de Prefecto sería si no estuviese con mis hombres hasta el final? ¿Qué clase de hombre traiciona a quienes han dado todo por sus convicciones y su forma de entender las cosas? Además, ¿cómo voy a correr como tengo el pie? —la chanza provocó sonrisas en los presentes—. No

querida Kismet, sea cual sea su destino, lo compartiré con ellos, con vosotros —señaló a Vesper, Andros, Basso, Fortis, Macro y Estitio.

—Yo no voy, *domine*. —expresó Adelphos—. No pienso abandonar a mis pacientes. Además no hay monturas para todos.

—Si es tu deseo...

—Yo tampoco —afirmó tajante Anakletos, Kismet fue a replicar pero la detuvo—. Ha llegado la hora de ser consecuente y mostrar que sirvo a Roma. Te he dejado la lista escrita con los nombres en este pergamino. —Se lo extendió con intención ante las lágrimas de su hija. Sabía que realmente no era necesario, pero mejor que si se torcían las cosas persiguieran un objeto y no a ella—. No se lo des a nadie que no sea el César o Narciso. Es tu seguro de vida.

—Padre... —gimoteó con comprensible preocupación.

—No te sientas atribulada por mí, los dioses dispondrán. Tampoco creo que pueda ser digno de la ayuda del César o los mismos dioses si los abandono como un cobarde.

—Será un placer combatir a tu lado —apuntó Valerio y señalando con su dedo a Behrooz, se dirigió a él—. Tendrás la máxima responsabilidad: la misión y mi familia. Supongo que entiendes el enorme honor que representa.

—Soy consciente de ello —informó con mirada serena—. Estoy aquí para cumplir la voluntad de la viuda Vibia, y también la tuya, *domine*.

—Y Minoos tiene que encargarse de proteger a Marcelo por mí, ¿lo harás, hijo?

El joven Minoos corrió hasta que se abrazó a él, temblando de emoción y también con pena, pero sin llanto. Tras unos segundos abrazados, le besó en la frente y miró a su hijo que también requirió de su cariño.

—Marcelo, hijo, tú deberás cuidar de Minoos, cuidaos mutuamente y que nada, ni nadie os separe. ¿Lo has entendido?

—Sí, papá.

—Bien, ahora id con Emilia que os dé de comer. Gracias —salieron los tres por el acceso—. ¿Hay preguntas?

—¿Por qué Isela no ha protestado? —advirtió inteligente Vesper—. Siempre replica cuando os tenéis que separar por cuestiones de seguridad, ¿por qué no esta vez?

—Porque estoy encinta —replicó con rapidez ante la sorpresa de los presentes—. Mi marido me diría que la prioridad es la vida de mi interior, que nos encontraremos en la otra orilla si ocurriera lo peor y que no hay nada más importante que los hijos. Esta vez no puedo, ni quiero discutir con él.

—Un motivo más para zurrar a esos cobardes hijos de Plutón —recalcó Basso.

—¿Cómo vamos a hacer para escapar de las garras de Numerio Lupo? —retomó la palabra el cicatrizado Behrooz.

—Saldréis cuando todos los enemigos estén centrados en nosotros hacia la cañada, para luego dirigiros hacia el Noreste y a *Réthymno* para ponerlos en contacto con Gansa.

—¿Con ese traidor? —evidenció Isela lo que todos pensaban.

—Gansa no escoge bando en luchas intestinas, incluso en mi caso que he sido su amigo —empezó aclarando—. Busca beneficio y salir lo más airoso posible. Ha intentado quedar bien con ambas partes y seguirá haciéndolo. No quiere comprometerse con uno de los bandos y salir perjudicado si la situación se revierte.

—Si vencen, no habrá situación posible para que se revierta —subrayó Vesper.

—Olvidas que sabe que Caio Mario y mi primogénito avanzan para destapar la verdad.

Esta frase parece que disipó todas las turbaciones de los presentes. Un suspiro de alivio y asunción dominó el lugar. Ciertamente, quedaba mucho por decir y preguntas continuas sin respuestas, sin embargo las circunstancias mandaban y el Prefecto no podía dar garantías de ninguna clase. Y nadie las pediría.

—Sé que el desasosiego nubla vuestro juicio, lo veo en vuestras caras, pero *conmilitones*, el destino aún puede sorprendernos. Tengamos fe, creed en los dioses y en nuestras capacidades. Somos un grupo peculiar que ha salido de muchas trabas interpuestas por los hombres. Si es mi último combate, será todo un orgullo estar rodeado de vosotros si caigo. Tenéis mi devoción y admiración. Por ello os insto a salir y disfrutar de vuestra última noche antes de ver que nos depara la Fortuna.

Uno a uno, fueron saliendo, algunos como Macro «el joven» o Andros fueron a estrechar su brazo con el suyo en señal de respeto y fervor, el resto fueron inclinando el rostro con la misma intención. Al menos, en sus miradas había una mayor calma. Quizás fuera el fatalismo o simplemente que sabían que era la única opción viable, lo que era seguro era que dormirían a pierna suelta por el cansancio. Una vez que salió el último de ellos, quedó a solas con su mujer quien se acercó y lo abrazó con fuerza.

—¡No sé si podré dejarte! —advirtió con tristeza—. Intento ser fuerte, pero no quiero hacerlo.

—Amor mío, mañana no será el día en que muera —recalcó todavía abrazado a ella. Entonces se separaron.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que lo sé.

—Lo dices solo para tranquilizarme.

—Sea como sea, no habrá forma de separarnos, ya sea en este mundo o en el próximo.

—Poco consuelo es ahora.

—No nos lamentemos, aprovechemos al máximo las horas que tenemos. La noche es nuestra.

Antes de despuntar el alba, el senador ya estaba en pie. Los sonidos que habían provenido la noche anterior del maltrecho bastión enemigo, le habían desconcertado. Se escuchaban ruidos como de celebración, aunque no estaba seguro, porque si así era, debía ser algo moderado. Quizás hubiese sido su imaginación. En cualquier caso, eso lo mantuvo alerta. Con Sexto Valerio había aprendido a no bajar nunca la guardia. Siempre tenía un recurso o una treta inesperada.

Después del desayuno, cuando se habían reanudado las obras, se le avisó que una pequeña comisión de tres hombres estaba allí para ver la situación frente a la puerta Este de su fortificación. Uno de ellos, el propio Gansa. Haciendo una mueca de desagrado, se dirigió al portalón a recibirlos entre el ajetreo de los hombres que proseguían sus quehaceres en la construcción.

—¡Salve Numerio Lupo! —saludó el más anciano—. El Procurador nos han enviado para ver cómo van los progresos en las operaciones militares.

—El cerco se completará mañana y no pasará más de una semana hasta que rindamos la plaza —contestó monótono.

—El Procurador ha recalcado que estas operaciones deben finalizar lo antes posible y con las mínimas bajas por parte de la leva de la población local. No queremos que la plebe nos responsabilice si la situación se tuerce —aclaró Gansa en tono informativo.

—No se torcerá —replicó con firmeza mientras posaba sus dedos anulares en su *cingulum*—. En cuanto a la leva, la dejaré en reserva para que no corran riesgos excesivos.

—Ha de hacerse con rapidez, este asunto ha llegado hasta la última aldea de Creta. Y eso no es bueno para ninguno de nosotros —recalcó el tercero y más joven, de unos cincuenta años.

—No conocéis al comandante que los dirige, es completamente imprevisible. Vosotros mantened alejada a vuestra gente y yo me encargaré de las operaciones militares —determinó casi amenazante.

En ese momento, llegó un auxiliar a la carrera que le llamó la atención, con los ojos desorbitados y jadeante por el esfuerzo.

—¿Qué ocurre, *miles*?

—Movimiento de tropas, *domine*. —reportó marcial.

—¿Y por qué no ha sonado la *buccina*?

—Porque está tan sorprendido como nosotros.

—¡Explícate de una vez! —se impacientó.

—Acaban de salir del campamento en formación de combate y se dirigen directos hacia el Sureste, hacia la llanura. Todos ellos. Parece que quieren un enfrentamiento en campo abierto.

—Es la oportunidad que esperabas —señaló de nuevo el decano.

—¡Toque a reunión! ¡Todas las unidades al ataque menos la centuria griega, que queda en reserva!

Como ya estaba uniformado, no hizo falta aprestarse para el combate. Aceleró el paso para llegar a la empalizada para observar el increíble espectáculo de los cuarenta y pocos hombres que avanzaban con música y cantando.

—No parecen tener miedo —remachó con intención Gansa.

—Es una máscara que con un golpe contundente cae. Acabaré con ellos de una vez por todas. Quedaos aquí con la centuria griega, así podréis informar al Procurador y disfrutad del espectáculo de la guerra.

Con este comentario final, resolvió cualquier réplica posible, tomando un caballo y organizando las unidades para el inminente contraataque. Las últimas instrucciones antes de la sangría final. Aunque su actitud resuelta no engañaba a los tres ecuestres, también estaba aterrado por las posibles sorpresas que aún pudiera tener preparadas.

La tonalidad del cielo había adquirido un color azul cobalto, con una brisa ligera que suavizaba la fuerza del astro rey, dando una sensación térmica muy agradable. Un bello día para morir al menos.

Había sido sorprendente, pero todo el mundo pudo tener un sueño reparador, a excepción de Kismet e Isela, que temían por su padre y marido respectivamente. Quizás fuera que habían asumido que eran como reos horas antes a su ejecución, o tal vez todavía tenían una vana y fugaz esperanza que

ellas no terminaban de albergar. Sea como fuere, hubo pocas palabras en torno al campamento desde el amanecer. Desayunaron con ligereza, gachas con leche y frutas como lo había dispuesto su Prefecto. Poco después, los hombres revisaron su equipo prestando atención hasta el más mínimo detalle. Muchos de ellos también decidieron compartir sus últimas palabras con las divinidades. Entre ellos Andros, Basso, Macro «el joven», Anakletos o el propio Valerio. Este, se fue a un lugar apartado y oró como solía hacerlo: alejado de miradas indiscretas, arrodillado, con su *gladius* y *pugio* afalcatado fuera de sus fundas y con las puntas hacia él; cerraba los ojos y oró con ansiedad, casi en éxtasis, acompañado de un objeto en cada mano (el collar de su comunidad con la marca de los dos peces de los seguidores del nazareno y un ídolo de sus antepasados). Luego llegaron las despedidas, que procuraron ser rápidas para evitar que la pena o los remordimientos aparecieran. Para eso habían tenido la noche.

Kismet se abrazó con fuerza a su padre mientras este le daba palabras de aliento en su lengua materna en su oído, acariciándole el cabello. Vestido con la *lorica* y el casco del siciliano, quien se la había cedido para que estuviera más protegido mientras él tomaba una armadura ligera de cuero y el casco de uno de los fallecidos. Quería estar liviano para el combate en esta ocasión, sediento de sangre.

Behrooz se despedía de los que habían sido sus compañeros de armas, en especial de Vesper, con el que había adquirido un vínculo de sangre.

Emilia se despidió en especial de Adelphos, Andros y los *calones* quienes uniformados para el combate, eran los que estaban más nerviosos con diferencia, haciéndoles chanzas y transmitiendo positivismo y esperanza.

Isela se despidió de los hombres, protocolaria como buena esposa del Prefecto, mostrando en algunos casos más cercanía, dándoles la mano y deseándoles buena Fortuna. Luego se abrazó a su marido y, con tiento, él le dijo que la esperaría allí donde los caminos del Dios Supremo los llevaran, que sería a su lado y de una pieza.

Por último, Marcelo y Mino se abrazaron al Prefecto al mismo tiempo. Con ternura, los besó en la frente, les acarició al rostro y les repitió que cuidasen el uno del otro.

Inmediatamente después, Isela metió las manos en un cuenco, pintando de azul el rostro de su marido. Algo sencillo, solo líneas marcadas por los dedos. Todos se habían pintado el rostro para la ocasión. Lo habían aprendido en Britania y habían adoptado el ritual con una versión propia. Luego, se colocó su casco, tomó un escudo y se dirigió a sus *milites*.

—¡Conmilitones! Ha llegado nuestra hora. Los dioses nos aguardan. Nuestros ancestros están expectantes. Roma está con nosotros. Escuchad a vuestro bazo: os dice que estáis en el lado correcto y decidle a vuestro miedo que se aguante, que no hay lugar para él en nuestra formación, usadlo contra esos que nos temen.

Rugieron con furia. En ese momento, la verdad es que pocos tenían el terror que el día antes había hecho acto de presencia en el lanzamiento de proyectiles. Querían sangre por todos los que habían caído, por su acecho constante y sin motivo; por la alta probabilidad de no volver nunca a sus hogares y por verse metidos de llenos en una conspiración que, en el fondo, ni les iba ni les venía. Sea como fuere, querían que llegase el fin. Y llevarse por delante a todos los bastardos insolentes que pudieran.

—¡Tambor! ¡Adelante!

Un ruido seco rasgó el aire. Era el sonido de formar filas y avanzar a paso ligero. Rostros curtidos que miraban con fijación el punto donde transcurriría la última batalla. Bajaron poco a poco hacia la explanada con decisión. El siciliano, en el centro de la formación con *gladius* y *pugio* en las manos, comenzó lo que se convirtió en el himno de su unidad, acorde con la percusión.

—¿Y quién defiende Roma? —gritó Vesper.

Junto con el sonido destemplado de la percusión, por oleadas, repitieron una respuesta en cada uno de los idiomas nativos diversos de los que componían la unidad. Cantando con voz áspera, marcial. El primero, el galo.

—¿Y quién va a masacrarlos?

Era la segunda parte y respondían ahora los sirios. Lo divertido es que, como lo habían repetido tanto mientras marchaban, como en combate, lo respondían todos a la vez, porque conocían el sonido aunque no exactamente el significado.

—¿Con quién están los dioses?

Turno de los griegos.

—¿Y quiénes somos nosotros?

—¡*I<sup>a</sup> Cohors Auxiliae Claudia Indomita!* —replicaron en latín.

Luego repitió las preguntas mientras no paraban de avanzar, contestando sucesivamente los hispanos, los númidas y por último los egipcios; con la última pregunta y la misma respuesta: *I<sup>a</sup> Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. Después de ello, se vieron las primeras avanzadillas quienes intentaron cortarles el paso ya que, como se trataba de una parte en la que no se había iniciado la construcción del muro de madera, estaba despejada. Un centenar

de hombres se estaban formando frente a ellos al tiempo que se veía que unos cincuenta legionarios de la *Legio XXII Deiotariana*, dirigidos por el propio Antonino Scaeva, les intentaban flanquear por su izquierda.

—¡Ha llegado el momento! ¡No tengáis piedad! ¡Ya que ninguna debéis esperar! —ordenó el Prefecto desde el centro de la formación.

—¡*I<sup>a</sup> Cohors Auxiliae Claudia Indomita!*! —replicaron con aún más fuerza.

Todavía se estaban desplazando o formando las unidades, por lo que tendrían que barrerlas una a una. Lo cual los beneficiaba porque, si había suerte y las masacraban, se pensarían unirse a la carnicería. Además, el hecho de que mandaran a los legionarios tan pronto, los mejores aprestados y entrenados, los que podían ser los más dañinos, también era una ventaja.

La formación era un tanto peculiar: en forma de «U», con la parte abierta atrás, con los *calones*, los pocos *velites*, *Vesper* y *Adelphos* en el centro de la misma. Igualmente, tenían formado un *testudo* desde que habían salido del baluarte, lo que era inusual y algo fatigoso, aunque beneficiaba a Valerio ya que cojeaba por su herida. Además de que hacía que su paso fuera más lento.

Los primeros cien auxiliares, con paso vacilante temiendo cualquier eventualidad se estaban acercando más y más. Ya estaban a menos de cincuenta pasos.

—¡Aguantad! ¡Todavía no! ¡A mi señal! —gritó Valerio con el escudo alzado y sin dejar de avanzar en todo momento.

La impaciencia se empezó a reflejar en los rostros de los avezados veteranos, junto con el sudor que empezaba a aparecer en ellos bajo la sombra de sus propios escudos. No había tregua. La batalla estaba en ciernes.

A medida que se acercaba el centenar de auxiliares enemigos, notaron como un extraño sonido se intuía bajo el repiqueteo del tambor, el tintineo del metal, los crujidos de la madera y los gruñidos de los *milites*. Era algo más. Algunos le pareció un mugido. No podía ser, debía ser su imaginación, hasta que lo vieron.

—¡Ahora!

De repente, a una veintena de pasos, abrieron sus escudos y dejaron libre un pasillo, quedando formados en dos líneas paralelas con los pocos hombres escogidos en el centro. Junto con ellos, había un enorme buey cogido con una cuerda por Basso quien le hablaba una extraña lengua, unas palabras que parecían de brujería porque tenía al animal completamente manso. Todos quedaron paralizados durante unos breves instantes mientras el nómada iba progresivamente subiendo el tono de sus palabras. Su voz se había tornado

grave, con sonidos guturales y silbantes que provocaban en algunos un escalofrío que les recorría el espinazo. Tanto a los suyos como a los otros. Con una última palabra soltó al animal que, completamente enfurecido salió a la carrera contra la formación enemiga.

El choque y la confusión creados fueron indescriptibles, ya que no tuvieron tiempo material para maniobrar y los dos centuriones al cargo no supieron reaccionar de forma coordinada. Algunos volaron por los aires, a otros los pisoteó el animal con furia, haciendo una especie de «S» hasta que consiguió encontrar una salida y escapar por la llanura en dirección Este ya sin oposición.

Tras quedar completamente desarticulados, los hombres de Valerio, cerraron filas de nuevo tras salir el animal, sin romper la formación y se lanzaron sobre ellos acuchillando sin piedad tanto a heridos como los que habían sido derribados. Una auténtica matanza donde pocos tuvieron el tino de plantar una resistencia formal.

Sin embargo, no habían terminado de masacrarlos los legionarios por la izquierda cuando se acercaban a toda prisa por la derecha otro centenar de auxiliares para cerrarlos por ambas partes. El momento álgido fue la terrible descarga de *pila*<sup>[159]</sup> de los enemigos que chocó con los escudos en forma de teja de los hombres de Valerio, inutilizando muchos de ellos e incluso ensartando a alguno. Empezó el trabajo en el centro de la formación de Adelphos. Ellos replicaron con otra serie de jabalinas y venablos. Además, los *calones*, en el centro de la formación, llevaban una buena cantidad para abastecerles, y también nuevos escudos. Igualmente, los cuatro arqueros, incluyendo a Anakletos, asaetaban sin contemplaciones por encima de las cabezas o entre los huecos creados por los auxiliares caídos, Vesper y los *velites* se adelantaron tras la carga, hostigando las primeras líneas de los cincuenta legionarios una vez que se acabó el hostigamiento con armas arrojadas. Sabían cómo combatían y sus puntos débiles.

Por la derecha chocaron las filas de los auxiliares cuando casi habían exterminado la primera unidad. Y los que habían sobrevivido era porque habían huido. Se repartieron por los dos frentes donde se mataba, se mataba y se mataba, llevados por el frenesí propio de la guerra. Valerio ya estaba tinto de sangre y había perdido a *Vastator* en el bajo vientre de un enemigo, precisando su *pugio* afalcatado. Igualmente, Estitio y Andros también se encontraban manchados de pies a cabeza. Basso, Vesper y Macro «el joven», buscaban los puntos débiles de la formación de legionarios que luchaban con bravura comandados por Antonino Scaeva. Fortis ayudaba aquí y allá, donde

hacía falta, entre los dos frentes creados. Los *calones*, una vez que se puso serio el enfrentamiento, como le había indicado el asistente del Prefecto, buscaban ranuras entre las formaciones e introducían largas lanzas con la intención de herir a los enemigos, con bastante éxito.

Metal y madera, un choque continuo donde no había pausa ya fuese en un lado u otro. Cada vez quedaban menos manos por ambas partes. El círculo que habían creado tenía cada vez menos gente para mantenerlo cerrado y más heridos en su interior. Las bajas se multiplicaban y las voces de furia se mezclaban con los alaridos de dolor. Una carnicería. No era un enfrentamiento limpio como en el oasis. Andros cayó herido en su pierna derecha, al igual que Macro, que recibió un feo tajo en su antebrazo izquierdo. La desesperación estaba empezando a aparecer, al igual que el cansancio. Ver los pocos que quedaban defendiendo la posición, a la par que no conseguían doblegar la iniciativa al enemigo, descorazonaba. Para colmo, escucharon como se acercaban la centuria de reserva cuando ya estaban al límite. Esta incluía arqueros. Valerio, Basso y Fortis se desgañitaban para mantenerlos en orden, concentrados y motivados, pero era solo cuestión de tiempo.

—¡Llegan los últimos *militas*! ¡Démosles una lección! —vociferó el oficial hispano tras golpear con su escudo con la izquierda y rebanarle el pescuezo con su *pugio* a un adversario que intentaba abrirse paso en un hueco entre las líneas, cayendo de nuevo al suelo por el dolor de su herida en el pie.

No hubo respuesta, estaban reservando sus energías para mantener a raya a sus oponentes y quitarles el deseo de combatir. Se daban cuenta de que era en vano. Instantes después, el viento arrastró unas notas de la *buccina* que hizo que inmediatamente, por ambos frentes, diesen a poca distancia, jadeantes, asfixiados. Aunque solo se quedaron a varios pasos de distancia aprovecharon todos para recuperar el resuello. Estaban al borde del colapso. ¿Esa señal traía buenas o malas nuevas?

Cuando los combates se encontraban en el filo de la navaja, el senador envió la reserva. Después de la desagradable sorpresa del buey, quería acabar con ellos de una vez por todas. Se encontraba acompañado por los tres representantes locales, dos legionarios de escolta y enlace, junto con el *cornicen* de la centuria traída de la *Legio XXII Deiotariana* para las órdenes acústicas que quisiera dar a la tropa.

—Se defienden bien —expresó el ecuestre más joven.

—No se dejan dominar por la desesperación, la usan —indicó con un nudo en el estómago Gansa, pero que disimulaba frente al resto. Desde que había llegado, sentía remordimientos.

—Pronto acabará —sentenció Numerio Lupo con la flema propia de la aristocracia.

El ruido de los cascos de unos caballos y la polvareda creada, advirtió de la llegada de una comitiva por el Sureste. Quizás fuesen los refuerzos finales que había requerido. Se acercaban a toda velocidad, a galope tendido. Una *turma* de caballería de quince jinetes encabezados por un joven de unos veintitantos años con una *lorica* que mostraba que tenía un nivel adquisitivo alto. Eso le hizo extrañarse y mirar de reojo con confianza y convicción de que era lo que creía y sintió cómo un escalofrío le recorría el espinazo y le producía un nudo en el estómago.

—¡Detened de inmediato el enfrentamiento! —gritó el joven líder del escuadrón en cuanto estuvo a una decena de pasos de los espectadores.

—¿Quién lo dice?

—Lucio Balbo, *Praefectus classis Alexandrina* y te ordeno de inmediato, *cornicen*, —tornó hacia él con mirada agresiva— —que toques las notas que detienen el combate o te mando azotar hasta la muerte aquí mismo por insubordinación.

Sin esperar la autorización del senador, cumplió el cometido y tocó las notas de inmediato. La fuerza y seguridad del joven amigo de Valerio no dejaba lugar a dudas de que no habría palabras que le disuadieran de llevar a cabo el cometido que le había traído hasta ahí. Numerio Lupo se puso rojo por la cólera.

—¿Con qué *autoritas* suspendes este castigo a...?

—¡Silencio! ¡Basta de mentiras! —exhortó con la vehemencia y fortaleza innata que le correspondía—. Lo sé todo y vengo a hacerme cargo de la situación en nombre del César Claudio y del pueblo de Roma.

—¿Qué clase de mentiras te han contado? —disimuló aplicando la sorna para templar sus nervios.

—Se te acusa de asesinato, confabulación y traición.

—¿Quién ha dicho tal disparate?

—Caio Mario, liberto de la viuda Vibia, es un aval excelente —dijo mostrando con una mano al jinete que le acompañaba y ni había reparado en él—. Además tenemos preso a Ásper y el Procurador ya ha sido informado de tus mentiras. Se acabó la farsa.

—¿Qué clase de broma es esta?

—¡Basta ya! ¡Hacedle preso!

—¿Cómo osas hacer eso a un patricio? —subrayó mostrando los dientes.

—Solo respondo ante el César, tu rango en este caso no vale. No tienes ninguna potestad para comandar tropas. Espero que seas tan enérgico y valiente ante él.

Dando la orden a su jamelgo, Caio Mario se acercó con parsimonia y lo miró con intensidad. Por un momento, el senador temió por su vida. Finalmente, pasó de largo. Solo quería mostrar su repulsa y ver más de cerca si había muchos supervivientes. Varios *milites* lo apresaron ante el mutismo de los tres representantes griegos. El liberto de la viuda ni reparó en Gansa, centrado en ver cómo estaba la situación del frente. Poco se intuía: un pequeño reducto central de hombres en pie rodeados de cuerpos tumbados, inertes o que se agitaban y una masa mayor que los rodeaba a varios pasos de distancia. Al menos algunos habían sobrevivido. Lucio Balbo volvió a tomar la palabra.

—¡Cornicen! Da la orden de repliegue, esto se ha acabado —se volvió hacia la comitiva—. En cuanto a vosotros, dad testimonio de lo que ha acontecido aquí a vuestro *domine* y a nadie más.

## ODA AGRIDULCE

ROSA. Destacaba sobre el resto del grupo como un copo de nieve sobre el carbón. Pero no se trataba de dicho color en sus ropajes, ni el rosado que visiblemente se percibía en el suave enrojecimiento de su piel ante la eficacia de los braseros, ni en el otro rosa de sus delicadas cintas de su peinado. Tenía un brillo especial de su mirada que se conjugaba con el fulgor de su sonrisa. Era la alegría personificada y la vida que se abría paso en su interior. Su amor lo inundaba todo. Y era un amor correspondido. Por primera vez en meses, Isela se sentía a salvo y en paz. Parecía que, pese a que la llegada inexorable del invierno se sentía, el calor de la esperanza la inundaba. Por ello, el amor de Valerio la tuvo absorta durante varios segundos, si no más, quedándose ensimismada frente a sus acompañantes.

Había llegado el mes de diciembre y se encontraban en la Gran Urbe, en el hogar de Silvia, la hermana del difunto Cneo Fabio Sabino, amigo y mentor de Sexto Valerio. Su marido, el senador Sixto, estaba de viaje por sus propiedades en el Sur de la Galia, siendo ella la anfitriona. Los acompañaban varios amigos, entre los que destacaban el senador Caio Licinio Muciano y el astuto Lucio Balbo quien había llegado con la comitiva hacía únicamente dos días.

Durante el tiempo discurrido, había dado tiempo a hacer balance: de los treinta y nueve combatientes (incluidos Anakletos y Behrooz) habían sobrevivido solo veintitrés. Algunos como Macro «el joven», Estitio o el propio Prefecto había resultado heridos pero se habían recobrado bien. Otros dos, como Andros, perdieron alguno de sus miembros. En su caso, la pierna izquierda, quedando inservibles para el servicio pero a los que su comandante se encargaría de darles una apropiada *causaria missio* que les permitiera vivir con comodidad el resto de sus días. Otros dieciséis no tuvieron tanta suerte, como Fortis, que recibió una estocada en la femoral que resultó fatal y se desangró allí mismo. Al menos fue rápido y apenas sufrió. Una pena porque era una gran promesa de futuro y tenía rectitud moral, algo difícil de encontrar. Parecía que el destino se había cebado con ellos: ninguno de los

once egipcios sobrevivió a la campaña. Prueba inherente de su rudeza. Igualmente, de los cuatro *calones*, dos superaron la prueba y otros dos fallecieron. Los supervivientes fueron acogidos como uno más sin ningún tipo de reticencias por parte de la tropa. Seguramente a nadie importarían todas estas muertes, pocas en comparación con las campañas en Britania o la frontera. Sin embargo fueron dolorosas para otras personas que los aguardaban en el campamento base en Panonia. Sea como fuere, un desperdicio inútil de vidas, incluyendo las de sus oponentes de los cuales, entre una cosa y otra, solo volvieron poco más de un centenar y medio a Egipto, sin contar con la centuria de reservistas cretenses que no sufrieron baja alguna y ni siquiera llegaron a participar. Antonino Scaeva sobrevivió para poder relatar, de primera mano, todo lo que acaeció allí y cómo tuvo que volver con la vergüenza y el temor a las represalias. Como profesional que era, ratificó a Lucio Balbo todo lo que ya sabía y retornó a Egipto sin querer saber nada más del asunto. La vida en los cuarteles era más dura, pero también más sencilla.

Por otra parte, el Centurión Andros, aunque con una pierna menos se quedó para hibernar con los *milites* en los cuarteles de Ravenna como oficial al mando de los supervivientes. Adelphos, que sobrevivió también al combate, se quedó junto a sus pacientes, completamente entregado a su profesión. Como debía ser. Solo Vesper, Basso, Macro y Estitio fueron a la capital como escolta, junto con Anakletos, Kismet, Behrooz, Minoo y Emilia. Los armenios fueron acogidos en la *domus* de Sexto Afranio Burro, uno de los dos Prefectos del Pretorio hasta que pudieran compadecer frente al César. Al menos Tiberio Claudio Narciso, su fiel liberto, ya estaba al tanto de todo lo acaecido en los últimos meses.

Aulo Valerio y Caio Mario, los mensajeros de la esperanza, habían conseguido disuadir al dubitativo Lucio Balbo tras una serie de reuniones diarias de varias horas durante tres días. Se decidió que el hijo del Prefecto se quedaría como testigo de los sucesos mientras Caio Mario lo acompañaría por lo que pudiera pasar. El encuentro de hijo y padre se daría ya a fines del mes de octubre en Ravenna, donde se abrazaron presa de la alegría de poder estar juntos de nuevo y darse la oportunidad de conocerse más. Nadie le quitaría el consuelo de poder ejercer de padre de una vez. Mejor tarde que nunca. Además sintieron un gran orgullo mutuo por la ardua tarea que tuvieron que llevar a cabo. Eso facilitó el acercamiento y el entendimiento entre ellos.

Quedaba mucho por hacer y cabos que atar, por eso la reunión que se dio en aquella *domus* podía ser crucial.

En ese día de diciembre, estaba la comitiva aristocrática y ecuestre degustando sencillos platos de pescado en salazón y aves asadas, mientras revisaban la mejor estrategia a seguir. Los dos patricios, Caio Licinio Muciano y Silvia llevaban la voz cantante ante un Lucio Balbo más comedido y unos silentes Sexto Valerio, Aulo Valerio, Isela, Caio Mario y Vesper. Los otros tres *milites*, estaban en las cocinas, hablando con los esclavos de la casa y comiendo y bebiendo sin que los modales importaran. Emilia, Mino y Marcelo estaban ya en lecho tras una comida más informal y liviana.

Muciano era un hombre serio, educado y culto. Las malas lenguas decían que era un sodomita redomado, aunque poco o nada le importaba aquello a los presentes. Conocía bien a Lucio Balbo. Había entablado una estrecha amistad en los últimos años y sabía que era una persona de fiar. Por eso fue convocado allí. No era fácil encontrar gente como esa en la Urbe. Por otro lado, Silvia estaba más que satisfecha y honrada de poder ayudar al gran defensor de la memoria de su hermano, muerto por las conspiraciones de un pretencioso oponente. Veía germinar la semilla que había sembrado su querido Cneo. Así pues, tras una amena charla sobre temas más banales o incluso más personales, donde la atención principal se centró en Isela como era de esperar, cuando llegó el momento de dar las nuevas se hizo el silencio. Abrió el diálogo Muciano.

—Creo que es el momento de anunciaros que, Narciso, la criatura del César Claudio, está informado de todo y ha requerido vuestra presencia dentro de tres días —introdujo con una liviana sorna.

—¿Tres días? El tiempo no corre a nuestro favor —indicó Sexto Valerio con cierta decepción.

—Yo creo, sin embargo, que será un regalo para que plantees bien el siguiente movimiento e incluso empieces a hacer algo al respecto —prosiguió el destacado miembro.

—No estaría de más que controláramos más de cerca a los sospechosos —aportó Caio Mario.

—Son demasiados nombres para colocarles centinelas a todos —resolvió el Prefecto ante la evidencia.

—Además de poder provocar alguna reacción más enérgica si nos descubren —puntualizó con serenidad Aulo Valerio.

—Podríamos utilizar a Anakletos como señuelo —se sumó Vesper.

—No creo que sean tan estúpidos para atacarle, ahora que se ha descubierto todo, solo les complicaría las cosas —explicó Muciano con paciencia.

—Pongamos sobre aviso a todos nuestros contactos. Eso será suficiente para saber algo más —apoyó Silvia.

—En cualquier caso, no actuar de ninguna forma podría perjudicarnos. Solo vigilarlos —añadió Lucio Balbo.

—La misión se encuentra en el filo de la navaja, ahora es cuando todo se puede ir al traste. Hay que ser diligentes y prudentes al mismo tiempo. Las *gladii* no sirven aquí —apuntó Silvia.

—Las *gladii* siempre pueden llegar a servir, *domina*. —expresó Isela con un tono amable, sin querer ofender.

—No podemos dormirnos en los laureles, habrá llegado la noticia a los conspiradores y estarán más aterrados que nunca. Hay que hacer que las ratas salgan de la cloaca —retomó la palabra el Prefecto.

—No tenemos suficiente gente —indicó Caio Mario.

—No hace falta a todos —volvió a hablar Muciano—. Solo los que pueden estar más expuestos.

—Que así sea pues —resolvió con una expresión adusta Sexto Valerio.

Por fin llegó la noche, el día más deseado desde que se destapara toda la conjura. Y allí estaba, envuelto por una *paenula*, tiritando levemente a las afueras de Roma, esperando a ser recibido por el hombre más poderoso del Imperio. Le acompañaba solo Caio Licinio Muciano, lo cual fue pedido expresamente por el liberto del César, ya que Lucio Balbo ostentaba un cargo público y era mejor mantenerlo aparte. Al menos de momento. Junto al río Trastevere, en una zona apartada y embarrada, se había montado una especie de campamento, donde destacaba una *carruca*<sup>[160]</sup> de dimensiones considerables. Las malas lenguas decían que el César Claudio era un famoso ludópata y que incluso de viaje proseguía sus juegos y pasatiempos en tal vehículo. Por algún motivo que desconocía, estaba acompañado de una nada despreciable comitiva, con al menos una veintena de pretorianos escoltándolos, aparte de otros vigilando los alrededores.

Sexto Valerio y Muciano esperaban pacientemente bajo una lluvia fina y un frío cortante a que se le diera la oportunidad de ser recibidos. Se escuchaban voces y risas, de vez en cuando, que provenían del interior de la *carruca* principal y ocasionalmente, alguno salía a orinar, escuchándose con nitidez que había montada una reunión peculiar.

Sin embargo, al Prefecto se le estaban entumeciendo los pies y quería moverse un poco, al menos para poner en circulación la sangre sus

extremidades. Llevaba casi una hora quieto, aguardando, y ya había sido suficiente para él. Muciano más prudente y ducho en dichas cuestiones afirmó que no debería tardar en salir a recibirlos, ya que se encontraban al final de la *prima vigilia*. Pronto empezarían a estar cansados y comenzarían a irse. Entonces, apareció un hombre encapuchado que les hizo un gesto con la mano para que se acercasen. Los cuatro pretorianos que les cerraban el paso, los dejaron pasar, yendo directamente hacia el enigmático hombre que se colocó bajo una lona que tenía una pequeña fogata en la que se calentaba algún tipo de líquido en una caldero de bronce. En cuanto llegaron los dos, extendieron las manos y aproximaron los pies para desentumecerlos con la agradable flama.

El encapuchado los observaba con una amplia sonrisa en su cara, repitiendo la misma operación que ellos. Se trataba, nada más y nada menos que de Tiberio Claudio Narciso, liberto imperial y uno de los hombres más poderosos e influyentes de ese tiempo.

—Pronto os recibirá —expresó con seguridad.

—Gratitud, *domine*. —replicó Muciano.

—He escuchado con detenimiento todo el caso. Es grave, aunque ha sido abortado a tiempo. No obstante, no es suficiente con la acusación formal de Anakletos y Kismet —prosiguió.

—Las acciones podrían hablar por sí mismas, también podría testificar en contra, *domine*. —habló Valerio esta vez.

—Yo te creo, Prefecto Valerio, otro cosa es lo que la ley puede hacer. Hay nombres poderosos y otros que no están mencionados por miedo. Y el César se muestra receloso.

—Además es un caso complicado.

Esta última frase la dijo el venerable Tiberio Claudio César Augusto Germánico, llamado popularmente como Claudio quien, a sus 63 años tenía una expresión cansada y distraída. Los años no lo habían tratado bien, aunque al menos conservaba un aspecto sano y continuaba teniendo una mirada inteligente. Llegó recomponiéndose la túnica, probablemente porque venía de miccionar y centró su mirada en el Prefecto. Los dos súbditos, inclinaron el rostro de forma inmediata, clavando su mirada en el suelo.

—Tengo que agradecerte otra vez, Sexto Valerio tu intervención —retomó la palabra el César—. Roma debe estar muy agradecida por salvar la memoria de Cneo Fabio Sabino, por tus operaciones como Prefecto, tanto militares como diplomáticas y ahora por abortar este conato de conspiración.

—Solo sirvo al César, *domine*.

—Y el César agradece tu lealtad. Sin embargo, debo informarte de un desafortunado suceso. Esta tarde ha aparecido muerto Anakletos cuando estaba dando un paseo a las afueras de la ciudad.

—¿Cómo ha ocurrido? —la noticia le cayó como un jarro de agua fría, al ser totalmente inesperada y reflejando crispación en su rostro.

—Los informes indican que una serpiente hizo encabritar a su caballo y se desplomó contra una piedra, lo que le provocó una muerte instantánea.

—Muy conveniente, teniendo en cuenta que era un magnífico jinete. ¿No estaba escoltado? —sabía que Behrooz estaría con él.

—Al parecer estaba solo en ese momento y todo indica que ha sido un accidente —la expresión de Claudio mostraba su escepticismo, pero también la fatalidad de que ya nada se podía hacer—. Sexto Afranio Burro no estaba presente, nos informaron a la vez y por su reacción, apostaría que no está relacionado con el suceso.

—¿Qué será de Kismet, su hija?

—La he trasladado en secreto fuera de Roma. Narciso te indicará dónde. Volverá solo para los apropiados rituales funerarios en unos días. Cuando todo se calme, he encontrado a un fiel ecuestre que la desposará y hará de valedor si llega el momento de actuar en Armenia.

—Es justo, *domine*. ¿Qué ocurrirá con la lista de los conspiradores?

—Ha desaparecido —alzó su mano para evitar la evidente protesta del Prefecto ya que era la prueba irrefutable del complot para asesinarle—. Aún así, tengo constancia de ella por Kismet. No serán llevados a juicio frente al Senado porque no puede ser ratificada por nadie. Pondré a los elementos más sospechosos bajo vigilancia, Numerio Lupo será desterrado a *Minorica*<sup>[161]</sup> y Lucio Quintilio será llamado, en cuanto la mar lo permita, para responder por sus actos frente al Senado. Todos sabemos que habrá atado corto todas sus acciones y pronunciará un emotivo discurso que hará que salga a hombros del Senado. —sonrieron ante el certero comentario—. Contra Publio Sutilio no hay evidencias suficientes. Incluso en lista original planteaba serias dudas. En cuanto al liberto, quedará en tus manos.

—¿Marco Ninfidio Celso? —interrogó con intención.

—No hay clara implicación en la conspiración y no aparece en la lista.

—¿Y no podemos usar el asesinato de Tito Calpurnio Avito? Seguro que la viuda Vibia testificaría de buen grado.

—Con toda seguridad. Y no dudo ni lo más mínimo de su devoción hacia mi persona, ni la intencionalidad de la *gens* Calpurnia de reclamar justicia.

Sin embargo, es mejor dejarlo correr y solo castigar a los directamente implicados. Mejor no agitar el avispero.

—No creo que eso detenga a los insurgentes, *domine*. —objetó con atrevimiento ante la espantada imagen de Narciso y Muciano. El César sonrió melancólico.

—Es la ley y no puedo hacer más al respecto salvo mostrarte mi gratitud y darte una justa recompensa por tu fidelidad y padecimiento. Narciso te entregará los detalles. Ahora si me disculpáis, vuelvo a mis menesteres. La noche es desagradable y no es un buen augurio estar divagando sobre tales cosas aquí.

Sin más dilación, se volvió tras el saludo respetuoso de los dos presentes que se inclinaron ante él. El liberto, silencioso en todo momento, no había dejado de observar con detenimiento los acontecimientos, esperando una reacción de Sexto Valerio. Y no se demoró.

—No esperaba ver algo así.

—¿Qué no esperabas? —preguntó Narciso con intención.

—Ver al hombre más poderoso de Roma hastiado y abatido.

—El poder exige mucho y las conjuras agotan hasta al más enérgico de los césares. ¿Acaso tienes remordimientos?

—Una parte de mí siente compasión por el hombre, la soledad que le debe rodear cuando suena a tu alrededor la palabra «traición». Otra se siente impotente por no lograr que los responsables paguen por los agravios generados a tantas personas.

—Valerio, tú y yo empezamos con mal pie. Te juzgué mal y me has sorprendido gratamente —este se sorprendió ante tal comentario—. Sin embargo, yo no soy como él. No voy a dejar esta conjura en manos de la diosa Fortuna y no voy a permitir la caída del César. Además has demostrado ser el más apropiado para llevar a cabo la tarea.

—Tu destino está unido al de tu *domine*, y por ende, al mío. Estoy dispuesto Narciso.

Cierto era que había habido roces entre ellos hacía seis años. Por un lado, Sexto Valerio despreciaba que un, liberto al fin y al cabo, ejecutara los designios del César, aunque tuviera sentido común e inteligencia. Por otro, el liberto le parecía insultante que un *miles* se tomase tantas licencias ante un hombre ducho en los entresijos de la política y con años de experiencia sirviendo a su *domine*. Aunque esa imagen no se había erradicado en sus mentes, sí se había difuminado porque coincidían en intereses. Máxime por la ambición de Narciso y la devoción para con los suyos de Valerio. También

ambos eran conscientes de que tenían amistades e influencias que podían convertirlos en peligrosos por ser impredecibles. Mejor llevarse bien en un mundo donde no se podía confiar en nadie.

Numerio Lupo se jactaba de su elocuencia y el poder de su camarilla en su hogar, frente a su esclavo de confianza, degustando un buen vino de Falerno. Sonreía para sus adentros al recordar que hacía tres días que lo habían libertado. Justo después de la muerte accidental de Anakletos. Fuese real o no. No se lo habían dicho, ni necesitaba saberlo. Sin embargo, temiendo posibles represalias, había triplicado su guardia personal. Especialmente en la noche. Había tenido unos días movidos, pero en esta pensaba comer bien, beber un delicioso licor y copular con alguno de sus esclavos. No había decidido entre hombre o mujer, pero tenía a dos en mente. Haberse quedado viudo hacía unos años tenía sus ventajas. Y cuando la conspiración se llevase a cabo, podría desposar a una mujer más influyente que le diera más hijos, ya que solo le habían sobrevivido dos: una hija que ya estaba casada y un hijo al que consideraba débil.

En medio de sus cábalas, le fue advertida la presencia de Sexto Valerio a las puertas de su *domus* cuando ya era la *hora nona* y la noche había hecho presa de las calles. Sorprendido de que le visitara en la *Collis Quirinalis*<sup>[162]</sup>, mandó vigilar los alrededores, que el sujeto en cuestión fuese cacheado con minuciosidad y luego que se le dejara entrar. Lo recibió en el *atrium* donde, resguardado del viento y calentado por cuatro braseros colocados estratégicamente, la temperatura era muy agradable. Había terminado hacía rato de cenar y lo recibió en un *stibadium*<sup>[163]</sup> mientras que sus esclavos le dejaron un *triclinium*. Durante un instante pensó en ponerle solo una *sella* para mostrar su diferencia social, pero le pareció una mezquina forma de reírse de un rival vencido. Llegó escoltado por cuatro guardas.

—Iba armado con una *gladius, domine*. —reseñó el que parecía ser su líder, mostrando el arma—. Se la guardaré.

—Cerrad a cal y canto, doblad la guardia y quedaos tres de vosotros aquí para vigilarle.

—Sí, *domine*. —inmediatamente uno de ellos fue a cumplir su cometido mientras los otros tres se quedaban custodiando al Prefecto que sonreía levemente.

—¿Tanto me temes? —inquirió provocativo.

—Me has vuelto desconfiado por tus inesperadas tretas. Has sido un rival muy digno. Toma asiento. ¿Una copa de vino?

—Sabendo que tienes buen gusto para ello, no la rechazaré —se sentó en el *triclinium* y una esclava se lo escanció.

—¿A qué debo el honor? —fue directo al grano.

—¿A qué crees tú? —retó para ver sus capacidades.

—En un primer momento he pensado que tú y los tuyos habéis venido a matarme, como sé que hicisteis a Calosio Domitio hace unos años. Después se me ha ocurrido que no podríais hacerlo ya que he sido condenado al exilio y no tendría sentido, aunque no por ello he bajado la guardia. Otra opción es que has venido a saber más sobre la rebelión o quizás incluso unirse a ella ante la torpe respuesta del Senado y el César. Sin embargo, tus acciones pasadas me han hecho darme cuenta de que era una idea efímera e insensata. Otra posibilidad es que buscas que confiese o que cambie de bando para evitar el destierro.

—Interesante —replicó con tranquilidad—. Es muy interesante ver que casi me derrota un enemigo con seso.

—¿Casi? Querido Sexto Valerio, te he derrotado. No has conseguido acabar conmigo, ni derribar la conjura.

—Faltó poco para que me exterminaras a los míos y a mí, pero no creo que ninguno hayamos vencido.

—Sí, ambos hemos perdido por el camino. Quizás algún día rompamos las tablas. ¿Qué puedo hacer entonces por ti?

—Primero darte la enhorabuena por eludir la justicia. Tus eficientes misivas a otros senadores junto con la muerte del armenio ha sido muy hábil.

—Gratitud, máxime viniendo de ti.

—Mi presencia aquí tiene un motivo, pero eso requiere de una narración detallada y secuencial de una serie de sucesos.

—Soy todo oídos —con un sutil gesto, los tres centinelas entendieron que debían acercarse aún más al invitado. Este, por su parte, ignoró a los guardianes.

—Después de tu detención por parte de Lucio Balbo y el repliegue de tus tropas, una vez que nos recompusimos del último enfrentamiento, nos encaminamos al puerto de *Gortyna*. En un momento determinado fui a orinar tras unos árboles y me sorprendió un encapuchado que puso un *pugio* en mi garganta. O mejor dicho una encapuchada. Me dijo que era una espía que servía temporalmente a Lucio Quinctilio y lo mantenía informado. Sin embargo, dado el vuelco de la situación y a que le había salvado la vida en el

mar, ya que iba como pasajera en nuestra embarcación cuando estalló la tormenta, decidió dejarme con vida. Además, me prometió que, antes de volver con su verdadero *domine*, tenía instrucciones de matar al *Praefectus classis*.

—¿Y eso por qué? —solicitó otra jarra de vino con un gesto de la mano, yendo la esclava presta a buscar el recipiente.

—Al parecer porque su verdadero *domine* lo consideraba un arribista y no confiaba en él.

—No se dejará matar tan fácil, aunque si lo logra, no me lamentaré por ello.

—Me parece que ella es resolutiva y una de las pocas personas en las que confía Quintilio. Hicimos un pacto en el que yo no la buscaría y ella acabaría su labor, estrangulándolo con un cordel oculto en su *cingulum*. El dilema que me planteó es que servía a un *domine* que me tiene en su lista negra.

—Reconfortante —ironizó mientras la esclava vertía el caldo de la nueva vasija.

—Y ese me preocupa más que todos tus conspiradores, porque me da la impresión que no está tan metido en la conjura como vosotros, sin embargo es esencial en ella —negó que le sirviera de nuevo la joven esclava.

—Sí, deberías estar asustado.

—¿Sabes quién es?

—Poca gente conoce su verdadera identidad, pero te puedo decir que le llaman «el acosador impenitente» porque tiene arrestos para saber todo sobre todos, incluso acabar con la carrera política de cualquier patricio o ecuestre. O incluso con su vida.

—¡Vaya apodo! ¿Y qué es lo que le he hecho?

—Eso lo sabrás tú. Si eres su objetivo, puedes darte por muerto. Seguramente si aún sigues vivo, es porque quiere algo de ti o porque ha cambiado de opinión. De momento.

—Gratitud por la información. El siguiente hito es Gansa, que se disculpó por sus acciones y me entregó a cambio de su perdón una información sobre ti.

—¿Ah sí? —se mostró sorprendido posando su mano en el estómago y haciendo un breve gesto, como una dolencia por indigestión—. ¿Conoces a Gansa? ¿Y qué dato es ese?

—No te confiere —hizo un gesto con expresión maquiavélica y continuó con su relato—. Una vez en Roma, apoyado por Lucio Balbo, Caio Licinio

Muciano y Silvia, la esposa del senador Sixto, hemos conseguido una audiencia con el César.

—Que nada ha hecho al respecto —recalcó con suficiencia en su cara.

—Pero Narciso si quería hacer algo —se borró la expresión de la cara del patricio—. Dijo que había que dar ejemplo y yo sería la herramienta a emplear.

—¿Qué quieres decir?

—Contar para tales menesteres con Vesper, Behrooz, Caio Mario, Basso, Macro y Estitio hace que todo sea más fácil. Te llevan siguiendo varios días y hemos visto a dos senadores y dos ecuestres con los que te has reunido. Incluso sé de qué has hablado en algunos casos. Los senadores estaban en la lista, pero no los otros. A estas horas, uno de los ecuestres habrá sido degollado en su manebía favorita por Behrooz, y el otro habrá sucumbido antes en un espectáculo pugilista, utilizando un punzón mi asistente Vesper. En cuanto a tus dos amigos senadores, uno habrá tenido un percance en el viaje que planeaba para evitar las posibles consecuencias, ayudado por Caio Mario, y el otro se habrá suicidado en su propio hogar encarecido por Macro. Marco Ninfidio Celso encontrará una serpiente venenosa en su lecho, cortesía de Basso. La función es mostrar un escarmiento ejemplar de aquellos que se sublevan contra Roma y quienes se atreven a dañar las vidas y reputación de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*.

—Imagino que el siguiente de la lista soy yo —especuló con una mirada rapaz y chasqueando los dedos, los tres guardianes rodearon al invitado desenvainando sus *gladii*—. Tú serás el encargado o alguno de tus hombres que esté desocupado ¿me equivoco?

—Has errado, ninguno de nosotros te va a matar.

—¿Qué tienes pensado?

—Lo que te pierde es tu soberbia. Conoces a gente poderosa, no lo dudo, pero yo también. Y en todos los estratos sociales.

En ese momento, se giró hacia sus tres guardianes los cuales retrocedieron de inmediato ante una orden de su líder, volviendo a envainar sus armas. Igualmente, el adalid del grupo tendió a *Vastator* hacia él quien la tomó con calma, ciñéndosela. Numerio Lupo sintió una punzada de terror en pecho y quedó como una estatua de sal, incapaz de articular palabra o expresión alguna, hasta que otra punzada en el estómago lo despabiló. Le estaba sentando mal el vino.

—Veo que no sabes el *curriculum vitae* de quien acaudilla tus guardias. Es un *miles* retirado que ha servido en la *Legio II Augusta*, la *Legio XV*

*Apollinaris* y la *Legio V Alaudae*, donde sobrevivió de milagro a las operaciones en el «puerto de las rocas» urdida por Ásper. Fue uno de los héroes que ayudaron a su captura. Su fidelidad hacia mi es más importante que las monedas que le pagas a él, me equivoco, ¿Bestia?

—Ni lo más mínimo, Prefecto. Además me ha adelantado la paga —afirmó con la vista clavada en el senador—. Poco me faltó para morir y pasé varios meses con unas fiebres y unos dolores terribles. No voy a entregar mi devoción tan alegremente a quien se ha aliado con el responsable de tal sufrimiento.

—¿Y también tendré que suicidarme clavándome mi *pugio*? —replicó intentando asumir la consumación de los hechos y mostrando que lo llevaba oculto a su espalda pero temblándole la mano.

—No será necesario, Bestia solo ha tenido que estar tres días en tu hogar para darse cuenta de que desprecias a los de tu sangre, y eres un tirano con tus subordinados.

—Me sorprendió la cantidad de esclavos que sentían tal odio hacia ti —apuntó Bestia no sin satisfacción.

—Por ello, a cambio de inmunidad y unas monedas, tu esclava más joven ha envenenado tu vino con la aquiescencia de todos los demás.

En ese momento tiró la copa que tenía sujeta con la mano izquierda, derramando el preciado líquido sobre el pavimento y se miró la palma que le temblaba. Aterrado, fue a buscar algo para vomitar. Los guardas le empujaron levemente, cayendo con suavidad de nuevo en su *stibadium*. Acto seguido se inclinó hacia el pavimento e intentó provocarse náuseas introduciendo dos dedos en su garganta, lo que generó una risotada por parte de los viejos *milites*.

—Es tarde para eso —se alzó del *triclinium* el hispano y se sirvió otra copa de vino con un tono tranquilo—. Hace rato que has ingerido el veneno desarrollado por Adelphos, mi *medicus*. Al parecer siente una especial inclinación por la alquimia.

—¿Qué me has hecho? —cuestionó con las lágrimas saltadas por el esfuerzo y la respiración acelerada.

—Es una variante específica derivada de la cicuta y lo ha puesto en tu comida. El consumo de vino potencia los efectos, por eso no lo has notado antes. Ya debe haberse filtrado por tu cuerpo.

—¿Qué me va a pasar? —dijo sin dejar de intentar provocarse el vómito.

—Ya han empezado los trastornos digestivos, y seguramente los vértigos y el dolor de cabeza. Pronto notarás la reducción de la fuerza de tus músculos,

y finalmente una parálisis. Tendrás convulsiones. Igualmente se alterará tu respiración, acelerándola al principio y deprimiéndola luego, lo que finalmente te llevará a la muerte por asfixia.

—¡Por Iuno! ¿Vas a quedarte aquí viendo mi agonía? —se volvió hacia Bestia—. No soy el responsable de...

—Eres el responsable de la muerte de varios centenares de *milites*, hombres, mujeres y niños. Y eso es lo que a mí me importa —cortó de inmediato Valerio la alocución de su enemigo—. Mi religión me habla del perdón, pero no puedo ofrecerlo. —empezó a retorcerse de dolor y a gemir—. No lo mereces y mi conciencia no me permitiría olvidarlo. Pero quiero presenciar tu agonía para que cuando me reúna con el Dios Supremo, no pueda negar ninguna de mis acciones y no miraré hacia el otro lado mientras dejas este mundo, para guardar en mi memoria lo que hice.

—¡Sois unos sádicos!

—Eso, amigo mío, no te lo negaré. Quien hiere a los míos, debe sufrir.

De esta forma, estuvieron presenciando la muerte de un hombre. No solo todos los guardianes, los cuales se acercaron todos progresivamente a verla, sino todo el personal de la *domus*. Más de veinte personas observando silentes la agonía de su *domine*. Aunque no fue tan larga, unos quince minutos, a Numerio Lupo, como era de esperar, se le hizo eterna y desesperante.

Pese a que el invierno había llegado, la temperatura a la puesta de sol era medianamente agradable. No había ni una gota de viento y el cielo estaba limpio de nubes. Alejados como a un tiro de piedra de la Gran Urbe, en la vía Flaminia, una comitiva esperaba impaciente la llegada del reo. El último que quedaba para cerrar la venganza.

Habían pasado dos días desde la sangrienta noche en la que se llevó a cabo el ajuste de cuentas. El único detalle extra es que en plena madrugada, a Publio Sutilio le llegó un cofre con la mano izquierda de cada uno de los ejecutados ecuestres. Portaba un anillo de familia, pudiendo distinguir quiénes eran. Idea de Narciso. Fue suficiente advertencia. Para desgracia del Prefecto, Marco Ninfidio Celso fue el único que se libró del castigo, ya que hacía varios días que había partido de la ciudad hacia sus tierras del sur de la península itálica, para disfrutar de un invierno aún más benigno. El único elegido que tenía un asunto personal con el Prefecto y le generó un profundo enfado que se le escapase. Proseguirían los intentos de asesinato contra su

persona. Y ahora que iba a ser padre otra vez y que iba a terminar su mandato en la milicia, no podía ser peor momento.

Allí no faltaba nadie: Sexto Valerio, Isela, Vesper, Aulo Valerio, Caio Mario, Behrooz, Basso, Macro «el joven», Bestia (ya «liberado» de su servicio), Estitio e incluso Kismet quien, aún apenada por la desgraciada muerte de su padre, quería ver la caída del último secuaz de la conspiración que había llevado a Anakletos a su muerte. Emilia estaba junto a la *carruca* que le había prestado Silvia, cuidando de Mino y el pequeño Marcelo. Tampoco quería perderselo. También había un encapuchado ligeramente separado del resto, apoyado sobre un ciprés comiendo una manzana que parecía no querer interactuar con el resto.

El cortejo que llegaba sin vacilar lo componían Lucio Balbo y un hombre de confianza que llevaba completamente amarrado a Ásper el cual, al ver el grupo que le esperaba, se turbó, agitándosele la respiración temiendo lo que le pudiera pasar. Venía de la *carcer* Mamertina, donde fue trasladado a principios de noviembre, antes de la llegada de las nieves. Al arribar, el *Praefectus classis* le empujó de su montura cayendo sobre el duro pavimento. Se hizo daño en su hombro izquierdo, profiriendo un ahogado grito de dolor. Lentamente, se fueron acercando los presentes, todos detrás del Prefecto quien se agachó hasta él con una siniestra sonrisa, sus brillantes ojos y su cicatriz en forma de interrogación invertida dándole más desazón a la composición.

—Por fin veo tu rostro, Ásper. Por primera y última vez —puntualizó con los ojos llameantes, como le eran característicos cuando la ira estaba saliendo a borbotones de su carcasa mundana—. Mis *conmilitones* habían propuesto una serie de castigos hacia tu persona: Vesper propuso que te hiciéramos lo mismo que a Calosio Domitio<sup>[164]</sup>; Estitio sugirió que te crucificáramos, como se hacía con los reos comunes; Basso se mostró partidario de torturarte, incluyendo cortarte las piernas, un brazo, la lengua, la nariz y las orejas, para luego dejarte vivo con la vergüenza; Macro tuvo la idea de desollarte vivo y mi hijo dijo que con estrangularte sería suficiente.

Hizo una parada en su discurso para que digiriese la información recibida. Con cada idea, señalada de forma pausada, las facciones de Ásper, habitualmente flemáticas, se fueron contrayendo ante el temor a lo que le esperaba. Sabía que era muy capaz de llevar a cabo tales acciones. Su respiración se aceleraba. Podía oír como su corazón latía con tanta fuerza que creía que se le saldría del pecho. Las inquisitivas miradas de todos los presentes tampoco ayudaban.

—Sé que no voy a salvar la vida, pero puedo darte algo a cambio para que mi muerte sea rápida —intervino utilizando su último recurso.

—¿Qué me quieres dar? —preguntó con calma.

—No sé su nombre, pero sé dónde puedes encontrar al «acosador impenitente».

—Ya sé lo suficiente sobre él. Gansa me proporcionó todos los datos necesarios —aquí hizo otra pausa indicando que no tenía nada que ofrecer—. Además, creo que sería contraproducente acercarme tanto. Un animal acorralado se vuelve más agresivo.

—Puedo conseguir información sobre las *villae* que posee Marco Ninfidio Celso, que seguro querrá verte muerto —volvió a intentar. Su tono empezaba a tornar desesperado.

—Sería una mala decisión continuar esta sangría fuera de Roma. La oportunidad se ha perdido.

—Puedo llevarte a los dos principales instigadores de la conspiración en la sombra, que no estaban en la lista de Kismet. Personas afectas y muy cercanas al César Claudio —se le acababan los recursos.

—Ese asunto ya no es de nuestra incumbencia, está en manos de Narciso.

Entonces Ásper rompió a llorar desconsolado ante la visión de una muerte lenta y agónica. Algunos como Kismet, Isela, Caio Mario o Estitio sintieron compasión por el vanidoso liberto. Adivinando los pensamientos de los presentes, se tornó al grupo.

—El miedo y la certeza de que no hay salida han generado esas lágrimas. No soy inmune a ellas, y no me gusta provocar daño a los inocentes —pausa dramática—. Sin embargo, rápidamente me viene el recuerdo de lo acaecido en el «puerto de las rocas», el dolor sufrido, tanta muerte. Y no me refiero solo a los caídos. A sus familias y amigos. Y henos aquí. Seis años después con el responsable llorando a moco tendido. No, no siento compasión por alguien que mata sin pestañear, sin ensuciarse las manos y que, casi provoca la muerte de Caio Mario y mi primogénito, además de ser parte importante en la conjura.

Todos asintieron en silencio. Entendían sus palabras y sus argumentos eran correctos, sin poderse rebatir si no fuese porque estaban dirimiendo sobre el sufrimiento de un ser humano. Sin embargo, ninguno se atrevió a contradecirle, quizás por respeto, por temor a su persona o provocar un acceso de ira o incluso por no querer cuestionar su *autoritas*. Valerio analizó todos los rostros, pese a que alguno albergaba dudas, y prosiguió su alocución.

—Creo que no hace falta alargar más esto, sigamos el protocolo que ya estaba decidido —sentenció tornándose hacia el reo.

Sin esperar más órdenes o indicaciones, Vesper, Macro «el joven» y Bestia tomaron a Ásper y cortaron sus ligaduras. El liberto empezó a gritar pidiendo clemencia. Estaban lo suficientemente alejados de cualquier asentamiento para que solo los pájaros se disturbingan con los gritos de auxilio, que pronto tornarían a los de agonía. El castigo ejemplar consistió en lo habitual en estos casos: la crucifixión. Siendo ciudadano romano, no podía ser ejecutado así, pero había conseguido del César la dispensa. Además, para evitar que fuese reconocido, le cortaron la nariz, las orejas y la lengua. Vesper había llevado la tortura hasta el grado de «arte», consiguiéndolo sin que se desangrase el liberto. Cauterizaba las heridas con la perfección de un cirujano avezado. Había practicado tanto para salvar como para inducir dolor.

Varios de los presentes, (Kismet, Aulo Valerio, Isela y Estitio) decidieron dejar de ver tan desagradable espectáculo. Los alaridos por el suplicio helaban la sangre, aunque varios fuesen inmunes. Incluso Basso disfrutaba con lo que veía, guardando la sangre derramada en una pequeña vasija. Los demás, observaban la despiadada ceremonia en la que, además, Vesper se lo estaba tomando con calma mientras le susurraba palabras o frases cortas junto a su oreja que, poco después, cortaría.

Una vez clavado al travesaño y expuesto, entre lágrimas y gritos entrecortados, uno a uno se fueron alejando para dejarle morir lentamente. Sin palabras entre los presentes. Con el crepúsculo a la espalda. Solo Macro «el joven», que se presentó voluntario, velaría su agonía. Hasta el fin. Quería hacerlo por su padre, por ser el principal responsable de su muerte.

El último en abandonar la explanada fue Vesper junto con Bestia quien con una especie de orgullo mezclado con ira, contemplaba el despojo de lo que había sido unos meses antes un hombre ambicioso. Como si se tratara de un escultor contemplando su nueva obra. No se creía Praxíteles, Policleto o Scopas. No. Solo saboreaba el placer de la venganza y se congratulaba por aquellos que no pudieron llevarla a cabo. La memoria y el Honor eran todo para él.

Para ser un liberto delicado, poco habituado al trabajo duro aunque sí a pasar las incomodidades del viaje y a la austeridad, tardó sorprendentemente casi dos días en sucumbir. Tuvo hasta la mala Fortuna de que un cuervo le profirió una

grave hemorragia en un ojo. Los dioses se burlaban de él y de su tormento. O lo aprobaban y querían participar en el escarnio.

Finalmente sucumbió entre dolores, completamente exhausto y con la consiguiente vergüenza de morir de tal forma. Es curioso como son las cosas: con todo lo que habían sufrido a manos de él en el pasado, ahora se habían centrado más en los nuevos enemigos que en su viejo, rencoroso y ambicioso liberto. Solo Macro «el joven» veló su tormento y lanzó el cadáver en una zanja.

El silencioso acompañante que estaba apoyado en el ciprés, informaría debidamente a Narciso de la conclusión de aquel escabroso asunto, sin escatimar en los detalles de lo acaecido, sabedor que el liberto imperial deseaba conocerlo todo.

Terminada la venganza, quedaba mucho por organizar durante el invierno, antes de que la nieve se fundiera y pudieran viajar por los pasos del Norte de la península itálica o tomar una embarcación. Para empezar, las recompensas otorgadas por su lealtad.

Para abrir boca, a todos los supervivientes se les entregó una suma de 100 denarios y una pequeña cantidad para las familias de los fallecidos, mas un suplemento de Narciso por «limpiar los detritos y dar ejemplo». También, la unidad, obtenía un nuevo y pequeño reconocimiento honorífico. Andros recibiría la ansiada *causaria missio*, que incluía la ciudadanía romana y un pequeño lote de tierra en el Norte de la Hispania Tarraconense. Basso y el joven Macro estarían pendientes de un más que probable ascenso y, Estitio y el resto, también obtendrían la ciudadanía romana.

Igualmente, Adelphos y Emilia recibieron una recompensa especial por parte de su *domine* por su implicación y adhesión sin límites. Esta incluiría días libres, regalos y una bonificación económica de su propio bolsillo.

Por otra parte, a Vesper le fue entregado el mando por cinco años de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita* una vez que el tiempo de Sexto Valerio se extinguiese, para su sorpresa y alegría. El actual Prefecto argumentó que era una máquina de matar demasiado eficiente y compleja para dejarla en manos de un desconocido que pudiera echarla a perder. Narciso aceptó que decidiera su sucesor, sin importarle mínimamente el asunto.

En cuanto a Valerio, aparte de la suculenta recompensa económica y el ansiado retiro en unos pocos meses, la mejor recompensa era tener a su servicio a Behrooz, Minoo y Caio Mario, además de tener sano y salvo a su primogénito Aulo Valerio. En esta ocasión, las recompensas fueron más

discretas frente a la otra ocasión, siendo más extraño debido a que era algo que afectaba directamente al César. Incongruencias de la vida.

Con el sol en el cénit, Lucio Balbo, el *Praefectus classis Ravennatis* tenía que marcharse antes de que empezasen las saturnalias<sup>[165]</sup>, ya que la nieve aún no había llegado y era muy probable que ocurriese pronto para retornar por la vía Flaminia lo antes posible. Acompañado por su escolta y su nueva incorporación, Bestia, se encontraba en la puerta del mismo nombre, cerca del puente Milvio. Allí, en el idus<sup>[166]</sup> de diciembre se fueron a despedir los miembros de la hermandad que quedaban: Valerio con el número I, Vesper con el número VII y el influyente Balbo, con el número IX, las nuevas incorporaciones, el *Optio* Basso con el XII y Macro «el joven» con el número XIII. El *Optio* sirio Córax estaba propuesto como nueva incorporación pero murió en la campaña, al igual que Maio Aquinas. Por otra parte, el Centurión Andros estaba convalenciente y con el mando directo de los supervivientes de la *vexillatio* de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*. Se encontraban todos junto al puente, con *paenulae* y cercanos a sus monturas.

—Ha llegado la hora de volver a despedirnos y deseáros buena Fortuna —indicó Balbo bajando de su corcel, cuando su reducida comitiva se encontró con sus dos viejos hermanos de armas.

—Gratitud por tu ayuda —señaló cruzando su brazo.

—Lo he hecho por Honor, mi devoción al César y el juramento que nos une —pausa y se separaron—. Pero no puede volver a ocurrir. He arriesgado mucho más que mi vida: mi posición —expresó con tono gélido.

—Eres el que mejor ha salido parado: el que ha rescatado a Anakletos, el gran valedor del César con una voluntad de hierro retando hasta al mar para llevarlo a cabo. ¿En qué has salido perdiendo? —planteó el Prefecto con parsimonia.

—Cuando alcanzas cierta posición y dejas la milicia, distinguir entre amigos y enemigos ya no es tan fácil. Todo es mucho más complejo —se armó de paciencia y comenzó a explicar—. El senado es un nido de víboras y no puedes tomar partido en algo así sin que pase factura, sin que tenga consecuencias para tu presente y tu *cursus honorum*. El César vive y muere, pero los aristócratas no olvidan una ofensa.

—Entiendo que quieras su influencia, pero ¿valoras más su amistad a la nuestra? ¿Son más importantes que nosotros? —retó Macro «el joven».

—Prácticamente no existe la amistad en estos círculos. No me entendáis mal, mi intención no es escupiros a la cara y comprendo perfectamente lo que habéis pasado y volvería ayudaros si el tiempo volviera atrás. Pero tengo

responsabilidades —su cadencia al hablar era metódica, con mimo, sin querer acabar de malas con ellos, aunque apenas conociera a Basso y poco al hijo del difunto Macro «el viejo».

—Cada uno tiene sus prioridades —dijo el Prefecto tras mirarle fijamente sin hablar durante varios segundos—. Olvidar a quienes te han ayudado a estar donde estás parece ser que es una de ellas.

—¿Y hasta cuándo dura mi deuda?

—Hasta que tú decidas. Puedes acudir a nosotros cuando nos necesites e igualmente solicitaremos tu auxilio si lo volvemos a necesitar. En tu mano estará darlo o no.

Posó su mano en su hombro, sonrió lacónicamente y se dirigió a su caballo. No había rencor, ni siquiera decepción, solo tristeza en sus ojos. Mientras, el resto le devoraba con la mirada y reiteraba la misma operación que su oficial. A excepción del siciliano, que se quedó clavado en su sitio con la cabeza gacha y el ceño fruncido.

—¿Tienes algo que decir, Vesper? —desafió Balbo mirándolo de reojo.

—Un jinete inteligente nunca olvida a lomos de qué animal monta. Ásper, Numerio Lupo y los demás lo han olvidado y han pagado por ello. Has cambiado y crees que tu mierda huele mejor que la nuestra. Y lo entiendo. Pero cuidado, tu rango no te da poder.

—¿Y qué es lo que te lo da, según tú?

—A la larga, saber en quién confiar.

Y de un salto, montó sobre su equino y se dirigieron al trote en dirección opuesta, hacia la Gran Urbe. Un pensamiento oscuro cruzó la mente de Lucio Balbo. Un sentimiento de responsabilidad pese a que lo dicho fuese lo más racional y que, obviamente todos comprendían llegado a esa posición. Apreciaba muchísimo a Sexto Valerio, aunque no podía negar que era un elemento inestable, peligroso e idealista. Mala combinación en el mundo conspiranoide de la Roma Julio-Claudia. Para sobrevivir y medrar, el hispano había aprendido la inestimable lección de que debía adaptarse y bailar con todos hasta que llegue la oportunidad de brillar. E incluso así, la Fortuna es voluble y caprichosa. Puede ser que el gran momento precede a una caída estrepitosa. Por ello, no podía ayudar a gentes sencillas en los devenires propios de la vida que habían elegido. Tenían que acarrear las consecuencias de sus propios actos. Esa era la teoría.

Sin embargo, no podía evitar sentirse culpable en cierta manera. El éxito requería de soledad y abandonar ciertos conceptos como la amistad, la lealtad y el buen hacer, a su modo de ver las cosas. Y eso, le reconcomía por dentro

como un tumor que se extiende por el cuerpo y que enferma poco a poco. Callado, frente a su pequeña escolta, tuvo que sentarse porque sintió mareo y náuseas de sí mismo durante un breve lapso tiempo. No había término medio: o en el próximo suceso grave abandonaba a la Fortuna a la «Hermandad» o los ayudaba y quizás perdiera el favor de alguna familia patricia que relegara su oportunidad de ser alguien importante. Eso implicaba, la necesidad como bien había dicho Vesper, de verdaderas personas en las que confiar. Verdaderos amigos. No era trago de buen gusto para alguien ambicioso y, al mismo tiempo, honorable como había sido siempre Lucio Balbo.

Esa mismo día, al atardecer, un solitario Vesper se presentó a las puertas de una *domus* senatorial ubicada en pleno *Collis Palatium*<sup>[167]</sup> solicitando una audiencia con Kismet, con la que apenas había tenido oportunidad de hablar por el truculento asunto de Ásper. Sorprendido inicialmente, el *atriense*, previa consulta con la demandada y su *domine*, le fue permitido el acceso, pero solo hasta el *atrium*. Allí, envuelto en una *paenula* azul cobalto para resguardarse del viento cortante del crepúsculo, se frotaba las manos frente un brasero cuando apareció Kismet, hermosa como una flor abriéndose a la primavera, con una *subucula* amarilla miel, algo holgada pero que permitía intuir las gráciles formas de su juvenil cuerpo. Además, el color de los ropajes provocaba un delirante contraste con sus rasgos peculiares: su piel sedosa y de color canela, ojos claros, su nariz aguileña, su delicada barbilla. Si supiera explotar sus encantos con inteligencia, no habría hombre que se le resistiera. No obstante, Vesper había viajado mucho para dejarse embelesar dócilmente, se sobrepuso tras el primer golpe de vista en el que se quedó anonadado durante un par de segundos.

—Disculpa la intromisión, *domina*, he venido a despedirme debidamente —atinó a decir con tiento, realizando una breve reverencia.

—Es un detalle —dijo con cordialidad, poniéndose cerca de él.

—También para darte las condolencias en persona.

—Gratitud —su mirada se oscureció levemente, pero retomó la palabra—. Pero mi padre no era hombre de lamentarse, sino de tomar la iniciativa. Habéis vengado su muerte y respetado su memoria, por ello también os estaré agradecida eternamente. Ya habrá tiempo para reclamar lo que es mío y eliminar a mis compatriotas que provocaron todo este embrollo.

—Cuando llegue el momento. Ahora toca esperar, que se relaje la situación y, cuando las circunstancias sean propicias, podrás contar con mi

*gladius*.

—Soy consciente de ello y no me importa esperar.

—Recuerda cada miembro apuntado en esa lista negra y, por todos los dioses, no digas a nadie el nombre de ninguno. Es tu seguro de vida —aconsejó con preocupación.

—Mi memoria es mi mejor virtud. ¿Has venido por algo más? —sonrió maliciosa.

—También a decirte que recuerdes lo que te hablé sobre tu futuro marido y por último, informarte que si precisas comunicarte conmigo, deberías saber que voy a ser el sucesor de Sexto Valerio en el mando de la *Iª Cohors Auxiliae Claudia Indomita*, para que tengas una referencia.

—Enhorabuena por tu ascenso, aunque no me sorprende —se apoyó en la columna con un sensual pose natural, nada forzado o de mal gusto.

—¿Tan claro veías mi ascenso?

—Era tan evidente como tu protección a una vestal —dijo tomando una pequeña astilla con una ascua en el extremo, realizando movimientos rítmicos con el humo como si de una hechicera se tratara—. Es cierto, soy inexperta en política, guerra y muerte. Pero en otros menesteres, no tanto.

Por primera vez, el siciliano se ruborizó ante la forma en la que habló una mujer de alcurnia. No esperaba esa franqueza de una noble tan joven. Una loba hablaría directa, pero más soez, y una matrona jamás se atrevería rebajarse, salvo que estuviese aburrída y fuese inmensamente rica. Ella, ni lo uno, ni lo otro. Aunque, encandilado no pudo evitar caer en la trampa.

—Me parecías demasiado ingenua para estar curtida en estas artes —respondió con empaque.

—En mi tierra te enseñan a parecer siempre una cosa, y en la intimidad ser otra. Ningún romano podrá estrenar lo que ya está estrenado.

—No creo que sea, ni el momento, ni el lugar —señaló mirando en todas direcciones.

—He pedido que nos dejasen a solas. ¿De qué tienes miedo *miles*?

—Del mañana, de las consecuencias de esto. Por esto me retiro.

Con una breve inclinación de la cabeza, se dispuso a irse por donde había venido cuando ella le arremetió una dura bofetada que retumbó entre las columnas. Recobrado de la sorpresa inicial, fue a darse la vuelta cuando ella le tomó del brazo y le dio un fuerte tirón hacia sí, desenvainando su *pugio* y poniéndolo en la base de su cuello.

—¡Ningún hombre me rechaza! —exclamó apretando la punta hasta el punto que surgió un breve hilillo de sangre.

El rostro de Vesper se oscureció. El ser racional dejó paso al más profundo y primitivo. Empezó por dar un golpe seco al arma que se alejó varios metros, provocando gran estrépito al caer. Como un resorte, le puso la mano izquierda en el cuello y la estampó contra una columna con fuerza. La cara de ella era de evidente sorpresa y excitación. Quería penetrarla y hacerlo fuerte, cegado por la lujuria pero de repente algo hizo que en el último suspiro se detuviera.

—No puedo mancillar el recuerdo que tengo de ti —dijo jadeante.

—¿Aunque no sea la corderita que creías? —atinó a decir tras relajar la presión de su mano.

—Usa tus dones con quien debes, y no hagas la insensatez de perder a un aliado incondicional por intentar aparentar que eres mayor.

Dándose la vuelta, tomó su *pugio* y salió de la *domus* con prisa. Sin mirar atrás. Sin ver la cara de vergüenza de la muchacha, que se quería probar con el bien parecido siciliano, sin que este le diera la oportunidad.

Por su parte, él se fue de inmediato sin que ella pudiera ver la fuerte erección en ciernes que tenía y buscando desbocado la primera mancebía que pudiera encontrar para acabar lo que ella había empezado. Necesitaba dar rienda suelta a sus ansias y desahogarse con una verdadera profesional.

Había llegado el fin de las Saturnales y de la locura que atañe a dichos días. Una fiesta del gusto de todos los estratos sociales y que coincidía con el solsticio de invierno. La alegría no se había disipado y había que aprovecharla. La vida llegaba a ser demasiado dura y desagradable para no buscar excusas para ser feliz, aunque fuese por un breve instante. Tras el ajeteo de dichos días, la calma había vuelto a la casa de Silvia quien, ante la falta de su marido Sixto, agradecía la compañía.

En una amplia balconada, a media tarde, se encontraba Sexto Valerio, acompañado por sus dos hijos, de dos esposas distintas, con dos tipos distintos de amor debido a que fueron concebidos en dos momentos distintos de su vida, pero que amaba por igual. Estaba leyendo La Odisea de Homero, un clásico que quería inculcar a su hijo menor y que el mayor conocía perfectamente. Le explicaba las desventuras y devenires que tuvo el protagonista, paragonándose en su interior, con todos los sucesos que había sufrido a lo largo de su vida. No tenía delirios de grandeza, no podía compararse con las trabas interpuestas al pobre Ulises, pero lo cierto es que

sentía que los dioses le ponían dificultades por su dualidad entre las viejas deidades paganas y su seguimiento a las doctrinas del Dios carpintero.

Previamente, padre e hijo mayor escribieron sendas cartas con destinos bien distintos. Sexto la envió a Medea, la prostituta de lujo que conoció en *Alexandria*, y que le tendió la mano sin querer nada a cambio. No la culpó porque las respuestas que buscaba le llevaron a tan tortuoso camino. Él tomó la decisión que sellaría el destino de cientos, quizás miles de personas. Poco importaba ya. Solo deseaba decirle que estaban vivos y que habían cumplido su objetivo. Pudo saber por la espía que lo amenazó que la motivación de ella no era idealista: Lucio Quintilio era su *domine*, quien había creado aquella jaula dorada que estaba prosperando: «La anguila risueña». Por esto, le ratificó que este no tenía ninguna intención de manumitirla mientras viviera, aunque envejeciera y perdiese su belleza. Medea quería obtener la gratificación de molestarle en sus juegos de poder. Ahora que había sido asesinado por la espía, cambiaría de *domine* y podría conseguir su libertad con el tiempo. Parecía que Lucio Quintilio no era ajeno al deseo carnal. Quizás, incluso, a algún tipo enfermizo de amor.

Por otro lado, Aulo escribió a Publio Catussa Docilis y Nigilio Prudens, que finalmente resultaron de gran ayuda en su paso por *Ancona*, agradeciéndoles su aportación e informándoles de que todo había sido llevado a buen termino, siendo los responsables escarmentados por sus deplorables acciones. No mencionó el escabroso suceso en el templo de Plutón llevado a cabo por Nigilio Prudens, mejor olvidar todo lo ocurrido y formar posibles alianzas para el futuro. Nunca se sabe. Además, el retirado *miles* ya había pagado con la fea herida que le hizo Ásper. Seguramente, ambas misivas llegarían en primavera y, quizás, no hubiese una réplica. Pero no hay que ser descortés ahora que todo había pasado y seguían de una pieza. Hay que ser generoso cuando la Fortuna te sonrío. O al menos cuando no te castiga.

El Prefecto llevaba leyendo esos desgastados papiros desde antes de embarcarse a Egipto, traduciendo el poema del griego al latín y teatralizando todo lo que narra para mantener atentos a sus hijos. Y tenía encandilado al pequeño Marcelo, al igual que su hermano mayor, quien sonreía ante la tierna visión de su progenitor, mitad preceptor, mitad actor de teatro. Para Aulo, los pocos recuerdos de pequeño que tenía de él, era de un hombre triste, que lo trataba con cariño y quería lo mejor para él, pero que no sabía cómo cumplir sus funciones. Confuso y atormentado. Las cartas, a medida que fue haciéndose mayor se volvieron más cercanas, directas y más afectivas. Aunque nunca estuvo en los momentos importantes de su vida hasta entonces,

en cierta manera, le había acompañado su recuerdo siempre. Ahora tendría tiempo de recuperar lo perdido por el devenir. Nunca es demasiado tarde.

Isela, por su parte se acercó después de un ligero descanso tras una comida liviana. Ahora la gestación se había hecho evidente y, como ocurrió con el pequeño Marcelo, dormía más de lo habitual. Emilia, la acompañaba, recién llegada de pasar buena parte de la jornada dando una vuelta por la ciudad. Incluso fue a comer a un *thermopolium* y a comprarse nuevos ropajes. Un pequeño capricho merecido e incitado por sus *dominii*. Pronto llegaría la hora de la cena y debían empezar los preparativos para recibir a los amigos de la *gens* Valeria: Muciano y el hijo de Publio Suilio, llamado Nerulino. Una forma de limar asperezas con una familia codiciosa, corrupta pero, al fin y al cabo, poderosa. Sus pesquisas habían levantado ampollas e Isela, inteligente, después de escuchar de su marido las reflexiones finales de Lucio Balbo, pensó con sensatez que era hora de la reconciliación, rogando su asistencia con misivas que no pudieron rechazar.

Valerio besó a su esposa e hijos y los dejó para que se aprestaran. Él ya estaba acicalado, rasurado y bien vestido para la ocasión desde el inicio de la tarde, pudiendo tener así un momento de soledad y reflexión. Parecía que el milagro había ocurrido: todo había salido razonablemente bien, estaban vivos, con prestigio y con un futuro tranquilo por delante. Su hijo mayor podría hacer carrera, y él vería crecer a sus otros dos tras dejar el mando a Vesper en unos pocos meses, pudiendo llegar a su *villa*, con un poco de Fortuna, antes del parto de su esposa, sin que fuese un peligro para ella. Sin embargo, era más consciente que nunca que ya había perdido indefectiblemente el favor de los dioses, llegando al límite. No podía seguir así, había estado demasiadas veces en la cuerda floja en muy poco tiempo. Y había visos de que así era.

Cuando se quedó completamente solo, consciente de que no sería por mucho tiempo, comenzó a guardar el rollo de papiro de La Odisea en un arcón que acababa de adquirir, sacando lo único que le estropeaba su felicidad. Una carta que había recibido el día anterior y lo había turbado. La relejó.

*A Sexto Valerio Félix del «acosador impenitente». Saludos. Espero no importunarte en tus merecidos días de descanso después de tan ajetreadas semanas. Sin duda ha sido encomiable, y quiero felicitarte por la forma en que has llevado a cabo todo el proceso para ayudar al César Claudio. Tus recompensas han sido parcas con respecto a lo que te mereces. Pero la humildad es una de tus grandes cualidades y estar vivo y con tu familia es una de tus prioridades.*

*Para continuar con esta agraciada racha, he de informarte que no has de temer por la cólera de Marco Ninfidio Celso. Le he convencido para que te deje vivir en paz, siempre y cuando desaparezcas de Roma y dejes de llamar la atención de personajes relevantes de la ciudad. Mientras sea así, tu vida te pertenecerá.*

*Nuestros caminos se han cruzado y ni siquiera hemos tenido la ocasión de conocernos, por eso quiero darte la oportunidad de redimirte tras una decisión honorable, de eso no hay duda, pero errada. Has de saber que mi espía habrá eliminado a Lucio Quinctilio con total seguridad. Ella nunca falla y podría poner fin a tu existencia si quisiera. Aparte de otros emisarios que poseo. No obstante, debo también ser generoso contigo porque has acabado con los elementos más polémicos de la conspiración y puesto en duda la lealtad de otros. Sin embargo, los pilares de la conjura siguen en pie y la llevarán a cabo. Solo has postergado lo inevitable.*

*Ahora tendrás que tomar la decisión. Servir a tu César o tener un merecido y pacífico retiro dorado. Piénsalo bien: dos hijos con futuro y otro por venir son motivos más que suficientes para dejar de meterse en cosas que te vienen grandes. Sé que tomarás el dictamen más sabio. Mis mejores deseos en Hispania. Adiós<sup>[168]</sup>.*

No sabía qué le turbaba más, cómo había llegado hasta él (apareció entre sus ropas después de un paseo por la ciudad), sus alabanzas, sus amenazas o todo lo que sabía. Había de nuevo un dilema: deber y lucha a muerte o inteligencia y cobardía. Llegados a este punto, viendo las fatales consecuencias que habían llevado sus decisiones, con el fallecimiento de Olofernes, Demetrio, Maio Aquinas, Córax, Fortis o el propio Anakletos, aparte de cientos de auxiliares, que Andros quedara tullido de por vida, o las muertes de Tito Calpurnio Avito, Gyasi o Sekani, independientemente de su condición o fidelidad a Roma, no tenía tan claro qué hacer. La situación había cambiado enormemente desde que tuviera el primer dilema en el hogar de la viuda Vibia. Igualmente, la actitud derrotista y cansada de Claudio ante lo ocurrido, le convenció que no podía intentar salvar a una persona que, en el fondo, no quería luchar por hacerlo. La decisión, por tanto, fue muy sencilla de tomar. Aunque, eso sí, debía pelearse con su conciencia. Haría daño por omisión y mirar a otro lado no era su estilo.

En sus elucubraciones, le abrazó Isela por la espalda provocando un suspiro de sorpresa de su marido, que se recobró con rapidez, tornándose a ella, buscando su rostro con los labios.

—Ven adentro, empieza a hacer frío fuera —expresó tras un largo beso.

—¿Crees que soy un hombre justo? —preguntó quedándose clavado donde estaba.

—Sabes que sí. No conozco a nadie con un código moral tan recto como el tuyo.

—Nada interpondré por delante de la familia a partir de ahora. Se acabaron las guerras y las conspiraciones. Eso te lo prometo.

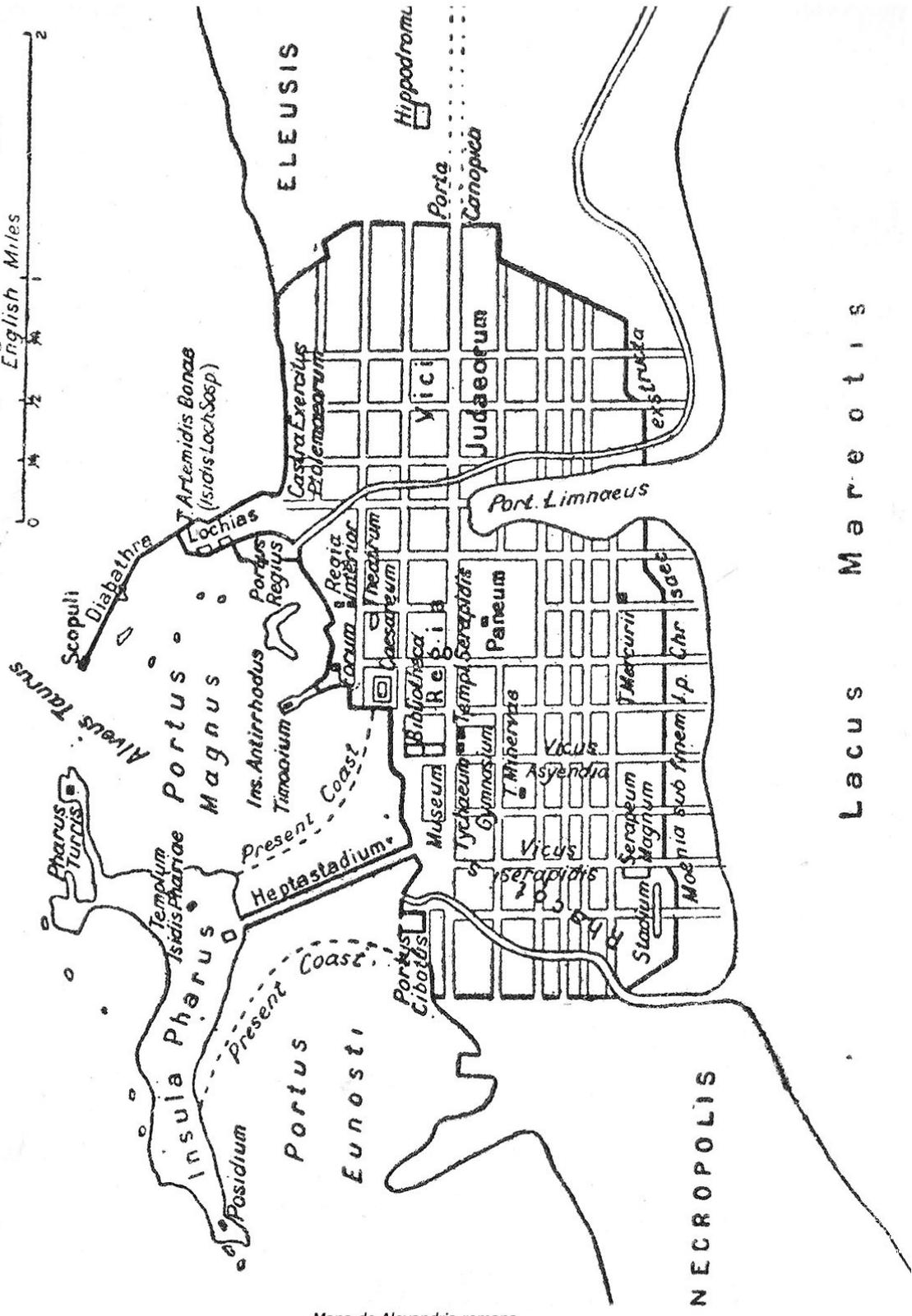
—Espero que así sea, aunque te sea imposible cumplirlo si el César te requiere o si el devenir cambia —indicó con una sonrisa conciliadora—. De momento, disfrutemos del presente: tus hijos y tu mujer están contigo y una vida se abre camino para sacarte de quicio.

—Y yo estaré para mimarla.

Y con este último comentario la volvió a besar. Comenzaron a descender estrechados el uno con el otro en busca del calor del hogar, tomando el arcón con todos los documentos y recuerdos bajo su brazo izquierdo. Nunca le contaría a Isela, Claudia para los que no la conocían antes de casarse con Valerio, el contenido de la misiva. Sabía que le preocuparía y la felicidad es algo efímero, que hay que disfrutar porque en un abrir y cerrar de ojos, todo se difumina. Somos huellas en la arena que la suave brisa marina hace desaparecer. Sexto Valerio «Félix» había luchado por sus hombres y la memoria de otro frente a la ambición de los vanidosos. Encomiable para muchos, insuficiente para otros y un quebradero de cabeza para unos pocos. La Fortuna había empezado a perder interés en él. Era el momento de retirarse de ese tipo de vida. A su modo de ver, el Dios Supremo ya le había dado suficientes señales para entender que no volvería a salir bien parado si volvía a meterse en un avispero como este. No merecía la pena el precio a pagar. Además, lo que tenía en ese momento, tenía mayor valor que el gobierno de cualquier territorio del mundo o la *autoritas* sobre cualquier ejército.

# ALEXANDRIA

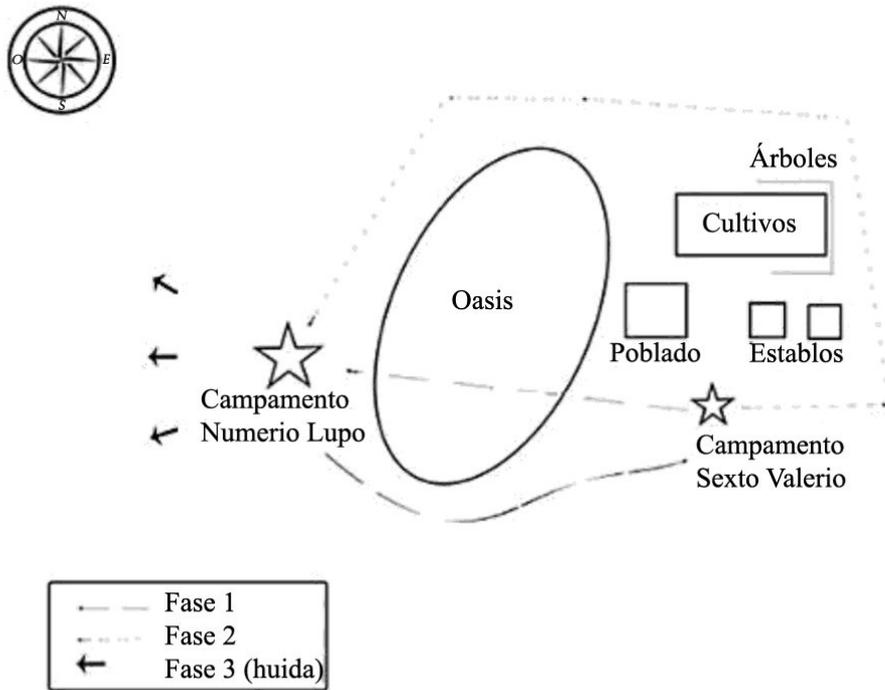
At Opening of Christian Era  
English Miles



Mapa de Alexandria romana

Fuente: Atlas of Ancient & Classical Geography. Everyman's Library, Nº 451 London 1942

### Esquema del combate junto al Oasis



### Referencias principales de la isla Creta





*Referencias a las vías romanas de la Península Itálica mencionadas*

## NOTAS HISTÓRICAS

EN RESPUESTA a alguna crítica constructiva con respecto a la primera entrega, he decidido incluir en este volumen una serie de referencias históricas para que se sepan los sucesos y datos reales empleados, por si alguno desea contrastar o investigar más sobre ello.

—Los sucesos de Galilea y Samaria. Igualmente, son reales los nombres propios de los gobernadores como Cuadrato, Ventidio Cumano o Cuspidio Fado, incluyendo las operaciones llevadas a cabo.

—Las luchas de poder y los cambios de alianzas ocurridas en Armenia.

—La rebelión de Escriboniano, del año 42.

—Numerosas curiosidades y datos aplicados en las notas al pie: terminología, suceso en el Foro del emperador Claudio, el uso del dentífrico, los juegos, usos y costumbres, rumorología sobre la posible ludopatía del César, etc.

—Ciertos nombres propios son personajes reales como Fusco, Caio Licinio Muciano, Sexto Afranio Burro, Tiberio Claudio Narciso o Nerulino.

—La embajada alejandrina al rey judío Agripa II; embajada judía de Alexandria a Roma.

—Datos geográficos y físicos sobre Alexandria y Creta, lo más fiel que he podido, incluyendo flora y fauna.

—La oscura figura de Publio Suilio.

—Información sobre la organización naval (*Praefectus classis*): uno en Alexandria (ecuestre) y dos en Ravenna (ecuestres). Dependían directamente de la autoridad del César.

—Cierto era que dentro de cada patricio, debido a su compleja y elaborada formación que solían recibir, estaba un ingeniero, un arquitecto o un matemático. Si no, todo a la vez.

—Posible inicio de conspiración en contra de Claudio urdida por su esposa Agripina y puede que Nerón, mencionado en varias fuentes clásicas e insinuado indirectamente en esta obra.

—Formaciones y tácticas militares mencionadas, ya empleadas en otros momentos previos como la República o coetáneamente a los acontecimientos narrados.

—Algunas de las triquiñuelas usadas por Valerio, están basadas en hechos descritos en las fuentes clásicas, como por ejemplo, el empleo de un animal astado contra las legiones por parte de Viriato o el uso de pieles de becerro infladas en la conquista de Britania.

—Discusiones sobre ciertos temas políticos que realmente preocupaban a las personas en estos tiempos remotos, o la visión de los aristócratas que se veían a sí mismo como los más dotados. E incluso por buena parte de la sociedad de la época en general.

—Los castigos aplicados son los establecidos en la época con alguna licencia, basados en la disciplina del ejército.

## NOTAS DE AUTOR

PARA empezar, este escrito ha sido realizado con mucho mimo, cariño y esfuerzo entre tres países: España, Italia e Inglaterra, donde mi vida personal y profesional me ha llevado junto con Sexto Valerio y su comitiva. Buscando ratos muertos, y otros no tanto, he conseguido encauzar mi propia investigación y finalizar esta obra, el meridiano de la saga, para deleitar, en el mejor de los casos, a todo aquel que desee hacerse con ella. No ha sido un camino fácil, surgiendo problemas de todo tipo que, pese a todo, han sido subsanados.

He procurado cuidar la ambientación, dar detalles, curiosidades y datos reales, sin dejar que la parte creativa desapareciera por el bien propio y del lector. Disculpen cualquier error histórico o técnico que pudiese aparecer. Mi intención, a la par que entretener, es llevar la realidad de Roma al hogar del lector, hacerla cercana y que los personajes del libro se sientan uno más en su lista de amigos porque, el ser humano no ha cambiado tanto y somos herederos de lo que Roma y Grecia nos han legado.

Como en la anterior parte, *Gladius et Peplum. El baluarte fronterizo*, para quien se sienta tentado de comunicarse conmigo para una crítica constructiva, como ya me ha ocurrido, o si algún lector desea ofrecer alguna información extra o refutar algún dato planteado, como siempre, mi *email* está disponible para cualquiera que lo desee: [jesandfer@gmail.com](mailto:jesandfer@gmail.com). Y sígueme en la página de facebook que tiene mi nombre.

También quiero recordarles que la saga *Gladius et Peplum* continuará muy pronto, llevando a sus protagonistas a más lugares del Imperio (o fuera de él), pudiendo darse el caso de dar un paso atrás en la cronología con el fin de comprender mejor todo el hilo argumental y los pequeños detalles que hayan podido pasar desapercibidos o que no han tenido explicación en los dos volúmenes recogidos, como la de las rencillas entre el protagonista y el enigmático (y que solo se menciona) Marco Ninfidio Celso. En cualquier caso, el tiempo y la investigación decidirán.

Por otro lado, quisiera expresar mi agradecimiento una serie de personas que han sido bastante relevantes a la hora de llevar a cabo la empresa de llevar a buen término la segunda entrega de *Gladius et Peplum*, y que merecen su propia mención.

A Fernando por sus amables consejos y su atención cercana.

A Daniel por su apoyo técnico.

A Mario, por su amistad, ayuda y siempre interesantes opiniones y reflexiones.

A Daniela, por aguantarme en los duros trances y por ser quien eres.

A mi madre, por su amor incondicional.

A mi padre, por valorar sin palabras todo rumbo que he tomado.

A mis lectores y sus críticas, siempre bien recibidas, que hacen que me sienta orgulloso de las positivas, e intente mejorar con las constructivas durante esta labor callada, pero gratificante.

Con todo y con ello, solo resta decir que *Gladius et Peplum* proseguirá indefectiblemente su periplo. ¡Roma Vincit! ¡Honor, Prudencia, Gloria!

11 de Julio 2018

## BIBLIOGRAFÍA

—*Anales* / Tácito. Alianza Editorial, 2008.

—*Armas de Grecia y Roma* / Quesada Sanz Fernando. La esfera de los libros, 2008.

—*Atlas de Historia Clásica del 1700 a. C. al 565 d. C.* / Grant Michael. Akal, 2002.

—*Atlas histórico mundial. 1, De los orígenes a la Revolución Francesa* / Kinder Hermann, Hilgemann Werner. Istmo, 1996.

—*Biblia de Jerusalén* / Bilbao Editorial Española Desclée de Brouwer, 1991.

—*De re coquinaria: gastronomía en la antigua Roma imperial* / Apicio; comentarios y traducción a cargo de Miguel Ibáñez Artica. R&B Ediciones, 1995.

—*El asno de oro* / Apuleyo; introducción de Carlos García Gual; [traductor Diego López de Cortegana]. Alianza, 2000.

—*El ejército romano* / Goldsworthy Adrian. Akal, 2005.

—*El ejército romano* / Wilkes John; revisión, Pedro López Barja de Quiroga. Akal, 1990.

—*El Imperio Romano* / Albertini Emile; [traducido por Genaro Chic García]. Padilla Libros, 2002.

—*El Imperio romano. El Alto Imperio, desde la batalla de Actium hasta la muerte de Severo Alejandro (31 a. C. —235 d. C.). Tomo I* / Le Gall Joël,

Le Glay Marcel. Akal, 1995.

—*En el nombre de Roma: los hombres que forjaron el imperio* / Goldsworthy Adrian; [traducción de Ignacio Hierro]. Ariel, 2010.

—*Germania* / Tácito. Editorial Gredos, S. A. U., 2008.

—*Grandeza y Caída del Imperio Romano* / Le Glay Marcel. Cátedra, 2002.

—*Historia de Grecia en la Antigüedad* / Gómez Espelosín Francisco Javier. Akal, 2011.

—*Historia de las Civilizaciones* / Grant Michael. Alianza Editorial / Labor, 1988

—*Historia de Roma. El Imperio romano. Tomo II* / Roldán José Manuel, Blázquez José María, del Castillo Arcadio. Cátedra, 1990, 2007.

—*Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica* / Bravo Gonzalo. Alianza Editorial, 2004.

—*Historia menor de Grecia. Una mirada humanista sobre la agitada historia de los griegos* / Olalla Pedro. Acantilado, 2012.

—*Las águilas de Roma* (Cómic del 1 al 5) / Marini Enrico. Norma Editorial.

—*Las invasiones. Las oleadas germánicas* / Musset Lucien. Nueva Clio, 1982.

—*Las legiones romanas* / Connolly Peter. Espasa-Calpe, 1990.

—*Legionario: el manual (no oficial) del soldado romano* / Matyszak Philip. Akal, 2010.

—*Los celtas*. Yáñez Solana Manuel. Edimat Libros, S. A.

—*Los enemigos de Roma* / Matyszak Philip. Oberón, 2005.

—*Los germanos* / Hubert Henri. Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, 1955.

—*Los olvidados de Roma: prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente* / Knapp Robert; [traducción de Jorge Paredes]. Ariel, 2011.

—*Murena* (Cómic del 1 al 9) / Dufaux Jean y Delaby Philippe. Planeta deAgostini.

—*Pax Romana. Guerra, paz y conquista en el mundo romano.* Goldsworthy Adrian. La esfera de los libros, 2017.

—*Religion in Roman Egypt* / Frankfurter David. Princeton University Press, 1998.

—*Tacitus: Histories books I & II* / Tácito. Edited by A. L. Invine. 1974.

—*Viajes por el Antiguo Imperio Romano* / García Sánchez Jorge. Historia incógnita, 2016

—*Yo Claudio* / Graves Robert. El País, 2005.

### **Consultas Web y foros**

—<http://www.historiadelascivilizaciones.com>

—<https://historiadeltraje.wordpress.com>

—<https://www.facebook.com/groups/romaniacos>

—<https://www.facebook.com/Historia-y-Roma-antigua>



JESÚS ANDRADES FERNÁNDEZ (Sevilla, 3 de enero de 1986) fue criado en el barrio de Triana y estudió en el colegio Maristas San Fernando. Licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla, siempre ha demostrado su interés por la Antigua Roma, la docencia y la Biblioteconomía. Ha trabajado como profesor, archivero, bibliotecario y guía en Sevilla, Itálica, Carmona y Bolonia (Cádiz). Igualmente elabora otros proyectos que buscan aunar la diversión con el misterio y la cultura. Su amor por la Historia, los ensayos y las novelas, unido a su afición por los viajes y otras culturas, ha propiciado el desarrollo de esta obra que nos traslada al siglo I de nuestra era. Su trayectoria como escritor arrancó a la temprana edad de dieciséis años.

*La conjura de los vanidosos* es la segunda entrega de la saga *Gladius et Peplum*.

## NOTAS

[1] Año 53 d. C. <<

[2] Para los romanos, el amor se mostraba en el bazo, no en el corazón. <<

[3] *Vexillatio*: grupo de legionarios seleccionados para servir aparte del núcleo principal de la *Legio*. Podían llegar a ser hasta 1000 hombres o más, combinando infantería y caballería en ocasiones. <<

[4] *Quinquerreme*: embarcación de cinco hileras de remos. <<

[5] Pariente del famoso Caio Calpurnio Pisón, político, orador y escritor. <<

[6] *Domine, dominii* (plural): señores. <<

[7] *Optio, optii (plural)*: oficial menor, segundo del Centurión. <<

[8] *Velites*: infantería ligera romana. En época imperial eran poco usados, en favor de los auxiliares. <<

[9] *Miles, Milites*: soldado. <<

[10] Prefecto: oficial romano que mandaba sobre una cohorte auxiliar. <<

[11] *Gladius, gladii*: espada corta de entre 40 y 48 centímetros de hoja. <<

[12] *Vastator*: «el que destruye», «destructor». <<

[13] «En Honor a Fabio» <<

[14] *Cingulum*: cinturón. <<

[15] Uno de los dos puertos de Alexandria. <<

[16] *Calones*: esclavos del ejército romano. <<

[17] *Praefectus classis*: Oficial en jefe de la flota, en este caso, de Alexandria.  
Un buen cargo. <<

[18] *Praefectus castrorum*: Oficial que ostenta el mando de una *Legio* cuando el Legado no está presente en el campamento. <<

[19] Templo dedicado a César levantado por Cleopatra. <<

[20] *Domus*: Casa romana. <<

[21] *Agrimensor*: en la antigua Roma, persona destinada a la delimitación de superficies, a la medición de áreas y a la rectificación de límites. <<

[22] *Contubernium*, -a: unidad mínima del ejército romano, formado por 8 hombres. En este caso, estamos hablando de las tiendas compartidas por los auxiliares. <<

[23] *Prima vigilia*: entre las 21:00 y las 0:00. <<

[24] *Paenula, paenulae*: capa muy utilizada por los soldados. Tenía una capucha y se vestía a modo de poncho. <<

[25] *Ancona*: actual Ancona en la región de Le Marche. <<

[26] Incluso después de ser liberado, un liberto solía tener obligaciones con su antiguo *domine*. <<

[27] *Limes*: frontera entre el Imperio romano y los otros pueblos. <<

[28] *Tarraco*: actual Tarragona, capital de la provincia. <<

[29] Tribuno *Angusticlavii*: oficial romano normalmente de origen ecuestre. <<

[30] *Secunda vigilia*: entre las 0:00 - 03:00. <<

[31] *Honesta missio*: licenciamiento de un legionario o auxiliar tras su servicio militar. Solía ser de 20 a 25 años los primeros y 25 los segundos. <<

[32] *Tesserarius*: oficial menor, por debajo del *signifer*, llamado así por llevar una *tessera* con la contraseña del día. <<

[33] *Hora sexta*: aproximadamente entre las 12:00 y las 13:00. Dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[34] *Hora nona*: aproximadamente entre las 15:00 y las 16:00. Dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[35] Cena abundante que solía incluir danza, música y con frecuencia, sexo. <<

[36] *Sica*: espada corta y con hoja curva originaria de la región de Tracia. El término sicario proviene del uso de este arma. <<

[37] Se utilizaba la *rubia tinctorum* para teñir en un rojo que no se degradaba por la luz del sol. De ahí, con otros componentes, derivaría al naranja. Precisaba de un complejo proceso. <<

[38] *Sagum*: capa usada por la oficialía frente a la *paenula*. <<

[39] Protecciones de metal para las espinillas hasta las rodillas. <<

[40] *Stola*: túnica que empleaban las mujeres casadas. <<

[41] *Subucula*: túnica interior. <<

[42] *Palla*: especie de manto o chal. <<

[43] *Patagium*: cinturón no muy ceñido. <<

[44] Toga *praetexta*: toga romana solo usada por personajes de cierta relevancia política. <<

[45] *Ostium*: entrada de la *domus*. <<

[46] *Vestibulum*: vestíbulo. <<

[47] Símbolo de la manumisión de los libertos. Se trata de una caperuza de forma aproximadamente cónica pero con la punta curvada, confeccionada habitualmente con lana o fieltro. <<

[48] *Cubiculum*, -a: habitación. <<

[49] *Mulsum*: vino con miel. <<

[50] *Triclinium*: especie de diván que empleaban lo romanos para comer reclinados. También lo empleaban a veces para dormir. <<

[51] Atriense: esclavo doméstico de mayor rango, mano derecha del *domine* o *domina* de la casa. En este caso concreto, se trata de un liberto. <<

[52] *Hospitium*, -a: posada. <<

[53] *Consilium*: consejo. <<

[54] *Principalis*: rangos medios de la oficialía (centurión, *optio*, *signifer*, *tesserarius* y *librarius*). <<

[55] Vía de Este a Oeste. <<

[56] *Paneum*: monumento dedicado al dios griego *Pan*. <<

[57] Clientes: individuo de rango socioeconómico inferior que se ponía bajo el patrocinio de un patrón de mayor poder. <<

[58] Recordamos que Alexandria tenía una población aproximada de 300 000 habitantes, sin contar esclavos, que podían sumar algunos miles más. <<

[59] *Insula, insulae*: bloque de pisos. <<

[60] *Testudo*: Tortuga. Táctica romana muy conocida que consiste en proteger a la formación pertinente, colocando los escudos por todos los lugares posibles, incluidos sobre sus cabezas, para evitar ataques de armas arrojadas. <<

[61] *Dekanos*: funcionario civil en Egipto. <<

[62] Un denario equivale a 10 ases. El sueldo medio diario de un trabajador era de entre 5 y 10 ases. Es un alto precio. <<

[63] *Itinera*: callejuelas estrechas de la ciudad. <<

[64] «¿A dónde vas?». Guiño a la película clásica (*peplum*) protagonizada por Robert Taylor, Deborah Kerr y Peter Ustinov. <<

[65] Como gran ciudad que era, precisaba de una para evitar ser un foco de infecciones. <<

[66] *Hora quinta*: aproximadamente entre las 11:00 y las 12:00. Dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[67] *Listim*: para los romanos salteadores independentistas, libertadores o terroristas o guerrilleros se definen con la misma palabra. <<

[68] El matrimonio estaba prohibido en la Legio salvo excepcionales casos y solamente para los oficiales. Esto no implicaba que los soldados no tuvieran relaciones estables. <<

[69] *Lacus mareotis*: lago salobre al sur de Alexandria de más de 200 kilómetros cuadrados. <<

[70] El cuello de un legionario o auxiliar se ensanchaba varios centímetros a lo largo de su vida por el peso que soportaba sobre su cabeza. Por otro lado, la cicatriz la provocaba la cuerda que servía para fijar las carrilleras del yelmo y evitar que se precipitara al primer movimiento brusco o golpe. <<

[71] *Causaria missio*: licencia por causas médicas. <<

[72] Hermópolis: actual Damanhur, población a 160 kilómetros de El Cairo y a unos 70 kilómetros de Alexandria. <<

[73] *Atrium*: patio interior porticado. <<

[74] Para los romanos, inicialmente, bárbaro significa extranjero, aunque con cierta carga de xenofobia. <<

[75] Lucio Camilo Arruncio Escriboniano intentó derrocar a Claudio en cuando fue proclamado Emperador en el 41 d. C. Fue atajado con rapidez e incruentamente. <<

[76] *Peristilum*: patio porticado a cielo abierto, habitualmente con jardines. <<

[77] *Tamiat*: actual Damieta, a unos 200 kilómetros al Este de Alexandria. <<

[78] Seiano: Prefecto del Pretorio en tiempos de Tiberio. Mató a muchos senadores que se le oponían e intentó derrocar al César. <<

[79] Lago de agua dulce a unos 35 kilómetros al Este de Alexandria. <<

[80] *Buccellatum*, -i: torta muy dura, se supone que comestible, pero que podía durar años. Muy útil como último recurso en caso de necesidad. <<

[81] *Heptastadium*: muelle de Alexandria de siete estadios de distancia (1300 metros aproximadamente). <<

[82] *Magister navis*: capitán de navío mercante. <<

[83] *Navicularis*: agente que financiaba toda la empresa comercial. <<

[84] *Hora secunda*: aproximadamente entre las 8:00 y las 9:00. Dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[85] *Nomen*: apellido, el nombre de familia. En este caso, Valerio. <<

[86] *Mare clausum*: cierre oficial de la navegación (del 15 de septiembre al 27 de mayo). Aunque se podía alargar la navegación hasta el 10 de noviembre.  
<<

[87] *Stultissimi*: significa completos estúpidos. <<

[88] *Lorica*: armadura. <<

[89] Azrael es uno de los nombres que recibe el ángel de la muerte de los judíos. <<

[90] Se refiere a la matanza que hizo Varo (4 a. C.) en Israel. Muchos romanos tenían un antisemitismo marcado, un odio latente que era recíproco. <<

[91] *Fraus populi*: timador del pueblo. <<

[92] *Focale*: pañuelo usado por legionarios y auxiliares para evitar roces con la coraza. <<

[93] *Subligar*: especie de calzones de la edad antigua, utilizados tanto por hombres como por mujeres. Fueron en desuso en época clásica. <<

[94] *Groma*: instrumento nivelador empleado para establecer un campamento sobre una base estable y plana. <<

[95] *Popina*, -ae: taberna donde se servía comida y bebida. <<

[96] *Raeda*, -ae: diligencia romana. <<

[97] *Gortyna*: Gortina, Creta, Grecia. Era la capital de la provincia romana de Creta y Cirene. <<

[98] *Hydraulis*: es un antiguo instrumento musical de viento, que funcionaba con un sistema de receptáculos llenos de agua para mantener constante la presión del aire. Fue el primer instrumento de teclado y el predecesor del órgano. <<

[99] *Civis romanus sum*: «Soy ciudadano romano». Frase que se empleaba para identificar los ciudadanos de los no lo eran, aparte de una tablilla que así lo indicaba. No toda persona que vivía bajo el Imperio era ciudadano romano.  
<<

[100] El codo romano equivalía a 0,444 metros. <<

[101] *Scriptorium*: escritorio. <<

[102] *Commilitones* se puede traducir como «camaradas». <<

[103] «Aquel que se considera afortunado» <<

[104] *Pandokeion*: pensión urbana y familiar para largos periodos típica de Grecia. <<

[105] *Mansio*: hostería para acoger viajeros o mercaderes instaladas normalmente en vías muy transitadas que incluían caballerizas o repuestos para los carros. Una especie de estación de servicio de la época. <<

[106] *Mansionarius*: director de la hostería. <<

[107] *Caupona*: hostel pequeño o pensión. <<

[108] Cuatro sestercios equivalen a un denario. Recordamos que el sueldo medio diario de un trabajador era de entre 5 y 10 ases (1 denario = 10 ases).  
<<

[109] *Hora duodécima*: aproximadamente entre las 19:00 y las 20:00. Dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[110] *Missio ignominiosa*: licenciamiento deshonoroso que incluía la prohibición de vivir en Roma, trabajar al servicio del Imperio, junto con el oprobio social.  
<<

[111] Escuela de adiestramiento de gladiadores. <<

[112] En contra de la opinión común, la mayoría de los gladiadores solían ser robustos y bien alimentados, rozando la obesidad. Eso los hacía más lentos pero más «protegidos» de las heridas. <<

[113] *Himátion*: manto amplio y envolvente, como un chal, que se llevaba sobre el propio cuerpo o más habitualmente sobre el *quitón*, la túnica griega.  
<<

[114] *Decimatio*: literalmente diezmar a la tropa por cobardía. Uno de cada diez hombres sería elegido al azar para ser ejecutado por sus compañeros. Era un castigo antiguo, aplicado en condiciones de especial vergüenza o indisciplina. <<

[115] Manípulo: unidad táctica compuesta, teóricamente, por 160 hombres (dos centurias de 80 hombres). Por tanto, una cohorte tenía tres manípulos. <<

[116] *Duunviro*: magistratura romana equivalente a alcalde actual, pero dividido entre dos personas para que pudieran controlarse mutuamente. <<

[117] *Stipendium*: estipendio, sueldo. <<

[118] *Numerii*: tropas locales reclutadas que solían ataviarse y combatir con estilo propio. <<

[119] Guiño a la famosa escena de la película de «Peplum» Ben-hur de 1959 protagonizada por Charlton Heston. <<

[120] Nombre dado por la tradición greco-romana al Mar Negro. <<

[121] Protectores de los marinos contra los temporales u otros peligros en el mar. <<

[122] Fuego griego: derivados del petróleo y resinas espesantes o pez, cal viva y salitre. <<

[123] Lefká Óri: significa «montañas blancas». <<

[124] *Braccae*: pantalones o calzas empleados por legionarios y auxiliares en climas fríos. <<

[125] Túnica sin mangas que llegaba al codo y sandalia griega. <<

[126] *Gortyna* poseía un ninfeo (monumento consagrado a las ninfas), un pretorio y un teatro, lo que habla por sí solo de su importancia. <<

[127] Así llamaban griegos y romanos al Océano Atlántico. <<

[128] Mar Adriático. <<

[129] Kopros significa «estiércol», se trataba de un nombre de familia dado a los niños abandonados a su suerte en la inmundicia y que algunos usaron como motivo de orgullo por su ascenso social, ya que probablemente fueron esclavos previamente. <<

[130] Referencia a *Gladius et Peplum. El baluarte fronterizo.* <<

[131] *Frumentarii*: legionarios escogidos con funciones de enlace del gobierno imperial. Más adelante se convertirían en espías de los emperadores. <<

[132] *Apodyterium*: vestuario, normalmente ubicado cerca de la entrada. <<

[133] *Aternum*: actual Pescara. <<

[134] *Ariminum*: actual Rímini. <<

[135] *Castrum Truentinum*: actual Martinsicuro, en la región del Abruzzo. <<

[136] *Pero*: calzado sin tacón que cubría el tobillo y dejaba libre la pierna. <<

[137] *Calceus*: calzado cerrado formal de los romanos. <<

[138] *Carcer*: cárcel. <<

[139] Estacas clavadas en el foso como método defensivo. <<

[140] El pie equivalía aproximadamente a 0,296 metros. <<

[141] Segunda ciudad del Imperio parto, con bastante independencia, ubicada en la actual Irán. <<

[142] Reino de Iberia en el Cáucaso, que forma parte hoy día de parte de Georgia, Armenia, Rusia... <<

[143] *Thermopolium*, -a: aquí el cliente comía recostado en su *triclinium* con mejor oferta gastronómica. Claudio, Nerón y Vespasiano prohibieron que se cocinara nada con carne para evitar reuniones conspiradoras. Pese a ser de mejor categoría, no significaba que las *popinae* no tuviesen lujos o comodidades en ciertos casos como letrinas, frescos... <<

[144] *Toga pulla*: toga oscura, usada para el luto. <<

[145] *Subarmalis*: prenda que se colocaba entre la túnica y la armadura en el ejército. Normalmente acolchada. <<

[146] Referencia a *Gladius et Peplum. El baluarte fronterizo.* <<

[147] *Cornu*: trompa con vara transversal para sostenerla, se utilizaba en el ejército y en los anfiteatros. <<

[148] Técnica que consistía en disparar flechas mientras que huía, estando expuesto los enemigos tanto por delante como por atrás. Normalmente, se hacía fingiendo retirada. <<

[149] *Do ut des*: doy para que me des. <<

[150] Actual Rétino. <<

[151] *Praesidium*: guarnición militar cuyas dimensiones variaban desde pequeños puestos de avanzada a instalaciones de miles de hombres. <<

[152] *Buccina*: instrumento musical militar parecido al *cornu* pero de mayor tamaño. <<

[153] Publio Suilio: senador famoso en la época de Claudio por sus acusaciones, corrupción y malversación. <<

[154] Algunos pretorios tenían lugares para mantener a los cautivos pendientes de juicio. Técnicamente distintos a la cárcel (*carcer*). <<

[155] *Diôgmitai*: agentes de policía en muchas ciudades helenísticas. Literalmente significaba «cazadores o perseguidores». <<

[156] *Caestus*: guantelete de combate o puño de acero empleado por gladiadores o luchadores del *Pancratio* (lucha libre griega). <<

[157] Los diádocos son los generales de Alejandro Magno que se repartieron su Imperio como Ptolomeo, Seleuco, Antígono o Lisímaco. <<

[158] *Dolabra*: zapapico romano. <<

[159] *Pilum, pila (plural)*: jabalina pesada muy eficaz. <<

[160] *Carruca*: carro de cuatro ruedas, más elegante y estable (muchas veces con suspensión) que otros tipos como la *raeda*. Podía cargar muebles o incluso bancos corridos. Solían ser de alta gama para ciertos estratos sociales.  
<<

[161] *Minorica*: Menorca. <<

[162] *Collis Quirinalis*: colina Quirinal, una de las siete colinas de Roma, donde actualmente se encuentra el parlamento de Italia. <<

[163] *Stibadium*: triclinium semicircular. <<

[164] Referencia a *Gladius et Peplum. El baluarte fronterizo.* <<

[165] Famosas fiestas romanas del 17 al 23 de diciembre, donde había excesos, se repartían regalos, se adornaba la ciudad y se intercambiaban roles entre esclavos y *dominii*. <<

[166] Idus: día trece de los meses de Enero, Febrero, Abril, Junio, Agosto, Septiembre, Noviembre y Diciembre; y con el decimoquinto día de los meses de Marzo, Mayo, Julio y Octubre. <<

[167] *Collis Palatium*: Monte Palatino actual, ubicado entre el Foro y el Circo Máximo. <<

[168] Fórmula epistolar de saludo y despedida tomada de documentos de la época. <<

## ÍNDICE

Relación de personajes  
Una estimulante travesía  
Alegría artificial  
Bendecido por los dioses  
Ciudad patas arriba  
Planteamientos erráticos  
Hombres de paja  
Urdiendo la tela  
Reflejos en el oasis  
Apuesta sin riesgo  
La volubilidad de la Fortuna  
La ira de Neptuno  
El joven Hermes  
La liebre y la tortuga  
Acoso y derribo  
Do ut des  
Fuego y rabia  
In extremis  
Oda agridulce  
Mapa Alexandria  
Esquemas  
Vías romanas  
Notas históricas  
Notas de autor  
Bibliografía